153.54

LA ESTRELLA
DE NAZARETH,

LEYENDAS Y TRADICIONES DE TIERRA SANTA

SOBRE

LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA,

tomadas en presencia de los sagrados libros y principales escritos de los autores católicos FLEURY, ORSINI, GERAMB, POUJOULAT, MISLIN, D'HERBELOT, BONAULT, ASTOLFI, MEDARD, DE BARRY, CHATEAUBRIAND, LAMARTINE, etc., etc.,

POR

D. LUIS GARCÍA LUNA.

Edicion de lujo con veinte magníficas láminas á dos tintas y una preciosa portada en oro y colores.

DEDICADA Á NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PIO IX.

CON LICENCIA Y PREVIA CENSURA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.
MARZO — EDITOR — JACOMETREZO, 72.
1868.

Es propiedad del editor, quien se reserva todos los derechos que la ley le concede.

IMPRENTA DE FERMIN MARTÍNEZ GARCÍA,
CALLE DE SEGOVIA, NUMERO 26.

PARTE CUARTA.

MARÍA VIUDA.

LIBRO PRIMERO.

CORRUPCION DEL PUEBLO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LOS ROMANOS Y LOS JUDÍOS.

El viejo mundo habia llegado á la decrepitud, y su fin iba á sonar en el reloj del tiempo.

La aurora del nuevo dia, de la nueva vida, coloraba ya con una tinta rojiza el horizonte, y muy pronto su luz habia de desvanecer las tinieblas.

Una gran lucha, un espectáculo sublime iba á tener lugar en los siglos venideros.

Habia nacido en Roma un imperio que dominaba con sus armas el mundo conocido, y Augusto le gobernaba con hábil política.

Pero al mismo tiempo crecia otro Rey en una pobre ciudad de la Judea, que muy luégo habia de cambiar la haz de la tierra con su doctrina.

Dos religiones habrian de ponerse muy luégo de frente: la *cristiana* y el *paganismo*.

Dos filosofías habrian de disputarse el imperio de la humanidad, y dos nuevas políticas vendrian tambien á disputarse la preponderancia de las naciones.

La lucha que iba á empezar habia de ser terrible, pues miéntras que el paganismo con todos sus dioses se asentaba sobre el sólio que levantó Augusto, y disponia de su política, de su ciencia y de sus armas, el Cristianismo venia destituido al campo de batalla de toda fuerza bruta, de todo auxilio de autoridad humana, de toda clase de sabios reconocidos; venia sólo representado por Jesus el Nazareno con una docena de hombres sin historia, que el Maestro llamó apóstoles; con el pecho desnudo presentándolo siempre al hierro enemigo; con el ánimo resuelto á sufrir el martirio horroroso en los circos ó en las mazmorras del imperio impío, y sólo apelaban en el combate á la fuerza de la verdad de su doctrina.

Durante la infancia de Jesus, Augusto ocupaba el trono de Roma, y desde el Capitolio dictaba sus leyes al mundo que estaba sojuzgado por sus armas.

Aunque la Judea pasó del gobierno de Herodes el Grande á Herodes Arquelao su hijo, este gobierno no era el de un rey independiente, sino el de un simple gobernador romano.

Herodes Arquelao, á pesar de la leccion que debió recibir con la terrible escena que ofreció á sus ojos la muerte de su padre, siguió la misma senda, y su crueldad y su desenfreno no tuvieron límites.

Al ver al pueblo judío convertido en un esclavo miserable, creció en soberbia y arrogancia, y se erigió en un verdadero tirano.

Desde este momento impuso á sus súbditos su capricho como ley suprema, y la corrompida Judea la obedeció, por más que murmúrase de ella cobardemente, y allá en el fondo solitario de su morada.

¿Y cómo habia de esperarse otra cosa de un pueblo degradado que, olvidándose de su ley y de sus virtudes, se habia entregado á los mismos vicios y á la misma rapacidad de sus señores?

¿Cómo habia de ser valiente un pueblo que se prosternaba á los piés de sus tiranos, y les adulaba hasta el extremo de convertirse en delator de los ciudadanos más dignos y virtuosos?

Y sin embargo, las quejas de los habitantes de la desdichada Judea llegaron hasta los oidos de Augusto, que horrorizado de la conducta del etnarca, le despojó de la púrpura real, y le arrojó de Jerusalen.

¡Jerusalen!...

¡Oh! Hasta entónces podia llamarse reina y señora.

Hasta entónces habia llorado sus desdichas, unas veces al escuchar los sentidos ayes que sus hijos la enviaban en las alas del viento, desde las remotas regiones de su cautiverio; otras, al vibrar en sus oidos las tristes melodías de las arpas de sus hijos, que más de una vez acompañó su canto bajo los sáuces que crecen en los rios de Babilonia, y que resonó como un eco lúgubre en sus tristes y solitarias calles, y en sus desiertos templos.

Pero hasta entónces no habia sido manchada ni maldecida por la insensatez y la impiedad.

Sion, esclava, aun podia engalanarse en el dia de fiesta y celebrar la Pascua, olvidando en aquellos instantes el yugo de la esclavitud!

Sion, esclava, aun podia tener dias de regocijo y de ventura.

¡Desdichada de ella al cumplirse las predicciones de los profetas!

Entónces sí que el luto eterno vendrá á cubrirla para siempre.

Entónces sí que no volverá á estrechar jamas entre sus brazos á sus hijos perdidos por el mundo, ni quedará piedra sobre piedra del templo santo donde guarda las tablas de su ley;

De aquella ley que ya daban al olvido sus rabinos, que ignorando los dogmas fundamentales de su religion, anunciaban y explicaban en la cátedra de Moisés sus locas ó torpes ilusiones.

La corrupcion que se desarrollaba allá en las siete colinas donde se asentaba Roma, habia inundado todos los pueblos que obedecian el poder romano.

La ignorancia y el delirio de los hombres llegó entónces al extremo de convertirlos en adoradores de un árbol, de una planta, de un animal feroz, de unos demonios ó de unos dioses adúlteros, ladrones y hasta homicidas.

Las fiestas que se celebraban en honor de estas divinidades, llevaban la disolucion al hogar doméstico, el desenfreno á los pueblos, y la corrupcion más abyecta á todas las naciones.

El vicio preponderaba con su siniestro esplendor, y el mismo Augusto y su familia fueron los primeros en dar tan funesto ejemplo.

Pero aun no habia llegado á su apogeo.

Augusto, postrado en su imperial lecho, veia acercársele la muerte, sin que la ciencia humana hallara el remedio para combatirla.

Entónces pensó en la suerte de su vasto imperio, y deseando que el cetro quedara en su familia, llamó á Tiberio, hijo de su segunda mujer, y esposo de su hija Julia.

Y despues que ordenó su testamento, le dijo:

— En ese pergamino llevas el cetro del mundo.

Pero Tiberio, hombre suspicaz y desconfiado, de corazon envidioso y cruel, sediento de mando y de riquezas, no pudo comprender en su ceguedad la significacion de aquella intencionada frase.

— ¡El cetro del mundo!... Exclamó con admiracion estúpida.

— Sí, el cetro del mundo, le replicó Augusto, atribuyendo la turbacion de su yerno á otras causas. En ese pergamino, prosiguió Octaviano, te dejo por mi heredero, y pido al senado que te ciña la púrpura imperial.

— ¡Yo emperador!...

— Tiberio, te considero como si fueras hijo mio, y te creo capaz de gobernar estos vastísimos estados.

Tienes la capacidad, la prudencia y el valor indispensables para continuar mi obra y sostener el dominio de Roma en todos los pueblos que obedecen hoy sus leyes.

Ya sabes, hijo mio, de qué manera los he gobernado yo, sin que les haya pesado jamas mi yugo.

Sigue mi política, y alcanzarás la gloria y el renombre que yo he alcanzado entre los romanos y los extranjeros.

— Cumpliré tus mandatos, exclamó Tiberio, conmovido más bien de la alegría que le causaba la satisfaccion de sus deseos, que de un sentimiento de generosa gratitud.

—Desde este instante te adopto por hijo, y el senado y el pueblo respetarán mi última voluntad; pero á mi vez quiero exigirte...

—Dime, y tus deseos serán fielmente cumplidos y satisfechos.

—Quiero que adoptes por hijo á Germánico, nieto de mi hermana Octavia; ya sabes que es un jóven muy valiente y leal, y llegará á ser un dia uno de los mejores generales de tu imperio[1].

—Lo haré como apeteces.

—Me lo juras...

—Te lo juro, respondió sin vacilar Tiberio, que no soñaba más que en ceñirse la corona.

—Gracias, hijo mio, exclamó Augusto, ahogando en su pecho un suspiro de dolor. Mira, hijo mio, la carga que echo sobre tus hombros no es tan pesada como parece: se necesita poco para ser clemente y justiciero, y mucho para ser un tirano sanguinario. Siendo bueno, los hombres leales, virtuosos y sabios se te acercarán y te manifestarán con franqueza la calificacion que merezcan tus actos, y el estado en que se encuentren tus pueblos; siendo un tirano, te verias rodeado de las gentes vengativas, de aduladores dispuestos á la intriga y á la traicion, y de todo lo peor y más corrompido de tu imperio: ocultarian la verdad constantemente á tus ojos, y te tendrian en perpétua inquietud soñando conspiraciones en todas partes, y en todas partes te obligarian á levantar cadalsos. En el primer caso serias un padre de tu pueblo, que te amaria y llegaria hasta rendirte adoraciones; en el segundo su verdugo: la eleccion

---

[1] Pocos años despues, envidioso Tiberio de las grandes dotes de Germánico, de sus virtudes y del amor que habia sabido captarse de todos cuantos le trataban, procuró deshacerse de él, y lo consiguió envenenándolo, cuando mandaba en Asia las legiones romanas.

entre la gloria y la ignominia, entre el bienestar y la inquietud, no puede ser dudosa...

—Pienso como tú, y tu vida, que los inmortales conserven mucho tiempo para bien de los romanos, me servirá de norma.

—Mi vida... mi vida, dijo Augusto con amargo acento, espirará con las sombras de la noche, y la aurora de la mañana vendrá á cerrar dulcemente mis ojos.

Y así era en verdad.

La vida se extinguia por instantes en el señor del mundo conocido entónces.

Tiberio permanecia á su lado mudo y pensativo.

Pocos momentos despues, Augusto hacia un postrimer esfuerzo para exhalar el último suspiro, y observándolo Tiberio, acercó su boca á la del enfermo para recoger su alma.

Cumpliendo en seguida con otras ceremonias hijas de la supersticion pagana, quitó luégo del dedo de Augusto el anillo y se lo colocó en el suyo, y llamándolo por tres veces á grandes voces, anunció á los circunstantes que el emperador Octaviano Augusto habia espirado.

La muerte de César circuló inmediatamente por la ciudad de Roma, y el pueblo y los grandes sintieron la desgracia de aquel grande hombre que habia elevado el imperio al mayor apogeo del esplendor y de la gloria.

Político sagaz, y general experto, habia conseguido sujetar muchos pueblos á su carro de triunfo, y sólo la Germania se libertó de su yugo por la torpeza de Varo.

Compasivo y clemente hasta por cálculo, se hizo amar de cuantos frecuentaban su trato, y aun de aquellos que jamas habian visto su rostro; pues es muy cierto que quien no le queria le respetaba, ó al ménos, temia su pérdida.

Es verdad, que durante su imperio reinó una paz profunda, y al abrigo de ella brillaron las ciencias, la literatura y las artes.

Es verdad, que durante su imperio Roma fué rica y feliz; pero no es ménos cierto, que entónces germinaron los vicios que habian de concluir con aquella monarquía tan poderosa, cual no se vió jamas otra en la tierra.

Y esa misma corrupcion fué la que perdió al pueblo hebreo, tan dado á las riquezas y á los placeres.

Porque en su incontinencia, en su ambicion, en su codicia y en su prostitucion, ni quiso creer en las profecías, ni en las predicaciones de Juan el Bautista que les llamaba á la penitencia, ni en la divina palabra de Jesus que les excitaba á seguirle para combatir el error, hacer triunfar la verdad, y establecer en la tierra el predominio del cielo sobre el del infierno para la salvacion del género humano.

Pero los judíos, que se habian olvidado de su ley, no quisieron creer la que venia á promulgar el Hombre Dios.

En su incontinencia, no consentian que la moralidad pusiera un dique á sus placeres inmundos.

En su ambicion, creyeron que las predicciones de los profetas les anunciaban el advenimiento de un Rey guerrero que, como otro Alejandro ó César, se lanzara á la conquista del mundo y les proporcionara un riquísimo botin, á costa de la sangre y de la vida de otros pueblos, que eran las riquezas que anhelaba su desmedida codicia.

En su prostitucion, en fin, acostumbrados á la humillacion del siervo, no sabian apreciar, ni la libertad á que aspiran siempre los hombres virtuosos, ni á la vida sobria de los que aman la dignidad.

Habian aprendido el arte hipócrita de la adulacion, y se

arrastraban á los piés de sus tiranos extranjeros, si bien sus deseos hubieran sido los de servir á uno que fuera de su país, y ese era el libertador en quien soñaban y el libertador que querian.

Los pueblos corrompidos no pueden consentir más que las tiranías más abyectas y degradadas.

Muerto Augusto, Roma se consagró á disponer los funerales de su señor con la pompa más inusitada y esplendente.

Como si aquella ceremonia fúnebre fuera una gran festividad, se vistió con el lujo de una coqueta, y se lanzó á las calles y plazas para solemnizar el acto con su presencia.

Resonaron en el espacio los graves sonidos de las flautas y trompetas[1], que unido á los gritos de las plañideras ó lloronas, y á los ecos de los que entonaban himnos fúnebres y loas en elogio del muerto, formaban una singular armonía, que á su vez contrastaba con los gestos y movimientos ridículos de los cómicos y bufones, que se esmeraban en reproducir fielmente escenas análogas á la vida del difunto.

Tiberio, más bien por vanidad que por buen deseo, habia dado libertad á un sin número de esclavos para que acompañaran el féretro, lujo del que casi siempre resultaba un bien para la humanidad, y detras de éstos, llevaban las imágenes del difunto y de sus antecesores, vestidas con los mismos trajes que usaban en vida. Y finalmente, ocho senado-

---

[1] Segun Adam (tomo IV, página 22), las flautas y trompetas que se usaban entónces eran más largas y de mayor diámetro que las comunes y que las que se usan en nuestros tiempos, para que dieran un sonido más grave y lúgubre.

res llevaban el cadáver tendido sobre un lecho, y adornado con sus insignias y los despojos de sus conquistas, y despues seguia las centurias con sus banderas bajas en señal de luto.

Al pasar el cortejo por el foro se detuvo, y un magistrado pariente del difunto pronunció el panegírico de Octavio Augusto; luégo llevaron el cadáver y lo colocaron sobre la pira, y despues de haberla prendido fuego los parientes, el pueblo pidió con fervor á los dioses que los vientos favoreciesen el progreso de las llamas, pues de lo contrario habria sido de infeliz agüero.

Apagadas las candentes cenizas con vino, las recogieron y depositaron en una urna de oro; soltaron un águila para que llevase al cielo el alma de César como el pueblo se lo pedia á grandes gritos, y despues condujeron la urna al sepulcro que el mismo Augusto se habia construido en vida[1] en el campo Marcio y cerca del Tíber.

Desde el instante que Augusto cerró los ojos, el suspicaz Tiberio sintió despertarse en su pecho todo el fuego de su desmedida ambicion.

---

[1] El sepulcro de Augusto, construido en un bosquecillo, era una bellísima obra de arte, adornado con bajos relieves de mármol, en donde se representaban hechos de su vida, y sobre la losa que encerraba las cenizas, se habia esculpido el epitafio que, traducido al castellano, dice:

VIVIENDO, LO MANDÓ CONSTRUIR
DEDICADO Á LOS DIOSES MANES.
AQUÍ YACE
OCTAVIANO AUGUSTO,
EMPERADOR DE ROMA
Y
SEÑOR DEL MUNDO.

El brillo de la imperial diadema de su antecesor le fascinaba, siendo ya el objeto de todas sus aspiraciones.

Pero era preciso ocultar sus intentos bajo una apariencia modesta y desinteresada. Era preciso llegar al logro de sus deseos por el camino más corto, para no excitar la envidia, ni promover graves disturbios que comprometieran el éxito de su advenimiento al trono de los Césares.

CAPÍTULO II.

—

TIBERIO.

Tiberio: hé aquí un nombre que parece lleva consigo el sello de la abyeccion y de la tiranía. A traves de las vicisitudes que han afligido á los pueblos, la historia nos ha legado ese nombre como un emblema de la crueldad y del despotismo. Despues de diez y nueve siglos, aun aparece á nuestros ojos entre las sombras misteriosas del pasado, la sombría figura de Tiberio, no ménos odiosa que las de los soberbios emperadores que le sucedieron.

Nacido en una época de corrupcion y de desenfreno; educado en una sociedad en la que patricios y plebeyos, y hasta los príncipes y sus mujeres se entregaban públicamente á todo género de liviandades, y aleccionado con las violencias é injusticias que cometian los que lograban encumbrarse á las regiones del poder, aprendió desde su niñez tan perniciosos ejemplos; sintió bien pronto el fuego de su ambicion, y fija su vista en el sólio de los Césares, creció y se desarrolló á la par de sus vicios, estudiando con refinada hipocresía los medios de conseguir á toda costa el lugar supremo,

desde donde pudiera dar rienda suelta á sus perversas inclinaciones.

Tiberio, cuando vistió la toga civil, era ya un verdadero tirano; pero un tirano temible: porque dotado de clara inteligencia, era bastante cauteloso, y sabia disimular los perversos instintos de su corazon, bajo un mentido disfraz de generosidad y de prudencia.

Merced á sus intrigas, consiguió ser designado por Octavio Augusto para que fuese su sucesor, y para que á su muerte, revestido de la púrpura imperial, rigiese los destinos de aquel pueblo que habia llevado la gloria de sus armas á las naciones más apartadas.

Pero cuando Augusto bajó á la tumba, léjos de apresurarse á pedir la posesion del alto puesto á que habia sido designado, ocultó su impaciencia y tuvo acierto para dominar la impetuosidad de su carácter. Tenia el gran prestigio de su sobrino Germánico, jóven de brillantes cualidades que se hallaba á la sazon en la Siria, al frente de las victoriosas legiones que allí militaban. No olvidaba por otra parte los tiempos no lejanos de la república, y las huellas que este sistema de gobierno habia dejado en los ánimos del pueblo romano.

Por eso empezó á intrigar disimuladamente lisonjeando á los cónsules, respetando á los patricios, prometiendo á los plebeyos, valiéndose para ello de sus parciales, y haciendo, en fin, que estos mismos inclinaran en favor suyo el ánimo de los senadores.

Empleando todo género de maquinaciones, compró á unos, engañó á otros, y hasta supo intimidar con amenazas á los pocos que conoció que eran débiles ó cobardes.

Echados así los cimientos de su futura dominacion, revis-

tióse tan sólo del carácter de tribuno, convocó al senado y se dirigió á las cohortes pretorianas y al ejército, aunque esto último lo hizo desde luégo anunciándoles su advenimiento al trono.

Por último, cuando creyó asegurado el éxito de sus amaños, se presentó al senado, y los padres conscriptos le ofrecieron la autoridad suprema que tanto ambicionaba.

— El alto puesto á que me destinais, exclamó con estudiada humildad, es muy superior á mis fuerzas. Yo no podré gobernarlo todo; designadme una parte del imperio, y yo os prometo que en ella haré que reine la justicia.

— Desígnala tú, le interrumpió uno de los senadores.

Tiberio conoció entónces la intencion del que así le hablaba, y tuvo necesidad, para disimular su turbacion, de apelar á toda su doblez y refinada hipocresía.

— Nada puedo aceptar ni despreciar, contestó al fin, pero yo preferiria que me relevaseis de llevar sobre mi frente el peso de la diadema.

Estas palabras, pronunciadas con acento de humildad y de respeto hácia los presentes, bastaron para decidir á todos en su favor; y entónces, arrojándose los senadores á sus plantas, le suplicaron con lágrimas que aceptase el imperio, á cuyos ruegos Tiberio no tardó mucho en mostrarse resignado, cediendo á los deseos del senado.

Los dos cónsules fueron los primeros que le prestaron juramento de fidelidad. Su triunfo habia sido completo.

Con tales precedentes, ocupó Tiberio el alto sólio á que habia aspirado desde su juventud, á la edad de cincuenta y seis años, pero no sin que tuviese que sofocar algunas rebeliones en la Germania y en la Panonia.

Las legiones, al recibir la noticia de la muerte de Au-

gusto, pretendieron que le sucediese Germánico; mas el poder de Tiberio fué ya bastante para someter á los rebeldes, y castigar duramente á sus caudillos.

La primera muestra que dió Tiberio de sus instintos sanguinarios y perversos, fué el asesinato de Agripa, hijo del favorito de Augusto, el cual se hallaba desterrado en la isla Planesia.

Sin embargo, el temor de que Germánico pudiera aun despojarle del trono, le hizo ser prudente y continuar apareciendo como protector de su pueblo, guardador de sus leyes y fiel observante de sus costumbres.

— El buen pastor, decia, debe esquilar y no desollar sus reses.

Pero cuando creyó asegurado su poderío, arrojó la máscara y se entregó al impulso de sus más violentas pasiones y de sus vicios más vergonzosos.

« El que sabe disimular merece reinar. » Este fué su lema, y ya no vaciló en proclamarlo á la faz de su mismo pueblo.

Los triunfos de Germánico se repetian en Oriente con mucha frecuencia, y causaban celos á Tiberio; mas éste, consecuente con el pensamiento que encerraba su lema favorito, procuró disimularlos, y envió á Pison á la Siria con órden de que asesinara á Germánico; y ésta fué la recompensa con que premió el valor del caudillo generoso que tantos dias de gloria habia proporcionado á su patria, y que tan fielmente habia guardado los mandatos del emperador.

No fué tan oculto este horrible crímen que no llegase á noticia del senado. La opinion pública señalaba al asesino, y Pison hubiera sido severamente castigado, si anticipándose él mismo á la justicia no se hubiese dado la muerte en su propia casa. Se hallaba convencido de que Tiberio, léjos

de interesarse en su favor, procuraria borrar las huellas de su enorme perfidia.

Estas crueldades del emperador fueron principio de otras infinitas á que le arrastraron, no sólo sus temores, sus odios y sus venganzas, sino tambien sus caprichos y su arbitrariedad inusitada.

¡Ay del que fuese amigo de los enemigos del César... del que tuviese el atrevimiento de dirigirle una palabra ó una chanza inocente... de quien contrariara el más insignificante de sus pareceres... del que osara derramar, en fin, una lágrima sobre el sepulcro de alguno que hubiese sido víctima de las iras del tirano!

Aquel hombre tétrico y sombrío no abrigaba piedad, ni manifestaba ya los generosos sentimientos de que en un principio se habia revestido.

En sus manos el cobarde puñal del asesino habia reemplazado á la espada inflexible de la justicia, y las tablas en que los sabios habian escrito los saludables principios del derecho, eran postergadas, y ya no tenian fuerza ante el capricho y la perversidad del inhumano déspota.

Un hombre, sin embargo, habia tenido la audacia de acompañarle con frecuencia, y la sagacidad suficiente para no provocar sus iras. Astuto y ambicioso, como el señor á quien rendia la más servil adulacion, se acercaba á Tiberio y procuraba captarse su voluntad.

Era éste un simple caballero llamado Elio Seyano.

Sus intrigas le hicieron paso, y la fortuna le favoreció hasta hacerle dueño del cargo de prefecto de las cohortes pretorianas.

Seyano y Tiberio vinieron á ser dos amigos, peligroso el uno para el otro. El noble sentimiento de la amistad no ca-

bia en la pequeñez de sus corazones; pero necesitaban ambos una razon para tratarse con frecuencia y favorecer con este trato el logro de sus miserables propósitos.

Con el apoyo de Seyano tenia el emperador un decidido apoyo en las cohortes pretorianas. Sus soldados eran otros tantos sicarios feroces, prontos siempre á derramar sangre inocente á la sombra de la impunidad, y ansiosos de adquirir algunas monedas con que satisfacer sus brutales y repugnantes vicios.

Este ejército de hambrientos lobos, reunido por consejo de su prefecto en un campo permanente, se habia situado á las puertas de Roma, constituyendo un poder que ponia á Tiberio á cubierto de cualquier rebelion á que pudieran dar lugar las arbitrariedades y las tropelías del tirano.

Seyano, por su parte, aspiraba al imperio, y despues de deshacerse con un veneno de Druso, hijo de su señor, despues de haber asesinado cobardemente á tres hijos de Germánico y de intentar el exterminio de todos cuantos pudieran interponerse á su ambicion, tuvo la osadía de solicitar la mano de la mujer de Druso, y hasta trató de coronar sus crímenes con la muerte de Tiberio.

Pero éste era harto sagaz, y comprendió desde luégo sus intenciones.

Disimuló al pronto su cólera, y meditó la venganza.

Venganza digna de aquel aborrecible monstruo, que no se contentó con la muerte del culpable, sino que inmoló tambien á sus inocentes hijos. El encono de Tiberio no podia satisfacerse con una sola víctima, habiendo sido tan enorme el delito que daba impulso á su implacable enojo.

Mas ¿para qué hemos de seguir paso á paso la abominable historia de un verdugo de su pueblo, de un tigre sedien-

to de sangre y de venganza, mil veces maldecido por su crueldad y despotismo?

La torpe calumnia, los odiosos crímenes, las más bastardas ambiciones, la arbitrariedad, la prostitucion, el escándalo y el desenfreno: esta es la historia de aquel imperio: con estas palabras puede retratarse fielmente el deplorable estado en que se hallaba la culta ciudad de Roma, el emporio de la civilizacion y el pueblo más poderoso de la tierra.

La humanidad caminaba al abismo. Las virtudes habian sucumbido ante las más asquerosas pasiones. La ley del más fuerte se hallaba entronizada, y el templo de la justicia se derrumbaba con estruendo ante la arbitrariedad y el capricho de un verdugo que vestia la púrpura imperial.

Pero en tanto que bajo el imperio de la soberbia Roma gemian las naciones y arrastraban la penosa cadena de la esclavitud, en un rincon de la Galilea vivia oscurecido un Hombre extraordinario, cuya sublime doctrina estaba llamada á esparcirse por todo el mundo, á derribar los ídolos del gentilismo, y á derramar sobre los afligidos corazones las dulces palabras de «paz, redencion y libertad».

¡Admirable contraste nos presentan las historias de aquella época al referirnos la corrupcion y la barbarie de los pueblos, al lado del pequeño grupo de hombres que se acercaba á la humilde cuna del Cristianismo!

¡Oh! ¡Cuán inmensa distancia mediaba entre las brutales tendencias de los unos, y la santidad y virtud de los otros!

La soberbia de aquellos no tenia límites: era una perpétua amenaza que aspiraba á absorberlo todo y á dominar al universo. La humildad y mansedumbre de éstos aparecia como un imposible en medio de tanta perversidad, pues el

hombre lograba con ella la satisfaccion de su vanidad, y el triunfo y la dominacion de sus propias pasiones.

Los unos llevaban á los pueblos la guerra, la venganza y y el exterminio: los otros venian á predicarles la paz, el perdon y la misericordia.

Y miéntras los cobardes asesinos buscaban en nuevos crímenes la ocultacion de sus alevosías, los discípulos de Jesucristo empezaban á sentir la necesidad de confesar sus pecados, y buscaban ya en la penitencia y en el arrepentimiento la salud del espíritu y la perfeccion de las costumbres.

Empero habia ya sonado la hora en que las naciones sintiesen el yugo de su degradacion.

La palabra divina iba á propagarse, y ante ella los miserables déspotas que horrorizaban á los pueblos con sus crímenes, habrian de reconocer su impotencia.

Tiberio, que vivió aspirando una atmósfera de corrupcion y que murió aborrecido hasta por los mismos que en otro tiempo le colocaran en el trono de Augusto, no fué por cierto el último tirano.

Pero el orgulloso imperio de Roma, sus gloriosas armas y sus soberbios príncipes, iban á comenzar una lucha en la cual sus invencibles legiones habian de rendirse ante las sencillas palabras de un humilde pescador.

CAPÍTULO III.

LA PARTIDA.

La casa de Nazareth, despues de la muerte del santo patriarca José, habia perdido el aspecto risueño y feliz que por algunos años presentara á los habitantes de las casas inmediatas.

Ya no se oian en ella los acompasados golpes del martillo, ni se advertia el movimiento y la actividad que reina siempre en un taller donde nunca falta trabajo á sus operarios.

La puerta de la vivienda solia estar cerrada, y las gentes, al pasar por la estrecha calle á cuyo lindero pertenecia aquella, dirigian una mirada compasiva hácia su exterior y consagraban una lágrima á la memoria del laborioso carpintero; pero generalmente nadie se detenia.

Tal vez no querian turbar el santo recogimiento á que se hallaban entregados sus Moradores.

En aquella casa nadie buscaba ya el trabajo de un artesano.

Nada nos dicen las historias que hemos consultado acerca de los recursos con que contaba la Familia de José para

atender á su subsistencia; pero puede suponerse con algun fundamento que Jesus no dejaria enteramente el trabajo, si bien es cierto que la sobriedad que reinó siempre bajo el modesto techo de su hogar, no debió reclamar grandes sumas para satisfacer tan exiguas necesidades.

La muerte de José fué para Jesus y para María un suceso demasiado doloroso, que poniendo término á los dias felices que habian disfrutado, inauguraba un nuevo período de amargos sufrimientos, y era comienzo del sangriento drama que habia de tener su desenlace en la cumbre del Gólgota.

Tenia Jesus á la sazon la edad de veinte y nueve años, y por lo tanto se acercaba la época de su presentacion ante las gentes.

El Mesías debia empezar su predicacion, y someterse más tarde á los crueles martirios á que le condenaran los pecados de la mísera humanidad.

Pero Jesus queria ántes prepararse y fortalecer su espíritu con la oracion, la contemplacion y el ayuno; queria someter su Cuerpo Sacratísimo á todo género de privaciones y rigurosas pruebas.

Bastábanle á Jesucristo las perfecciones de que como Hombre se hallaba poseido, y por esto el que jamas empleó el don de sus milagros en su uso personal, y el que nunca se aprovechó de su poder divino para aliviar las penas ni evitar los peligros inherentes á su cualidad de humano, se propuso justificar con la práctica de su pobreza y con su humildad, la doctrina salvadora que iba á ser objeto de su predicacion.

Por eso el Hombre se postró á los piés del Eterno Padre y le dirigió sus fervientes oraciones.

El Hombre buscó en la penitencia los auxilios de la divina gracia, por más que como Dios llevase en Sí mismo el copioso manantial de esa misma gracia que todo lo santifica.

El Hombre acudió á la contemplacion para sentir dentro de Sí los mandatos del Omnipotente, y para obedecer á la inspiracion recibida del Espíritu Santo en las soledades del desierto.

El Hombre, en fin, se resignó á vivir á nuestro lado, á cruzar por nuestro camino, y á sobrellevar con paciencia todos los dolores y contrariedades que afligen cada dia al corazon humano.

Despues de la muerte de José, el primer desconsuelo que embargó el ánimo de aquel Dios, sometido por su voluntad á nuestra humilde condicion, fué ocasionado por su partida del hogar paterno y por el abandono en que dejaba á su querida Madre.

Y ¿cómo no sentir una inmensa pena, al apartarse de María, de aquella Criatura á quien debia tantos cuidados y á quien amaba con toda la intensidad de su cariño?

Hé aquí la continuacion de los dolores de Jesus.

Su partida de Nazareth le conmovia profundamente, y sin embargo, era preciso obedecer los designios de su Eterno Padre.

Pero si desde la muerte de José habian comenzado las amarguras de Jesus, no con ménos rigor despedazaban éstas el corazon de su adorada Madre.

¡Oh! ¡Cuántos sufrimientos padeceria la Santísima Vírgen María, al reflexionar la mision sagrada de su divino Hijo, y la espinosa senda que le aguardaba hasta la consumacion del sacrificio!

¡Cuántas veces se estremeceria su amantísimo corazon al recordar los oráculos mesiánicos, que hablaban de tormentos y de ignominia!

Por más que sabia que era el Hijo de Dios el mismo que era objeto de su ternura y de su alegría, no dejaba su alma de sentirse oprimida al considerar los dolores á que muy pronto ya iba á ser entregado el Redentor del mundo.

Por eso temia el separarse de Jesus.

Ella quisiera participar de todas sus amarguras, y aliviar, si posible fuese, sus futuros padecimientos.

María era Madre. Mas el cariño de todas las madres que ha producido la tierra, no se podria igualar jamas con la sublime abnegacion de la incomparable ESTRELLA DE NAZARETH.

Y no se crea que sus temores, que sus crueles presentimientos y los acerbos martirios de su corazon, pudieran inferir la más leve ofensa á los decretos del Altísimo.

La que reunia los títulos de Hija del Padre, Esposa del Espíritu Santo, y Madre del Salvador, no podia, ni aun con sus lágrimas, significar una queja, ni admitir en su mente un fugaz pensamiento que fuese contrario á los designios de la Suprema Sabiduría.

Pero la Mujer que reunia todas las perfecciones no estaba exenta de esos grandes sentimientos que constituyen la belleza de las almas privilegiadas, y por lo mismo que guardaba en su pecho tesoros inmensos de sensibilidad y de ternura, era mayor su desconsuelo y más grande y meritoria su resignacion.

Todas las inquietudes, todas las penas que cual punzantes espinas venian á herir el tierno, sensible y delicado corazon de María, no eran bastantes para borrar de sus labios

la angelical sonrisa en que se retrataban las infinitas gracias de que se hallaba enriquecida.

Mas ¡ay! llegó por fin el momento de la separacion.

Jesucristo se preparaba á derramar sobre la tierra el bálsamo consolador de su palabra, y á ser el vivo ejemplo de su saludable doctrina.

—¡Hijo mio! Exclamaba María derramando un raudal de lágrimas. Parte, sí, ve á cumplir los altos decretos del Omnipotente; mas perdóname este llanto que me arranca el sentimiento de nuestra despedida. ¡Ya no podré acariciarte, ni recrear mis ojos en la contemplacion de tu divino rostro!... ¡Ya no escucharé de tus labios las sencillas palabras que iluminaban mi entendimiento, y llenaban de felicidad mi corazon!... ¡Pero yo te bendigo y te bendeciré á todas horas!... Yo te consagraré todos mis pensamientos, y en el solitario hogar de nuestros padres esperaré contenta tu venida... Ve, Hijo mio. ¡Los pueblos y la humanidad entera llevan aun sobre su frente la mancha del pecado, y esperan que Tú les redimas: cúmplanse los designios del Señor, y Él me otorgue una parte tan grande en la consumacion del sacrificio, cuanta es grande mi voluntad de obedecerle y la compasion que me inspiran los pecadores!

¿Dónde podria hallarse otro ejemplo más sublime de piedad y de abnegacion?

—Dios te escucha, la respondió Jesus, dirigiéndose hácia el vestíbulo de la casa, y ya dispuesto á terminar aquella escena que le traspasaba el corazon.

Y el Dios inmenso y Todopoderoso, y el Supremo Sér que eternamente es invocado por los Santos, y á quien adoran millares de millones de ángeles, partia ya á recorrer la

senda del martirio, violentando los más dulces afectos de su alma.

Jesus caminaba al desierto.

Le esperaban ya estériles montañas y desnudas rocas; la soledad, el ayuno, la penitencia.

Su pié descalzo iba á cruzar por ásperos caminos y por tortuosos senderos de regiones ingratas y desconocidas.

A su paso sólo iban á presentarse malezas, precipicios, tristes lugares sólo habitados por reptiles y por fieras, barrancos, desfiladeros, y por todas partes peligros inminentes que hicieran estremecerse al hombre más atrevido y animoso.

Sin abrigo ni amparo, en medio de las montañas, iba á arrostrar las inclemencias del frio, el ímpetu del viento, el furor de las tempestades.

El riguroso ayuno que se habia impuesto iba á debilitar sus fuerzas físicas y á proporcionarle nuevos motivos de prueba y de mortificacion.

Hé aquí el porvenir que estaba reservado á Jesus en las soledades del desierto.

— ¡Madre mia! Exclamó. Ha llegado el momento de nuestra separacion. Las antiguas profecías deben cumplirse, y Yo obedeceré al Señor y te obedeceré á Tí al aceptar todos los rigores de la jornada.

Y arrojándose en sus brazos pronunció el doloroso adios de despedida, y salió del aposento.

Siguióle María hasta la puerta de la casa, dirigiéndole las frases más tiernas y afectuosas; pero en este momento supremo se habia verificado un cambio en el santísimo rostro de la Estrella de Nazareth.

Sin duda la resignacion de aquella inmaculada Vírgen

habia triunfado de los impulsos de su dolor, pues en sus labios brillaba con más dulzura una angelical sonrisa que, aunque bañada de amargura, era puro destello de la inocencia y de la perfeccion.

Tal vez la Madre, leyendo en el semblante de su Hijo, habia sospechado que sus lágrimas serian para Él motivo de mayor tristeza.

— El Señor sea contigo, dijo Jesus extendiendo su mano como para detener á María.

Y sin volver el rostro se apartó de su lado, y bien pronto desapareció en el horizonte.

El corazon de aquel Hombre latia con violencia; el Espíritu del Dios gozaba con su obra de redencion.

María ahogó en su seno los más sentidos ayes, los suspiros más dolorosos, y sólo dejó articular á sus labios estas palabras:

— ¡Jesus mio! ¡Jesus mio!

Este dulce nombre era la única palabra que se escapaba de su boca; porque un amor purísimo é inmenso hácia Jesus, llenaba todo su corazon; porque el recuerdo de su divino Hijo no se apartaba de su mente.

CAPÍTULO IV.

ANGUSTIA DE MARÍA.

Jesus habia partido.

La Estrella de Nazareth permaneció por espacio de mucho tiempo en el terrado de su pobre morada, y allí la sorprendió la noche, siempre fijos sus ojos hácia el lado por donde habia visto desaparecer á su amantísimo Hijo.

Allí habia permanecido como una estatua griega en el pórtico de un mausoleo.

Despues bajó á su habitacion solitaria, y cubriendo su bellísima cabeza con su manto, lloró la soledad que la circundaba.

Vano empeño seria el de describir la tristísima situacion de María, y el intenso dolor que martirizaba su tiernísimo y amante corazon.

Habia llegado el tiempo de la prediccion de los profetas, y empezaba ya la senda de espinas que habia de terminar en el Calvario.

Por eso, ni puede expresarse su dolor, ni pudiéramos hallar un término de comparacion en el mundo.

Y sin embargo, los que habeis presenciado alguna vez la

despedida de una madre adorada y de un hijo muy querido que parte á regiones remotas, desde donde no sabe si volverá á saludar los patrios lares, podreis formar una idea si la visteis anegada en llanto y desconsuelo, y gemir profunda y dolorosamente al separarse de aquel pedazo de sus entrañas;

Si la visteis despues caer accidentada en los brazos de su hijo querido al darle con el beso de su amor el adios de despedida;

Si la contemplasteis despues recorriendo en su morada todos y cada uno de los sitios ó parajes donde veia al hijo de sus entrañas;

Si la oisteis como una loca llamarle á grandes gritos, y detenerse luégo ante cualquier objeto, y dirigirle la palabra, y conversar con él como si fuera su hijo amado; podeis apreciar de alguna manera el inmenso desconsuelo de la Estrella de Nazareth.

Habia quedado huérfana, desamparada, y enteramente solitaria como la palma en el desierto.

Entónces recordaba, con el llanto en los ojos y poseido el corazon de una dulce aunque tristísima melancolía, la noche de Belen y las visibles pruebas que la diera el Eterno de su aprecio y de su misericordia.

El desierto con todos sus peligros, la tierra de Egipto con todas sus bellezas, su regreso á Nazareth con todas sus esperanzas y alegrías, eran hechos que se ofrecian á su memoria como un gran cuadro de óptica ilusorio, y la hacian olvidar la amarga soledad en que se encontraba.

En estos momentos de éxtasis de tan dulce melancolía, llamaba al patriarca y conversaba con él; le hablaba del Niño Jesus, ya como si estuviera en la cuna, ó ya como si

se le figurase que estaba en el terrado de la casa; entónces, alargando su mano y creyendo estrechar la de José, marchaba como si fuera acompañada de su buen esposo á uno ú otro sitio, y cuando en uno y en otro no encontraba el objeto amado que con tantísimo afan buscaban sus ojos, volvia en Sí y caia en el más profundo estado de afliccion y de amargura.

Otra mujer que no hubiera sido aquella Vírgen Inmaculada, se habria abandonado á la desesperacion, ó habria bajado al sepulcro consumida lentamente por las penas.

Es cierto que la soledad ofrece tambien sus consuelos, como lo ofrece el concurso de nuestras familias ó de nuestros amigos; pero es consuelo que sólo pueden gozar de él las almas doloridas; aquellas almas que no encontraron nunca en el mundo correspondencia á su amor; aquellas almas que constantemente se vieron heridas por el desengaño; aquellas almas, en fin, que viéndose huérfanas en la tierra anhelan encerrarse en los lugares más recónditos, como si fuera en una tumba, esperando el momento de abandonar el cuerpo que las aprisiona para gozar de la eterna y segunda vida en la mansion eterna.

Pero la Estrella de Nazareth no se habia encontrado nunca en este caso: en su doncellez habia sido objeto de las tiernas y cariñosas pruebas de amor de sus padres; como Esposa habia sido adorada del patriarca, y como Madre, una sola caricia de su hijo Jesus la habia hecho gozar de la misma gloria de que disfrutan los ángeles en el cielo.

Por eso era más sensible aquella lúgubre soledad para María, y por eso la arrancaba lágrimas de dolor, cuando echaba una mirada alrededor de Sí y no encontraba un sér que la dirigiese la palabra.

Mas estaba escrito por la mano del Altísimo, y las profecías habian de cumplirse.

Jesus empezaba su obra de redencion de la humanidad, y María, pura como el éter que colora de un precioso azul el espacio, era la Mujer elegida por el Padre para quebrantar con su planta la cabeza de aquella serpiente que habia seducido á la madre del género humano para que faltara á los mandamientos de Dios.

María habia de apurar con su Hijo la copa de amarga hiel de la pasion.

Y la Santísima Vírgen no ignoraba los crueles tormentos que le estaban reservados en el porvenir; pero hubiera querido sufrirlos todos á la presencia de su Hijo, y se habria juzgado dichosa y satisfecha con una sola y cariñosa mirada de Éste, en cambio de todos los martirios.

Las visitas de sus parientes y de sus amigos, léjos de ofrecerla distraccion, venian á aumentar su pena; recordaba la primera Pascua que celebró con su amado Jesus en Jerusalen, y veia ya en lontananza alzarse una cruz que traspasaba su corazon de dolor, y á la que habia de acercarse despues de otra segunda Pascua, nuncio de inmensa amargura para Ella, de terror para el infierno, pero de inmensa alegría para la humanidad y para los cielos.

Entónces, elevando su vista á la mansion eterna, exclamaba con la fe más acendrada, con la resignacion más pura: «Hágase tu voluntad...» y disponia su espíritu al sufrimiento.

Entónces volvia á cubrir su cabeza con el manto de su soledad, y se colocaba de nuevo en su mansion como la estatua griega sobre el mausoleo.

Entónces era cuando la encontraban sus parientes, y ad-

miraban todo el valor de aquella alma que pudo resistir al sangriento drama del Calvario.

Miéntras tanto Jesus oraba en el desierto, y recibia tambien en la soledad la inspiracion de la Sabiduría Eterna.

Madre é Hijo templaban ya sus almas para sufrir todos los tormentos que guardaban para ellos una raza de víboras, que sumida en la corrupcion más abyecta cerró sus ojos á la luz de la verdad, y sus oidos á la doctrina salvadora.

La obra empezaba, y su consumacion estaba próxima.

El infierno iba á gozar de su última y criminal orgía, y no parece sino que acumulaba todos los vicios para dejar memoria de ella á las generaciones futuras.

CAPÍTULO V.

LAS BODAS DE FILIPO.

Si corrompidas estaban las costumbres en la soberbia Roma, si bajo el yugo del cruel Tiberio era su corte una inmunda sentina de ambiciones y de liviandades, y si los habitantes de la ciudad vivian oprimidos y vilipendiados, no podian llamarse más libres ni más felices los pueblos, que por hallarse fuera de su radio, parece que debian vivir exentos de tanta corrupcion y perversidad.

Nunca un odioso déspota ha podido conservar su dominacion sin el auxilio de otros tiranuelos más infames aun que su señor; pues éstos suelen añadir á su soberbia y á sus arbitrariedades, una mezquina adulacion y un repugnante servilismo de que no há menester aquel.

Por eso Tiberio, el hombre que tenia en sus manos los destinos de tantas naciones, y las vidas de tantos y tantos ciudadanos, necesitaba el apoyo de cónsules, reyes, procónsules y tetrarcas, para imponer á todos su soberana voluntad.

Y estos príncipes miserables, que besaban el suelo donde pisaba su señor, y que arrastraban su dignidad por el lodo

con tal de rendir torpes lisonjas al que les mantenia en el poder, se tornaban soberbios y altaneros para dirigir su vista hácia los pueblos cuyos gobiernos se les habia confiado. Su orgullo entónces no reconocia límites; entónces no habia para ellos ley ni consideracion que moderara su desenfreno.

Los hombres de aquellos tiempos se hallaban divididos en dos clases: la una era la de los opresores, la otra la de los oprimidos.

A la primera de estas clases pertenecia Herodes Antipas, que á la sazon era tetrarca de Galilea.

Digno sucesor de aquel, que en un bárbaro decreto habia mandado degollar á tantos niños inocentes, y del que hallándose al borde del sepulcro quiso asesinar á todos los jóvenes de su reino, para que la muerte del tirano fuese acompañada de un llanto general.

Digno sucesor Herodes Antipas de su padre Herodes el Grande, siguió la senda de sus predecesores; y no contento con violentar al pueblo judío, obligándole á que tolerase las estatuas del César y las águilas de oro que habia mandado poner en las calles de las ciudades, para rendir así el tributo de su adulacion y servilismo, sometió á los galileos á todo género de vejaciones, y se entregó sin freno ni medida á sus vicios y crueldades.

No nos proponemos detallar los sucesos que acaecieron en la época de su gobierno, y solamente vamos á narrar un episodio de su vida, que además de tener relacion con la historia de uno de los principales personajes de esta obra, confirma la arbitrariedad con que procedian casi siempre los hombres á quienes hemos calificado bajo el título de opresores.

Terminados los disturbios, y aquietadas las intrigas que se habian agitado á la muerte de Herodes el Grande, dividióse el reino en provincias, y correspondió en esta division la etnarquía de Ithurea á Filipo, uno de sus hijos, el cual estableció su residencia en la ciudad de Gaulon.

Una hermosa mañana de primavera se despertó esta ciudad regocijada, prestando á los forasteros un aspecto risueño y encantador. Arcos triunfales se elevaban en las calles más anchas y populosas, y por todas partes se oian músicas, cánticos y aclamaciones.

Celebrábanse aquel dia en Gaulon las bodas de Filipo con Herodías, mujer de tan estremada belleza, que era llamada por las gentes el *Prodigio de la hermosura*.

Cualquiera que hubiese penetrado en el recinto de aquella ciudad, al escuchar los himnos de alabanza y gritos de alegría con que el pueblo solemnizaba la fiesta, sin duda hubiese creido en la felicidad de sus moradores.

Pero ¡ay, cuán poca confianza deben inspirar esos regocijos exteriores, porque la mayor parte de las veces no son el significado de la ventura y de la prosperidad de los pueblos!

Quizas los habitantes de Gaulon ocultaban aquel dia en sus corazones un odio reconcentrado que no les era lícito manifestar.

El perro lame y acaricia la mano que le maltrata.

El débil y el impotente no pueden ménos de sucumbir y de ocultar sus lágrimas cuando saben que el tirano les pide plácemes y sonrisas.

* * *

Esto sucedia en la corte del etnarca Filipo. La voluntad de éste mandaba que sus esclavos diesen aquel dia grandes muestras de regocijo, y no habia pensado en contribuir de algun modo á la expansion de los corazones.

Su padre ya encontró el medio de que á su muerte se entristeciese el reino.

Pero es preciso confesar que Herodes el Grande era un rey más previsor.

Aquella mañana era recibido en la ciudad con gran pompa y ceremonial Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, y hermano de Filipo, que venia á tomar parte en las fiestas, y á aumentar con su presencia el fausto acontecimiento que se celebraba.

Una corte de servidores y esclavos, y una escolta de soldados romanos acompañaban al tetrarca.

Su fastuoso lujo atraia á su paso á todas las gentes de la poblacion, que le aclamaban al pasar, y se le acercaban, temerosos de incurrir en su desagrado con un gesto ó con una mirada poco respetuosa.

Filipo por otra calle le salia al encuentro, y reunidos ambos hermanos, despues de hacerse un acatamiento más afectado que fraternal, se dirigieron al suntuoso palacio del etnarca, al son de los tambores y trompetas de plata, que sólo se tocaban por los sacerdotes en las grandes ceremonias religiosas, y que Filipo mandó que resonasen aquel dia, sin tener el menor escrúpulo de cometer una profanacion.

Aquel espectáculo popular terminaba por entónces; y las gentes, que no obstante su miseria y su postracion disfrutaban con la asistencia á todas las fiestas y reuniones que pudiesen satisfacer su curiosidad, esperaron con impaciencia á que anocheciera, discurriendo en tanto por las calles y plazas, y haciendo comentarios acerca de la figura elegante del recien llegado.

—Gallarda es la presencia del tetrarca, decian unos; pero os confieso que su mirada me hizo estremecer.

— Dígoos, en verdad, repetian otros, que á pesar de todo es bueno para su pueblo. No hará mucho tiempo que un galileo que á causa de su pobreza no habia podido pagar las alcabalas y fué denunciado por los publicanos...

— ¿Sería condenado á muerte?

— Sí; pero cuentan que el tetrarca se apiadó de él y de sus hijos, y que se contentó con mandar que le dieran doscientos azotes.

Parecerá acaso al lector que hay impropiedad en las apreciaciones que encierra el diálogo que antecede. Pero si se considera la facilidad con que en aquellos tiempos se imponia la pena de muerte por las faltas más leves, nadie deberá extrañar que aquellos hombres, habituados á presenciar tantas atrocidades, llamasen bueno y piadoso al que en nuestros tiempos todos le calificaríamos de cruel y de inhumano.

Llegó por fin la noche.

La muchedumbre se dirigia hácia una de las mejores casas de la ciudad, cuya fachada estaba ricamente adornada.

Aquella era la casa de los padres de Herodías, y de ella debia salir una brillante comitiva.

Efectivamente, el pueblo sólo habia presenciado aquel dia los preliminares de la fiesta, y aun les faltaba que ver al *Prodigio de la hermosura*, que aquella noche debia presentarse rodeada de todo su esplendor, y engalanada con las vestiduras nupciales.

Aun esperaban ver á Filipo rodeado de todos los caudillos, centuriones, sacerdotes, dignatarios y doncellas más hermosas de la etnarquía.

Por eso la impaciencia del pueblo era cada vez mayor, y

crecia en las calles la confusion, al paso que las azoteas de las casas se poblaban de gente.

Por fin el eco marcial de las trompetas y de las aclamaciones y cánticos que ya se oian en el vestíbulo de la casa, dieron el aviso de que la comitiva se ponia en marcha, y de que la hermosa Herodías, conducida por su esposo, pasaba á habitar bajo el techo del palacio del etnarca.

El pueblo entónces, agrupándose hácia los lados de la calle, dejó espacio á los desposados y á su lucido acompañamiento.

Un gran número de esclavos ricamente ataviados venian delante con antorchas, y seguian despues formando dos largas hileras, entre los que marchaban lentamente los asistentes á la ceremonia.

En pos de los primeros, seguian otros jóvenes del pueblo, con túnicas de lana de vistosos colores; traian en las manos ramos de murta y de palma, y caminaban victoreando á Filipo y á la hermosísima Herodías.

Una música formada por más de treinta tañedores de instrumentos de cuerda y flautas, seguian á un coro de doncellas vestidas de blanco que cantaban himnos y cánticos de alegría, y danzaban al compas entrelazando unas guirnaldas de flores para formar con ellas grupos simétricos y vistosos.

Filipo venia despues vestido de púrpura con los atributos de su dignidad; rodeábanle sus amigos y cortesanos, los cuales ostentaban riquísimas túnicas adornadas de franjas y guarniciones de vivos colores y finos tejidos; traian borlas de oro en los remates de sus mantos, y en ellos gran profusion de hebillas y adornos caprichosos y resplandecientes.

Herodes, al lado de su hermano, vestia tambien de púrpura, y entre la blanquísima toca que llevaba en la cabeza en forma de turbante, brillaba una magnífica diadema, cuyas piedras preciosas, heridas por la luz de las antorchas, despedian azulados destellos y vivísimos resplandores.

Llegó un momento en que el pueblo se agitó con más curiosidad. Un prolongado murmullo hizo agruparse más y más á los espectadores, y todos se apoyaban en las puntas de los piés, y todos pugnaban por colocarse en primera fila, para poder ver mejor á la reina de la fiesta.

Herodías pasaba siguiendo á su esposo. Rodeábala una corte de hermosísimas esclavas que iban en torno suyo quemando suavísimos perfumes, y arrojando flores á sus piés.

A pesar de que Herodías, segun la costumbre de los hebreos en tales ceremonias, ocultaba su hermoso rostro bajo los pliegues de un finísimo velo, todavía podian todos formar un juicio muy aproximado acerca de su airoso y esbelto talle, y de su gentileza y majestad.

Su atavío era brillante: traia una túnica corta de un color tan blanco, como lo es el blanco mate de las azucenas; habia sido tejida en la Siria, y tenia una finura extremada; el cíngulo ó ceñidor, que atado á la cintura caia graciosamente á uno de los lados, era de color pajizo tejido con oro, y tenia el brillo de la seda; sus flecos y borlas eran de plata, y menudas perlas combinadas caprichosamente formaban en sus caidas unas franjas ó guarniciones de variados dibujos. Las sandalias eran moradas; en las gargantas de los piés, lo mismo que en sus torneados brazos, que llevaba desnudos, ostentaba magníficos anillos; en su cabeza, sujetando sus blondos cabellos recogidos en trenzas y entrelazados con hilos de plata, llevaba la corona de desposada. Por úl-

timo, sus collares de gruesas perlas, los pendientes y las sortijas que completaban su adorno, la hacian aparecer tan hermosa y fantástica, como pudiera serlo la pintura de un ángel hecha por un poeta entusiasta y espiritual.

Los padres y parientes de Herodías seguian detras ocupando el puesto que la costumbre les destinaba; y por último, una escolta de soldados romanos, cabalgando en briosos corceles de la Bética, cerraban la comitiva luciendo sus águilas de oro, sus brillantes cascos, sus clámides rojas, sujetas al hombro con dorados broches, y sus armas vencedoras.

Tal era el magnífico acompañamiento que en medio de un estruendo de aclamaciones y de los ecos marciales de los clarines y trompas de guerra, llevaba en su seno á los orgullosos gobernadores de Ithurea y de Galilea, y á la hermosa Herodías, heroína de aquella fiesta que tenia embelesadas á las gentes de la ciudad.

Pero éstos sólo juzgaban por las apariencias; y si un velo no hubiese ocultado el rostro de la esposa que caminaba en triunfo, quizas alguno hubiera observado que Herodías no caminaba tan satisfecha como fuera natural en aquella ocasion en que era objeto de tantos plácemes y aclamaciones.

Llegaron por fin al palacio los héroes de la fiesta, desfilaron los soldados, retiróse el pueblo, y sólo los que tenian entrada en la régia mansion, penetraron en sus salones para felicitar á Filipo y á Herodías, y asistir al banquete que habia de celebrarse, luégo que descansasen, los que habian tomado parte en la ceremonia.

Herodías obtuvo licencia para retirarse á un lujoso aposento que tenia preparado, y todos, en fin, gozaron un momento de libertad.

Filipo y Herodes conversaban en voz baja, y éste ponde-

raba á su hermano la belleza y la suntuosidad de su corte, y la hermosura de sus esclavas.

— Pero aun no he tenido ocasion de ver á tu esposa, y en verdad hice mal al hablar de belleza, no habiendo aun disfrutado de la presencia de Herodías, cuya fama he oido proclamar no sólo en Galilea, sino en Samaria y hasta en Jerusalen.

— Ven, hermano, le contestó Filipo. No es justo que contigo se guarden rigurosamente las prescripciones de nuestras costumbres. Quiero que conozcas cuánta es mi dicha al ser dueño de la hermosa Herodías.

Y tomándole de la mano, le condujo hasta el aposento en que aquella se hallaba conversando con sus esclavas.

— Mi hermano Herodes desea conocerte.

— Sea bien venido el tetrarca de Galilea.

Herodes dirigió algunas palabras galantes á Herodías, pero no pudo hacerlo sin manifestar alguna turbacion.

La mirada de aquella mujer le habia fascinado. El pueblo tenia razon: era el prodigio de la hermosura.

— ¡Oh! Exclamó. Si en Roma hubiesen visto á Herodías, nadie osara hablar de la belleza de Cleopatra.

Filipo escuchó esta exclamacion con orgullo.

Su esposa contestó á Herodes con una sonrisa encantadora.

. . . . . .

El banquete iba á empezar, por lo que no pudo prolongarse más aquella escena.

Filipo y Herodes, despues de despedirse de Herodías, se dirigieron á los puestos que debian ocupar entre los cortesanos.

Herodes salia preocupado, y murmuraba:

— ¡Ya es tarde! ¡Oh mujer, en qué dia te has presentado delante de mis ojos!

CAPÍTULO VI.

HERODÍAS.

Eran las doce de la noche.

Filipo, Herodes, y los magnates y caballeros convidados al banquete, apuraban sus doradas copas, y conversaban y reian entregados á una ruidosa expansion.

Los deliciosos vinos de Italia, y los añejos del país hechos con uva seca y preparados con miel y con esencias de diferentes frutas, corrian cien veces en los preciosos vasos de los convidados, los cuales otras cien veces volvian á presentarlos vacíos á los esclavos y sirvientes que al rededor de las mesas iban desocupando sus labradas ánforas.

La música seguia llenando el espacio con sus acordes sin interrupcion; los semblantes estaban encendidos, y ya la confusion y la embriaguez empezaban á reinar en el magnífico salon donde se celebraba el festin.

El convite, que habia empezado ceremoniosamente, tomaba ya otro aspecto, y poco á poco iba desapareciendo la pulcritud y afectada cortesanía que reina siempre en los palacios.

El banquete de las mujeres habia terminado, y se habia retirado ya Herodías á sus perfumadas y ricas habitaciones,

no sin haber solicitado ántes permiso de los asistentes á la fiesta.

Y miéntras éstos se regalaban con los sabrosos y abundantes manjares de que estaban cubiertas las mesas, y miéntras se abandonaban á los deleites que les ofrecian sus contínuas libaciones, Herodías, reclinada sobre unas almohadas lujosísimas, permanecia silenciosa y ensimismada, como si un pensamiento importuno se hubiese apoderado de su imaginacion.

Los preparativos de la fiesta, su traslacion solemne al palacio de Filipo, las felicitaciones de los cortesanos y el bullicio del banquete, habian producido en su alma un cansancio y una languidez que jamas habia experimentado.

Pero no era esto sólo. Herodías, que habia sentido en pocas horas tantas emociones, en medio de su triunfo no estaba satisfecha.

Sus sueños de ambicion la habian hecho creer que el título de esposa de Filipo llenaria todos sus deseos, y que al lado del etnarca veria colmadas todas las aspiraciones de su desmedido orgullo; pero cuando se halló en el palacio y se vió colocada en su elevado puesto, la pareció pequeña la etnarquía de Filipo, y pensó en que habia en el mundo tronos más altos y más poderosos.

Herodías, la mujer ilustre que llevaba en sus venas la sangre de los reyes de Judea, era ambiciosa y soberbia, y no ignoraba que tenia, para imponer á los reyes su dominacion, unos magníficos ojos negros, cuyos destellos podian ser mandatos irresistibles.

Sabia tambien que sus palabras estaban impregnadas de una seduccion que subyugaba los corazones más insensibles y más fieros.

Solicitada por Filipo, mostró una obstinada resistencia ántes de aceptar sus magnánimos ofrecimientos, y con el fin de conseguir sus propósitos, habia rogado á sus padres que de ninguna manera consintiesen en aquella boda. Segura de su triunfo, esperaba que Filipo, rendido por la pasion, arrojaria á sus plantas toda su dignidad, y demandaria su mano, postrado y sometido ante el imperio de la hermosura.

No en vano aspiró Herodías á tiranizar el corazon del etnarca, ni se equivocó al sospechar que éste volveria á rogarla con mayor fuego, y que acabaria por colocar en sus manos toda su voluntad y todo su poderío.

Mas cuando llegó este caso, fingió que se apiadaba á tanto ruego. Entónces le manifestó un amor que no sentia, y por último consintió gustosa en que se verificasen los desposorios. Anunciáronse despues las fiestas de sus bodas, y fueron invitadas á ellas sus parientes, deudos y amigos, y los potentados y caballeros más ilustres de las comarcas y reinos vecinos.

La jóven desposada, aunque era sobrina del tetrarca de Galilea, y de que le habia visto hacia algunos años, ni recordaba sus facciones, ni tenia apénas motivos para juzgar de sus prendas personales.

Pero llegó el dia de las bodas, y cuando se estaba ataviando para asistir á la ceremonia, sintió el ruido y las aclamaciones del pueblo que saludaba á Herodes en el instante que penetraba en la ciudad y se dirigia al palacio de su hermano.

Un impulso de curiosidad la movió á asomarse á la azotea de su casa para verle pasar. La gallarda figura del tetrarca, su buen talle y la destreza con que manejaba el ca-

ballo, la causaron una impresion vivísima, y la hicieron pensar que su tio Herodes era más jóven, más bizarro y más poderoso que Filipo.

Pero aquel dia no tuvo tiempo para entretenerse en vanas comparaciones, y sólo pudo confirmar su opinion cuando los dos hermanos se presentaron á saludarla miéntras se disponia el banquete.

A la verdad no era aquel dia el más oportuno para discurrir acerca de los mayores merecimientos que adornaran á cada uno de sus dos tios.

Herodías era ya la mujer de Filipo, y ni las leyes ni las costumbres podian autorizarla para preferir á Herodes, ni aun para significarle de ningun modo esta preferencia. La inesperada inclinacion que sentia en favor del tetrarca, como aun no habia echado raices en su corazon, era para ella tan sólo un importuno recuerdo que la contrariaba algun tanto, y mucho más si se considera que no dejaba de aparecer en su mente con sobrada frecuencia.

Procuró, sin embargo, desechar sus pertinaces pensamientos, que se fundaban en un imposible; pues aunque ella hubiera tenido libertad, todavía aquel amor hubiese hallado graves obstáculos.

Herodes hacia tiempo que estaba casado.

La hermosa desposada ahuecó uno de los almohadones, y reclinando sobre él su frente, cerró los ojos y buscó en el sueño el remedio de la extraña inquietud que la atormentaba.

Pero aun permanecia desvelada cuando una de sus esclavas entró en su aposento precipitadamente.

—¿Dormis, Herodías?

—¿Qué sucede?

—El tetrarca de Galilea, vuestro tio, ha penetrado en vuestras habitaciones y se acerca hácia esta cámara.

Incorporóse la esposa de Filipo con algun sobresalto; mas luégo, reponiéndose un poco, dijo á su esclava:

—Dejadle pasar.

En aquel instante la gallarda figura de Herodes se dejó ver á la tenue luz de una lámpara de plata que pendia del techo.

Herodías, aparentando la mayor serenidad, le hizo una señal para que se adelantara.

Inexplicable é injustificada parecerá esta visita, que se verificaba en un aposento reservado para la mujer del etnarca y á una hora tan avanzada de la noche; pero la conducta de Herodes tiene una explicacion que se ajustaba perfectamente á su carácter y á su proceder.

El tetrarca se habia enamorado de Herodías; pero con una pasion violenta cual nunca la habia sentido. En un principio consideró su situacion respecto de Filipo, que le habia recibido tan cordialmente en su corte, y que durante el festin le habia colmado de obsequios y de distinciones.

El primer impulso de Herodes fué generoso, ó por mejor decir, no fué infame; pero como se hallara impresionado, y no podia desechar el recuerdo de Herodías, habló en el banquete de su singular belleza, y dió lugar á que todos felicitaran á su hermano, y le dijeran que ni los más poderosos reyes del Oriente tenian entre sus concubinas una mujer de tan altas prendas.

Cada felicitacion era una saeta que heria el orgullo del soberbio tetrarca.

La conversacion que él mismo habia suscitado, avivó su amor y encendió sus celos. Entregóse á la violencia de am-

bos afectos, y aquel hombre que jamas encontró obstáculo que detuviera sus acciones, aquel hombre acostumbrado á ejercer toda clase de tiranías, y que imponia á todos su voluntad, empeñóse más y más en la idea, siquiera fuese remota, de poseer á Herodías. Venció sus escrúpulos, y afectando una alegría franca y expansiva, apuró una y otra copa, y se distinguió entre todos los concurrentes por su locuacidad y regocijo.

Pero llegó un momento en que se levantaron los convidados de las mesas, y la conversacion general cesó al repartirse aquellos por los salones formando diferentes grupos.

—¿Y por qué no he de ver yo á Herodías? Exclamó en voz baja y como si hablara consigo mismo. ¿Seria capaz Filipo de enojarse porque me atreviese á saludar á nuestra sobrina?... No, nada me importa... La veré... Yo lo quiero.

Esta última exclamacion era la razon suprema que bastaba para justificar todos sus desmanes.

Y olvidando las prudentes reflexiones que hubieran detenido á cualquiera que no tuviese un corazon tan perverso como el de Herodes, se separó disimuladamente del grupo en que conversaba con algunos palaciegos, y se dirigió á las habitaciones donde se encontraba la esposa de Filipo.

—Herodías, perdona si te ofende mi visita, la dijo al presentarse; el brillo de tus ojos ha herido mi corazon, y no he podido resistir al impulso del deseo de volver á verte.

—¿Qué pretendes, tetrarca de Galilea? Exclamó Herodías con extrañeza y con imperio. ¿Te has olvidado que estás bajo el techo del palacio de Filipo? ¿No sabes que en esta cámara sólo puede penetrar mi esposo?

—¿Y has olvidado tú que soy tu tio, y que en el seno de la familia nada puede perjudicar una visita?

—Tal vez sí, porque en este sitio y á tales horas... ¿Sabes á lo que puede exponerte tu atrevimiento?

—Nunca he pensado en los riesgos cuando trato de cumplir mi voluntad.

—Concluyamos, exclamó Herodías con marcado enojo.

—He dicho mal, la interrumpió vivamente el tetrarca; porque ahora mismo siento el temor de un riesgo que me acobarda.

—Pues sal pronto de aquí, puesto que temes...

—Es tu enojo el único riesgo que me amenaza.

Herodías conseguia un nuevo triunfo; pero su dignidad de mujer y su orgullo se revelaron contra sí misma, y era preciso hacer comprender á Herodes que habia dado un paso tan imprudente como torpe é infamante.

Éste, por su parte, á pesar de su maldad y de su desvergüenza, se sintió perplejo, y no supo qué giro habia de dar á aquel extraño diálogo; pero un poco despues, más repuesto, continuó con afectada humildad:

—Veo que he sido inoportuno. Tu semblante me está diciendo que te he ofendido precisamente en un dia harto señalado. Mas perdóname: el amor no piensa ni razona, y yo...

—Sal de aquí, poderoso tetrarca, dijo Herodías con imperio. Por más que tengas fuerzas suficientes para imponer tu voluntad á los que te obedecen, no conseguirás adelantarte un solo paso, porque soy la esposa del etnarca, ¡y porque yo lo mando!

La energía con que fueron pronunciadas estas palabras, hicieron retroceder á Herodes, el cual conoció su locura, á pesar de hallarse embriagado, no sólo á causa de las frecuentes libaciones que habia hecho durante el banquete, sino tambien con la seductora hermosura de Herodías.

— Quiero obedecerte, contestó dejando asomar á sus labios una fingida sonrisa. Perdona, esposa de Filipo. Tú sola serás la que puedes decir que has triunfado de mi poder.

Herodías le volvió la espalda, despues de haberle dirigido una mirada desdeñosa é insultante.

Y sin embargo, aquella mujer se sentia predispuesta á amarle.

Herodes volvió al salon, y acercándose á sus amigos y al mismo Filipo, les habló con naturalidad, como si la escena anterior no hubiese dejado huella alguna en su corazon.

A pesar de que habia sido humillado por una mujer, le agradó sobremanera aquel valor que tanto realce daba á la singular belleza de Herodías.

— ¡Oh, es imposible que yo la aborrezca!... Murmuraba cada vez que su imágen volvia á aparecer en su abrasada mente.

La fiesta terminó poco ántes de que amaneciera: cuando el sol empezaba á derramar su luz sobre las cumbres de las montañas, el palacio yacia silencioso; sus moradores descansaban, y el viento habia disipado la pesada atmósfera del festin.

Herodes no dormia. Pensaba en la mujer que le habia despreciado.

— He sido un loco, repetia allá en el fondo de su alma. He merecido que ella me humillara... Pero yo conseguiré su amor.

Acordábase despues de su hermano... Este pensamiento se presentaba en su mente como un fantasma aterrador.

— Filipo es mi hermano... ¡es su esposo!

Y poco despues, como para alejar este remordimiento, añadia:

— ¡Nada me importa! Si es preciso le mataré.

. . . . . .

Las fiestas de las bodas de Herodías y de Filipo, todavía se prolongaron por espacio de siete dias, durante los cuales Herodes mostró á la esposa de su hermano las mayores consideraciones; y aunque cada dia estaba más prendado de su hermosura, nada la significó con sus palabras.

Concluidos los festejos, los convidados que no vivian en Gaulon se fueron retirando á sus ciudades, y el tetrarca, despues de despedirse de Filipo, regresó á Tiberiades, donde le reclamaba el gobierno de su tetrarquía.

CAPÍTULO VII.

LA PERFIDIA DE HERODES.

Despues de terminadas las fiestas con que se solemnizaron en Gaulon las bodas de Filipo y su sobrina, trascurrieron algunos años, en cuyo tiempo los dos esposos gozaban al parecer las delicias de un venturoso enlace.

Los habitantes de la ciudad habian observado que el tetrarca de Galilea hacia algunas visitas á Filipo, y se complacian al ver que ambos hermanos se presentaban en público manifestándose recíprocamente un cariño desinteresado y una sincera fraternidad.

Las gentes sencillas no sospechaban que las visitas del tetrarca pudiesen tener un objeto oculto, ni tampoco Filipo se sintió inquietado por ningun triste presentimiento.

La cariñosa conducta de su hermano estaba para él justificada completamente. Nada más natural que aquel afecto entre dos personas tan íntimamente enlazadas por los vínculos del parentesco.

Por otra parte, no podian desagradarle las consideraciones que aquel le guardaba, ni los ricos presentes que le ofrecia, cada vez que dejando la ciudad de Tiberiades venia á hospedarse en su palacio.

Pero el lector, que no habrá olvidado la violenta pasion que habia nacido en el corazon del voluntarioso Herodes, tal vez sospechará que aquellas visitas tenian una segunda intencion, y que el amor que le inspirara la hermosa Herodías estaba muy léjos de haberse extinguido.

Así era ciertamente. El tetrarca persistia en la realizacion de su infame propósito.

La altanería de su sobrina, añadiendo nuevos encantos á su natural hermosura, mantenia viva la llama que como un oculto volcan abrigaba dentro de su pecho.

El perverso galanteador no perdonó medio, ni desperdició la menor ocasion que pudiera conducirle al logro de sus deseos.

Y entónces Herodías vió abatido su orgullo.

Su alma apasionada se agitó al borde de un abismo, y por eso un dia escuchó las quejas del enamorado tetrarca; otro dia procuró volverlas á escuchar, y más tarde se mostró ante él rendida y dispuesta á lanzarse en la senda del crímen.

Herodes habia esperado; pero su triunfo habia sido completo.

El dia á que nos referimos al comienzo de este capítulo, Herodes se despedia de su hermano besándole la barba, despues de haberle hecho una de sus visitas.

Nadie hubiera descubierto en su rostro afable y risueño, señal alguna que revelase la infame traicion que meditaba.

Y sin embargo, aquella despedida tan sincera por parte del etnarca, y tan desleal por la de su hermano, habia de ser la última expresion del afecto de aquel, y la más traidora y cobarde que podia cometer un hombre.

Herodes montó en el brioso caballo que le esperaba á la

puerta del palacio, y emprendió su marcha seguido de una cohorte de soldados que siempre le escoltaban.

Mas ántes de perder de vista los torreones que adornaban y servian de defensa al palacio, volvió la cabeza y sonrió con satisfaccion al ver que una mujer le saludaba desde una de las azoteas, agitando un blanquísimo lienzo.

El tetrarca y sus gentes desaparecieron entre la nube del polvo que los caballos iban dejando en su camino.

Filipo acudió á desempeñar los deberes que le imponia su elevado cargo.

La ciudad gozaba de su ordinaria tranquilidad.

Nada ocurrió en ella durante el dia que mereciese llamar la atencion de sus moradores. Aun dentro del palacio, nadie pudo notar incidente alguno que llamara la atencion de lo que se meditaba. La traicion estaba hábilmente preparada. Herodías se mostró aquella tarde más risueña, y dirigió á su esposo las frases más cordiales y cariñosas. Su alma habia llegado al último grado de la perversidad.

Anocheció por fin.

Los hebreos acostumbraban retirarse á sus hogares á las primeras horas de la noche, por cuya razon, tan luégo como los rayos del sol desaparecian en el horizonte, las calles de las ciudades iban quedándose poco á poco desiertas y solitarias, y muy luégo el profundo silencio que reinaba en ellas, daba á entender claramente que sus habitantes yacian entregados al reposo.

Las calles de la ciudad de Gaulon quedaron al fin desiertas; sólo el ladrido de algun perro interrumpia de vez en cuando el prolongado susurro que producian en el campo las ramas de los árboles mecidas por el viento. Pero á este rumor sucedió otro ruido lejano: era un eco más acompasado

que el producido por los árboles al balancearse suavemente sus ramas sobre sus troncos. Parecia que cien caballos galopaban muy léjos de la ciudad.

— ¿Qué ruido será éste? Se preguntó un judío que hallándose en vela se habia asomado á una angosta ventana de su casa para averiguar la causa... Sin duda los soldados cumplen alguna órden del etnarca, dijo para sí.

Y movido por la curiosidad, escuchó.

El galope de los caballos dejó de sentirse; sin duda éstos se habian detenido ó caminaban al paso.

El judío se retiró bien pronto, porque las casas de la ciudad no le permitian ver el campo.

Un grupo de ginetes se adelantaba silenciosamente hácia las murallas de Gaulon.

Estos eran en su mayor parte soldados; pero entre sus caballos traian un camello lujosamente enjaezado. Bajo un rico dosel sostenido por unas varillas de plata, apoyadas fijamente en la silla, que constituia el aparejo del animal, habíanse colocado algunos cojines, que venian á formar un trono tan elegante como hábilmente dispuesto, para resguardar del sol á la persona que debia ocuparle.

Luégo que hubieron llegado al pié de la muralla, se detuvieron en un sitio próximo á un gran edificio que, entre las sombras de la noche, parecia un negro fantasma imponiendo silencio á una populosa ciudad.

Apeóse de su caballo el que parecia jefe de aquella tropa, á quien todos rendian acatamiento, y seguido de dos soldados que tambien habian dejado sus cabalgaduras, se dirigieron cautelosamente á la poblacion, penetrando despues en ella y cruzando algunas calles sin detenerse, hasta que se hallaron al pié de una de las fachadas laterales del palacio.

El misterioso personaje se acercó á un pequeño postigo, y tocó en él ligeramente con la mano.

Abrióse éste en seguida, y dejó pasar á unas mujeres que sin duda esperaban la señal.

— Herodías, dijo en voz baja el que venia al frente de los soldados.

— Silencio, le contestó una de las mujeres que por su acento y majestuosa presencia parecia una reina. Filipo duerme... En el palacio nadie nos ha visto salir... ¡Ah! Ven, ven, continuó á media voz y con gran sobresalto dirigiéndose á una niña que iba conducida por la mano de una esclava, con la que conversaba á media voz.

— Silencio, la dijo imperiosamente un hombre.

Y la niña obedeció el mandato y selló sus labios.

Herodes, entónces, pues éste era el que amparado por las sombras de la noche, habia acudido á aquella cita criminal, tomó de la mano á su sobrina y la condujo precipitadamente por las mismas calles que un momento ántes habia cruzado.

Otras dos esclavas seguian á los principales personajes de esta escena, llevando una arca de madera de ciprés, que á pesar de ser pequeña debia pesar mucho á juzgar por el trabajo con que aquellas la conducian.

Uno de los soldados se adelantó para explorar el terreno; el otro siguió detras llevando desnuda su ancha espada, y marchando dispuesto á proteger aquella vergonzosa fuga.

Pocos momentos despues la esposa de Filipo, recostada entre mullidos cojines y debajo de un dosel, era conducida en un camello hácia los confines de la etnarquía.

Llevaba en sus brazos una hija que habia robado á su desdichado padre.

A su lado caminaba Herodes en un brioso corcel. Las esclavas iban detras en fuertes cabalgaduras, y por último, los soldados escoltaban al poderoso tetrarca de la Galilea y á la culpable esposa que tan sin pudor huia de los amantes brazos de su esposo.

Las cercanías de la ciudad volvieron á quedar solitarias, y otra vez se escuchó el lejano rumor producido por el galopar de cien caballos, y despues un silencio sepulcral favoreció el pesado sueño de los habitantes de Gaulon.

A la mañana siguiente, los vecinos de la ciudad encontraron los cadáveres de los guardas de una de las puertas, que habian sido asesinados horriblemente la noche anterior; y miéntras el pueblo comentaba estos actos de crueldad inexplicable, empezó á correr de boca en boca otra noticia alarmante. La mujer del etnarca habia desaparecido. Sus mejores joyas habian sido robadas.

. . . . . .

. . . . . .

Tres dias habian caminado los fugitivos, evitando siempre el paso por los pueblos y ciudades en que pudieran ser conocidos.

El tercer dia, cuando el sol descendia á su ocaso, pisaban ya en el territorio de la Galilea.

Entónces el tetrarca, volviendo la cabeza hácia el camino que dejaban, exclamó:

— Ahora, Filipo, puedes venir si te place á reclamarme tus derechos. Mis soldados te cerrarán el paso, porque á sus lanzas encomiendo desde ahora mi respuesta.

Ya lo hemos dicho: Herodes era un déspota y un infame.

En su inteligencia embotada por sus vicios y desórdenes, no cabia el respeto á la justicia, ni á las leyes, ni com-

prendia la fuerza de los razonamientos. Su justicia se acomodaba siempre á sus caprichos, su ley era la violencia, y su constante apoyo era la fuerza.

Herodes, tan soberbio como egoista, santificaba los crímenes cometidos en satisfaccion de su voluntad.

Por eso observaba tan reprochable conducta, y amenazaba al que ofendia, lo mismo que hubiera amenazado al que le hubiera inferido la más cobarde ofensa.

Siguiendo su camino el raptor y la esposa adúltera, aun tenian que atravesar unas montañas áridas y desiertas que distaban de Tiberiades más de tres jornadas.

Pero, embebidos en sus pláticas de que no queremos ocuparnos y damos por supuestas, marchaban contentos al verse ya seguros de la persecucion de Filipo, sin que en su fuga se les hubiere presentado obstáculo ni contrariedad alguna.

A la mañana del cuarto dia empezaron á cruzar por las montañas, internándose en un terreno escarpado y pedregoso, en el que la marcha tenia que ser más trabajosa y lenta.

Herodes, que tantas veces habia cruzado aquel camino, conocia perfectamente los puntos más accesibles y los más peligrosos. No le podia extrañar la completa soledad que reinaba en aquel sitio, donde no vieron pastores ni caminantes. La temperatura era allí siempre vária y desapacible, y no ofrecia abrigo ni medios de subsistencia al infortunado sér viviente que se perdiese en aquel laberinto de desnudas rocas.

Pero cuando ménos esperaba la presencia de persona alguna que á la sazon se hallara en la montaña, advirtió que por la cumbre de un cortado peñasco se adelantaba á su en-

cuentro un hombre medio desnudo, de aspecto singular, y en cuya figura hallaron todos un sello de fiereza y de severidad imponente.

Y sin embargo, al acercarse á él vieron que aquel hombre extraño era muy hermoso y jóven, pues no rayaba á la sazon en treinta años de edad.

Sus miradas eran penetrantes, su frente espaciosa, su cabellera espesa y algun tanto crespa, su barba poco poblada, y por último, todas sus vestiduras se reducian á una túnica corta y desigual, hecha con pedazos de piel de camello.

Cuando Herodes se acercó al pié de la roca, detuvo su caballo y quedóse mirando de hito en hito á aquel hombre en cuyo rostro hallaba cierta energía y cierta belleza nada comun.

— ¿Quién eres? Le dijo con acento imperativo. ¿Cómo vives en estas montañas?

Detuviéronse todos los caminantes, y se quedaron un momento silenciosos, porque deseaban escuchar la respuesta del desconocido.

— Yo soy, dijo éste, la voz del cielo que enseña los caminos del Señor á todos los que van descarriados y perdidos.

— ¡Es posible! Interrumpió Herodías, sin comprender el sentido de las anteriores palabras. ¿Segun eso caminamos perdidos?

— Así es: vais derechos á precipitaros en el abismo.

Herodes dirigió una mirada en torno suyo como para asegurarse de que era cierto lo que le decia, y como se encontrase algo perplejo, se dirigió de nuevo al que le hablaba.

— Dinos cuál es la senda que debemos seguir.

— Para vosotros no hay más que una, que es la del arrepentimiento.

Miráronse atónitos cuantos escucharon aquella inesperada respuesta. Herodes pensó que se trataba de una chanza inoportuna, y sintiéndose ofendido exclamó con altanería:

— Mancebo, eres muy poco para darme consejos. Teme mi cólera, y vuélvete por donde has venido. Yo te aconsejo que otra vez no te muestres tan osado, sobre todo cuando no conozcas á las personas con quien hablas.

— Conozco á un hombre que ha repudiado á su esposa, y tambien conozco á una mujer que se fuga del palacio de su marido.

Herodías palideció; en su corazon la atormentaba el remordimiento.

El tetrarca rugió de cólera; pero recobrándose un poco, dijo al hombre aparecido, sonriendo desdeñosamente:

— ¿Sabes que puedo ahora mismo darte la muerte?

— Más poderoso era tu padre, y á pesar de que mandó dar la muerte á todos los niños que habian nacido cuando yo nací, el Dios que creó el cielo y la tierra me libró de los soldados del rey de Judea, porque me destinaba á muy altos fines.

Estas palabras, pronunciadas con un acento tranquilo, irritaron á Herodes, el cual, lleno de coraje, mandó á sus gentes que se apoderasen de aquel hombre y castigasen tanto atrevimiento.

Pero él, alzando la voz, « Haced penitencia, » les dijo, y se alejó pausadamente desapareciendo por entre las rocas.

Los soldados del tetrarca tuvieron que dejar sus caballos y trepar al sitio que habia ocupado el desconocido; pero aunque cercaron aquella parte de la montaña y registraron

con la mayor solicitud todas sus guaridas, no lograron encontrarle, teniendo que volver á la presencia de su señor, sin traerle la codiciada presa.

Por una causa inexplicable, no se manifestó en esta ocasion el carácter irascible y violento de Herodes.

Habia sido humillado; pero ¿qué hombre es éste? pensaba; ¿cómo ha podido conocerme?

Sus palabras se repetian en su oido, y le llenaban de confusion.

— En marcha, gritó al fin con voz siniestra, procurando olvidar aquel incidente tan extraño como inesperado.

Colocóse al frente de sus soldados, y éstos le siguieron recelosos, porque Herodes estaba enojado y todo lo podian temer de su implacable crueldad.

Herodías, en tanto, permanecia silenciosa con la cabeza inclinada. Sus dedos arrancaban convulsivamente los dorados flecos del almohadon que le servia de asiento.

Y no hallando medios de consumar una venganza, derramaba lágrimas de despecho.

Por fin llegaron á la ciudad de Tiberiades, residencia del tetrarca.

Herodes tomó por esposa á la mujer adúltera que habia seducido, y la presentó á su pueblo.

Pasaron algunos años.

El recuerdo del solitario de la montaña, no se habia borrado de la mente de Herodes.

Su nueva esposa aun meditaba una venganza; pero todo era en vano. Nadie pudo darla noticias del hombre que la habia reprendido y llamado adúltera delante de sus servidores.

Aquel hombre habia dicho la verdad.

Aquel hombre era Juan el Bautista, que empezaba á ejercer su ministerio, y sus palabras habian sido una sentencia que pesaba sobre la cabeza del tirano y de la mujer adúltera.

Esta no se olvidó ni un solo instante del hombre que la habia humillado, y ya veremos más adelante cómo consumó su venganza.

LIBRO SEGUNDO.

EL PRECURSOR DEL MESÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

PREDICACION DE SAN JUAN.

En la visita que María habia hecho á su prima Elisabeth, ésta, iluminada por un rayo de inspiracion divina, habia conocido que aquella casta Doncella llevaba en sus entrañas al Mesías prometido.

La virtuosa mujer de Zacarías, fecundizada tambien milagrosamente en los años de su ancianidad, sintió que el hijo que llevaba en su seno se conmovió y agitó en aquel instante, como si hubiese querido saludar reverentemente á Aquel cuya venida al mundo habia de anunciar como precursor.

En aquel momento, el Bautista quedó santificado en el seno de su madre.

La sangrienta persecucion de Herodes no pudo alcanzar al que debia ser nuncio de las mejores nuevas que el mundo pudiera recibir.

Juan se libró tambien de la degollacion de los inocentes por secreto designio de la Providencia, porque quiso que la

autoridad de Herodes el Grande no fuese muy respetada en la tierra de su nacimiento.

Apénas los primeros rayos de la razon iluminaron aquella inteligencia infantil, Juan comprendió la mision de que estaba encargado, y revistió su carácter de toda la austeridad necesaria para realizarla dignamente.

Rompiendo todos los vínculos que pudieran unirle al mundo, se retiró al desierto, y consagró su vida á la oracion y á la penitencia.

El pueblo de Israel seguia gimiendo bajo el peso de la esclavitud con que le oprimia aquel imperio romano, que él llamaba impío.

En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, cuatro mil veintinueve y seis meses de la creacion del mundo, y veintinueve y seis meses del nacimiento de Jesucristo, siendo Poncio Pilato procurador de la Judea, y Herodes tetrarca de Galilea, abandonando las más ásperas montañas de Judá y las soledades de Zip, Maon, Engadi y otras, apareció por la parte de Judea que comunmente se llamaba campiñas del desierto, un hombre singular, un austero penitente, en cuyo rostro hallaban los habitantes de los lugares y pequeñas aldeas de la comarca, un sello de grandeza que les inspiraba admiracion y profundo respeto.

Este hombre, que se presentaba y recorria la ribera occidental del Jordan cubierto con un áspero cilicio tejido de pelos de camello y ajustado á su cintura con una correa, causaba en todos los ánimos una inexplicable sorpresa, no sólo por la sobriedad de sus costumbres, sino por la energía y eficacia de sus palabras.

Todo su alimento se reducia á algunas langostas que hallaba en los bosques y en las cavidades de las rocas, y un

poco de miel silvestre que corria por las aberturas de los árboles; su bebida era el agua del Jordan, de cuyas riberas no se separaba. Pero tomaba estos alimentos en tan escasa cantidad, que el evangelista San Mateo, al hablar de él, dice que no comia ni bebia.

Sus palabras no en vano infundian respeto, puesto que en ellas se hallaba un espíritu profético y una fuerza de conviccion tal, que movia á los corazones, y los inclinaba poderosamente á la penitencia y al servicio de Dios.

Este hombre, que poseia el espíritu del gran profeta Elías; este hombre, que habia tenido la dicha de conocer y saludar á Jesucristo, ántes de haber salido del vientre de su Madre; aquel, cuyo nacimiento fué un prodigio y fué acompañado de otros prodigios tan admirables como misteriosos, era Juan, el hijo de Zacarías, el afortunado y glorioso descendiente de la sagrada familia de Araon, y á quien habia dicho el Espíritu Santo por boca de Zacarías:

«Tú serás llamado profeta del Altísimo; porque irás delante de la cara del Señor para preparar sus caminos, para dar al pueblo la noticia de la salud, para obtenerle la remision de los pecados, para alumbrar á los que están en tinieblas y sombras de la muerte, y para dirigir nuestros pasos por el camino de la paz»[1].

Aquel hombre era el mismo de quien habia dicho el arcángel Gabriel: «Serán muchos los que se alegrarán de su nacimiento, porque será grande delante del Señor; no beberá vino, ni bebida que embriague, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre; convertirá á muchos de los hijos de Israel á su Dios, porque el Señor irá

[1] Canto profético de Zacarías que principia: *Benedictus.*

delante de él, en espíritu y virtud de Elías, para convertir el corazon de los padres á los hijos, y los incrédulos á la prudencia de los justos, y para preparar al Señor un pueblo perfecto.»

Hé aquí explicado el prestigio y la singularidad que llevaba consigo el santo precursor del Mesías, al presentarse por las campiñas del desierto, despues de haber vivido largos años entregado á una vida austera y penitente. Hé aquí por qué sus doctrinas y exhortaciones causaban desde luégo tan honda sensacion en el ánimo de los pueblos, á quienes anunciaba que ya era llegado el tiempo que tanto habian deseado, y que muy pronto el Mesías verdadero les daria la salud eterna y les redimiria de la esclavitud del pecado.

Pero aquel hombre que á la sazon contaba cerca de treinta años (edad que segun la costumbre del pueblo de Israel se necesitaba para la predicacion), empezaba á cumplir la alta mision que el Eterno le confiara, despues de haber pasado la mayor parte de su vida recibiendo en las soledades las inspiraciones del Señor, y disponiéndose á cumplir las sagradas profecías, predicando á los hombres, y allanando los caminos al Redentor que habia de seguirle.

Con tales disposiciones, y presentándose á los ojos de los israelitas con un aparato de austeridad y de penitencia tan necesario para atraer á los pecadores y moverles á seguir su ejemplo, comenzó Juan su predicacion por los pueblos situados á las márgenes del Jordan, abrasado de un celo edificante, y con una voz tan persuasiva, que hacia comprender á cuantos le escuchaban, que su lenguaje, como el de los profetas, era una prueba de la presencia de Dios, y que el que le empleaba en sus discursos era signo vivo de su voluntad.

San Agustin, hablando de los profetas, decia que éstos eran hombres divinos, filósofos, teólogos, doctores y caudillos de los hebreos[1]; pero Juan reunia, ademas de todos estos atributos, circunstancias especialísimas, y no en vano Isaías le habia llamado, cerca de ochocientos años ántes de su nacimiento, *Voz del que clama en el desierto*, y Malaquías, cerca de cuatrocientos años ántes, *Angel del Señor, enviado delante de Él para preparar su camino.*

Con tales antecedentes, fácilmente se puede comprender cuán grande y cuán profunda seria la impresion que causaran sus inspiradas palabras en los pequeños pueblos de las campiñas del desierto.

Las verdades sublimes del Evangelio iban á proclamarse y extenderse por todo el universo; mas para la adopcion de las nuevas doctrinas, era necesaria la reforma de los corazones.

Esta reforma era la que se proponia el santo precursor del Mesías, y á ella se encaminaban todas sus exhortaciones: por eso sus palabras y el ejemplo de sus costumbres, se dirigian principalmente á excitar á los judíos á la conversion y á la penitencia; por eso buscaba con incansable celo á los incrédulos y á los pecadores, y les reprendia sus desórdenes y sus excesos, conciliando en estas reprensiones la prudencia y la severidad.

Su voz era un torrente de luz que venia á iluminar á los espíritus que yacian sometidos ante la ceguedad del pecado; luz resplandeciente que les mostraba expedito el camino que podia conducirles á la eterna felicidad; luz, en fin, que emanaba de la divina ciencia, que mueve al hombre á la conversion y al arrepentimiento.

---

[1] S. Agust., *De civit. Dei.*

La pintura de los castigos que aguardaban al pecador, y la esperanza del perdon que debian abrigar los que humillasen su espíritu é hicieren penitencia, eran los puntos que servian de fundamento á sus discursos, siendo éstos en su forma tan claros y sencillos, como en su fondo elocuentes é inspirados.

Y para que los frutos de su predicacion no reconociesen un límite, y fuesen más sazonados y ejemplares, no se contentaba con la simple exposicion de su santa doctrina, sino que acogia con agrado á cuantos se le acercaban arrepentidos y confesaban sus culpas; sino que les animaba á perseverar en sus propósitos, y él mismo invocaba la piedad del cielo, rogando al Señor que les perdonara y que apartara de sus cabezas el justo rigor de los castigos de que se habian hecho merecedores.

La aparicion de Juan, la elevacion y sublimidad de su doctrina, la moral pura é inflexible de sus costumbres, y el respeto que infundia su presencia en los ánimos de sus oyentes, bien pronto llegó á saberse, no sólo en los pequeños lugares y comarcas donde ejercia su predicacion, sino en otros muchos pueblos de la Judea que escuchaban con júbilo la noticia y la propagaban más y más, no dudando ya de que era llegado el tiempo del cumplimiento de las profecías.

Años hacia que las naciones esperaban la aparicion de algun personaje famoso y extraordinario. Tácito refiere, que la mayor parte de los judíos estaban convencidos, segun cierto oráculo conservado en los antiguos libros de sus sacerdotes, que un Hombre nacido en la Judea reinaria en el mundo.

Y esta esperanza tan comun en el reino de Israel, guió á las turbas al desierto, tan luégo como empezó á divulgarse la aparicion de Juan.

Todos ansiaban conocerle, y acudian á escuchar su doctrina y á preguntarle si era él el gran Mesías, el Cristo de Dios, tan largo tiempo esperado.

Pero Juan, á quien mortificaba en gran manera la sospecha que le manifestaban á cada paso,

—No soy yo el Mesías á quien esperais: no soy yo el Libertador de los judíos: no soy yo el Dominador del universo.

Y como le repitiesen esta misma pregunta, sintiendo que los judíos incurriesen en el error de confundirle con un Hombre Dios, no se cansaba de desengañarles, repitiendo á cada paso ante la multitud:

—El Mesías que esperais es más grande y no puede compararse conmigo: yo no soy digno de soltarle los lazos de los zapatos. «Él es el que discernirá los buenos de los malos, y semejante á un labrador, traerá el bieldo en la mano, limpiará su era, juntará el trigo en su granero, y arrojará la paja á un fuego inextinguible. Ese es el Mesías.»

Y su auditorio entónces se llenaba de tristeza, al reconocer que aquel que les hablaba con tanta energía no era el Hombre que habia de redimir á Israel.

Empero habia de llegar el dia en que Juan pudiera presentar á las gentes al mismo Jesucristo; y miéntras se acercaba esta ocasion, se anticipaba á manifestar su inmenso poder, proclamando sus atributos, y disponiendo á los pueblos para que le recibiesen.

—¿Qué haremos nosotros? Le preguntaban algunos, movidos por la eficacia de sus exhortaciones.

—El que tiene dos vestidos, les respondia, dé el uno al que no le tiene; y del mismo modo el que tiene que comer, dé al que está necesitado.

Principio de la ardiente caridad que habia de resplandecer en la doctrina de Jesucristo.

—¿Y nosotros, qué haremos? Dijeron unos publicanos que habian acudido á escuchar la palabra del santo precursor.

Publicanos, eran aquellos judíos encargados de la recaudacion de las alcabalas que se pagaban al estado, y por cuyo empleo eran mirados por el pueblo con el mismo odio con que miraban á los romanos sus dominadores.

—No exijais más de lo que os está mandado, les contestaba Juan, ni hagais más que lo que os está impuesto.

Respuesta que encerraba otro principio de justicia que debia grabarse en todos los corazones, y sin el cual era imposible su reforma.

Tambien acudieron unos soldados y le pidieron consejo acerca de la conducta que habian de observar para ser dignos de la misericordia del Señor, á los cuales dijo el sabio maestro:

—Contentaos con vuestro sueldo, y á nadie hagais concusion ni violencia.

Hé aquí otra respuesta sublime, cuyas tendencias venian á enseñar la mansedumbre al individuo, y la paz y la concordia á las naciones.

Unos fariseos se acercaron tambien á San Juan, encubriendo su soberbia bajo las apariencias de austeridad y mayor perfeccion que les distinguia entre el pueblo judáico; pero el precursor del Mesías, luégo que les conoció,

—Raza de víboras, les dijo, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira que debe descargar sobre vosotros? Haced penitencia, porque el hacha está ya puesta á la raiz de la planta. El árbol que no produce buen fruto, será cortado y

echado al fuego. Y no teneis que decirme que sois hijos de Abraham, y que Dios os librará; porque poderoso es el Señor para formar de estas piedras hijos de Abraham á quienes salve, dejando que perezcais vosotros.

Seis meses continuó Juan su predicacion, en cuyo espacio de tiempo consiguió la conversion de muchos judíos, y esparció más y más la doctrina que le inspiraba el Espíritu Santo. Gentes de todas clases le seguian para manifestarle las dudas que embargaban sus conciencias y pedirle consejo, y él para todos tenia palabras de consuelo, y reglas de conducta para aplicarlas y enseñarlas á cuántos se le acercaban poseidos del espíritu de la penitencia y del arrepentimiento. Todos encontraban en él amabilidad y dulzura, y se volvian despues contentos, bendiciendo al Señor Todopoderoso, cuando no se quedaban á su lado, y prendados de su virtud y sabiduría no le adoptaban como maestro.

Tal era el fruto de su predicacion.

La doctrina de San Juan hubiese bastado por sí sola para acreditar que el que la predicaba no podia ser otro que el santo profeta destinado á preparar al Señor un pueblo perfecto; el enviado á anunciar la paz á la tierra; en una palabra, el que un dia habia de exclamar presentando á Jesucristo ante las gentes:

— *Ecce agnus Dei; Ecce qui tollit peccata mundi.*

CAPÍTULO II.

BAUTISMOS EN EL JORDAN.

El rio Jordan, tan célebre en la historia sagrada, se forma por el deshielo de las nieves perpétuas del Anti-Líbano; atraviesa algunos lagos, entre los que merece citarse el no ménos famoso de Genesareth, y regando las llanuras de Jericó, viene á confundir sus aguas con el mar Muerto ó lago de Asfaltites.

Sus fértiles riberas han sido teatro de grandes acontecimientos, desde el tiempo en que San Juan eligió este rio para bautizar con sus aguas á los pecadores que acudian á recoger el fruto de su predicacion.

En aquella época, las cincuenta leguas que recorre el Jordan, partiendo de Cesárea, estaban enriquecidas con una hermosa vegetacion. Deslizábase el rio por un cáuce orlado de flores; los nardos, los lirios blancos ó azucenas, y otras muchas plantas aromáticas que espontáneamente brotaban á sus márgenes, unian sus perfumes á los de los cedros, enebros y mirtos, que desde los bosques vecinos venian á embalsamar aquel espacio, como si rindieran la ofrenda de su suavísima fragancia al ancho rio, cuyas dulces y cristalinas

EL JORDAN. LUGAR DEL BAUTISMO DE JESUS.

aguas habian de regenerar al universo, y purificarnos de la mancha del pecado original en que incurrieran nuestros primeros padres.

Era una tarde hermosa y apacible.

Las gentes de todas las ciudades y pueblos de aquella campiña tan fértil y privilegiada, y de otras más remotas, habian acudido en numerosos grupos á aquellas pintorescas riberas, donde sabian que un profeta, ó un hombre extraordinario, anunciaba la venida del Mesías y bautizaba á todo aquel que, confesando sus culpas, se mostrare dispuesto al arrepentimiento y á la penitencia.

Estas gentes habian oido ya hablar de las predicaciones y bautismos de San Juan. Ya habian oido referir y alabar sus virtudes, y por eso venian ansiosos de oir su edificante palabra, y de recibir la instruccion y el bautismo que les hiciera lugar entre los discípulos de tan famoso maestro.

El santo Bautista era ya popular: todos conocian á San Juan por este nombre, y en los valles de Judea, lo mismo que en las ciudades y pueblos del Anti-Líbano, era su nombre objeto de alegría, símbolo de esperanza, y nuncio de las más venturosas nuevas.

Aquella tarde el auditorio de San Juan, que ocupaba las márgenes del rio, era numerosísimo. Hombres, mujeres y niños poblaban todos los caminos que se dirigian al punto en el que el Bautista habia escogido para el ejercicio y cumplimiento de su sagrada mision.

Sentado éste al pié de un árbol, dirigia la palabra á la multitud, y ésta le escuchaba con religiosa atencion.

La frente serena del Bautista, su voz clara y agradable, y su ademan humilde al par que majestuoso, eran el reflejo de un alma recta, y una elocuente manifestacion de su santidad.

Aquel hombre, en cuya vida y costumbres no se descubria el menor desliz, y á quien nadie podia atribuir miras ambiciosas, puesto que él hablaba de Jesus con respeto, y renunciando á la estimacion de Mesías que pudo muy bien atribuirse, aquel hombre dominaba por eso á la multitud, que no podia ménos de considerar estos antecedentes tan honrosos y dignos de veneracion.

Por eso todos se agrupaban en torno suyo, no queriendo perder una sola de las consoladoras palabras que siempre brotaban de sus labios.

— Venid á mí, hijos mios, les dijo; venid á las tranquilas márgenes de este rio; yo os enseñaré vuestros deberes; yo os haré ver cuán gratos son á los ojos del Señor los actos de virtud y de penitencia que deben guiaros siempre en el camino de la vida. Yo, sólo quiero mover vuestros corazones y prepararlos para que podais dar acogida al Dios Hombre, que muy luégo se presentará á vuestra vista.

— Dinos cuándo veremos al Mesías, se atrevió á decir uno de sus oyentes.

— Sí, sí, repitieron otros, poseidos del deseo de conocer al Dios Hombre que les anunciaba, y no dudando de que el Bautista les decia la verdad.

— Dinos, ¿dónde está ese Mesías?

Y Juan les contestó:

— Cuando vuestros corazones desechen de sí los impulsos de la soberbia, cuando aborreciendo vuestros pecados os apresureis á recibir el bautismo, yo os prometo que le vereis.

— ¿Es por ventura este Dios el que nació en un establo de Belen? Preguntó un anciano, adelantándose un poco hácia donde estaba el Bautista. Yo recuerdo, añadió, que cuan-

do era mozo fuí con mi padre y otros pastores á adorarle y á presentarle nuestras pobres ofrendas.

— Sí, Ese mismo es, dijo Juan; Ese es Jesus, que á pesar de las órdenes de Herodes, el padre del tetrarca de la Galilea, pudo librarse de la muerte, porque el poder del cielo le protegia y le protege.

— ¿Tú le conoces?

— ¿Tú le has visto?

— Yo no le he visto aun ni le conozco[1]; pero estoy seguro de que os le podré enseñar para que le conozcais y le adoreis.

El pueblo sencillo no comprendia bien las palabras del santo precursor; pero aun los incrédulos y maliciosos las escuchaban con respeto, y todos los demas no se atrevian á poner en duda el cumplimiento de las promesas hechas por aquel hombre austero y ejemplar, cuyo ardientísimo celo ejercia sobre ellos un gran dominio.

La autoridad del Bautista gozaba de un poder ante el cual todos inclinaban sus cabezas.

— Sí, sí, ya no dudamos, exclamaban. Tú nos dices la verdad, y estamos prontos á poner en práctica todas tus exhortaciones.

— Queremos ser bautizados. No nos separes de la gracia, y míranos como si fuésemos tus hijos, ya que nosotros te elegimos por maestro.

Algunos más respetuosos se acercaron á besarle los piés y el extremo de su túnica de piel de camello.

Juan entónces llegóse á la márgen del rio, y tomando

---

[1] Joann., I, 31.

una concha, empezó á bautizar á cuantos se le presentaban manifestando fervor y arrepentimiento.

— Este bautismo, les decia, es sólo el bautismo de la penitencia; pero él os puede servir para que consigais la remision de vuestros pecados. Recibidle con fe y con humildad, y serán estas cristalinas aguas un poderoso auxilio que os alentará para perseverar en vuestro arrepentimiento.

La multitud rodeaba en estos momentos al Bautista, y éste ejercia su santa mision.

Un Hombre se presentó entónces delante del profeta, pidiendo humildemente que le bautizase.

Este Hombre aun era jóven, pues tendria treinta años; su blondo cabello, partido por la mitad de la frente, caia sobre sus hombros; su barba, tambien partida, era un poco más larga por los lados; vestia una sencilla túnica y un manto de colores oscuros, y era en fin en la apariencia un galileo, pues todos los de este pueblo llevaban vestidos semejantes. Pero este Hombre era hermosísimo; brillaba en su frente la majestad, y en su rostro habia un tesoro de bondad y de dulzura.

Todas las miradas se fijaron en aquel Hombre. Sin duda ninguno conoció entónces, ni aun sospechó quién podria ser el que tan humildemente se presentaba á pedir el bautismo ante el santo profeta.

Pero todos sintieron un secreto impulso de respetuoso amor que les inspirara la presencia del Desconocido.

Le habian visto salir de entre la multitud, y al mismo tiempo les parecia imposible que aquel Jóven pudiera haber estado confundido entre los oyentes del Bautista.

Porque su hermosura todo lo ocupaba; porque no era posible mirar á otra persona ni contemplar ningun otro objeto donde Él estuviese.

Todos hallaban en El una majestad incomparable. Todos le miraban sin acertar á explicarse la causa de la profunda sensacion que producia su presencia en todos los corazones.

El Bautista sintió tambien una extraña impresion de alegría, y ésta llegó á su colmo tan luégo como vió descender sobre la cabeza de aquel Hombre una blanquísima paloma, símbolo de la inocencia, en cuya figura vió Juan al Espíritu Santo.

Sobrecogido entónces de asombro, y penetrado del más profundo respeto y de una secreta confusion á la vista de una humildad tan admirable, postróse á los piés del Galileo, y exclamó:

— ¡Vos, Señor, venís á que yo os bautice? ¡Vos, que sois el Cordero sin mancha!... ¡Ah, no; yo soy el que debo recibir el bautismo de vuestra mano!

El pueblo presenciaba esta escena, y esperaba con ansiedad su desenlace.

¿Quién podria ser aquel Desconocido que cautivaba sus voluntades, y á cuyas plantas se arrojaba el Bautista?

Pero la emocion que sentian apénas les dejaba tiempo para hacer reflexiones. Todos enmudecieron; la multitud no osó interrumpir ni aun con leves murmullos aquella escena tan solemne, como inesperada en aquellos momentos.

— Déjame ejercitar ahora este acto de humildad, respondió el Salvador al Bautista; conviene que Yo me presente públicamente entre los pecadores, puesto que he tomado su semejanza; Yo debo al público este ejemplo, ántes de darle lecciones; tú y Yo debemos cumplir todos los deberes de la justicia, y practicar lo más perfecto.

Y levantando á Juan, que yacia á sus plantas en actitud de rendirle adoracion, se dispuso para ser bautizado.

El Bautista, sin desplegar sus labios, obedeció y bautizó al que le habia santificado en el seno de su madre Isabel.

Postróse despues Jesus, y elevando sus brazos al cielo hizo oracion.

Esta humildad del divino Salvador fué muy pronto ensalzada, pues tan luégo como se separó de la orilla del rio y comenzó su fervorosa plegaria, todos los circunstantes vieron que se abrió el cielo y descendió sobre Él el Espíritu Santo en figura de paloma; y como si este prodigio no hubiese sido una prueba evidente de la divinidad de Jesus, oyóse una voz que venia de lo alto y decia:

«Tú eres mi Hijo muy amado; en Tí he hallado mis delicias.»

El asombro de la multitud era inexplicable.

— Hé aquí, les dijo San Juan, hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

El bautismo solemne de Jesus fué un testimonio público de la venida del Mesías, y tambien el testimonio auténtico de su mision.

. . . . . .

La noche se acercaba. Jesus se habia retirado recibiendo las mayores muestras de adoracion y respeto de aquellas gentes, que no podian dudar de su divinidad, y que estaban admirados de la humildad sublime de aquel Dios que, siendo la inocencia misma, no se habia desdeñado venir con los pecadores á recibir el bautismo, como si fuera un igual de ellos.

No habian pasado muchas horas, y ya en todos los pueblos de la comarca se tenia noticia de la aparicion del Mesías.

Unos describian su singular hermosura.

EL BAUTISMO DE JESUS.

Otros contaban el ejemplo de humildad que les habia dado.

Otros repetian mil veces que habian escuchado una voz del cielo, y que vieron descender sobre la cabeza del Salvador una paloma.

Ninguno de los que acudieron aquella tarde á las riberas del Jordan abrigó la menor duda acerca de la venida del Mesías, porque le habian visto, y porque su sagrada presencia habia infundido la gracia en sus corazones.

El rio Jordan, desde entónces, se miró como un rio sagrado; porque el agua dulce y cristalina de su corriente descendió sobre la cabeza del Redentor del mundo; porque sus riberas floridas y risueñas fueron holladas por la divina planta del Sér Eterno y poderoso á cuya presencia sonrien los ángeles, y á cuya voluntad se conmueven los elementos.

¡Oh! Dichosos, sí, mil veces los que entónces pudieron admirar su rostro y escuchar su divina palabra, y dichosas tambien las flores que le dieron sus perfumes, los árboles que le prestaron su sombra, las aves que le arrullaron con su canto, y las aguas cristalinas que bañaron su santísima cabeza y lavaron sus piés.

Habitantes de Judá, Juan con su enérgica palabra os llamaba á la penitencia, para encontraros dispuestos á recibir la gracia de Aquel que ha descendido de los cielos para redimir el mundo;

Y Juan acaba de bautizar al Mesías, que venia entre vosotros y no le conocísteis.

Y Juan, al que venerábais como al Anunciado por los profetas, se ha postrado en vuestra presencia ante el Enviado de Dios.

Ya le teneis en vuestra compañía.

Bendito el que viene en el nombre del Señor.

CAPÍTULO III.

EL PALACIO DE BETHMAUNTE.

A cuatro estadíos de la ciudad de Tiberiades se hallaba el pueblo de Bethmaunte, situado en un pequeño valle, y bajo un hermoso cielo azul y trasparente.

Los huertos y jardines que florecian en este valle y rodeaban los caseríos de la poblacion, eran los más deliciosos de toda aquella parte de la Galilea, y por este motivo solian ser muy frecuentados por los judíos más ricos de la ciudad, que habian elegido el valle como un lugar de recreo. Su clima, sus árboles, sus flores, sus arroyos y sus fuentes ofrecian allí por todas partes halago á los sentidos y dulce esparcimiento al ánimo.

Ya en tiempo de Herodes el Grande habian empezado á construirse en Bethmaunte alegres caseríos y suntuosos palacios; pero en la época á que nos referimos, la poblacion se habia aumentado considerablemente. Con razon podia decirse que aquel pueblo era ya una pequeña corte donde residian largas temporadas los más acaudalados y poderosos judíos de Tiberiades.

El número de los palacios nuevamente construidos en su

zona, podian competir en magnificencia, no sólo con los más bellos de la tetrarquía, sino tambien con los más suntuosos de la Palestina.

El tetrarca de Galilea, siguiendo el ejemplo de sus amigos, edificó tambien en Bethmaunte un grandioso palacio, para cuya construccion no escaseó los mármoles más blancos y relucientes, ni las maderas más finas y costosas del monte Líbano. Los más afamados artífices griegos vinieron á labrar sus paredes, á embellecer sus pórticos y á pulimentar los altos cedros que habian de lucir en las techumbres del edificio.

Herodes Antipas estaba casado con Aretisa, á quien amaba entónces con delirio; y deseando ofrecerla una hermosa mansion que pudiese ser templo del placer, de la voluptuosidad y del amor, no escaseó los adornos, ni fué mezquino al disponer que el palacio fuese amueblado con una magnificencia régia y esplendorosa.

Por eso en su interior se veian profusamente repartidos el oro de Nínive, la púrpura de Tiro y las pintadas alfombras de Persia.

Aspirábanse allí los más suaves y aromáticos perfumes de la Arabia, y lucian plateadas lámparas y magníficos candelabros de Corintio.

Todos los adelantos de las artes se hallaban representados en aquel edificio, al que desde luégo se llamó por órden de Herodes palacio de Aretisa. Y para que más se perpetuase el cariño que tenia á su esposa, mandó que su nombre se grabara en bronce, y que fuese colocado en la fachada principal del edificio.

Terminada su construccion, fué á instalarse en él la esposa del tetrarca, para quien se habia destinado, y allí habi-

tó por algun tiempo, disfrutando las delicias de aquella morada, y el amor apasionado de su marido.

Pero un dia la mujer tan querida del tetrarca salió del palacio de Bethmaunte para no volver á él jamas.

Algun tiempo despues, los habitantes de la poblacion observaron que habia desaparecido de la fachada del edificio el nombre de Aretisa, que Herodes en otros tiempos habia querido perpetuar.

Y más tarde, vieron que otro nombre habia sustituido á aquel.

Este otro nombre era el de Herodías.

Aretisa habia sido repudiada por su marido.

La esposa del etnarca Filipo vino á ser la reina del palacio, y no tuvo reparo en posesionarse de él, á pesar de que no ignoraba que habia sido construido para otra mujer más digna, pero más desgraciada.

Sin embargo, la mujer que habia tenido valor para fugarse de la casa del amante esposo que la guardara siempre tantas consideraciones y la rindiera un homenage que no merecia, no habia de sacrificar su egoismo ante los vanos escrúpulos que pudiera inspirarla un delicado sentimiento.

El palacio de Bethmaunte era delicioso, y Herodías amaba demasiado los placeres.

Por eso, no cuidándose de lo que el mundo pudiera decir al comparar á las dos reinas de aquellos mágicos salones y de los perfumados jardines que florecian á su alrededor, se entregó á su loca vanidad, considerando al instalarse en el palacio de Aretisa la derrota de ésta, y gozándose en el triunfo que habia conseguido, haciéndose dueña absoluta del corazon de Herodes.

Su adulterio era ya público; el escándalo se habia dado

ya, y estaba persuadida de que hasta las gentes más severas de Tiberiades y de toda la Galilea, la habian perdonado. Por otra parte, el brillo de los tesoros que la rodeaban eran bastante deslumbrantes para que nadie pudiera reparar, ni ménos ocuparse en anatematizar su gravísima falta.

Mas á pesar de la impúdica osadía con que profanaba el casto lecho de una esposa, á quien el tetrarca habia repudiado por servir á la ambicion de su sobrina, ésta, en medio de sus deleites y en medio de los soberbios y lúbricos festines que se repetian en el palacio de Bethmaunte, no dejaba de sentir crueles remordimientos. El recuerdo de un hombre pobre y desconocido aparecia con demasiada frecuencia en su mente, y la dejaba abismada en crueles meditaciones.

Herodías odiaba á un hombre á quien apénas conocia.

Nunca los amigos del tetrarca, ni los caballeros de su corte, ni aun los rígidos levitas y fariseos que aparecian algunas veces á su presencia, se habian atrevido á hablarla de su pasado, ni la dirigieron la más leve reconvencion por su adulterio, delito anatematizado en aquellos tiempos.

Todos, por el contrario, ensalzaban su hermosura, su riqueza, su esplendidez y hasta sus virtudes domésticas. La adulacion en aquel tiempo, ya tenia establecida su residencia en los palacios de los príncipes y gobernantes.

Pero aunque esto era una verdad, no faltó un hombre que reprendiera á Herodías con entereza, no dejándose seducir por su hermosura, ni intimidar por su poder.

Este hombre era sin duda extraordinario; ella misma reconocia en él una superioridad que no acertaba á explicarse, mas no por eso desechaba la idea de castigar su atrevimiento, el dia en que averiguara el lugar donde tenia su guarida.

Una mañana que se hallaba Herodías en su nuevo palacio, reclinada indolentemente en un riquísimo almohadon, y entretenida en contemplar las matizadas plumas de algunos pajarillos que tenia encerrados en una jaula de oro, oyó que sus esclavas conversaban en una habitacion contigua á la suya, y llegó á sus oidos un nombre que la hizo palidecer.

La conversacion debia interesarla mucho, pues tan luégo como se apercibió de ella, dejó su indolente postura, y se puso á escuchar, dando al olvido á los inocentes pajarillos que revoloteaban alegres en su dorada cárcel.

Las esclavas hablaban del Bautista.

— Yo le he visto, decia una; ya sabeis que fuí hace un mes á casa de mi padre, que habita en una aldea que está á orillas del Jordan. Pues habeis de saber que una tarde, movida por la curiosidad, acudí á las márgenes del rio. Todos hablaban del Bautista, y yo tambien quise verle y escuchar su predicacion.

— ¿Pero quién es ese hombre? Dijo otra esclava.

— Yo no lo sé: habla como un profeta ó como un santo; en sus palabras hay un atractivo que no se puede explicar. Cuando me acerqué á él, tuve miedo, porque unas veces parece que aconseja con dulzura, pero otras tiene su voz un eco amenazador. Y habeis de saber que, aunque llegué á donde él estaba con ánimo de no detenerme, me sentí atraida por una fuerza superior, y escuché sus exhortaciones, y las sentí dentro de mi pecho, y... todavía hice más.

— ¿Qué hiciste?

— Lloré; porque el Bautista predica una doctrina celestial. Todos al oirle sienten un secreto impulso que les conmueve y les domina. Yo tambien sentí oprimido mi corazon,

y por eso me acerqué á él y le supliqué humildemente que me bautizase.

—¿Y no podrás decirnos qué bautismo es ese de que nos hablas?

—Él nos dijo que era el bautismo de la penitencia. Si le recibis con fe y humildad, os hallareis en el camino de la perfeccion.

—¿Sabes, Lida, que tienes un modo de explicarte?... Parece que has aprendido bien las lecciones de ese profeta.

—Sí, es cierto; pero hay impresiones que no pueden olvidarse.

—¿Y qué vestido trae? Preguntó una voz infantil.

—Casi te puedo decir que aquel santo no lleva vestido: cubre su cuerpo con una piel ó tejido de pelos de camello, la cual lleva ceñida á la cintura con una correa de cuero.

Al escuchar Herodías estas palabras, dió un grito de alegría.

—Él es, exclamó; ¡podré castigar su atrevimiento!

Quedóse entónces reflexiva. Meditaba en la aparicion del Bautista, y creia hallar en él algun poder sobrenatural. El solitario de las montañas la habia conocido y sabia su delito.

La favorita del tetrarca cedia un momento ante una impresion de miedo; mas bien pronto volvia el odio á posesionarse de su corazon, y entónces sonreia volviendo á complacerse con su enconosa idea de venganza.

Pasó una mano por su frente, como si quisiera alejar de su pensamiento aquella indecision que la contrariaba, y levantándose con ademan resuelto acercóse á la habitacion en que se hallaban conversando sus esclavas.

—Lida, dijo á una de las jóvenes. Necesito que me cuen-

tes todo lo que has visto, todo lo que has oido en las riberas del Jordan.

Adelantóse ésta, y repitió fielmente lo mismo que acababa de referir á sus amigas. Pero hacia su relato con tal fuerza de conviccion, que demostraba bien claramente que la palabra del Bautista habia llegado á su corazon, y que su alma sentia los saludables efectos de la divina palabra.

Herodías escuchaba atentamente; su confusion cada vez era mayor.

Lida refirió á su señora todo cuanto sabia, y añadió que el Bautista era un santo, y que todos cuantos le habian escuchado, acudieron despues á recibir su bautismo con religioso fervor y verdaderas señales de conviccion y arrepentimiento.

— Bien, dijo Herodías disimulando su inquietud. Me has dado muy agradables nuevas, y te prometo que hemos de mandar á ese santo que venga á nuestra casa y nos distraiga con sus exhortaciones. Y como si hubiese acudido á su mente una idea luminosa, se dirigió á otra de sus esclavas diciéndola:

— Esther, es preciso que ahora mismo vaya uno de mis siervos á la casa de Asamoneo, y le diga que la esposa del tetrarca desea hablarle, y le espera en su palacio.

— Serás obedecida.

La esclava salió del aposento. Herodías volvió á reclinarse sobre sus mullidos almohadones, y tomando una postura indolente y voluptuosa, mandó á una de sus siervas que entonara al compas de un salterio uno de los inspirados cantos de los trovadores de Israel.

CAPÍTULO IV.

LOS FARISEOS.

Pocas horas habian trascurrido despues de la escena que ha sido objeto del capítulo anterior.

Herodías continuaba aun en su aposento esperando la llegada del personaje á quien habia mandado llamar.

La diligencia de éste pudo acreditarse en esta ocasion.

— Señora, dijo una esclava á Herodías, Asamoneo ha llegado al palacio, y pide licencia para ser recibido.

— Hazle entrar en el salon egipcio.

Este era uno de los espaciosos salones del palacio que habia sido construido por artífices egipcios, y estaba adornado á la usanza con que los de esta nacion solian revestir sus más lujosas habitaciones.

La esclava se retiró á cumplir la órden de su señora.

Esta, despues de componer ligeramente su tocado, mirándose en una reluciente plancha de acero bruñido, se dirigió al salon donde la esperaba Asamoneo.

Ciertamente al detenerse un instante ante el acerado espejo, no lo habia hecho con intencion de prepararse para una escena en la que su hermosura debiera influir para nada

en el éxito de la entrevista. La reina del palacio obedecia solamente á ese instinto de coquetería ó de amor propio de que no puede prescindir la mujer, sobre todo cuando es hermosa.

Sigamos sus pasos, y penetremos en el salon egipcio, donde ya esperaba un nuevo personaje, cuyo vestido y figura merece nuestra atencion.

Era éste un hombre de unos cincuenta años, de luenga y canosa barba, nariz un tanto aguileña, ojos vivos y penetrantes, y rostro seco y acartonado. Traia ceñida á la frente una especie de corona hecha con unas tiras de pergamino, y en las muñecas unos braceletes, tambien formados con pergaminos semejantes. Estos adornos extraños eran conocidos en aquellos tiempos con el nombre de filacterios, y en ellos iban escritas ciertas palabras de la ley de Moisés. Los fariseos, que se preciaban de ser los más acertados intérpretes de la ley de Dios, habian sido los inventores de estos adornos, para obedecer al precepto que manda tener la ley sobre la frente y sobre las muñecas, y hacerse coronas y braceletes. Y por cierto, que los tales intérpretes cumplian materialmente el precepto, no comprendiendo que lo que éste queria significar, era tan sólo la obligacion de no olvidar la ley, haciendo de ella su más rico adorno y su más frecuente objeto.

El personaje que describimos traia una túnica de color violado oscuro, y un manto cuyas franjas eran más largas que las que solian llevar otros judíos, y por último, en el extremo de su túnica se veian clavadas varias espinas, puestas más bien para hacer un alarde de virtud que para practicar un acto de penitencia, viniendo á resultar que la mortificacion que sufrian llevando las espinas, no era meritoria á los

ojos del Señor, ante quien no podia ocultarse la intencion mundana y soberbia con que frecuentemente solian colocarse aquellos hombres las espinas que mostraban en sus vestiduras, con el objeto aparente de excitarse á pensar muchas veces en Dios, cuando se sentian heridos por ellas.

Tal era la figura de Asamoneo, sacerdote de la ley, y uno de los fariseos más influyentes de la Galilea.

Aunque no quisiéramos interrumpir la accion de nuestra historia, nos parece oportuno, y vamos á dar ligeramente algunas noticias acerca de las costumbres y caractéres de los judíos que componian la secta de los fariseos.

Eran éstos unos hombres que se distinguian de los demas israelitas, por su modo de vivir más exacto y más puro; sus estatutos eran los que más se acercaban á la secta de los stóicos entre los griegos. Ellos admitian el hado ó destino, pero dejando al hombre la libertad de obrar el bien ó el mal. El pueblo, que fácilmente se paga de las apariencias de virtud, austeridad y de ciencia, tenia formada una alta idea del mérito de los fariseos, cuyo exterior era muy compuesto, su alimento muy sencillo y frugal, y el cumplimiento de todas las observancias legales, escrupulosamente exacto[1]. Pero la interpretacion literal de fariseos aumentaba á la ley mosáica una infinidad de observancias y supersticiones inútiles y contrarias á su espíritu.

Pero si en un principio los fariseos fueron sencillos y cumplieron sus estatutos llevados de un laudable espíritu de perfeccion, en tiempo de la venida del Mesías estaban falseados la mayor parte de sus principios, y eran unos hombres soberbios y desdeñosos. Todo habia de someterse á su cen-

[1] P. Calmet.

sura, y no consideraban útil sino lo que ellos hacian ó autorizaban. Cualquiera instruccion importante y sana era reprobada por ellos, si el que la ofrecia no se ponia á sus órdenes y se llamaba su discípulo: tal era su espíritu de dominacion. Finalmente, ayunaban mucho, afectaban humildad y modestia, oraban públicamente para atraerse el respeto y obediencia de las gentes, y eran, en una palabra, hipócritas, intolerantes y supersticiosos.

Hecha esta breve reseña que demuestra el carácter de los fariseos, no dudará el lector que el judío que habia sido llamado por Herodías era un fariseo, el cual reunia todas las cualidades y circunstancias que hemos señalado al hablar de la secta en general.

Herodías apareció en el salon donde Asamoneo esperaba.

— La bendicion de Dios sea sobre tí, dijo el fariseo inclinándose con afectada humildad y cortesanía.

— La paz sea contigo, respondió Herodías. Te he llamado, prosiguió, porque deseo enterarme de un acontecimiento que trae alarmadas á las gentes, y que ha movido mi curiosidad.

— Ya sabes, Herodías, que estoy dispuesto á satisfacer á tus preguntas.

— Pues bien, Asamoneo, ¿has visto á ese hombre que llaman el Bautista, y que recorre los pueblos y lugares de la tetrarquía exhortando al pueblo, y predicando una nueva doctrina?

— No conozco á ese Bautista, ni los sacerdotes ni levitas han dado crédito á lo que de él se dice, sin embargo de que su popularidad se aumenta cada dia.

— ¿Y no habeis procurado verle?... Dicen que es un hombre extraordinario y que hace milagros.

— No he oido decir á nadie más que á tí, que el Bautista haga milagros. ¿Sabes tú?...

— Sí; dicen que tiene el don de conocer á los que se le presentan por primera vez, y que no necesita haber visto nunca á una persona, para saber quién es, á dónde va y de dónde viene.

Herodías no podia olvidar las palabras que el santo precursor la dirigiera cuando venia de la corte de Filipo en brazos del pérfido Herodes.

A toda costa queria saber el grado de temor ó de respeto que podia infundirle el Bautista; y para salir de dudas acudia al fariseo, como hombre versado en las profecías y conocedor de las circunstancias que debian concurrir en la persona del Mesías, que por aquel tiempo se anunciaba al pueblo de Israel.

— Los doctores de la ley nada hemos sabido acerca de los milagros del Bautista, contestó Asamoneo con alguna sorpresa, porque no ignoraba, segun las profecías, que el don de hacer milagros era uno de los medios con que se habia de dar á conocer el Mesías verdadero. Yo, sólo he sabido, continuó, que predica y que bautiza; y no me admira la celebridad que ha adquirido en las comarcas que recorre, porque en Galilea no faltan gentes crédulas y sencillas que se dejan convencer por las vanas palabras de cualquier impostor.

Herodías le escuchaba con satisfaccion.

— Entónces, veo que me han exagerado las virtudes de ese hombre.

— Bien puede ser... pero esos milagros...

La esposa adúltera no podia acusar á San Juan, manifestando lo que el santo la habia dicho; y como conviniese

á sus intentos la idea de que el Bautista no fuese un hombre digno de ser temido, fácilmente consideró que tal vez habria sido un sueño cuanto habia ocurrido el dia que le halló en el desierto.

—¡Quién sabe! Pensaba. La misma turbacion que me causó la fuga del palacio de Filipo, me habrá hecho creer en cosas que realmente no han sucedido. Y afectando indiferencia, prosiguió su conversacion diciendo:

— Yo tampoco creo en sus milagros, y en verdad que ha sido muy pueril mi curiosidad.

Herodías se daba ya por satisfecha, pues en las palabras del fariseo creia haber hallado una licencia para continuar meditando su venganza.

Por esto dió por terminada la entrevista, y le despidió cortesmente.

Asamoneo era en su concepto un sabio, y la favorita del tetrarca adoptaba su opinion sin dificultad.

Pero el fariseo, al salir del palacio, iba preocupado; porque su ciencia le daba á entender que aquel hombre que hacia milagros podia ser el Mesías verdadero. Muchas de las profecías antiguas podian aplicarse á la aparicion del Bautista. Hallábase sumergido en un mar de dudas, y no poco le contrariaba el considerar que, no obstante su sabiduría, nada podia afirmar ni negar respecto al acontecimiento que se divulgaba por aldeas y ciudades.

Asamoneo se propuso aclarar el misterio, y aquel mismo dia fué á Tiberiades, decidido á noticiar á los sacerdotes y á todos los que pertenecian á su secta, que el hombre á quien habian calificado de impostor hacia milagros, y que por lo tanto interesaba el averiguar quién fuese el Bautista y cuáles sus tendencias y doctrina.

Hízolo así, y bien pronto acordaron los fariseos de la ciudad, enviar una embajada á las riberas del Jordan, con el objeto de hacer las averiguaciones que exigia la aparicion de un hombre que empezaba á quitarles ya todo su prestigio y preponderancia.

CAPÍTULO V.

EL BAUTISTA, NO ERA EL MESÍAS.[1]

El Bautista predicaba en Bethania.

A este punto se encaminó Asamoneo acompañado de otros de los sectarios del farisaismo, y luégo que llegaron á la presencia del santo precursor, quisieron escuchar sus doctrinas ántes de dirigirse á él, con el fin de llenar el objeto de su embajada.

Ciertamente la voz enérgica del Bautista les causó gran impresion; su aspecto penitente, y la veneracion y respeto con que todos le miraban, no dejó de prevenirles en pro de la sospecha de que fuese el Mesías prometido.

Pero aquel dia, bien fuese por una divina inspiracion, ó

[1] Ya en otra ocasion hemos manifestado á nuestros lectores, y ahora volvemos á recordarles, que todos ó la mayor parte de los diálogos que ponemos en boca de Jesucristo, la Vírgen María, y demas personajes que figuran en esta obra, son tomados unas veces de las muchas tradiciones orientales, otras de las historias, y algunas del Evangelio, teniendo especial cuidado cuando tomamos de éste textualmente, ponerlo entre comas, ó poner la correspondiente nota. Creemos un deber manifestarlo así á nuestros lectores, para que no puedan sufrir un error en dar á cada texto la autoridad que se merece.

ya porque San Juan conocia á los fariseos, predicó al pueblo exhortándole á que huyera de toda supersticion, de toda hipocresía, y de la soberbia que se disfrazaba bajo una máscara de austeridad y de penitencia, para dominar á los débiles.

Asamoneo y sus amigos no creyeron que las palabras del profeta fuesen dirigidas á ellos; pero las escucharon con sentimiento y hasta con enojo. Su propia conciencia no pudo mostrarse insensible ante la pintura clara y trasparente con que el Bautista habia condenado su falsedad.

Uno de los que acudieron acompañando á Asamoneo, tuvo impulsos de pedir el bautismo y de separarse de su secta.

Llamábase Nicodemo, y era hombre de recto corazon y sanas costumbres; pero el fanatismo, que le habia hecho pertenecer á la secta de los fariseos, no le permitió en aquella ocasion atender á las edificantes palabras del Bautista.

Terminó éste aquel dia su predicacion, y entónces se le acercó Asamoneo resuelto á interrogarle y á averiguar con qué derecho ejercia la predicacion y administraba el bautismo.

El fariseo no podia desechar la idea de que el santo profeta á quien todos escuchaban con veneracion, venia á quitarles sus atribuciones y se intrusaba en el desempeño de un cargo que sólo correspondia á los doctores de la ley.

—¿Quién eres? Debió decirle con arrogancia mal disimulada. ¿Por qué predicas? ¿De dónde vienes, y á dónde vas?

San Juan dirigió una mirada harto significativa á quien así le interrogaba. Tales preguntas eran inoportunas en boca de un hombre que habia escuchado su predicacion.

Pero el imperturbable fariseo, que comprendió sin duda

la dureza y tono imperativo de sus palabras, indicó á sus acompañantes que se le acercaran, y con más cortesanía, le dirigió estas ó semejantes palabras:

—Nuestros escribas y fariseos ven que juntas al pueblo, que les predicas una nueva doctrina, que tomas discípulos y que bautizas. Por esto nos envian, y venimos á saber de tu boca quién eres.

San Juan les contestó con dulzura:

—Pues habeis escuchado mi palabra, ¿qué más puedo deciros?

—Pero, ¿eres tú el Cristo prometido? ¿Eres tú el Conquistador que vienes á someter á tu dominio á todas las naciones?

—«Yo no soy el Cristo,» contestó el Bautista con ingenuidad y dulzura.

—«¿Eres tú Elías?»

—«No lo soy.»

—«¿Eres tú el profeta?»

—«No.»

—«¿Pues quién eres tú, para que podamos responder á los que nos han enviado? ¿Qué dices de tí mismo?»

—«Yo soy, dijo, la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías.»

Los fariseos no se atrevian á hacer nuevas preguntas al Bautista, que con tanta sinceridad les hablaba, pero no quedaron satisfechos.

Sabian muy bien, como por todo el Oriente se sabia y era la voz pública, que habia de salir de la Judea un Conquistador, pues sobre este particular eran bien claras las profecías que no ignoraban los mismos gentiles. Estaban tambien persuadidos de que el reino del Mesías habia de tener el

carácter de universal sobre todas las naciones, y fundándose en esta persuasion, sólo alcanzaban á ver que el Cristo de que San Juan les hablaba podria ser Santo y Reformador; pero no sospechaban, juzgando por las apariencias del Bautista, que aquel Mesías pudiese ser tambien Señor y Dominador de todo el universo.

Acostumbrados á las interpretaciones literales de la ley de Moisés, vivian persuadidos de que el reino de Cristo habia de ser temporal y glorioso, y por esto no acertaban á conciliar los anuncios de las profecías que se referian, sí, á un reino, pero á un reino de un órden espiritual. Ofuscados con su equivocada idea, no dieron crédito á las palabras que habian escuchado.

— Este Hombre de que se nos habla, exclamó Asamoneo, no puede ser el *Dominador deseado* de quien nos habla Malaquías.

Los enviados por los escribas y fariseos se hallaban perplejos, procurando hallar la explicacion de las profecías que conocian tan bien, y deducir una verdad para ellos tan oscura.

— ¿Y hemos de volvernos á nuestra ciudad llevando la misma duda que hemos traido?

— No, dijo Asamoneo, manifestando la contrariedad que experimentaba.

Y adelantándose resueltamente hácia donde se habia retirado San Juan y conversaba con sus discípulos,

— ¿Pues cómo bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?

Respondióles Juan diciendo: «Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno á quien no conoceis».

«Él es el que ha de venir despues de mí, el cual ha sido

preferido á mí, y á quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato.»

Mostráronse satisfechos los fariseos al oir estas palabras, y se despidieron del Bautista. Pero como les instigaba siempre su orgullo y el convencimiento de su infalible sabiduría, se inclinaron más á creer que todo lo que se les decia era dictado por el celo de un hombre fanático, en quien, sin embargo, hallaban una apariencia de santidad.

Volviéronse á Tiberiades á dar cuenta de su embajada, y luégo que llegaron, extendieron la voz de que el hombre extraordinario que habian visto y hablado no era el Mesías. El mismo Bautista lo habia confesado, y por lo tanto no creyeron deber ocuparse en averiguar quién fuese el que se aparecia solamente con el título de precursor.

Todo cuanto habia pasado entre los fariseos y el Bautista, se divulgó por la ciudad y llegó tambien á ser objeto de las conversaciones que tenian lugar en el palacio del tetrarca.

Preocupado Herodes con los asuntos de su gobierno, y no muy inquietado por el remordimiento de haber cometido una infame accion contra su hermano Filipo, más bien pensó en resistir con la fuerza de las armas la justa indignacion del ofendido esposo, que en detenerse á considerar las palabras que el solitario de la montaña le habia dirigido cuando volvia de Gaulon.

Aquel penitente era para él un hombre de muy escasa importancia, por lo que luégo que se mitigó el enojo que le habia causado su encuentro, no volvió á acordarse más de aquel extraño incidente.

Por esto, cuando oyó hablar en su corte de la predicacion y de los bautismos de San Juan, no pensó que este nue-

vo personaje pudiera tener relacion alguna con el austero penitente de la montaña.

Y como en aquella época era esperado por los judíos el prometido Redentor del mundo, esta espectacion general no era un motivo que engendrara odios ni persecuciones, por lo que no trató el tetrarca de impedir á San Juan la tarea que habia emprendido. Oyó hablar á algunos de la austeridad y virtudes del precursor, y sólo abrigó por el momento la curiosidad de saber si éste seria ó no el Mesías; pero luégo que supo la entrevista que habia tenido con los fariseos, no se ocupó más de su aparicion.

No sucedia lo mismo á Herodías.

Esta mujer aborrecia á San Juan, y no estaba satisfecha hasta que consiguiera la realizacion de su venganza. Su enconoso empeño tomaba cada dia más proporciones en el ánimo de la culpable esposa de Filipo, y era tambien alimentado por un temor que puede llamarse pueril.

Aquella mujer temia que el Bautista viniese á predicar á la ciudad, y le creia capaz de dirigirla una reprension pública, y á la faz del mundo echarla en cara el adulterio que pesara sobre su conciencia.

¡Vano recelo! ¿Por ventura no eran público su delito y su deshonor?

Y como no tuviese por entónces medios de realizar su cruel propósito, hacia llamar á los principales fariseos que residian en la corte, y les instigaba para que persiguieran al Bautista y le acusaran ante el tetrarca como perturbador y ambicioso, suponiendo que bajo su apariencia de santidad preparaba los ánimos para introducir despues graves discordias y perturbaciones en el pueblo judío.

Estas intrigas produjeron más tarde sus efectos, pues los

fariseos de Judea, que eran los más influyentes y poderosos, obedeciendo á los mensajes de Asamoneo, y poseidos del mismo espíritu que á éste dominaba, obligaron al Bautista con sus malos tratamientos á huir del sitio en que predicaba, y á establecerse en la soledad de Salim, cerca de la ciudad de Ennon, más abajo del mar de Tiberiades.

Los secretos designios del Señor le conducian al sitio en que al fin debia terminar su alta mision, logrando alcanzar la inmarcesible palma del martirio.

Durante el tiempo en que ocurrian los sucesos que acabamos de reseñar, velada misteriosamente á los ojos del mundo, y oscurecida en una humilde casa de Nazareth, vivia una Inmaculada Vírgen, una cariñosa Madre, una resignada Viuda, que en medio de su soledad, á todas las horas del dia y en el silencio de la noche, no cesaba de bendecir al Señor, y darle las más humildes y fervorosas pruebas de su amor y reconocimiento.

Aquella Mujer era un ángel, más que un ángel: era María, la Estrella de Nazareth, aquel Sér inocente y puro cuyo recuerdo no puede invocarse sin ternura, cuyo nombre no se puede pronunciar sin veneracion.

La barbarie de los reyes y poderosos, la envidia y la soberbia de los fariseos, la crueldad de los soldados, la prostitucion, la venganza y el escándalo se ostentaba con todo su desenfreno, no sólo en los países de Oriente, sino tambien en derredor del poderoso imperio que habia colocado su trono en el Occidente. Todo género de maldades se cometian en aquella época públicamente, porque los vicios habian crecido y se habian desarrollado á impulsos de tantas ambiciones y tantas injusticias como llenan las páginas de la historia que nos hablan de aquellos tiempos.

Empero las virtudes no se habian extinguido completamente. Aun guardaba el Oriente en su dichoso suelo á los divinos Séres que ofrecian al mundo una halagüeña esperanza, y que estaban ya dispuestos al sacrificio para regenerar á los hombres y labrar su felicidad eterna.

Nazareth albergaba en su seno á la inocente Vírgen que reunia en Sí todas las perfecciones y gracias del Espíritu Santo.

Ésta no brillaba entónces con el divino esplendor que el poder del Eterno la habia concedido.

María formaba un extraño contraste, si se nos permitiera colocarla al lado de aquellas gentes en su mayor parte corrompidas; Ella era ejemplo de pudor y de castidad, que no acertaran á comprender las Herodías que escandalizaban las ciudades más populosas. La sencillez y virtud de la Madre de Jesus en nada podia compararse con la hipócrita y falsa austeridad de aquellos hombres soberbios, que colocaban espinas en sus vestidos para hacer vanos alardes de santidad y de penitencia.

María, en fin, en su modesta vivienda era entónces un inestimable tesoro de gracias, que yacia oculto á las miradas de las gentes. Allí se preparaba á sufrir las amarguras más dolorosas, pensando siempre en Jesus, que era el objeto de todas sus complacencias. Allí moraba triste y solitaria, anhelando sólo volver á ver á aquel Hijo á quien adoraba con toda la efusion de un alma hermosa como el cielo, y sencilla é inocente como las flores que esparce en los vergeles la poderosa mano del Creador.

LIBRO TERCERO.

JESUS EN EL DESIERTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA SOLEDAD DE LA MONTAÑA.

¡El desierto!... Página blanca del libro de la creacion; morada perpétua de la quietud y del silencio; tierra consagrada al olvido, en la que el hombre apénas se atreve á penetrar. ¿Qué profundo misterio guardas entre tus desnudas rocas y abrasados arenales?

¿Por qué huye de tu seno todo el que conserva el instinto de la vida? ¿Por qué se detienen las gentes al llegar á sus linderos, sintiendo estremecidos sus corazones? ¿Por qué, entónces, buscan con afan nuevos caminos donde la tierra les ofrezca más pintorescos paisajes y más risueños horizontes?

El desierto: sólo este nombre despierta en nuestra mente ideas tristes y desconsoladoras.

No hay ya para nosotros ilusion dorada, delicado afecto, ni venturosas esperanzas que pueda prevalecer y alentar en nuestro pecho, ante la consideracion de un vasto territorio, yermo, despoblado y escabroso, entre cuyas peñas se desliza el emponzoñado *simun*, sin encontrar un sér vivien-

te que al aspirarle pueda sentir abrasadas sus entrañas.

Penetrad en el desierto, y no hallareis elevados cedros, gallardas palmeras, ni graciosos arbustos. No busqueis flores que embalsamen el espacio, ni sombra que os ponga á cubierto de las inclemencias del clima. No busqueis, en fin, caudalosos rios, frescas riberas, cristalinas fuentes, ni mansos arroyuelos.

Allí no hay vejetacion ni frescura: aquel ambiente abrasaria todas las plantas; aquel sol secaria todas las fuentes y arroyos; aquella tierra ingrata se mostraria desobediente á los esfuerzos y cuidados del laborioso agricultor.

Las aves inocentes no hallaron en el desierto un solo árbol donde labrar sus amorosos nidos, ni insectos ni semillas que les ofrecieran el sustento; por eso dirigieron su vuelo á otras campiñas, y acudieron á los vergeles de Salomon y á las riberas del Jordan. Por eso en el desierto no resuenan los tiernos cantos del ruiseñor, ni los dulces y variados acentos con que los pajarillos completan la belleza de la perfecta obra de la creacion.

Hasta las fieras huyeron del desierto, donde no hallaran víctimas que devorar, ni seguros albergues que no estuviesen cercados de inaccesibles precipicios.

Tampoco el hombre que penetró en aquellas soledades inhospitalarias tuvo valor para permanecer en ellas: temió perderse en su ancho espacio; hallóse poseido de una profunda melancolía, y entónces, no sólo huyó acobardado en busca de otras más lozanas tierras donde fundar sus pueblos y ciudades, sino que señaló los límites del desierto para que nadie osara penetrar en él, para que sus hijos supieran que aquel era un lugar vedado al hombre, en el que sólo podia encontrarse la desesperacion y la muerte.

El hombre, sin embargo, no meditó al tender su mirada en aquel horizonte triste y solitario.

Fijó su vista en una tierra que halló estéril y desapacible, y sin querer ver más, retirándose medroso y desalentado, llamó desierto á aquel territorio que nada ofrecia á su sensibilidad.

Y consideró que toda detencion en él seria vana y peligrosa.

Y juzgó desde luégo que aquellos lugares no habian sido criados para el hombre.

Y trató de huir de ellos, y de olvidarlos, sin comprender el objeto de su existencia, sin tratar de conocer el arcano que en sus límites ha puesto la voluntad divina.

Mas ¿cómo puede concebirse que el Hacedor Supremo, el que es Fuente eterna de la más alta sabiduría, el que creó el mundo para el hombre, cómo es posible que creara un territorio sin objeto ni significacion?

¿Quién osará decir que el Todopoderoso dejó en la tierra lugares inaccesibles y vedados, que no pudieran servir al hombre, á quien dedicó toda su obra?

Por más que la inteligencia humana sea pobre y limitada, por más que no nos sea lícito penetrar en los secretos designios del Altísimo, nunca osaremos dar cabida en nuestra mente á tan absurda suposicion.

El mismo Jesucristo vino á enseñar al hombre lo que éste en su aturdimiento y ligereza no habia comprendido.

El mismo Jesucristo, con su ejemplo: — Ven al desierto, le ha dicho; ven, aquí hallarás lo que no has buscado: llega ante esas desnudas rocas y ante esos profundos abismos, y mira con los ojos del alma aquella página de la creacion.

¡Oh, qué leccion tan sublime nos ofrece el Hijo del Eter-

no al encaminar sus pasos hácia las asperezas y soledades del desierto!

En él nada ofrece la tierra á nuestros ojos que pueda servirles de recreo; aquellas monótonas rocas y dilatados arenales apénas distraen nuestra atencion, porque en aquel sitio sólo debemos abrir los ojos para mirar al cielo.

Allí, ni el canto de las aves, ni el murmullo de los arroyuelos, ni el zumbido de los vientos, ni los rugidos de las fieras, vienen á turbar un momento el silencio sepulcral que acobarda al espíritu; porque en el desierto sólo debe resonar la voz imponente del Señor que habla á nuestros corazones.

Ni la fuerza de nuestras pasiones violentas, ni el desmedido afan de los placeres, ni el egoismo de los más tiernos afectos, vienen á turbar allí el fervor de nuestras oraciones.

Nada puede allí distraernos de la santa contemplacion á que nos incline nuestra piedad y una inspiracion sublime de gracia y de penitencia.

Ántes del nacimiento de Jesucristo, el hombre, sumido en un caos de ignorancia y de corrupcion, entregado á sus torpes vicios, y sólo vendido á sus deleites y voluptuosidades, huia del desierto cuya soledad le causaba espanto; porque si alguna vez penetró en él, quizas sintió entónces el peso insoportable de sus delitos y monstruosidades; porque las acusaciones de su propia conciencia eran acaso las únicas voces que penetraban en su alma; porque no acertó, en fin, á fijar sus miradas en el firmamento y á caer de hinojos, besar aquella tierra estéril y murmurar una oracion.

¡Oh, cuántos santos y austeros penitentes que imitaron el ejemplo de Jesucristo, han bendecido despues en el desierto la mano que les ofreciera aquel asilo contra la corrupcion

de las costumbres, las instigaciones del pecado, y las miserias de la humanidad!

¡Cuántos varones virtuosos y sabios osaron penetrar entre aquellos erizados riscos, movidos por sus fervientes deseos de perfeccion y de arrepentimiento!

Es verdad que la idea aterradora de la muerte pudo haberles asaltado al dejar las ciudades opulentas, para encaminarse á aquellos incultos y temerosos lugares;

Es verdad que las privaciones que allí les esperaban pudieron entibiar por algun momento su fervor y detener sus pasos;

Pero despues, aquellos que bajo los ardientes deseos de su fe arrostraron la muerte, ántes que someterse á la esclavitud del pecado; aquellos que se retiraron al desierto para entregarse á la contemplacion, bien pronto hallaron separados de su vista los hondos abismos que les cercaban, y dirigiendo sus miradas al cielo, bien pronto recogieron con lágrimas de gratitud los abundosos frutos de la gracia, y con ella, el perdon que otorga el Todopoderoso á cuantos le dedican todos sus sufrimientos, todas sus penitencias y todas sus fervorosas oraciones.

Preguntad á los santos anacoretas qué es el desierto, cuáles son las inspiraciones que en él han recibido, y cuáles los sentimientos que allí brotaron en sus corazones, y muchos os dirán en sus escritos, que entre aquellas malezas donde no nacen las flores, ni corren los arroyos, ni se escuchan los armoniosos cantos de los pajarillos, han visto clara y distintamente la majestad y la omnipotencia del Señor.

Allí, os dirán, habló á nuestros corazones, y su voz celestial resonó en ellos con dulzura, siendo el bálsamo

consolador que remediaba todas nuestras privaciones y necesidades.

— Seguid y no desmayeis, les dijo, porque Yo os acompañaré, y fortaleceré vuestros espíritus. Perseverad en vuestros propósitos, ya que habeis acertado con el camino de la eterna bienaventuranza.

El mismo San Juan, que habia habitado tantos años entre ásperas montañas, retirado de todo trato y comercio humano, apareció ante las gentes poseido de una inmensa sabiduría que admiraron y no pudieron comprender los pueblos más civilizados, ni supieron que toda la energía de sus palabras, toda la conviccion de sus razones y todo el conocimiento del corazon humano que demostraba ante sus oyentes, todo habia sido inspirado en las soledades del desierto.

No, no hay en toda la superficie de la tierra un lugar, por oculto y misterioso que sea, donde no se manifieste la grandeza y la omnipotencia del Hacedor.

. . . . . .

Tal es el desierto. Tal es el sitio á donde se retiró Jesucristo despues de su bautismo.

Si en medio de sus peñascos y desigualdades, comprendeis que sólo puede encontrarse la imágen helada y sombría de la muerte, id sin temor á contemplar su pálido semblante. A su presencia se calmarán vuestras ambiciones, se os olvidarán vuestras venganzas y se humillará vuestra soberbia.

Y si más tarde habeis de volver al mundo, cual lo hiciera Jesucristo al emprender su predicacion, acostumbrados vosotros á la presencia de la implacable muerte, familiarizados con ella, convencidos de vuestras inútiles vanidades, no dudamos que podreis exclamar:

—Fuimos temerosos, penetramos en el desierto con fe y esperanza, leimos en el firmamento, escuchamos la divina voz, conocimos nuestra pequeñez; y ya sólo amamos aquellas soledades, porque en ellas hemos encontrado un asilo contra la impiedad, porque allí se han fortalecido nuestros espíritus, porque en sus asperezas empieza el camino de la perfeccion y de la felicidad eterna.

CAPÍTULO II.

LOS CUARENTA DIAS.

El divino Redentor, al descender á el mundo para enseñarnos con su ejemplo y con su palabra la senda que debemos seguir para lograr el fin de la salvacion eterna, no se contentó con enseñarnos á cumplir su ley, sino que tambien nos ofreció los medios de hacerlo, mostrándonos las virtudes y algunos otros medios que son muy principales para alcanzar la gracia, que es el don que señaladamente puede disponernos al cumplimiento de la ley divina.

Estos medios principales son la oracion, el ayuno y las privaciones corporales.

Mal puede guardarse la ley sin la gracia, y por esto quiso que pidiésemos esa gracia, puesto que sólo con su auxilio podremos guardar la ley.

«Pedid y se os dará: buscad y hallareis: llamad y os abrirán.»

«Porque todo aquel que pide recibe: y el que busca halla, y al que llama se le abrirá» [1].

[1] San Mateo.

Hé aquí compendiadas en muy breves palabras las excelencias de la oracion, y los ópimos frutos que puede producir en bien de nuestras almas.

Otro de los medios que el Señor nos propuso fué el ayuno, que tambien es un copioso manantial de bienes espirituales; porque ayunar y macerar la carne, es obra meritoria de gracia y de gloria, como lo son todas las obras virtuosas, si se hacen con espíritu de caridad.

El ayuno es obra de virtud de la temperancia, y tambien es obediencia cuando se hace por cumplir un mandamiento divino. Con él satisfacemos á Dios y le pedimos perdon de nuestros pecados, y por último, entre otras muchas de sus excelencias, el ayuno es un gran remedio para despreciar las cosas sensuales y prestar más fervor á nuestras oraciones.

De la misma manera, todo acto de humildad y de penitencia es grato á los ojos del Señor, y puede ser la puerta de nuestra salud, á la cual pertenece el dolor de los pecados cometidos y los propósitos de enmienda para lo venidero.

Esta doctrina, que puede dar lugar á largas y profundas consideraciones, encaminó á Jesus á las soledades y asperezas del desierto, puesto que proponiéndose ser ejemplo vivo que nos guiase á la perfeccion, al tomar cuerpo humano y al habitar entre nosotros, se sometió á nuestras leyes y quiso igualar á los hombres en todo, ménos en el pecado.

Lleno Jesus del Espíritu Santo, tan luégo como fué bautizado, encaminó sus pasos hácia el desierto, donde debia entregarse á la contemplacion y al ayuno por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches.

Este ayuno que se impuso ántes de comenzar la predicacion del Evangelio, habia sido figurado por el ayuno de

Moisés durante los cuarenta dias que precedieron á la antigua ley.

Las Sagradas Escrituras nos dicen que Jesus fué llevado al desierto por el espíritu para ser tentado, palabras que han querido interpretarse truncando su verdadero sentido y desconociendo los altos fines que el Redentor del mundo se propusiera.

Los incrédulos hallan un gravísimo escándalo en haber permitido el Salvador que le tentase el demonio, y su afirmacion procede sin duda de no haber ellos considerado ni qué cosa fuese esta tentacion.

«Ya tienen dicho los padres de la Iglesia ántes que nosotros[1], que no le fué al Salvador más indecoroso el ser tentado, que el revestirse de las flaquezas de la humanidad, ser injuriado, crucificado y muerto por los judíos. Quiso Él enseñarnos que la tentacion no es de suyo un pecado, siempre que la resistimos. Tambien quiso confortar á las almas tímidas y delicadas que se tienen por culpables con el solo hecho de ser tentadas, y se desalientan en el camino del bien. Quiso finalmente mostrarnos las armas con que se vence al tentador, y se nos presentó como Jefe en esta trascendental milicia que nos ocupa en nuestra peregrinacion, animándonos en ella y convidándonos con los triunfos.»

Estas palabras nos explican perfectamente los altos designios que dirigieron al Señor á las soledades del desierto.

Jesucristo, en su cualidad de Hombre, consintió que el demonio ejerciera sobre su humanidad santísima todo el poder que hubiera ejercido sobre cualquier otro hombre, pues sólo

---

[1] Cardenal Wisseman, *Vindicacion de la Santa Biblia.— Cuatro Evangelios*, nota VI, párrafo 7.

de esta manera podia enseñarnos con su ejemplo los medios de resistirle, eludiendo todas sus maquinaciones, y despreciando todos sus ofrecimientos.

Sigamos sus pasos por entre las breñas y precipicios del desierto, examinemos con religioso temor aquellos lugares tristes y solitarios, y contemplemos á aquel Hombre humildísimo, que siendo el Dueño de toda la naturaleza, y teniendo por servidores á los ángeles, quiso descender á la tierra y sacrificarse en holocausto ante el trono de su divino Padre, para alcanzar la salvacion del género humano.

Allí le hallaremos postrado en las duras rocas, sufriendo amarguras y penalidades, y entregado á la contemplacion y al más riguroso ayuno.

Cuarenta dias y cuarenta noches han trascurrido.

Jesus no ha tomado alimento.

Sin el amparo del Omnipotente, hubiese muerto desfallecido; y sin embargo, al cabo de tantos dias siente que sus fuerzas decaen y que sus débiles brazos apénas pueden elevarse al cielo.

Pero la mano del Eterno, que milagrosamente le ha sustentado durante las largas y angustiosas horas de tan austera penitencia, no podia retirarle su proteccion.

El Creador del universo, que no olvida al inocente pajarillo, ni deja sin sustento al más vil gusano de la tierra, no podia abandonar á su divino Hijo en tan extrema necesidad.

Al fin de los cuarenta dias Jesus tuvo hambre, y el diablo, entónces, se acercó á Él para tentarle.

Un ayuno tan riguroso y extraordinario, no pudo ménos de alarmar al espíritu de las tinieblas. La santidad y la virtud ejemplar del Galileo, le hicieron sospechar que Éste pudiera ser el Hijo de Dios, y el Mesías. Largo tiempo hacia

que le acechaba esperando hallar en Él un momento de debilidad y de flaqueza. Admirábase de su resistencia, y no osaba acercársele, porque su fervorosa oracion y su contínua penitencia, oponian fuertes murallas á sus tentaciones, y no dejaban lugar á sus perversos designios.

Pero Jesus quiso animarle; quiso permitir que llegase á su lado para vencerle con sus virtudes, del mismo modo que por tan largo tiempo le habia vencido con sus oraciones y penitencias.

Por eso sintió hambre y se mostró rendido y debilitado, y cayó en una flaqueza extrema.

—¡Ah! Exclamó entónces Luzbel. No, este Hombre que al fin siente los efectos de su austeridad, no es, no puede ser el Mesías.

Y lisonjeándose ya de que habia de conseguir una completa victoria, tomó formas humanas, y se presentó ante Jesus bajo la apariencia de un gallardo mancebo de hermosas facciones y de soberbio é imperioso ademan.

—Paréceme, le dijo sonriendo, que eres el Hijo de Dios.

Y con acento de triunfo, prosiguió:

—¿Por qué no conviertes estas piedras en pan, para remediar ese abatimiento y flaqueza que veo en Tí? Ya es tiempo de que tengan fin tantos ayunos. Habla, y no dudes satisfacer á mis ruegos, pues sabe que me intereso por Tí y acudo en tu socorro.

Luzbel esperaba con afan una respuesta que disipase sus dudas, pues si bien es cierto que veia á Jesus tan abatido y exánime, no por eso dejaba de recordar su historia y las maravillas que en él habia obrado el Omnipotente. Luzbel no ignoraba los prodigios que se verificaron desde su misterioso nacimiento.

Recordaba su presentacion en el templo; habia oido los elogios que hicieran de Jesus, los justos Simeon y Ana la profetisa; conocia el cuidado que un ángel habia tenido de su vida, cuando José y María le llevaron á Egipto para librarle de las persecuciones del cruel Herodes; tampoco ignoraba que despues de la muerte de este rey, el mismo ángel dijo á José que se volviese con el Niño y con su Madre á la tierra de Israel. Asímismo debió haber presenciado los prodigios que acompañaron al bautismo de Jesus, y oido la voz del cielo que dijo: «Este es mi Hijo muy amado». Por último, el ayuno de los cuarenta dias era otra maravilla que le hacia temer que Jesus fuese verdaderamente Hijo de Dios[1].

Por todas estas consideraciones esperaba con impaciencia la respuesta de Jesucristo.

Pero el divino Salvador, que conocia sus dudas y vacilaciones, no quiso librarle de ellas, y contestó sencillamente:

— Escrito está. No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios.

Confuso se quedó el soberbio espíritu ante una respuesta tan prudente como inesperada. Un movimiento de ira brilló en su mirada centelleante.

Habia sido vencido, y empezaba ya á comprender que se habia gloriado de su triunfo demasiado pronto.

Sin embargo, no quiso retroceder, y sólo pensó en escoger otro camino más expedito á sus malévolas intenciones. Acordóse de los triunfos que le habian proporcionado con sobrada frecuencia las tentaciones que habia fundado en la vanagloria, el orgullo y el poder.

Puso en juego entónces sus artes malditas, y trasportan-

---

[1] Mazo, *Historia de la Religion.*

do al Señor á la ciudad santa, le colocó sobre la más alta balaustrada del templo.

Pretenden algunos intérpretes que Luzbel quiso mostrarle en aquel sitio ante las gentes, con el fin de que despues le respetase el pueblo como á un hechicero; pero Jesus permaneció invisible, sin que el demonio lo advirtiese.

—Si es verdad que eres Hijo de Dios, le dijo con insolencia y provocativo acento; si es cierto que eres su Hijo muy amado, como así lo ha dicho la voz del cielo, dame una prueba que así me lo haga creer. Échate de aquí á abajo, y nada temas, porque escrito está que Dios te tiene encargado al cuidado de los ángeles para que tu pié no tropiece contra la piedra.

—Tambien está escrito, le contestó Jesus con severidad: «No tentarás al Señor tu Dios».

Esta respuesta fué una nueva derrota de Luzbel; pero su soberbia aun le prometia el triunfo que tan en vano codiciaba.

Daba fuerza á su confianza la consideracion de que, á su juicio, no seria tan grande el poder de aquel Hombre á quien trasportaba á su antojo de un punto á otro. Sin duda creia que Dios le habia entregado á aquel Justo para hacerle caer en los lazos de sus malignas tentaciones.

Pero Luzbel ignoraba que aquel Hombre maravilloso, ademas de su divinidad, que le ponia á salvo de sus maquinaciones, siendo Hombre venia del desierto, donde con la oracion y el ayuno habia fortalecido su espíritu; pues como Dios y como Hombre era en Sí mismo el tesoro inapreciable de la divina gracia; era el Justo á quien no podria vencer, aunque desatara contra Él todos los maléficos espíritus que moran eternamente en las tinieblas.

Luzbel trasportó de nuevo á Jesus á la cima de las más altas montañas de la sierra, y desde allí empezó á mostrarle pueblos, aldeas, ciudades, reinos, imperios, y todos los campos, rios y mares del universo.

—¿Ves esos reinos é imperios tan grandes y poderosos? Dice á Jesus. ¿Ves esas montañas, esos valles, esos rios, esos vergeles y esos mares tan dilatados y magníficos? Pues todo cuanto ves es mio. Yo reino y soy adorado en todos esos pueblos; á excepcion del reino judío, todos me rinden tributo, y queman incienso y perfumes en mi honor, y me ofrecen sacrificios.

Luzbel, entónces, osaba dirigir sus miradas al rostro de Jesus para adivinar el efecto que producian sus palabras; pero sus ojos malditos están condenados á no ver á Dios, y por eso no se lograban sus intentos.

—Todo esto te daré, exclamó al fin, si postrándote á mis piés me rindes adoracion.

Tal proposicion era una horrible blasfemia; era el más temerario y grosero insulto hecho al Hijo de Dios, al Dios mismo que habia dado la prueba más edificante de virtud y de humildad.

—Retírate, Satanás, le dijo con voz majestuosa é imponente. Retírate, enemigo de Dios y de los hombres, y sabe que está escrito: *Adorarás al Señor tu Dios, y le servirás á Él solo.*

Estremecióse Luzbel al escuchar estas palabras, que fueron instantáneamente obedecidas.

Jesucristo habia vencido al maligno espíritu.

Pero los cuarenta dias de la penitencia habian terminado. El Hombre Dios habia ya enseñado á los hombres la práctica de aquellos medios salvadores que debemos

utilizar para conseguir los auxilios de la divina gracia.

Era ya tiempo de que el favor del cielo se manifestase, y por eso los ángeles del cielo acudieron en torno de Jesus, le sirvieron de comer, y adoraron al Hombre que, despues de tantos dias de riguroso ayuno, habia conseguido una gran victoria sobre el rebelde y soberbio Luzbel.

Este hecho, que encierra una saludable enseñanza, vino á comprobar las verdades evangélicas, mostrando á los hombres que toda resistencia de las tentaciones y toda victoria conseguida sobre el espíritu de Satanás, siempre va seguida de los favores celestiales, y que la fidelidad y la virtud, en medio de las instigaciones de nuestros sensuales apetitos, siempre son recompensadas con nuevas gracias que inmediatamente descienden del excelso trono del Creador.

Luégo que el Señor hubo recibido de manos de los ángeles el alimento que necesitaba para reponer sus humanas fuerzas;

Despues de una sóbria comida en la que era el servido el Hijo de Dios, y los sirvientes los divinos espíritus celestiales, volvieron éstos á regiones etéreas de donde vinieran, y Jesus quedó en el lugar de su retiro.

CAPÍTULO III.

LA VUELTA DEL DESIERTO.

El sol descendia lentamente ocultando su luminoso disco detras de las montañas que circundan el valle de Jezrael, llamado tambien llanura de Esdrelon.

Al pié de una de las montañas, y en el declive que forma su parte inferior, se halla situada la alegre aldea de Nazareth, patria de Jesus y de su Santísima Madre; pues si bien es sabido que Jesus nació en Belen, en Nazareth tuvo lugar el incomprensible misterio de la Encarnacion, y allí fué educado el Hijo del Eterno, y vivió por espacio de largos años.

La tarde en que tuvieron lugar los sucesos que vamos á describir, hallábase el valle cubierto de doradas mieses y frondosos árboles, y presentaba un fértil y ameno paisaje.

El aire empezaba á ser fresco y ligero, y agitaba suavemente los tallos y hojas de los árboles, haciendo que el choque de las espigas produjese un grato rumor que parece que presta alegría á los campos, y da mayor vida y realce al espectáculo de la naturaleza.

Saliendo de la aldea y siguiendo un estrecho sendero que conducia á una cisterna de claras y abundantes aguas, ca-

minaban algunas mujeres trayendo en sus manos ánforas y pequeñas vasijas, para tomar agua del próximo manantial.

Al lado de las alegres jóvenes que venian cantando y dirigiéndose festivas y sencillas chanzas, venian otras mujeres, en cuyos semblantes no se demostraba aquella alegría tan propia y natural en las personas de pocos años, que todavía no han sentido en sus corazones la pesada mano del dolor, ni la crueldad de los amargos desengaños.

Entre estas últimas venia la Estrella de Nazareth, la virtuosísima Madre de Jesus, la casta Esposa de José.

Nada de cuanto pasaba á su alrededor la apartaba de la tristeza y abstraccion en que venia sumida.

Fija su mirada en el horizonte, caminaba lentamente como si la abrumara el pesar, ó cual si viniese preocupada por un tiernísimo afecto que inundara todo su Sér.

¿Y cómo no habia de sentir un profundo dolor la Madre amantísima que se veia separada de su adorado Hijo?

¿Qué temores y sobresaltos no atormentarian su corazon, despues del tiempo que habia trascurrido desde el dia en que se despidiera de Jesus?

Éste habia partido al desierto; habia ido á padecer y á orar; en el áspero camino que se trazara, no podia encontrar sino privaciones y sufrimientos.

María sabia todo esto, pero contaba las horas y los dias de su ausencia, y ésta la parecia interminable. Y á pesar de que su fe jamas la permitiera dudar de que Jesus volveria, no por eso podia permanecer tranquila; porque los padecimientos de su Hijo herian tambien su delicado corazon; porque su tardanza era seguro indicio de una larga penitencia y de un heróico sacrificio que se prolongaban mucho tiempo.

Jesus comenzaba su obra de redencion retirándose á orar

y á padecer; María, á quien los intérpretes la han dado el título de Corredentora, sufria tambien en su espíritu todas las tristezas y melancolías del desierto.

Separada de Jesus, de aquel santísimo Hijo en quien cifraba toda su ventura, hallábase aislada, abstraida y solitaria. Sus ojos, desde que no podian verle, habian perdido la luz y la alegría: sólo hallaban en torno suyo la tristeza y la soledad; sus oidos, que ya no escuchaban la melodiosa y dulce voz del Redentor, no recibian apénas impresiones, porque despues de haber escuchado á Jesus, todo les era ingrato é indiferente.

El alma hermosa de María acompañaba á su Hijo y le seguia por todas partes, poseida de un entrañable y maternal cariño.

Y sin embargo, en medio de tantas zozobras y de tantos cuidados, no exhalaba un suspiro que pudiera asemejarse á la más sencilla protesta, ni á la queja más inocente.

María esperaba con resignacion, y acompañada de algunas piadosas mujeres que la auxiliaban con delicado celo, salia de Nazareth muchas tardes, se dirigia por la senda que habia tomado Jesus el dia de su despedida, y no apartaba sus miradas de los otros senderos que se perdian en la llanura.

Pero un dia y otro dia el sol se ocultaba, y la noche extendia su negro manto sobre aquellos dilatados horizontes. Los chacales y lobos de que estaban inundadas las cercanías de Nazareth descendian al valle, y era preciso regresar á la aldea. María, entónces, enjugaba sus lágrimas, y con religiosa conformidad exclamaba:

— Mañana vendrá.

Y tornaba á su humilde hogar, y dirigia al cielo una ce-

lestial sonrisa que encerraba un tesoro de esperanzas, que era la más alta y sublime prueba de su religiosa humildad.

Más de cuarenta dias habian pasado desde la ausencia de Jesus.

Aquella tarde, la Viuda de José se detuvo al fin al lado de la cisterna; y miéntras las gentes que la acompañaban se sentaban á descansar, María aun se adelantó algunos pasos más, como si un extraño presentimiento la preparara á recibir una impresion de inefable alegría.

En el sitio lejano en que una senda se ocultaba entre árboles y peñas, veia algunos puntos oscuros que se adelantaban poco á poco, tomando á sus ojos formas precisas y conocidas.

Pero ¡ay! todos los que sucesivamente iban acercándose, eran pastores y gentes de la aldea que se retiraban á sus hogares.

Entre ellos no veia á Jesus.

Ya el cielo comenzaba á oscurecerse hácia el Oriente, y el crepúsculo apénas prestaba luz para distinguir los objetos lejanos, cuando el corazon de María sintió una emocion extraordinaria; sus latidos violentos eran precursores de su próximo regocijo; habia creido distinguir al fin del sendero una figura majestuosa que se adelantaba hácia Nazareth. Ninguna otra tarde habia abrigado en su pecho una esperanza más firme; aquel Hombre que se distinguia casi en el horizonte, no se parecia á los demas que le habian precedido en su camino. La misma Madre de Jesus apénas podria explicarse esta diferencia, y sin embargo, la sentia en el fondo de su alma, en aquel momento dichosa y afortunada.

El corazon de una madre tiene un instinto casi sobrenatural para conocer las pisadas de su hijo.

María ya no dudaba de que Aquel que tan léjos caminaba era Jesus, el que con tanta fe y resignacion habia esperado.

— Él es, exclamaba llena de alegría, dirigiéndose á las santas mujeres que se hallaban cerca de la cisterna. ¡Miradle, es Jesus! Su majestad, su gloria, la hermosura de su semblante, no puede oscurecerse ante las sombres de la noche. Él es la luz que torna á dar vida á mis ojos; Él es la felicidad inmensa que viene á consolar mi alma contristada. Venid, venid á saludarle, á bendecirle, y á presentarle la sencilla ofrenda de nuestros corazones: cantad, doncellas de Nazareth, porque vuestros alegres cánticos ya no contristarán mi espíritu. Lleguemos todos á su encuentro, y hagámosle partícipe de nuestro inefable regocijo.

La Reina de los ángeles derramaba abundantes lágrimas de gratitud, porque al fin habia llegado la hora que tanto anhelaba su entristecido corazon.

María tambien olvidaba los sufrimientos y las penalidades del desierto, y encontraba la justa recompensa de su virtud y religiosa conformidad.

Un momento despues, Jesucristo se hallaba en los brazos de su Madre, y rodeado de algunas gentes de la aldea que le saludaban con efusion, y besaban su manto con religioso fervor.

No nos atrevemos á describir la escena patética y conmovedora que tuvo lugar al encontrarse el Salvador con su divina Madre.

No hay palabras en nuestros labios, ni en nuestro ánimo valor, para atrevernos á expresar los tiernísimos y sublimes afectos que brotaron de aquellas almas tan puras y privilegiadas. Perdone aquí el lector si nuestra pluma se

resiste á bosquejar un cuadro tan magnífico y poético, como edificante y conmovedor.

—¡Ah! Exclamó al fin María, sin apartar su vista del majestuoso rostro de Jesus. ¡Cuánto habrás sufrido en tantos dias de ausencia! Sí, añadió con su angelical dulzura; Yo he sentido dentro de mi pecho tus dolores y tus amarguras; pero el Señor nos recompensa con su magnificencia y bondad.

—Adoremos al Señor, repitió Jesus; bendigamos su santo nombre, porque ha escuchado nuestras oraciones, porque ha atendido á nuestros ruegos, porque ha enjugado nuestras lágrimas. Pero el camino está sembrado de espinas, y no debemos detenernos en él. La humanidad gime bajo las cadenas del demonio, los santos padres me esperan, y es preciso cumplir los designios del Hacedor.

La Vírgen María inclinó su cabeza, no atreviéndose á replicar á tan solemnes palabras. Un doloroso recuerdo cruzó en su mente y turbó por un momento la espontánea alegría que embargaba su alma.

—Cúmplase eternamente la voluntad del Señor.

A pesar de todo era dichosa, porque gozaba de la presencia de Jesus, ante la cual cedian todas sus amarguras, y era ménos acerbo el dolor de sus presentimientos.

La idea de tener que volverse á separar de aquel divino Sér, á quien tanto amaba, la hizo concebir una peticion.

Y con su acento inocente y tierno,

—Hijo mio, le dijo, todo mi afan es servirte y acompañarte. Tu ausencia ha sido y será para Mí el dolor más grande que pueda atormentar mi espíritu. Nada dirán mis labios si tu santa voluntad quiere imponerme un sacrificio; pero, si así no fuere, has de permitirme que te siga, y que

se compartan conmigo, si es posible, todos tus padecimientos.

—Sígueme á donde quisieres, la respondió el divino Salvador. El Señor está satisfecho de tus virtudes, y no desechará jamas los inocentes deseos de su humilde Sierva.

María sonrió dulcemente, y embargada de un éxtasis divino, volvió á su aldea acompañada de Jesus, y conversando con El y con las gentes que les acompañaban.

Aquella noche revelaba su rostro hermosísimo la satisfaccion inmensa de que se hallaba poseida, y no cesaba de bendecir á la Providencia que la colmaba de felicidad.

Jesus y María, luégo que llegaron á su casa, se refirieron sus penas, sus pensamientos y todos los recuerdos que mútuamente habian tenido incesantemente el uno del otro.

El sencillo diálogo que sostenian fué el más tierno, el más puro, el más edificante.

María habló á Jesus de sus parientes, y de los cuidados que la habian dispensado durante aquellos cuarenta dias.

En esta conversacion habló Jesus de su bautismo, y por consiguiente del Bautista, y del modo tan eficaz con que ejercia su predicacion.

La Madre del Redentor, entónces, refirió las noticias que tenia del bautismo.

Ya en Nazareth se sabia que San Juan era perseguido con encono por los escribas y fariseos, y que, por huir de sus perversas maquinaciones, se habia visto obligado á entrar en la Galilea.

Esto mismo oyó Jesus de los labios de María, y le movió á no detenerse en Nazareth, pues el ejercicio de su mision divina le llamaba á las riberas del Jordan.

Las primeras horas de la noche habian ya pasado insen-

siblemente para aquellos divinos Séres. María llegó á apercibirse de que su Hijo necesitaria algunas horas de descanso, y se resignó á apartarse de Él.

— Mira, dulce Jesus, puesto que mañana has de dejar la aldea, descansa ántes algunas horas. Justo es que despues de tan austeras y rigurosas penitencias, hallen alguna tregua tus desvelos. Es necesario que tomes algun alimento y busques en un dulce sueño nuevas fuerzas para proseguir tu fatigosa carrera.

Jesus no replicó; quiso corresponder á la ternura de su Madre mostrándose obediente, y recibiendo con benevolencia y mansedumbre todos sus solícitos cuidados.

Dos horas despues Jesucristo dormia, los ángeles guardaban su lecho, y los luminosos rayos de la divina gracia descendian del cielo para posarse sobre su hermosa frente.

La Santísima Vírgen, al entrar en un cercano aposento donde se hallaba su casto lecho, cayó de rodillas, y elevando sus blancas manos hácia el trono del Omnipotente,

— Bendito seas, Señor, repitió mil veces.

Cuando el sol anunciaba la venida del nuevo dia, aun duraba la fervorosa plegaria de la Vírgen Madre, de aquella Mujer que era espejo de la inocencia, y ejemplo admirable de todas las virtudes.

LIBRO CUARTO.

EL MESÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

LOS DISCÍPULOS DE JESUS.

Pocas horas duró el descanso de Jesucristo en su morada de Nazareth. La obra de la Redencion habia de comenzarse para continuar sin interrupcion de un solo dia, hasta concluir en la cumbre del Gólgota.

Habian pasado los dulces y tranquilos años que el Hijo del Eterno empleó en su educacion, y fué á poner á prueba el temple de su carne y de su espíritu en los crudos rigores del desierto, logrando una gran victoria sobre el demonio tentador.

Era llegada ya la hora de que Jesucristo enseñase con su divina palabra lo que ántes nos enseñara con su admirable ejemplo.

La predicacion de Jesus iba á comenzar.

Los pueblos de Galilea iban á conocer al Redentor del mundo, y á escuchar la buena nueva.

Despues de la corta entrevista que tuvo con María, sin

detenerse apénas en Nazareth, partió en direccion á Cafarnaum, ciudad opulenta y hermosa, á quien los intérpretes han dado el nombre de *Campo de consuelo*.

No dicen las historias que María le acompañase en esta ocasion.

Quizas su divino Hijo la prometió volver pronto á Nazareth, dejándola tranquila y consolada, puesto que durante esta ausencia ningun peligro debia ofrecérsele en su camino.

Bien pronto cruzó Jesus el valle de Jezrael, y llegó al lugar en que San Juan continuaba sus bautizos y santas exhortaciones.

Hallábase este santo rodeado de sus discípulos y oyentes, cuando vió venir á Jesucristo que se acercaba hácia él.

Dirigióse entónces á la muchedumbre, y exclamó con poderosa voz:

— Hé allí el Cordero de Dios. Ha llegado ya el tiempo de que le oigais y os prepareis á seguirle, pues viene á dar comienzo á la predicacion, y á confirmaros y enseñaros con más dulzura y energía la santa doctrina que yo os explico; porque ese es el Salvador, que es ántes que yo.

Desde este momento todas las miradas se fijaron en Jesucristo, y le reconocieron como al Mesías verdadero.

La fama adquirida por el Bautista le habia dado una muy grande autoridad entre sus oyentes; y como éstos hallasen al mismo tiempo en el rostro de Jesus una dulzura y un sello de bondad que cautivaba los corazones, no hubo vacilacion, y todos le admiraron y se le acercaron con respeto.

Pero temian que desapareciese de su lado, y este recelo les tenia inquietos.

— Nada temais, les dijo Jesus. He venido á buscaros y á

redimiros; y desde hoy, hasta el dia de mi partida de este mundo, estaré á vuestro lado y os mostraré el camino para alcanzar la gloria que os prometo, si obedeceis mis exhortaciones.

Hallábanse entre los discípulos del precursor, Andres y Juan, naturales de Betsaida, los cuales, tan luégo como vieron á Jesus, se sintieron movidos á seguirle.

—Permite, Juan, que no abandonemos al Mesías; estamos ansiosos de escucharle y de proclamar su nombre por todos los pueblos.

—Sí, sí, añadió Andres; queremos ser sus discípulos, pero no nos llames ingratos si te abandonamos.

—El que sirve al Cordero de Dios, repuso el Bautista, no puede ser ingrato, pues obedece mis exhortaciones. Id en buen hora; nunca pretenderé contrariar vuestro celo, ni oponerme á deseos tan justos y dignos de alabanza.

Aquella mañana no comenzó Jesus su predicacion; llegó sólo para darse á conocer, y despues de haber dirigido algunas palabras afectuosas, aunque severas, á los que le comtemplaban llenos de admiracion, siguió su camino con el objeto de hospedarse aquella noche en una aldea próxima.

Pero Andres y Juan no se atrevieron á manifestarle sus fervientes deseos, y se contentaron con ir en pos de Él, sin hablarle ni distraerle de los pensamientos que en aquel entónces ocuparan la mente del divino Salvador.

Jesus conocia las intenciones de aquellos dos hombres, y seguia caminando lentamente, aparentando no haber advertido que Andres y Juan le seguian.

Juan era el más jóven; brillaba por su varonil hermosura; llevaba una pobre túnica, y sus rubios y sedosos cabe-

llos, como los de Absalon, flotaban sobre sus hombros, y aumentaban su juvenil belleza.

Andres no era un anciano; pero en su frente empezaban á mostrarse algunas arrugas, y su cabeza comenzaba á encanecer.

Ambos eran pescadores.

El más jóven instaba á su compañero para que dirigiese á Jesus la palabra.

El que le acompañaba no se atrevia á desplegar sus labios.

Jesus les inspiraba un profundo respeto, y miéntras Juan persistia en el propósito de acudir el primero á recibir la enseñanza del Salvador, Andres pensaba en su familia; queria acudir á su hogar para hacer saber á sus parientes que habia visto al Mesías verdadero, y para aconsejarles que todos le siguiesen y fuesen sus discípulos; pero á pesar de que ambicionaba alcanzar esta gloria para sí y para sus hermanos, no se determinaba á separarse del camino que seguia Jesus.

Detúvose Éste un instante; fijó su vista en un objeto lejano que se dibujaba confusamente en el horizonte... Poco despues, prosiguió su camino.

Andres y Juan miraron en la misma direccion, y aunque no pudieron distinguir objetos que se hallaban á larga distancia, no dudaron de que hácia aquel lado del camino sucedia algo que sin duda no se ocultaba á la vista de Jesucristo.

Efectivamente, en aquel sitio lejano habia un hombre orando al pié de una higuera; tan fervorosa era su plegaria, que mereció ser atendida, aunque por entónces nada sucedió sino el incidente que hemos narrado, y que Juan y Andres no podian interpretar.

Ya hacia largo rato que Jesus caminaba seguido de aquellos, sin que se hubiese interrumpido el silencio, porque el respeto que les inspiraba la presencia de Jesucristo no les permitia manifestarle sus piadosos intentos.

Satisfecho el Salvador de la conducta de los que con tanta fe le seguian, volvióse hácia ellos y les preguntó:

— ¿Qué es lo que buscais?

— Maestro, dijeron á un tiempo Andres y Juan, ¿dónde habitas?

— ¿No querrás decirnos cuál es tu vivienda? Añadió Juan con alguna timidez.

— Nosotros, desde el momento en que te hemos visto, te hemos elegido para que seas nuestro Maestro; por eso te preguntamos dónde habitas, porque en sabiéndolo podremos buscarte para oir tu predicacion y seguir tu santo ejemplo.

— Queremos escuchar tu santa palabra sobre el reino de Dios que nos anuncias, añadió Juan con más firmeza y ardiente celo.

Jesucristo, entónces, les mostró su infinita benevolencia diciéndoles:

— Venid y ved.

A cuyas palabras obedecieron ciegamente los dos discípulos, y más animados se colocaron á su lado, y así llegaron á la casa en que moraba.

En un principio, todavía les costó algun trabajo volver á entablar conversacion con el Redentor; pero Éste, con suma bondad, les animó para que le hablaran sin recelo, motivando así una serie de preguntas que tanto Andres como Juan le hicieron, con el constante afan de ser instruidos; y fueron tan sencillas al par que sublimes las respuestas de Jesus, que los nuevos discípulos se consideraban dichosos, y lo

eran en verdad, pues oian del labio del mismo Dios palabras consoladoras que ya revelaban los grandes principios de su doctrina, y les hablaban de la gracia, de la caridad y del perdon.

Llegó la noche, y Andres y Juan volvieron á sus hogares llenos de regocijo.

Pero Andres, ántes de entrar en su casa, encontró á su hermano Simon que venia de la ribera del Jordan, donde ejercia su oficio de pescador.

—Hermano, le dijo; he de darte la más dichosa nueva que puedas recibir en toda tu vida.

—Habla... porque ya presiento lo que vienes á decirme. Nada me causaria mayor alegría que la nueva de haber encontrado al Hijo de Dios, de quien nos ha hablado el Bautista.

—Sí, ya hemos hallado al Mesías; yo mismo he conversado con Él, y estoy convencido de que el Hombre de quien hablo es el mismo Dios hecho Hombre.

Simon esperaba este acontecimiento con impaciencia; todas sus conversaciones solian versar sobre la realizacion de aquella esperanza; por esto, al escuchar lo que su hermano le referia, crecia más y más su impaciencia por acudir á ver al Mesías y elegirle por su Maestro.

—¿Y dónde se halla?

—Muy cerca; mañana te llevaré á su presencia.

—Mañana, dijo Simon, como si el plazo le pareciese demasiado remoto: no, no; esta misma noche; ahora mismo quiero que me guies á donde se halle. Demasiado conoces el deseo que me anima. Vamos, Andres, yo te lo ruego.

No era menester, en verdad, este ruego, porque el nuevo discípulo de Jesus no sentia contrariedad alguna tratándose

de acudir al sitio donde se hallaba un Hombre que era Dios, y que venia á redimir al universo.

Aunque no hubiese tenido ocasion de ser admitido por Jesus en el número de sus discípulos; aunque no hubiese escuchado su voz, que tan dulcemente persuadia, un sentimiento de gratitud hácia aquel Sér divino que descendiera á la tierra para labrar la dicha de los hombres, le impulsaba á complacer á su hermano, y así lo hizo con muy laudable diligencia.

Simon dejó las redes y aparejos de su oficio, y hasta los pescados que traia, y una hora despues, guiado por Andres, penetraba en la humilde casa que aquella noche servia de albergue á Jesucristo.

Esta entrevista fué un notabilísimo y fausto acontecimiento. Jesus hallaba al hombre que habia de ser base, fundamento de su Iglesia, y al perpétuo sostenedor de su doctrina. Simon reconocia al Dios que habia presentido, y á quien anhelaba consagrar su propia vida.

La fe de Simon se habia manifestado palpablemente; pero esta fe habia adquirido mayor fuerza y robustez desde que la mirada de Jesus se habia dirigido al humilde pescador.

— Tú eres Simon, hijo de Jonás, le dijo el Señor. Tú serás llamado *Cefas* (que quiere decir Pedro).

En verdad que Simon no esperaba este cambio de nombre, ni comprendia los designios del Mesías.

— Señor, contestó, no puedo dudar de tu divinidad; veo que me has conocido, y que nos hemos conocido; porque yo creo que si alguna vez te hubiese hallado, hubiera visto en Tí al Hijo de Dios, al Mesías verdadero á quien he esperado, no en vano, con la confianza de que al fin tendria la dicha de verle y de que me recibiera entre sus discípulos.

Desde aquella noche Simon, á quien llamaremos Pedro en lo sucesivo, porque éste fué su nombre, quedó afiliado entre los discípulos de Jesus.

Pero el número de estos discípulos empezaba á aumentarse, y los elegidos del Señor todavía no habian tenido ocasion de ingresar en aquel sublime apostolado compuesto de hombres humildes y santos, á quienes apénas nadie conocia, porque todos eran pobres y vivian oscurecidos, ejerciendo oficios modestos y poco lucrativos.

A la mañana siguiente dejó Jesus la aldea en que se habia albergado la noche anterior, y siguió su camino hácia Cafarnaum.

Sus discípulos no le abandonaron.

Pocos pasos habian andado despues de salir de la aldea, cuando acertó á presentarse en el mismo camino un hombre de humilde apariencia, cuyo sencillo y pobre ropaje daba seguras pruebas de su modesta condicion.

Bien pronto fué conocido por los discípulos de Jesus, que acudieron á saludarle nombrándole Felipe.

Este era tambien de Betsaida, y lo mismo que sus amigos era pescador.

—¿A dónde caminas? Le dijo Pedro. Puedes alegrarte de habernos encontrado.

Felipe no escuchó las palabras de su paisano; fijó su vista en el Salvador, y sintió una impresion desconocida que conmovia su corazon.

Jesus, entónces, se adelantó hácia él y le dijo:

— Sígueme.

Y Felipe, olvidándose de su familia, de sus amigos, y de acudir á su cuotidiano trabajo, siguió á Jesus.

El mandato de Éste, pronunciado con un acento nada

imperioso, ántes por el contrario afable y sencillo, tenia en sí una fuerza superior, pero una fuerza que sólo impropiamente puede calificarse con este nombre, porque la palabra de Dios movia las voluntades, y los que acudian á su obediencia no hallaban dificultad ni resistencia que oponer á sus mandatos.

Por eso Felipe no replicó ni vaciló un instante, y uniéndose á sus amigos continuó con ellos su camino, satisfecho al escuchar las nuevas de ventura que éstos le contaban.

Hubo un descanso; detuviéronse un rato Jesus y sus discípulos, en unas cabañas de pastores que estaban situadas á la entrada de un pequeño monte.

Aprovechando esta detencion Felipe, se separó un momento de Jesus y sus discípulos.

Habia recordado que por aquellos contornos debia hallarse uno de sus mejores amigos, que se llamaba Nathanael. Parecíale que debia hacerle participante de su alegría, y cumplir así un deber que la buena amistad impone.

Recorrió los campos cercanos con la mayor diligencia y fortuna, pues bien pronto le divisó y se acercó á abrazarle, manifestándole su extremado regocijo.

—¿Qué es esto, Felipe? ¿Paréceme que algo tienes que contarme?

—Hemos hallado á Aquel de quien escribió Moisés en la ley de los profetas; á Jesus, hijo de José el de Nazareth.

—¿Pues qué, dijo Nathanael, de Nazareth puede salir cosa buena? Mucho sentiria que no fuese cierta la noticia. Pero debes recordar que el Mesías que esperamos ha debido nacer en Belen.

—Así es; pero yo no puedo hacer que deseches tus dudas. Ven conmigo y ve.

Nathanael no supo qué replicarle; su amigo le ofrecia una prueba irrecusable; sus palabras valian tanto como si le hubiese dicho: No des crédito á lo que te digo, si ello te ofrece alguna dificultad; pero ven, y pregunta luégo á tus propios ojos y á los impulsos de tu corazon.

Este ofrecimiento fué aceptado, y bien pronto se encaminaron ambos hácia las cabañas de los pastores.

Jesus vió venir á Nathanael y exclamó señalándole:

— Ved ahí un verdadero israelita en el cual no hay engaño.

Oyó Nathanael lo que Jesus decia, y le preguntó:

— ¿De dónde me habeis conocido?

— ¿No eres tú el que tantas veces y con tanto fervor ha pedido al Eterno Padre que te mostrase á su Hijo? ¿No le has suplicado cada dia que te diese á conocer al Mesías verdadero? Pues bien, Yo te ví cuando estabas debajo de la higuera, ántes de que Felipe te llamase.

Nathanael se hallaba ya poseido de la divina gracia, y desde luégo comprendió que Jesus le habria visto de algun modo sobrenatural. Ya no dudó en creer cuanto le dijera su amigo, porque sus ojos y su corazon le decian que el Señor le habia concedido el favor que con tanta insistencia le demandara.

— ¡Maestro, exclamó, Tú eres el Hijo de Dios; Tú eres el Rey de Israel! Yo confieso tu divinidad, y quiero seguirte.

Jesus, entónces, le contestó:

— Si tan sólo porque te he dicho que te ví debajo de una higuera has creido, no decaerá tu conviccion, pues aun verás cosas mayores. En verdad, en verdad os digo, añadió dirigiéndose á todos sus discípulos, que vereis abierto el

cielo, y á los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.

Recibido Nathanael al lado del Redentor, prosiguieron Éste y sus discípulos el camino que habian emprendido.

Todos marchaban satisfechos; Jesus les hablaba con familiaridad, animándoles para que se despojaran de la natural timidez que embargaba sus facultades, y mostrándoles ya los principios en que iba á fundar su nueva doctrina.

Al anochecer de aquel dia avistaron los muros de Cafarnaum, pero no entraron aquella noche en la ciudad. Felipe y Nathanael habian traido sus redes, y acercándose á la orilla del famoso lago de Genezareth las echaron, y sacando despues algunos peces se proporcionaron una cena frugal, pues aquel dia, llenos de gozo, y ocupados en escuchar las palabras del Salvador, no habian cuidado de procurarse el alimento necesario.

CAPÍTULO II.

CAFARNAUM Y SUS SINAGOGAS.

Sobre la costa occidental del lago de Tiberiades se elevaba una gran ciudad próspera y rica en los tiempos de la predicacion.

Sus blancos edificios se extendian hácia la campiña en ascenso, y sus fuertes y dobles murallas la rodeaban, presentando de trecho en trecho altas y esbeltas torres que al par que servian de fortificaciones, contribuian á prestarla un aspecto muy agradable.

Delante de la puerta principal, sólidamente construida, se hallaba establecido un mercado; muchas pequeñas tiendas cubiertas con lienzos blancos servian de puestos á los mercaderes, no sólo de la ciudad, sino tambien del contorno. A estas tiendas acudian los judíos en gran número á hacer sus compras, por cuya razon estos mercados estaban siempre poblados de hombres y de niños, á excepcion de los sábados, en cuyos dias perdian su ordinaria animacion.

Viniendo de las riberas del lago parecia la ciudad muy alegre, é indicaba que entre sus habitantes habia personas acaudaladas, y que la poblacion era de importancia por la

riqueza y solidez de sus palacios, y la elevacion de la mayor parte de sus edificios.

Cafarnaum, sin duda alguna, era la más bella y más bien situada de las ciudades de las tribus de Zabulon y Neftalí.

El que acercándose á sus puertas penetrase en ella despues de haber cruzado por entre las tiendas del mercado, y de haber tenido lugar de apreciar el mucho comercio que atraia á los forasteros, hallaria unas calles estrechas en su mayor parte, empedradas artísticamente con piedras talladas y de diferentes colores, unos edificios de más de un piso, todos con azoteas y torrecillas ó miradores. El mármol blanco se habia empleado con profusion en las casas y palacios que embellecian la ciudad, en los que tambien podrian apreciarse muchas obras labradas artística y primorosamente; la arquitectura griega predominaba en diferentes fachadas y pórticos, y casi todos los objetos que se ofrecieran á los ojos de un viajero de nuestro siglo, le demostrarian la existencia de una civilizacion que nos causaria sorpresa, porque nos es desconocida.

Tenia tambien esta ciudad en su centro una gran plaza, que sin duda habia sido construida para comodidad y desahogo de sus habitantes, y por último, en sus cercanías se veian sólidos acueductos de los que en aquellos tiempos se construian en todas las poblaciones de alguna importancia.

Tal era la ciudad de Cafarnaum.

Ciudad dichosa, porque tuvo tantas veces dentro de sus murallas al Hijo del Eterno.

Ciudad que debiera haber sido inmortal, porque ella presenció los milagros de Jesus; porque dentro de sus muros tuvieron lugar tantos y tantos prodigios que aun se refieren con admiracion, y se comentan con religioso respeto.

Pero ¡ay! la hermosa y opulenta ciudad que era llamada *Campo de consuelo*, y era el mejor ornato del territorio de los galileos, fué despues bien desdichada.

Cafarnaum mereció la calificacion de doncella prostituida[1], y fué despues objeto de un terrible anatema lanzado por las iras de Dios.

Y tú, Cafarnaum, ¿por ventura te alzarás hasta el cielo? Hasta el infierno descenderás. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los prodigios que han sido cumplidos en ti, tal vez hubieran durado hasta el dia[2].

Pero en tiempo de Jesucristo era muy populosa y se hallaba en un estado tan floreciente, que pudiera causar envidia aun á las ciudades de las naciones occidentales, que bajo la influencia de la república de Roma se habian levantado ricas y poderosas.

En Cafarnaum, lo mismo que en todos los pueblos de los judíos, se habian edificado varias sinagogas.

La lectura de los libros sagrados y su propagacion se venia trasmitiendo de unas en otras generaciones desde los tiempos de Moisés.

Esta obligacion de los hebreos habia ocasionado necesidades, siendo la más principal de ellas la de designar localidades determinadas para que todo judío pudiese ser instruido en la santa ley, que les explicaban los sacerdotes, y más especialmente los fariseos.

---

[1] Los escritores sagrados, representando á las ciudades bajo la imágen de mujeres, las llamaban, ya las madres de sus habitantes, ya las esposas del rey, á quienes tratan de adúlteras cuando se rebelaban contra él, ya doncellas prostituidas y puestas en cueros, cuando se derriban las murallas, que son comparadas á las vestiduras.

[2] Matth., XI, 23.

Los lugares santos que se erigieron despues que el pueblo hebreo se vió libre de su cautiverio, lo fueron el segundo templo y las sinagogas.

El segundo templo se edificó en Jerusalen, donde se ofrecian los sacrificios; pero como los demas deberes de la religion podian practicarse en cualquier otro punto, empezaron á designarse lugares para consagrarlos á la oracion, lectura de las Sagradas Escrituras y explicacion de estas. Tales lugares empezaron á conocerse con el nombre de sinagogas en el reinado de los Asmoneos, y despues se fueron multiplicando de una manera increible, pues sólo en la ciudad de Jerusalen existian, en tiempo de Jesucristo, hasta el número de cuatrocientas ochenta. Siguiendo esta proporcion, habia otras muchas en todas las ciudades de Oriente, Damasco, Salamina, Antioquía de Pisidia, Tesalónica, Berea, Jeonio, Aténas, Corinto y en otras, no faltando tampoco sinagogas aun en los lugares más pequeños y retirados.

Cafarnaum tenia tambien en su recinto un crecido número de sinagogas; pero entre ellas habia una muy notable por la hermosura y magnificencia de su construccion, y la riqueza de los mármoles, metales preciosos y maderas muy estimadas, que en su edificacion se habian empleado.

Su arquitectura era de un carácter que no podia llamarse egipcio, pero que sin embargo se asemejaba á los antiguos templos de las ciudades de Egipto.

El lugar que en él se habia destinado para recordar el Santo de los Santos, á imitacion del templo de Salomon, estaba ocupado por una capilla que tenia veinte y cuatro codos de ancho, cuarenta de largo y veinte de alto.

Siendo el vestíbulo de la sinagoga un gran salon de figura oblonga, de elegantes proporciones, y muy capaz para

contener en su espacio á un gran número de israelitas, tenia á los lados fuertes columnas de bronce de Corinto con capiteles, muy labrados y primorosos. Finalmente, en último lugar, semejante al *atrio de los gentiles* del templo de Jerusalen, se habia designado una parte de la sinagoga para los que no pertenecian al pueblo de los judíos. Este espacio estaba separado, no por una muralla, sino por una sencilla balaustrada de ébano, aunque bastante alta.

La sinagoga principal de Cafarnaum se hallaba servida exclusivamente por sacerdotes descendientes de la familia de Itamar, hijo de Aaron, quienes tenian este privilegio porque fueron sacerdotes de esta familia los que erigieron la sinagoga; pero no por esto impedian á los lectores que voluntariamente acudian, el ejercicio de la lectura de los libros sagrados, y la explicacion de su doctrina.

Esta sinagoga fué honrada con la asistencia del Hijo de Dios, y en ella tuvieron lugar acontecimientos muy gloriosos, no sólo para el mismo Jesus, que leyó en ella y explicó las Santas Escrituras, sino tambien para las gentes de la ciudad que tuvieron la inestimable dicha de escucharle.

Por desgracia, la sinagoga pereció lo mismo que la populosa ciudad, y apénas han quedado noticias para detallar las preciosidades artísticas que el edificio encerraba.

Pero el recuerdo de los multiplicados favores que Jesucristo otorgó á la ciudad de que nos ocupamos, lo mismo que el de su castigo, viven y vivirán en la memoria de todos los cristianos, quienes no pueden ménos de saludar aquellas ruinas, y de mirarlas con profunda veneracion.

¡Hermosa ciudad de Cafarnaum, perla de las poblaciones del Oriente, *Campo de consuelo*, tú fuiste la más dichosa y tambien la más ingrata de las ciudades!

CAPÍTULO III.

CELEBRACION DEL SÁBADO.

Al dia siguiente de aquel en que Jesus llegó con sus discípulos á vista de Cafarnaum, la entrada de la ciudad presentó desde el amanecer un aspecto que no era el ordinario.

Aquel mercado tan concurrido en los dias anteriores, habia perdido toda su animacion: las tiendas de los mercaderes estaban recogidas y casi abandonadas, los campos yacian solitarios, y los cambistas, arrendadores y negociantes que se agitaban á las puertas de la ciudad, tambien habian desaparecido.

Penetrando en las calles de Cafarnaum se notaba la misma desanimacion: los canteros tenian recogidas sus herramientas, los herreros y fundidores no golpeaban en sus talleres, y por fin todos los artífices habian dejado sus labores y se preparaban para acudir á las sinagogas.

Aquel dia era sábado.

Los judíos observaban generalmente con bastante exactitud el mandamiento del Decálogo que se refiere á las fiestas, y sabido es que en sábado no era lícito á un judío ni

aun el condimentar ni preparar los manjares que aquel dia debian alimentarle.

Esta observancia de las fiestas, tan plausible, era llevada por algunos hasta la exageracion.

Los fariseos, en su afan de parecer constantemente más perfectos y de ser conceptuados como los mejores observantes de la ley, llegaron á incurrir en mil sutilezas y pequeñeces, que sólo sirven para manifestarnos su exagerada hipocresía.

Decian éstos que, en los sábados y dias festivos, no era lícito cruzar por los sembrados, porque podria suceder que en los piés se adhiriese casualmente alguna semilla, y que, al dejarla en la tierra, aunque fuese involuntariamente, se hacia una siembra.

Algunos prohibian llevar á los ganados á los abrevaderos, y condenaban que se guiase á un jumento llevándole del ramal.

Y fueron tan extremados, que hasta se atrevieron á decir que Jesucristo infringió la santificacion del sábado uno de estos dias que humedeció la tierra con la yema del dedo, y lo mismo imputaron á sus discípulos por haber arrancado de paso algunas espigas de trigo para comer.

Estas ridículas interpretaciones no necesitan comentarios.

Llegado Jesus á Cafarnaum en un sábado, entró en la ciudad seguido de sus cinco discípulos Andres, Juan, Pedro, Felipe y Nathanael.

El santo evangelista Mateo, nos habla de la llegada de Jesus á Cafarnaum, y añade en los siguientes versículos refiriéndose á lo que habia dicho el profeta Isaías:

«Tierra de Zabulon y tierra de Nephthalim, camino de la

mar, de la otra parte del Jordan, Galilea de los gentiles.»

«Pueblo que estaba sentado en tinieblas, vió una gran luz: y á los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz les nació.»

Aquel dia empezó Jesus su predicacion; aquel dia entró en la ciudad para dispensarla los señalados beneficios de su divina palabra y de sus milagros.

Los cafarnaitas ignoraban el favor que el Redentor del mundo venia á concederles, y acudian á las sinagogas bien ajenos de que en medio de la oscuridad y de la esclavitud en que vivian, hubieran de ver la luz y encontrar fácil remedio contra las instigaciones y asechanzas del demonio.

Era la hora de sexta, y los judíos habian acudido á las sinagogas, siendo la más concurrida la sinagoga principal, por su situacion en el centro de la ciudad, y tambien por ser la que admitia bajo su bóveda mayor número de fieles.

Empezáronse las ceremonias religiosas con la salutacion.

Era ésta un himno ó cántico sagrado que todos sabian y cantaban á coro, permaneciendo de pié, pues generalmente en esta postura permanecian siempre los judíos en las sinagogas.

Terminada la salutacion, siguieron las ceremonias religiosas con las preces acostumbradas; á continuacion de éstas debia procederse á la lectura ó leccion de un pasaje de la ley.

Habíase susurrado entre los asistentes á las primeras ceremonias, que aquel dia iba á presentarse un nuevo Lector para ellos desconocido, al cual se le habia invitado para el santo ejercicio de la lectura y explicacion de algun pasaje de un libro profético.

Decíase tambien que este Desconocido habia llegado á la

ciudad con el objeto de explicar en sus sinagogas, y no dejaba de haber alguna curiosidad, porque la apariencia del nuevo Maestro habia causado cierta impresion favorable en el ánimo de los que adquirieron anticipadamente aquellas noticias.

Llegó al fin el instante de la lectura, y entónces presentóse el divino Jesus en el sitio destinado para los que solian hacer este ejercicio.

El *hazanim* que asistia á la ceremonia presentó el libro santo á Jesus, segun la liturgia establecida, y el Salvador, en medio de un profundo silencio, comenzó á leer uno de los pasajes de la ley que los ancianos de la sinagoga le habian designado.

La ley estaba escrita en lengua hebrea; pero solia acontecer que entre los asistentes á las sinagogas habia muchos que, por ser de otras naciones, no comprendian bien este idioma, y con el fin de que esta circunstancia no les privase de comprender bien la lectura, se procuraba que los lectores lo hiciesen traduciendo la ley á la lengua vulgar, ó bien se leia de ambos modos.

Jesucristo lo hizo así con voz clara y agradable. Concluida esta lectura, comentó la ley con tánta sencillez y oportunidad, cual sólo pudiera esperarse de aquel Sér celestial en quien reside la suprema sabiduría.

Oyó el pueblo con admiracion y respeto la palabra divina, y continuaron las preces.

Jesus cubrióse entónces la cabeza con el *tallith*, que era un manto de lana cuadrado, con borlas en las cuatro puntas, y siguiendo las costumbres prescriptas, comenzó de nuevo la lectura y explicacion del pasaje de un libro profético.

En esta nueva lectura cautivó los ánimos de los concurrentes, los cuales al escucharle se pasmaban de su doctrina, porque los instruia como quien tenia potestad, y no como los escribas.

Pero cuando todos le oian con la mayor complacencia, y se hallaban poseidos de las verdades y santas exhortaciones que emanaban de los labios del Salvador, un hombre se atrevió á levantar su voz y á hablar á Jesus.

Este hombre que se hallaba en la sinagoga, estaba poseido de un espíritu inmundo que comenzó á gritar, diciendo:

«Déjanos; ¿qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesus Nazareno? ¿Has venido á destruirnos? Sé quien eres; el Santo de Dios.»

—«Enmudece y sal del hombre,» exclamó Jesus con acento de amenaza, dirigiéndose á la voz que habia osado interrumpirle.

Oyéronse entónces grandes alaridos en la sinagoga; el espíritu inmundo salia del cuerpo de aquel hombre, pero maltratándole reciamente.

Este suceso causó gran sensacion en el pueblo, y entónces creció extraordinariamente el respeto que desde un principio les causara el Redentor.

Todos se hablaban los unos á los otros llenos de espanto, y maravillados se preguntaban:

—¿Qué es esto?

—¿Qué nueva doctrina es esta?

—«Él manda con autoridad y poderío á los espíritus inmundos, y van fuera.»

Esta admiracion y espanto ocupó todos los ánimos de tal modo, que ninguno podia apartar de su mente aquel imperio y majestad que hallaban en la palabra del nuevo Doctor, en

quien al mismo tiempo reconocian una ilimitada inteligencia y una profunda sabiduría.

Pero así que concluyó aquel inesperado incidente, y luégo que Jesus hubo terminado su piadoso ejercicio, recitaron los fieles congregados las preces con que solian acabarse las ceremonias religiosas, y pronunciando el Amen, fueron saliendo de la sinagoga.

— Haced penitencia, les habia dicho Jesus, porque se ha acercado el reino de los cielos.

Estas palabras habian penetrado en todos los corazones, y tal les impresionó el sublime lenguaje del divino Maestro, que todos se comunicaban las felices disposiciones de humildad y arrepentimiento de que salian poseidos.

— Por cierto, decian unos, que no hemos escuchado nunca á un lector que con más claridad y sencillez enseñe las santas doctrinas de la ley.

— Quiera el cielo, exclamaban otros, que jamas se borren en nuestra mente las saludables exhortaciones que hemos oido en este dia.

— Este Hombre es el Santo de Dios.

— Es el Mesías prometido de que nos han hablado tantas veces.

— Sí, yo lo sé, porque le ví en las riberas del Jordan, cuando escuchaba la predicacion del Bautista.

Jesus salia entónces de la sinagoga seguido de sus discípulos.

Todos se agolparon para verle de cerca al pasar.

La figura de Jesus, su mansedumbre, su varonil belleza, y el eco dulce y eficaz de su palabra que aun resonaba en los oidos de los concurrentes á la sinagoga, les infundia respeto y hacia que le mirasen con el mayor interes.

¡Oh, cuán mudables y frágiles son los corazones humanos! ¡Aquel pueblo que con tanto respeto hacia paso al Redentor y se acercaba á besar la extremidad de su manto, habia bien pronto de olvidar los beneficios de su doctrina, y pagarlos con la ingratitud más repugnante!

Sin embargo, en aquellos momentos todos le acataban, y los que no conocian al verdadero Hijo de Dios, veian en Él un hombre extraordinario y sobrenaturalmente inspirado.

La predicacion de Jesus comenzada con tan feliz éxito en la sinagoga de Cafarnaum, continuó por algun tiempo. Las gentes de la ciudad trataban los sábados de informarse en qué sinagoga iba á predicar, pues todos querian escucharle.

Su sagrado nombre era objeto de todas las conversaciones, y los cafarnaitas empezaron á experimentar que en la tierra de sombra de muerte, luz les nació.

CAPÍTULO IV.

PRIMEROS MILAGROS DE JESUS.

Jesus continuaba leyendo y predicando en las sinagogas de Cafarnaum, no sólo con gran contento de las gentes de la ciudad, sino tambien de las de los pueblos comarcanos.

Toda la tierra de Galilea supo bien pronto la aparicion del nuevo Doctor, cuya palabra tenia ecos divinos y movia á todos los corazones.

Pero Jesus, no solamente quiso alimentar los espíritus infundiéndoles su sagrada doctrina, sino que tambien empezó á señalarse prodigando beneficios de todo género, y restituyendo la salud á los cuerpos, y la felicidad á todos cuantos se le acercaban.

Un dia, saliendo de la sinagoga acompañado de sus discípulos, fué á parar á casa de Simon.

Habíanle dicho que la suegra de éste se hallaba postrada en cama padeciendo una fiebre que la devoraba. Sus discípulos tenian el convencimiento de que la mano de su Maestro podria curarla más pronto que los recursos que usaba la ciencia de la medicina, no muy adelantada en aquellos tiempos.

Jesucristo entónces entró en la casa y se acercó al lecho en que yacia la enferma.

Abrió ésta los ojos tan luégo como vió entrar al Salvador, y quiso incorporarse en el lecho; pero fué su intento vano. Los padecimientos físicos la tenian en un estado de postracion tal, que la faltaban fuerzas para moverse.

Jesus alzó los ojos al cielo, invocó el nombre de su Padre, y «tomó por la mano á la enferma, la levantó, y al momento la dejó la fiebre».

La suegra de Simon se sintió entónces milagrosamente sana y restablecida, en tales términos que inmediatamente dejó el lecho y acudió á servir al Señor, tributándole adoracion, y dándole sin cesar las más extremadas muestras de gratitud.

Este hecho tan prodigioso se supo en toda la ciudad con gran rapidez, y fué una nueva de felicidad para todos los enfermos y para cuantos se hallaban afligidos á causa de sus imperfecciones ó de padecimientos físicos.

— Tenemos en la ciudad, se decian unos á otros, á un Hombre que sabe curar á los enfermos y ahuyentar á los demonios.

— Sí, repetian otros, es Jesus, el mismo que predica en las sinagogas.

— Es el Cristo prometido.

— Es el Hijo de Dios.

Estas palabras, que se repetian en cada casa, llegaron á resonar á la cabecera del lecho de un anciano que padecia una enfermedad que los hebreos llamaban *hâfolim*, y casi acabado por los dolores, invocaba á la muerte, único fin que esperaba ya, porque los hombres más entendidos en la ciencia de curar le habian abandonado.

Su mujer le referia lo que habia oido decir respecto á un Nazareno que se señalaba por sus prodigios.

— No, no abrigues ya esa esperanza, dijo el anciano; he tenido hace un momento alguna tranquilidad; el sueño calmaba un poco mis dolores, y me ha parecido ver á la muerte que entraba en esta habitacion.

— Aun no será tarde, no desmayes.

— Padre, exclamó un jóven que al lado del lecho del enfermo escuchaba el diálogo anterior; yo no quisiera causarte nuevos dolores moviéndote del sitio en que te hallas; pero estoy decidido á llevarte á la casa de Simon, donde yo sé que está ahora Jesus. Él te curará, porque ha curado esta mañana á una anciana instantáneamente.

— Hijo, yo quiero creer lo que me dices; pero ¿te olvidas que los hombres me han anunciado la muerte? Sabes que la ciencia me ha abandonado, y sólo Dios sabe si podré llegar con vida á la casa donde se halla el Nazareno.

— Los hombres no sabrán curarte, pero Jesus es Dios. Fiemos en Él, y Dios te dilatará la vida para que llegues á tiempo á la presencia de su Hijo. Sí, padre mio, añadió, déjame que te lleve, y desde ahora le pediremos dos milagros, que tales serán los que haga, si te permite llegar á la casa de Simon, y si te restituye la salud.

El enfermo lanzó entónces un suspiro y exclamó:

— ¡Detente en el nombre de Dios!

En medio de sus dolores y de la fiebre, habia creido ver entónces una figura sombría que lentamente y con ademan amenazador se le acercaba.

El anciano creia ver á la muerte que ya extendia su brazo sobre su cabeza, y por esto, lleno de terror, lanzaba aquella dolorosa exclamacion.

La esposa y el jóven, que no habian comprendido la intencion del enfermo, no se atrevieron á moverle del lecho creyendo que les mandaba que se detuviesen; pero bien pronto escucharon con alegría estas palabras:

— Ven, hijo mio; llega y llévame en tus brazos á la casa de Simon. He creido que la muerte se me acercaba y venia á poner fin á mi existencia; pero me ha parecido que al oirme ha retrocedido, y ya no la veo á mi lado. No, no te detengas, porque abrigo una dulce esperanza.

El hijo de aquel anciano, ayudado por un amigo que entró en la casa á la sazon, le tomaron entre sus brazos y acudieron llenos de fervor y confianza á que la mano de Jesus curara los dolores del paciente, y enjugase las lágrimas de una familia.

Pero cuál seria su sorpresa al hallar la calle en que vivia Simon obstruida por otros enfermos y gentes de todas clases, que acudian á implorar el favor de Jesucristo.

Con gran trabajo pudieron conseguir un lugar cerca de la casa. Todos llamaban á Jesus, todos le bendecian, y en los trasportes del dolor de los enfermos, se les oia mezclar sus gemidos con sus expresiones de alegría, pues todos creian llegado el término de sus males.

No tardó el Salvador en presentarse á la puerta de la casa, y entónces aquel extraño tumulto se aplacó, sucediéndole unos instantes de silencio, en el que podian leerse mil sensaciones de respeto, de esperanza y de gratitud.

La hermosísima presencia del Salvador, su rostro venerable, en el que todos hallaban un inagotable tesoro de piedad y de dulzura, les hacia enmudecer; y ya tantas peticiones como habian pensado dirigirle, no osaban salir de los labios de aquellos desdichados.

En verdad que Jesus nada tenia que preguntarles, y todos lo comprendieron así, pues no bien se hubo acercado al enfermo que estaba más próximo, puso en él sus manos, y éste se levantó con presteza sintiéndose curado.

Esto mismo sucedia con otro y otros á quienes Jesus se acercaba.

El pueblo entónces no pudo contenerse, y ya los enfermos, los que habian sido curados, y todas las demas personas que presentes estaban, comenzaron á manifestar su admiracion y gratitud; quién con expresiones de cariño y reconocimiento, quién con palabras dictadas por el más profundo respeto, quién con lágrimas de alegría y de ternura. Aquella escena bastaba para conmover los corazones más duros, insensibles é incrédulos.

Sin embargo, algunos de los presentes lanzaban voces descompuestas, diciéndole:

— «Que Tú eres el Hijo de Dios.»

Aquellos hombres estaban poseidos del demonio, y no en vano acudian á la casa de Simon y esperaban que Jesus les librara del espíritu maligno.

Acercóse á ellos Jesucristo, y los demonios huian.

«Y no les permitia decir que sabian quién era.»

Llegó, por fin, Jesus al lado del anciano que habia sido llevado por su hijo, y el divino Señor tambien le acudió con su divina misericordia, librándole de los dolores que el enfermo padecia, y restituyéndole la salud, lo mismo que á todos cuantos aquella tarde se presentaron.

La sensacion que produjeron estos milagros excitó en alto grado á aquellas gentes, las cuales no sabian cómo pagar á Jesus tantos beneficios, y creian que divulgándolos por la ciudad corresponderian á los favores que habian recibido.

Pero á Jesus, que era la suma humildad y la modestia suma, no podian halagar las aclamaciones con que el pueblo le pudiera saludar en medio de tanto entusiasmo, y se cree que debió pedir entónces á las gentes que presenciaban tantas maravillas, que no las publicaran.

Y esto, sin duda, debió ser la causa de que aquella dichosa tarde no acudieran más enfermos á la puerta de la casa de Simon; pues no puede dudarse que si todos los que habian presenciado los milagros de Jesus, los hubiesen publicado, no quedara aquel dia enfermo alguno en toda la ciudad.

A la mañana siguiente, muy temprano, dejó Jesus la casa de Simon, seguido de éste y los que con él estaban, á quienes les dijo:

—«Vamos á las aldeas y ciudades más cercanas, para predicar tambien allí, porque para esto he venido.»

Pero la noticia de las maravillas que el Salvador habia obrado en Cafarnaum no pudieron quedar ocultas, ya porque algunos de los enfermos no podian negar que sus curaciones habian sido sobrenaturales, ya porque en otros duraba la creencia de que su silencio hubiera sido una ingratitud.

Estas nuevas no tardaron en llegar á todos los enfermos de Cafarnaum, y del mismo modo á todos sus habitantes.

Pocos eran los que dudaban de lo que se les referia, resultando que, tan luégo como el pueblo supo que Jesus habia dejado la casa de Simon, acudieron á buscarle por las comarcas inmediatas á la ciudad para pedirle la salud, y algunos incrédulos para convencerse de la certeza de sus milagros.

Siguió Jesus su predicacion en otras sinagogas de Ga-

lilea, y continuó recorriendo aldeas y pequeños lugares.

Un dia se le acercó un enfermo horriblemente desfigurado á causa de la lepra que le cubria todo el cuerpo. Este hombre siguió á Jesucristo con gran insistencia, y al fin tuvo ocasion de hincarse de rodillas ante el Señor y decirle:

— Si quieres, puedes limpiarme.

La inagotable piedad no quiso abandonar á aquel desdichado; compadecióse de él, y extendiendo su mano le tocó exclamando:

— «Quiero: sé limpio.»

«Y dicho esto desapareció la lepra, y fué limpio.»

«Y le dice: Cuidado que no lo digas á nadie; mas vé, preséntate al príncipe de los sacerdotes, y ofrece por tu limpieza lo que mandó Moisés en testimonio á ellos.»

Hé aquí un admirable ejemplo de la humildad de Jesucristo. Hacia los beneficios y los prodigaba por aliviar tantos males y enseñarnos á ejercer la caridad y la misericordia; pero condenaba la vanagloria y los alardes de virtud que hacemos para el mundo, como si el mundo pudiera ofrecernos una recompensa en el aplauso y en la popularidad que algunas veces nos concede.

Mas el leproso correspondió mal al mandato del Señor, pues, luégo que hubo llegado á la ciudad, divulgó cuanto le habia sucedido, excitando á las gentes de tal modo, que los beneficios de Jesus le ocasionaron una persecucion, y le impedian entrar en Cafarnaum.

Encaminóse entónces á Nazareth, donde sin duda le esperaba ya su Santísima Madre.

La patria de Jesus no habia escuchado aun su divina palabra, y era justo que allí tambien se oyera la nueva doc-

trina que por todas partes donde Él pasaba iba dejando un eco de salud y de felicidad inapreciable.

Y habiendo pasado algunos dias desde su salida de Cafarnaum, volvió el Redentor á pisar el fértil valle de Jezrael, y divisó al pié de la montaña la humilde casa que tantos y tan dulces recuerdos inspirara en su divino corazon.

María tuvo una nueva ocasion de abrazar á su querido Hijo, y de hacerle el más cordial, el más tierno y afectuoso recibimiento.

CAPÍTULO V.

NINGUNO ES PROFETA EN SU PATRIA.

Era sábado.

Los judíos de Nazareth acudian segun costumbre á la sinagoga.

Jesus caminaba entre ellos.

Luégo que todos hubieron entrado y recitado las preces ordinarias, segun el mismo ceremonial que se observaba en todas las ciudades y pueblos de los judíos, Jesucristo se presentó al que presidia la junta, ofreciéndose á leer y á explicar algun texto de la ley de los profetas.

Todos conocian á Jesus en Nazareth, puesto que en esta aldea se habia criado y educado; pero, á pesar de que ya tenian algunas noticias de los milagros que hiciera en Cafarnaum, no creyeron que fuese tan justa la fama que habia adquirido. Sabian que Jesus era Hijo de un artesano; conocian á María, que vivia humildemente y sin aparentar el alto rango y glorioso destino que ocupaba en la tierra desde su inmaculada Concepcion, y por estas razones bien frívolas no esperaban una sorpresa del Hijo del carpintero José, por más que en la vida de Jesus jamas hubieran ha-

llado acto alguno que no fuese perfectísimo y digno del mayor respeto.

En medio de estos antecedentes, aguardaron al Hijo de José para escucharle y decidir despues con arreglo al juicio que les inspirara su palabra y su doctrina.

No faltaron á la sinagoga los escribas y fariseos de Nazareth, quienes habian resuelto poner á prueba la sabiduría de Jesus, presentándole alguno de los pasajes de las profecías, que eran los más difíciles de explicar.

Con esta intencion, tan luégo como Jesus se levantó á leer, tuvieron buen cuidado de entregarle el libro de Isaías profeta.

Los libros eran unas membranas ó pergaminos arrollados en un cilindro ó palo redondo en los que estaban envueltos aquellos, y por eso se llamaban volúmenes, de la palabra envolver.

Jesucristo desarrolló el pergamino, y leyó el pasaje que dice:

«El Espíritu del Señor sobre Mí: por lo que me ha ungido, para dar buenas nuevas á los pobres me ha enviado, para sanar á los quebrantados de corazon.»

«Para anunciar á los cautivos redencion, y á los ciegos vista; para poner en libertad á los quebrantados; para publicar el año favorable del Señor y el dia del galardon.»

Leido el sagrado texto, devolvió el libro y se sentó, disponiéndose á explicar su doctrina.

Del mismo modo que en Cafarnaum escuchó el pueblo con suma atencion á Jesucristo, cuando por primera vez levantó su armoniosa voz en la sinagoga principal, así los nazarenos olvidaron los precedentes del doctor y se sintieron vivamente interesados.

Jesus, entónces, les manifestó con claridad y dulzura que la profecía de Isaías se cumplia ya. Toda la oscuridad que pudieran encerrar las palabras del profeta para las gentes de poca instruccion y capacidad, y aun para los que se preciaban de sabios y de conocedores de la ley, las fué examinando Jesus, y explicando su verdadero sentido.

A la verdad, el auditorio estaba embelesado, y no podia ménos de reconocer la sabiduría de aquel Maestro.

El Hijo del carpintero se habia presentado ante los nazarenos sin autoridad; pero á pesar de todo, su voz era majestuosa, y la sólida doctrina que predicaba no podia refutarse, ni aun por aquellos que le escuchaban con pretensiones de sabios y de profundos conocedores de las Escrituras.

¿Quién habia de oponerse á la elocuente doctrina del Hijo de Dios?

¿Quién habia de atreverse á argüir al que hablaba á los corazones, y era, y es, y será fuente inagotable de la suprema sabiduría?

Nadie. Esto no era posible. Los que al entrar en la sinagoga habian murmurado, negando autoridad á Jesus, se sentian convencidos por sus palabras, y sus murmuraciones trocábanse en alabanzas.

Los sabios le escuchaban atónitos; y aunque sintieran que aquel Hombre les superaba inmensamente en la ciencia divina, se declaraban vencidos y confesaban su crasa ignorancia. La ciencia de Jesus no podia tener competidor.

Hasta los envidiosos, maravillados al oir las palabras de gracia que pronunciaran sus divinos labios, no podian dejar de dar testimonio, y de ensalzar la eficacia y bondad de su doctrina.

—¿No es Éste el Hijo de José? Se preguntaban unos á

otros, como si no pudieran conciliar la humildad que siempre habia distinguido á Jesus en su infancia y adolescencia, con la majestad y el poder de que le hallaban revestido en la sinagoga.

Pero no todos los que se hallaban presentes sentian el convencimiento de la divinidad de Jesus: su orígen, su humildad, la educacion que podia haber recibido de un padre que no habia brillado entre los doctos de Nazareth, la que podria haberle infundido una Madre virtuosa y angelical, pero que jamas habia presumido de docta, y por último, la modesta posicion social que ocupaba Jesus; todo esto aparecia en sus limitadas inteligencias, y les hacia dudar de lo mismo que veian, y hasta de los sentimientos que brotaran en sus corazones al escuchar el eficaz acento con que les favorecia el Salvador.

Bien comprendia Jesus estas dudas de los que le despreciaban por creerle Hijo de un pobre artesano. Bien sabia que la fama de sus milagros no bastaba á los nazarenos para que le reconocieran como Dios, y creyeran, sin dar lugar á vacilaciones, las buenas nuevas que les comunicaba al explicarles el texto de Isaías; y por eso se anticipó á decirles:

«Sin duda me direis esta semejanza: Médico, cúrate á Tí mismo: todas aquellas grandes cosas que oimos decir que hiciste en Cafarnaum, hazlas tambien aquí en tu patria.»

Y añadió:

«En verdad os digo, que ningun profeta es acepto en su patria.»

«Muchas viudas habia en Israel en los dias de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses; cuando hubo una grande hambre por toda la tierra.»

«Mas á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino á una mujer viuda en Sarepta de Sidonia.»

«Y muchos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliseo profeta: mas ninguno de ellos fué limpiado, sino Naamán de Syria»[1].

Con estos ejemplos quiso manifestar Jesus á los nazarenos, que Él concedia abundantemente sus beneficios á aquellas gentes, cuyos corazones se hacian dignos de ellos, por su fe y por la humildad con que se le acercaban á demandárselos.

Jesus les dió á entender que no merecian su misericordia los que le escuchaban, más como severos jueces que como discípulos sumisos y dóciles.

Ellos pretendian para creerle la prueba de sus milagros, prueba que injustamente solicitaran, pues los favores divinos sólo pueden conseguirse con la humildad y con el ruego, y nunca con la incredulidad y la soberbia.

Pero los nazarenos, que no debieron comprender bien el sentido de las palabras de Jesus, sintiéronse contrariados; y entregándose á sus dudas, y cerrando los ojos á la luz que ántes habia penetrado en sus corazones, se salieron irritados de la sinagoga, olvidándose de las exhortaciones del divino Maestro, y repitiendo sus últimas palabras, en las que torpemente fundaban su agravio.

—Nos ha comparado con los idólatras de Siria, decian unos.

—Ha demostrado que ántes que á nosotros prefiere á los extranjeros de Sidon.

—Es verdad que sus palabras han conmovido á todo el

[1] San Lúcas, Cap. IV, v. 23, 24, 25, 26 y 27.

pueblo; pero esas palabras necesitan la comprobacion de los hechos.

—¿Por qué no hace en Nazareth los milagros que nos dicen ha hecho en Cafarnaum?

—Debemos desengañarnos, decia un escriba á quien devoraba la envidia; el Mesías verdadero, el Cristo, no puede ser Hijo de un pobre carpintero. Si Jesus fuese Dios, ya hace tiempo que nos hubiese declarado su divinidad. Todos le conocemos, lo mismo que á María su Madre, del mismo modo que conocimos á José. Ha querido engañarnos, y debemos castigarle.

—Sí, sí, debemos castigarle.

Estas ó semejantes palabras dictaba á los nazarenos su mal entendido celo, cuando no la envidia más rastrera y miserable.

Eran tan injustos, como temerarios, los juicios que concebian y las frases que pronunciaban.

En aquel momento olvidaban que desde el nacimiento de Jesus, y desde el cruel decreto de Herodes, se habian obrado en la persona del Salvador una serie de milagros que no eran del todo desconocidos á los nazarenos. Presente se hallaba alguno de los que habian recibido la salud de su mano misericordiosa, y que al escuchar á los irritados nazarenos procuraba convencerles de su error. Pero lo hacia en vano, porque no le daban crédito, y sus perversas intenciones iban generalizándose.

Por otra parte, su temeridad les permitia juzgar y someter á sus mezquinas capacidades los actos de Jesus; ¿quién de aquellos hombres ciegos y obcecados hubiera sido bastante idóneo para decidir si el Redentor del mundo debió ó no debió obrar en su infancia los milagros que le exigian?

Aquí puede observarse patentemente cuán fuera de razon y con cuánta insensatez caminan los hombres cuando se dejan guiar por bastardas y miserables pasiones.

El orgullo se habia apoderado de la multitud, y ya todos pensaban en arrojar á Jesus de Nazareth.

Pero esto aun les pareció que seria una determinacion harto benigna; y excitados con las intencionadas palabras de los escribas y fariseos, que veian que Jesucristo acabaria por quitarles su preponderancia, corrieron en busca del Redentor, decididos á precipitarle desde la más alta montaña que se elevaba al pié de la poblacion.

Jesus se habia retirado á un lado, y conversaba con su querida Madre. María sonreia dulcemente, bien ajena de la escena de desolacion que la preparaban sus propios vecinos y amigos.

La presencia de Jesus, á quien contemplaba con celestial éxtasis, la habia impedido escuchar el rumor de los nazarenos, que ya se acercaban decididos á ejecutar su injusto y bárbaro propósito.

Por eso, apénas pudo María explicarse lo que sucedia á su alrededor, cuando vió que la gente del pueblo rodeaba á su Hijo, y con torpes palabras y bruscos ademanes se apoderaban de Él y le conducian violentamente hácia un peñasco escarpado de la próxima montaña.

Jesus no hacia resistencia; ántes con rostro sereno y risueño se dejaba conducir por aquellos hombres ingratos que así correspondian á los favores que el Salvador les dispensara, anunciándoles la buena nueva profetizada por Isaías, y exhortándoles á la práctica de las virtudes, que son el camino seguro de la vida eterna.

María entónces, llena de angustia y sobresalto, siguió á

Jesus, é imploró á los nazarenos que tuviesen piedad y que no profanasen con sus impías manos al Hijo del Eterno Padre, al Cristo, que venia á sacrificarse para otorgarles inmensos beneficios.

Jesus sabia que aun no era llegado el momento del sacrificio.

María tambien debia saberlo; pero su tiernísimo corazon se sentia traspasado, porque ademas de temer y de sufrir en su alma las injurias y malos tratamientos de que era objeto el Hijo de sus entrañas, sentia tambien y lamentaba el terrible anatema que habia de caer sobre las frentes de aquellas hordas desenfrenadas.

María, entónces, derramaba tristes lágrimas por la Víctima y por los verdugos.

Aquel corazon hermosísimo no podia abrigar en su seno rencor ni aun resentimiento.

Los nazarenos causaban el dolor más acerbo á la Santísima Vírgen, que se extremecia al leer en aquellos siniestros semblantes y en aquellos furiosos gritos, las perversas intenciones que dominaban á los enemigos de su Hijo.

A pesar de su inocente timidez, no titubeó entónces en seguir á Jesus, y en defenderle con todas sus fuerzas hasta sufrir las mismas afrentas y el mismo martirio.

Pero sus fuerzas no eran tantas como su valor, porque apénas podia sostenerse, y en vano se apresuraba para dar alcance á los que tan inhumanamente la herian en su tiernísimo corazon.

Oprimida, entónces, por la mayor ansiedad, adelantó sus pasos hácia una colina, por la que un momento ántes habian pasado los nazarenos conduciendo á Jesus.

Allí se sintió desfallecida, y allí su corazon se agitó cruelmente despedazado.

Su vista no se apartaba de aquel grupo que la precedia y que cada vez se alejaba más y más.

Pero los impíos verdugos de la más inocente Víctima, habian llegado á una escarpada roca, desde la cual no se podia adelantar un solo paso sin caer en un horrible precipicio.

La afligida Madre de Jesus temblaba como la hoja en el árbol; sus ojos se cerraron, no atreviéndose á presenciar la escena de horror que ya parecia próxima, inevitable.

Un doloroso gemido se escapó de sus purísimos labios, y abatida, exánime, cayó sin sentido.

Los cobardes nazarenos iban á terminar su obra abominable. Todas sus pasiones parecia que les ayudaban á la realizacion de sus intentos.

Un instante más, y ya su saña habia triunfado.

Pero sobre el poder de los hombres hay otro poder, al que toda la naturaleza y todos los poderes tienen que someterse.

Aun no era tiempo.

Jesucristo quiso entónces otorgarles el milagro que le pedian, y anonadar la soberbia de sus enemigos.

El impulso de la ira pudo durar en sus ánimos; pero ese impulso no fué secundado por sus fuerzas físicas.

Jesus retrocedió, cruzando por en medio de los nazarenos. Nadie trató de oponérsele. Todos quedaron inmóviles. El divino Maestro se desprendia de sus manos, y caminaba tranquilamente sin que nadie se atreviera á detenerle.

Bien pronto desapareció de su vista; y cuando todos se sintieron libres de aquel poder invisible y sobrenatural que

les habia dejado en la inamovilidad más completa, se miraron unos á otros avergonzados, y empezaron ya á sentir los crueles remordimientos que dejan en pos de sí las acciones violentas y reprobadas.

—¡Jesus, el Hijo de José, exclamaban, hace milagros!

—Los fariseos nos han engañado.

—Volvamos á buscarle, decian otros, poseidos por el temor. Sin duda es cierto cuanto de Él y de los prodigios que hace nos han referido los habitantes de Cafarnaum.

Estas nuevas creencias eran para ellos su mayor castigo.

Habian tenido á su lado al Mesías verdadero, le habian escuchado con admiracion en la sinagoga: sin embargo, no le creyeron, y en pago de sus beneficios y de su humildad, quisieron castigarle como á un impostor.

Tal ingratitud les era odiosa y repugnante.

Hubieran deseado en aquel entónces hallar á Jesus en las calles ó en las cercanías de Nazareth. En vano le buscaron; tal vez para satisfacerle y adorarle; el Hombre santo y divino que habia recibido la ofensa, no estaba ya en la aldea ni en su contorno.

Fueron á la casa de María para adquirir noticias de Él; pero aquella modesta vivienda estaba abandonada.

Sólo pudieron saber que algunas mujeres piadosas, condolidas de la afliccion de la inmaculada Vírgen, habian acudido á su amparo y la condujeron á su morada.

El arrepentimiento de los nazarenos era tardío, y ya no habia lugar á la satisfaccion.

Quizas alguno de aquellos que con tanto encono habia perseguido al Salvador, mereciera su gracia y la alcanzara por medio de un verdadero dolor de su pecado.

La misericordia de Dios no tiene límites.

Su magnanimidad no puede caber en el pensamiento humano.

Todavía se recuerdan en Nazareth, y se recordarán eternamente, los sucesos que hemos narrado en este capítulo.

Las tradiciones orientales nos los han trasmitido, y aun los viajeros visitan con veneracion los lugares en que acontecieron.

El P. Geramb, nos describe la roca desde la que los nazarenos quisieron precipitar á Jesus.

Aunque estaba detras de unas piedras que forman una especie de parapeto, nos dice, cuando bajé mi vista al precipicio, su aspecto me hizo temblar de horror. Algunos escritores pretenden que en el fondo corria un torrente con estrepitosa rapidez. Jamas ha habido allí torrente, y puedo aun añadir no solamente que no hay agua, sino que falta por todas sus cercanías[1].

Tambien nos dice el mismo viajero, que sobre las piedras del parapeto se nota la impresion de una mano.

No podremos decir los hechos á que se refiere; pero es lo cierto, que esta huella se halla en la roca desde hace remotísimos tiempos.

¿Qué huella puede ser ésta, que no han borrado los años, ni los siglos, ni las generaciones?

Sólo la mano del Señor puede dejar señales indestructibles.

Por eso, los modernos habitantes de Nazareth han mirado con respeto aquella señal, aunque no aciertan á determinar su orígen.

---

[1] P. Geramb, *La Tierra Santa*.

Tambien es conocida la colina en cuyo suelo cayó sin aliento la Santísima Vírgen, y que sin duda fué regada por sus amargas lágrimas. Santa Elena edificó en aquel sitio una iglesia bajo la invocacion de la Santísima Vírgen del *Tremore*, de la cual hoy sólo quedan algunas ruinas.

CAPÍTULO VI.

LAS BODAS DE CANÁ.

En los capítulos anteriores hemos tenido ya ocasion de describir la celebracion de una boda, dando á conocer las costumbres que generalmente solian practicarse en tales fiestas.

Pero en verdad, las bodas de Filipo, etnarca de Ithurea, no pueden servir de tipo para todas las fiestas de esta clase que se celebraban entre los judíos.

Las ceremonias que ponian en movimiento á toda una ciudad, y atraian á los príncipes y á los grandes señores de otras naciones más ó ménos remotas, no pueden compararse con las que mediaban en las bodas de otras gentes más humildes, y que por lo tanto se verificaban con más sencillez y ninguna ostentacion.

Las bodas de las grandes ciudades no podian compararse con las bodas celebradas en las aldeas ó en las ciudades de poca importancia, aunque en su esencia las ceremonias fuesen las mismas.

Una de estas fiestas se preparaba en Caná de Galilea, pequeña ciudad de la tribu de Zabulon.

Llamábase el esposo Juan, si bien los libros sagrados no determinan su nombre, y sólo nos dicen que eran los desposados parientes de la Santísima Vírgen María[1].

Es indudable que los dos séres que en aquel dia tan dichoso se unieran en santo lazo, eran gentes modestas y virtuosas, y que al ofrecerse fidelidad eterna obedecian á los más nobles instintos de sus almas, y contraian mutuamente aquel enlace para servir á Dios en su nuevo estado y ofrecerle juntos sus alabanzas.

Pero ambos esposos eran pobres, y por consiguiente los preparativos del banquete nupcial no eran, ni podian ser, muy grandes ni dispendiosos.

Y sin embargo, entre las familias de los desposados no faltaban elementos para que la fiesta fuese acompañada de grandes regocijos y felicidades.

El amor santo y desinteresado de ambos esposos, sus pequeñas aspiraciones, su frugalidad, y el contentamiento de sus parientes, eran condiciones más que suficientes para que todos pudieran gozar en un dia tranquilo la más dulce alegría y la expansion más honesta y moderada.

Justo era que aquellos dos esposos tan felices compartiesen su dicha con sus parientes, y tuviesen con la asistencia de éstos, nuevos motivos de complacencia y de alegría.

Hiciéronlo así; y entre las personas á quienes invitaron para asistir á la fiesta, convidaron á María, que habia venido á Caná, y tambien á Jesus, que á la sazon predicaba en Betabara.

La angelical Madre de Jesus sintió la felicidad de sus pa-

[1] La tradicion oriental que los mahometanos han recibido de los cristianos, dice que el esposo de las bodas de Caná fué San Juan Evangelista. (D'Herbelot, *Biblioteca Oriental.*)

rientes, y no rehusó el convite; ántes por el contrario, se mostró afable y amabilísima con los que querian honrarse con su presencia, y condescendiendo á sus deseos, porque Ella no era capaz de oponerse al justo deseo de los desposados, y porque le eran muy conocidas sus virtudes, se anticipó para ayudar á los preparativos del festin.

Del mismo modo, Jesucristo quiso tambien asistir á aquellas bodas, pues sabia muy bien que en aquellos regocijos reinaria la mayor moderacion y compostura.

No era, ni es, la severidad de su doctrina, contraria á aquellas honestas expansiones que, contenidas en sus debidos límites, regocijan las almas sin incurrir en los excesos y abusos que al fin las hacen dañosas y perjudiciales.

Del mismo modo que su Madre, conocia las virtudes de los nuevos esposos y de los que habian de concurrir á la fiesta, y no hallaba razon para negarse al afectuoso convite que se le habia hecho.

Por esto Jesucristo, que queria elevar el matrimonio al rango de las cosas santas, quiso purificarlo con su presencia; y cuando llegó el caso de la celebracion del banquete, entró en la sala en que iba á celebrarse, acompañado de Pedro, Andres, Felipe y Nathanael, que le acompañaban frecuentemente.

Sencilla era la fiesta, y sóbrios los concurrentes. No era, en verdad, el apetito desenfrenado el que les reunia alrededor de una mesa.

La costumbre exigia cierto esplendor en tales ocasiones; y aunque los esposos eran pobres, habian procurado agasajar á sus parientes y amigos, á quienes más bien obsequiaban con su buena voluntad, que con la variedad y profusion de los manjares.

Nunca se vió banquete nupcial más honrado, ni fiesta en que la alegría hubiere sido más inefable.

La humildad de aquellas gentes y sus costumbres modestas y santas, habian merecido los favores del cielo; y por eso aquellos esposos, y sólo ellos, obtuvieron la gracia de tener á su lado, y participando de su ventura en un dia tan señalado, al mismo Hijo de Dios y á su Santísima Madre la Reina de los ángeles.

¿Qué convite pudiera compararse al que se celebraba aquel dia en una pobre casa de Caná?

¿Qué dulce ambiente de paz y de felicidad se respiraria en aquella humilde morada?

Sentados alrededor de una mesa todos los convidados, celebraban el nupcial banquete, ménos ceremonioso que los que tenian lugar en las casas de los príncipes y señores de la tierra.

Los manjares que se ofrecian no dejaban de ser abundantes y bien sazonados, si bien los hebreos no los condimentaban con salsas; algunos carneros convenientemente divididos en trozos, habian sido destinados para los ocho dias de la fiesta, y éstos eran los platos que se servian en el banquete, alternando con frutas endulzadas con miel, nata, y tortas amasadas con aceite.

Hízose acopio de vino para que sirviese de regalo á los convidados; pero, bien fuese porque eran éstos más de los que se creyó, ó bien porque durando la fiesta una semana habian pasado ya algunos dias, es lo cierto que llegó á faltar el vino ántes de concluirse el banquete.

La Santísima Vírgen, que se hallaba sentada al lado de Jesus, notó la falta y quiso evitar el rubor que este incidente podria producir á los esposos y al maestresala ó *arqui-*

triclino, que así solian llamar á una persona que en las bodas de los hebreos se encargaba del gobierno y disposicion de la fiesta.

María, movida por un impulso de su generoso corazon, y conociendo que su divino Hijo tenia poder para remediar todo género de conflictos, se atrevió á dirigirse á Él exclamando:

— «No tienen vino.»

Con estas palabras tan sencillas le pedia un milagro, y no dudaba que ellas bastarian para alcanzar la concesion de lo que con tanta humildad solicitaba.

Jesus le dijo entónces:

— «Mujer, ¿qué nos va á Mí y á Tí? Aun no es llegada mi hora.»

Esta respuesta, que quizas pudiera parecer una negativa severa, y que algunos intérpretes se han atrevido á calificarla de este modo, aunque injustamente, era oportuna, y no tenia nada de severa ni de irrespetuosa.

Es verdad que en otras ocasiones, al hablar Jesucristo con María, la habia dado el dulce nombre de Madre, nombre que sin duda encierra más cariño y mayor ternura; pero cuantos han explicado aquellas palabras han satisfecho cumplidamente á los que osaron traducirlas en un sentido de todo punto inadmisible.

Jesus, desde luégo habia accedido á complacer á su Santísima Madre cuando fuese llegada su hora; mas en aquel entónces iba á efectuar una obra propia de su divinidad, y no la llamó Madre para demostrar que desconocia á la que le habia concebido, segun la carne, y hacer ver á la penetracion de sus discípulos y de los que se hallaban presentes que, ademas de la naturaleza humana que habia en su ex-

terior, habia en Él un espíritu divino que le separaba de todo lo terrenal y mundano, y le prestaba un poder superior á la humana naturaleza.

Pero no hay razon para suponer falta de respeto, al dirigirse á su Madre llamándola Mujer, porque esta palabra no es ni ha sido injuriosa, y ni siquiera indicaba desprecio entre los hebreos; ántes por el contrario, era muchas veces un título de honor equivalente al calificativo de señora.

Muy oportunamente hace esta observacion el abate Du-Clot, y añade con no ménos acierto:

¿Quién osará figurarse que el Salvador trató con desprecio á su Madre cuando, clavado en la cruz y solícito de su suerte para en adelante, la recomendó con ternura á su discípulo muy amado? Sin embargo, tambien entónces le dió el tratamiento de Mujer.

Tampoco el haber dicho Jesus «No es llegada mi hora» debió interpretarse por una negativa; ántes, por el contrario, el acento con que sin duda pudo hacer esta observacion debió dar á entender que no se apartaba de corresponder al deseo de María, pero que aun no era tiempo.

Y ciertamente, Jesus que se preparaba á hacer un milagro ante aquella concurrencia que merecia tan señalado favor, justo era aguardase á que los convidados conociesen la falta del vino y pudiesen presenciar el milagro.

Así debió comprenderlo María, y por eso ni se dió por ofendida, ni se acobardó al escuchar la respuesta de Jesus. Antes por el contrario, perseveró en su fe, que la decia que su divino Hijo no dejaria de satisfacer cumplidamente su inocente deseo. Por eso, llena de confianza, dijo á los que le servian:

— «Haced cuanto Él os dijere.»

Y esperó la realizacion del milagro, que no podia faltar habiendo mediado el ruego de una Madre á un Hijo que, aun siendo Dios, era siempre para Ella un modelo de obediencia y de docilidad.

Jesus amaba á María con toda la efusion y la sublimidad de su Sér divino, y bien pronto demostró á los que estaban presentes y á las generaciones venideras, cuán eficaz es el ruego de la Santísima Vírgen, y cuánto deben esperar los pecadores de su poderosa intercesion.

Habia en la misma sala en que se celebraba el banquete, seis vasijas de piedra llamadas hidrias, cada una de las cuales podia contener dos ó tres medidas, ó metretas de agua.

La metreta era una medida álica que corresponde al *codo* de los hebreos; mayor que la ánfora romana, cada hidria contenia de cinco á siete arrobas lo ménos.

Los que opinan que la metreta sea lo mismo que el *efa* de los judíos, afirman que puede contener treinta azumbres de licor.

Estas hidrias no habian contenido vino, y por consiguiente no tenian heces en su fondo, ni materia alguna que pudiese teñir ni alterar cualquier líquido que se echara en ellas.

Estaban allí destinadas á contener agua para servir de purificacion á los asistentes al banquete, para enjuagar los vasos, lavar los cuchillos y demas objetos que servian á la mesa.

—«Llenad las hidrias de agua,» dijo Jesus á los sirvientes.

Estos en seguida las llenaron hasta arriba.

Ya á la sazon se habian apercibido algunos de lo que sucedia, y esperaban con gran curiosidad el fin de este succ-

so, aunque todavía no comprendian cuáles pudieran ser los propósitos del Salvador.

—«Sacad ahora, y llevad al maestresala,» dijo á los sirvientes.

Obedecieron éstos, y con gran sorpresa vieron que el agua habia perdido su trasparencia natural, y que habia tomado el color del vino.

Llevaron aquel licor al maestresala; y luégo que le hubo gustado, hallándole muy exquisito, acercóse al esposo, y en tono de afable reconvencion, le dijo:

—«Todo hombre sirve primero el buen vino; y despues que han bebido bien, entónces da el que no es tan bueno: mas tú guardaste el buen vino hasta ahora.»

La costumbre admitida en los banquetes de los hebreos, habia dispuesto que los mejores vinos se sirviesen primero á los convidados; por esto, la observacion del maestresala era oportuna.

Pero el esposo, que no habia oido el ruego de María ni los mandatos de Jesucristo, no comprendió las palabras que se le dirigian. Sabia demasiado que todo el vino con que agasajaba á sus parientes y amigos era de una misma calidad, y por lo tanto no sospechó el milagro.

—No sé por qué dices eso, contestó al maestresala. Todo el vino que teníamos para las fiestas era uno mismo, y creo que ya no debe de quedar mucho.

—¿Cómo es posible? Exclamaron algunos señalando á las hidrias, y acercándose á probar aquel exquisito vino de que estaban llenas.

El esposo, entónces, dirigió á Jesus una mirada de admiracion y de gratitud, porque comprendió que aquella maravilla sólo podia ser obra de su voluntad.

Ya todos los presentes se preguntaban unos á otros de dónde habia salido aquel riquísimo licor, y los sirvientes, no ménos admirados, señalaban á Jesus y referian el milagro á los que de él no se habian apercibido.

Este acontecimiento causó gran sensacion en el ánimo de los circunstantes.

Los discípulos de Jesus habian enmudecido, y su sorpresa les tenia embargados y confusos.

Pero pasados los primeros instantes, comentaron entre sí el hecho.

—No en vano me ofreció nuestro Maestro, decia Nathanael, que veria grandes prodigios.

—Yo no sé por qué me ha sorprendido tanto este milagro, pues esto y mucho más debíamos esperar del que todo lo puede, y ya nos tiene dadas tantas pruebas de su divinidad.

María, en tanto, sonreia llena de satisfaccion. El favor que le habia concedido Jesus, que al mismo tiempo tambien le habia otorgado á los esposos y á los asistentes á la fiesta, la llenaba de alegría.

Las miradas que dirigia al Salvador, podrian traducirse en un poema de gratitud y de ternura; pero un poema escrito por los ángeles, no trazado por la grosera mano del hombre.

La Estrella de Nazareth estaba llena de regocijo, porque habia conseguido uno de los triunfos más legítimos que pueden abrigarse en el corazon de una mujer pura é inmaculada.

El triunfo de una madre que ve á su hijo respetado y bendecido, éste era el que gozaba la Reina de los ángeles en aquel tan glorioso dia.

Todos sus padecimientos los hallaba recompensados al contemplar á su Hijo, que siempre la atendia con tierna y

afectuosa solicitud, y en quien veia un clarísimo espejo de virtudes y de perfecciones.

Las bodas de Caná terminaron, no como generalmente y con bastante frecuencia suelen terminar tales festejos, sino como podia terminar un banquete al que asistiera el Redentor del mundo, el Maestro sapientísimo que predicaba la moderacion y la templanza.

No, Jesucristo no autorizó en Caná con su presencia la irreligiosa embriaguez que los incrédulos han querido suponer, porque los que se atrevieron á pronunciar tan infame impostura, no han podido ni podrán justificar ni señalar en la vida de Jesus un solo hecho que no sea un ejemplo de sobriedad y de templanza.

Jamas, dice el abate Du-Clot, los más furiosos enemigos de Jesus le acriminaron excesos ni desórdenes de ninguna clase.

El estupendo milagro de la conversion del agua en vino, fué el primero que hizo Jesus en Caná de Galilea.

En él mostró su divinidad y el absoluto poder que tiene sobre todas las criaturas, y sirvió á cuantos le presenciaron para fortalecer su fe, y demostrarles una vez más cuánto deben esperar del Salvador y de los ruegos de su Santísima Madre.

Pocos dias despues, Jesus, María y los discípulos de Aquel, entraban en Cafarnaum, miéntras los dos esposos recordaban el milagro, y exclamaban:

— Bendito sea Jesus, pues nos ha otorgado y nos otorga tan señalados favores.

— Bendita sea María, porque Ella es nuestro amparo; porque Ella pide para nosotros la proteccion de su divino Hijo.

VISTA DE JERUSALEN.

LIBRO QUINTO.

JESUS EN LA JUDEA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA CIUDAD SANTA Y SU TEMPLO.

La ciudad de Jerusalen, hoy tan sólo presenta á los ojos del viajero un monton de ruinas donde en vano pretenderá hallar restos de sus grandiosos templos, de sus magníficos palacios, ni de sus triples murallas y fuertes torres.

Y sin embargo, ésta fué la ciudad santa, la ciudad de Dios, como la llamaron los judíos, la mansion de *paz*, segun el significado de la palabra *Jerusalen*.

¡Cuán memorables han sido los sucesos de que fuera teatro aquella populosa corte de los reyes de Judá; cuánto respeto infunde aun su nombre á los que recuerdan las gloriosas y tambien horribles páginas de su historia!

Pero ¡ay! esta poderosísima corte, tan llena de riquezas, y que guardó en su seno el Arca del Señor, fué tambien la ciudad ingrata y deicida.

Sus hijos no conocieron al Dios que tanto les amaba y distinguia: sus hijos sacrificaron inhumanamente al Mesías, que llegó á visitarles ofreciéndoles la paz y la salud eterna.

Jerusalen, despues de haber muerto á los profetas, apedreado á los enviados de Dios, y desconocido á su divino Hijo, aun se ostentó por algunos años rica y poderosa.

Mas al fin fueron destruidos sus murallas y edificios suntuosos, y sufrió el merecido castigo á que la condenara su gravísima culpa.

Jesus lo habia profetizado[1]:

«Dias vendrán contra tí, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes.»

«Y te derribarán en tierra, y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra: por cuanto no conociste el tiempo de tu visitacion.»

Las palabras de Jesus bien pronto se confirmaron: la maldicion del cielo habia caido sobre aquellos muros y sobre aquellos soberbios edificios, y la ciudad de David, á quien llamaran *mansion de paz*, presenció las guerras más sangrientas que han hecho estremecer á la humanidad, y cayó en el abismo de la nada, desapareciendo tanta grandeza, y borrándose de la superficie de la tierra toda su majestad y envidiada preponderancia.

Nada nos queda ya de Jerusalen: sólo la historia la ha consagrado una página para recordarnos los tristes y deplorables actos de barbarie que se cometieron en su recinto, y el severo castigo que la envió el cielo por su odiosa y abominable ingratitud.

Sin embargo, aquella parte de la Palestina á cuyo lado se ostentaran los montes de *Moria* y *Acra*, aquella Jerusalen en otros tiempos tan favorecida del Eterno Padre y de

---

[1] San Lúcas, XIX, v. 43 y 44.

su divino Hijo, no puede, ni podrá ser olvidada por los católicos, quienes siempre contemplarán allí los sagrados lugares donde se consumó el sacrificio de Jesucristo, donde se levantó la cruz bendita, donde se derramó la preciosísima sangre del Redentor del mundo.

Los historiadores antiguos nos han legado algunas noticias y descripciones acerca de la fundacion de Jerusalen, y del estado en que se hallaba en la época del advenimiento del Mesías.

Esta ciudad fué fundada, segun ellos, por Melquisedec, rey y pontífice de los hebreos. Apénas habian trascurrido sesenta años desde su fundacion, cuando se apoderaron de ella los jebuseos, que eran los descendientes de Jebús, hijo de Chanaan. Éstos aumentaron sus edificios y murallas, y elevaron una ciudadela en el monte Sion, con el objeto de tener defendida y fortificada la ciudad.

Segun la descripcion de Josefo, Jerusalen se levantaba sobre dos colinas situadas una enfrente de otra, separadas por el valle de *Tyropeon* que se prolongaba hasta el nacimiento del *Siloe*. En la primera de estas colinas, de suave y fácil declive, llamada *Acra*, habia sido edificada la antigua ciudad: la otra, denominada *Sion*, al Sur de aquella, de pendiente rápida y prolongada, era la más elevada de entrambas, por cuya razon á la parte de ciudad contenida en ella se la daba el nombre de *ciudad alta*, y á la que se encontraba en la otra, el de *ciudad baja*. Por la parte de Oriente se elevaba otra colina llamada *Moria*, de menor altura que el *Acra*, de la cual la habia separado antiguamente un estrecho valle mandado terraplenar por los príncipes Asmoneos, y en ésta es en donde fué edificado el venerado templo de Jerusalen. Por el Nordeste de Sion y al

Sur de Moria, se encontraba el lugar de *Ophel*, que á pesar de no ser sitio prominente ni elevado, fué comprendido en el recinto de la ciudad por el rey Manasés. Por la parte Septentrional del templo empezaron á edificarse algunos edificios, y con el tiempo fué dilatándose la poblacion por este lado, hasta que vinieron por fin á ser parte de la misma, tomando el nombre de *Bezetha*, ó ciudad nueva.

Habiéndose hecho dueño de la ciudad Josué, despues que en la jornada de Gabaon venció y dió muerte al rey Adonisedec, la sometió á su poder, ocupándola hasta su muerte, en cuya época la rescataron los jebuseos; pero bien pronto fueron arrojados de ella por los israelitas, á excepcion de la fortaleza, de que continuaron siendo dueños hasta que David les echó de ella, erigiéndola entónces en capital de su reino.

Este profeta rey dió más extension á Jerusalen, y Salomon su hijo la convirtió en una de las más hermosas ciudades de Oriente, levantando el magnífico templo que tan detalladamente nos describe la Sagrada Escritura, en el que fué depositada el Arca del Señor, trasladándola del monte Sion ó montaña Santa donde se habia colocado. El mismo Salomon hizo en Jerusalen grandes edificaciones, entre las que se cuentan el palacio de los reyes, que era suntuosísimo, y las fortalezas y nuevas murallas de la ciudad. Mandó tambien edificar una piscina y un acueducto para abastecer de agua á sus habitantes, y continuó la obra de David, mejorando notablemente aquella grandiosa corte.

Pero los caldeos se apoderaron de la ciudad hácia el año 600 ántes de Jesucristo, y la saquearon, derribando las murallas y el sagrado templo; y fué tan cruel su rey y cau-

dillo Nabucodonosor, que lo pasó todo á sangre y fuego, arruinó la ciudad y se llevó al pueblo cautivo.

Pero Jerusalen fué reedificada setenta años despues, y poblada de nuevo. Algunos pretenden que Cyro permitió que los judíos regresaran á sus hogares, y éstos, bajo el mando de Zorobabel, volvieron de su cautiverio y se dedicaron á levantar las derruidas murallas, edificaron un nuevo templo, y hermosearon la ciudad con sólidas casas y elegantes palacios, á pesar de la resistencia que experimentaron por parte de los dominadores, que ya se habian establecido en toda la Judea.

Antioco Epifano, rey de Siria, la conquistó á los caldeos, entregándola al saqueo y haciendo pasar á cuchillo á ochenta mil habitantes; vendió cuarenta mil, y se llevó cautivos á otros muchos.

No contento este nuevo dominador con las tropelías y excesos que cometiera al entrar en la ciudad, entregándola á todo género de vejaciones y crueldades, hizo colocar en el templo de los hebreos el ídolo de Júpiter Olímpico, dando lugar á que, cansados éstos de tanto insulto y abuso de poder, se levantaran valerosamente bajo el mando de los hermanos Macabeos. Lucha formidable que duró por algun tiempo, pero que terminó con gran fortuna para los hijos de Israel.

Desde esta época disfrutó Jerusalen de paz y de tranquilidad hasta el reinado de Hircano y Aristóbulo. Estos dos hermanos aspiraban al trono y á la dignidad de gran sacrificador. Sus disensiones ofrecieron á Pompeyo una ocasion para marchar á Judea y sitiar la capital, apoderándose de ella y profanando el templo, pues entró en el santuario, donde sólo podian entrar los sacerdotes, pero no se apropió los tesoros del templo.

Ordenó que se ofreciesen sacrificios á Dios, y adjudicando á Hircano la dignidad de gran sacrificador y el gobierno de la nacion, se volvió á Roma, llevándose cautivo á Aristóbulo y á su familia.

Por último, Herodes el Grande, hijo de Antipater, llamado el Ascalonita, general de Hircano, conquistó la Judea con el apoyo de los romanos, y Antígono, último príncipe de los Macabeos, fué aprisionado y enviado á Antonio.

Atado á un poste este príncipe, último vástago de una familia que se habia sacrificado por los intereses de su patria, fué azotado y muerto.

Dueño Herodes de la ciudad, y luégo que se restableció la paz, edificó soberbios monumentos, reparó el templo y dió doble extension al terreno que le rodeaba, haciéndole circunvalar de fuertes murallas. En todo su contorno, hizo construir magníficos pórticos, y reunió á este edificio una fortaleza levantada sobre una peña de cincuenta codos de elevacion, que llamó Antonia, y era por todas partes inaccesible. En ninguna otra obra acreditó más su magnificencia. Toda la peña estaba incrustada de mármoles, tanto para hermosearla, cuanto para hacerla resbaladiza é impedir que nadie pudiera subir ni bajar por ella. En su interior tenia habitaciones, baños y salas de tan gran extension, que pudieran tomarse aquellos recintos por una pequeña ciudad ó por un maravilloso palacio.

Las nuevas murallas de Jerusalen eran inexpugnables: en ellas se levantaron otras tres torres sobre el muro antiguo, tan sólidas y hermosas, que en el mundo no se conocian otras que se las pudieran igualar. Herodes habia querido perpetuar el cariño que profesaba á su amigo Hípicos, á su hermano Phazaele y á su consorte la reina Marianna,

y dió estos nombres á las tres torres, en las que tanto brillaba la real magnificencia.

El aspecto que presentaban era admirable; y si por sus formas esbeltas eran hermosas, no lo eran ménos por la materia de que se componian, pues se emplearon en su construccion, no piedras comunes que los hombres pudiesen mover fácilmente, sino piezas de mármol de veinte codos, con diez de ancho y cinco de alto, tan perfectamente labrados y unidos, que no se veian las junturas, pareciendo cada una de las torres formada de una sola pieza.

Y no contento con tantas construcciones con que habia hermoseado á Jerusalen, rica y floreciente entónces, edificó en la parte alta de la ciudad dos vastos palacios, que excedian en belleza al mismo templo.

Todos estos edificios, y otros muchos no ménos bellos, se ostentaban en Jerusalen en tiempo de Jesucristo; y de tal modo se habian reparado los estragos que tantas guerras é incendios causaran en la antigua poblacion, que apénas se conocia al recorrer sus calles y plazas, que fuese aquella la misma ciudad tantas veces allanada y combatida, y que habia presenciado tantas escenas de horror y de desolacion.

Pero entre todos los edificios de Jerusalen, el que atraia á los hebreos y merecia la veneracion de las gentes, era el templo, que si bien no era tan magnífico como el de Salomon, tenia sin embargo la grandiosidad y magnificencia suficiente, para ser considerado como el más suntuoso entre todos aquellos que le rodeaban, algunos de los cuales, como queda dicho, eran maravillosos, y no podian comparárseles con ningunos otros del mundo.

El templo descansaba sobre una áspera montaña, y la llanura de su cima apénas bastaba para sitio y circunferencia

de sus frentes. Cuando el rey Salomon hizo edificar el primer templo, construyó una pared á la parte de Oriente, á fin de sostener las tierras de este lado, y despues de haber nivelado el espacio, mandó construir uno de los pórticos.

Únicamente estaba arreglada esta parte; mas con el tiempo, el pueblo continuó acarreando tierra para dar mayor latitud á este plano, extendiéndolo al igual de la cumbre. Despues se cortó la muralla al lado septentrional y se agregó un espacio, conforme al de la torre del templo. Adelantado este trabajo de un modo admirable, se circunvaló la montaña de una triple pared; pero para llegar á la perfeccion de una obra tan prodigiosa, se pasaron años enteros, y emplearon todos los tesoros sagrados, procedentes de las dádivas que ofrecia á Dios la piedad de los pueblos de todas las partes del mundo. Para juzgar de lo grandioso de esta obra, bastará decir que parte de la circunferencia, tenia una elevacion de trescientos codos, y algo más en algunas partes, y esto en el sitio más bajo del templo.

Excesivo gasto de unas obras que casi nadie podia apreciar, porque habiendo sido despues terraplenados los valles, resultaron al nivel de las calles más estrechas de la ciudad.

Las piedras empleadas en esta obra tenian cuarenta codos de largo; así que lo que ántes se creia imposible, se vió ejecutado por el ardor y perseverancia increible con que el pueblo empleaba generosamente sus bienes.

Si estas obras eran maravillosas, las que ellas sostenian no eran ménos dignas de admiracion. Se edificó una doble galería sostenida por columnas de mármol de una sola pieza, que era de veinticinco codos, cuyos artesones de madera de cedro eran tan pulidos, tan bien unidos y hermosos, que para atraer la vista no habia necesidad ni de la pintúra, ni

de la escultura. Tenian treinta codos de anchas, y se dilataban hasta á seis estadios, terminando en la torre Antonia.

Todo el espacio que restaba al descubierto era embaldosado con diferentes especies de piedras; y el camino por el cual se iba al segundo templo, tenia una balaustrada á derecha é izquierda de piedras de tres codos de alto, con columnas situadas de trecho en trecho, sobre las que estaban grabados preceptos de continencia y pureza, con caractéres griegos y romanos, para que los extranjeros entendieran que no debian empeñarse en entrar en un lugar santo, toda vez que este segundo templo tenia el nombre de santo. Se subia á él, desde el primero, por catorce escalones. Su forma era cuadrangular, cerrado con un muro por la parte exterior, que tenia cuarenta codos de alto, cubierto de escalones; mas su elevacion por la parte de adentro no era más que de veinticinco codos, resultando que por haberse construido esta muralla sobre un punto elevado á donde se subia por escalones, no se le podia ver enteramente por dentro, á causa de cubrirla la montaña.

Despues de los catorce escalones, se hallaba un espacio de trescientos codos que corria hasta el muro. Aun se subian entónces cinco gradas más para llegar á las puertas de este templo. Habia cuatro hácia el Septentrion, cuatro hácia el Mediodía, y dos hácia el Oriente.

Una pared separaba el oratorio de lo demas, el cual estaba destinado para las mujeres, y tenia dos puertas, una al lado del Mediodía y otra al Septentrion, únicas que facilitaban la entrada, permitida no sólo á las mujeres hebreas habitantes en la Judea, sino tambien á las que atraidas por devocion venian de otras provincias para rendir sus homenages á Dios. La parte que miraba al Occidente estaba cer-

rada por otra pared, sin tener puerta alguna. Entre las que se hallaban al lado del muro junto á la tesorería, habia galerías sostenidas por grandes columnas que, por más que no estaban enriquecidas con muchos adornos, en nada cedian á las que tenian encima.

De las diez puertas del templo, las nueve estaban con sus goznes, cubiertas enteramente de planchas de oro y plata; y la décima, que se hallaba fuera del templo, lo era de azófar de Corinto, más precioso todavía que el oro y la plata. Estas puertas eran de dos hojas, y cada una tenia treinta codos de alto y quince de ancho.

Al entrar en el templo se encontraban á derecha é izquierda salones de treinta codos en cuadro y cuarenta de elevacion. En cuanto á la portada del lado del Oriente, por la que entraban las mujeres, y que ocupaba el lado opuesto á la principal, era de órden corintio, y sobrepujaba á todas en grandor y magnificencia, porque las planchas de oro y plata de que estaban cubiertas sus maderas tenian más espesor que las otras nueve que habia hecho cubrir Alejandro, padre de Tiberio.

Por quince escalones se subia despues al muro que separaba las mujeres de los hombres, hasta la grande puerta del templo; y todavía era preciso subir otros veinte más para ganar las otras puertas.

El templo, este lugar santo consagrado á Dios, se hallaba situado en el centro; se subia por doce escalones. Su primer pórtico no tenia puertas, por representar el cielo, que está visible y patente á todo el mundo. El frente entero de este pórtico estaba dorado; y como lo estuviera tambien cuanto se veia al traves del templo, con dificultad los ojos podian sufrir tanto brillo.

La parte interior del templo se dividia en dos: la primera se levantaba hasta el techo, y su interior estaba tambien cubierto de planchas de oro, y los lados de la pared que la acompañaban eran dorados; encima se veian pámpanos de cepa del grandor de un hombre, de los cuales colgaban uvas de oro. De estas dos partes de la division del templo, la interior tenia ménos altura; sus puertas, que eran de oro, tenian á su frente un tapiz babilónico, donde el lápiz lázuli ó azul, la púrpura, escarlata y lino, estaban mezclados con tal arte, que no podia verse sin admiracion: representaba los cuatro elementos, séase por sus colores ó por las materias de que se componia; porque la escarlata representaba el fuego, el lino la tierra, el azul el aire, y la púrpura el mar, porque de él procede. Todo el órden de los cielos se figuraba en aquel tapiz, á excepcion de los signos.

Desde allí se entraba á la parte interior del templo, en un espacio cuya longitud estaba dividida en dos partes desiguales; la una de cuarenta codos, donde se veian tres cosas admirables y que nadie se cansaba de mirar, y eran el candelero, la mesa, y el altar de los inciensos.

El candelero tenia siete brazos, sobre los cuales descansaban otras tantas lámparas, en representacion de los siete planetas. Los doce panes sobre la mesa, significaban los doce signos del zodiaco y la revolucion del año; y las trece especies de perfumes que se ponian en el incensario, producidos algunos por el mar, expresaban que todas las cosas proceden de Dios, y que le pertenecen.

La otra parte más interior del templo, era de veinte codos, y estaba separada de la antecedente por un velo; su recinto se hallaba completamente vacío. No sólo estaba prohibida á todos la entrada, sino tambien el poderla ver.

Se la llamaba el Santuario ó el Santo de los Santos. Alrededor habia muchos edificios de tres pisos, y podia pasarse de los unos á los otros, é irse tambien al lado del portal. La parte superior, por ser más estrecha, no tenia estos edificios. Por esto no dejaba de ser más magnífica; pero estaba cuarenta codos más elevada que la otra; así que su elevacion total era de cien codos.

Nada habia en el exterior del templo que no atrajera la vista y no arrebatase en seguida el alma, porque estaba todo cubierto de planchas de oro tan unidas, que ya al amanecer deslumbraba como pudieran los rayos del sol. Donde no habia oro, las piedras eran tan blancas, que esta soberbia masa parecia de léjos á los extranjeros que todavía no la habian visto, una montaña cubierta de nieve.

Toda la cubierta del templo estaba sembrada, ó como erizada de agujas ó puntas de oro muy afiladas, á fin de impedir á los pájaros posarse y ensuciarse allí; y parte de las piedras de que se componia, tenian la longitud de cuarenta y cinco codos, la anchura de seis, y el grueso de cinco.

El altar de enfrente del templo tenia una subida por el Mediodía, difícil, y se construyó sin dar un martillazo.

Por último, cercaban el templo y altar, separando al pueblo de los sacrificadores, una balaustrada de hermosa piedra de un codo de alto [1].

Tal era la forma y construccion de aquel hermoso templo de recuerdo imperecedero, el cual fué destruido con la ciudad para no volver á levantarse jamas.

---

[1] Josefo, *De Bello Judaico*.

CAPÍTULO II.

EL ATRIO DEL TEMPLO.

Los discípulos de Jesus, prendados de la doctrina del Salvador, y admirados de sus milagros, le acompañaban frecuentemente y no desperdiciaban todas las ocasiones que tenian de oir su predicacion y de aprender sus sábias lecciones, siempre robustecidas y confirmadas con su ejemplo.

Pero no por esto habian dejado su oficio de pescadores, ni tampoco abandonaron á sus familias, porque en verdad, su divino Maestro no les habia mandado que así lo hicieran.

La Vírgen María acompañaba tambien á Jesus, y vivia con Él en Cafarnaum, prodigándole sus maternales cuidados; pero no siempre iba en pos de Él, pues aunque éste fuera su deseo, las costumbres de los judíos, y la sagrada mision de su Hijo que le obligaban á soportar grandes fatigas y desvelos, la impedian seguirle en muchas ocasiones. Esto lo conocia la Santísima Vírgen, y con la más humilde resignacion se sometia á la dura ley de la necesidad de verse privada de la presencia del Sér á quien adoraba con toda la efusion de su alma.

Acercábase la celebracion de la Pascua, y Jesucristo, fiel

observador de la sagrada ley, decidió acudir á Jerusalen, del mismo modo que tenian obligacion de hacerlo y lo hacian todos los judíos adultos, que no se hallaban en una absoluta imposibilidad de cumplir con aquel deber.

Con este objeto salió Jesus de Cafarnaum, y pasando por el lago de Genezareth, halló á los hermanos Pedro y Andres que estaban ocupados en echar sus redes en el mar, y acercándose á ellos les dijo:

— «Venid en pos de Mí, y haré que vosotros seais pescadores de hombres.»

Este llamamiento fué hecho con una voz tan eficaz y con autoridad tan respetable, que comprendiéndolo así Pedro y Andres, dejaron sus redes y siguieron sin titubear á aquel Hombre en quien reconocian tanta superioridad, y que les tenia admirados con sus milagros, pues habian tenido ocasiones de presenciarlos en Cafarnaum, en Nazareth y en Caná.

Estos fueron los primeros discípulos á quienes el Señor llamó en esta ocasion.

Y siguiendo Jesus caminando por la ribera del lago, halló á otros dos hermanos llamados Juan y Santiago, los cuales eran hijos de Zebedeo, y se hallaban con éste en una barca, ocupados en repasar sus redes.

El Señor tambien les llamó, y éstos tambien le siguieron, dejando sus ocupaciones.

El Salvador y sus cuatro discípulos se dirigieron á Jerusalen, y llegaron á la ciudad pocos dias ántes de la celebracion de la Pascua.

Los habitantes de aquella gran ciudad no conocian personalmente á Jesucristo. Habian tenido noticias de su aparicion en la Galilea, de su doctrina y de sus milagros; pero

si bien no habian tenido valor para desmentir los hechos que se les referian, tampoco les dieron entero crédito, y no pocos calificaron de demasiado crédulos á los que venian de Cafarnaum y de las aldeas y lugares de la Galilea.

Es verdad que el precursor del Mesías les habia anunciado la *buena nueva*, y que muchos la habian creido; pero no por esto se decidian á afirmar que el Cristo prometido fuese un Hombre oscuro que habia salido de Nazareth, y que con tan poco aparato recorria los pueblos y explicaba en las sinagogas.

Los judíos de Jerusalen presumian de más sabios y más cultos que los de otras ciudades, y no estaban dispuestos á creer sino aquello que clara y palpablemente apareciese ante sus ojos, y se sometiese á pruebas dictadas por su capricho.

Jerusalen, desde un principio, se mostró ingrata para con el Salvador del mundo, y esta ingratitud fué la causa de su castigo.

Jesus, como Dios, ve el pasado, el presente y el futuro; como Hombre, no pudo ménos de sentir gran tristeza al llegar ante las fuertes murallas y orgullosas torres de la ciudad.

Y no dejó de considerar que aquel era el sitio donde habia de consumarse el sacrificio, y de compadecerse de los habitantes de una ciudad que habia de calificarse con el odioso título de ciudad deicida.

Acordóse tambien de María, y sintió traspasado su corazon; mas era preciso obedecer á su Eterno Padre, y continuar sin detenerse en la grande obra de la redencion.

Entró en la ciudad seguido de sus cuatro discípulos, dispuesto á darse á conocer manifestando su autoridad, y se-

ñalándose con un hecho que habia de llamar la atencion de sus moradores.

Uno de sus primeros cuidados le llevaron al templo, donde debia castigar el escandaloso abuso que se ejercia, siendo consentido por los sacerdotes, magistrados é intendentes de aquel lugar santo y sagrado.

El atrio de este santo lugar se profanaba.

Los mercaderes, cambiantes de dinero y otras gentes dedicadas á la usura, habian establecido allí sus reales, y con el pretesto de vender las víctimas que debieran servir para los sacrificios, habian trocado aquel lugar del templo en una casa de negociacion.

Esto era permitido bajo el pretesto de comodidad, sin que nadie hubiera protestado contra tan culpable profanacion.

La justa indignacion de Jesus le movió á castigar severamente á aquellos negociantes, cuyo mezquino interes é insaciable avaricia les habia cegado hasta el punto de hacerles establecer sus tiendas en la casa del Señor.

Y haciendo un látigo con cuerdas, les arrojó del atrio, trastornando las mesas de los banqueros y las sillas de los que vendian palomas, echando fuera á las reses que allí estaban para la venta, y derramando el dinero por el suelo.

—«Mi casa, les decia, casa de adoracion será llamada por las gentes: mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones.»

Nadie se opuso entónces al Señor; su justo enojo hizo temblar á cuantos allí se hallaban; la Omnipotencia divina se manifestaba bien palpablemente.

No ejerció entónces Jesucristo un acto de arbitrariedad, sino de justicia.

Habia probado ya con sus milagros que era el Mesías, y

por tanto, revestido de legislador y de profeta, semejante á Moisés, imponia con derecho un castigo á los que cometieran tan punible profanacion, y reprimia los desórdenes que se presentaban á su vista.

Este acontecimiento corrió bien pronto de boca en boca; y aunque no faltaban en Jerusalen autoridades y magistrados que tenian el deber de castigar cualquiera agresion hecha á los habitantes de la ciudad, ninguno osó increpar al Salvador por este acto, que si hubiera sido una arbitrariedad censurable, no quedara impune.

La duda germinó entónces en los corazones de las gentes de Jerusalen, y Jesus fué conocido y respetado.

Y no sólo los magistrados y los sacerdotes se detuvieron ántes de calificar el acto de severidad ejecutado por Jesucristo, sino que hasta los mismos que habian sido expulsados, no volvieron por entónces á ocupar los lugares de donde fueron expulsados por un Hombre solo.

Los escribas y los fariseos comentaron este hecho, y se reunieron expresamente para acordar de qué medios podrian valerse para ver y conocer á aquel Galileo, en quien desde luégo admiraban tanta firmeza y tanta majestad.

— Yo creo, decia uno de los fariseos que presumia de más docto, que tenemos en nuestra mano el medio más seguro de salir de dudas. Busquémosle, y mandémosle que haga un milagro.

— Sí, sí, añadian otros, puesto que dicen que en Cafarnaum hizo tantas maravillas, en Jerusalen bastará un milagro para que todos creamos.

Y no advertian que el milagro ya le habia hecho.

Que otro hombre que no fuese el divino Jesus, no hubiera procedido con tanta energía con los mercaderes del atrio,

sin que hubiese sido arrollado y escarnecido por aquellas gentes á quienes expulsara del sagrado recinto del templo.

Pues ¿cuándo un hombre solo y desconocido, tuvo nunca poder para imponer violentamente su voluntad á un número tan superior de personas?

¿Qué insignia ni autoridad pudo imponerles respeto y contener sus venganzas?

¿Por ventura, el Salvador les hizo creer que les arrojaba en virtud del carácter santo de que se hallaba revestido?

No: nada de esto nos enseña la sagrada historia; por el contrario, de ella se deduce que el Señor se vió libre del rencor de los mercaderes por su sobrenatural poder, y esto debieron haber considerado los que pensaban en pedirle que hiciera un milagro.

El orgullo de los fariseos no les permitia hacer las prudentes reflexiones que en otro caso hiciera cualquier persona sensata, de mediano criterio.

¿Cómo es concebible que el hombre se creyera con derecho para imponer un mandato al Dios Todopoderoso, cuya voluntad ejerce dominio absoluto sobre todas las cosas?

Los escribas y fariseos, no habiendo reflexionado bien el absurdo que imaginaban, decidieron por fin acudir ante Jesus, para imponerle una condicion que necesitaban para creer en su palabra.

Halláronle bien pronto; y como sus ojos no recibieran la luz de la fe, nada hallaron en la figura de Jesus, nada que les diera testimonio de su divinidad.

—¿Qué señal nos darás, le dijeron, para probarnos que eres el Mesías de quien nos han hablado? Dinos qué puedes hacer para justificar esa autoridad con que te presentas entre nosotros.

Jesus, entónces, les respondió:

— «Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré.»

— ¡Es posible! Le replicaron en tono despreciativo. ¿Dices que levantarás en tres dias un templo, en cuya edificacion se han gastado cuarenta y seis años?

Pero Jesus se referia á su cuerpo, que seria destruido en su muerte y reedificado á los tres dias en su gloriosa resurreccion.

Los fariseos no comprendieron las palabras del Salvador. Eran indignos de merecer la gracia que disipa las tinieblas de la inteligencia y nos ofrece la luz celestial de la fe, que nos enseña el camino de nuestra salvacion.

Por eso se volvieron, dejando á Jesus, y desconociendo su virtud y su poder.

Justo castigo de tal incredulidad y de tan desmedido orgullo.

Pero bien pronto tuvieron ocasion de sentir nuevas dudas, y de hallarse más y más perdidos en el inmenso piélago de sus sospechas.

Entónces, otra pasion violenta brotaba en sus corazones, pues no podian suponer por un momento la divinidad de Jesus, sin sentir los efectos de la envidia y el temor de perder la autoridad y la alta consideracion de que gozaban entre los judíos.

Esta conducta de los escribas y fariseos no se alteró, porque en sus ánimos hallaban albergue siempre todo género de vanos escrúpulos y obstinadas vacilaciones.

Miéntras tanto, el divino Señor seguia su camino, y difundia por todas partes donde se presentaba la saludable doctrina que más tarde habia de esparcirse por toda la tierra, y llevar la paz y la felicidad á las más remotas naciones.

Ni el cansancio, ni la fatiga, ni las privaciones que eran consiguientes atendida su pobreza, eran obstáculos bastantes para detener su paso.

El Eterno Padre le habia trazado una senda de dolores y de amarguras, y el Cordero de Dios descendia á la tierra, y se resignó á habitar entre los hombres y á ser objeto de la incredulidad de los unos y de la soberbia de los otros.

Dignos de compasion eran en verdad aquellos sacerdotes y fariseos descreidos:

Y dignos de un severo castigo eran tambien, aquellos codiciosos negociantes que no temieron cometer una profanacion al establecer sus mercaderías en el santo templo del Señor.

CAPÍTULO III.

LA FIESTA DE LOS ÁZIMOS.

El pueblo hebreo yacia sometido al poder tiránico de los egipcios.

Faraon habia sido infiel al Dios Todopoderoso, y las ciudades de Egipto levantaban templos para adorar á los ídolos.

El Señor quiso castigar á el pueblo desleal, pero al mismo tiempo concedió el perdon á los hebreos que obedecieran sus mandatos.

Y entónces habló á Moisés y le mandó que dijese á los israelitas, que su poderosa mano les libraria de la esclavitud en que se hallaban.

Mandóles tambien que tomara cada fámilia un cordero de un año el dia décimo de aquel mes, y que el dia catorce por la tarde lo inmolaran, tomando su sangre y señalando con ella los dinteles y puertas de sus casas.

Asímismo les ordenó que comieran sus carnes asadas al fuego, con lechugas silvestres y panes ázimos, esto es, sin levadura, sin romper los huesos del cordero y quemando todo lo que de él sobrase.

Tambien les dijo que pasaria por la noche á la tierra de Egipto, y heriria de muerte á todo primogénito desde el hombre hasta las bestias, y que derribaria todos los ídolos que habia entronizado la infidelidad de Faraon.

Los mandatos del Señor, comunicados á los hebreos por el santo profeta, fueron fielmente cumplidos en la forma y con las circunstancias más detalladas que la divina Omnipotencia les habia manifestado.

Esta obediencia de los israelitas aplacó la justa ira del Señor, y por eso el pueblo escogido obtuvo el perdon, y el ángel exterminador pasó por las casas en cuyas puertas se hallaba la sangre inocente del cordero, y no penetró en las moradas de los israelitas; y al paso que perecieron todos los primogénitos del pueblo egipcio, desde el mismo hijo de Faraon hasta el de su más humilde y miserable esclava, los escogidos del Señor hallaron la recompensa de su obediencia, y obtuvieron misericordia.

Pero no fué éste el único bien que dispensó el Señor á los hebreos. Les habia prometido librarles de la opresion en que gemian, les habia hablado de una tierra de promision, y ya llegaba la hora de que saliesen de Egipto, libres de su cautiverio y protegidos por la poderosa mano del Dios que les habia perdonado.

El favor del cielo se manifestaba con toda su benignidad y largueza en pro de aquellos que se acogian á su obediencia y permanecian humildes y arrepentidos, al mismo tiempo que la ira divina mostraba su severidad enviando plagas temibles y destructoras sobre aquellos que se entregaban á la corrupcion y á la idolatría.

Hé aquí un admirable contraste del rigor y de la piedad, que explica bien patentemente los atributos de justicia y

misericordia que resplandecen en las obras del Increado.

Pero al hablar el Señor á Moisés dictándole su voluntad suprema para que los hebreos le obedeciesen cumplidamente, tambien le dijo:

— «Y tendreis este dia por monumento, y lo celebrareis solemne al Señor en vuestras generaciones con culto perpétuo.»

Este pasaje de la Sagrada Escritura explica el orígen de la fiesta más solemne que celebraban los judíos en el dia décimocuarto del mes de *ábib*, llamado despues *nîsan*, ó primer mes del año sagrado, porque tambien por mandato de Dios se habia establecido que este mes fuera el primero.

El sacrificio del cordero sin mancha que ofrecian en este dia, lo mismo que el que ofrecieron en la primera Pascua, significaba el misterioso sacrificio del Mesías, que se ocultaba bajo el misterioso velo de una ceremonia religiosa. Moisés, instruido por la voz del cielo de los misterios de la nueva alianza, adoró profundamente por medio de su fe el augusto misterio del sacrificio de Jesucristo, de quien era imágen viva el inocente cordero pascual. Aquella sangre que detenia al ángel exterminador en su camino, y alcanzaba gracia y perdon á los que confiaban en ella, figuraba la inocente y preciosísima sangre del Redentor, que nos purifica del pecado y nos libra de la esclavitud del demonio.

El sacrificio del cordero pascual y la solemne fiesta de los Ácimos, era un recuerdo que consagraban los judíos á la época en que fueron libertados de la perversion y de la idolatría, y una muestra de gratitud que rendian al Señor por el beneficio que les otorgara librándoles de la décima plaga, que llenó de duelo y consternacion á los egipcios.

Pero aun las ceremonias religiosas que observaban los judíos en este dia tenian su significacion.

La carne del cordero que comian despues de haberle sacrificado al Señor, era la carne que daba vida á las almas; debia ser comida en una misma casa, que es la Iglesia católica, la verdadera familia del Padre celestial.

Los extranjeros estaban excluidos de aquella ceremonia; porque todo aquel corazon que no se halle purificado de la corrupcion y de la malicia, no puede tener lugar al lado del pueblo escogido, ni participar del divino banquete.

Es necesario para ser admitido á él, presentarse *con los panes cenceños de la pureza y de la verdad*, con las lechugas amargas de la mortificacion, y con aquella saludable tristeza que siente un alma que ama á Dios, á vista de sus faltas pasadas y de sus imperfecciones y tibiezas presentes [1].

El dia á que nos referimos en este capítulo, era el décimotercio del mes de *nîsan*, cuando las espigas de los fértiles valles comienzan á brotar en sus tallos, y los cebadales empiezan á ostentar su fruto granado.

Los caminos que conducian á la ciudad de Jerusalen estaban poblados de gente, y no habia pequeña vereda que no dejase ver los numerosos grupos de familias enteras que aparecian sucesivamente en el horizonte y despues se internaban en la ciudad.

Jóvenes vigorosos y ancianos de luenga barba, venian de los pueblos y ciudades más lejanas de la Judea á la celebracion de la solemne fiesta que obligaba á todos los adultos, bajo pena de muerte al que voluntariamente y sin ningun legítimo impedimento dejase de acudir al suntuoso templo

[1] P. Scio, nota, *Exodo*, Cap. XII.

de Jerusalen á sacrificar el cordero y á cumplir con las ceremonias prescritas en la institucion de la fiesta.

Todos caminaban haldas en cinto, con zapatos, y trayendo báculos en las manos, porque así lo habia mandado Moisés por órden del Señor en la primera Pascua; pues en este traje y disposicion de caminante debe marchar el que, renunciando á los bienes y placeres terrenales, espera sólo merecer la bienaventuranza eterna que Dios promete á los justos.

Delante de las murallas de la ciudad y en sus plazas más anchas, habíanse levantado multitud de tiendas, porque las casas no bastaban para albergar en su seno á tanto forastero.

Aquel dia celebraban la fiesta de los Ácimos los galileos, pues si bien es cierto que la Pascua era el dia catorce, la afluencia de gentes y el gran número de sacrificios que se verificaban en el templo, único lugar en que podian hacerse, impedian el que se consumaran todos en un dia, porque no habia tiempo bastante. Esta razon hizo necesaria la designacion de dias, para que los judíos de diferentes ciudades pudieran cumplir con el sagrado precepto.

Los galileos eran, por lo tanto, los que aquel dia penetraban en el templo, y llegándose al altar de los sacrificios, inmolaban y ofrecian al Señor la inocente víctima con fervorosa solemnidad.

Jesucristo, que á la sazon se hallaba en Jerusalen con algunos de sus discípulos, se cree que tambien celebró la Pascua con los galileos; pues aunque no le obligara como á los demas la asistencia á tan solemnes fiestas, teniendo en consideracion que en todos los actos de su vida se habia sometido humilde y voluntariamente á las costumbres de los he-

breos, puede presumirse con fundamento, que en aquella ocasion estaria al lado de los hijos de Nazareth.

En esta Pascua ofrecíanse al Señor las primicias de la cebada; al efecto conducian al templo algunos haces ó gavillas de la cebada más temprana, que solia ser de los campos de Jericó, que eran los más fértiles, los cuales eran presentados á los sacerdotes, y eran ofrecidas en nombre de todo el pueblo.

De todos los haces tomaba uno el sacerdote, y elevándole delante del Señor, le tostaba, sacaba el grano, lo molia reduciéndolo á harina, y echando sobre ella aceite é incienso, tomaba dos celemines poco más, que componian dos gomores, y los quemaba en honor del Señor, quedando los demas haces para los sacerdotes.

Este rito era una consagracion de la cosecha.

El dia catorce era el destinado para los sacrificios ó para su terminacion, si se habian empezado á ofrecer con alguna anterioridad.

Despues de quitada la piel al cordero sacrificado, se asaba y se comia por los individuos de cada familia, siempre que ésta se compusiere de más de diez personas y ménos de veinte.

En los primeros tiempos se solia comer de pié y muy deprisa; despues debieron omitirse estas ceremonias; pero era indispensable que el cordero se comiese todo y sin partirle los huesos para sacar el tuétano, pues estas últimas circunstancias se conservaron siempre, y despues se arrojaban al fuego los huesos que sobraban del inocente cordero.

Esta solemnidad duraba siete dias, en los cuales no se podia comer sino pan ázimo, esto es, pan sin levadura, y por eso se llamó á esta Pascua la fiesta de los Azimos. Y de tal

modo se observaba esta ceremonia, que todo aquel que durante los dias de Pascua comiese pan fermentado, incurria en la pena de muerte.

La noche del dia catorce de *nîsan*, se sacaba de todas las casas con la mayor escrupulosidad toda la levadura que habia, y no la volvia á haber en toda la semana.

Á este rito alude San Pablo en su primera Epístola á los corintios, cuando les exhorta á *purificarse en la añeja levadura*.

El dia quince era el primero de los Azimos, y el más solemne de la Pascua. Este dia estaba prohibida toda obra servil.

Y por último, en cada uno de los demas dias de la semana pascual, se inmolaban víctimas expiatorias por los pecados del pueblo.

Todas estas ceremonias las instituyó el Señor, porque quiso que su pueblo le honrara tambien con estos ejercicios externos de religion, y con el fin de que con tanta variedad de ceremonias se ocupara del culto de Dios, apartándole de la idolatría.

Pero estas ofrendas y sacrificios, no eran por sí mismos capaces de servir de expiacion por los pecados de los hombres; sin embargo, habíanse establecido con el fin de inspirarles los sentimientos con que debian presentarse delante del Señor, y porque se figuraba el sacrificio del Redentor del mundo, único orígen de toda gracia y de toda bendicion espiritual.

San Agustin, hablando de los sacrificios sangrientos que se ofrecian al Todopoderoso por el pueblo hebreo, dice que las víctimas de las reses que con tanto aparato se inmolaban en el templo, celebraban *la profecía de aquella Víctima ve-*

nidera, que Cristo ofreció al Padre, en el grande sacrificio de la Cruz.

La fiesta de los Azimos era la primera y más solemne que celebraban los judíos, pues al hacerlo conmemoraban los beneficios recibidos por el Señor, y figuraban el divino sacrificio de expiacion que muy pronto iba á aplacar al Eterno Padre y á rescatar al mundo de la esclavitud del pecado, esclavitud más terrible y opresora que la que afligiera á los hebreos cuando sufrian el despotismo de Faraon.

CAPÍTULO IV.

LA FE DE LOS JUDÍOS.

No muy léjos del templo de Jerusalen, existia un pequeño barrio situado al pié del muro de Ofel; componíase éste de algunas estrechas y tortuosas calles, y en su contorno se elevaban casas y cercados de pobre aspecto.

En este barrio aun no se habian reparado todas las ruinas que causaran las guerras y los incendios de que fué teatro la ciudad en los pasados tiempos.

El mismo Herodes el Grande hubiera embellecido aquel sitio, si en las épocas más pacíficas de su reinado no se hubiese dedicado con tanto esmero á las magníficas edificaciones de que hemos hecho mencion en los capítulos que anteceden.

Pero una gran ciudad no se reedifica en pocos años, y por esta razon aun quedaron en Jerusalen algunos barrios, cuya pobre apariencia contrastaba con la esplendidez y suntuosidad de los palacios y torres nuevamente levantadas.

El barrio de que nos ocupamos, estaba poblado por gentes pobres que habitaban en estrechas é incómodas viviendas. En ellas es donde podian hallarse á los judíos indigentes y á las clases de aquella sociedad que sufrian privacio-

nes, y por consecuencia de éstas, enfermedades y padecimientos.

En una de esas casas, se hallaban el dia más solemne de la Pascua dos ancianos muy pobremente vestidos, y en cuyos semblantes desde luégo podian notarse las huellas que los sufrimientos y dolores dejan siempre en el rostro de las personas á quienes atormentan ó han atormentado por algun tiempo.

El primero de estos ancianos tenia una pierna vendada, cubriendo con miserables harapos una horrorosa llaga que cada dia iba adquiriendo más extension, y que no le permitia hacer un leve movimiento, que no le costase agudísimos dolores.

El que le acompañaba era más anciano, y ciego. Habia llegado ya á una edad en la cual se acaban las esperanzas de toda mejoría, y en la que los hombres vienen á ser considerados como los niños.

Nada influian ya por lo tanto sus consejos en el seno de su familia; pero sus hijos, si bien le guardaban el debido respeto, tenian necesidad de privarle del ejercicio de su libertad y de sus patriarcales derechos. Su carencia del sentido de la vista le imposibilitaba tambien para muchos de los actos de la vida, y por esta razon sólo ocupaba un lugar honorífico en aquella casa, miéntras que llegaba la muerte á separar su alma del cuerpo débil y envejecido.

Ambos permanecian silenciosos; los dolores y achaques habian embargado sus cuerpos, pero en la mente y en sus corazones, aun se albergaban nobles ideas y piadosos sentimientos. El espíritu manifestaba en ellos las señales de su inmortalidad; pero vivia unido á aquellos cuerpos decrépitos y consumidos por el trascurso de los años.

— Mucho tarda mi hijo, exclamó el ciego. Nos han dejado solos; nos han creido dispensados de cumplir con el religioso deber que hoy nos impone la sagrada ley. Esta es la primera Pascua que dejo de celebrar; pero ¡ay de mí! soy muy anciano, y me hallo privado de la luz. Hubiera seguido á nuestros hermanos á riesgo de perderme por las calles de la ciudad, mas nadie queria guiarme. Me parece, prosiguió despues de una breve pausa, que soy reo de muerte.

— Tal pudiera yo decir, le respondió tristemente su compañero, y ese mismo sentimiento aflije mi corazon; pero Dios sabe cuán grandes son mis dolores y cuáles son nuestros deseos; por eso confio en que Él nos perdonará.

— Sí, Él nos perdonará, exclamó el ciego con más resignacion.

Y ambos quedaron silenciosos, entregados nuevamente á sus desconsoladoras meditaciones.

El más anciano murmuraba una oracion.

Su amigo suspiraba con frecuencia, y lanzaba un gemido cada vez que, al hacer un pequeño movimiento involuntario, sentia los agudos dolores de la gangrenosa llaga.

Un rumor extraño oyeron en aquel entónces en la calle, y éste les sacó de su abstraccion y de su contínuo abatimiento.

— No sé qué ruido especial llega á mis oidos, exclamó el ciego.

— Hoy nada debe extrañarnos. Jerusalen apénas podrá contener en sus muros á todos los hebreos de las ciudades y pueblos del reino de Judá.

— Me parece que el recogimiento que todos deben guardar en este santo dia, no puede permitir á las gentes que levanten tanto la voz. Escucha, y verás que no me equivoco. Algo sucede en la calle ó en las casas vecinas.

Los dos interlocutores prestaron atencion, y oyeron gemidos y algunas palabras incoherentes.

Poco despues las voces se percibian con más claridad.

— Ten piedad de mí, exclamaba una voz de mujer.

— ¡No nos abandones!

— Bendito seas, repetia una y mil veces otra voz que sobresalia entre un coro de sollozos y de dolorosos gemidos.

— ¡Ah, si pudiera moverme! Dijo el anciano enfermo.

— ¡Ah, si yo pudiera ver lo que sucede en la calle! Exclamó su interlocutor.

Quizas ambos concebian entónces muy dulces esperanzas, aunque no se explicasen la razon que las producia. No ignoraban que sus males no tenian remedio en lo humano. Tampoco pensaban en que un poder divino les devolviera la salud de sus cuerpos que creian perdida para siempre. Pero á pesar de esto, estaban convencidos de que el poder de Dios es inmenso, y que nada puede oponerse á su suprema voluntad.

Hallábanse en esta situacion indefinida, cuando se abrió la puerta del aposento en que se encontraban, y apareció un nuevo personaje.

Era éste un jóven de elevada estatura y agradable rostro, en el que se pintaban los efectos de las sorpresas que acababa de recibir.

— Heléc, dijo el uno de los ancianos.

— Padre... le interrumpió el que llegaba, y tú tambien, Machir, es preciso que vengais los dos conmigo al momento, porque si os deteneis, quizas llegaremos tarde.

— ¿Qué nuevas nos traes?

— Venid, venid conmigo, es necesario que os acerqueis al Galileo.

La sorpresa de los ancianos no era entónces menor que la que experimentaba el jóven recien llegado.

—¿Creeis, les dijo, que la salud pueda restituirse á vuestros cuerpos?

—Si Dios lo quiere...

—Sólo Él pudiera otorgarnos tan señalada merced.

—Pues yo no lo dudo. Vamos, confio en que aun llegaremos á buen tiempo.

Y se detuvo á escuchar lo que sucediera en la calle.

Los ayes y los ruegos oíanse más lejanos.

El jóven, entónces, sin temer el peligro en que pudiera poner la vida del anciano, que tan postrado se hallaba á causa de la llaga que le hacia sufrir tantos dolores, se acercó á él y le tomó en sus brazos, miéntras encargaba al que le habia saludado con el nombre de padre, que se asiera de su manto y le siguiera.

El infeliz Machir sintió un dolor vivísimo al ser levantado del sitio en que se hallaba, y pronunciando el nombre del Señor, cayó desmayado en los brazos del que le conducia, con la presteza que le permitia el tardío y vacilante paso de su padre, á quien guiaba.

Este parecia sentirse más ágil, y sin desplegar sus labios, se dejaba conducir á la presencia de aquel poderoso Galileo. Bien pronto llegaron al extremo de la calle, donde se hallaba un Hombre hermoso y de dulce mirada, que vestia una modesta túnica, y á quien seguian varias personas de distintas edades y condiciones.

Entre éstas se hallaba un hombre que por su ropaje y adornos parecia un fariseo, y lo era efectivamente, el cual, como viera al jóven Heléc, que tan apresuradamente se adelantaba trayendo á los dos ancianos,

— Llega, Jonás, le dijo. Hemos encontrado un Médico á quien sin duda le asiste un poder sobrenatural. Este Galileo no puede ser otro que el mismo Dios.

Hízolo así el jóven, y depositando en el suelo al anciano que conducia en sus brazos, y presentando tambien á su padre,

— Señor, dijo á Jesus, pues era el mismo Galileo á quien todos miraban con la mayor curiosidad; Señor, aquí te traigo á dos ancianos que necesitan de tu ciencia. Muévate su desdicha más que mi ruego.

Es creible que el divino Salvador, que tantos milagros hizo en Jerusalen en la primera Pascua[1], acudiera tambien al remedio de las aflicciones que aquejaban á los dos ancianos, y cediera á los humildes ruegos del jóven Heléc.

El Salvador, á cuya vista nada puede ocultarse, sabia perfectamente cuál era la condicion de los que se le acercaban, y recompensaba con sus milagrosos beneficios á aquellos que tenian fe y eran merecedores del favor divino. Por eso volvia á ellos su vista y extendia sobre sus cabezas aquella mano poderosa, nunca satisfecha de derramar bienes sobre el pueblo ingrato, que no siempre correspondiera á tan inmensa misericordia.

En aquel grupo de gentes desvalidas y enfermas que rodeaban á Jesucristo, no se oian sino bendiciones y exclamaciones de agradecimiento. Unos recobraban la salud, otros veian la luz de que se hallaran privados, y otros, en fin, sentian en sus corazones la luz de la gracia para conocer al verdadero Dios.

---

[1] «Y estando en Jerusalen, en el dia solemne de la Pascua, muchos creyeron en su nombre viendo los milagros que hacia.» San Juan, Lib. II, v. 23.

Pero desgraciadamente éstos no eran todos.

Los que presenciaban los repetidos prodigios que otorgaba con mano franca aquel Galileo, creian en Él, y se decian unos á otros:

— Un Hombre que hace tales milagros, no puede ser otro sino el Cristo prometido.

Pero aun esta afirmacion no pasaba de ser una vehemente sospecha; aun no creian más que aquello que tan palpablemente les enseñaban las maravillas que veian. La fe de los judíos era bien débil, puesto que no se fundaba sino en los milagros que tocaban. Esto lo conocia el Salvador, y por eso no se fiaba de ellos, ni les confiaba los misteriosos secretos de su reino, sabiendo que aquellos mismos que se mostraban entónces tan maravillados, despues se habian de levantar en contra suya y no habian de cesar hasta decretar su muerte y conducirle á la cumbre del Calvario.

En verdad, poco meritoria era la fe de aquellos que creian en Él, y le llamaran entónces Hijo del Eterno Padre; pues apénas se concibe que pueda existir hombre tan obcecado y de tan duro corazon que, á la vista de los milagros de Jesucristo, no depusiera toda su soberbia y le rindiera el debido acatamiento.

Por otra parte, las palabras del divino Maestro, llenas de sabiduría, respiraban una majestad y una grandeza tan admirables, que ellas por sí solas y sin los prodigios que las acompañaban, bastaran para hacer que la multitud se sintiera obligada á respetarle y á señalarle con el dictado de Mesías verdadero.

Pero si bien la generalidad de los judíos tenian esta fe tan poco firme y tan pasajera, alguno sintió dentro de su pecho una voz superior que le hacia creer, no sólo por los

milagros que se manifestaban ante sus ojos, sino por la verdadera fe, que no necesita de estas pruebas exteriores.

. . . . . .

La noche se acercaba. Jesus habia abandonado las calles de la ciudad donde habia derramado tan pródigamente sus beneficios, y se dirigia á su vivienda, sin más acompañamiento que algunos de sus discípulos.

Un hombre le seguia.

Aquel fariseo que se dirigiera á Heléc cuando le vió adelantarse á la presencia de Jesus, habia sentido un vivísimo deseo de instruirse en la fe santa que quiere el Señor que adorne siempre á sus escogidos.

Resuelto á conversar con el Galileo á quien habia visto obrar tantas maravillas, siguió sus pasos para averiguar la casa en que habitaba.

Nicodemo era este fariseo, el mismo que en otra ocasion habia escuchado la predicacion del Bautista, y que ya empezaba á creer que todo cuanto aquel santo precursor les dijera era digno del mayor respeto y veneracion.

Por eso depuso su soberbia, desconfió de su ciencia, y se dispuso á aprender; porque aquel Hombre en quien hallaba los destellos de la Divinidad, era el único que podria iluminar su entendimiento y fortalecer la fe santa que empezaba á germinar en su pecho, y le prometia frutos de gracia y de bienaventuranza.

Jesus, al fin, llegó á la puerta de una modesta casa y penetró en ésta.

Poco despues Nicodemo llamaba á la misma puerta, y pedia al Señor que se dignara recibir su visita.

CAPÍTULO V.

LA VISITA DEL FARISEO.

Despues que Nicodemo hubo preguntado por Jesus, fué conducido á un pequeño aposento de la casa, que estaba amueblado humildemente.

Un lecho sin cortinaje ni *conopeos*[1], algunas sillas toscamente labradas, una tabla puesta en la pared en la que habia algunas vasijas de barro, y un candelero en el que lucia una lámpara, completaban el ajuar de la casa en que el Hombre Dios fué aposentado en Jerusalen.

Allí se hallaba Jesus con algunos de sus discípulos; y conociendo los designios de aquel personaje que venia en su busca, consintió gustoso en admitir su conversacion, y mucho más tratándose de una persona que reunia en la ciudad títulos para ser respetado por su saber y carácter de que estaba revestido.

Nicodemo, como hemos dicho ya, pertenecia á la secta de los fariseos, la cual era respetada, porque se la tenia por la más pura y observadora de las doctrinas de la ley.

[1] Lienzos finos que se ponian en la cama para impedir que los mosquitos molestasen al que la ocupaba.

Era ademas miembro del *Sanhedrin* ó consejo supremo de la nacion, y doctor de la ley, circunstancias que daban á conocer su elevada categoría entre los judíos.

Este Nicodemo era descendiente de una familia griega; pero aunque su nombre fuese griego, él habia nacido en la Judea, y conservaba, segun costumbre, el nombre que habia heredado de sus mayores.

Los milagros de Jesucristo le habian hecho creer en su inspiracion sobrenatural; pero su fe no era tan perfecta que no le hiciera concebir algunas dudas, que á toda costa queria disipar, y á diferencia de los demas judíos, se sentia predispuesto á aceptar la doctrina del Salvador, luégo que en aquella entrevista la hubiese escuchado.

El temor de que no le excomulgasen ó echasen de la sinagoga, si desde luégo confesaba públicamente sus creencias respecto á Jesucristo, debió moverle á visitarle de noche, y á que con algun secreto llegara á recibir sus instrucciones.

Como hombre ilustrado y de buen entendimiento, se presentó ante el divino Maestro, manifestando la mayor cortesía y respeto, y despues de saludarle en la forma que las costumbres de aquella época establecian,

—«Rabbí, le dijo, sabemos que eres Maestro venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos milagros que Tú haces, si Dios no estuviese con él.»

Y el Señor le contestó:

—«En verdad, en verdad te digo» (este modo de expresarse de Jesus, manifestaba la seguridad completa con que debia estimarse la verdad de sus palabras), «que no puede ver el reino de Dios, sino aquel que renaciere de nuevo.»

Á primera vista, parece que estas palabras del Señor no

responden congruentemente á la pregunta de Nicodemo. Pero Jesus, que no ignoraba la disposicion de ánimo del fariseo, y que éste al visitarle no tenia otro objeto que el de conocer los medios seguros para poder entrar en el reino de los cielos, del que le habia oido hablar frecuentemente, contestó aludiendo al renacimiento de la gracia, que es el medio seguro de entrar en aquel reino venturoso, manifestándole desde luégo lo que deseaba saber con tanto interes.

Pero Nicodemo no comprendió el sentido de las palabras de Jesus, y pensando que habia querido hablarle de un renacimiento natural segun la carne, se atrevió á replicarle, haciéndole esta objecion:

— «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? Por ventura, ¿puede volver al vientre de su madre y nacer otra vez?»

— «En verdad, en verdad te digo, respondió Jesus, que no puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo.»

«Lo que es nacido de carne, carne es: y lo que es nacido de espíritu, espíritu es.»

De esta manera le daba á entender, que el hijo de Adan por su naturaleza humana tiene inclinaciones carnales; pero que el Espíritu Santo es en él un nuevo nacimiento que le santifica y hace espiritual.

El fariseo escuchaba con atencion, y meditaba sin acabar de explicarse el sentido de aquella doctrina que le parecia enigmática, y que era desde luégo superior á su pobre ciencia.

— «No te maravilles, continuó el divino Maestro, porque te dije es necesario nacer otra vez.»

«El espíritu, donde quiere sopla: y oyes su voz; mas no sabes de dónde viene ni á dónde va: así es todo aquel que es nacido de espíritu.»

Nicodemo experimentaba en aquel momento lo mismo que escuchaba de los divinos labios del Señor: sentia ya en su corazon la voz del espíritu; pero no sabia de dónde venia aquel nuevo sentimiento, ni á dónde iba.

Admirado por la mudanza que en sí mismo conocia,

— «¿Cómo puede ser esto?» Exclamó.

— «¿Tú eres maestro en Israel, é ignoras esto?»

Aquí el doctor de la ley comprendió que Jesus habia querido humillarle, dándole á entender cuán pequeña era su instruccion, y cuán vanos los títulos de sabiduría que el pueblo en él reconocia; pero nada replicó, y reconociendo la superioridad de aquel Maestro, siguió escuchándole con la mayor atencion.

— «En verdad, en verdad te digo: que lo que sabemos, eso hablamos; y lo que oimos, atestiguamos; y no recibís nuestro testimonio.»

«Si os he dicho cosas terrenas, y no las creeis, ¿cómo creereis, si os dijese las celestiales?»

Si no creeis la regeneracion espiritual que se obra en vosotros mismos, ¿cómo creereis las cosas del cielo? No porque lo que Yo os diga no quepa en los límites de vuestra inteligencia, habeis de creer que por eso dejan de ser ciertas; porque en ese caso, os atrevereis á negar mi testimonio y el de los profetas que las dejaron escritas con infalible ciencia, y nada aprendereis, y rehusareis la gracia que se os ofrece, no teniendo fe para comprender estas verdades.

Tal era el sentido de las anteriores palabras del Salvador.

Y continuando su doctrina,

—«Ninguno subió al cielo, dijo, sino el que descendió del cielo: el Hijo del Hombre, que está en el cielo.»

Referíase á las dos naturalezas que en Él se hallan unidas; Jesus, al decir el Hijo del Hombre, hablaba del Dios que se hizo Hombre y descendió á la tierra á enseñar una doctrina sublime de que El solo podia ser Maestro, pues El solo subió al cielo para penetrar los arcanos de Dios; y cuando despues dijo: «El Hijo del Hombre que está en el cielo,» aludió á su naturaleza divina.

«Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto» (para que los hijos de Israel no muriesen de las mordeduras de las serpientes vivas que el Señor les enviara para castigar su idolatría), «así tambien es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre» (levantado en la cruz), «para que todo aquel que cree en El, no perezca, sino que tenga vida eterna.»

«No envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo; sino para que el mundo se salve por El.»

Jesucristo no habia descendido á la tierra para condenar al universo. Su mision era misericordiosa, y su principal carácter el de Redentor del género humano; venia como tal á conceder la gracia que justifica y perdona, en lugar de someterles á la ley que condena con severidad. Y esta gracia no sólo se la dispensó á los judíos, como éstos creian, sino á todas las naciones del mundo, porque se hizo Hombre para que todos se salvaran por su infinita bondad.

«Quien en El cree, no es juzgado: mas el que no cree, ya ha sido juzgado; porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios.»

Es preciso creer en El: éste es el camino de la salvacion que Jesus enseñaba á Nicodemo: para condenar á los hom-

bres, no necesitaba el Señor descender á la tierra; pero para redimirles, no bastaba un ángel, un arcángel, ni un querubin, ni un profeta; era necesario el sacrificio de un Dios, que se ofreciese en holocausto al Eterno Padre por la Redencion de la humanidad, sometida á la expiacion del pecado de Adan.

Si creeis en Mí con fe viva y espíritu de caridad, libres sereis de la esclavitud del pecado, y vuestra será la vida eterna. Si no aprovechais la gracia que os concedo al descender al mundo, y dudais de mi testimonio, quedareis comprendidos en la condenacion de Adan, y la ira de Dios estará sobre vosotros.

Tal es la interpretacion que los santos padres dan á las palabras que Jesucristo dirigia al admirado fariseo.

Y concluyó despues su santa conversacion, con estas expresiones que amplian y completan su doctrina:

—«Mas éste es el juicio» (esto es, la causa de la condenacion del hombre): «que la luz» (el Hijo de Dios) «vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz: porque sus obras eran malas.»

«Porque todo hombre que obra mal, aborrece la luz, y no viene á la luz para que sus obras no sean reprendidas.»

«Mas el que obra verdad, viene á la luz, para que parezcan sus obras, porque son hechas en Dios.»

Los hombres han cerrado los ojos ante la resplandeciente luz de su divina gracia, y han querido permanecer en la oscuridad de sus abominables pasiones, ántes que gozar el beneficio de aquella luz celestial; por eso han huido de ella, porque ante sus resplandores no puede ocultarse la perversidad del corazon.

Nicodemo no era, ciertamente, un hombre perverso; sus

costumbres eran rectas, y no poseia un amor propio tan censurable, que le inclinase desde luégo á rechazar una doctrina que quizas no habia acertado á profundizar en el momento de escucharla; pero sí conoció que el Espíritu Santo habia infundido la fe en su corazon, y comprendia, sin explicárselo á sí mismo, el renacimiento espiritual de que Jesus le hablaba.

Por eso no quiso volver á la oscuridad en que habia vivido; porque si su ignorancia le guió un tiempo por un camino extraviado, desde aquel momento deseaba buscar aquella luz divina, y que sus obras fuesen hechas en lo sucesivo ajustadas á los mandatos de Dios.

Si al escuchar la dulce voz del Señor no supo penetrar en el sentido de todas sus palabras, culpó á la propia ignorancia, y no pudo ménos de reconocer que Jesus era un tesoro de bondad y de sabiduría, y se sintió inclinado á amarle y á elegirle como su Maestro.

Ya no temió incurrir en el desagrado de los demas miembros del *Sanhedrin*, ni siquiera le asaltó el pensamiento de que pudiera ser expulsado de la sinagoga.

Un secreto impulso de su corazon le hacia comprender que, con alguna asiduidad, presto llegaria á escuchar con gran provecho aquellas simbólicas palabras que habian sido pronunciadas por los divinos labios de Jesus.

La fe se habia aposentado en el corazon de Nicodemo, y éste era el principio de su regeneracion espiritual, y el camino seguro que debia conducirle á la vida eterna.

Bajo la impresion que recibiera al conversar con aquel humilde Galileo á quien habia visitado en su modestísima vivienda, se despidió de Él y partió, creyendo en Jesucristo como en Hijo enviado de Dios; le reconoció como Mesías

anunciado por los profetas, y desde aquella noche, tan feliz para él, se sintió animado del mayor celo por la honra y gloria del Señor.

Celo que progresó más y más, y que bien pronto le hizo ser uno de los prosélitos de la doctrina del Mesías que con mayor fervor la propagaba.

La gracia divina habia descendido sobre su corazon, y todos sus progresos y la santidad que le distinguió en lo sucesivo, fueron precisa y natural consecuencia de aquella gracia con que Dios ayuda á los hombres justos para que perseveren en su santo servicio.

LIBRO SEXTO.

EL BAUTISMO DE LA GRACIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA MADRE DEL SALVADOR.

Era una hermosa mañana del Estío.

Las ciudades y pequeñas aldeas de Judá se mostraban en unos y otros horizontes, ofreciendo preciosas perspectivas á los variados paisajes de aquella parte de la Palestina que constituia el territorio de Judea.

Ya en medio de un valle se ostentaban las granadas y crecidas mieses en grandes y doradas espigas, y ya en las colinas se veian blanquear las paredes de algunas casas esparcidas caprichosamente, como si una bandada de palomas se hubiese posado allí un momento para desaparecer despues, como ya han desaparecido de la vista de los modernos viajeros que huellan los vastos campos del Oriente.

Todos aquellos lugares, que en nuestros dias se hallan silenciosos y casi desiertos, en tiempo de Jesucristo estaban muy poblados, y nunca faltaban caminantes en las veredas y lindes de las sierras, ni caseríos situados á muy cortas distancias, dispuestos de tal modo, que pocas veces los que cruzaban el país lo hacian sin encontrar en cada jornada

algunos pequeños pueblos, y no pocas chozas de labradores y guardas de ganados.

En un pequeño baldío situado á la salida de aquellas aldeas, se distinguia un grupo de gentes del campo que rodeaban á un Hombre: parecia dirigirles la palabra.

Era Jesucristo que, despues de la noche que fué visitado por Nicodemo, salió de Jerusalen á predicar el Evangelio por los pueblos de la Judea, segun tenia determinado.

Las gentes de la ciudad no habian manifestado, al escucharle, aquella docilidad tan necesaria para conseguir el sazonado fruto de su predicacion.

Ya hemos dicho cuál era la fe de los judíos, y cuán poco acertaron éstos á aprovecharse de los favores que les dispensara el Salvador.

Pero Jesus habia ganado para el Evangelio á un hombre muy respetado por su ciencia entre los judíos, el cual habia de servir para justificar la condenacion de tantos otros de la misma clase, que habian de contribuir á su muerte pidiendo la sangre de Jesus[1].

Nicodemo habia quedado en la ciudad, y su fe era una base de la celestial doctrina que el Hijo de Dios dejara en el seno de aquellos hombres tan orgullosos é ignorantes.

Las ciudades y pueblos de la Judea ofrecian al Salvador más abundante cosecha, porque sus habitantes se hallaban preparados á recibir las semillas que habia de producir al fin más sazonados frutos.

Por eso el Señor condujo á sus discípulos á estos pueblos humildes, y predicaba en ellos el reino de Dios.

Entre sus oyentes, y formando otro pequeño grupo más

[1] Mazo, *Historia de la Religion*, Pág. 69.

próximo al divino Maestro, se hallaban algunas mujeres que habian llegado con El, y sin duda le seguian en su peregrinacion.

Entre aquellas mujeres se hallaba María, radiante de hermosura y de candor.

La Madre de Jesus habia dejado sus costumbres solitarias para acompañar á su Hijo amado á donde quiera que fuese.

Nada era para Ella más doloroso que el apartarse de su lado, porque le amaba con ese extremado amor que se convierte en una verdadera adoracion.

Por eso María no sentia las fatigas ni el cansancio, la sed y todas las contínuas incomodidades que lleva consigo una vida errante, como la que tan sin descanso habia emprendido el Salvador.

Era una Mujer fuerte, que en ocasiones críticas dió muestras de un valor y de una resignacion, que sólo se puede llamar resignacion cristiana, porque es la más sublime y la más santa.

Y esta fortaleza la prestaba fuerzas para ir en pos de su Hijo, siempre sonriente como los ángeles purísimos, y sin demostrar jamas cansancio ni debilidad. La presencia de Jesus era toda su dicha y todo su anhelo, y el caminar en pos de sus huellas su más vehemente deseo; nada más podia apetecer por entónces.

Ella, que le habia mecido en sus brazos durante su infancia, que le habia servido treinta años en un país extranjero, que trabajó para El, y sufrió por El en los dias de ausencia tantas inquietudes y soledades, no podia apartarse de su compañía sin ser condenada á padecer nuevos sufrimientos.

Pero Jesus, que amaba tiernamente á su dulcísima Madre, no la prohibió el que lo siguiera; y por eso María, que

tanto le respetaba, consideró y agradeció como un señaladísimo favor que le permitiera seguirle para prodigarle sus cuidados, y tambien para escuchar sus edificantes palabras, admirar sus ejemplos, y bendecirle á todas horas.

Digna era María de acompañar á Jesus, no sólo por la cualidad de Madre amorosa, sino por las infinitas virtudes que siempre la enaltecieran.

Para poder formar una idea (aunque bien incompleta por cierto) de la conducta de María en las predicaciones de Jesus, nos bastará considerar que á pesar del inmenso amor que le profesaba, supo contener este amor y aun evitar su presencia en aquellas ocasiones en que conocia que los impulsos generosos del alma pudieran distraer ni ocupar en su provecho los cortos y preciosos momentos de la mision del Salvador. María se hallaba dispuesta siempre á sacrificar su ternura maternal al bien de las naciones, á la redencion del género humano.

Nunca habló á Jesus de sus fatigas ni de sus necesidades personales; habia abandonado su voluntad á la voluntad de su divino Hijo, y dócil como el inocente corderillo, obedecia sin replicar á los deseos de Aquel, que disponia de Ella como dueño de todas las cosas.

Es verdad que mil veces á la imaginacion de la Santísima Vírgen solian acudir tristes presentimientos y fundados temores; pero jamas se los manifestó á su Hijo: su corazon sólo la dictaba amor santo é inextinguible; su mansedumbre sólo la enseñó á obedecer y á sufrir sin exhalar una sola queja, cuando las ocasiones adversas venian á herir su alma delicada.

Aquel dia era para Ella un dia de felicidad. Su Hijo terminaba su predicacion

El pueblo se acercaba á El con el mayor respeto; todos cuantos le habian escuchado creian en El y ensalzaban su doctrina.

—Este es el Mesías que tantos milagros hizo en Cafarnaum y en Jerusalen, decian unos.

—Sus palabras han derramado un bálsamo consolador en el fondo de nuestros corazones, repetian otros.

—Sí, amemos á Dios, y amémonos unos á otros; ayudemos al desvalido, socorramos al pobre. Esta doctrina es la de Dios.

—¿Por qué no hemos de creer al que tan bien nos aconseja y tanto amor nos demuestra?

Estas y otras conversaciones escuchaba María llena de júbilo.

Los triunfos y las adoraciones que recibiera su Hijo, eran otros tantos gozos que sentia el corazon de la Madre; y no se regocijaba porque una vanidad, si se quiere la más legítima de las vanidades, embargase su ánimo humilde, sino porque veia el copioso fruto espiritual que recogian aquellas gentes; porque les hallaba ilustrados por la fe, animados por la esperanza y movidos por la caridad, y con tales disposiciones les consideraba ya dentro del dichoso camino de la bienaventuranza.

¡Ay! Pero no siempre por desgracia llegaban á los oidos de la inmaculada Vírgen, las sencillas cuanto lisonjeras palabras que en aquella ocasion habia escuchado.

Algunas veces se acercaban á la presencia del divino Maestro gentes, cuyos corazones endurecidos no daban muestras de haber aprovechado las sábias lecciones que se les habian dado.

Algunas veces estos hombres se retiraban con marcada

indiferencia, traduciendo en groseras palabras las soberbias pasiones de que se hallaban poseidos.

Entónces la angelical sonrisa que brillara en los labios de María, como la risueña aurora que tan dulcemente inunda con su luz al universo, trocábase en una mirada de dolor y de compasion.

María siempre fué compasiva, y mil y mil veces silenciosas lágrimas se deslizaron por sus rosadas mejillas, cuando pensaba en el castigo de la ingratitud y en la muerte eterna del pecador.

Su delicada sensibilidad y sus caritativos sentimientos, la movian entónces á dirigir una tímida y respetuosa mirada á su Hijo, como si con ella quisiera decirle:

—Hijo mio, perdónales, y culpa á su obcecacion y á su ignorancia, que les pervierte y les domina.

¡Oh, cuántos deberán á la intercesion de la Santísima Vírgen María, el perdon de sus aborrecibles delitos, y cuántos alcanzarán la gloria por encomendarse á tan compasiva Mediadora!

Pocas son, en verdad, las noticias que los libros santos nos han trasmitido acerca de los hechos de María en el período de su vida á que nos referimos; pero ¿quién osará negar ninguna de sus maravillosas virtudes, á la que fué concebida sin la mancha del pecado original?

La que desde el cielo ha sido siempre y es la Madre de los pecadores, la que nos ama como á hijos, la que nos guia inspirándonos constantemente para que no nos separemos del camino que Jesus nos trazó durante su vida, la que es, en fin, nuestro refugio y la esperanza nuestra, ¿cómo no habia de interceder por la salvacion de los ingratos y descreidos que en aquel entónces no reconocieran en Je-

sus al Cristo prometido que venia al mundo á propagar el Evangelio y á derramar su sangre preciosísima?

. . . . . .

Terminada en aquella aldea la predicacion de Jesus, bien pronto emprendió de nuevo su camino, con el infatigable celo que su ardiente amor á los hombres le aconsejara.

Los dias del Señor estaban contados, y valian para los hombres mucho más aun de lo que los más fieles pudieran sospechar.

Los discípulos del divino Maestro le siguieron, y María hizo lo mismo, acompañada de otras santas mujeres que sentian en sus corazones los efectos de la gracia celestial.

Entre estas mujeres iban: María de Cleofás, madre de Jaime, de Simon, de José y de Judas, vulgarmente llamados los hermanos del Señor; Salomé, madre de los hijos del Zebedeo, á quienes preferia el Salvador; Susana, esposa del mayordomo del tetrarca, y algunas galileas ricas, pero que se habian hecho pobres por Jesucristo, y habian acudido gustosas á acompañar y á servir á María.

Así siguieron algunos dias, recorriendo los pueblos de aquellos contornos. El Señor instruia á las gentes, y éstas, que le escuchaban con fe y veneracion, creian en Él sin admitir dudas de ningun género, y concluian por confesarle y adorarle.

Los fariseos y otros hombres descreidos supieron bien pronto las conquistas que Jesucristo hacia en las tierras de Judea, y tuvieron lástima de los convertidos, pareciéndoles que aquellas gentes sencillas se dejaban engañar por vanas apariencias; y no habia razon para calificarlas de demasiado crédulas, pues ántes al contrario, los judíos de las aldeas

creian porque hallaban en Jesus el cumplimiento de las profecías, porque conocian que la doctrina que se les enseñaba era buena y santa, y porque, ademas de los milagros que patentizaban su sobrenatural poder, veian en Él una intachable conducta, una sobriedad edificante y una modestia nada vulgar.

CAPÍTULO II.

EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO.

El divino Salvador continuó por algun tiempo sus predicaciones por los valles y pueblos de la Judea, no deteniéndose nunca más que lo precisamente necesario, para aprovechar aquellos preciosos instantes en la propagacion del Evangelio. Sus discípulos le acompañaban, instruyéndose más y más en los sólidos principios de aquella nueva ley, que era precursora de tan colmados bienes, y santo emblema de caridad y de perdon.

Jesus, en su plática con Nicodemo, ya le dió á conocer uno de sus intentos, referente á la institucion del bautismo.

Le habia dicho que no podria ver el reino de los cielos el que no renaciese de nuevo; pero aun no habia señalado los medios que el hombre debiera emplear para que se verificase este renacimiento.

No podia tardar en ofrecerlos á todos los nacidos, y á este fin encaminó sus pasos hácia las márgenes del Jordan, donde habia de tener lugar un acto solemnísimo y grande, aunque en su apariencia y en su fórmula fuese muy sencillo.

La mision de Jesucristo era tan previsora y sábia, como benéfica y regeneradora.

El Hijo de Dios conocia las necesidades de los hombres, y venia á satisfacerlas.

Sabia sus enfermedades, y venia á curarlas.

Veia en la frente de cada mortal una indeleble mancha, y venia á lavarla derramando su preciosísima sangre.

Ciegos, enfermos y gentes infortunadas aparecian á su paso, y El devolvia á los unos la vista, á los otros la salud, remediando á todos y aliviándoles de sus padecimientos físicos.

Pero la ardiente caridad de aquel Médico celestial no quiso contentarse con ofrecer á los hombres el remedio de las necesidades del cuerpo, sino que dando la preferencia al espíritu, no tardó en instituir un remedio eficacísimo para curar el pecado, que es la enfermedad del alma que nos puede privar eternamente del reino de los cielos.

Con este objeto instituyó el sacramento del bautismo, que es el remedio que no sólo nos libra del pecado original, sino tambien de todos los demas pecados cometidos hasta el dia en que se recibe este sacramento.

Y así como las aguas cristalinas de las fuentes y arroyos limpian el cuerpo de toda clase de manchas que le afean, asímismo quiso que estas mismas aguas purificasen y limpiaran el espíritu de las manchas inmundas del pecado.

Este sacramento, que luégo que hubo llegado á las márgenes del Jordan instituyó Jesucristo y explicó á sus discípulos, fué desde entónces la señal del renacimiento espiritual de que hablara á Nicodemo.

—Sea éste el bautismo de la gracia, y alcancen los que fueren bautizados el perdon general que el Eterno Padre les concede por los méritos de Jesucristo.

Yo recibiré por hijo á todo aquel que se acercare á rege-

nerarse en las aguas del bautismo, le haré heredero de mi reino, le daré la gracia con todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, y así quedará hecho templo vivo suyo.

Esta fué la doctrina que en aquel solemne dia predicó el Señor á sus oyentes.

El bautismo de la penitencia habia sido grato á los ojos de Jesus, y queriendo recompensar á los que con espíritu de arrepentimiento habian acudido á las márgenes del Jordan, les concedia el bautismo de la gracia, la regeneracion espiritual y el perdon de sus pecados.

Pero no sólo instituyó el bautismo para los que se acercaran á demandar el bautismo de la penitencia, sino para todos los que quisieran aprovecharse de sus inapreciables efectos.

Y fué tanta la misericordia y magnanimidad con que el divino Maestro nos quiso favorecer en aquel bendito dia en que instituyera el bautismo de la gracia, que aun hizo extensivos sus celestiales beneficios á los niños de tierna edad á quienes se les administrara el santo sacramento del bautismo, interviniendo la fe de los padres ó de sus padrinos.

La divina Providencia quiso entónces que, así como el pecado original se contrajo por voluntad y culpa ajena (que fué la de nuestros primeros padres), asímismo se pudiese curar esta culpa por la fe ajena y sin la voluntad de los niños bautizados.

Pocos detalles hallamos en los libros sagrados que nos refieran las maravillas que debieron tener lugar en aquel acto solemne, en que el Salvador otorgaba á los hombres el sacramento del bautismo, en virtud del cual les facilitaba el camino de su eterna salvacion.

Los ángeles y querubines debieron descender á la tierra,

y entonar dulcísimos cantos en alabanzas de un Dios tan misericordioso.

Los cielos trasparentes debieron rasgarse, y la magnífica luz que inunda las regiones del reino de Dios debió descender sobre la cabeza del Mesías, y llenar de consuelo y de felicidad á los hombres que tuvieran la dicha de presenciar aquella escena.

¡Gloria al Dios Padre, gloria al Dios Hijo, gloria al Dios Espíritu Santo, en cuyo nombre se nos ha regenerado, otorgándonos en el bautismo de la divina gracia, y bendito mil veces sea Aquel que lo instituyó en las riberas del Jordan, movido de su inagotable caridad, é inspirado por su ilimitada sabiduría!

¡Cuál seria en aquellos momentos el júbilo y el reconocimiento del pueblo que rodeara al Salvador! Si lágrimas de gratitud brotaron de los ojos de mil enfermos en Cafarnaum y en Jerusalen al recobrar la salud corporal; si fué entónces inmensa la admiracion de los que presenciaran aquellos milagros, ¿cuál seria el dulce llanto que brillara en las mejillas de los que se hallaran presentes á la institucion del bautismo? ¿Cuál seria su admiracion? ¿Y cuánta la alegría de aquellos dichosos corazones?

Pero semejante escena no habia aun concluido: su solemnidad era inmensa, porque en ella resplandecia la clemencia infinita del Señor; pero aun para que ésta tuviese otro nuevo motivo de aplauso y de devocion, quiso el Señor que se inaugurase con el bautismo de su Santísima Madre[1].

En verdad, la inocente María no estaba obligada á recibir las aguas del bautismo.

[1] Segun Eutimio, Nuestro Señor no bautizó más que á la Santa Vírgen y á San Pedro.

Su pureza y su candor jamas habian sido empañados por la odiosa mancha del pecado: María habia sido concebida exenta de la culpa original, y su virginal aliento jamas aspiró en la atmósfera corrompida que rodeaba á toda la descendencia de Adan.

La gracia de Dios la acompañaba por do quiera, las virtudes guiaban sus pasos, y los ángeles y querubines la servian como á su Reina y Señora.

Pero no obstante, su humildad la hizo igualarse con los pecadores, y por eso se adelantó á recibir el santo bautismo, para que aquellos beneficios que por él se la concedieran, refluyesen en bien de aquellos, y les sirvieran para mayor aumento de gracias espirituales.

María en esta ocasion quiso tambien mostrarnos los sentimientos de su inagotable caridad, y al mismo tiempo darnos un ejemplo de su modestia, aceptando en nombre de la humanidad los preciosos dones que la magnanimidad de Jesus nos concediera.

En medio del respetuoso silencio que guardaran entónces los discípulos de Jesus y sus oyentes, luégo que el Salvador hubo administrado el nuevo sacramento á su Santísima Madre, un hombre se adelantó humildemente y rogó al Señor que no le negase la gracia de purificarle de todos sus pecados, por medio de las saludables y cristalinas aguas del Jordan.

Aquel hombre lloraba, y apénas tenia palabras para expresar la gratitud de su corazon, y el respeto que le infundian siempre las sublimes palabras de su Maestro.

Era Pedro, el humilde pescador que con tanto empeño habia deseado conocer á Jesus, y que un dia se apresurara lleno de alegría á escuchar la doctrina del Evangelio, y que

amaba á su Maestro con toda la efusion de su alma sencilla y fervorosa.

Jesucristo no le negó esta gracia.

El agua del Jordan descendió sobre la cabeza de Pedro, y creemos que éste fuera el primero que por medio del bautismo de la gracia alcanzara el perdon de todos sus pecados, y el favor del cielo para aborrecerlos y permanecer siempre fiel en el santo servicio del Señor.

Autorizados por Jesucristo sus discípulos, éstos fueron en lo sucesivo los que administraron el santo sacramento del bautismo; y se cree que aquel mismo dia ejercieran ya su nuevo ministerio.

La piedad de todos aquellos que seguian á Jesus, y á más de la piedad la fe que brotaba en sus corazones inundándoles con las luces celestiales y avivando su santo fervor, les hizo acercarse á participar de aquella nueva circuncision, que más fecunda en beneficios divinos les daba entrada en el número de los escogidos y les hacia herederos del reino de Dios.

La noticia de la institucion del bautismo se extendió bien pronto por las comarcas de Judea, traspasó sus montañas y llegó hasta las playas del Mediterráneo y á las áridas rocas que se sumergen en las turbias olas del mar Muerto.

Bien pronto llegaron á Jerusalen las nuevas de los prodigios que obraba Jesucristo, y del infinito número de personas de todos estados y condiciones que acudian á pedir la regeneracion del espíritu, y á purificar en las aguas del Jordan la indeleble mancha de sus pecados.

Estas nuevas volvieron á suscitar el encono de los fariseos, que veian perdido ya su prestigio y menoscabada su autoridad.

Pero no fue esto sólo: los discípulos del Bautista que con éste se hallaban en Ennon, ciudad de la Galilea, empezaron á observar que las gentes acudian en mayor número á recibir el bautismo de manos de los discípulos de Jesus, porque este bautismo decian (con verdad) que era incomparablemente superior al que administraba Juan.

El excesivo celo de los discípulos de éste, promovió una cuestion entre los judíos que recibian el bautismo de Juan y el de Jesus. La cuestion se reducia á saber cuál fuese la diversidad de frutos que produjeran estos dos bautismos, siendo en su fórmula exterior tan parecidos.

Los discípulos de Juan sabian demasiado que su maestro «no era digno de desatar las correas de las sandalias de Jesus,» segun aquel lo habia confesado; pero el espíritu de partido les obligaba á abogar por el bautismo que ellos habian recibido.

No se resolvió en algun tiempo esta cuestion, pero llegó un dia en que éstos acudieron al Bautista y le dijeron:

—«Sabe que el que estaba contigo á la otra parte del Jordan, y del que tú diste testimonio, bautiza tambien, y que todos vienen á Él.»

A cuyas palabras contestó el santo precursor:

—«No puede el hombre recibir algo (celestial) si no le fuese dado del cielo.»

Vuestro celo es indiscreto; yo no puedo apropiarme un honor que no me corresponde.

Él es Dios y Hombre, todo junto; yo soy solamente un ministro suyo, y siento la mayor alegría al ver que su voz es escuchada por un gran número de personas que, como sus discípulos, le siguen.

«Es necesario que El crezca y que yo mengüe» y sea hu-

millado, porque «el que de arriba viene, sobre todos es y de la tierra habla. El que viene del cielo sobre todos es; El es sobre mí y sobre todos los profetas, porque es de naturaleza celestial y divina; y lo que vió y oyó, eso textifica: y nadie recibe su testimonio.»

El Hijo de Dios, que es la imágen y el Verbo de su Padre, da ahora testimonio en sus públicas instrucciones de lo que ha visto y entendido de toda la eternidad en el seno mismo de Aquel que le ha engendrado[1]. Mas son tan pocos los que se le muestran dóciles y creen con fe viva las verdades que anuncia, que se puede decir que ninguno las recibe.

Con estas y otras palabras dió á entender el Bautista la superioridad de Jesus, así como tambien la superioridad de su bautismo.

Esta confesion tan ingenua no pudo ménos de ser escuchada con respeto, y creida por los discípulos de Juan.

No podia equivocarse ni engañarles un hombre tan santo, y que con tanto desinteres proclamaba la dignidad de Jesus, y les declaraba la alta mision que ya Este desempeñaba en la tierra.

Despues de los acontecimientos que hemos referido en este capítulo, Jesucristo, acompañado de su Santísima Madre y de sus discípulos, continuó su predicacion, tan fecunda en gracia y bienes espirituales.

Juan, no por esto perdió la fama de virtud, santidad y sabiduría que habia adquirido; ántes por el contrario, continuó su predicacion por la Galilea, seguido siempre de las gentes que le respetaban y acudian á oirle, considerándole como un profeta cuyas doctrinas aceptaban con fervorosa devocion.

---

[1] S. J. Chrisost.

CAPÍTULO III.

EL REMORDIMIENTO.

Miéntras Jesus predicaba en los pueblos y aldeas de Judá, y el Bautista recorria el territorio de la Galilea, Herodes continuaba rigiendo su tetrarquía, no perdiendo cuantas ocasiones se le presentaban para lisonjear á Tiberio y para conservar su amistad.

Tiberiades era la ciudad de su residencia.

Su extenso palacio, edificado con la magnificencia que requeria la soberbia de su dueño y morador, se elevaba muy cerca del mar en una altura que dominaba la poblacion.

Una mañana del mes de *nisan* entraba Herodes en Tiberiades por una puerta de mármol blanco y negro que se hallaba cerca del palacio; cabalgaba el altivo tetrarca en un hermoso macho, ataviado lujosamente, y seguido de una lucida y numerosa comitiva.

Bien pronto llegó á su real morada, y dejando á sus criados la cabalgadura, penetró en el ancho pórtico del palacio, despues de haber despedido á su comitiva.

Una hermosísima jóven, ligera como una corza y esbelta como las palmas del desierto, salió á su encuentro cruzan-

do por una larga galería que conducia á la cámara real y al salon donde se hallaba el trono.

Esta niña, que aun no tendria diez y seis años, estaba dotada de una belleza singular y de una desenvoltura encantadora; sus cabellos rubios, graciosamente trenzados, caian sobre su cuello, apénas cubierto por una túnica finísima y trasparente, que permitia ver la blancura de su seno.

Siempre brillaba en sus labios una sonrisa burlona y provocativa, y en sus miradas hallábase una audacia impropia de la inocencia que generalmente suele leerse en los ojos de una jóven de su edad.

Pero aquella muchacha risueña y juguetona era la reina del palacio; habíase criado en él abandonada á sus instintos y acostumbrada á imponer su voluntad aun al mismo tetrarca, que siempre era débil tratándose de satisfacer sus caprichos.

— Glaphyra, dijo Herodes, luégo que vió á la risueña niña, ¿dónde está tu madre? ¿Cómo no sale á recibirme?

— Eso es lo que no te diré, contestó la niña. Mi madre no quiere que sepas en lo que se ha ocupado durante tu ausencia.

— ¿Y por qué no quiere? Repuso Herodes sonriendo. En fin, no es justo que os robe vuestro secreto.

El tetrarca estaba contento, y conociendo el carácter chancero de la niña, no halló culpable su desobediencia y falta de respeto, pues en verdad la fundaba en una razon que parecia atendible.

Acercóse á Glaphyra, la besó en la frente y siguió por la galería, miéntras ésta, cantando con argentina voz una cancion muy conocida entre los hebreos, se alejó por el lado opuesto, dirigiéndose á un salon espacioso donde solian es-

perar al tetrarca los cortesanos y los altos dignatarios del reino.

Herodes penetró entónces en una reducida cámara preciosamente alhajada, donde aspirando suavísimos perfumes y reclinada en un labrado almohadon, se hallaba Herodías, la adúltera esposa de Filipo, la cual, tan luégo como vió aparecer al tetrarca, se incorporó rápidamente y salió á su encuentro.

— ¡Cuánto has tardado! Le dijo. No sé por qué te esperaba con inquietud y con impaciencia, porque léjos de tu lado me parecen las horas demasiado largas.

Herodes dirigió una mirada investigadora á aquella mujer que tan afectuosamente le recibia; pero rendido á sus halagüeñas palabras, la contestó con satisfaccion:

— La conservacion y el aumento de mi poder me separa de tí con sobrada frecuencia; pero creo que estos sacrificios no serán estériles. Por ventura, ¿no te seria muy grato el cambiar tu morada de Tiberiades, por el regio palacio de Jerusalen?

— Bien sabes que no es la ambicion el fin á que se dirigen mis deseos; y si tú me creyeras, te diria que todo lo que puedo solicitar de tu amor es que no me dejes sola por tantos dias. ¡En la soledad acuden á la imaginacion tan tristes recuerdos!...

Herodes inclinó su cabeza, cediendo quizas al peso de los mismos recuerdos de que Herodías le hablaba; pero bien pronto se reanimó su semblante, y continuó con naturalidad:

— Al subir por la colina de los Reyes he mirado á la azotea del palacio; creí que me esperariais.

— Sí, te esperaba; pero no me he atrevido á contemplar los floridos campos ni las azuladas aguas del tranquilo lago.

Ayer subí á la azotea: sentia en mi pecho una opresion que me atormentaba; quise aspirar la fresca brisa de la mañana y el viento que perfumado en los vergeles de Jericó viene á ofrecernos sus suavísimos aromas; mas al dirigir la vista por los valles y riberas que se extienden al pié de la montaña, sentí un sobresalto que turbó mis sentidos, y estuve á punto de caer desvanecida.

Herodes hizo un gesto de impaciencia; Herodías continuó:

— Habia divisado, entre las rocas que se elevan á lo largo de la montaña, á un numeroso grupo de gentes: creí que eras tú, y con esta esperanza, seguí con la vista fija hácia la vereda que se oculta al lado del Occidente; pero cuando creia divisar una brillante comitiva, distinguí con la mayor claridad á aquel solitario que tuvo la osadía de hablarnos cuando volvíamos de Gaulon.

— ¿Sin duda era el Bautista? Yo tambien le he visto y me he acercado á escucharle. El tetrarca de la Galilea no puede impedirle el desempeño de su mision. Es verdad que yo tambien recuerdo la acusacion que nos dirigiera cuando le hallamos en el desierto; pero prefiero olvidar mi agravio, porque no sé qué hombre es éste, y me hace respetarle la veneracion con que todos le escuchan, y el juicio unánime que el pueblo ha formado de su santidad... ¿Y qué nos importa este hombre? Añadió con semblante risueño. ¿Temes todavía la venganza de Filipo?

Herodías no contestó; mas en aquel momento creia escuchar el amargo llanto de una mujer.

Acordábase entónces de Aretisa, la esposa repudiada por Herodes, y el remordimiento de su doble adulterio la hacia sentir sus crueles efectos.

Herodes recordó entónces las palabras de Glaphyra, en las cuales se encerraba algun misterio, que qùizas pudiera tener alguna relacion con el estado de abatimiento en que hallaba á Herodías.

El tetrarca, hombre astuto y desconfiado, no se habia detenido nunca á meditar que aquella mujer á quien amaba todavía con una constancia que no le era propia, pudiera serle infiel; y á la verdad la sospecha fuera legítima, porque todo podia esperarse de la esposa que tan inícuamente habia burlado al cariñoso etnarca de la Ithurea.

En esta entrevista empezó á dar cabida á una sospecha. Aquella mujer que tan afectuosamente le recibia, ¿acaso no seria capaz de proceder con él de la misma manera que procediera con Filipo?

La conversacion habia quedado interrumpida, y en el semblante de Herodes iba desapareciendo la jovialidad que le distinguiera á su llegada al palacio.

Pero Herodías, que en sus horas de soledad tenia ya meditado un nuevo crímen, comprendió al dirigirse al tetrarca que aquella mañana habia perdido la ocasion de su venganza, puesto que éste se mostraba ya contrariado y permanecia en ademan reflexivo.

—Perdona, mi amado esposo, le dijo, si refiriéndote mis cuidados é inquietudes durante tu ausencia, te he causado disgusto... No, no hablemos de ello. Cuéntame las circunstancias de tu jornada á Jerusalen; no tardes en darme las buenas nuevas que me traias. Dime cuándo podré verte sentado en el trono esplendente de tu padre.

Herodes iba á contestar; pero fué interrumpido por las voces de Glaphyra, que entraba precipitadamente en aquella cámara.

—Madre, decia, sal al atrio del palacio, verás cuánta gente ha llegado; y tú tambien, añadió dirigiéndose á Herodes, no te detengas; sin duda vienen á pedirte alguna gracia, ó á que repares alguna injusticia. Venid... venid...

Y tomando de la mano á Herodías, la llevó al sitio donde las gentes estaban reunidas.

Pero luégo que la esposa del tetrarca llegó al lado de una balaustrada de mármol que dominaba el atrio, palideció, y dirigiendo una mirada de reconvencion á su hija la dijo con orgulloso despecho:

—¿Para qué me traes á la presencia de esta turba de esclavos y de mendigos?

Herodes, olvidando la escena anterior, fijó su mirada en aquel cuadro que se presentaba ante sus ojos.

El santo Bautista, que los dias anteriores habia predicado en los contornos de Tiberiades, entró aquel dia en la ciudad, y estableció su cátedra en una esplanada que se hallaba al lado del palacio. Sus discípulos le rodeaban, y los habitantes de la poblacion en gran número acudian á escuchar la santa doctrina de que habian oido hablar en muchas ocasiones.

Algunos de los cortesanos que momentos ántes se hallaran en el palacio, vinieron tambien á formar parte del auditorio, colocándose en el atrio al lado de los soberanos.

Juan hablaba entónces con energía; su palabra imponia silencio á los descreidos, y atemorizaba á los malvados, y bien pronto todos sus oyentes se hallaron fascinados por la elocuente sencillez de su discurso y por la conviccion con que les exhortaba á la penitencia, mostrándoles el camino que habian de seguir para alcanzar la celestial bienaventuranza.

Aun cuando la concurrencia era grande, no se oia en el atrio del regio alcázar otra voz que la del Bautista. Aquel hombre, poseido del espíritu divino, dominaba á la multitud; y no eran ya humildes esclavos ni sencillos pastores los que le escuchaban silenciosos y sorprendidos, sino que en aquella ocasion componian ya su auditorio algunos sacerdotes, fariseos, cortesanos y centuriones, que con sus soldados constituian la guarda de la persona del tetrarca.

Sólo éste faltaba para que pudiera decirse que la corte de Galilea era aquel dia objeto de la predicacion del Bautista.

Pero llegó el momento en que éste apareció en la parte alta del atrio, y se puso á escucharle, movido de su curiosidad, y no temiendo ser el blanco de las palabras de Juan.

No sucedia esto á Herodías. Era una mujer viciosa y sin pudor; pero á pesar de esto no se atrevia á soportar una mirada del solitario de la montaña. Hubiera querido retirarse á su cámara; pero obligada á permanecer en aquel sitio por un impulso desconocido, estremecíase cada vez que el santo precursor volvia la cabeza hácia el sitio en que ella se habia colocado.

Sus temores, dictados por el remordimiento, que no podia desechar, no fueron vanos.

Llegó un momento en que el santo Bautista, con imperturbable valor, se dirigió al tetrarca y comenzó á reprenderle sus arbitrariedades, su adulterio y su tiranía.

— «Príncipe, le dijo, no te es lícito tener la mujer de tu hermano.»

Y del mismo modo dirigió á Herodías una reprension análoga.

Mucho desagradaron al tetrarca estos avisos, y la cólera

en aquellos momentos encendia su rostro; mas á pesar de esto no osó replicar una sola palabra.

El pueblo de Tiberiades se hallaba presente, y estaba dominado por la voz del Bautista; una réplica, una amenaza de Herodes, hubiera sido inoportuna. Por eso contuvo su enojo y prefirió aparentar que le oia con indiferencia.

No le faltaba descaro para soportar las miradas de las gentes, y por eso, en vez de retirarse con vergüenza, permaneció en su sitio con la mayor sangre fria.

Pero el resentimiento y enojo de Herodías no fué tan contenido ni tan prudente.

— Sal de la ciudad, le dijo con imperio, y no provoques las justas iras de los que ahora mismo pudieran castigar tu atrevimiento.

Un murmullo de desaprobacion siguió á estas palabras.

Juan habia terminado su discurso, y conducia á los convertidos á las riberas del lago para otorgarles el bautismo.

El atrio del palacio quedó bien pronto desierto.

CAPÍTULO IV.

LA TÚNICA DE PÚRPURA.

Despues de las escenas que ligeramente hemos trazado en los capítulos anteriores, trascurrieron tres dias sin que en el palacio real de Tiberiades hubiese ocurrido ningun acontecimiento notable.

Herodías, retirada en su cámara, permanecia encerrada sin permitir que entraran á acompañarla las mujeres de palacio que se titulaban sus amigas. Decíase que la salud de la esposa del tetrarca no era la más satisfactoria, y los esclavos y sirvientes del alcázar sospechaban que la favorita de Herodes habia resuelto abandonar el palacio.

Sin embargo, todas las personas que hacian comentarios sobre el retraimiento de aquella orgullosa mujer, pensaban muy equivocadamente.

Esta, desde que escuchó nuevamente la voz del Bautista, léjos de sentirse inspirada por algun impulso generoso, lloró de despecho al considerar que un hombre habia osado reprenderla públicamente, y meditó con más encono, buscando á toda costa los medios de la venganza.

Pero estos medios que pocos dias ántes los consideraba fáciles, en aquellas circunstancias los veia destruidos, á

consecuencia de la indiferencia que empezó á mostrarla aquel hombre á quien llamaba su esposo.

Efectivamente, Herodes no tenia confianza en la fidelidad de su querida; y sea por esto, ó porque estuviese preocupado con los negocios de su pueblo, ó con la realizacion de sus ambiciosos proyectos, es lo cierto que no se presentó en la cámara de Herodías, y en alguna ocasion recordó las palabras que le dirigiera Glaphyra[1] el dia que regresó de Jerusalen.

Pero como en realidad no habia una causa justa para que entre aquellos adúlteros amantes hubiese una desavenencia, bien pronto se aclararon los hechos, y su amor volvió á renacer con más impetuosidad.

La astuta Herodías pudo comprender, por las conversaciones que tuvo con su hija, la causa del desden que la mostraba al tetrarca, y resolvió humillarse una vez, para que aquella humillacion la condujera al logro de sus criminales deseos.

Salia Herodes una mañana del salon en donde habia ocupado su trono para recibir á unos embajadores de Siria, y cruzaba una de las galerías del palacio, cuando la hermosa Glaphyra apareció ante sus ojos sonriente y ligera, trayendo en sus manos un canastillo de juncos esmeradamente entrelazados.

— Tetrarca, le dijo, aquí tienes nuestro secreto. Tu esposa quiere disipar tus dudas, y hacerte comprender que no es justo tu desagrado.

Y doblando una rodilla se colocó á los piés del soberano, ofreciéndole aquel presente, que era una verdadera sorpresa para Herodes.

[1] Hay un autor bastante reputado que dice, que la hija de Herodías se llamaba Salomé.

—Dígnate aceptar este agasajo que mi madre te envia, aunque no sea digno de tu magnificencia.

El soberano tomó entónces de manos de la niña aquella inesperada ofrenda, y entró en un aposento que se hallaba situado al extremo de la galería.

Cuidadosamente tapada con un blanquísimo lienzo de lino, venia en el lindo canastillo una túnica de púrpura, cuya parte inferior, orlada con franjas de oro, tenia ademas un bordado que figuraba unas granadas de color azul y de escarlata intercaladas entre dos hileras de pequeñas campanillas tambien de oro. Completaba este presente una capa cuadrada de la misma tela, y un lujoso ceñidor que no tenia competencia entre los más labrados y ricos que pudieran poseer los demas soberanos de la Palestina.

Un regalo de tanto valor, presentado por una niña tan hechicera, bastara para sorprender á cualquiera que no tuviese los motivos que tenia Herodes para estimarle.

Por eso el tetrarca, en el primer momento, no supo qué contestar á Glaphyra, que con semblante gozoso continuó diciendo á Herodes:

—Sabe, poderoso señor, que has pensado mal, y que sin duda no llegaste á sospechar que la ocupacion de mi madre era digna de tu aprecio. Ella labró esta túnica para tí, que eres su esposo fiel, y te ruega que no la abandones en sus horas de tristeza y de soledad.

Herodes recompensó á Glaphyra con una caricia, y ésta, conociendo que habia desempeñado su encargo con toda fidelidad y buen resultado, se separó ligeramente de los brazos de aquel, y salió precipitadamente de la estancia sin aguardar la respuesta que necesariamente habia de dar á la que le enviara tan delicado presente.

Glaphyra, al salir del aposento en que dejaba á Herodes, halló á un jóven centurion que pronunciaba el nombre de la doncella y se atrevió á murmurar una expresion de amor, que no nos atrevemos á calificar de galantería, porque esta palabra no armoniza con la natural gravedad de los hebreos.

Glaphyra no se mostró ofendida; ántes por el contrario, sin cuidarse de lo que pudiera decirse por algunos esclavos que allí estaban, se acercó al oido del jóven y le dijo:

— Lleva al tetrarca á la cámara de mi madre; éste será un nuevo merecimiento que te hará más digno de mi amistad.

Y sin escuchar lo que el jóven pudiera decirla, desapareció alegre y risueña como siempre, mostrando la frivolidad de su carácter y la indiferencia de su corazon.

No tuvo necesidad el jóven hebreo de inclinar el ánimo de su señor para que visitara á su querida, pues en el mismo instante vió que Herodes se dirigia á la perfumada cámara de aquella.

— ¡Herodías! Exclamó, extendiendo hácia ella los brazos. Ya sabia yo que al fin calmarias las inquietudes que me inspiraran los malos espíritus. El tetrarca de Galilea viene á pedirte perdon por haber desconfiado de tu amor.

La esposa de Filipo empezaba á gozarse en su triunfo.

— No dudo, contestó ésta, que los malos espíritus influyan en tu pensamiento para separarte de mi lado.

— No, nunca me separaré de tí; porque en medio de mis cuidados tú sola eres la dueña de mi voluntad. Tú eres la que me fascinas con tus miradas, la que me irritas con tus desdenes, la que me conmueves con tus lágrimas.

— Y sin embargo... no quiero reconvenirte, pero eres

demasiado indulgente y perdonas á los que me ofenden.

No comprendió entónces el sentido de estas palabras, y contestó precipitadamente:

— Dime qué crueldad quieres que cometa, si es preciso que mis actos de rigor sean el precio de tu cariño. Bien sabes que no me asusta la sangre de todos mis vasallos, y que tengo poder bastante para otorgarte cualquiera gracia que me pidas.

La ocasion no podia ser más favorable para que se cumplieran los designios de Herodías; pero esta astuta mujer quiso asegurar el éxito de la peticion que iba á hacerle.

— No, yo jamas he querido que tu pueblo te señale como á un injusto opresor, nunca satisfecho de su sangre. No, esposo mio. Quiero tan sólo tu amor, y que me consagres algunas horas para gozar de tu amada presencia. Las plantas y las flores se secan y consumen cuando les falta el benéfico rocío de la mañana. El corazon amante de la esposa desfallece cuando no se alimenta con el cariño del esposo amado. Son tus palabras apasionadas como el sol radiante que lleva la alegría á la naturaleza; pero tu alejamiento es para mi alma oscura noche que infunde los temores, la soledad, la tristeza y el remordimiento.

— ¿Y has podido dudar de mi amor? ¿En qué puedes fundar ese apartamiento de que me hablas? ¿No te he consagrado mi voluntad? ¿No te he aposentado en este palacio donde todos te respetan como á mí mismo? ¿No procuro conquistar un trono para que tengas á tus piés bien pronto á un rey temido y respetado, á quien tú mandes como á un obediente siervo?

— Todo eso es verdad; pero la mujer á quien amas ha sido reprendida en público por un hombre que no teme

tu poder, y que desprecia tu ira. Y miéntras la débil mujer llora su agravio y oculta su vergüenza en un rincon de tu palacio, aun no se ha levantado la espada de la ley para caer sobre la cabeza del que ha osado injuriar á la fiel esposa del poderoso tetrarca de Galilea.

Herodías lloraba amargamente, y su desconsuelo, dando realce á la belleza resplandeciente de su rostro, heria á la vez el duro corazon del soberano, que veia en aquellas lágrimas el dolor que producia la ofensa, y no un artificio del odio, y el recurso para la consecucion de una venganza.

— ¿Por ventura no he sido yo ultrajado lo mismo que tú? Exclamó Herodes, comprendiendo la intencion de su favorita. Tambien mi agravio pide un ejemplar castigo; pero es imposible. Ese hombre tiene dominio sobre las gentes de las aldeas, y ya le respetan los ricos y los magnates de Tiberiades. Tú misma has podido observar que las palabras con que contestaste á su reprension, fueron contestadas por un murmullo que bien hubiera querido reprimir, mandando á mis soldados que con sus lanzas arrojaran de mi ciudad á los que así menospreciaran mi autoridad suprema. Pero no tuve valor para arrostrar las consecuencias de mi ardiente cólera.

— Un rey ó soberano debe siempre tener valor para castigar á los que menosprecian su autoridad.

Herodes nada respondió, porque la observacion de la esposa de Filipo le parecia oportuna é incontestable.

Era preciso matar al Bautista, y manifestar su energía cometiendo un horrendo crímen. Ni por un momento pensó en adoptar sus avisos, más santos y arreglados á la ley que las observaciones de una mujer orgullosa y vengativa.

Mas para los hombres perversos y corrompidos es más

atendible el consejo emanado de las personas que excitan sus torpes apetitos, que el precepto santo del legislador que, con la autoridad de que se halla revestido, manda se obedezca un principio justo y se rinda homenage á la ley de Dios.

En esta alternativa, Herodes no vaciló, y su primer impulso le hubiera hecho decretar inmediatamente la muerte del que consideraba su enemigo.

Pero Herodes, á pesar de su audacia y de su tiranía, era cobarde en aquella ocasion. Tratábase de un hombre singular, cuyo poder desconocia completamente: temia que el pueblo mismo se sublevase tan luégo como llegase á entender que la venganza del tetrarca habia dejado caer todo su rigor sobre la cabeza del Bautista, y el temor, más que la compasion, le hacia vacilar en sus propósitos.

Esta incertidumbre, sin embargo, no duró mucho tiempo.

— Haré lo que tú quieres, dijo á Herodías con ademan resuelto. No mataré á ese hombre; pero le encerraré en el castillo de Maquerontta, y así, sin que nadie sepa la mano que le ha separado de sus prosélitos, le quitaremos los medios de volver á turbar la paz de nuestros pueblos y ciudades.

Las gentes presto le olvidarán, y entónces tendremos tiempo de conocer si es tan ilimitado su poder, como lo ha sido su atrevimiento.

Una imperceptible sonrisa de triunfo se dibujó en los labios de la querida del tetrarca; su plan habia triunfado.

Aquella misma noche, doce soldados de la guarda del tetrarca, guiados por el jóven centurion que hemos conocido en el palacio, recorrian sigilosamente los campos cercanos á la ciudad de Tiberiades.

Ya habian registrado las cabañas de los pescadores que moraban en las riberas del mar de Tiberiades, con gran sorpresa de cuantos en ellas se hallaban albergados.

El hombre á quien buscaban, sin duda se habia internado en la montaña que se extiende paralela á la misma ribera. Era preciso hallarle, porque la órden del soberano no admitia réplica.

Tuvieron por lo tanto que examinar con todo cuidado las pesadas rocas que forman la extensa cordillera. Largo rato hacia que vagaban por entre aquellos escabrosos sitios, y ya desesperaban de hallar al Bautista, cuando uno de los soldados advirtió que en el hueco de un peñasco se veia á la opaca luz de la luna un bulto oscuro, semejante al de un hombre que dormia tranquilamente. Tocóle bruscamente, y el hombre pronto despertó y se puso de pié sin saber lo que le sucedia.

Aquel hombre no era el santo precursor; pero indudablemente debia ser alguno de sus discípulos.

—¿Dónde está tu maestro? Le preguntó un soldado con imperio y marcada dureza.

—El santo profeta, contestó aquel hombre lleno de temor, sin duda descansa al abrigo de aquella roca que mira hácia el Mediodía. ¿Qué nos quereis?

Nada le contestaron los soldados, é inmediatamente acudieron gozosos al sitio que se les habia indicado por aquel discípulo desconocido.

Efectivamente, allí yacia el santo precursor; pero no dormia: hallábase entregado á la oracion, y con fervoroso acento dirigia al cielo su plegaria.

No se sorprendió en verdad cuando miró á aquellas gentes armadas que le rodeaban, y que con brutal regocijo exclamaban:

— No te librarás de nuestras manos.

— Ya puedes dar por concluidas tus predicaciones. Ven con nosotros, que te llevaremos á donde vivas más descansado.

San Juan, entónces, dirigió una mirada compasiva á los feroces soldados, y les dijo con naturalidad:

— Por cierto, que para apoderaros de un hombre no era necesario que viniéseis tantos.

Sabia muy bien vuestros intentos, y no he pensado en huir ni en ocultarme, porque la voluntad de Dios y no la de vuestro soberano es la que dispone que termine ya mi predicacion, porque el verdadero Dios está entre vosotros, y justo es que El crezca y que yo mengüe. Su voz es más poderosa que la mia.

Y dirigiéndose á los soldados, continuó:

— Ahora, hijos mios, cumplid la órden que habeis recibido.

Admiraron aquellos hombres poco sensibles las palabras de Juan, y mucho más la tranquilidad con que éstas eran pronunciadas.

— Id delante, dijo uno, y ya que no piensas hacer resistencia concluyamos pronto.

Durante el corto diálogo que habia mediado entre el Bautista y los enviados del tetrarca, el hombre á quien éstos hallaran primeramente se habia acercado y miraba lleno de estupor á su querido maestro, entregado al poder de aquellos soldados inhumanos, que sin duda iban á cometer algun acto de crueldad en la persona santa del profeta.

Pero Juan, que comprendia la angustiosa situacion de su discípulo,

— Jacán, le dijo, no te aflija mi prision, ni trates de opo-

nerte á ella de ninguna manera, porque seria en vano. Busca á Jesus y síguele.

Y sin detenerse siguió á algunos de los soldados que le mostraban el camino, y marchando delante de los demas, llegó al cabo de algunas horas á la vista de un castillo al que rodeaban fuertes muros y anchos fosos, provisto de un puente al que defendian dos torreones de sencilla construccion. Este edificio estaba situado á gran distancia de la ciudad.

Jacán vió alejarse al Bautista, sin atreverse á seguirle ni á determinar lo que deberia hacer.

Pero cediendo despues á los impulsos de su afecto hácia el precursor, corrió en busca de otros de sus amigos que descansaban al abrigo de las rocas de la montaña, y les dijo con acento desconsolador:

— Amigos mios, levantaos y seguidme. Nuestro maestro ha sido preso por los soldados del tetrarca. Nada podemos hacer para devolverle la libertad: él me ha prohibido que tratemos de salvarle; pero á lo ménos debemos acompañarle si es posible, y aprovechar las ocasiones que se nos ofrezcan para emplearnos en su servicio.

Miéntras sepamos que vive, aun debemos llamarnos sus discípulos, y mostrarle nuestra fidelidad...

La sorpresa de aquellas sencillas gentes fué tan grande como su indignacion; mas en la imposibilidad de tomar otro mejor partido, corrieron al alcance del Bautista, y pudieron verle llegar al castillo que habia de servirle de prision.

Las férreas puertas de aquel edificio se abrieron para dar paso á los que llegaban, y se volvieron á cerrar despues, quedando en silencio los solitarios campos que rodeaban la

colina sobre la que se levantaba el castillo como un fantasma amenazador.

Allí se dispersaron los discípulos de Juan, porque temieron el despotismo del tetrarca; pero en el fondo de sus corazones protestaron que no dejarian de acudir nuevamente. Alguno concibió la esperanza de penetrar en el castillo, porque su gratitud les imponia el deber de acompañar á su maestro, si fuera posible, hasta el último instante de su vida.

CAPÍTULO V.

EL CASTILLO DE MAQUERONTTA.

Pocas noticias hallamos en las historias acerca de la época en que se construyera el palacio ó castillo de Maquerontta; porque este edificio, cuyo exterior correspondia muy bien al carácter de una fortaleza, tenia interiormente magníficas habitaciones, lujosos adornos, que indicaban que en tiempos remotos habia servido de morada á algun rey ó poderoso señor.

En su planta baja habia, sin embargo, unas oscuras bóvedas de piedra y ladrillo, que eran unas verdaderas prisiones, en las cuales quizas habrian derramado muchas lágrimas y habrian tenido lugar grandes maldades y sangrientas venganzas.

Pero aun la perversidad de los hombres habia dispuesto debajo de aquellas oscuras galerías otros calabozos más lóbregos y sombríos, donde con dificultad penetraba el aire, y en los que apénas se habian dejado aberturas para dejar paso á algunos rayos de la ténue luz que alumbraba opacamente los subterráneos ménos profundos. Aquellas paredes húmedas por las filtraciones, exhalaban un olor fétido é in-

salubre, y por último, las tajadas peñas que cerraban aquellos espantosos recintos, servian de albergue á multitud de pequeños reptiles y asquerosos gusanos y sabandijas.

Pocos calabozos pudieran igualarse á los del castillo de Maquerontta, y por esta razon el nombre solo de este edificio causaba espanto á los moradores de las comarcas vecinas y á los caminantes que, al aproximarse á él, oian contar terroríficas historias y tradiciones no ménos espantosas.

Los hebreos generalmente no eran supersticiosos, y al decir esto, no nos referimos á la supersticion que nace de la idolatría, sino de aquella que tan fácilmente brota en las almas medrosas y en las imaginaciones ofuscadas y vulgares. Por esto no se hablaba de apariciones ni de espectros, pero sí se nombraba al castillo de Maquerontta como á una tumba de los vivos y como á un palacio en que reinaban la crueldad y la perfidia, veladas por el misterio y defendidas por el temor que el edificio inspiraba á los sencillos galileos.

En la época á que nos referimos, el castillo estaba deshabitado. En otro tiempo se dice que habian resonado en sus salones alegres músicas y armoniosos cánticos guerreros. Algun anciano del próximo valle aseguraba, que Herodes el Grande habia celebrado en ellos suntuosos banquetes y alegres fiestas, pero que esto sucedió muchos años ántes de la muerte del rey, y que desde entónces el silencio reemplazó á aquellas músicas, y que sólo en medio de la noche se habian oido algunas veces apagados gemidos y horribles gritos de desesperacion.

Herodes Antipas, desde su advenimiento á la tetrarquía de Galilea, destinó esta fortaleza á que sirviera de sepulcro á sus enemigos, y que en ella sufrieran sin tregua los que,

siendo inocentes ó criminales, tuvieran la desgracia de incurrir en su desagrado.

Una docena de soldados fueron destinados para la custodia del castillo, y éstos eran no sólo los señores del edificio, sino otros tantos pequeños tiranos de la comarca.

Su obligacion se reducia á cuidar á los presos, siendo sus cuidados nada prolijos, pues estaban reducidos á hacer una visita diaria á los calabozos para dejar en cada uno de ellos un cántaro de agua y un pedazo de pan. No tenian obligacion de escuchar las quejas de aquellos desgraciados presos, ni de aliviarles del peso de sus cadenas, por cuya razon terminaba muy pronto su cometido el soldado á quien por turno le correspondia este servicio.

Algunas veces el trabajo solia aumentarse, y esto sucedia cuando observaban que alguno de los encarcelados no tomaba alimento.

Esta circunstancia les obligaba á detenerse un momento al hacer sus visitas, pues generalmente, cuando esto sucedia, se acercaban á reconocer al desdichado que ocupaba el calabozo, y casi siempre le hallaban muerto. Entónces le sacaban de allí y le daban sepultura, sin detenerse en observar los ritos ni ceremonias acostumbradas.

Para desempeñar todos estos oficios, no se solian escoger sino gentes desalmadas y perversas, por cuya razon los guardadores del castillo eran siempre los soldados que habian dado pruebas de su dureza y ferocidad.

Encerrado en tal fortaleza, y entregado á tales guardadores quedó el santo Bautista, desde el momento en que atravesó el estrecho puente que por encima del foso permitia el paso al castillo.

Destináronle á ocupar uno de los calabozos más profun-

dos, cargáronle de cadenas, y dejáronle solo en medio de una oscuridad completa y respirando una atmósfera corrompida.

Si los vestidos del nuevo prisionero hubieran sido de algun valor, bien pronto los soldados le habrian despojado de ellos; pero la tosca túnica de pelos de camello, que siempre habia sido el vestido de Juan, no pudo excitar la codicia de sus guardadores, y éstos, al encerrarle y ponerle las pesadas cadenas, se contentaron con dirigirle groseras chanzas, aludiendo á su despreciable y extraña vestidura.

Espantoso era el suplicio que aguardaba al santo precursor en aquel húmedo subterráneo, y tristes y largas iban á trascurrir para él, al parecer, las horas y los dias, y tal vez los años.

Pero Juan habia sido desde su nacimiento un hombre extraordinario, y no hallaron sus verdugos un suplicio que bastase á imponer temor á aquel corazon enérgico y valeroso.

Ciertamente, la sobriedad de las costumbres del Bautista eran una razon bastante para que le fuesen ménos sensibles la mala calidad de los alimentos que iban á ofrecérsele y su escasa cantidad. Juan desconocia los regalos de las mesas de los señores, y jamas habia pensado en escoger ni preparar sus alimentos. Su sobriedad nos es bien conocida. Por otra parte, su cuerpo, acostumbrado á todo género de penitencias y austeridades, tampoco se resentia de los malos tratamientos que ya empezaba á experimentar. Por último, la soledad y abandono á que le condenaban, no eran bastantes causas para que desfalleciera su animoso corazon.

Pero aun podemos añadir que Juan, encerrado en el castillo de Maquerontta, era feliz y esperaba con tranquilidad

el cumplimiento de los altos designios del Omnipotente.

¿Qué podrian importar á un varon tan santo y tan virtuoso los temibles sufrimientos que le procuraban sus guardadores?

El hombre que desde su infancia se habia consagrado voluntariamente y mediante á una divina inspiracion al ejercicio de la penitencia, en el castillo de Maquerontta no hacia sino continuar sus mortificaciones, mostrando más y más, con una paciencia admirable, el heroismo que se anidaba dentro de su pecho, y el desprecio de la carne y de todos los halagos del mundo, á los que nunca habia sentido grande inclinacion.

Es verdad que la soledad en que se hallaba era temible y desconsoladora. Le habian separado de sus queridos discípulos, condenándole á no volverlos á ver jamas. Pero Juan amaba la soledad, y estaba tambien acostumbrado á vivir largos años en áridos desiertos, donde jamas se hubiese hallado otra huella humana que no fuese la suya.

¿Mas por ventura podian impedir los guardadores del castillo que en aquel calabozo acompañara Dios á su siervo y fortaleciera su espíritu, é infundiera la más dulce alegría en su corazon?

Nada importaba que la luz del sol no pudiera llegar á los ojos del Bautista; nada le amedrentaban aquellas tinieblas que tanto pavor causaran á otros presos que quizas gemian en los subterráneos cercanos: porque la luz de la fe derramaba sus rayos resplandecientes sobre la cabeza del santo precursor del Mesías, y la oscuridad del calabozo se disipaba, y los ojos del afortunado prisionero veian á su Dios sentado en su trono eterno y majestuoso, y rodeado de arcángeles y serafines.

No podia haber oscuridad en torno de aquel hombre que estaba adornado por los dones del Espíritu Santo, y en cuyo sér se habia derramado la suprema sabiduría.

Por eso Juan sufria los tormentos de su cuerpo, al paso que se regocijaba al verse empleado en el servicio de Dios.

Por eso no le pedia que abreviase sus padecimientos, porque su mayor galardon era sufrirlos con santa humildad, y cumplir siempre la voluntad del Todopoderoso.

Pero en medio de la satisfaccion que debia sentir al conocer que el favor divino le asistia, y que sus virtudes eran recompensadas tan cumplidamente, no por eso dejaba de acordarse de sus discípulos, y estos recuerdos acudian á su mente un dia y otro dia, porque adivinaba el sentimiento que aquellos experimentaban desde que se les habia separado de su maestro.

Durante los primeros dias de la prision de Juan, rondaban sus discípulos las cercanías del castillo, y algunos confesaban sinceramente que se atreverian á arrostrar la muerte, con tal de libertar al Bautista de la dura prision á que habia sido condenado.

Mas sus sentimientos generosos no podian cumplirse. El mismo Juan les habia dicho que no trataran de libertarle, porque seria en vano, y hé aquí que los impulsos de su gratitud y de respeto tenian que contenerse en los límites de la obediencia.

Y entónces se contentaban con buscar los medios de penetrar en su prision, y de escuchar una vez más la inspirada palabra de su maestro.

Una tarde llegó un hombre á las puertas del castillo, y preguntó por uno de los soldados de la guarda.

No tardó en presentarse el personaje á quien buscaba, y luégo que se hubieron saludado, propuso el primero al segundo que le acompañara á una aldea próxima, pretestando que tenia necesidad de darle noticias de un pariente suyo que habia regresado á la Galilea, despues de haber servido al emperador Tiberio por espacio de algunos años.

Aceptó el soldado la proposicion, siguió al desconocido, y ambos se alejaron de los muros de la fortaleza.

Jacán, el discípulo más querido del Bautista, era el que habia llegado al castillo, y el que al lado del soldado caminaba lentamente por una vereda solitaria.

—Nada queremos nosotros, decia Jacán, que pueda perjudicarte; sólo sí, que hagas ménos dura la situacion del santo Bautista.

—No es bastante la recompensa que nos ofreces, para que nos arriesguemos á complacerte. Ayer me dijiste que queriais verle, y este servicio, que no sé si podria prestarte, bien merece un aumento de veinte denarios.

—Si no fuéramos tan pobres, ya os recompensaríamos con tanta largueza como es grande nuestra voluntad.

—Pues con tu voluntad y la de tus amigos, no comprarás á un soldado que ha saqueado tres ciudades y no se halla ya en el caso de venderse por una limosna, que sólo puede recibir de buena voluntad un mendigo.

—Sé muy bien, decia Jacán en tono suplicante, que entre todos no podremos pagarte el bien que puedes hacer; pero por ventura, ¿no te mueve en nuestro favor la idea de ejercer un acto de piedad y de compasion?

—¡Piedad!... ¡Compasion!... Exclamaba el soldado riendo á carcajadas. Muchas veces hemos escuchado esas pa-

labras en las ciudades y pueblos en que perseguíamos al enemigo, y por cierto que si hubiésemos atendido á estas súplicas, no hubieran sido tantas nuestras victorias.

Jacán no supo qué contestar, y siguió caminando miéntras buscaba en su mente un argumento bastante poderoso para ablandar el corazon de aquel soldado codicioso.

— Es decir, que si yo te ofreciera ciento cincuenta denarios...

— Nada haria, porque dentro de cuatro dias seré relevado por uno de mis camaradas, y en ese caso tendria que partir con él vuestra limosna.

— Entónces, dime qué puedes hacer, y qué es lo que nos pides.

— Podré quitar al preso la cadena más pesada; podré trasladarle á otro calabozo ménos oscuro, y haré tambien que entres tú una sola vez á consolarle. Pero todo esto será tan sólo los dias que esté bajo mi cuidado.

— Y bien, ¿qué nos pides por este servicio?

— Doscientos cincuenta denarios.

— Es imposible. Entre todos sus discípulos apénas podremos reunir las dos terceras partes.

— Pues no cuentes conmigo. Vuelve á tu casa y guárdate de venir otra vez al castillo, porque al fin no me fio de tí, y si revelaras lo que hemos hablado...

Jacán comprendió que su acompañante temia una delacion, y que empezaba á emplear las amenazas para intimidarle.

— Nada temas, le dijo; el dicho de un pobre galileo nada podria perjudicarte, y aunque así fuera yo no te aborrezco, porque al fin, si eres cruel, obedeces al tetrarca.

La conversacion aun se prolongó un rato; mas á pesar de

las reflexiones que hizo el discípulo de Juan al inflexible soldado, nada consiguió, y tuvo al fin que despedirse con el sentimiento de no poder aliviar de ningun modo los sufrimientos de su maestro.

Aquella misma noche se hallaba el soldado á la puerta del castillo, donde sus camaradas blasfemaban á su alrededor y prorumpian en estrepitosas carcajadas, olvidándose completamente de los gemidos de los presos.

—Malco, dijo un soldado dirigiéndose al que habia conversado con Jacán, ¿has concertado algo con ese hombre?

—Nada. Pero confio en que volverá. Le he pedido cien denarios, y esto le ha parecido mucho.

Malco mentia, puesto que la suma que exigió á Jacán ascendia á ciento cincuenta denarios más. Pero bien se comprende que su intento era quedarse con las tres quintas partes de lo que llegado el caso habria de entregarse, y tomar despues del resto la parte que le correspondiera.

—Has hecho bien, dijo su camarada. No podemos ser compasivos con nuestros presos, porque de todos modos no nos lo habian de agradecer.

Mudaron de conversacion, y esperaron á que se les presentara otra oportunidad que fuese más lucrativa.

Miéntras tanto Jacán daba cuenta de lo ocurrido á sus compañeros, y todos lamentaban la imposibilidad de conseguir su caritativo propósito.

Pasaron algunos dias.

Algunos galileos empezaron á notar la desaparicion del Bautista; pero no les extrañó esto, pues todos creyeron que se habria retirado al desierto, y esperaban que al fin volveria á aparecer, continuando en el ejercicio de su mision.

Mas otros eran los designios del Señor.

Se acercaba ya el momento en que el santo precursor del Mesías terminara su mision y fuese á esperar léjos de este mundo la hora feliz en que los Santos Padres debian tomar posesion del reino de los cielos.

CAPÍTULO VI.

LA VENGANZA DE UNA MUJER.

Era una tarde del mes de Elul[1].

Las cercanías del palacio real de Tiberiades estaban llenas de hebreos que cruzaban diligentes en varias direcciones.

Algunos llevaban ofrendas y regalos dedicados al tetrarca, con el objeto, no sólo de agasajarle, sino tambien con el de manifestar su adhesion y fidelidad, en aquel dia en que se celebraba el aniversario de su nacimiento.

El interior del palacio estaba aquella tarde magnífico y esplendente: en todas las cámaras y salones se veian infinitas lámparas de oro, á cuya luz brillante adquirian un aspecto fantástico aquellas galerías espaciosas, aquellas paredes tan labradas, y en algunos lados cubiertas con ricos tapices de Persia.

Los perfumes que aquel dia se aspiraban en la morada del soberano, eran los más delicados y agradables; y para que nada faltase, resonaban allí los dulces y acompasados

[1] Este mes correspondia al Agosto y Setiembre.

ecos de una música suave, producida por variados y melodiosos instrumentos.

En una de aquellas preciosas cámaras se celebraba un espléndido banquete.

En el testero del salon, que era de forma rectangular, debajo de un hermoso dosel, se habia colocado una larga mesa que se prolongaba por los dos lados, que formando despues ángulos rectos, venian á continuarse paralelamente á lo largo de las paredes laterales, dejando en medio un ancho espacio para los músicos y bailarinas.

Toda la nobleza de la corte asistia aquella tarde al suntuoso festin. Hombres y mujeres se hallaban reunidos, habiéndose colocado sin separacion de sexos; ántes por el contrario, para que la fiesta fuese más expansiva, se habia procurado que la distribucion de los asientos correspondiese á los deseos y á las inclinaciones de los convidados.

Herodes presidia la fiesta, y tenia á su lado á su querida Herodías, que en aquella ocasion estaba ricamente ataviada, y su hermosura no tenia rival, por más que al banquete asistieran muchas y muy bellas hebreas, no ménos ricas y engalanadas.

La fiesta habia comenzado con alguna seriedad y compostura, porque la presencia del tetrarca no dejaba de imponer respeto aun á sus mismos amigos, y á los hebreos poderosos por su influencia y por las riquezas que atesoraban.

Pero el tetrarca quiso dispensarles aquel dia de la severidad de las costumbres palaciegas; y deseando que reinara allí una expansion completa, él mismo excitó á todos con sus palabras á que se expresaran con alguna libertad, ofrecióles los más famosos vinos de sus reales provisiones, y les hizo beber con algun exceso; de manera que mucho ántes

de que el convite se terminara, ya se manifestaba la general alegría en todos los semblantes.

— Salud á nuestro poderoso y magnánimo tetrarca, exclamaba uno de los convidados elevando su copa de oro colmada de vino hasta sus bordes.

— Honrado y enaltecido sea su nombre, gritaban otros.

Y el murmullo de cien conversaciones mezcladas con las armonías de los instrumentos y los himnos que entonaba un coro de doncellas, formaban un estruendo inexplicable.

El banquete era una verdadera orgía, en la cual figuraban las mujeres en primer lugar, y contribuian no poco con sus impúdicas chanzas y con su desenvoltura, en aquellos tiempos inusitada, al entusiasmo general.

No hallamos en los libros santos ejemplos de estas báquicas orgías, que eran más propias y peculiares de los pueblos de Occidente. Pero el trato frecuente con las extranjeras naciones pervirtió á los hebreos, cuyas costumbres severas habian sobresalido en otros tiempos por su sobriedad y por su moderacion.

Los soberanos de Oriente, que quizas habian asistido en Roma á inmundas bacanales, y que acaso en ellas habian tomado parte con el mayor desenfreno, no tuvieron escrúpulo en reproducirlas en sus palacios, aunque el pueblo hebreo se escandalizara y juzgase que aquellas ruidosas fiestas eran contrarias á la ley santa que no podia sancionar tantos excesos.

Asamoneo, aquel personaje tan rígido y austero del que hablamos en los capítulos anteriores, á pesar de su carácter y de su santidad, no habia faltado á este convite. Es verdad que él conservaba su carácter grave y majestuoso, y que en el fondo de su corazon reprobaba los escándalos

á que el banquete daba lugar; pero su presencia estaba justificada. Habia sido invitado por el poderoso tetrarca, y no tuvo razon para excusarse: por eso acudió al palacio para mostrar su obediencia; y no fueron tan sólo su bajeza y cobardía las que le impidieron protestar contra el desenfreno del festin, sino que tambien su adulacion rastrera le movió á lisonjear á Herodes y á aplaudirle por el buen gusto que manifestaba al reunir aquel dia á tantos caballeros ilustres y tantas y tan hermosas cortesanas.

Un grupo de bailarinas se adelantaba al centro del salon disponiéndose para comenzar una danza.

— Atended, exclamó Herodes, porque hoy mandé venir á mi palacio las más bellas y las más graciosas mujeres de la Galilea, para que ejecuten sus danzas á vuestra presencia.

— ¡Famoso ejército! Dijo un centurion contemplando las mal cubiertas formas de aquellas mujeres sin pudor. Con una legion de éstas, yo me obligaria á rendir á los soldados de Filipo y á hacerles entregarnos sus armas y sus castillos.

Un aplauso ruidoso siguió á estas palabras; pero á la voz del tetrarca todos prestaron atencion.

— Quise que fuesen éstas muy hermosas, añadió éste aludiendo á las bailarinas, para que á su lado triunfara la hermosura de mi querida esposa; porque en verdad, Herodías es una mujer digna del emperador más grande de la tierra.

Y embriagado al contemplar la graciosa sonrisa de la que llamaba su esposa, puso su mano en uno de los desnudos hombros de ésta, y se acercó á ella imprimiendo un ósculo en su sonrosada mejilla.

El tetrarca se sentia dominado por sus pasiones violentas.

y no se cuidaba de que toda su corte le mirara en el estado más abyecto de embriaguez y de embrutecimiento.

Ya habia comenzado el baile, y todos celebraban las posturas más ó ménos graciosas é incitantes de aquellas deshonestas mujeres.

Pero así como todos los concurrentes reconocian que su hermosura no era comparable con la de Herodías, así tambien empezaron á decirse unos á otros que en aquel salon habia una niña admirable para ejecutar todo género de danzas, y que no conocia rival entre las bailarinas de la Galilea.

Era ésta Glaphyra, la hija adoptiva de Herodes, aquella jóven risueña y desenvuelta que vagaba siempre por el palacio como la aturdida mariposilla que revolotea en un jardin, sin más norte ni guia que su momentáneo capricho.

Glaphyra se hallaba sentada al lado de Herodes, y no tomaba la menor parte en la alegría de la fiesta. No era su belleza tan extremada y clásica como la de su madre; pero en cambio reunia todas las gracias de la juventud, y con ellas se atraia las miradas amorosas de los jóvenes hebreos que la asediaban por todas partes.

Pero esta niña, harto precoz y desenvuelta, en vez de ruborizarse en las frecuentes ocasiones que se la ofrecian, y en las que otra jóven de su edad hubiera manifestado su pudor, sostenia con firmeza las miradas de sus amantes, tenia sonrisas y desdenes para todos, y les brindaba esperanzas á la par que les humillaba con desprecios.

Las voces de los concurrentes se atrevieron á instar á Glaphyra para que tomase parte en la danza.

En otras circunstancias nadie se hubiera atrevido á indicar este deseo, porque se trataba de la hija de un soberano,

y en aquellos tiempos sólo bailaban en los festines mujeres asalariadas y sin vergüenza que salian de la hez de la sociedad, y sólo penetraban en los palacios renunciando á su honor y al honor de sus familias.

Pero los que así deseaban que la hija del tetrarca se prestara á aquel capricho, sabian demasiado que esta niña no se cuidaba de las conveniencias sociales, y mucho ménos cuando se trataba de secundar sus naturales y libres inclinaciones.

La misma Herodías instó á su hija para que representara tan infame papel, á la presencia del tetrarca y de los convidados.

No se hizo de rogar Glaphyra, y tomando un pandero fué á colocarse en el sitio que ocupaban las bailarinas. Oyóse la alegre música, que se habia interrumpido un momento, y entónces comenzó á danzar con maravillosa agilidad y gracia. Sus saltos, sus vueltas y sus ademanes, demasiadamente expresivos, entusiasmaron á los convidados; no habian visto nunca una figura más esbelta, más ligera, ni que con más gallardía y flexibilidad marcara los compases de la música en medio de su agitada danza. Los aplausos y gritos de regocijo atronaron el salon, y el mismo Herodes fué el que más entusiasmo demostró y se entregó con más frenesí á su loca alegría.

— Pídeme cuanto quieras, la dijo entónces en un momento de arrebato; seria capaz de hacer la mayor locura por complacerte, y te juro que si me pidieses la mitad de mi reino, te lo daria.

Glaphyra entónces cambió una mirada con su madre, y en sus labios sonrosados brilló una imperceptible sonrisa.

En el rostro de Herodías habia leido su más ardiente de-

seo; los negros ojos de la madre, en aquel momento, acertaron á expresar todo el odio, todo el resentimiento y toda la vehemencia con que aquella implacable mujer ansiaba la ruina del humilde precursor del Mesías.

La hija del tetrarca comprendió todo cuanto expresaba la mirada de su madre, y sólo contestó á ella con un ligero y gracioso movimiento de cabeza, que queria decirla: «Madre, tu deseo será cumplido: ese hombre morirá;» y dirigiéndose á Herodes, le dijo con descaro:

— Tetrarca, mira bien lo que ofreces.

La intencionada respuesta de la niña, pronunciada con seriedad, no hizo disminuir el entusiasmo del soberano, el cual exclamó sonriendo:

— Sí, haces bien; no me llames padre, porque cuando se trata de cumplir una oferta es más inflexible el tetrarca que el padre; mas para que veas cuánto fio en satisfacer el imposible que sin duda piensas reclamarme, sean los presentes testigos de que haré lo que me mandes, y de que te otorgaré la peticion que te he ofrecido bajo juramento.

— Pues bien, dijo Glaphyra, no te pediré tu reino, ni tus tesoros, ni que renuncies á tus esperanzas, ni ese imposible que esperas oir de mis labios. Lo que voy á pedirte es que ejercites un acto de justicia.

— Espero que me digas tu pretension, replicó Herodes impaciente.

Glaphyra habló entónces con su madre, y preguntando á ésta qué pediria, Herodías le contestó que no pidiese otra cosa que la cabeza del Bautista.

Entónces, volviéndose á aquel con gracia, le dijo:

— Tetrarca, ya lo sabes; quiero que al momento me traigan en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista.

No esperaba Herodes esta peticion tan singular en aquellas circunstancias, por cuya razon no pudo disimular, al oirla, la gran sorpresa que le causara y la repugnancia que sentia al confirmarla en virtud de su juramento. Retrocedió con horror, conociendo la irreflexion con que hiciera su imprudente promesa, y quedóse indeciso sin saber qué contestar; pero despues, repuesto de aquella desagradable impresion, exclamó:

— Creo que me has hablado de un acto de justicia, y no me parece justa tu demanda. Ese hombre es uno de mis súbditos...

— ¿Y vacilas, tetrarca?... ¿Has olvidado ya tu juramento?

— Nunca mi palabra puede obligarme hasta el punto de hacerme cometer una injusticia.

Asamoneo, que estaba presente, se atrevió á dirigirse á Herodes diciéndole:

— ¿Por ventura ese hombre cuya cabeza se te pide, no es un perturbador que trae revueltas las gentes de Galilea, acaso con el fin de arrebatarte tu poder cuando ménos lo esperes?

— Has empeñado tu palabra, exclamaron todos los adoradores de la bailarina.

— El juramento es sagrado, añadió Asamoneo.

Herodes sentia gran repugnancia en acceder á lo que su hija y sus amigos pretendian; pero todos le recordaban su solemne promesa, y hasta el respetable Asamoneo le instaba, interponiendo su autoridad en pro de tan infame demanda.

— Sea lo que quereis, dijo al fin. El tetrarca de Galilea no faltará á sus juramentos.

Y dirigiéndose al jóven centurion que se hallaba al lado de su hija,

— Enác, le dijo, ve inmediatamente al castillo de Maquerontta, y tráeme la cabeza del Bautista.

Una salva de aplausos siguió á esta órden brutal, digna de aquellos malvados que, entregados á la embriaguez, no podian considerar cuán infame era su conducta, y hasta qué punto les conducia su miserable adulacion.

Enác salió á cumplir las órdenes del tetrarca, no sin cambiar ántes algunas palabras con la hermosa bailarina.

— Ve, no tardes, dijo ésta despidiendo al centurion. Hoy te se ha presentado una ocasion de servirme al paso que obedeces á mi padre. Yo en pago, prometo recompensar tu diligencia.

Herodes pasó su mano por la frente, como si quisiera arrancar de su imaginacion la idea horrible que presentaba á sus ojos un lago de sangre. Era preciso que la fiesta continuara, y que aquel incidente no interrumpiese la general alegría.

— Ahora, amigos, dijo en alta voz, llenad vuestras copas y bebed: y tú, mi amada Herodías, no me hables sino de tu amor y de nuestra felicidad.

Pero era vano este deseo; aquella mujer, que tan satisfecha estaba con haber realizado su venganza, no podia sentir alegría ni felicidad, porque tambien veia con horror un cadáver ensangrentado; porque en su pecho empezaba á sentir un cruel remordimiento; porque creia haber escuchado una terrible maldicion.

Los convidados olvidaron más fácilmente aquella escena. Ellos al fin habian abogado por que se cumpliese un solemne juramento, y con esto les parecia que la expiacion de aquel cobarde asesinato, no podia ni debia recaer sobre ellos.

Tal es la condicion de los hombres pervertidos y crueles.

Ellos siempre encuentran disculpas y justificaciones para sancionar sus más abominables delitos.

La fiesta se prolongó algunas horas, durante las cuales todos mostraron á porfía su locuacidad y su regocijo.

Cualquiera persona que hubiese penetrado en aquel magnífico salon, apénas hubiera podido juzgar de las sensaciones que en aquellos instantes experimentara cada uno de los que tomaban parte en el festin.

Sin duda alguna diria que todos y cada uno de los concurrentes gozaban de una inmensa felicidad, y que aquella noche el pesar y la amargura habian huido del palacio del tetrarca.

Mas llegó el momento en que los cortesanos volvieron á sus casas, y en que el espléndido anfitrion se retirase á su cámara.

Entónces Herodes tuvo miedo, y se arrojó en su lecho atormentado por lúgubres y horribles presagios; á pesar de los excesos que habia hecho y del cansancio natural que debia sentir su cuerpo, el sueño huyó de sus ojos, y huyó tambien la tranquilidad del magnífico aposento en que yacia el cobarde asesino del Bautista.

Y en vano cerraba sus párpados para no ver los sangrientos fantasmas que se le representaban en ademan amenazador; en vano ocultaba su cabeza entre los finísimos lienzos que cubrian su lecho; el castigo de su maldad empezaba á emponzoñar su existencia. Los remordimientos punzaban horriblemente la conciencia de aquel perverso; y cuando los rayos del sol empezaban á iluminar los dilatados horizontes, y su claridad venia á reemplazar á los moribundos resplandores de las lámparas que ardian en el aposento del tetrarca, éste aun no dormia: su terror no habia cesado.

El tirano que en tantas ocasiones habia dado muestras de energía y de crueldad, lloraba entónces como una débil mujer, y se avergonzaba de su propia flaqueza.

Pero el criminal más avezado tiene momentos en que, desconociendo su fuerza y sintiéndose desfallecido, cae en una postracion y abatimiento que parecen inverosímiles ante los ojos de los que han presenciado sus crímenes y sus violencias.

Preciso es confesar que no pueden tanto para estos hombres las amenazas y los castigos, como el silencio y la soledad, como la impunidad y los remordimientos.

CAPÍTULO VII.

MUERTE DEL BAUTISTA.

El mismo dia en que se celebró la fiesta que ha sido objeto del capítulo anterior, Jacán y otros discípulos del Bautista llegaron al castillo de Maquerontta, en busca del soldado Malco.

— Hé aquí el dinero que nos has pedido. Ahora es necesario que satisfagas nuestro deseo.

— ¿Sí? Veamos cuánto traeis.

Y llevándolos á un sitio apartado de las inmediaciones del castillo, contó una por una las monedas que aquellos hombres le traian, y que quizas habian juntado á costa de grandes sacrificios.

— Está bien, dijo. Haré lo que prometí; quitaré á vuestro maestro las más pesadas cadenas, le haré pasar á otro calabozo, y para que veais que hago más de lo que me pedís, le regalaré con un pedazo de pan del que nos traen para nuestras comidas.

— ¿Y nada más? Preguntó Jacán con ansiedad. ¿Te olvidas ya que me prometiste que harias de modo que yo pudiera visitarle?

— Eso es más difícil; pero mañana están los presos á mi cuidado, y yo procuraré serviros. No quiero que digais que fuí pródigo en prometer, y demasiado parco en cumplir mis ofrecimientos. Me precio de ser fiel esclavo de mis palabras, y desde ahora os aseguro que aun haré más de aquello á que estoy obligado.

— Pues bien, dime, ¿cuándo vendré?

Meditó un poco el soldado, y dijo despues:

— Venid mañana al amanecer, á la puerta del castillo.

— ¿Y veremos á nuestro maestro?

— Sí, contestó secamente volviéndoles la espalda, y pensando ya en la distribucion de las monedas, que habia guardado cuidadosamente.

Despues de esta escena, los discípulos de Juan se retiraron contentos, y Malco acudió á entregar á sus compañeros una mezquina parte del dinero recibido.

El codicioso soldado se prometió hacer el reparto muy á su gusto, confiando en que los engañaria.

Pero éstos desde luégo sospecharon que Malco no obraba con legalidad; parecíales que el servicio no estaba suficientemente remunerado; consideraban que su compañero habia prometido mucho y que mostraba gran empeño en servir á los discípulos de Juan, y por último, que su solicitud era una afirmacion segura de su sospecha.

Bien hubieran querido registrarle; pero como Malco era temido aun por sus mismos compañeros, no se determinaron á provocar una contienda, que no podia terminar sin acudir al argumento de sus espadas.

Pero aquella misma tarde, un incidente inesperado vino á descubrir el fraude que hasta entónces se habia resuelto muy á satisfaccion de Malco.

Aburríanse los guardadores del castillo de Maquerontta, reducidos á no separarse de sus cercanías, y entregados á una contínua ociosidad: esto les hacia inventar entretenimientos y ejercicios para distraer las horas del dia, que pasaban para ellos muy lentamente.

Uno de los soldados manifestó á sus camaradas que se atreveria á saltar el ancho foso, sin más auxilio que una tabla colocada de manera que acortase un poco la distancia.

Este salto difícil, que fué ejecutado con buen éxito, suscitó la emulacion de aquellos hombres, que rivalizaban en fuerza y agilidad.

Algunos se atrevieron á seguir el ejemplo del primero que dió felizmente aquel peligroso salto, y Malco, que pretendia ser el más hábil en toda clase de ejercicios militares, no vaciló en lanzarse á traves del ancho foso, sin meditar el riesgo á que se exponia.

Colocóse á su vez en el lado exterior del foso, y partiendo á la carrera con gran violencia, salvó el espacio con aplauso de sus amigos; pero al descender al lado opuesto desprendiósele la bolsa en que llevaba guardadas las monedas que le entregara Jacán, y éstas rodaron al suelo á la presencia de todos los soldados, que al momento conocieron que sus sospechas habian sido ciertas.

Sabian demasiado que Malco no era hombre capaz de conservar el dinero que en otras ocasiones habia adquirido, y por otra parte, su soldada no le permitia aquel ahorro.

Acercáronse á él y le acusaron desembozadamente de aquella especie de hurto, amenazándole, si no se prestaba á repartirlo como era razon.

Malco no quiso gastar el tiempo en explicaciones, y des-

envainando su ancha espada, se dispuso á herir al primero que se adelantara en ademan hostil.

El desenlace de aquella escena no se hizo esperar. Malco tenia algunos amigos que se pusieron de su parte, y en un momento unos y otros se acometieron furiosamente trabando un sangriento combate, en el cual fueron algunos víctimas de su desenfrenado furor.

No faltaron allí soldados que trataran de apaciguarles y de hacerles obedecer al jefe ó guarda mayor que les capitaneaba; pero fué inútil su propósito, pues todos concluyeron por no entenderse y por herirse unos á otros con implacable ira.

En aquel momento llegaba Enác al castillo de Maquerontta, seguido de algunos soldados de su centuria; y viendo que aquella contienda no podia terminarse sin la intervencion de sus servidores, mandó á éstos que acudieran al lugar de la reyerta, y él mismo les guió hácia el grupo de los indisciplinados combatientes.

La presencia del centurion hizo su efecto, pues luégo que le vieron los guardadores de la fortaleza, ocultaron sus armas y saludaron medrosos al jefe que tan oportunamente habia llegado.

Las consecuencias de aquella bárbara lucha fueron peores que las que ella por sí sola hubiera producido, pues no contento Enác con la sangre derramada, hizo degollar á aquellos á quienes creyó más culpables, dejando con vida á Malco, el cual supo defenderse de los cargos que contra él resultaban.

Sin embargo, perdió en la pelea todo el dinero que le entregara Jacán, y tuvo buen cuidado de hacer que no se averiguara la causa verdadera que motivó el combate.

A la verdad, todos tenian interes en que no se supiera el concierto que Malco habia hecho con los discípulos de Jacán, porque todos eran cómplices de aquel delito.

Restablecido el órden, preguntó Enác por el soldado que tenia las llaves de los calabozos, y á cuyo cargo estaban los presos.

Presentóse Malco con ademan respetuoso.

— Ve, le dijo Enác, y tráeme la cabeza de Juan el Bautista.

Malco se inclinó haciendo señal de obediencia, y penetró en las galerías subterráneas del castillo, murmurando:

— Hé aquí que se me presenta una ocasion de cumplir con esos mendigos, otorgándoles un nuevo favor que no me habian reclamado.

Y sin detenerse llegó al calabozo donde se hallaba el santo precursor del Mesías, entregado á la contemplacion y pronunciando fervorosamente las amorosas palabras que le dictaba su fe y devocion ardiente.

— Juan, dijo el soldado, si eres un santo, ya puedes buscar un medio de librarte de mi espada, pues de otro modo no respetará ésta tu santidad, ni la fama que has dejado en los pueblos de Bethania.

El santo Bautista, ni mostró cobardía, ni el terror que inspira la terrible espada que se levanta para herirnos sin piedad.

— Mi vida, exclamó tranquilamente, es del Dios Todopoderoso que me la ha otorgado, y sólo á El le es dado disponer de ella. Hiere sin temor, y el cielo se apiade de tí.

— El verdugo no entendió estas palabras ó no las escuchó; y como no tuviera costumbre de emplear largos razonamientos cuando visitaba á sus presos, adelantóse resuel-

tamente, desenvainó su espada, y levantando su robusto brazo descargó el golpe fatal. Ni una queja se escapó de los labios del Bautista: aquel santo fué tan digno y valeroso en su muerte, como lo habia sido durante su vida. Aun tuvo necesidad de herir nuevamente el impío verdugo; pero esta vez, al descender la espada sobre el desnudo cuello de la víctima, la cabeza quedó separada del tronco, y éste quedó bien pronto yerto é inanimado.

Dios habia aceptado las obras de virtud de aquel santo mártir, y le preparaba fuera de este mundo la más dichosa recompensa.

. . . . . .

Aquella misma noche, Enác volvia á la ciudad muy satisfecho de haber desempeñado su cometido. Acordábase de Glaphyra y de la recompensa que la desdeñosa niña le ofreciera al abandonar el magnífico salon donde habia lucido su gracia y extremada gentileza.

Entregado á sus esperanzas, y aguijoneado por sus torpes é infames pensamientos, caminó toda la noche ansiando el momento de entregar á su adorada aquel extraño presente, debido á la cruel condescendencia de un padre, y á la diligencia de un amante que por ella no hubiera nunca vacilado en cometer los delitos más atroces.

Al dia siguiente de aquel en que tuvo lugar el famoso convite que se celebró en el palacio del tetrarca con motivo de sus cumpleaños, un esclavo penetró en la cámara real.

— ¿Qué quieres? Le dijo Herodes.

— Enác ha vuelto del castillo de Maquerontta.

El tetrarca se estremeció, y no dejando que su esclavo continuase,

— Bien, dí á Enác que ponga esa cabeza en una bandeja,

y se la presente de mi parte á Glaphyra; y ahora vete de aquí. No quiero ver á nadie.

El acento con que pronunció Herodes estas palabras causaron miedo al esclavo, que nunca habia visto á su señor en aquel estado de ira y de terror á un mismo tiempo.

—¡Malditos sean todos los que me rodean, murmuró con ira reconcentrada; ellos son la causa de mis maldades! Los remordimientos me persiguen; pero en medio de esta situacion tengo sed de sangre y de venganza, y será preciso que mi furor caiga sobre las cabezas de esos viles aduladores.

En aquella ocasion hubiera cometido el tetrarca nuevos asesinatos, si se le hubiesen presentado los mismos que en la noche anterior le victoreaban, y á quien él habia dado el título de amigos y de servidores.

Sigamos al esclavo portador de las órdenes de su señor, y lleguemos con él á la galería donde Enác quedara esperando ser recibido en la real habitacion.

Glaphyra no se habia descuidado, y ya estaba conversando con el jóven centurion.

—Toma, la dijo éste, ya tienes cumplido tu deseo; no puedes decir que el que te ama ha tardado en complacerte.

Y al decir estas palabras colocaba en una bandeja la cabeza de Juan, y se la presentaba á la bailarina.

—Enác, respondió ésta, veo que desempeñas bien las comisiones que se confian á tu cuidado.

Y con la mayor indiferencia se puso á examinar aquella cabeza ensangrentada.

El centurion, viendo á su amada distraida, se inclinó un poco, y tomándola una mano, estampó en ella un ardiente beso.

—No te descuidas, Enác, dijo Glaphyra sonriendo. Veo

que no quieres esperar á que yo te conceda mis favores; pero seria bueno que meditases que la hija del tetrarca no es tan escrupulosa como su padre, cuando se trata de corresponder á sus ofrecimientos. Vuelve á tu posada y espera. Miéntras tanto, sabe que no te mira con indiferencia la que en este momento te despide.

Tomó Glaphyra la cabeza del Bautista y corrió llena de gozo al lujoso recinto de su madre, donde reclinada muellemente sobre un labrado almohadon de pluma, aguardaba ésta con agitacion el instante en que la anunciaran que su venganza habia sido cumplida.

— Madre, exclamó Glaphyra, aquí tienes la cabeza de aquel hombre á quien tanto aborrecias; Enác ha desempeñado cumplidamente su mision.

Herodías, entónces, acudió á cerciorarse de que su deseo se habia ya realizado. Una sonrisa de satisfaccion brilló en sus labios, y despertándose todo su odio reconcentrado, contempló con fruicion la inanimada cabeza que su hija la presentaba.

Pero de repente lanzó un grito, y retrocedió con horror hasta un ricon de su aposento.

— ¡Esos ojos! Dijo con espanto. ¡Esos ojos se han dirigido á mí! He leido en ellos una amenaza. ¡Ese hombre aun me persigue desde la tumba!

Y trémula y temblorosa, rogaba á su hija que apartara de su vista aquel objeto que no podia mirar sin estremerse, ni recordar sin miedo.

La cabeza del Bautista no estaba animada como suponia ó habia creido la adúltera esposa de Filipo. Es verdad que entregada á las sacrílegas manos de sus verdugos, nadie se habia cuidado de cerrar los ojos al santo mártir, y esta cir-

cunstancia, sin duda, fué la causa que produjera el espanto de su enemiga.

Un horrendo crímen pesaba en la conciencia de aquella mujer, y esto la robaba todo su valor; pero al mismo tiempo la mujer rencorosa aun meditara alguna nueva venganza, si ésta pudiera traspasar los límites que ya habia trazado la inflexible guadaña de la muerte.

Sin embargo, Herodías se acordó de que la infamia aun podia manchar la memoria de los muertos, y lograr que la pública execracion hiciese aborrecibles hasta las tumbas de aquellos que en vida habian figurado en la lista de los foragidos y de los grandes criminales. Dirigiéndose entónces á su hija, exclamó:

— Glaphyra, manda á mis esclavos que coloquen esa cabeza en la punta de una pica, y la pongan en la puerta grande de Genezareth, para que sirva de escarnio á la plebe y de escarmiento á los sediciosos é ignorantes que han pretendido seguir las huellas de ese Bautista, y que le han venerado como á un profeta.

Esta órden de la pérfida Herodías fué cumplida inmediatamente; pero no sucedió lo que ella deseaba.

Muchos galileos, al ver la cabeza del santo precursor expuesta á las miradas no siempre compasivas de la plebe, protestaron de aquel asesinato cruel, maldijeron á Herodes y á su adúltera esposa, y les juraron eterno aborrecimiento.

Empero la justicia de Dios preparaba la expiacion de este horrible delito, y no concluiremos esta historia sin que el lector sepa el fin que tuvieron el tetrarca, Herodías, y la jóven é impúdica bailarina.

CAPÍTULO VIII.

ENTERRAMIENTO DE SAN JUAN.

Despues que tuvo lugar en el castillo de Maquerontta el feroz asesinato de San Juan, retiróse Malco á un salon bajo donde se acuartelaban todos los guardadores de la fortaleza, y dejóse caer sobre su lecho, no como el hombre agobiado por una pasion de ánimo, sino como el jornalero que despues de un dia de mucho trabajo vuelve á su hogar y se entrega al sueño con la tranquilidad del hombre que ha llenado aquel dia todos sus deberes.

Aun no habia llegado para Malco la hora de la expiacion; y como su escasa inteligencia nada le dictaba en aquel entónces, y como su endurecido corazon no estaba acostumbrado á conmoverse ante los dolores y agonías de la humanidad, no sintió más que el cansancio natural, despues de los sucesos en que tomó parte desde que tuvo la entrevista con los discípulos del Bautista.

— Es verdad, pensaba miéntras se iba despojando de su ceñidor y de su espada, es verdad que los denarios de Jacán no han parecido; pero no puedo quejarme, porque he librado mejor de lo que esperaba. Enác ha debido mandarme

degollar, y no haciéndolo ha cometido una injusticia; mas no me pesa: me han dejado vivo y aleccionado. Juro que otra vez haré tratos más ventajosos, y yo me arreglaré para no partir con nadie las utilidades.

Y entretenido con estas imágenes tan halagüeñas, quedóse dormido, sin advertir que tenia sus manos y sus vestiduras manchadas de sangre inocente, y sin meditar que la justicia de Dios, más tarde ó más temprano, habia de castigarle con espantosa severidad.

. . . . . .

El alba comenzaba á despuntar, y los soldados iban dejando sus lechos. Abriéronse las puertas del castillo, y el soldado que lo hacia observó que hácia la parte de afuera, y al lado opuesto del foso, habia algunos hombres que sin duda esperaban la ocasion de poder dirigirse á los soldados del tetrarca.

—¿A quién buscais? Les dijo.

—Buscamos á Malco, respondió el más anciano.

—¿Malco?... No dudo que os dará buena cuenta de su persona.

Y dirigiéndose al salon en que aquel dormia aun,

—Vamos, le dijo, levántate y acude, porque unos hombres preguntan por tí.

—¿Y para qué? Exclamó Malco bostezando.

—Sin duda son los discípulos de Juan, que quieren que alivies á su maestro del peso de sus cadenas, y que le ofrezcas más cómodo alojamiento, contestó el soldado con ironía.

—Pues diles que ya lo hice anoche... pero aguarda, no quiero que esas gentes puedan quejarse mañana de mí; voy á hacer más de lo que les prometí. Es necesario que tú me acompañes.

Levantóse Malco, tomó una antorcha, y luégo que la hubo encendido, se dirigió con su camarada al calabozo donde yacia el cuerpo de San Juan.

— Ayúdame, y despachemos este negocio, que ya nos va dando mucho que hacer.

Tomaron entre los dos aquel cadáver mutilado, y bien pronto le subieron hasta el vestíbulo. Dejáronle á la puerta del castillo, y entónces Malco, acudiendo al sitio en que estaban los discípulos de Juan, les dijo:

— ¿No queríais ver á vuestro maestro? Pues venid y os le entregaré para que hagais de él lo que os conviniere.

No entendieron estas palabras los sencillos prosélitos del Bautista, y llenos de esperanza se atrevieron á pasar el puente que servia de entrada al castillo.

— ¿Dónde está el Bautista?

— Juan, por fin te devuelven tu libertad. Aquí tienes á tus discípulos, que jamas te abandonaron.

Creian que las palabras de Malco les anunciaban una buena nueva, y llenos de alegría se adelantaban para recibir en sus brazos al prisionero; mas como no le vieran en el vestíbulo,

— ¿Dónde está Juan? Volvieron á preguntar.

— Ahí le teneis, dijo Malco con imperturbable sangre fria, mostrándoles el cadáver que acababan de extraer del calabozo.

Los discípulos del santo Bautista lanzaron un grito de horror, y llenos de indignacion se dirigieron despues hácia Malco, á quien hubieran maltratado en medio de su furor, si éste no les dijese con tranquilidad:

— Esperad, que no he sido yo quien ha mandado degollar

á vuestro amigo, aunque se haya fiado á mi brazo la ejecucion de su sentencia.

— Entónces, habla pronto y dinos quién ha sido...

— No os entregueis demasiado á vuestro furor, porque de nada os servirá.

— Pero esa órden...

— Esa órden la ha dictado Herodes Antipas, el poderoso tetrarca de la Galilea.

Este nombre odioso colmó la desesperacion de aquellos respetuosos discípulos de Juan. Nada podian hacer para vengar la muerte de aquel hombre tan virtuoso é inocente; tornaron su mirada hácia su cadáver, y entónces el más doloroso sentimiento embargó sus corazones.

Jacán era uno de aquellos galileos, el cual comenzó á suspirar y á derramar tristes lágrimas; rasgó sus vestiduras y se entregó á los ímpetus de su dolor, al considerar que habia perdido para siempre un modelo de virtud y un amigo, á quien debia la luz celestial que iluminaba su espíritu.

Y como estas manifestaciones del profundo sentimiento que les embargara molestara á los soldados que presenciaran aquella escena, no faltó uno que les dijera:

— Ea, llevaos pronto ese cadáver, si no quereis que os ahorremos el trabajo de darle sepultura. El foso está bien cerca, y le arrojaremos en él como no tomeis vosotros ese cuidado.

— Sí, sí, dijeron los discípulos de Juan; llevémosle á algun sitio donde no nos le puedan robar, y despues le sepultaremos en algun huerto. Al ménos podremos llorar al lado de su tumba. Jacán ayudado de sus compañeros, alzaron el cuerpo de San Juan, y se alejaron del temible castillo de Maquerontta, teniendo cuidado de buscar las veredas

más solitarias, pues aun temian que una nueva órden del tirano viniese á arrebatarles su preciosa carga.

Habíanse informado de que la cabeza del Bautista habia sido llevada á la ciudad de Tiberiades, y desde luégo Jacán concibió el proyecto de rescatarla para unirla al sagrado cuerpo de su querido maestro.

Resueltos á llevar á cabo este propósito, luégo que hubieron depositado aquellos venerables restos en una choza de pastores, acordaron que uno se quedaria allí custodiándolos, y que los demas irian á la ciudad sin perder un dia, pues el cuerpo de San Juan no podia permanecer insepulto.

Hiciéronlo así con la mayor diligencia, y aquel mismo dia, á la caida de la tarde, Jacán y sus amigos se dirigian á la puerta de Genezareth, bien ajenos de que tan pronto habian de hallar lo que buscaban.

La casualidad, ó mejor dicho el favor del cielo, hizo que los piadosos caminantes hallarán el objeto que les llevara á Tiberiades.

La cabeza del Bautista estaba colocada en el sitio y forma que hemos indicado en el capítulo anterior.

Pero todavía se necesitaba una ocasion oportuna para quitarla de aquel lugar, y esto no era tan fácil.

—Aguardemos á que sea bien de noche, y entónces, á favor de la oscuridad, cumpliremos el último deber que nos impone nuestra gratitud y nuestro cariño.

Con harta impaciencia esperaron algunas horas; pero al fin llegó un momento en que no se divisaba á nadie en el camino, la puerta se habia cerrado, y yacian solitarias las casas que lindaban con la muralla.

Todavía les faltaba vencer otra dificultad.

Era necesario trepar por las piedras que formaban los lados del arco que permitia la entrada á la ciudad. Estas piedras estaban muy pulidas y resbaladizas, por cuya razon se necesitaba mucha fuerza y agilidad para subir al punto en que estaba clavada la pica, y para arrancarla del sitio en que se habia fijado.

Pero el ardiente deseo de Jacán le hizo sobreponerse á su ancianidad, y él fué el que llevó á cabo esta arriesgada ascension, ayudado por sus amigos, que no demostraron ménos la piedad que les impulsaba.

Conseguida la adquisicion de ella, se alejaron precipitadamente de la ciudad, volviendo á tomar el camino de la escondida choza en que se hallaba el cuerpo del Bautista; y habiendo llegado á ella con felicidad, verificaron aquella misma noche el enterramiento, y más tarde, ayudados por otros de sus amigos más poderosos, le hicieron construir en Sebaste, ciudad de la Samaria, un magnífico sepulcro, al que trasladaron á San Juan, poniendo su cabeza en una urna separada.

En tiempo de Constantino el Grande fué hallada la cabeza del Bautista, y la llevaron con gran solemnidad á Constantinopla, de donde se trasladó con el tiempo á la capital del mundo cristiano, en donde aun se venera la mayor parte de ella.

LIBRO SÉTIMO.

LA SAMARITANA.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL CISMA DE SAMARIA.

Entre los pueblos de la Judea y los de la Galilea, existia en tiempo del nacimiento de Jesucristo una provincia que formaba parte del territorio sometido al poder de Herodes el Grande.

Esta provincia era la Samaria, capital que fué del reino de Israel, y en cuyo suelo habian tenido lugar muy importantes y famosos acontecimientos, que influyeron notablemente en la historia del pueblo israelita.

Pero á pesar de que la Samaria estuvo bajo el mismo dominio que la Ithurea, la Galilea y la Judea, y de que obedeció con éstas á un mismo gobierno, puesto que las cuatro provincias constituian el territorio de un solo reino, no fué aquella tan respetada de los hebreos que habitaban en otras provincias, como parece natural, tratándose de territorios que se hallaban en iguales condiciones, y cuyas costumbres y religion eran casi idénticas.

Los samaritanos, sin embargo, no eran considerados como

judíos. Éstos los aborrecian hasta el extremo de excusar todo trato y comunicacion con ellos, y de tener como un gravísimo insulto el calificativo de samaritano.

En alguna ocasion los judíos quisieron despreciar á Jesucristo, y lo hicieron exclamando:

— «Tú eres samaritano.»

Lo cual queria decir: Tú eres enemigo de la ley de Moisés y de la religion de nuestros padres.

La causa de este odio tan irreconciliable era muy antigua, y fué producida por los particulares sucesos que vemos en la historia de este pueblo.

En un principio, la Samaria fué el territorio que habitaron las tribus de Ephrain y de Manasés, las cuales fundaron y se establecieron en pequeñas ciudades, que con el tiempo fueron ensanchándose, y llegaron á rivalizar con las mejores de las naciones y comarcas circunvecinas.

Una de estas ciudades, quizas la más hermosa y mejor situada, fué Shichen, establecida en medio de un estrecho valle, entre los montes de Hebal y de Garicim, aquel á la parte del Norte, y éste á la del Mediodía.

El país era húmedo y lluvioso, pero muy fértil y apacible, y estaba regado por torrentes cristalinos y mansos arroyuelos.

Shichen era ya una gran ciudad en tiempo de Salomon, y cuando ocurrió la muerte de este santo rey, fué teatro de interesantes escenas que se consideran como las primeras causas que empezaron á influir en la separacion de los hebreos y los israelitas, que posteriormente sólo se llamaban samaritanos.

Roboan habia sido designado por el pueblo de Israel para ocupar el trono de Salomon, su padre; pero á este tiempo,

y ántes de que aquel fuese ungido y declarado rey, Jeroboam, hijo de Nabáth, vino de Egipto á Shichem, y presentóse al hijo de Salomon, acompañado de una multitud de israelitas.

— «Tu padre nos impuso un yugo muy duro, le dijeron, y así ahora tú suaviza un poco la extrema dureza del gobierno de tu padre y del pesadísimo yugo que puso sobre nosotros, y te serviremos»[1].

Roboam no quiso contestar al momento á esta justa peticion, y mandó á Jeroboam y á sus gentes que volviesen pasados tres dias, durante los cuales aquel tomó consejos de los ancianos y de los jóvenes que se habian criado con él; y desechando las prudentes observaciones de los primeros, adoptó el parecer de los segundos; y en su consecuencia, cuando llegó el caso de contestar á los israelitas, les dijo con dureza:

— «Mi padre puso un yugo pesado sobre vosotros, mas yo añadiré aun á vuestro yugo: mi padre os azotó con correas, mas yo os azotaré con escorpiones.»

El pueblo, entónces, se separó de la obediencia del hijo de Salomon diciendo:

— ¿Qué tiene que ver la familia de David con nuestras tribus? Gobierne Roboam segun le pareciere su tribu de Judá, ya que por ser nieto de aquel rey le corresponde el trono, y no se ocupe de nosotros, que ya buscaremos quien nos gobierne.

Y así sucedió: Roboam reinó sobre los hijos de Israel que habitaban en las ciudades de Judá, y la casa de David se separó de las tribus que estaban establecidas en Samaria.

[1] Libro III de los Reyes, Cap. XII.

Jeroboam fué el rey de los samaritanos, y reedificó á Shichem; pero esta separacion del pueblo escogido dió lugar á un accidente no previsto, y que obligaba á que las tribus separadas de la obediencia de Roboam tuviesen que volver á someterse á él, porque correspondiendo todas las tribus á un mismo pueblo, y estando unidas por el santo vínculo de la religion, los samaritanos no tenian otro lugar donde acudir á ofrecer á Dios sacrificios que Jerusalen, donde reinaba la casa de David.

Para salvar esta dificultad, Jeroboam acudió á un medio impío y reprobado que sólo le pudo inspirar su desmedida ambicion y deseo de conservar su poder.

Este medio se redujo á fundar una nueva religion, único medio de que las tribus de la Samaria quedaran independientes y completamente separadas de las otras tribus.

Resuelto á llevar á cabo este propósito, mandó construir dos becerros de oro, y dijo al pueblo:

— «No querais en adelante subir á Jerusalen. Aquí tienes, Israel, tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto.»

Y desde entónces los samaritanos adoraron á los astros y á los bosques, abandonando su santa religion para arrojarse en brazos de la idolatría.

Jeroboam reinó en Samaria, estableciendo su corte en Shichem, y le sucedieron sus hijos y sus nietos, si bien más tarde se restableció en Samaria el verdadero culto.

Pero la poderosa mano del Señor quiso castigar la infidelidad de su pueblo, y permitió que Salmanasar, rey de los asirios, subiera contra Samaria y la tomase á sangre y fuego, haciendo en todo su territorio grandísimos estragos.

La suerte de los israelitas fué muy desgraciada en esta ocasion, pues el vencedor les hizo cautivos y les dispersó

por sus estados, llevando á Samaria gentes de la Babilonia, de Cutha, Aváh, Ensáth y Sepharoaim, las cuales poseyeron el país que habian disfrutado los israelitas.

Pero los nuevos moradores de aquel país conquistado, no adoraban al Señor sirviéndole con el culto que le era debido: ejercian un culto idólatra en una tierra que pertenecia á los fieles adoradores del Señor, y por eso fueron castigados, enviando Dios contra ellos leones que les daban la muerte.

Sabido esto por el rey de los asirios, dispuso que llevaran allá uno de los sacerdotes cautivos para que enseñase á los conquistadores el modo con que habian de adorar al Señor; y habiendo sido el enviado un anciano venerable llamado Bethel, éste fué el que llevó á cabo el oportuno mandato de Salmanasar.

Entónces los nuevos habitantes de la Samaria, mezclados con algunos israelitas que allí habian quedado, y de algunos otros á quienes se les permitió volver á sus ciudades, formaron un nuevo pueblo, cuya religion fué en un principio idólatra, y adoraron cada uno á la divinidad que le era reconocida en la tierra. Mezclaron despues este culto profano y el del Señor, que les enseñó el sacerdote Bethel; y cuando despues renunciaron enteramente á la idolatría para abrazar la ley del Señor, no se distinguieron ya de los judíos, sino en que de toda la Escritura sólo reconocian el *Pentateuco* como verdadero y canónico, porque los otros libros de la Escritura, segun el modo de opinar de ellos, habian sido compuestos por los judíos, despues de su division. Conservaron este libro escrito en los primitivos caractéres hebreos, miéntras los judíos, dejando los suyos, tomaron las letras caldeas, cuya lengua aprendieron durante su cauti-

verio, siendo ésta la diferencia que se notaba entre el *Pentateuco* que usaban los judíos y el de los samaritanos.

La division entre estos dos pueblos consistia en que los samaritanos sostenian que era necesario adorar á Dios sobre el monte Garicim, donde los patriarcas le habian adorado; pero los judíos querian que no se le ofreciesen sacrificios sino en el templo de Jerusalen, y este fué el principal fundamento de la oposicion que separaba á los unos de los otros.

Fuera de esto, todos tenian la misma creencia, adoraban al mismo Dios, esperaban el mismo Mesías, y observaban exactamente la ley de Moisés[1].

Pero cuando lucieron dias de bonanza para el pueblo judáico, y los cautivos pudieron regresar á sus ciudades ejerciendo su culto y volviendo á sus antiguas costumbres con entera libertad, entónces volvió á suscitarse el antiguo cisma de los samaritanos.

El templo construido en Jerusalen por Salomon, habia sido derribado, y era necesario construirle de nuevo. Entónces fué cuando los samaritanos se opusieron abiertamente á que el templo se reconstruyera en Jerusalen, debiendo erigirse en la Samaria, fundándose en que en este territorio habia Moisés adorado al Señor, mandando erigir un altar de piedra en el monte Garicim, y en que por su antigüedad y sus recuerdos, era aquel el lugar más digno de tener en su seno el nuevo templo.

Como era natural, los judíos de las demas provincias de la Palestina no consintieron en esta innovacion, no pudiendo lograrse nunca un acuerdo entre samaritanos y judíos.

[1] P. Scio, notas de *La Biblia*.

De aquí resultó que aquellos reedificaron el templo en Jerusalen, y éstos adoraron al Señor en el monte Garicim, donde erigieron otro templo, el cual fué destruido por Hircano, ciento veintiseis años ántes de Jesucristo.

Esta independencia de los samaritanos fué condenada severamente por los judíos, y avivó los antiguos odios; y como ni éstos ni aquellos quisieron ni pudieron reconciliarse, de aquí resultó que el odio que ambos pueblos se profesaban era cada dia más enconoso, é inducia á los samaritanos á causar todo género de vejaciones á los judíos, cuando éstos tenian que cruzar por la Samaria, para ir á Jerusalen á celebrar sus fiestas, pues como queda dicho, Samaria estaba situada entre la Galilea y la Judea, y los galileos no podian ménos de pasar con mucha frecuencia por el territorio de sus adversarios.

En la época de Jesucristo, era la capital de Samaria la ciudad de Shichem, la cual el rey Herodes hermoseó con suntuosos edificios, obedeciendo al espíritu que en aquellos tiempos impulsaba á los reyes, y su tendencia á mejorar y engrandecer sus ciudades, para perpetuar en ellas sus nombres y la fama de sus reinados.

El cisma que ántes de la cautividad de los hebreos habia separado á los samaritanos de la religion que todos profesaban, continuaba aun en tiempo de Jesucristo; y tanto habia sido el teson con que unos y otros habian sustentado sus doctrinas y alimentado sus odios, que no se podia prever el desenlace de aquella obstinada lucha entre un mismo pueblo, que vivió un dia unido con los sagrados vínculos de la religion.

Los judíos odiaban públicamente á los samaritanos; pero en el fondo de sus corazones no podian ménos de mirar con

algun respeto á los lugares de la Samaria, donde todo el pueblo israelita habia tenido su capital cuando viniera de Egipto.

Por su parte los samaritanos, aunque aborrecieran á los judíos, tampoco estaban profundamente convencidos acerca de la oportunidad y valor de su culto, con referencia al lugar que habian escogido para sus sacrificios, esto es, el monte Garicim.

¿Eran gratos á los ojos del Señor los ritos sagrados que no se celebraban en el templo de Jerusalen?

Por más que cada tribu contestase á esta pregunta, resolviendo la cuestion en favor de sus correligionarios, no dejaban por eso de abrigar una duda que la nueva ley de Jesucristo vino á disipar.

Llegaba ya la hora en que la fe de la nueva alianza habia de derramarse por todas partes, y en que el culto de Dios, no limitándose á determinado lugar, se habia de extender por toda la redondez de la tierra.

Sin embargo, las palabras del Salvador enseñaron despues á los samaritanos, que el culto que ellos daban á Dios no lo verificaban en el templo de Jerusalen, y que éste era el sitio donde la santa ley prescribia que se diera.

De esta manera debió decidirse aquel cisma que dividió á un mismo pueblo, y fué la causa de tantos odios y de tan enconosas parcialidades.

CAPÍTULO II.

LA HIJA DEL CURTIDOR.

Al Nordeste de la ciudad de Shichem, capital de la provincia de Samaria, y á corta distancia de ésta, se hallaba situada en un valle florido y apacible la ciudad de Sichar, la cual, por la belleza del sitio que ocupaba, y la proximidad á la capital, habia adquirido alguna importancia.

Los habitantes de Sichar eran generalmente agricultores; habia, sin embargo, establecidos en sus barrios algunos hebreos, dedicados á las artes y oficios mecánicos.

Aquel pueblo, durante su cautividad, no teniendo campos que labrar, se habia acostumbrado á ejercer otros oficios y ocupaciones, por cuya razon, luégo que volvieron á sus antiguos hogares, se dedicaron muchos al comercio y á las artes.

No diremos que Sichar fuese una ciudad industrial ni mercantil; pero sí se sabe que en ella habia algunos hebreos que labraban mármoles, eran artífices en bronce, y adelantaban en las artes y profesiones mecánicas.

En una de las principales calles de la poblacion habitaba una familia muy estimada, cuyo jefe se ejercitaba en curtir

pieles, sin que por esto dejara de ser un hombre erudito y de una instruccion poco comun.

A primera vista parecerá extraño al lector, y hasta incompatible, la profesion de aquel padre de familias y los conocimientos que poseia en algunas ciencias; pero no debe esto causar extrañeza, puesto que en aquella época los padres, aunque estuviesen bien acomodados, tenian cuidado de enseñar á sus hijos algun arte ú oficio, y para ello no omitian diligencia ni sacrificios.

Joatham, el curtidor de Sichar, descendia de una de las principales familias de la antigua Samaria; habia establecido un gran taller en su propia casa, y bajo su direccion trabajaban sus hijos y algunos otros operarios. Las costumbres de aquel hombre eran rectas é intachables, por cuya razon se habia conquistado el aprecio de todos sus conciudadanos. Celoso siempre en procurar la perpetuidad de su buen nombre y el de su familia, enseñaba á sus hijos los principios eternos de justicia y de probidad que abundaban en su corazon; y en cuanto al cumplimiento de los deberes religiosos era inflexible, pues no sólo los cumplia él mismo escrupulosamente, sino que tambien los hacia cumplir á todas las personas que estaban sometidas á su cuidado y bajo su autoridad.

Joatham habíase casado durante su cautiverio con una virtuosa hija de un caudillo asirio, que aceptó la religion que profesaban los israelitas, y de cuyo matrimonio tuvieron dos hijos y una hija.

Educados los primeros con el ejemplo y consejos de un padre honrado y laborioso, eran dignas ramas de aquel tronco; y cuando llegaron á la edad viril continuaron al lado de sus padres, sirviéndoles con filial respeto, y ayudando al

desempeño de los trabajos encomendados al hábil curtidor.

La hija de éste, llamada Sara, era una jóven hermosísima y muy respetada en la ciudad, no sólo por la consideracion que gozaba su familia, sino tambien por su modestia y envidiables cualidades.

Todos cuantos la veian quedaban prendados de su esbelta figura y semblante agraciado y expresivo. Pero los que se detenian á mirarla y se informaban despues de su carácter, hallaban en ella una contradiccion que no podian explicarse.

Efectivamente, sus ojos negros y rasgados, poblados de largas y sedosas pestañas, brillaban con un fuego que penetraba en los corazones, y á pesar de esto, Sara en sus costumbres no demostraba sentir el fuego de las grandes pasiones, que anunciaba al parecer su mirada ardiente y expresiva.

Esta jóven inspiraba un vehemente amor, y daba á entender sentimientos que desmentia con sus acciones, pues ciertamente no habia en la ciudad doncella que con más razon tuviese fama de honesta y recatada.

Algunos de los que se habian enamorado de ella no se atrevieron nunca á manifestarla sus afectos, en la seguridad de ser rechazados por la esquiva Samaritana.

Otros muchos se acercaron á Joatham y le pidieron que les diese á Sara por esposa. Pero aquel cariñoso padre no accedió á las proposiciones que se le hicieron, por temor de contrariar las inclinaciones de su hija.

Miéntras tanto Sara vivia al lado de sus padres, y si en el hogar de sus mayores no era ni podia ser desgraciada, no era tampoco feliz.

En vano Joatham y sus dos hijos trataron de averiguar

cuál pudiera ser la causa de la tibieza é impasibilidad con que Sara rechazaba los partidos ventajosos que se la proporcionaban con frecuencia.

La hermosa jóven no amaba, quizas porque no habia encontrado un objeto digno de su cariño. Sus grandes sentimientos no se manifestaban, porque en su corazon no existia más que un generoso impulso, un gérmen de amor inmenso y heróico, para cuyo desarrollo faltaba aun una ocasion que sólo estaba escrita en el misterioso libro del porvenir.

Pero la hija de Joatham no era insensible, y por más que ella misma no acertara á explicarse sus deseos, ni á definir sus penas, sentia frecuentemente una tristeza y una languidez que la obligaba á buscar la soledad y á derramar en ella copiosas lágrimas.

El corazon humano, á veces, es un arcano incomprensible que nos induce á gozar, que nos llena de tristura, que nos hace sentir temor y miedo, y que se adelanta, en fin, á los acontecimientos sobreponiéndose á la inteligencia más clara y á la más viva imaginacion.

Por esto Sara amaba sin saber á quién; comprendia un inmenso bien, pero desconocia su nombre; sentia deseos de llorar, y no sabia por qué.

Bien comprendia el anciano Joatham el estado de abatimiento que se habia apoderado del ánimo de su hija, y en vano meditaba el remedio.

Habia pensado en casarla; pero como observara que ella no mostraba gran inclinacion hácia los jóvenes que la pretendian, no queriendo hacer uso de su derecho, habia dilatado el casamiento de Sara.

Llegó un dia en que se determinó á aconsejarla, propo-

niéndola un partido que ella debia aceptar sin vacilacion alguna.

Hízolo así, instóla á que aceptara por esposo á un rico labrador de Shichem, y no le costó gran trabajo el obtener de Sara la respuesta que apetecia.

La jóven amaba mucho á su padre, y siempre le obedecia ciegamente, por lo que, tan luégo como comprendió que éste tenia empeño en que se efectuara la boda proyectada, consintió sin dificultad, y muy pronto fué la esposa del enamorado pretendiente.

Sara, sin embargo, no le amaba.

Y sin embargo, obedeció á su padre, siguió á su esposo, y fué hija dócil y sumisa, y fiel esposa.

Nadie hubiera podido exigir mayores pruebas de humildad y de virtud.

Las sensaciones del corazon están fuera del dominio de la voluntad propia, y la mujer que tenia valor para prescindir de sus afectos sometiéndose á la voluntad de un padre y á la autoridad de un esposo, era una mujer fuerte y virtuosa, siendo tanto más meritoria su virtud, cuanto mayor fuese el sacrificio que se la habia impuesto.

Pero Sara perdió á su esposo bien pronto. Una tarde, habiendo tenido éste necesidad de vadear un rio, fué arrastrado por la corriente, y pereció ahogado.

La pobre jóven tuvo lágrimas para su primer esposo, y no bien el trascurso de algunos meses habia templado el justo sentimiento de la viuda, el cuidadoso Joatham propuso á Sara un nuevo casamiento con un soldado asirio.

Sara fué obediente, y consintió en sacrificarse de nuevo á la voluntad de su padre.

Pero los secretos designios del Altísimo quisieron poner

á prueba la virtud de aquella jóven, y su segundo marido murió en un combate.

Todavía Joatham propuso á su hija sucesivamente la eleccion de otros dos esposos, que tambien murieron desgraciadamente á los pocos meses despues de la celebracion de sus respectivas bodas.

¿Serian estos maridos indignos de ser los dueños de aquella virtuosa mujer?

¿Habrian pretendido á la hermosa Sara movidos de torpes apetitos, aceptando el matrimonio sólo como único medio de satisfacerlos?

¿Serian por esto dignos de un severo castigo?

Nada podriamos contestar á estas preguntas; pero es indudable que la sábia mano del Omnipotente es tan sólo la que dispone de nuestras vidas, pues ella nos las da cuando sus secretos designios así lo quieren, y nos las quita cuando su misericordia inmensa ó su inflexible justicia lo dispone.

Indúcenos á creer que el Señor castigó á los cuatro maridos de Sara, el distinto fin que tuvo el que despues solicitó á la honesta viuda, y las nobles cualidades y loables virtudes que en éste resplandecieron.

Pero siguiendo el órden de los sucesos, debemos referir lo que sucedió á Sara tan luégo como ocurrió la muerte de su cuarto esposo.

Esta jóven no pudo ménos de preocuparse tristemente al considerar el desgraciado fin de sus maridos.

—¡Dios mio! Solia exclamar cuando se hallaba entregada á sus pensamientos y meditaciones. ¿Cuál es mi delito? ¿Por qué esos hombres han sufrido la muerte? ¿Es acaso porque ellos fueron culpables, ó porque yo he delinquido y tu justicia me castiga?...

Pero Sara, que amaba al Señor, y que siempre era respetuosa tratándose del Dios de Israel, á quien veneraba con santo fervor, no podia convencerse de que la muerte de sus cuatro maridos fuese para ella un castigo del cielo. Si los hubiese amado, si hubiera sentido por ellos todo el cariño, toda la ternura de que era susceptible su corazon, entónces sí que el dolor intensísimo causado por aquellas sucesivas desgracias, hubiese sido el verdadero castigo que alguna vez sospechara.

El corazon de la jóven viuda conservaba toda su pureza; era una flor que habia sido separada de su tallo, y que á pesar de esto conservaba su perfume y su hermosura.

Joatham sintió muy de veras la muerte del cuarto marido de Sara, como habia sentido la de sus antecesores; pero ademas de esto, le afligia una consideracion que no pudo ménos de acudir á su mente.

¿Quién en lo sucesivo habria de decidirse á tomar á Sara por esposa; sabiendo que este hecho tenia para quien tal hiciera, toda la apariencia de una sentencia de muerte?

Justa era una preocupacion que venia confirmándose desde la muerte del segundo marido de Sara, y que ya tenia un apoyo en la nueva desgracia que hizo bajar al sepulcro al tercero y al cuarto dueño de la bella Samaritana.

Joatham pidió entónces á Dios que le inspirara, haciéndole proceder con acierto en todo aquello que se refiriera á los paternales deberes que debiera cumplir respecto á la viuda que habia vuelto á su morada y tenia nuevamente bajo su proteccion.

Algun tiempo trascurrió sin que el anciano volviera á pensar en ofrecer á su hija un nuevo marido; pero un dia se

le presentó uno de los mejores oficiales de su taller, y llamándole aparte le habló de esta manera:

— Joatham, yo no sé si la peticion que voy á hacerte será calificada por tí de una locura. Yo mismo no sé si voy á precipitarme en un abismo; pero amo á tu hija, y seria feliz si me la dieras por esposa.

Quedó sorprendido Joatham al escuchar la resolucion de Sepho (que así se llamaba el oficial), y mucho más al considerar la firmeza con que le habia hecho la peticion.

— Hijo mio, le dijo, tú eres el mejor obrero de mi casa; muchos años hace que te conozco, y creo no dudarás del afecto que te tengo. Pero me sorprende en gran manera tu resolucion. ¿No sabes cuál ha sido la suerte de los cuatro maridos que dí á mi hija? ¿Por ventura no temes una muerte desgraciada y próxima?

— Todo lo sé, contestó el oficial, pero nada temo: yo amo á tu hija, y quiero ser feliz á su lado aunque sólo durara un dia mi felicidad. Ademas me mueve á pedírtela otra razon que tiene su fundamento en el cariño que ella me inspira.

— ¿Y qué razon puede ser esa?

— Hace tiempo que veo á tu hija triste, y he sospechado que su tristeza proviene de las desgracias de sus cuatro maridos. Sin duda Sara se cree un objeto despreciable ó maldito; sin duda tiene el pesar de verse condenada á no vivir nunca al lado de un esposo que la ame; porque aunque sea tan rara su hermosura y tan admirables sus virtudes, debe de estar convencida de que nadie tendrá valor para acercarse á ella, y prometerla un cariño puro y un corazon inundado de dulces y desinteresados sentimientos.

— ¿Eso es decirme?...

— Eso es decirte, continuó Sepho, que la amo con todo

mi corazon, y que la ofreceré mi vida si con ella puedo tornar la alegría á su semblante, y la tranquilidad á su angustiado pecho.

Ante una declaracion tan noble y generosa, el anciano no pudo ménos de regocijarse, y derramando lágrimas de alegría y de gratitud, corrió al aposento donde se hallaba su hija ocupada en las faenas domésticas, y la refirió la conversacion que habia tenido con el enamorado Sepho.

Sara no pudo ménos de sentir un impulso de gratitud hácia aquel generoso pretendiente, y aunque tampoco hallaba en él al objeto que habia soñado en su juventud, no se atrevió á oponerse ni á desairar á aquel hombre que con tanta abnegacion renunciaba á su vida sólo por proporcionarla un dia de felicidad.

—Yo no le amo, pensó; este inmenso cariño que siento en mi corazon hácia un sér desconocido, es una alucinacion de mi mente acalorada, y mi amor un sueño irrealizable.

¿Por qué he de rechazar á este hombre que me da una muestra tan grande de su cariño? Si está en mis labios su felicidad, yo no debo robársela por insistir en mis vanas esperanzas. Este es el sér que merece todo mi cariño, y yo debo mandar á mi corazon que corresponda á su ternura, y pague su generoso amor.

Sí, sí... yo le amaré, porque es bueno y conozco sus virtudes.

Sara hacia estos propósitos sin saber que tal vez no tendria valor para realizarlos.

Queria lograr que su corazon obedeciese á las razones que la dictara su mente; pero en su pecho no se agitaban entónces violentas pasiones, y se lisonjeaba con la esperan-

za de que seria fiel á su nuevo esposo aunque no le amara, de la misma manera que lo habia sido siempre con los cuatro maridos que habia tenido la suerte ó la desgracia de perder.

Aceptó por fin la proposicion de Sepho, y despues de pasados algunos dias celebráronse las bodas con gran contento del anciano y de todos los trabajadores del taller, los cuales, sin embargo, temian que al nuevo marido de Sara le iba á suceder alguna desgracia. Sin embargo, nada le dijeron de estas sospechas.

Sepho, que se consideraba feliz, y lo era efectivamente al lado de la angelical criatura que tomaba por esposa, levantó su voz el dia que se celebraba el nupcial banquete, y exclamó dirigiendo al cielo su mirada:

— Señor, si el amor que siento hácia la hermosa hija de mi maestro no es puro y desinteresado, perezca yo de la misma manera que perecieron los que me han precedido; pero si es cierto este cariño que me inspira su virtud y su belleza, deten un poco el paso de la muerte y permite que me consagre tranquilo á labrar la ventura de mi querida esposa.

Sin que ocurrieran más incidentes que el que hemos referido terminaron las fiestas, y Sara y Sepho comenzaron una vida tranquila y envidiable. La hermosa Samaritana empezaba á olvidar las ilusiones que desde su niñez habian sido el objeto de sus ensueños y la aspiracion constante de su corazon virginal.

CAPÍTULO III.

EL AMOR DE LA VIUDA.

Una mañana de primavera, caminaba por los campos de Samaria un jóven galileo de hermoso rostro y gallarda presencia; traia la túnica un poco levantada y sujeta á la cintura por un ancho ceñidor, para marchar así con mayor comodidad y desembarazo; apoyábase en un báculo, y seguia su camino lentamente, como si el excesivo calor ó el cansancio de una larga jornada hubieran agotado sus fuerzas.

Los galileos que cruzaban la Samaria, solian hacerlo reunidos en caravanas formadas por algunas familias de un mismo pueblo. El jóven de que hablamos se adelantaba hácia la ciudad de Sichar, y sin duda se habia separado de sus amigos y vecinos por algun incidente casual.

Pero llegó un momento en que su cuerpo osciló, como si su paso fuese inseguro, ó cual si las fuerzas le abandonaran, y cayó sin sentido muy cerca de un sitio donde se hallaban algunos pastores samaritanos, que al verle caer acudieron á su lado movidos de la curiosidad ó de la compasion; pero tan luégo como conocieron por el color de su túnica que aquel jóven era galileo, acordáronse de su odio, y le con-

templaron con feroz alegría, como si la casualidad les presentara una ocasion de exterminar á uno de sus más crueles enemigos.

Llamábase el jóven caminante Ruben, y se dirigia á celebrar la fiesta de los Ácimos al templo santo de Jerusalen; pero estaba herido á causa de una lucha terrible que habia sostenido con un formidable leon que acometió y dispersó á toda su caravana, cuando ésta atravesaba un monte quebrado y solitario.

El valor de Ruben habia logrado vencer á tan temible enemigo; pero no lo habia hecho sin recibir una ancha herida en un costado, por la cual habia derramado mucha sangre, y ésta era la causa de su debilidad, y tambien de que se hallara solo en un país donde era aborrecido por pertenecer á una tribu enemiga del pueblo samaritano.

— Es galileo, dijo uno de los pastores; por cierto que se nos viene muy á la mano para que castiguemos en él el odio que nos tienen los de su tribu.

Ruben no habia perdido el sentido, y por eso, incorporándose, aun tuvo aliento para decir á los pastores:

— Soy galileo y no quiero vuestro socorro; si no fuéseis gente cobarde, no pensaríais en cometer un asesinato; pero ya que proyectais darme la muerte, hacedlo pronto, y temblad, porque no ha de faltar quien castigue vuestro crímen.

Y el jóven fijó en ellos una mirada despreciativa, y les retó con ella á que tomaran sus cuchillos y ejecutaran su miserable intento.

— Te hemos de cortar las orejas, dijo un pastor, en cuyo rostro brutal se veia el sello de la estupidez y de la perversidad.

Nada contestó Ruben; pero haciendo un esfuerzo supremo, púsose en pié con ligereza, y sacando un pequeño dardo que traia oculto bajo su túnica, se retiró algunos pasos apoyándose en un árbol, y quedándose con el brazo levantado como si se dispusiera á defenderse, arrojando aquel arma sobre el primero que tuviera la osadía de acometerle.

El jóven se habia colocado en una actitud digna é imponente; su rostro, en el que se reflejaba la ira y el valor, brillaba entónces con la hermosura que engrandece á los heroes, y les hace aparecer fuertes é invulnerables.

Uno de los pastores tomó una piedra, y se disponia á lanzarla sobre el jóven galileo, cuando éste, haciendo un supremo esfuerzo, arrojó el dardo, que fué á clavarse en el hombro del samaritano.

La cólera del pastor herido y la de sus amigos llegó al último grado de exaltacion, y entónces, adelantándose furiosos sobre Ruben, le hirieron cobardemente con sus cuchillos y con piedras, y bien pronto el desgraciado jóven cayó sin sentido sobre aquella tierra teñida con su sangre.

Los malvados agresores, creyéndole muerto, y temiendo entónces el castigo que habrian de sufrir, si por acaso llegara aquel asesinato á noticia de los jueces de Sichar, recogieron sus ganados y huyeron precipitadamente.

En aquel mismo instante llegaba por una vereda opuesta al sitio por donde huian los pastores, una jóven samaritana que se dirigia á la fuente próxima á llenar su cantarillo.

Era Sara, la fiel esposa de Sepho, la mujer virtuosa y sencilla que frecuentaba aquellos campos, lo mismo que solian hacerlo otras jóvenes de la ciudad, las cuales, aunque gozaran algunas riquezas, y tuviesen esclavos que las sir-

vieran, no por eso se desdeñaban de ejercer oficios humildes y penosos.

Adelantó Sara hasta el sitio en que yacia exánime el valeroso galileo, y llena de horror y de sobresalto fijó su mirada en su pálido rostro y ensangrentado ropaje.

Su primer impulso la hizo retroceder de aquel sitio con el corazon oprimido. No era la bella Samaritana de ánimo tan varonil que se atreviera á acercarse á un cadáver que hacia entrever la historia de un horrible crímen.

Pero en medio del terror que la alejaba del sitio donde yacia Ruben, una idea cruzó por su mente, y entónces se detuvo.

— Ese hombre puede estar herido, y si así fuera, yo debiera socorrerle. Es verdad que me ha parecido ver un cadáver; pero, ¿y si por fortuna respirase todavía?...

Sara era una mujer compasiva y generosa: al considerar que pudiera ser cierta su sospecha, retrocedió valerosamente, y reflexionando que tenia un deber de acudir al auxilio de aquel moribundo, su caridad se sobrepuso entónces á su natural timidez, y acudió en auxilio del desgraciado.

Repuesta de la fatal impresion que la causara aquel lamentable encuentro, venció al fin su repugnancia, y volvió al sitio de donde habia huido con espanto.

Pronto divisó el cuerpo del valeroso Ruben, y se colocó á su lado.

El cuadro que se ofrecia ante sus ojos era demasiado terrible para ser contemplado por una mujer tímida y delicada: Sara vió un jóven hermosísimo, cubierto de heridas y exánime, y ya que habia tenido resolucion para llegar á donde aquel se hallaba, no la faltó ánimo para colocar su blanca mano sobre el corazon del galileo.

Un grito de alegría se escapó de sus labios.

El jóven aun tenia vida; los latidos de su corazon ofrecieron á Sara una esperanza salvadora, y la mujer que habia comenzado una obra tan elevada y tan meritoria, ya no podia abandonarla. No era capaz la piadosa Samaritana de desamparar al desvalido; sentia el espíritu de la caridad, y sus impulsos generosos eran bien conocidos de los pobres de aquella comarca.

Resuelta por lo tanto á socorrer al infortunado jóven que hallara en su camino, corrió precipitadamente á una cabaña que no estaba muy léjos, y hallando en ella á un anciano labrador que la habitaba,

— Ven, Hepher, le dijo; yo te suplico que seas compasivo y humano; es preciso que me ayudes á salvar la vida de un hombre... No te detengas, y haz que venga con nosotros alguno de tus hijos.

No se detuvo el labrador, y acompañado de un jóven robusto que se hallaba á la sazon en la cabaña, siguieron á Sara, que les hacia marchar precipitadamente.

Pero ántes de que llegaran al sitio en que Ruben yacia, un nuevo temor vino á embargar el ánimo de la jóven.

— Dime, exclamó dirigiéndose al anciano, ¿si hallaras en un camino á un hombre exánime y moribundo, le salvarias?

— Sí, contestó Hepher.

— ¿Y si este hombre fuese uno de tus enemigos?

— Tambien. Porque ante la desgracia no hay enemistad, y porque un hombre en tal estado no puede amar ni aborrecer.

— Pues bien, exclamó Sara llegando ya al término de su camino, ahí tienes un galileo; Dios sabe si habrá sido víc-

tima del encono de algun samaritano; en tal caso, nosotros debemos lavar la mancha que han echado los asesinos sobre nuestro pueblo. Lleguemos, aun vive, tal vez podremos detener la sangre que brota de sus heridas. Y quitándose el blanquísimo velo que ceñia su cabeza, se le presentó al anciano para que hiciera con él vendas, y empezó ella misma la curacion del moribundo.

Aquellos tres séres benéficos y generosos, hicieron cuanto pudieron para conseguir el feliz resultado que se proponian.

Llevaron á Ruben á la cabaña de Hepher, y éste, despues de colocarle en un lecho de pieles, buscó sin demora á un labrador que tenia muchos conocimientos en el arte de curar, el cual reconoció al jóven galileo y le puso un bálsamo en las heridas, aunque desconfiaba mucho de que el remedio surtiera el efecto apetecido, porque le habian entregado un hombre, que más bien pudiera decirse que era un cadáver.

Pero Sara no pudo detenerse el tiempo que duraron todos estos laudables oficios. Su marido hubiera extrañado una ausencia tan larga, y la jóven habia hecho el propósito de no decir á nadie lo que habia hecho en aquella ocasion.

—Me parece, dijo á Hepher al salir de la cabaña, que no tenemos necesidad de decir á nadie que nos hemos ocupado en socorrer á un galileo. Yo sé que mi marido es bueno, y que se duele siempre de las desgracias que afligen á nuestros prójimos; pero al fin ese hombre es enemigo del pueblo samaritano, y aun temo que si tú publicas que le has llevado á tu cabaña, podrás atraerte algunas enemistades.

—Así lo haré, dijo el anciano.

Y Sara, tomando su cantarillo, volvió á su hogar aparentando una tranquilidad que no tenia.

Nada extrañó su esposo, aunque ella habia empleado en sus faenas fuera de su casa más tiempo que el ordinario; pero Sepho no era celoso, ni debia serlo tratándose de una mujer virtuosa, que gozaba en la ciudad de la mejor opinion.

A pesar de esto, Sara no estaba tan tranquila como parecia. El recuerdo de aquel jóven acudia á su imaginacion con demasiada frecuencia, y mil veces pensaba en los motivos que podian haber causado su desgracia.

La compasion de la bella Samaritana la hacia pedir á Dios que no desamparase al hombre á quien habia socorrido; su vida la inspiraba el mayor interes, y sólo ansiaba que llegara el nuevo dia para correr á informarse del estado del herido, y para completar con su tierna solicitud la obra que habia comenzado.

Sara estaba satisfecha de sí misma; creia que su accion habia sido elevada y en un todo conforme con el espíritu de la ley de Dios, y así era en efecto: por eso se entregaba sin recelo á los recuerdos que sin cesar acudian á su mente, teniendo en ella retratada la figura gallarda del galileo, y la nobleza y hermosura de sus facciones.

La imaginacion exaltada de una jóven puede ser á veces su mayor enemigo, y el fuego que brota en aquella suele muchas veces comunicarse al corazon y concluir por abrasarle.

No comprendia Sara este peligro. La mujer que habia desechado sus ensueños de amor, y que nunca sintiera la violencia de las pasiones, no podia temer, ni aun sospechar, que aquel cuidado que tanto la preocupaba pudiera ser principio de un sentimiento imperioso, que fuera capaz de inundar su alma de deseos, de ofuscar sus sentidos, y de arrastrar su voluntad hasta sumirla en el vicio.

Si hubiera conocido estos riesgos, habria huido de ellos; porque Sara conocia demasiado sus deberes como mujer y como esposa, y resignada con su suerte, sólo aspiraba á conservar incólume la fama de su virtud, y más aun, la pureza de su corazon.

Pero era tan justo su cuidado, y tan legítimo el placer que sentia al esperar la salvacion de un hombre que sin su valor y diligencia hubiese perecido, que no hallaba razon para desechar unos recuerdos que entónces nada tenian de ofensivos á la fe que jurara un dia á su enamorado esposo.

Pasó un dia, y llegó la hora en que solia Sara acudir á la fuente á llenar su cantarillo.

Dejó la casa de su esposo, y se dirigió por el camino ordinario; pero luégo que se hubo alejado un poco de la ciudad, tomó una vereda que no era ciertamente la que otros dias frecuentaba.

Sara ansiaba enterarse del estado de su protegido, y apresuraba el paso hácia la cabaña de Hepher.

Éste, que la vió llegar, se adelantó á recibirla.

—¿Vive? Preguntó Sara con ansiedad.

—Sí, respondió aquel; pero no ha cobrado el conocimiento.

—¿Y crees tú que le salvaremos?

—Me ha parecido que su respiracion es hoy más regular, y que no es tanta su palidez; pero el sabio que le ha curado no tiene esperanzas.

La Samaritana sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla, y no pudiendo disimular el sentimiento que la causara tan malas nuevas, dejó su cantarillo en el suelo, y entró en la cabaña buscando el lecho en que se hallaba Ruben.

El jóven permanecia inmóvil.

Sara no se atrevió á poner la mano sobre su frente. Temia hallar en su frialdad la confirmacion de las malas nuevas que habia recibido al acercarse á la cabaña.

Muda y pensativa, cruzó los brazos y permaneció algunos instantes contemplando á aquel hombre que habia conmovido el corazon de la Samaritana, más vivamente que los demas hombres que hallara en el camino de su vida.

Aquella hermosa mujer parecia en aquellos momentos una magnífica estatua. Si algun escultor griego, de los que sabian hacer de toscas piedras admirables obras de arte, hubiese podido contemplar en aquel entónces la esbelta figura de la Samaritana, sin duda habria legado á la posteridad una maravillosa estatua, que representara en una sola imágen á la compasion y á la piedad.

Y como si la tierna mirada de Sara tuviese un poder sobrenatural para aliviar los males de los hombres, Ruben se extremeció y entreabrió sus labios, exhalando un débil suspiro.

Poco despues, volviendo de su letargo, abrió los ojos y dirigió una mirada vaga á su alrededor, fijándose despues en el bello rostro de la Samaritana.

El herido no podia aun reflexionar; su mente estaba ofuscada, y los dolores que le atormentaban no le permitian hacer uso de sus facultades intelectuales.

Sin embargo, hubiérase creido que en la mirada que dirigió á Sara, la tributaba una muestra inequívoca de agradecimiento.

El corazon de ésta latió con violencia; mas bien pronto volvió á sentir una inmensa tristeza, porque los ojos de Ruben volvieron á cerrarse, quedando aquel en la misma inmovilidad que habia tenido desde que le colocaron en aquel lecho.

Sara, entónces, recordó que no podia detenerse por más tiempo en la cabaña de Epher, y salió de ella, llevando el alma oprimida y la mente ofuscada.

El anciano labrador, que estaba á la puerta de su albergue, esperó á que la jóven le dirigiese la palabra; pero vió con admiracion que ésta pasó á su lado como una sombra, y que sin hablarle ni despedirse, tomó su cantarillo y se dirigió maquinalmente por otra vereda que conducia á la fuente, no muy distante de la cabaña.

—¿Qué es esto? Murmuró aquel. La hija de Joatham no me ha visto, porque de otro modo me hubiera dirigido el saludo de despedida.

Sara, en tanto, caminaba con lentitud entregada á sus pensamientos.

Detúvose ántes de llegar á la fuente, y enjugó el copioso llanto que brotaba de sus ojos.

Sara habia comprendido que amaba al jóven galileo, y que los sentimientos que se agitaban en su pecho no eran sólo producidos por la compasion que sintiera hácia aquel moribundo.

Pero su amor era un imposible, aunque el hombre que le habia inspirado recobrara la salud.

¡Pobre Sara!

¡Qué negros pensamientos acudian á su imaginacion!

—¿Por qué siento esta inquietud? Se preguntaba. ¿Por qué hiere mi corazon este afecto tan intenso hácia un hombre desconocido, hácia un enemigo de nuestro pueblo?... No, nunca seré infiel á mi esposo... No volveré más á la cabaña. No preguntaré á nadie si le han visto, ni si saben hácia dónde ha dirigido sus pasos... Yo le olvidaré... ¡Este amor de un dia, pronto se borrará de mi memoria y se ex-

tinguirá en mi pecho!... ¡Padre mio, no temas que tu hija sea la causa de tu deshonra!

Y enjugando de nuevo sus lágrimas, y procurando que desaparecieran de su rostro las huellas del dolor intenso que sufria, se adelantó resueltamente, y volvió á su casa luégo que hubo llenado su cantarillo.

El cielo recompensó la santa resolucion de Sara, haciendo que nadie se apercibiese de su ansiedad, y que su tardanza no infundiese sospechas.

En este estado, y sin poder apartar de su imaginacion el recuerdo del herido, dejó Sara pasar algunos dias, cumpliendo fielmente los propósitos que hiciera al abandonar la cabaña de Hepher; pero su amor, léjos de extinguirse como ella pensara, creció y llegó á echar raices en su corazon.

La lucha era ya heróica, y en esta ocasion demostró Sara cuán sólida era su virtud, y cuán nobles y delicados sentimientos se albergaban en su pecho.

CAPÍTULO IV.

RUBEN.

El dia en que Sara, animada de su resolucion heróica habia abandonado para siempre la cabaña de Hepher, nada ocurrió en ella que sea digno de mencionarse.

Asistido Ruben por el anciano labrador y por sus dos hijos, bajo la direccion del entendido médico que le prestaba gratuitamente los auxilios de su ciencia, dió aquel dia inequívocas muestras de alivio, y con ellas algunas esperanzas de vida á sus caritativos salvadores.

Á la mañana siguiente recobró su conocimiento, y abriendo los ojos pudo examinar el aposento en que se hallaba. La cabaña le era naturalmente desconocida. Quiso entónces evocar sus recuerdos, y con facilidad pudo coordinar sus ideas.

Entónces pensó que despues de la brutal agresion de que habia sido víctima, algun sér caritativo y piadoso le habia trasladado á aquel lugar, donde sin duda era cuidado con esmero.

Pero en medio de la aglomeracion de sus recuerdos, tenia fija en su mente una imágen celestial que prestaba ánimos á su abatido espíritu.

Durante las horas de su letargo, y cuando entre la vida y la muerte habia permanecido en la inaccion, rendido y dominado por la ardorosa fiebre, recordaba haber tenido un momento de lucidez, en el que habia escuchado una plegaria y contemplado á la cabecera de su lecho un ángel puro y radiante de hermosura, en cuyo rostro habia visto deslizarse silenciosas y abundantes lágrimas.

Ruben no podia persuadirse de que aquel divino sér fuera una creacion de su ardiente fantasía, por más que ésta se hubiera extraviado en los momentos de su delirio. Por eso al volver á la vida buscaba en el aposento en que yacia la bella imágen que tan claramente habia visto. Por eso aun queria escuchar el eco dulce de una fervorosa plegaria.

Mas ¡ay! el jóven galileo se hallaba solo, y tal vez abandonado de sus bienhechores.

Habia soñado con la felicidad, y á la resplandeciente luz del dia, y con la mente despejada, empezaba á creer que todo habia sido una ilusion, un dulce sueño que se desvanece, y sólo deja al despertar un triste desengaño.

Quiso incorporarse en el lecho; pero los dolores que le ocasionó aquel movimiento de impaciencia, le hicieron volver á su postracion y á sus reflexiones y presentimientos.

Pero cuando más abstraido se hallaba, una persona cruzó ante sus ojos y se acercó á su lecho. Era el anciano Hepher, el cual, como hallara al jóven con el semblante más animado, y libre al parecer del letargo que le privara de sus sentidos, acercóse al lecho sin hacer ruido, y le dijo:

—Hijo mio, ¿te sientes ya más aliviado? ¿Te atormentan mucho tus dolores? Ten esperanza, y fia en Dios.

El herido, con voz balbuciente, le respondió:

—Yo te agradezco, anciano generoso, el auxilio que me

has prestado, y el asilo que me diste en ésta que sin duda será tu casa.

Y contestando á las preguntas que Hepher le habia hecho, añadió despues de una breve pausa:

— Mucho me atormenta esta herida que recibí en el costado; pero no tanto que me haga desesperar de mi curacion.

— ¡Bendito sea el Señor! Exclamó Hepher.

Ruben pensó entónces que acaso se hallaba en casa de algun samaritano; pero no se atrevió á preguntárselo directamente á su noble protector.

Permaneció silencioso algunos instantes, y luégo que tomó fuerzas,

— Ignoro quién eres, dijo al anciano, aunque para mí serás siempre un amigo á quien debo la vida, y un hombre que sabe estimarse á sí mismo, amparando á sus hermanos, como así lo quiere nuestra santa ley. Pero creo que alguna otra persona te ha ayudado en la piadosa obra que has ejercido al devolverme la existencia. Habla por favor, dime tu nombre, y dime tambien el nombre de ella.

El esfuerzo que Ruben hizo para pronunciar estas palabras le produjo alguna agitacion; respiraba difícilmente, y su debilidad le produjo un ligero desmayo.

Hepher aguardó á que el jóven se tranquilizase, y le hizo un ademan para darle á entender que no se inquietara, y que él satisfaria á todas sus preguntas.

— Ciertamente, le dijo luégo que le halló más tranquilo; no sólo es á mí á quien debes el servicio que te hemos prestado. Una mujer ha sido la que te halló moribundo y exánime; ella fué la que me rogó que te auxiliara, y la que rasgó su toca para curar tus heridas y contener la sangre que

de ellas brotaba y ya habia teñido la tierra sobre que te hallamos.

El labrador refirió entónces á Ruben circunstanciadamente cuanto sabia acerca de su encuentro, estado en que yacia y cuidados que le habian prodigado.

Escuchaba el jóven con la mayor atencion todos aquellos detalles; pero su interes era mayor cuando le hablaba de Sara y le daba cuenta de la solicitud que en aquella ocasion habia mostrado la compasiva Samaritana.

—¡Ah! Exclamó Ruben, interrumpiéndole muchas veces. ¡No era un sueño!... ¡Yo lo sabia!... ¡Un ángel hermosísimo oraba por mi salvacion!...

Y añadió á éstas otras exclamaciones que Hepher no comprendia bien, porque ignoraba que el herido hubiese visto á Sara.

—Dime, ¿no vendrá esa hermosa mujer? Yo quisiera verla. Su presencia, tan sólo, reanimará mis fuerzas, y me hará amar una vida que ayer hubiera perdido sin el menor sentimiento.

—Sí, hijo mio; Sara vendrá, porque tu desgracia ha contristado su corazon, y es imposible que te abandone.

La emocion que causaban estas palabras en el ánimo del herido, no pudo pasar desapercibida á los ojos del anciano labrador; y como comprendiera que el diálogo comenzado podria agravar la situacion del galileo, le suplicó que no hablase y que se prestara á tomar algun alimento.

A la verdad, Ruben, que no tenia aliento para continuar la conversacion, ni queria saber más despues que se le dijo que Sara volveria á la cabaña, se prestó gustoso á obedecer á su nuevo amigo y protector, dejándose servir por él y en-

tregándose luégo á sus incesantes meditaciones y á sus amorosas esperanzas.

Pero la mañana pasó lentamente, y de la misma manera pasó la tarde, sin que la angelical Samaritana llegara á la cabaña de Hepher.

Ruben le habia suplicado que saliese al campo, y que no tardara en anunciarle la venida de Sara, tan luégo como la viera aparecer en el horizonte.

Tal era el afan del enamorado jóven.

Hepher, por su parte, habia procurado complacerle, pero no tuvo ocasion de hacerlo; y cuando por acaso entraba en el aposento de su protegido y éste le interrogaba con una mirada llena de ansiedad y de esperanza, se veia precisado á contestarle negativamente con un movimiento de cabeza, y á reiterarle mil veces la seguridad que tenia de que aquella generosa mujer no podia abandonarle.

Mas despues de un dia harto penoso é intranquilo para Ruben, vino la noche, que le pareció insoportable y eterna.

Le fué preciso confiar en que al dia próximo tendria el inmenso placer de contemplar á aquel sér ideal que ya era dueño de su corazon; pero ¡vana esperanza! Sara no volvió á la cabaña, ni en el nuevo dia, ni en los siguientes.

El jóven se consumia en aquella prision, que tal era para él el triste lecho en que se hallaba postrado.

El deseo de recobrar la salud para correr á los brazos de aquella mujer que idolatraba, le hizo prestarse con docilidad á los remedios y al régimen que le prescribian Hepher y el modesto anciano que con tanto acierto habia emprendido su curacion; pero los vehementes afectos que se agitaban en el pecho del enfermo le perjudicaban notablemente.

La angustia y la desesperacion empezó á apoderarse en

algunos momentos del ánimo del enfermo, y entónces, exacerbándose sus dolores físicos, le producian nuevos padecimientos.

Ruben sufria un horrible suplicio: ignoraba que Sara estuviese casada, y á pesar de esto, no explicándose su conducta, se veia asaltado por los celos; otras veces temia que la hermosa jóven hubiese sido víctima de alguna desgracia, y finalmente, si bien la curacion de sus heridas seguia un curso muy favoroble, el desasosiego, la incertidumbre y la violencia de su amorosa pasion le hacian padecer un martirio continuado y mucho más cruel que el producido por las mortales heridas que en tanto riesgo habian puesto su existencia.

Bien hubiera deseado que el mismo Hepher le librara de su ansiedad procurándole noticias de la mujer á quien adoraba, y que era el objeto de todos sus pensamientos; pero ¿cómo habia de encomendar á un venerable anciano una comision tan poco honrosa? Por otra parte, éste nada le hablaba ya de Sara, y su silencio podria reconocer muchas y muy importantes causas que Ruben no se atrevia á investigar.

En esta incertidumbre permaneció el jóven galileo hasta que se sintió con ánimo para dejar el lecho y disponerse á la partida.

La amistad de Ruben y de Hepher y sus hijos, les habia unido con un vínculo que no debia romperse jamas. Los corazones nobles y generosos fácilmente se comprenden y se identifican; Ruben no era un ingrato: bendecia á aquella familia, y guardaba hácia ella en su alma un sentimiento de gratitud tan profundo como inextinguible.

Llegó por fin el dia tan esperado por Ruben, en el que

debia separarse de sus cariñosos bienhechores para acudir en busca de la hermosísima Samaritana. No estaba aun curado de sus heridas; pero su amor le prestaba fuerzas para llevar adelante su propósito, y fueron vanos los consejos de aquellos para que retardase la partida. El jóven galileo no podia soportar la ausencia de la mujer que era ya la dueña de su albedrío, y el objeto de un sentimiento noble y desinteresado que habia brotado en su alma.

Pero ántes de que Ruben se despidiera de Hepher y de su familia, y cuando aquel abandonaba el lecho, dos esclavos robustos y bien armados llegaron á la puerta de la cabaña.

— ¿Qué quereis? Les dijo el labrador.

— Venimos en busca del jóven galileo que has albergado en tu morada durante su curacion.

Oyó Ruben esta respuesta bien extraña é inesperada, y como hombre valeroso, no titubeó en presentarse ante aquellos desconocidos.

— Yo soy ese hombre á quien buscais, les dijo con entereza. Podeis decirme lo que quereis de mí.

— Tenemos órden de acompañarte y de defenderte hasta los límites de la Galilea, dijo uno de los recien llegados.

— Nada nos preguntes, añadió el otro, porque nada te contestaremos; pero sí juramos obedecerte en todo lo que nos mandes.

La llegada de aquellos hombres y sus ofrecimientos no podian ser más extraños é incomprensibles.

Ruben no supo qué debia pensar, ni qué contestarles. ¿Se dudaba de su valor, ó queria ponérsele á salvo de un nuevo atentado? Y ¿quién le conocia en aquel país? ¿Quién podia darle una muestra semejante de interes y de amistad?

¿Por qué ocultaba su nombre el que le ofrecia aquellos acompañantes?

Todas estas preguntas se agolparon á la mente del enamorado jóven, y todas ellas le hicieron pensar en Sara, en la mujer generosa que le habia librado de la muerte, la que habia llorado al lado de su lecho, y que tal vez trataba de completar su obra enviándole aquellos dos esclavos, cuya ruda franqueza no les hacia aparecer como hombres sospechosos.

— No voy á Galilea, contestó resueltamente, ni tampoco voy á Jerusalen. Direis al que os envia, que os despido porque me quedo en Samaria.

— ¡Es posible! Le interrumpió el anciano. ¿Vas á exponerte á las vejaciones y atentados de que son víctimas los hijos de tu pueblo?

— Sí: quiero conocer á los que me han salvado la vida, y mostrarles mi gratitud. Ya me siento fuerte y nada me acobarda... ¡Oh! Sí, añadió bajando la voz para que sólo pudiera oirle Hepher; sólo me acobarda la idea de no ser amado de Sara... No podria vivir léjos de ella.

El anciano, que nunca creyó que el amor de Ruben hácia la Samaritana fuese tan violento, quedóse atónito, y no se atrevió á contradecirle en presencia de los esclavos; pero como sabia que Sara estaba casada, no pudo reprimir un gesto de disgusto, y sintió no haber anunciado ántes esta circunstancia al apasionado mancebo.

Tarde era, en verdad, para disuadirle de su intento, pero era preciso; y tan luégo como Ruben despidió cortesmente á los enviados, llevándole á un sitio retirado, le amonestó dulcemente, y valiéndose de mil rodeos le hizo comprender que aquel amor era un imposible, y que debia olvidar para

siempre á la mujer que tan vivamente le habia impresionado.

La sorpresa que causó á Ruben tan impensada noticia fué fatal; su intenso amor no reconocia imposibles, y léjos de rendirse ante la contrariedad que se le presentaba, se convirtió en un tenaz empeño que rayaba en los límites de la ceguedad y del desenfreno.

Pero el anciano, que habia cobrado á Ruben un cariño paternal, todavía insistió, rogándole en nombre de la gratitud que le debia, que se apartara de la torpe senda que iba á emprender, añadiendo con este fin sentidos ruegos y poderosos razonamientos.

El jóven, obligado por el ascendiente que ejercieran en su ánimo las palabras de su salvador, no se opuso abiertamente á los consejos de Hepher. Se habia invocado su gratitud, se le habia hablado de la castidad de Sara y de su buena fama, y no se atrevió entónces á ser ingrato, á conspirar contra la virtud de una mujer, ni á arrojar una mancha sobre la frente serena de la honesta Samaritana.

Ruben, en medio de la violencia de sus afectos, aun atendia á las inspiraciones de su conciencia, y no se habian extinguido en su corazon generoso sus elevados y nobles sentimientos.

El recuerdo de Sara fué desde entónces para él como una herida profunda é incurable que desgarraba su corazon.

Era necesaria una abnegacion sublime para renunciar en un momento á la idea halagüeña que habia sido su esperanza y su norte en los fatales dias de su postracion. Ruben queria obedecer á sus impulsos generosos; queria olvidar, y hasta hubiera anhelado despojarse de su gratitud y de todos sus tiernos afectos; pero éstos habian nacido en momentos

supremos, y tenian ya hondas raices en su pecho. La lucha entre el deber y el amor no podia ser más formidable.

Estos acontecimientos dilataron un dia la marcha de Ruben. Las horas que trascurrieron fueron para el jóven las más agitadas, las más crueles de toda su vida. Pero en esta ocasion la idea del deber venció en su ánimo, y por eso, despues de una noche de insomnio y de vacilaciones, se presentó á Hepher y le dijo:

— El Señor sea contigo y colme de bendiciones á tus hijos. Ha llegado la hora de mi partida. Ayer me suplicaste en nombre de mi gratitud que olvidara este amor que tanto me atormenta, y yo, siguiendo tus consejos, juro solemnemente que cumpliré tus deseos. Sólo te ruego al partir á las ciudades de Galilea, que busques á Sara, y la lleves mi gratitud y mi despedida.

Aquella misma tarde, Ruben caminaba lentamente por una solitaria vereda que conducia á un bosque situado á tres estadios de Sichar.

Hepher le habia visto partir con gran sentimiento.

La historia del enamorado galileo quedaba terminada al parecer. Indudablemente el jóven procedió con una abnegacion desusada y digna de recompensa.

Mas ¡ay! la imágen de Sara no se habia borrado de su mente, y los latidos de su corazon no le permitian un instante de reposo.

¿A dónde dirigiria sus pasos?

¿Dónde hallaria la tranquilidad que perdiera en los campos de Samaria?

Ruben, al alejarse de la cabaña y de los pueblos de aquella comarca, habia renunciado á su sosiego, á su esperanza y á su soñada felicidad.

CAPÍTULO V.

EL ENCUENTRO.

Seis meses habian trascurrido despues de los sucesos de que nos hemos ocupado en el capítulo anterior. Durante este tiempo, ni Sara, ni Ruben volvieron á verse, ni procuraron acercarse el uno al otro, por más que ambos se amaran todavía, quizas con mayor violencia.

Los dos enamorados procedian heróicamente, resistiendo cada dia á los impulsos de una pasion tan intensa como misteriosa, y consiguiendo tantas victorias sobre sus corazones, cuantas eran las horas de lucha y de febril agitacion.

El apartamiento en que ambos vivian, hacia que se aumentase la intensidad de su cariño. Ellos mismos habian idealizado su amor; y en verdad, si se hubieran conocido en otras ocasiones en que Sara fué libre, y si hubiesen pertenecido al mismo pueblo, ó á otros que no tuviesen entre sí una enemistad tan irreconciliable, sin duda habrian gozado de una felicidad inmensa y desconocida, amándose como sólo aman los ángeles del cielo, y consagrándose mutuamente toda la ternura que atesoraban sus generosos corazones.

Mas á pesar de que desde el dia en que Sara estuvo por última vez en la cabaña de Hepher, no habian vuelto á verse, tenian sin embargo noticias el uno del otro, y por consecuencia, motivos suficientes para sentir el enconoso dardo de los celos, al lado de las instigaciones de su amor, que guardaban oculto y reconcentrado, para que nadie se apercibiera de su existencia.

El rostro de la hermosa Samaritana habia adquirido una mortal palidez, que hacia lucir con mayor brillo sus grandes y rasgados ojos negros, velados por largas y sedosas pestañas. Todos los sufrimientos de la jóven podian leerse en la vaguedad de sus miradas y en la expresion melancólica de su semblante.

Mil veces, en horas tristes de insomnio y de ansiedad, pensaba en el jóven galileo, á quien habia amado por un impulso misterioso y desconocido.

Y como el anciano Hepher no dejó de cumplir el encargo que su protegido le hiciera al despedirse de la cabaña, no ignoraba Sara el amor y la gratitud de Ruben, ni tampoco el dolor que sintiera al saber que ella tenia esposo, y el sacrificio de renunciar á sus esperanzas, que se impuso bajo juramento. Mas aunque en el fondo de su corazon admirara los generosos sentimientos del hombre que idolatraba, muchas veces, vencida por el egoismo de su pasion, veia en él una tibieza que la contrariaba, infundiéndola el desaliento y la desesperacion.

— No, solia exclamar; no es su amor tan intenso como le ha pintado Hepher. Yo que jamas he faltado á los deberes de esposa; yo que supe conservar sin mancha la fama de mi honestidad, y la guardé religiosamente ante Dios y ante los hombres, hay momentos en que arrostraria la vergüen-

za, y en que me envileceria para siempre, sólo por alcanzar esta felicidad, tal vez soñada y engañosa, que anhelo sin cesar, y que será el único bien que podré hallar sobre la tierra.

¿Mas para qué hemos de descorrer el velo que ocultaba las ilusorias ideas y los íntimos pensamientos de una mujer virtuosa y enamorada?

Bastará que manifestemos que su virtud estaba combatida por la pasion más vehemente, y que la fragilidad de la mujer se hubiera pintado en la frente de Sara, si ella no hubiese guardado cuidadosamente dentro de su pecho todos los encontrados afectos que turbaban su reposo desde el dia en que vió al moribundo galileo.

La Samaritana continuaba, sin embargo, dispensando á su marido todas las atenciones y cuidados que distinguen siempre á una esposa fiel, modesta y cariñosa.

Sepho, por su parte, al ver que Sara languidecia y vivia triste y melancólica, pensó que algun padecimiento físico la aquejaba, y trató de distraer su ánimo, aconsejándola que saliera de la ciudad con frecuencia á aspirar los aires puros del campo: muchas veces la acompañaba, y siempre se mostraba con ella solícito y cuidadoso.

Dueña la esposa de su voluntad, y con el beneplácito de su marido, abandonaba algunas veces su hogar para ir á socorrer las desgracias de sus vecinos; ocupacion que verdaderamente la distraia, puesto que miéntras conversaba con otras gentes, daba algun descanso á los tormentos que la ocasionaba la constante idea que la perseguia por todas partes.

Sara amaba la soledad, porque muchas veces tenia necesidad de dar á su alma un instante de expansion, y esto sólo

lo conseguia acudiendo á algun paraje solitario, donde sin ser vista podia derramar abundantes lágrimas, y contar á las flores, á los árboles y á cuantos séres la rodeaban, aquella pena que consumia lentamente su mísera existencia.

Una tarde, cuando los ardorosos rayos del sol empezaban á templar su fuego, tomó Sara unos panes que ella misma habia amasado y cocido, y salió de su casa, dirigiéndose á una choza donde habitaba una anciana á quien solia socorrer con alguna frecuencia. Con este propósito, cruzó el valle y dirigió sus pasos hácia una pequeña colina, donde se divisaba entre algunas palmeras y otros arbustos un grupo de casas mezquinas, habitadas por gentes humildísimas, por mendigos y séres que por su estado de miseria apénas osaban penetrar en la ciudad.

Aquella tarde gozaba la caritativa jóven de alguna calma: el acto meritorio que guiaba sus pasos la ofrecia un verdadero consuelo, dando una tregua á la ansiedad y agitacion de su espíritu.

Mas ántes de llegar al término de su camino, se detuvo sobresaltada y palideció, como si hubiese pisado un venenoso reptil. Su turbacion habia sido tal, que tuvo necesidad de detenerse y buscar un apoyo en uno de los árboles que crecian al lado del camino, sin duda para favorecer con su sombra á los que frecuentaban aquellos sitios.

No sabemos si Sara se estremeció impulsada por un aciago presentimiento, ó si realmente vió desde luégo y conoció á un hombre que por el mismo camino salia á su encuentro.

Pero de cualquier manera, la sospecha ó el presentimiento que causara su turbacion, pronto debia convertirse en una realidad.

Aquel hombre que se presentaba en su camino era Ruben. El corazon de la Samaritana, latiendo violentamente, la anunciaba al mismo tiempo una dicha inmensa y un remordimiento cruel.

— ¡Sara! Dijo el jóven adelantándose lleno de alegría.

— ¡Ruben! Exclamó aquella bajando los ojos, y sintiendo que el rubor abrasaba sus mejillas.

Y despues de este espontáneo saludo, en el que se expresaban el amor, la gratitud, la alegría, el miedo, y un mundo de dulces afectos y de tiernas reconvenciones, quedáronse los dos amantes frente á frente, sin acertar á dar principio á una conversacion tan violenta y difícil como peligrosa.

Ruben en el primer momento, arrastrado por un movimiento de entusiasmo y de felicidad, habia tomado la mano de Sara y la estrechaba con efusion; pero ésta la retiraba dulcemente, dirigiéndole una mirada suplicante como si quisiera decirle:

— «Yo te amo; pero ten piedad de mí.»

Aquella era la primera vez que los dos amantes se hablaban; entre ellos apénas podia encontrarse una razon que justificara esta escena tan singular, puesto que desde luégo, y sin otra preparación, empezaba manifestando la perfecta armonía de dos corazones que se habian comunicado sus sentimientos, que se adivinaron desde un principio, y que concluian identificándose en un mismo amor.

— Tú, tú eres la que me has dado la vida, y la que rasgó su blanca toca para curar mis heridas; tú eres el ángel que derramaba amargo llanto á la cabecera de mi lecho; tú eres en fin el alma de mi alma, y la mujer á quien he consagrado toda mi existencia.

— Ruben, contestó la jóven con voz balbuciente, ¿para qué has vuelto á Samaria? ¿No sabes que esta alegría que siento al hallarte en mi camino será la causa de mi muerte?

— ¡Tu muerte!... ¡Ah Sara! Yo queria ofrecerte la felicidad, aunque fuese á costa de la mia.

En medio de su agitacion y de su desvanecimiento, no se atrevia el jóven á pronunciar algunas palabras que pudieran muy bien traducirse por un ultraje hecho á su virtud.

— ¡Ah, perdóname! Añadió con acento suplicante. Sólo he venido en tu busca, porque no podia vivir sin verte. No he querido más que admirar una sola vez tu hermosísimo rostro, y escuchar aquella voz dulce y melodiosa que elevaba al cielo una ferviente plegaria. No me rechaces tan pronto de tu lado; no me prives de la luz de tus ojos, y del consuelo que esparce tu presencia en mi alma desgarrada, porque anhela un imposible, y porque no abriga la esperanza que un dia llegara á concebir.

Sara escuchaba con deleite las cariñosas y humildes frases que pronunciaba el jóven, con una emocion que en vano queria dominar.

La sorpresa habia sido tan inesperada, que no sabia cuál era en tal situacion el lugar que debiera ocupar, ni la respuesta que merecian las rendidas súplicas de un amante que, en medio de su vehemencia, no dejaba de hablarla con respeto y sumision.

— Veo, Ruben, que has quebrantado un juramento solemne, contestó la Samaritana, porque en la lucha que sentia dentro de su pecho, no hallaba energía para despedirle, ni bastante debilidad para rendirse á sus halagos.

— Sí, he faltado á un juramento, he desoido las reflexiones de mis padres, y he renegado de mi patria y de mi religion,

aceptando el culto de los samaritanos. No te digo esto para obligarte á que por tu parte sigas mi ejemplo, entregándote á un amor que en mis sueños he creido correspondido. No, Sara; no vengo á hacerte tan infames proposiciones. Yo te debia la vida; yo te era deudor de tiernos cuidados que no olvidaré nunca; yo, en fin, no podia vivir sin volver á verte, y no me he detenido ante los sacrificios que me demandaba mi propio deseo; pero tú nada me debes, y nada debes sacrificar en aras de la gratitud.

—¿Y si yo te amara con toda mi alma? Exclamó Sara fijando en el jóven una intensa mirada que le hizo estremecerse y caer á sus plantas embriagado de felicidad.

—¡Es posible! ¡Ah! Bendita seas; ahora has completado tu obra, porque ademas de la vida que me diste, me ofreces hoy una dicha que no tiene límites, que es inmensa como los mares, y sublime como tu angelical sonrisa.

Sara en aquel momento se olvidaba ya de sí misma.

El fuego de su pecho, tantas veces sofocado, habia adquirido toda la fuerza de un volcan, y se manifestaba ya en sus radiantes pupilas, en su abrasado aliento, en su fatigosa respiracion.

Pero aun la lucha no habia terminado. Un ruido extraño vino á distraer á los dos amantes, que en aquellos momentos no se ocupaban sino de sí mismos.

La Providencia les quitaba aquella ocasion de proseguir un diálogo que en tan corto tiempo les adelantaba rápidamente en el camino del crímen.

La rapidez con que se acercaban los caminantes acortó todos los razonamientos entre Ruben y Sara; y miéntras aquel se deslizaba entre los arbustos cercanos, ésta siguió lentamente su camino, aunque tomando otra vereda que es-

taba al lado opuesto, sospechando que por ella no seguirian las gentes que venian detras, y que de este modo no podrian notar su turbacion.

Verdaderamente la jóven Samaritana se hallaba en un estado inexplicable. Al separarse de Ruben habia cruzado por su mente el recuerdo de su anciano padre y de su generoso marido, y toda la alegría que sintiera momentos ántes y que aun sentia, se mezcló entónces con el hondo pesar que la inspiraban aquellos recuerdos, y tan encontrados sentimientos eran superiores á sus fuerzas.

Por eso se alejaba con la mente desvanecida, sin rumbo fijo, fluctuando entre el bien y el mal, y entre la felicidad y la desesperacion.

Tan abstraida y ciega iba cruzando los campos cercanos á la ciudad, que no advirtió al dirigirse maquinalmente hácia la casa de su marido, que aun llevaba en sus manos aquellos panes que habia destinado al socorro de una miserable familia.

Este incidente la hizo reflexionar un momento y considerar que aquella tarde se habia olvidado de sus buenas obras.

Ya empezaba á anochecer cuando llegó á su casa, y encontró á su esposo que la aguardaba sentado á la puerta.

Hasta aquella tarde le habia mirado con gratitud y cariño; pero cuando en esta ocasion la salió al encuentro, no pudo Sara evitar un movimiento de disgusto. Sepho era el hombre que la robaba su ventura, y por más que no deseaba éste sino emplearse en labrar su dicha, no por eso dejó de mirarle como á un hombre insoportable.

No sabia Sepho, ni tenia motivos para sospechar la infidelidad que iba arraigándose en el corazon de su esposa;

por eso no disimuló su alegría cuando vió llegar á la que tanto amaba.

Pero sus caricias en aquella ocasion, en vez de inspirar la gratitud y el cariño de la mujer que era recibida con tan tierno afecto, producian el efecto contrario.

Por fortuna para Sepho, no advirtió el despego y la indiferencia de su mujer.

No merecia, ciertamente, este disgusto un hombre que se conducia con tanta generosidad, y que no ofendió nunca con una vil sospecha á la mujer de quien tan alta opinion habia formado.

La noche, por fin, impuso su silencio á los moradores de Sichar, y las horas pasaron con majestuosa lentitud.

¡Qué dulce es el descanso cuando los remordimientos de la conciencia no acuden á turbar nuestro sueño y á atormentar el espíritu!

¡Qué horrible es la noche para el criminal que, ávido de tranquilidad y de descanso, llama al sueño inútilmente para librarse de los espectros que ve deslizarse entre las sombras!

Sepho habia cumplido aquel dia fielmente con todos sus deberes, y por eso bien pronto halló el descanso de sus fatigas, y la recompensa de sus virtudes.

Sara, por el contrario, sentia miedo, y derramaba en silencio amargas lágrimas, no considerándose digna de acudir al Señor, para dirigirle una oracion y demandar su poderoso amparo. ¡Pobre Sara!

CAPÍTULO VI.

EL ESPÍRITU DEL MAL.

Muy prolija seria nuestra descripcion, si en este capítulo intentáramos bosquejar todos los pensamientos que fueron sucediéndose sin tregua en la mente de la Samaritana.

Aun sus buenos instintos y su propia dignidad se esforzaban en detenerla en el camino del crímen, en que el espíritu del mal queria sumergirla.

Aun tuvo momentos en que desatendió las malévolas instigaciones de Luzbel, y dió cabida en su pecho á los sentimientos religiosos, que en tantas ocasiones habian fortalecido su ánimo é infundido la tranquilidad en su generoso corazon.

Pero ¡ay! estos momentos eran breves, y el fervor de sus propósitos se habia entibiado por la desconfianza de su propia fortaleza.

La felicidad que sintiera al escuchar las ardientes palabras de su amante, y la dulce embriaguez que inundaba su pecho al ver convertido en una realidad su constante anhelo, eran los únicos objetos que se reproducian á cada paso en su imaginacion viva y exaltada.

El espíritu del mal la inspiraba, presentando á sus ojos un mundo de deleites y una suprema dicha, á la que no podia renunciar, sin hacer un esfuerzo que ella creia superior á la humana naturaleza.

Perdida la fe y la esperanza, no hay esfuerzo bastante para resistir al poder de mil voluptuosas imágenes, que con su halago seductor hieren nuestros sentidos, para robarnos la pureza y la inocencia del corazon.

Por eso Sara empezó á abandonarse en brazos de su pasion vehemente, y bien pronto se familiarizó con la idea de pertenecer á otro hombre.

Buscó disculpas para justificar su infidelidad; el ángel rebelde se las ofreció, y ella las aceptó sin vacilar, como si pudieran disculparse á los ojos del Altísimo las infracciones y el desprecio de su santa ley; como si al pecado pudiera darse otro nombre que no envolviera en su sentido la idea del crímen, y la maldicion del cielo.

¡Oh, cuán poco reflexiona el hombre cuando se rinde á sus torpes inclinaciones, y tiene la desgracia de colocar su planta en el peligroso declive de sus groseros apetitos!

—Yo he resistido mil veces, se decia, á esta pasion enemiga de mi tranquilidad; ella me vencerá al fin, pero la lucha que he sustentado disculpará mi delito. Y cediendo á sofísticos argumentos, iba adquiriendo una increible imperturbabilidad. Las pasiones no se contentan con infestar nuestras almas con su ponzoñoso aliento, sino que aun procuran endurecerlas, para que nunca ya puedan ceder á los impulsos del arrepentimiento.

Por fin el nuevo dia brilló en el Oriente, y en la ciudad empezó á sentirse el rumor producido por las gentes que dejaban sus lechos y salian al campo con las yuntas y aperos

de la labranza, y las que se dirigian á sus talleres y obligaciones.

No faltó Sepho á su trabajo á la hora acostumbrada; pero aquel dia acudió triste y melancólico, sin acertar á explicarse la causa de su inquietud y malestar.

Su esposa, por el contrario, dejó el lecho y acudió á sus faenas ordinarias, mostrándose en su hermoso semblante una tranquilidad glacial, y una sonrisa extraña y un tanto desdeñosa.

Parece que con ella queria lanzar un insulto á la sociedad que la rodeaba, ó expresarla el desprecio que la inspiraran sus tiránicas expresiones, de que habia triunfado.

Es verdad que su palidez revelaba una causa desconocida; pero ninguno se detuvo á averiguarla. Por fortuna, la reputacion de la jóven era intachable, y ni aun los maldicientes (que en aquel tiempo no eran tan numerosos como en nuestros dias) osaron nunca ofender á la hija del honrado Joatham.

¡Ah, con cuánta impaciencia esperaba ésta que llegase la hora en que acostumbraba á salir al campo á practicar las virtudes que todos en ella reconocian!

¡Con cuánta ansiedad anhelaba el nuevo encuentro que sin duda ninguna iba á tener en la solitaria vereda que habia cruzado el dia anterior!

Sara habia cambiado en un dia de sentimientos y de inclinaciones: la jóven sencilla y modesta, sentia el orgullo de su conquista; la mujer humilde y caritativa no recordaba ya á sus protegidos, si bien pensaba en ellos, porque la habian de servir de pretexto para sus frecuentes excursiones.

Llegó por fin la tarde, y la jóven, con el corazon palpi-

tante, corrió en busca de su querido Ruben, y no tardó en hallarle en un sitio bastante á propósito, en que no pudieran ser vistos ni oidos de los labradores de la comarca.

— ¡Cuánto has tardado, mi bella Samaritana!... Ya empezaba á temer que faltarias á la cita; pero veo que has cumplido tu palabra.

— Ruben, exclamó Sara, contemplando con delirio el rostro varonil de su amante; ha llegado ya el tiempo de que te confie todos mis secretos, y de que te haga dueño de toda mi alma. He comprendido tu abnegacion; he leido en tus miradas el fuego devorador que te consume, y me avergonzaria si no te mostrara mi gratitud, al mismo tiempo que mi inmenso cariño.

— ¡Ah! Tus dulces palabras resuenan en mi oido con un celestial encanto, que en vano intentaria describir. La gloria de los combates, la púrpura de los reyes, las riquezas de los imperios, nada cambiaria por tu amor.

— Si tú supieras cuánto he sufrido durante tu ausencia, si yo pudiera darte cuenta de la lucha que ha sostenido mi alma, quizas disculparias mi liviandad. Pero esta noche pasada he cedido á los impulsos de mi pasion, y he resuelto consagrarte mi vida, y no volver jamas la vista á mi pasado... ¡Ah! Tú no sabes cuántas angustias y cuántas lágrimas me ha costado la felicidad que ahora gozo al referirte mis pasadas penas... Ya se ha secado mi llanto; y si acaso alguna vez adviertes que se humedecen mis párpados, y que de mis labios se escapa algun suspiro, sólo serán estas lágrimas y suspiros dulces expresiones de la inmensa ventura que rebosa en mi pecho, y otros tantos festejos con que el alma sale á recibirte, enajenada de alegría, porque ha merecido tu cariño.

El amor de Sara era tan tierno y tan apasionado, se vestia de unas formas tan poéticas y tan desinteresadas, que diríamos que se acercaba á lo sublime, si pudiéramos prescindir de la traicion que se escondia bajo los pliegues de su aéreo manto.

¡Oh, cuán felices hubieran sido estos dos séres si hubiesen tenido la dicha de encontrarse algunos años ántes de que ocurrieran los sucesos que narramos!

Henchidos de felicidad conversaban los dos enamorados dando rienda á sus afectos, y fascinados con sus miradas llenas de una languidez dulcísima y espiritual; porque en medio de la violencia de su pasion que les avasallara, sólo el espíritu habia tomado parte en aquellos amorosos trasportes, uniendo aquellas dos voluntades que estaban cumplidamente satisfechas al verse identificadas y confundidas, como si fueran una sola.

En estos coloquios permanecian distraidos, miéntras los instantes tan preciosos para ellos se sucedian rápidamente, y les robaban insensiblemente aquellos goces que no podian ser indeterminados.

La noche empezaba á tender su negro manto sobre la tierra; era preciso separarse y poner fin á aquella plática, para que Sara volviera á su casa á la hora acostumbrada.

Despidiéronse con dolor Sara y Ruben, y tomaron distinto camino, no sin prometerse nuevas entrevistas; y miéntras éste se alejaba pensando en buscar un lugar ménos expuesto á una sorpresa para la continuacion de aquellos coloquios amorosos, la jóven Samaritana volvia á su casa, y se esforzaba por mostrarse serena, como si continuase aun siendo aquella esposa tan celebrada por sus relevantes virtudes.

Renováronse al dia siguiente, y en los sucesivos, las entrevistas de los amantes, y reprodujéronse las escenas de amor y las protestas de su abnegacion y constancia.

Ruben habia buscado los medios de que, ni por acaso, pudiese nadie ser testigo de aquellas escenas, y Sara, por su parte, tambien adoptó las mayores precauciones á fin de guardar su secreto, y de que al mismo tiempo la fama de su bondad y sencillez alejara toda sospecha.

Con esta conviccion siguió entregada á su pasion, gozando una ventura inexplicable cada vez que tenia ocasion de escuchar los cariñosos juramentos del jóven galileo.

Pero las entrevistas terminaban, y cuando Sara volvia á su hogar, y cuando se retiraba á descansar en el lecho, á pesar de hallarse íntimamente convencida de que el mundo ignoraba su secreto, no por eso dejó de sentir una intranquilidad que cada dia iba adquiriendo mayores proporciones.

CAPÍTULO VII.

LA FUENTE DE JACOB.

A muy corta distancia de la ciudad de Sichar, habia un pozo ó manantial de cristalinas aguas, al que las gentes llamaban la fuente de Jacob, porque se hallaba situado cerca del campo que este santo patriarca dió en mejora á su hijo José.

Era un dia muy caluroso, y la generalidad de los habitantes de las cabañas de todo aquel contorno se habian retirado á ellas para descansar un momento durante las horas en que el sol, llegando á la mitad de su diaria carrera, derramaba perpendicularmente sus rayos abrasadores sobre la tierra.

Por esto los campos se hallaban casi solitarios, y sólo se veian al pasar junto á las chozas de los labradores de Sichar las familias de éstos, que reunidas alrededor de sus jefes y patriarcas, tomaban un frugal alimento, sazonado con el apetito y con la dulce paz que inspiran personas queridas, en cuyos semblantes se notaba la más viva y franca satisfaccion.

La fuente de Jacob estaba á la sazon solitaria. Sin embar-

go, acercábanse á ella algunas gentes que, fatigadas por el cansancio y por la sed, buscaban la sombra de unos frondosos y gigantescos árboles que habian crecido cerca del manantial, regados abundantemente por sus saludables y limpias aguas.

Aquel pequeño grupo le constituian Jesucristo, sus discípulos, y las piadosas mujeres que movidas de un espíritu de perfeccion y de santo recogimiento, seguian siempre al Salvador, no queriendo perder ni una sola de sus edificantes palabras.

Jesucristo, desde las primeras horas de la mañana, se habia ocupado aquel dia en la predicacion, de la que como siempre habia recogido ópimos frutos.

Pero era necesario que todos gozaran de algunos momentos de descanso, y que los oyentes del sagrado Maestro tuviesen el tiempo necesario, no sólo para meditar la doctrina que habian escuchado y reconocer sus excelencias, despues de recibidas las primeras impresiones, sino tambien para atender á las necesidades de la vida.

Llegaron por fin á la arboleda próxima á la fuente, y allí fijaron sus reales, y Jesus envió sus discípulos á la ciudad á que comprasen algunas frutas y panes para el preciso alimento, quedándose El allí solo, aguardando el regreso de aquellos.

Jesus tenia sed y se hallaba cansado, y no pudiendo sacar agua del pozo por ser éste hondo y por carecer el Salvador de una vasija y de los medios para llenarla, sentóse sobre el brocal, muy confiado en que la Omnipotencia divina nunca le abandonaria, y de que aun en aquella hora destinada para el descanso, habria de ofrecérsele ocasion para convertir á una mujer culpable, y de esparcir más y más la semi-

lla espiritual que, brotando de sus labios, venia á fertilizar los corazones.

No tardó en aparecer en una senda que guiaba á la fuente, una hermosísima mujer, que provista de un pequeño cántaro y de una cuerda para sacar agua, se acercaba lentamente.

Esta mujer estaba pálida; en sus negros ojos habia una expresion de dolor y de felicidad inexplicable; era una flor delicada que empezaba á marchitarse, y sin embargo, aun conservaba su fragancia.

Luégo que la vió Jesucristo, conoció las causas que motivaban el estado excepcional y anómalo que causaran la languidez de aquella jóven. Vió que su corazon era hermoso, pero que estaba destrozado por la lucha constante que en él se agitaba á cada momento. Comprendió que en su pecho se habian oscurecido los tesoros de sus delicados sentimientos, y que éstos habian perdido su brillantez á causa de las instigaciones del espíritu soberbio de Luzbel; y como no se le ocultaban tampoco las virtudes que en otro tiempo fueran el magnífico atavío de aquella frágil criatura, tuvo compasion de ella, y determinó asistirla con su celestial inspiracion.

El divino Maestro, que no desea la muerte del pecador, sino que por el contrario se convierta y viva, no quiso en esta ocasion fulminar sus iras contra aquella mujer impura, en cuya historia, sin embargo, hallaba méritos para otorgarla los beneficios de su piedad.

Aquella mujer era Sara, la esposa de Sepho, la apasionada amante de Ruben, la jóven virtuosa que, despues de haber luchado heróicamente con la violencia de su amor, habia tenido la debilidad de rendirse. Empero la tris-

te Samaritana aun tenia lágrimas para llorar su delito, al mismo tiempo que la faltaba valor para apartarse de su extravío.

Abstraida en tristes y desconsoladores pensamientos, llegó á la fuente, y sin apercibirse de que allí estaba el Salvador, ató la cuerda que traia á una de las asas de su cántaro, y se disponia á sumergirle en el pozo, cuando la voz de Jesus la hizo volver de su abstraccion, y fijar sus expresivos ojos en el Hombre que la dirigia la palabra, diciéndola:

— «Dame de beber»[1].

Grande fué la admiracion de la Samaritana al hallarse frente á frente de Jesus. En su divino rostro veia algo que era extraordinario, dulce y consolador. A pesar de la sencillez de su vestidura, encontraba en el Galileo una majestad que humillaba, inspirando á la vez el más profundo respeto. Los sentidos de Sara, por sí solos, quizas no la dieran á conocer la superioridad y grandeza de Jesus; pero su alma impresionable y delicada, sentia ya la presencia del Redentor del mundo.

— «¿Cómo, le dijo, me pides de beber siendo tú galileo, y siendo yo samaritana? ¿Pues no ignoras que no tienen trato los judíos con los samaritanos?»

— «Si conocieras el don de Dios, la contestó Jesucristo, y si supieras quién es el que te dice dame de beber, acaso tú se la pedirias, y El te daria agua viva.»

La Samaritana oyó estas palabras sin comprender su sentido, y como era sencilla, y desde luégo creyó que aquel Hombre la hablaba con verdad, le replicó con ingenuidad y respeto:

---

[1] S. Juan Evang., Cap. IV.

— «El pozo es hondo, y Tú no tienes con qué sacarla. ¿Dónde, pues, teneis esa agua viva? ¿Sois acaso Vos mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dejó este pozo, del que bebió él, sus hijos y sus ganados?»

— Es verdad, dijo el Señor, que «todo el que bebiere de esta agua volverá á tener sed; pero el que bebiere del agua que Yo le daré, nunca jamas tendrá sed; porque el agua que Yo le daré, será para él una agua que saltará hasta la vida eterna».

La pobre Sara, que se sentia á cada instante acosada por tantos dolores y remordimientos; la mujer que vivia con tanto desasosiego, y se consideraba ya digna del rigor de los cielos, luégo que oyó el ofrecimiento del Señor, en el que sin duda podria hallar su perdon, su tranquilidad, y hasta la vida eterna, exclamó conmovida y llena de esperanza.

— «Dame, Señor, de ese agua; dame de ese agua, para que no tenga sed, ni venga aquí á sacarla.»

Jesucristo, entónces, quiso que en aquel instante comenzara el arrepentimiento de la jóven, y que ésta conociera que, si bien á los ojos de los hombres podia tener oculto su crímen, no así lo podria conseguir respecto á Dios, que nada ignora de cuanto sucede en el más remoto lugar de la tierra.

— «Ve, la dijo, llama á tu marido, y vuelve aquí.»

El rubor de la Samaritana la obligó á inclinar su frente, y á contestar llena de turbacion:

— «No tengo marido.»

— «Has dicho bien, la dijo Jesucristo: que no tienes marido. Cinco has tenido, y el que ahora tienes, no es tuyo.»

Estas palabras sebrecogieron el ánimo de la jóven.

Su secreto habia dejado de serlo, y la vergüenza de su delito era ya un nuevo castigo que no podia soportar. Reflexionó entónces que el hombre que con tanta seguridad la declaraba aquellas particularidades de su vida, no podia ser otro que algun profeta que hablaba por virtud de una inspiracion divina.

— «¡Señor, le dijo humildemente, veo que Tú eres profeta!»

La hermosa Samaritana pensaba en Dios, y entraba en la senda del arrepentimiento inspirada por los auxilios de la gracia; quiso acudir al Señor para confesarle la culpa que oprimia su corazon, y para pedirle el perdon que se la ofrecia por boca de un profeta. Pero ocurriósela la duda que abrigaban muchos samaritanos respecto al culto divino, y queriendo saber con seguridad dónde debia adorar al Todopoderoso, dijo á Jesus:

— «Nuestros padres adoraron al Señor en ese monte, y vosotros decís que en Jerusalen está el lugar. ¿Dónde conviene adorar?»

Esta pregunta de la Samaritana, dió lugar á una de las aclaraciones que debia hacer Jesucristo acerca de la diferencia de la ley antigua y de la nueva ley.

— «Mujer, créeme, la dijo; viene ya la hora que ni en este monte, ni en el templo de Jerusalen, adorareis al Padre.»

Con estas palabras manifestó que llegaba el tiempo en que las ceremonias y los sacrificios, tanto de los judíos como de los samaritanos, serian abolidos, y el culto de Dios no estaria ceñido ni limitado á éste ó el otro lugar; porque la fe de la nueva alianza se extenderia por todo el mundo, y porque en todos los países de la tierra se levantarian templos que se le dedicarian, en los cuales recibiria culto más

perfecto que el que hasta entónces habia recibido en Jerusalen.

— «Vosotros, continuó Jesucristo, adorais lo que no sabeis. Nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos (segun la carne). Mas viene la hora, y es ésta, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre, no en víctimas carnales, sino en espíritu y verdad, porque á éstos busca el Padre para que le adoren. Dios es Espíritu, y es menester que aquellos que le adoran le adoren en espíritu y en verdad.»

No comprendió la Samaritana las palabras de Jesus, ó si las comprendió no quedó satisfecha; porque el Hombre á quien escuchaba como á un profeta, sin duda se referia á un nuevo culto que habia de establecerse muy pronto para todos los hombres sin distincion de samaritanos, judíos ni gentiles. Sabia que el mundo esperaba á un Mesías verdadero, el cual habia de ser su Salvador, y por esto, no queriendo fiarse de lo que dijera aquel profeta, contestó á Jesus, no vacilando en hacerle comprender la duda que tenia:

— «Yo sé, le dijo, que el Mesías que se llama Cristo viene, y cuando llegare, sabremos de El todas las cosas.»

— «Pues yo soy el Mesías, que estoy hablando contigo,» la dijo Jesus.

El asombro de la Samaritana llegó á su colmo. La declaracion del Salvador no podia ser más terminante. Entónces recordó aquella todo cuanto habia hablado aquel Desconocido, consideró que El sabia lo que era un secreto para los demas hombres, le contempló sin acertar á pronunciar una palabra, y halló comprobadas todas sus sospechas en la perfeccion, en la majestad, en la dulzura y en la sabiduría

del Hombre á quien habia tenido la dicha de encontrar en su camino.

Ella le reconocia por el Cristo prometido, y llena de alegría abrigaba la risueña esperanza de obtener el perdon de su pecado. Su mismo corazon, ménos oprimido entónces, la hacia presentir en aquellos momentos que habia tenido la dicha de hallar gracia á los ojos del Salvador del mundo.

Pero era tanta la turbacion que embargaba sus sentidos, que no tuvo aliento para pronunciar una palabra..

En esta ocasion llegaron los discípulos de Jesus, que no se sorprendieron poco de hallar á su Maestro hablando con una mujer, sorpresa que en cierto modo estaba justificada, puesto que no acostumbraba Aquel á conversar con mujeres, y tambien porque los Apóstoles huian toda familiaridad con ellas. Ademas de esto, advertian que aquella mujer era samaritana, y les admiraba la humildad de Jesus que se dignaba conversar con ella.

Pero era tan grande el respeto que todos le guardaban, que ninguno se atrevió á preguntarle cuál era la conversacion que tenia con aquella mujer, hija de un pueblo tan aborrecido por el de los judíos.

La pobre jóven, en medio de su turbacion, al ver llegar á los Apóstoles, se retiró humildemente con las lágrimas en los ojos y el arrepentimiento en el corazon.

Todo lo que le habia sucedido se la representaba en la mente como un sueño horrible, del que empezó á despertar. Sentia aquellos impulsos y generosos afectos que en otro tiempo habian acompañado á su inocencia y á su virtud, y se encontraba regenerada y con valor, no sólo para aborrecer su pecado, sino para publicarle y mostrar su arrepentimiento y espíritu de penitencia, haciendo una confe-

sion en que tanto habia de padecer su honor y el honor de su marido.

En verdad que esta confesion, dictada por un sentimiento de humildad, podia acarrear á su anciano padre y á su fiel esposo grandísima pena, y Sara no dejó de moderar sus impulsos de arrepentimiento en lo relativo á la publicacion de su culpa.

Pero lo que no pudo ocultar, fué la emocion que experimentaba: habia acudido lánguida y triste á la fuente de Jacob, y allí habia tenido la dicha de hallar al Mesías que con tanta impaciencia aguardaban samaritanos y judíos.

Por eso llena de admiracion, de alegría, de entusiasmo y de fe, apresuró sus pasos hácia la ciudad, perdiéndose entre las arboledas y pequeñas colinas del valle de Sichar.

En el brocal del pozo dejó la jóven su cantarillo lleno de agua, sin duda para excusar á Jesus y á sus discípulos el trabajo de sacarla.

Acercáronse éstos con la mayor solicitud á ofrecer á su Maestro los alimentos que le traian, y le rogaron con la mayor insistencia para que comiera y reparase sus fuerzas.

Pero el Señor, cuya palabra se referia con mucha frecuencia á las cosas del cielo, les dijo:

— «Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no conoceis» [1].

«Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado para que cumpla su obra.»

---

[1] S. Juan Evang., Cap. IV.

CAPÍTULO VIII.

DOS DIAS EN SICHAR.

Joatham y Sepho, rodeados de los operarios de su taller, hallábanse ocupados en las diversas operaciones necesarias para el curtido de pieles, el mismo dia en que Jesus, pasando por las tierras de la Samaria, se habia detenido junto á la fuente de Jacob.

No esperaban los curtidores la sorpresa agradable que iban á experimentar, cuando sintieron en la estrecha calle en que el taller estaba situado, gran número de voces y rumores de un carácter indefinible.

— Vamos á verle, decian unos.

— Sepamos si es cierto lo que nos dice esa mujer.

No habian tenido tiempo los que estaban trabajando en la casa de Joatham, de preguntarse unos á otros cuál podria ser la causa de tanto alboroto, cuando abriéndose la puerta del taller, apareció Sara diciendo con muestras de alegría:

— «Venid, venid, vereis á un Hombre que me ha dicho cuanto he hecho» [1].

[1] S. Juan Evang., Cap. IV.

El rostro de la Samaritana tenia una expresion singular, que revelaba el asombro de que estaba poseida.

Sara se dirigia á su padre, á su esposo y á todos los operarios del taller, llena de conviccion, y con la sorpresa que siente el que ha encontrado un inestimable tesoro, y no pudiendo contener su alegría, corre á participárselo á sus amigos para que sientan el mismo regocijo.

—Sin duda ninguna, repetia, el Hombre que me ha hablado es el Mesías, el Cristo que viene á la tierra á hacer nuestra felicidad.

Adelantóse Joatham saliendo al encuentro de su hija, y la dijo:

—¿Qué es esto, Sara? ¿Dónde has hallado á ese Hombre? En verdad que ya habia oido hablar de su advenimiento, pero no quise dar crédito á lo que se me decia.

—¿Y en qué has conocido la divinidad de ese Mesías? Dijo Sepho á su esposa. ¿Por ventura viene rodeado de celestiales resplandores? ¿Has visto en El algo extraordinario?

—No, nada de eso he hallado en El: su exterior á primera vista no tiene nada de sobrenatural; pero su palabra tiene el poder de conmover el alma, de inspirarla un inexplicable amor divino, y de hacerla sentir unos deseos de llorar, que inundan el corazon de consuelo y de una venturosa esperanza. Ademas, continuó impremeditadamente, ese Hombre todo lo ve y todo lo sabe.

—¿Qué es lo que ha visto? ¿Qué es lo que te ha revelado? Preguntó Sepho con natural curiosidad.

Sara bajó los ojos, y estuvo á punto de arrojarse á los piés de su esposo y de su padre. En aquel momento se sentia con valor para declarar su culpa, y para pedir el castigo de que se habia hecho merecedora. Pero al mismo tiempo tuvo com-

pasion de su amante esposo y de su anciano padre, y respondió con alguna turbacion:

— Ha adivinado mis pensamientos, y me ha declarado que El es el Mesías: venid, venid conmigo á la fuente de Jacob, donde le he dejado hace un momento. Vosotros oireis su dulce voz, y estoy segura de que sentireis al verle una felicidad que jamas habreis experimentado.

No esperaron más ruegos los operarios del taller, y deseando ver por sus propios ojos al Cristo de quien se les hablaba, abandonaron sus herramientas, y acompañados de otras muchas gentes de la ciudad á quienes Sara habia contado lo sucedido, se dirigieron al sitio que ésta les indicó, con la esperanza de ver confirmadas sus sospechas.

Efectivamente, luégo que llegaron á la presencia de Jesus, léjos de sentir la repugnancia que les causaban todos aquellos que por su vestidura eran reconocidos como galileos, se sintieron atraidos por la majestad y la dulzura que hallaron en el hermoso rostro del Salvador, y fueron acercándosele poco á poco en ademan respetuoso, esperando á que El les dirigiera la palabra.

Jesus, que jamas sintió el cansancio ni la fatiga, y que sólo anhelaba cumplir la voluntad del Eterno Padre, llevando á cabo su obra de redencion, acogió benignamente á aquel numeroso auditorio que se le acercaba con tan felices disposiciones, y comenzó á hablarles, instruyéndoles en los sagrados principios que propagaba por los pueblos con su elocuente y poderosa voz.

No podremos decir detalladamente lo que pasó entre Jesus y los samaritanos en esta primera entrevista, porque los libros sagrados no nos han trasmitido las noticias que apeteciéramos; pero es indudable que las palabras del Señor, y

tambien las nuevas que esparcia la hermosa Samaritana, fueron causa de que muchos creyeran en El, y de que los habitantes de Sichar le rogaran encarecidamente que fuese á su ciudad y se estuviese con ellos.

El Señor no podia acceder á la peticion de los samaritanos: su sagrada mision no debia limitarse á predicar en una sola ciudad; ántes por el contrario, era necesario que se oyera su elocuente voz en otros muchos pueblos, aprovechando los dias á fin de que no se retardara el sacrificio que llevaba consigo la redencion del género humano.

El camino de Jesus estaba ya trazado por la sábia mano del Omnipotente, y era invariable, como inmutable es su santísima voluntad.

Por esto Jesus, ejerciendo su celo y ardiente caridad, al mismo tiempo que seguia su camino, consintió estar en la poblacion por espacio de dos dias, tiempo suficiente para que en aquel pueblo se conociera y propagara la doctrina que tantos prosélitos iba adquiriendo cada dia.

Grande fué el regocijo de los samaritanos al ver en su ciudad al Señor, á quien desde luégo habian reconocido, y no fué menor el recogimiento y consideracion con que le acompañaron, prodigándole cuantos obsequios les inspiraban sus respetuosos sentimientos.

Notable es el contraste que nos ofrece la sagrada historia al referirnos la acogida que hicieran al Señor los nazarenos, y la que le hicieran los samaritanos. Los unos eran sus paisanos y sus amigos; los otros sus enemigos: aquellos le escuchaban por mera curiosidad, viendo en El al hijo de un humilde carpintero; éstos le miraban como al Hijo de Dios, y acudian á oir su palabra con humildad y veneracion: por último, los amigos quisieron dar la muerte al que les ense-

ñaba el camino de la vida eterna, miéntras que los enemigos deponian sus odios de nacion y se esforzaban por agasajarle, mostrándose reconocidos á los beneficios que aquel Galileo les dispensara.

Durante el primer dia de la estancia de Jesus en Sichar, casi todos los moradores de la ciudad abandonaron sus ocupaciones, y acudieron con alegría á instruirse en la nueva ley, y á tributar al Mesías las más afectuosas muestras de su gratitud.

Por todas partes se escuchaban elogios de Jesus, y casi todos los habitantes de la ciudad se sentian inspirados por nuevos sentimientos regeneradores, y movidos poderosamente por un espíritu de arrepentimiento que jamas habian sentido.

Entre las muchas personas de todas clases y condiciones que asistieran el primer dia á la predicacion del Señor, se hallaba un jóven de agradable presencia y rostro varonil. Este, sin duda, no tenia muchos amigos, pues durante la mañana, á pesar de que habia seguido al Salvador mezclado entre el pueblo samaritano, no habia hablado con nadie, ni encontrado quien le dirigiera la palabra.

Era Ruben, el amante de Sara, que habiendo adoptado el traje y costumbres de los moradores de aquel pueblo, vivia en una cabaña cercana á la ciudad de Sichar, entregado á la violencia de dos pasiones bien contrarias, aunque ambas bien dignas de castigo.

Ruben amaba á Sara con toda la efusion de su alma, y embriagado con los halagos de su amor, habia tenido resolucion para abandonar á su patria y á su familia, y vivia sólo para entregarse á los deleites de su culpable pasion, que era desde la época en que le dimos á conocer á

nuestros lectores, el móvil principal de todas sus acciones.

Pero al lado de su amoroso extravío, ocupábale otra pasion no ménos torcida y censurable. No habia olvidado, á pesar del tiempo trascurrido, los crueles tratamientos de que fué objeto, cuando dirigiéndose á Jerusalen, y habiéndose separado de sus amigos, fué acometido por los pastores que le hallaran en las cercanías de la ciudad. El recuerdo de este atentado, le habia sugerido la idea de la venganza; y aunque el corazon de Ruben fuera generoso, se revelaba ante el sentimiento de la ofensa recibida, por las circunstancias infames que la habian acompañado.

Por eso vivia encubierto, anhelando primero conocer á los cobardes agresores, y despues hallar la ocasion de castigarles severamente, para cuyo fin se consideraba con fuerzas y con valor muy sobrado, puesto que ya se habian cicatrizado sus mortales heridas.

Cuando agitado por sus dos constantes pensamientos habitaba en Samaria, supo como todos los moradores del país la llegada de Jesucristo, supo tambien las palabras que Sara habia dicho, y él solo fué el que comprendió su sentido verdadero.

Ruben, á pesar de que en aquel entónces se hallaba perdido en la senda del vicio, y de que su corazon iba endureciéndose á causa de su perseverancia en el pecado, habia sido educado en la santa ley de Moisés, que observó en su juventud con religiosa puntualidad. Estaba instruido en las profecías, y conservaba aun en el fondo de su corazon algun resto de aquellos principios que le inculcaran cuidadosamente sus cariñosos padres.

Y conforme se encuentra grandeza y majestad en las ruinas de un templo ó de un magnífico palacio, en las que siem-

pre queda algo de lo que fueron, así tambien guardaba el jóven en su pecho algunas ruinas de su fe; restos sin armonía y sin conjunto, del sólido edificio de una educacion esmerada y santa.

Tenia ademas Ruben una imaginacion viva é impresionable, y una instruccion nada vulgar. Sabidos estos antecedentes, nadie extrañará que el jóven galileo se sintiese sorprendido al saber la nueva de que en Sichar se hallaba un Hombre que habia revelado á la Samaritana *todo lo que habia hecho.*

— Este Hombre, pensó, sin duda es un profeta; y ansioso de escucharle se mezcló entre la multitud, sintió igual fervor, y escuchó atentamente las exhortaciones del divino Maestro.

La predicacion del Salvador siempre era oportuna: en ella habia consejos para todos los que los necesitaban, remedios para todas las aflicciones, severas represiones para los culpables, y doctrina universal aplicable á todas las circunstancias y estados de los que le oian.

Por esto Ruben, cuando oyó la voz de Jesucristo, no pudo ménos de reconocer su ceguedad y sus culpables extravíos. El amaba sin freno, sin reflexion, y gozaba los favores de una mujer hermosa á quien habia enloquecido, miéntras Jesucristo, condenando toda liviandad, explicaba cuán graves eran las infracciones de la santa ley escrita en las tablas que Moisés presentara al pueblo de Israel. El Salvador presentaba á la comprension de sus oyentes toda la fealdad del pecado, las dulzuras del arrepentimiento y las excelencias de las virtudes, y les hablaba de gracia y de perdon.

No pasaron desapercibidas estas últimas palabras en el ánimo del jóven que habia soñado con el cumplimiento de

una cruel venganza, ni tampoco dejaron de producir su saludable efecto.

Las exhortaciones y doctrina de Jesucristo habian penetrado en el corazon de Ruben, y por eso luégo que vió que el pueblo se retiraba, se retiró él tambien meditando en lo que habia escuchado, y comparando cuán distinto era el camino á que le dirigian sus pasiones, del que señalaba con potente voz el santo Profeta, que era reconocido por el Mesías enviado del Señor.

Aquel pecador habia conocido la fealdad de sus pasiones, y al paso que admiraba la grandeza y la divinidad de Jesus, sentia un dolor inmenso y una vergüenza que sólo es propia de las almas elevadas y generosas.

Sentia dolor y remordimiento por las ofensas hechas á Dios, por su impremeditada conducta, por su debilidad al combatir una pasion injusta, y porque habia apartado de la senda de la virtud á una mujer que siempre observó una conducta intachable, hasta que su torpe amor la hundió en el cieno del pecado, robándola el aroma de su castidad y el encanto de su virtud.

Ruben sentia ademas vergüenza al considerar en su premeditada venganza, y despues que habia escuchado de los divinos labios del Señor las palabras gracia y perdon que á los hombres ofrecia,

—¡Y yo me preciaba de generoso y de magnánimo! Exclamaba tristemente. ¿Qué me importa que mi venganza no se haya cometido? ¿Por ventura ha sido por falta de voluntad, ó por falta de ocasion?... ¡Ah, soy tan impetuoso como ruin, y tan traidor como mezquino y cobarde!

Embebido en estos pensamientos llegó á su morada, y entónces, alzando sus brazos y dirigiendo al cielo su mirada,

— Señor, exclamó; no me castigues cual merezco. Ten piedad de mí.

Un pensamiento cruzó entónces por su agitada mente, que le arrancó un profundo suspiro. ¡Triste expresion de una amargura intensa é irresistible!

— ¡Ella!... Murmuró, sintiendo oprimida el alma, y considerando la necesidad del sacrificio.

Mas reponiéndose despues, y haciendo un esfuerzo supremo, añadió:

— Renunciaré á su amor, la pediré que no me desprecie, miraré sin piedad sus lágrimas, reprimiré las quejas de mi corazon, y me separaré para siempre de su lado.

Y como si el recuerdo de Sara hubiese acudido á su imaginacion sólo para interrumpir su plegaria, y cual si quisiera arrancar de su memoria aquella hermosura que le habia fascinado, pasó una de sus manos por la frente, miéntras con la otra se oprimia el corazon, para imponerle silencio y que cediera obediente á los mandatos de la voluntad.

Jesus continuó aquella tarde su incesante ejercicio, predicando el reino de Dios, con gran provecho de aquel pueblo, que se mostró dócil y fervoroso.

Muchos fueron los que creyeron en El, y no pocos acudieron en busca de la Samaritana para decirla:

— « Ya no creemos por tu dicho: nosotros mismos hemos oido al Mesías, y conocemos que es verdaderamente el Salvador del mundo »[1].

Despues de los dos dias salió el Señor de Sichar, con gran sentimiento de los samaritanos, y continuó su viaje á la Galilea.

---

[1] S. Juan Evang., Cap. IV.

CAPÍTULO IX.

LA ÚLTIMA ENTREVISTA.

Era la hora en que Sara solia abandonar la casa de su padre y acudir á una ruinosa cabaña, no muy lejana de la ciudad de Sichar, donde hallaba á su querido Ruben.

Jesucristo habia predicado á los samaritanos, y se disponia á salir de su territorio para continuar en otros pueblos su saludable mision.

Aquel dia los caminos y veredas situadas hácia la parte en que solian hallarse los dos culpables amantes estaban solitarias, porque debiendo salir el Redentor por los campos situados al otro lado de la ciudad, la multitud se habia dirigido á ellos para despedir cariñosamente á su divino Huésped.

Sara, despues de las escenas que hemos descrito en los capítulos anteriores, habia tenido tiempo de reflexionar, y los pensamientos que ocuparan su mente eran dignos de una mujer arrepentida.

Y así como los vicios se abren paso unos á otros en los humanos corazones, para vencer toda resistencia y apoderarse de las almas, así tambien las virtudes se atraen unas

á otras, y concurren á fortalecer los espíritus que han sido iluminados por el puro y radiante sol de la divina gracia.

Esto se verificó en el alma de la dichosa Samaritana. Vió á Jesus, y la fe empezó en ella á disipar las tinieblas horribles del pecado; creyó en el profeta, y saludó al Mesías.

Oyó despues las palabras de Este, y su fe empezó á fortalecerse con la esperanza del perdon. Más consolada ya, y perseverando en sus santos propósitos, determinó apartarse de la peligrosa senda en que yacia perdida, y una vez favorecida por su fe y por su esperanza, que aun la prometia una vida eterna, sintió fácilmente los impulsos de la caridad.

Su amor hácia Ruben no se habia extinguido ni podia extinguirse; si tal hubiese sucedido, no habria tenido mérito alguno el sacrificio que se impusiera, al proponerse una separacion quizas eterna.

¡Eterna!... ¡Ah!... ¿Era posible que la mujer que habia sentido la doctrina de Jesus, fuera capaz de abandonar á un hombre que adoraba, sin procurar ántes su conversion? ¿Podia creerse que, conociendo Sara el lugar donde se hallaba el manantial regenerador de la gracia, sólo procurara utilizarle para sí, abandonando al hombre que tanto la amaba, en el corrompido cieno donde su pasion les habia precipitado? No: la Samaritana aun tenia un santo deber que cumplir; debia obedecer á los impulsos de su caridad, y se hallaba con valor suficiente para presentarse otra vez delante de su amante, y de procurar su salvacion.

El cambio que se habia obrado en el alma de la jóven, era una merced que el Señor la concediera, pues sólo su Omnipotencia hubiese logrado una mudanza tan pronta y radical. Sin duda fué ésta un don otorgado á Sara en re-

compensa de las virtudes que en otro tiempo tan fielmente habia guardado.

¡Bendita sea la misericordia del Señor!

Inspirada por su ardiente caridad, dejó la Samaritana aquella tarde la morada de su esposo, y corrió precipitadamente á la arruinada choza donde sabia con seguridad que habia de hallar á Ruben.

Bien pronto salvó la distancia del camino, y penetró entre las ruinas llamando al jóven galileo.

Ruben no estaba allí. Era la primera vez que Sara no le hallaba en aquel sitio.

Grande fué entónces su inquietud y su impaciencia. Aquella tardanza, ¿seria motivada por algun acontecimiento desgraciado? ¿Llegaria tarde la jóven á desempeñar su noble y generoso propósito?...

En medio de su arrepentimiento, el amor de la jóven era intenso, conservaba su espontaneidad y dulzura, pero habia ya perdido su carácter impetuoso y violento; ya no era Sara la mujer que buscaba á su amante para fomentar la llama de una culpable pasion, sino la mujer cristiana que, sin olvidar sus sagrados deberes, corria á practicar el bien, á libertar á un alma generosa de la esclavitud del demonio, á sacrificar sus más tiernas afecciones en aras del deber, y por último, á separarse para siempre de aquel amante, despues de haberle hecho partícipe del tesoro de gracia y de perdon que habia encontrado en su camino.

Yacia la jóven en un estado de ansiedad indescriptible, cuando vió aparecer á Ruben triste y abstraido.

—Ruben, mi amado hermano, exclamó llena de alegría saliéndole al encuentro, te esperaba con impaciencia.

Pero Ruben, que en otras ocasiones habia corrido á sa-

ludar á Sara, esta vez se contentó con dirigirla una mirada melancólica que la dió á conocer la tristeza de que se hallaba poseido, y la hizo sentir más vivamente sus impulsos de compasion.

— Ven, dijo aquella, y desecha tu amargura; hoy tenia afan por verte; hoy estaba más impaciente que lo he estado en otras ocasiones, porque presentia tus penas, y venia á ofrecerte el bálsamo consolador de la esperanza; y añadió con acento de dulce reconvencion: de la esperanza que los dos habíamos perdido ya.

Ruben ignoraba la conversion de Sara, y creyó que las palabras que ésta pronunció movida de un impulso de caridad, eran inspiradas por la vehemencia y el delirio de su amor.

— Sara, la dijo conmovido y con voz balbuciente, es preciso que me perdones. ¡Yo te amo con toda la efusion de mi alma! Tú hubieras sido en la tierra mi única felicidad. Pero nuestro amor es imposible. No me llames ingrato, si ves que rechazo tus caricias; no me recuerdes la torpeza de mis acciones. Ten piedad de mí, y no me hagas objeto de tu justo desprecio.

Estas palabras llenaron de asombro á la Samaritana. No la ocurrió en aquel momento que Ruben se expresara de aquel modo, porque estuviese como ella arrepentido; sino por el contrario, juzgó que algun motivo ménos elevado le movia á provocar una separacion.

— ¡Oh! Pensó la hermosa jóven. ¿Qué secreto pesar se ha apoderado de su alma? ¿Por qué le encuentro tan abatido? ¿Qué horrible desesperacion es la que le atormenta?... ¡Y yo que venia á fortalecer su espíritu... yo que queria derramar la tranquilidad en su alma lacerada!...

Contempló un instante en silencio el pálido semblante de Ruben, y al comprender que era víctima de alguna lucha interior, y que en su pecho se agitaba un hondo padecimiento, no se atrevió á contestarle, y las abundantes lágrimas que brotaron de sus ojos, fueron entónces la elocuente respuesta de la jóven Samaritana.

Aquellas lágrimas querian decirle: «Sí, dices bien: nuestro amor es imposible; debemos separarnos para siempre».

En aquella situacion solemne en que los dos enamorados se veian por última vez, con la firme resolucion de alejarse el uno del otro, no encontraban palabras para interpretar sus sentimientos; temian despreciarse y manifestarse una aversion que no sentian; porque, en realidad, lo que ambos aborrecian era su culpa, y no aspiraban sino á comunicarse sus propósitos laudables y regeneradores.

Pero ¡es tan difícil justificar una determinacion tan heróica, cuando se trata de abandonar á personas fascinadas y enloquecidas por una pasion violenta!

—Creerá que la desprecio y que soy un ingrato, pensaba Ruben. No; no es posible que la haga convencerse de la razon de mi partida.

Sara, por su parte, reflexionaba del mismo modo; pero aun tuvo más resolucion que su amante, y enjugando sus lágrimas y aparentando una tranquilidad que no tenia, indicó á Ruben que se sentara en una piedra que estaba allí cercana, y con acento tierno y cariñoso le dijo:

—Ruben, mi querido hermano, cuéntame tus penas; no te entregues así á la tristeza que devora tu corazon. No creas que me puedan ofender nunca tus palabras; quizas sientes tú los mismos impulsos que hoy resplandecen en mi pecho.

— Me has llamado hermano, contestó Ruben con extrañeza; ayer no me dabas ese nombre.

— Ayer era yo una mujer pecadora, y hoy soy una humilde criatura, que quiere lavar la mancha del pecado por medio del arrepentimiento.

— ¡Es posible! Exclamó Ruben, empezando á comprender las palabras de la jóven.

— Sí; tú no serás desde hoy para mí, sino un hermano á quien amaré siempre como tal. Acaso te causará extrañeza esta nueva; tal vez esta confesion aumentará el pesar que en este momento inunda tu alma de amargura; pero aun confio en que podré disipar esos tormentos, y devolverte la tranquilidad perdida.

Estas palabras admiraban más y más al jóven galileo, porque conocia que su amada le adivinaba sus pensamientos.

— Dime, continuó aquella, ¿has escuchado la predicacion de Jesucristo?

— ¡Sí; la voz de ese Hombre tiene un poder irresistible, y si tú supieras los sentimientos que ha despertado en mi alma!... ¡Ah! Perdóname, Sara, mil veces te lo ruego; pero despues que he oido la palabra del Mesías...

— Habla sin recelo, dijo con ansiedad la Samaritana. Nada temo, estoy preparada á saber tu designio.

— Pues bien. Jesucristo no quiere que te aborrezca. El santo Mesías quiere que te ame con toda la efusion de mi alma; pero manda que no te desee, y que me aparte de tí para siempre.

Sara exhaló una exclamacion tan espontánea como indefinible: en ella expresaba á un mismo tiempo una inmensa alegría, y el más profundo dolor.

Ruben habia reconocido su pecado, y trataba de hallar

gracia ante los ojos del Señor por medio de un sincero arrepentimiento. Pero al mismo tiempo su amante se despedia, y el sacrificio de aquel amor iba á verificarse desde aquel mismo instante.

—¡Ah, Ruben! Tú has adivinado mis pensamientos hasta en esta ocasion, en que yo venia dispuesta á darte mi adios postrero. Yo tambien he escuchado la voz de Jesucristo, y El ha iluminado mi espíritu y me ha ofrecido la vida eterna; pero no queria abandonarte sin solicitar humildemente tu perdon, y á la vez otorgarte el mio; quise mostrarte los tesoros de gracia y de perdon que nos ofrece la piedad del Mesías, si obedecemos á sus mandatos; quise compartir contigo la fe que me ha inspirado su santa doctrina, y hacerte partícipe de mi esperanza. Pero si tú tambien has oido la voz de Jesucristo... si sientes los mismos deseos y el mismo dolor que traspasa mi pecho... nada más tengo que decirte...

Sara ahogaba sus sollozos, y no tenia fuerzas para pronunciar el último adios, que enviaba al único mortal que la habia hecho sentir las más tiernas y delicadas sensaciones.

—Espera, Sara, dijo Ruben, y permíteme que te bendiga ántes de partir.

Los dos amantes no tenian palabras para expresar el dolor que les causara su eterna despedida. Querian terminar aquella escena. Ansiaban gozar por última vez de las dulces armonías purificadas ya, y que se habian identificado, y que parece fueron destinadas para ser iguales hasta en el arrepentimiento. Los ojos hablaban con más elocuencia. Nunca fué más pura y angelical la mirada de Sara, ni más tierna y elocuente la expresion del semblante de Ruben. Pero era llegado el momento de la despedida.

La Samaritana sintió oprimido su corazon.

— El cielo te acompañe, mi querido Ruben. No olvides nunca la doctrina de Jesucristo.

— ¡Dios te bendiga, mi dulce hermana! Exclamó el galileo. Si alguna vez en tu memoria, vaga el recuerdo de un hombre harto desgraciado, que te amó como jamas habia amado en su vida, dirige al Señor una oracion para que perdone sus extravíos.

Sara no pudo contestar; lanzó un gemido desgarrador, y partió sin volver la cabeza hácia el sitio en que dejaba á su amante, exclamando:

— Dios mio, yo cumpliré tu santa voluntad. Tú solo eres Santo, Justo y Todopoderoso. Ten piedad de nosotros, y no nos abandones.

Ruben siguió con la vista á la hermosa Samaritana, admirado de su virtud y del valor con que se alejaba de su lado.

Sabia muy bien que Sara caminaba con el alma llena de angustia, y por eso mismo veia que una mujer le daba ejemplo, venciéndose á sí misma con una resolucion heróica.

— ¡Dios nos perdone! Exclamó pidiendo al cielo su amparo en aquel instante supremo.

Y apartando la vista del camino por donde Sara se habia ocultado, se dirigió por una vereda opuesta á aquel, alejándose con paso lento, y procurando en vano calmar la agitacion de su lacerado pecho.

Antes de que la noche desplegara su negro manto, halló Ruben á unos pastores que se ocupaban en recoger sus ganados.

Acercóse á ellos, y sin mirarles les preguntó:

— ¿No podreis decirme por qué camino se ha dirigido Jesucristo al salir de la ciudad?

—Nada sabemos, le contestó con sequedad y mal humor uno de los pastores.

Ruben, en medio de su abstraccion y de su abatimiento, al oir aquella voz que tan duramente le respondia, sintió un estremecimiento involuntario, y acudió á su imaginacion un fatal recuerdo que le hizo palidecer.

Alzó entónces sus ojos, y los fijó en aquel pastor á quien seguramente no era la primera vez que hallaba en su camino.

El deseo de su venganza renació por un momento en sú pecho, y sintió impulsos de arrojarse sobre aquel hombre infame, y castigar cruelmente el bárbaro atentado que en otro tiempo cometiera.

Sí, aquel pastor era el que le habia herido mortalmente, y en quien hubiera Ruben ejercitado su venganza, si en otras mil ocasiones le hubiese hallado frente á frente.

Pero aun no se habian borrado de la mente del arrepentido galileo las palabras gracia y perdon que brotaran de los labios del Salvador.

Ruben habia tenido fuerzas para hacer el sacrificio de su amor, y tambien las tuvo para dominar las instigaciones de su venganza.

—¡Dios tenga piedad de tí! Exclamó.

Y siguió su camino, empezando á sentir el alivio y santa conformidad que inspiran siempre las buenas acciones, y las victorias obtenidas sobre el imperio de las pasiones.

CAPÍTULO X.

LAS PROMESAS DEL SEÑOR.

Pocos meses habian pasado despues de la despedida de Ruben y de Sara.

El sacrificio de ambos fué grato á los ojos del Señor, y las bendiciones del cielo descendieron sobre sus cabezas.

Sara era feliz, y léjos de sentir aversion á su marido, como en otro tiempo sucediera, comprendió las virtudes de éste, y concluyó por amarle verdaderamente.

Ya no la eran enfadosas sus tiernas caricias, ni importunos sus afectuosos cuidados; ántes por el contrario, gozábase en ser estimada, y no abandonaba nunca el hogar sin ir acompañada de su esposo, á quien no pudo ménos de tratar con un cariño que á él mismo le parecia extremado.

Sepho, que en alguna ocasion sintió la tibieza de su mujer, por más que nunca osara ofenderla con la más leve sospecha, y que despues observó que ésta no perdonaba medio alguno de servirle y de manifestarle un entrañable cariño, no pudo ménos de decirla un dia:

— Mucho me congratulo, esposa mia, al ver que á mi lado vives feliz y muy satisfecha con tu suerte.

— Y yo tambien, respondió Sara, bendigo al cielo porque ha tenido piedad de nosotros, y no ha querido que una muerte desgraciada te arrebatara de mi lado para siempre, como ha sucedido con mis cuatro maridos.

— Sin embargo, no hace mucho tiempo que veia con pena la palidez de tu semblante. Tú has sufrido mucho, esposa mia, y me has ocultado tus sufrimientos. Yo no he querido nunca sorprender tus secretos, mi ahora quiero saberlos; pero en verdad que llegué á temer por tu vida.

Sara recordó con rubor sus pasados extravíos, mas no tuvo valor para acibarar la dicha de su esposo, refiriéndole las violentas luchas que habia sufrido su corazon, y las amarguras que habian acongojado su alma. Creia en las promesas de Jesucristo, y aunque no dejara de recordar con gran pesar los amores que la precipitaron en el pecado, sentia una dulce tranquilidad al recordar tambien que Jesucristo la habia ofrecido la vida eterna, como se mostrara obediente á sus santas exhortaciones.

— Sepho, dijo á su esposo, yo he sido muy desgraciada en los aciagos dias en que, desconociendo al Señor Todopoderoso, desconfié de su piedad inmensa. Yo anhelaba una felicidad que no encontraba en ninguna parte, y desprecié los beneficios que el Dios de Israel ya me habia concedido, y vivia inquieta y sin ventura; pero desde que la doctrina del Mesías ha iluminado mi entendimiento y avivado mi fe, y desde que sus promesas me han inspirado una venturosa esperanza, he comenzado á experimentar la mayor felicidad que pueden gozar las almas sobre la tierra.

Las palabras de Jesucristo son la esencia de la verdad, y basta creer en ellas para ser feliz.

Esta discreta respuesta de Sara satisfizo á Sepho, y le

ofreció una nueva ocasion de estimar las virtudes de su mujer.

Desde la conversion de la Samaritana, fué su vida una sucesion de actos de humildad y de penitencia. Nunca pudo olvidar ésta los beneficios que el Señor la habia concedido, y el agradecimiento enalteció más y más la grandeza de su corazon.

Habia sido culpable ante Dios, y lo fué ante los hombres; pero Dios la habia perdonado, y los hombres no la conocieron, ni jamas la hubieran sabido si ella misma no la hubiese confesado momentos ántes de su muerte.

Debia sufrir la vergüenza de su delito, en justa satisfaccion de él, y llegó el dia en que Sara arrostró esta vergüenza, pero fué cuando ya Sepho habia abandonado esta vida y se hallaba libre de sus miserias.

La muerte de la Samaritana fué tan santa y ejemplar, como fué su vida desde el instante de su conversion. Todos la señalaban como modelo de humildad y caridad ardiente, y, cuando despues de algunos años, su espíritu voló á las regiones celestiales, dejó en la tierra un recuerdo imperecedero de sus virtudes, que no se ha olvidado en Sichar despues de los siglos que han trascurrido desde su dichosa conversion.

Ruben siguió á Jesucristo con la mayor fe y espíritu de penitencia.

Alguna vez cruzaba por su mente un tristísimo recuerdo, y creia ver ante sus ojos la sublime imágen de la mujer que habia encendido en su pecho una pasion inmensa.

Despues creia verla transida de dolor, llorando su culpa, y entónces no podia ahogar un suspiro que exhalaba su angustiado pecho.

El jóven galileo amó á Sara hasta su muerte; pero nunca volvió á Sichar, ni tuvo noticias de ella.

Obediente á los mandatos del Señor, se apartó del peligro del pecado, trocó su amor mundano por el amor santo que inspira la caridad, y acabó tambien su vida penitente, rodeado de los consuelos celestiales.

Aquellos dos séres que esperaron en Dios y practicaron su doctrina, consiguieron al fin el perdon de su pecado.

Las promesas del Salvador siempre se cumplen, porque su piedad y sabiduría no puede nunca engañarse, ni tampoco engañar á los que creen en su divina palabra[1].

---

[1] Este libro de la Samaritana, lo hemos tomado de una leyenda tradicional, de las muchas que abundan en el Oriente, y porque en nada se opone á lo poco que sobre aquella mujer dicen los Sagrados Textos.

LIBRO OCTAVO.

LA MORAL DE JESUS.

CAPÍTULO PRIMERO.

LAS BIENAVENTURANZAS.

La felicidad: hé aquí un tesoro que en todas las épocas y que en todas las generaciones ha buscado el hombre con incansable afan y por distintos caminos, creando sistemas filosóficos, y acercándose más ó ménos al objeto apetecido.

Pero todos los sabios del mundo no habian encontrado la clave que les ayudara á resolver el difícil problema, y con la cual pudiesen ofrecer al hombre una dicha cierta é imperecedera.

No era dado á la inteligencia limitada del hombre el privilegio de llegar por sí sola á la elevada cumbre donde brilla y resplandece la eterna sabiduría.

Nada podia hacer el débil mortal sin el auxilio poderoso de la luz divina, porque en la tierra no puede haber perfeccion que no proceda del cielo, ni doctrina cierta ni infalible que no sea emanada de Aquel que es infinito como poderoso y santo.

La venida de Jesucristo al mundo, fué la aparicion del as-

tro refulgente que habia de ilustrar la inteligencia humana, sobreponerse á todas las doctrinas filosóficas, y difundir la paz en los corazones por medio de una doctrina tan admirable como sencilla, tan benéfica como regeneradora.

Grandes eran los prodigios que obraba la voz del Salvador, cuando recorriendo las ciudades y aldeas de la Palestina ejercia su predicacion.

Ya hemos hablado de las maravillosas conversiones y saludables efectos que producia siempre su santa doctrina; pero apénas hemos tenido hasta ahora ocasion oportuna para bosquejar, siquiera sea ligeramente, cuáles fueran aquellos principios tan inspirados, que lo mismo herian vivamente en los corazones de las gentes sencillas é ignorantes, como llenaban de admiracion á los hombres que en aquella época eran reputados por sabios, y que efectivamente habian pensado en buscar el ignoto camino de la eterna felicidad.

Sigamos los pasos del Salvador, y le veremos caminar humildemente, sin aparato exterior de ninguna clase, confundido entre hombres débiles y sujetos á las instigaciones del mal, y muchas veces manchados con el abominable estigma del pecado.

Toda su comitiva se reducia á algunos de sus discípulos, que eran unos oscuros pescadores y pobres artesanos, escogidos entre los hombres de la más humilde condicion, y que ningun título ni autoridad podian tener en aquel entónces á los ojos de las naciones; pero que, sin embargo, seguian á su Maestro enriquecidos por la fe, y atraidos de la majestad y dulzura del Salvador.

Seguíanle ademas algunas mujeres piadosas y agradecidas, que habiendo recibido de El señalados beneficios, no

querian perder las gracias espirituales que emanaban siempre de la presencia de Jesus y de su enseñanza y ejemplo.

Era costumbre admitida entre los judíos, que las mujeres de facultades suministrasen lo necesario para el alimento y vestido de los que miraban como maestros espirituales; y Jesucristo, que generalmente se acomodaba á las costumbres de su época, permitia que le siguieran aquellas mujeres piadosas, más bien para que atendieran al socorro de las necesidades temporales de sus discípulos, que para cuidar de que no le faltaran cuidados ni alimento. El Salvador se mantenia con un alimento frugal, y sus necesidades temporales fácilmente estaban socorridas.

Los libros sagrados, al ocuparse del acompañamiento que solia llevar el Señor, mencionan los nombres de algunas de estas mujeres. Tales eran Juana, esposa de Chisas, mayordomo de la casa de Herodes, Susana y Magdalena.

Entre estas fervorosas mujeres iba tambien María, la humildísima Madre de Jesus, la Reina de los Angeles, la Estrella de Nazareth.

El cariño inmenso de la Madre no podia abandonar á un Hijo tan querido, que era objeto de todas sus alegrías y complacencias.

María era un Sér angelical, que por todas partes y en todas ocasiones era objeto de veneracion y respeto.

Nunca se ha visto mayor solicitud, ni mayor humildad, que la que admiraban las gentes en la Madre de aquel Santo, que tenia poder para ahuyentar los demonios, curar las enfermedades y perdonar los pecados.

Jamas tenia Ella voluntad propia, ni despegaba sus purpurinos labios para manifestar el deseo ó capricho más inocente. Toda su felicidad consistia en escuchar á Jesus, obe-

decerle como una sierva fiel y cariñosa, y en los momentos de descanso, acercarse á su Hijo y colmarle de cuidados y de caricias.

Los triunfos de Jesus, las bendiciones que le prodigaban las gentes, eran otros tantos triunfos para María; y por el contrario, cada vez que los enemigos de Aquel le fraguaban asechanzas ó desatendian sus lecciones, sentia la sagrada Vírgen el dolor inmenso que la causaban sus temores, y el mayor desconsuelo al considerar que aquellos hombres impíos no habian sabido recoger la semilla fecunda del bien, que derramaba por todas partes la divina palabra del Salvador.

Los sentimientos de amor y de caridad que inundaran el sacratísimo corazon de Jesus, se hallaban tambien atesorados en el corazon de María.

La Madre era el espejo fiel donde se reflejaban siempre las virtudes celestiales del Hijo.

Tal era la modesta comitiva de Jesus, á la que, sin embargo, jamas pudo igualar la corte más fastuosa y honrada de los monarcas poderosos de la tierra.

Un dia que el Salvador ejercia su mision por las tierras de la Galilea, viéndose rodeado de una multitud de gentes que anhelaban escucharle, subióse á un monte, que San Jerónimo cree fuera el monte Thabor, y sentado en su cima, dominando á todos los que le seguian, comenzó á predicarles un elocuentísimo discurso, que claramente encierra las bases más principales de su doctrina, y que por sí solo fué la prueba más evidente de su santidad, y la más brillante apología de su nueva ley.

Jesus sabia que aquellas gentes le pedian la felicidad; sabia que todos no aspiraban sino á encontrar el camino que

á ella pudiese conducirles, y por eso, sin ningun género de preámbulo, les presentó el retrato del bien que apetecian, diciendo á sus oyentes:

«Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos» [1].

Aquellos que seais pobres, porque teneis humildad en vuestra pobreza; los que delante del Señor oigais con respeto sus palabras, y seais pobres de corazon y de voluntad; vosotros que desprecieis las riquezas de la tierra y venzais las instigaciones del mundanal orgullo, vosotros heredareis el reino de los cielos.

«Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra.»

Sufrid con paciencia las persecuciones injustas; tolerad los agravios de vuestros enemigos; perdonad siempre, ántes que susciteis contiendas y alimenteis odios; sed humildes, y poseereis la tierra de los vivientes, y merecereis ser admitidos en la ciudad santa, cuyo Fundador y Arquitecto es el mismo Dios [2].

«Bienaventurados los que lloran: porque ellos serán consolados.»

Llorad vuestros propios pecados; llorad tambien los de vuestros prójimos; acudid á Mí con lágrimas de verdadero arrepentimiento, y Yo enjugaré vuestro llanto y daré consuelo á vuestra amargura. Venid todos á Mí aborreciendo vuestros pecados: Yo os demostraré que no os aborrezco, y que no quiero la muerte del pecador.

---

[1] S. Math. Evang., Cap. V.
[2] P. Scio.

«Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos.»

Sí, amad siempre, y buscad con ardor todo aquello que sea justo á los ojos de Dios; no doblegueis nunca por ningun concepto vuestra voluntad, para separaros del recto y único camino de lo santo y de lo justo; en ningun caso de vuestra vida os separeis de los sentimientos de justicia que leais en vuestros mismos corazones, pues si así lo hiciéreis, vuestra sed será satisfecha en la mesa del Esposo celestial.

«Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia.»

Acudid en sus aflicciones á los desamparados; dad limosna á los pobres; compadeceos de los padecimientos de vuestros prójimos; favorecedlos siempre, y Yo os favoreceré tomándoos en cuenta los actos de caridad que ejerciéreis en mi nombre, y por vuestros generosos impulsos.

«Bienaventurados los de limpio de corazon: porque ellos verán á Dios.»

Los que tengais un corazon exento de malicia; los que fieis en Mí, y con la oracion y la penitencia purifiqueis vuestras almas, vosotros sereis los que me vereis eternamente.

«Bienaventurados los pacíficos: porque hijos de Dios serán llamados.»

Procurad la paz de la conciencia; reconciliaos con Dios si habeis caido en el abismo del pecado; cuidad de que se conserve la paz entre vosotros, y Yo os llamaré mis hijos y os atenderé con la solicitud del más cariñoso Padre.

«Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos.»

Si fuéreis perseguidos injustamente por la justicia de los

hombres, por defender la doctrina que os enseño, ó por no consentir que triunfe la injusticia; no seais débiles ni temais los desafueros de los que os persigan; tened valor para perseverar en vuestras rectas pasiones, y sufrid, no sólo con paciencia sino con alegría, las vejaciones de vuestros enemigos.

Yo recompensaré vuestro celo y perseverancia, permitiendo que sea vuestro el reino de los cielos.

Tal fué la sublime doctrina que en aquella ocasion dictó la suprema sabiduría de Jesucristo á la multitud que habia acudido á recibir su saludable enseñanza.

La impresion que produjeron sus palabras no pudo ménos de ser profunda.

— Este Hombre, se decian unos á otros, nos manda que nos amemos unos á otros, y que nos socorramos en nuestras necesidades.

— Este Maestro nos predica la paz, y quiere que no seamos soberbios ni rencorosos. Sí, sí, nada es más digno de las almas generosas que el perdon de las ofensas. Dios tambien nos perdonará.

Algunos, reconociendo sus pecados, acudian con lágrimas de verdadero arrepentimiento y decian á Jesus:

— Perdónanos, Señor. Nosotros amamos esa paz de que nos hablas. Muévate nuestro amargo llanto, y haz que sientan nuestros corazones esos celestiales consuelos que se nos prometen.

No debió faltar tampoco algun pensador que, despues de escuchar las sublimes doctrinas del Salvador, exclamara lleno de alegría:

— Sí, este Hombre nos enseña el verdadero camino de la felicidad. El que escuche su voz y obedezca sus preceptos,

vivirá feliz en la tierra y será tambien feliz en el cielo. El Dios que nos pide misericordia y nos ofrece misericordia; el que nos manda que perdonemos las ofensas, y nos promete al mismo tiempo su perdon; ese Dios es justo y sabio, y bien merece ser adorado por el hombre.

En la sencilla doctrina que predicó Jesus aquel dia, hallaron los judíos y el mundo entero el tesoro de ventura que fuera objeto de las aspiraciones de los sabios y filósofos de la antigüedad.

Las Bienaventuranzas son una de las más brillantes páginas de los libros santos, porque en ella aparecen grabados con caractéres indelebles, los sólidos fundamentos de una nueva ley, y se halla el espíritu del cristianismo que, inspirado á los hombres en un monte de la Galilea, iba á extenderse por todo el mundo y á llevar la ansiada felicidad á todo el linaje humano.

CAPÍTULO II.

LA ENSEÑANZA DIVINA.

La enseñanza divina, y por consiguiente los preceptos y los consejos dictados por el más sabio Legislador que han conocido las generaciones, encierran un inapreciable tesoro de bienes, cuyo valor no tiene límites, y cuya sublimidad sólo es comparable con la grandeza y sabiduría de Jesucristo.

No contento el Eterno Padre con los inmensos beneficios que desde la creacion del mundo ofreciera al hombre para su bienestar y para su salvacion, aun quiso enviarnos á su divino Hijo, para que Este nos enseñara el camino de la perfeccion y nos libertara de la esclavitud del demonio.

Y las máximas y las leyes del Dios Hombre no podian ser otras que las emanadas de la suma perfeccion. En ellas se patentiza la bondad infinita, la misericordia y la sabiduría del Increado.

Jesucristo, el Nuncio bendito de la paz, de la caridad y de la gracia, no vino á derogar la ley de los profetas, sino á darla cumplimiento; «porque os aseguro que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará ni una tilde de la ley sin que todo sea cumplido».

«El que quebrantare el más pequeño de mis Mandamientos (por desprecio), y le enseñare así á los hombres, pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas el que enseñare y guardare mis Mandamientos, éste será llamado grande en el reino de los cielos.»

«Aun os digo más, y es: que si vuestra justicia no fuese más cumplida que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.»

Sabido es que la justicia de los escribas y fariseos consistia en no infringir la ley exteriormente. Pero Jesucristo nos enseñó que la justicia de los que han de merecer la entrada en el reino de los cielos, se ha de extender tambien á no cometer pecados interiores, como son los de pensamiento y de deseo.

Los Mandamientos del Decálogo fueron confirmados y sancionados por la divina palabra del Redentor.

«Amad y servid á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á vosotros mismos.»

Estos dos sublimes preceptos fueron la base de su doctrina.

El sagrado Maestro mandaba en primer lugar la obediencia y la sumision y respeto hácia sus santas leyes; obediencia de que no pueden excusarse, ni aun aquellos que se llamen sus hijos y discípulos.

«No todo el que me dice Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.»

Con estas palabras nos enseñó el modo con que debemos amar á Dios; y para que aun tuviéramos otros medios de servirle y adorarle, aun nos exhortó á que practicáramos la oracion, la limosna y el ayuno, con cuyos auxilios puede el hombre alcanzar más fácilmente la eterna bienaventuranza.

«Buscad, pues, ante todo el reino de Dios, y se os añadirá todo lo demas.»

«Pedid, y se os dará: llamad, y se os abrirán las puertas del cielo.»

Este es uno de los objetos de la oracion, en la que debe el hombre perseverar con fervor y confianza; pues el que así lo hiciere, recogerá el fruto de su fe viva, de su deseo ardiente, y de una perseverancia á toda prueba.

Esta doctrina fué patentizada á los ojos de los habitantes de Tiro y de Sidon, cuando Jesucristo, cediendo á los ruegos de una mujer cananea, y despues de muy repetidas instancias, ahuyentó los espíritus que atormentaban á una hija de aquella, premiando así su admirable constancia, y la ilimitada fe con que le reiteró humildemente sus ruegos.

Esta perseverancia es tan necesaria, que sin ella puede ser infructuosa la oracion.

Pero no se contenta el Salvador con enseñarnos que debemos adorarle y elevarle diariamente fervorosas oraciones, sino que nos enseña cómo debemos orar.

«No sereis como los hipócritas, que desean orar de pié en las sinagogas y en los ángulos de las plazas, para que los vean los hombres. Os aseguro que éstos recibieron ya su premio. Mas tú cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará.»

«Cuando oráreis, no querais hablar mucho con los gentiles que piensan que, hablando mucho, serán oidos. No querais asemejaros á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que habeis menester, ántes que se lo pidais.»

San Agustin dice que la oracion más bien se ha de hacer con gemidos que con razonamientos.

Y para que la enseñanza de Jesus fuera completa, habiéndole dicho uno de sus discípulos:

— Señor, enséñanos á orar;

El Señor, lleno de bondad, nos enseñó la oracion del Padre Nuestro, cuya sencillez y sublimidad á nadie puede ser desconocida, siendo admirable por su concision y por lo completa, pues en ella se pide cuanto el hombre ha menester para adquirir los bienes, para evitar los males, y para conseguir el perdon de los pecados y la vida eterna.

La limosna es tambien otro acto con el que el hombre debe manifestar á Dios su amor y respeto.

Pero al hacer estos actos tan meritorios, no quiso el Señor que nos movieran impulsos vanos y mundanales, porque éstos desvirtuarian el mérito de la limosna, y los frutos de la virtud y de la santidad.

«Cuando hagas limosna, nos dice, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.»

«No quieras que se toque la trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en los barrios para ser honrados de los hombres, porque os aseguro que éstos recibieron ya su premio.»

Mejor es dar limosna, que guardar tesoros.

El ayuno es otra virtud que debe acompañar á la oracion, y del mismo modo, al exhortarnos Jesucristo al ejercicio santo de esta saludable muestra de amor de Dios,

«Cuando ayuneis, nos dice, no querais poneros tristes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para manifestar á los hombres que ayunan. Os aseguro que éstos recibieron ya su premio.»

«Mas tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu cara, para que no sepan los hombres que ayunas, sino solamente

tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te dará el premio.»

Mil y mil veces el divino Maestro exhortó á sus oyentes y al mundo entero, que perseverásemos todos en el santo amor de Dios, para conseguir su gracia, que es el saludable fruto de su amor.

«Como el Padre me amó, nos dice, así tambien Yo os he amado. Perseverad en mi amor.»

«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto.» (Porque Yo soy el único principio de la vida y de la gracia.) «Porque sin Mí no podreis hacer nada.»

«Si guardáreis mis Mandamientos, perseverareis en mi amor.»

«Vosotros sereis mis amigos si hiciéreis lo que Yo os mando.»

Hé aquí unas palabras llenas de consuelo, y que nos prometen la eterna felicidad: guardad mis Mandamientos, y con sólo esto guardareis el precepto de mi amor.

Pero al mismo tiempo que Jesucristo nos pedia nuestro amor y nos ofrecia el suyo, nos decia:

«Este es mi Mandamiento: que os ameis los unos á los otros como Yo os amé.»

«Y no os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oido á mi Padre.»

Pero si admirable es la enseñanza de Jesucristo al preceptuarnos el santo amor de Dios, y al enseñarnos los caminos con que debemos servirle y adorarle, no ménos sublime, no ménos grande y misericordioso se muestra á

nuestros ojos, cuando nos enseña las leyes que debemos guardar respecto á nuestro prójimo, y respecto á nosotros mismos.

«El que tenga dos vestidos, dé uno al que no le tenga.»

«Haced bien, y dad prestado sin esperar por eso nada, y vuestro premio será grande.»

«Todo el que diere de beber á uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua, sólo por amor mio, en verdad os digo que no perderá su galardon.»

Tales son los preceptos que á cada paso predicaba Jesucristo á los hombres, en los que mostraba palpablemente cuánta es su bondad, y cuán sábiamente nos ofrecia en la tierra, la felicidad y la bienaventuranza en el cielo.

Pero no es esto sólo.

Aquel que nos brindaba la paz, la caridad y la mansedumbre, y que á cada paso nos decia:

«Misericordia quiero y no sacrificio,»

Aun nos enseñaba otra doctrina sorprendente y conciliadora, que estrechara más y más los fraternales lazos que deben unir en la tierra á todos los hombres.

«Habeis oido, nos dice, que fué dicho ojo por ojo, diente por diente. Mas Yo os digo: que si alguno os hiriere en la mejilla derecha, le presenteis tambien la otra.»

«Habeis oido que fué dicho amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; y Yo os digo: que perdoneis al que os ofenda, no sólo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete veces.»

«Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre, que hace salir el sol lo mismo para los buenos que para los malos.»

Y para que no nos quede duda alguna acerca del modo con que debemos amar á nuestro prójimo, nos dice:

«Todo lo que querais que los hombres hagan con vosotros, hacedlo tambien vosotros con ellos.»

Tal es el amor que Jesus quiere que nos tengamos los hombres, que nos dice:

«Quien se enoja contra su hermano, quedará sujeto á juicio.»

«Si presentas ofrenda en el altar, y allí te acordares de que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano.»

Y para enseñarnos á templar nuestros odios con el saludable bálsamo de la humildad,

«Aprended de Mí, nos dice, que soy manso y humilde de corazon, y hallareis descanso para vuestras almas.»

Pero aun la próvida y elocuente voz del Salvador tiene remedios para contrarestar todo género de pasiones, leyes sapientísimas para todas circunstancias y ocasiones, enseñanza para todos, y misericordia infinita para los nacidos y por nacer.

Sed humildes, decia á sus discípulos y oyentes, «porque aquel que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado».

Esta doctrina la explicó el Salvador con un ejemplo práctico, muy bastante para dar á conocer su sabiduría, aun á aquellas personas más rudas y de más difícil comprension.

Cuando fueres convidado á algunas bodas, dijo el Señor hallándose en casa del príncipe de los fariseos, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro más distinguido que tú, y venga aquel que convidó á él y á tí, y te diga:

Cede ese lugar á éste; y tengas que bajar con vergüenza al ínfimo lugar. Al contrario, cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; y entónces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa.

Este sencillo ejemplo es un oportunísimo remedio contra la soberbia, y es tan oportuno y precioso como todos los que proponia el divino Salvador para explicar perfectamente sus doctrinas, y llevar la conviccion á los más endurecidos corazones.

Quiere tambien el Señor que siempre seamos sinceros, amantes de la verdad y cumplidores de nuestras promesas, y por eso nos mandó que no jurásemos, y que nuestras palabras fuesen únicamente «sí y no».

Los antiguos judíos habian dicho: «No perjurarás, mas cumplirás al Señor tus juramentos;» pero Jesucristo nos enseñó que de ningun modo debemos jurar: ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es la peana de sus piés; ni por Jerusalen, porque es la ciudad del gran Rey; ni por nuestra cabeza, porque no podemos hacer un cabello blanco ó negro.

Bueno y santo es jurar; es un acto de religion, porque en el juramento se confiesa la sabiduría infinita de Dios, á quien no puede engañar el que jura, y por eso los hombres recurren á Dios, poniéndole por testigo de que es verdad lo que se dice ó promete. Mas es necesario que el juramento, para que no sea un delito y sí un acto bueno y de religion, tenga tres condiciones: que sea verdadero, justo y necesario. Cuando se jura con estas tres condiciones, se verifica aquel dicho tan comun como verdadero: *Quien bien jura, á Dios alaba.*

Sin embargo, como el juramento está tan cerca del perjurio, conviene escasearle lo más posible, y así dijo aquí Jesucristo, que de ningun modo jurásemos (no siendo preciso)[1].

El sabio Maestro, que predicaba la verdad, y que queria que en los hombres resplandeciese siempre la misma verdad, condenaba frecuentemente la hipocresía de los escribas y fariseos, y exhortaba al pueblo á que huyera siempre de todo linaje de mentiras y fingimientos, que no podian tener valor á los ojos del Eterno Padre.

«No hagais justicia delante de los hombres para ser vistos de ellos.»

Con estas palabras, mandaba á sus discípulos y oyentes que jamas se dejasen llevar por la vanidad del mundo, porque la falsedad y la hipocresía pueden engañar á los hombres, pero de ningun modo al que todo lo ve y al que conoce los secretos de todos los corazones.

Del mismo modo nos enseñó á que nunca nos dejemos llevar de la ceguedad de nuestro egoismo y amor propio, diciéndonos:

«¿Por qué, pues, ves la pajita en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo?»

La virtud de la pureza, fué otra de las que Jesus nos mandó que guardásemos, por ser ésta indispensable para alcanzar la entrada en el reino de los cielos.

«Si tu ojo derecho te escandaliza (nos dice, dándonos á entender que si nuestra vista nos hace mirar á una mujer para desearla), arráncatele y arrójale de tí; porque mejor te es entrar en la vida eterna con un solo ojo, que teniendo dos ojos, ser arrojado en el fuego eterno.»

---

[1] Mazo, *Historia de la Religion.*

«Y si tu mano derecha te escandaliza, córtala y arrójala de tí; porque te conviene perder uno de tus miembros, ántes que todo tu cuerpo vaya al fuego del infierno.»

De este modo nos enseñó á despreciar todas las cosas, y á hacer todos los sacrificios imaginables, ántes que abandonar nuestras almas al impulso de las pasiones, que sólo nos pueden acarrear una muerte eterna.

«Tambien se dijo, continuó el Señor: Cualquiera que repudiase á su mujer, déla libelo de repudio; mas Yo os digo: que todo el que repudiare á su mujer, excepto por causa de infidelidad, la hace ser adúltera, y el que tomare la repudiada, comete adulterio.»

La antigua ley de los judíos toleraba que fuesen repudiadas aquellas mujeres que eran infieles, ó que por alguna otra causa se hacian aborrecibles, y en estos casos se las daba libelo de repudio, quedando la mujer en la libertad de volverse á casar con otro, y lo mismo el marido.

Pero Jesucristo revocó la tolerancia del repudio, y restituyó el lazo matrimonial á su fuerza y vigor, declarando que el matrimonio es absolutamente indisoluble.

Prohibió tambien el divorcio, á no ser por causa de infidelidad, no permitiendo que el que se divorciara pudiera pasar á otro matrimonio en vida del que fué su cónyuge.

Y no sólo nos enseñó el divino Maestro á guardar sus santos Mandamientos, y á huir de toda pasion bastarda é hipócrita; no sólo nos dió reglas para conservar la pureza de nuestros corazones, y para despreciar los bienes de la tierra y las vanidades mundanales, sino que tambien nos dió á conocer cuáles son las obras que á sus ojos son gratas, y que pueden ser para nosotros inagotables manantiales de la divina gracia.

Ten misericordia siempre para tu prójimo, atiéndele en todas sus necesidades, perdónale si te ofende, y mírale siempre como á tu hermano. Yo te recompensaré, y llegará el dia en que podré deciros:

«Tuve hambre, y me dísteis de comer: tuve sed, y me dísteis de beber: era peregrino, y me hospedásteis: estaba desnudo, y me cubrísteis; enfermo, y me visitásteis; en la cárcel, y me vinísteis á ver. Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado.»

En todas partes y en todas ocasiones, la enseñanza de Jesus es admirable y fecundísima en sazonados frutos.

Cada una de sus sentencias es un precioso tesoro de una doctrina que los sabios han acatado siempre con veneracion y respeto; porque Jesucristo es el Legislador de la paz, de la gracia y de la felicidad.

No se comprende la existencia de un órden social en el que reine la virtud y la justicia, sin que en él no presidan los santos preceptos que nos enseñara un dia y otro dia el Cordero de Dios, que vino al mundo á sacrificarse por labrar nuestra dicha eterna.

No pretendemos exponer en los cortos límites de esta obra, toda la sagrada doctrina del Crucificado; no tenemos espacio, ni capacidad, ni tampoco autoridad para emplearnos con fruto en una tarea que han emprendido y estudiado profundamente nuestros Santos Padres.

Séanos lícito, sin embargo, rendir el más respetuoso homenage de admiracion, al recorrer nuestros ojos por las preciosas páginas en que están consignadas las inmortales y sublimes palabras de Jesucristo.

¡Dichosos los hombres que puedan recoger el fruto de su saludable enseñanza! ¡Dichosos aquellos que obedecieren

las santas leyes del sublime cuerpo de doctrina que se contiene en el Evangelio!

Ellos serán los que consigan la felicidad suspirada, y que en vano buscaran los filósofos antiguos en sus diversas escuelas.

Ellos serán los escogidos y los que verán á Dios en esta vida tan corta y deleznable, y en recompensa de su obediencia y de su humildad, lograrán el eterno galardon que el mismo Jesucristo les ha prometido.

CAPÍTULO III.

EL EJEMPLO.

La doctrina sublime de Jesucristo bastara por sí sola para mover los corazones y guiarnos por el camino de la virtud y de la justicia.

Pero el Dios Hombre, no contento con predicarla á los pueblos, no con autoridad y saber humano, sino con autoridad y saber divino, todavía quiso confirmarla con el ejemplo que resplandecia en sus obras, del mismo modo que brillara en sus palabras.

La vida de Jesus es una serie no interrumpida de estos saludables ejemplos, en los que no sabemos qué admirar más, si su humildad ó su inmensa sabiduría.

Modesto, humilde, justo, sabio, misericordioso, caritativo y santo.

Siempre estos atributos correspondian á sus obras, del mismo modo que estas obras eran la ejecucion práctica de todo aquello á que diariamente se referia en su enseñanza oral.

Las costumbres de Jesucristo no podian ser más sencillas

ni frugales. Jamas se cuidó de procurarse el sustento, ni de atender á sus propias necesidades. Habíase abandonado á Sí mismo, como queria que sus discípulos lo hicieran, para poner todo su conato en servir á Dios y emplearse en el cumplimiento de su santísima voluntad.

Hijo de Dios, siempre dirigió sus oraciones al Eterno Padre, y le consagró todas sus acciones y padecimientos.

Jesucristo amaba á Dios sobre todas las cosas, y empleaba todos los instantes de su vida en adorarle por medio de la oracion, y de todos aquellos actos de humildad y de penitencia que tantas veces recomendara á los hombres, para que éstos manifestasen á Dios su verdadero amor, y acertaran á emplearse en su santo servicio.

Como Hombre, fué tambien Jesus un perfecto modelo que debemos imitar con el mayor cuidado. Quiso el divino Señor demostrarnos que su doctrina no era una teoría irrealizable, y El mismo la practicó, para alentarnos á que en todo sigamos su ejemplo, explicándonos al mismo tiempo que, si bien los preceptos de su ley son difíciles para la naturaleza, son muy fáciles para la gracia; porque esta gracia de Dios lo vence todo, y hace que sean aquellos fáciles y llevaderos.

Los Santos Evangelios, al trasmitir á las generaciones futuras la historia sacratísima del Redentor del mundo, nos ofrecen á cada paso repetidas ocasiones de admirar tantas virtudes y tantas perfecciones como resplandecian en los actos de aquel humilde Maestro.

Incansable en el ejercicio de su elevada mision, acudió siempre con solicitud al lado de los pecadores, para enseñarnos cómo debe amarse al prójimo, no desdeñándose de alternar con aquellos á quienes debiera considerar por ene-

migos; pero siempre justificaba su conducta con tan sólidas y sábias respuestas, que no pudiesen dar lugar á réplicas, dudas ni vacilaciones.

Una prueba oportunísima de estos hechos puede citarse en su comprobacion, bastando para ello recordar una de aquellas respuestas que solian brotar de sus divinos labios en las ocasiones que frecuentemente se le presentaban, y El aprovechaba con tanta sabiduría.

Habiendo sido invitado el Señor á un gran convite que se celebraba en casa de Mateo, asistió á él, y sentóse á la mesa al lado de muchos publicanos y pecadores; cuando vieron los fariseos que Jesus comia con ellos, dijeron á sus discípulos:

—¿Por qué come vuestro Maestro con publicanos y pecadores?

Y oyéndolo Jesucristo, les dijo:

—«No tienen necesidad de médicos los sanos, sino los enfermos.» Yo no he venido á llamar á los justos á la penitencia, sino á los pecadores.

Esta prueba tan evidente del amor que Jesucristo profesaba y profesa á los hombres, á la vez que nos enseña á amar al prójimo, es un testimonio de su piedad y misericordia.

Pero ¡cuántos ejemplos pudieran citarse de esta misma misericordia!

Otro hecho de Jesus nos enseña á ser clementes, y á huir de todo rencor y de toda venganza, porque su doctrina es la doctrina de la paz y del perdon.

Caminaba Jesus á Galilea, y tuvo necesidad de detenerse en los contornos de la Samaria. Hallábase cerca de una ciudad de los samaritanos, cuyo nombre no señalan las histo-

rias (aunque no debió ser esta ciudad la de Sichar, donde Jesus habia sido acogido con tanto aplauso y veneracion de sus habitantes), y habiendo enviado el Señor á algunos de sus discípulos para prevenirle posada, no fué recibido de los samaritanos, porque supieron que se dirigia á la tierra de los judíos, sus enemigos irreconciliables.

Esta rencorosa conducta de los samaritanos indignó á los discípulos de Jesus, Juan y Santiago, los cuales le dijeron:

—Señor, ¿quereis que hagamos que caiga fuego del cielo y los consuma?

Mas el Señor, volviéndose hácia ellos, les reprendió diciendo:

—«Vosotros no sabeis de qué espíritu sois.» El espíritu que os anima es el de Elías, que hacia bajar fuego del cielo, y obraba milagros de terror y de espanto. Este era el espíritu de la antigua ley; pero el espíritu de la nueva ley es un espíritu de suavidad, de dulzura, de longanimidad y de paciencia. «Bastantes prodigios me habeis visto obrar; pero mostradme uno que no haya sido para alivio de los desdichados ó consuelo de los afligidos.» Porque Yo no he venido á la tierra á perder á los hombres; he venido á salvarlos, y por lo que á Mí toca, á salvarlos á todos. Estos samaritanos, ya pierden bastante obligándome á que me aparte de ellos; no les deseeis más castigo.

Tan léjos estaba el Señor de castigar los pecados de los hombres, y la perversidad de los que se apartaban de El, que jamas empleó el poder de sus milagros con otro fin que el de socorrer las necesidades de los pobres y enjugar las lágrimas de los afligidos, como El mismo dijo á sus discípulos; pero tal era su celo por emplearse en colmarnos de beneficios, que no perdonaba ocasion de mostrarnos su mise-

ricordia, arrostrando las murmuraciones de sus enemigos.

Mas estas mismas murmuraciones, hijas de la hipocresía de los fariseos y de su envidia, dió motivo á que el Señor les enseñara cómo deben interpretarse sus preceptos, y cuánto debe ser el celo con que debemos acudir al socorro de nuestros prójimos.

Hallábase un dia Jesus en la sinagoga, donde habia un hombre que tenia seca la mano derecha. Desde luégo comprendieron los fariseos que Jesucristo iba á hacer un milagro, curando á aquel hombre desgraciado; y á la verdad no deseaban otra cosa, para tener un motivo de argüir al Señor, porque habia curado á un enfermo en sábado. Pero la impaciencia de aquellos no les permitió esperar á que el milagro se verificara, y dirigiéndose á Jesus, le preguntaron con torcida intencion:

—¿Es lícito curar en dia de sábado?

Esperaban que si contestaba el Señor afirmativamente, podrian argüirle con el precepto de la ley de Moisés, y para el caso de que negase, podrian echarle en cara el haber curado á algunos enfermos en otros sábados anteriores.

Nada les contestó Jesucristo; mas dirigiéndose al hombre que tenia la mano seca,

—«Levántate, le dijo, y mantente de pié ahí en medio.»

Y habiendo obedecido aquel hombre al mandato del Señor, preguntó Este á los fariseos:

—«¿Es lícito hacer bien ó hacer mal en los sábados? ¿Salvar la vida ó quitarla? ¿Quién de vosotros que tenga una oveja, si ésta cayere en un hoyo en dia de sábado, no echará la mano y la sacará de él? ¿Cuánto más vale el hombre que la oveja? Lícito es, pues, hacer bien en los sábados.»

Y dirigiéndose al hombre que esperaba ser objeto de la piedad del Redentor, le dijo:

— Extiende tu mano.

Hízolo así el hombre, y quedó sano.

Hé aquí una enseñanza admirable que debe aprovechar al hombre, para no perdonar dia ni ocasion de emplearse en hacer bien á sus prójimos, sin admitir excusas para justificar nuestra falta de diligencia, puesto que para hacer bien á nuestros prójimos, siempre es buen tiempo, y nunca es pronto.

En todos los actos de la vida del Salvador brillaba su mansedumbre y su modestia, que sólo por ella cautivaba las voluntades.

Tal era esta mansedumbre, que jamas queria recibir honor de ninguna clase, exceptuando aquellos casos en que la gloria de Dios ó la dignidad de su ministerio le precisaban á revestirse de su majestad y grandeza.

En la historia del Salvador se halla un ejemplo de esta modestia y humildad, que merece mencionarse, porque patentiza con cuánta indiferencia miraba el Señor la posesion de títulos, honores y poderes de la tierra.

Un dia que hizo Jesus á la presencia de un pueblo numerosísimo, uno de sus milagros más portentosos, la multitud no dudó ya de que Aquel que tales maravillas obraba era el Mesías, que venia á salvar á los hijos de Israel.

Los judíos vivian en la persuasion de que el Mesías prometido habia de ceñir una corona real, empuñar un cetro, y ataviarse con la púrpura de los emperadores y reyes. Guiados por esta equivocada creencia, desde luégo determinaron investir á Jesus con los atributos de la majestad, y colocarle en un magnífico trono. Cundió esta idea, y acep-

tándola todos quisieron proclamarle rey, por más que no habian contado con su voluntad.

No debe olvidarse que el Señor estaba sujeto á la naturaleza humana, y que como Hombre se habia dignado vivir entre nosotros, sometido á nuestra mísera condicion.

Pero Jesus, á quien en su cualidad de Hombre no halagaban los honores que el pueblo queria tributarle; Jesus, que era la suma humildad, y que no aspiraba más que á cumplir la voluntad del Eterno Padre, labrando la felicidad de los hombres, léjos de sentir los vanos impulsos del amor propio, y léjos de deslumbrarse ante la gloria y el aplauso que las gentes iban á ofrecerle, mandó á sus Apóstoles que entrasen en un barco y que navegasen hácia Betsaida, al otro lado del lago de Genesareth, sustrayéndose así á los propósitos de aquellas gentes.

Obrando Jesus con tanta mansedumbre, cumplia lo que habia dicho Dios por el profeta Isaías:

«Hé aquí mi Amado, en quien tengo mi complacencia.»

«El anunciará la justicia á las gentes, y mostrará la salud á las naciones.»

«No porfiará; no acabará de quebrar la caña medio quebrada, ni de apagar la mecha medio apagada.»

Esta es la pintura que de la mansedumbre de Jesucristo nos hace el Espíritu Santo.

Otro ejemplo notabilísimo y nada comun entre los demas hombres, hallamos al considerar la imparcialidad y severa justicia que distinguia al Salvador.

Hallándose Este en Cafarnaum predicando y reprendiendo á los escribas y fariseos, llegaron de Nazareth la Santísima Vírgen María y otros parientes de Jesus que deseaban verle; pero luégo que hubieron llegado á la casa en que el

Señor estaba, vieron que era tanta la gente que habia acudido á oirle, que no sólo hallaron llena la sala en que Aquel predicaba, sino que tambien estaban ocupadas las avenidas, y no pudiendo entrar le enviaron á llamar.

Estaba Jesus rodeado de la multitud, cuando vinieron á decirle:

—Señor, tu Madre y tus hermanos te esperan afuera, porque no pueden entrar.

(Los judíos llamaban hermanos á todos aquellos que eran de un mismo linaje ó parentela.)

—«¿Quién pensais, dijo entónces Jesucristo á los que le daban el aviso, quién pensais que son mi madre y mis hermanos?»

Y dirigiéndose á los que le rodeaban,

—«Hé aquí, dijo, mi madre y mis hermanos.»

«Mi madre y mis hermanos, son los que oyen la palabra de Dios y la guardan. Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.»

Hallábase Jesus ocupado en aquella ocasion en la obra á que le habia enviado su Eterno Padre, que era la salvacion de los hombres, y para esto no habia diferencia entre padres, hermanos, parientes ni ninguno de todos los mortales.

Por eso el divino Maestro supo dominar los impulsos del amor que profesaba á su Santísima Madre, á quien siempre guardara todo género de miramientos y consideraciones.

Del mismo modo prescindió del cariño que sentia hácia sus parientes.

Pero era necesario enseñarnos la inflexibilidad con que debemos atender al cumplimiento de nuestras obligaciones, sin que el favor á nuestros parientes y á nuestros amigos

tuerza la justicia de nuestros actos, ni nos distraiga para nada del fiel ejercicio de nuestros deberes.

El Redentor del mundo vino á la tierra á edificar, y no á destruir; por eso no alteró las costumbres que observaban en aquellos tiempos los judíos, salvo aquellas que eran incompatibles con las doctrinas de la nueva ley.

Por eso vemos que como súbdito fiel acató la autoridad de la tierra, y jamas dió un ejemplo que pudiera inducir á su desobediencia.

De esta humildad hácia aquellos que entre los hombres ejercian alguna autoridad, en nombre de los reyes de la tierra, dió tambien el Señor un saludable ejemplo.

Pagaban los judíos al estado, en la época de Jesucristo, una contribucion que consistia en unas monedas que llamaban dridacmas; y habiendo acudido unos publicanos á la puerta de la casa donde se hallaba Jesus, hallaron á su discípulo Pedro, á quien dijeron:

—¿Vuestro Maestro no paga los dridacmas?

—Sí, dijo Pedro.

Y entró en la casa á hablar á Jesucristo de la reclamacion de los publicanos.

Pero Jesus, que no ignoraba el objeto de la llegada de su discípulo, ántes de que éste hablara le dijo:

—¿Qué te parece, Simon? Los reyes de la tierra, ¿de quién deben cobrar el tributo, de los hijos ó de los extraños?

—De los extraños, dijo Pedro.

—«¿Luego los hijos están libres de pagarle?»

El Señor, en cuanto Dios, era Hijo del Rey de los reyes, y en cuanto Hombre, descendia de la familia real de David; por consiguiente, nadie habia en el mundo libre de pagar el tributo como Jesucristo.

— «Mas porque no les escandalicemos, prosiguió Jesus, vete al mar, echa el anzuelo y toma el primer pez que salga; ábrele la boca y hallarás un stater[1]. Tómale, y dale por Mí y por tí á los cobradores.»

Pedro cumplió la órden recibida del Señor, verificándose el milagro que en ella se anunciaba.

Tantos fueron y tan maravillosos los ejemplos con que el Señor nos dió á conocer prácticamente su doctrina, que son infinitos los que podrian citarse, hallándose constantemente en todos ellos los severos principios de una moral santa y regeneradora, y la base más sólida y perfecta de una religion pura y digna del Sér divino que la promulgara en los pueblos y ciudades de la Judea.

Jesus, en el seno de su familia, entre los habitantes de Nazareth y de Cafarnaum, ciudades que habian merecido su predileccion, y en todos los pueblos de la Galilea, de la Judea, y tambien de la Samaria, fué siempre un modelo de bondad y de misericordia.

Como Hijo de José y de María, respetó siempre y obedeció á sus Padres, y les guardó todas las atenciones y cuidados que todo buen hijo debe guardar á los cariñosos séres de quien procede.

Como Hombre, amó á sus prójimos, y se empleó sin descanso en dispensarles todo género de beneficios.

Como Hijo de David y descendiente del pueblo escogido, guardó la ley de Moisés, y la restituyó toda su pureza.

Como súbdito, acató las disposiciones de los gobernantes, y pagó los tributos que se exigia al pueblo judío.

---

[1] Moneda de dos dridacmas, que equivalia á ocho reales.

Como ciudadano, amó á su patria, y nos dió el santo ejemplo de sus admirables virtudes cívicas.

Y finalmente, como Salvador del mundo, tomó humana carne y arrostró las miserias y penalidades de esta vida mortal, colmó á los hombres de beneficios, sufrió por su amor crueles tormentos, y consumó su sacrificio muriendo ignominiosamente en el santo madero de la Cruz.

CAPÍTULO IV.

LOS MILAGROS DE JESUS.

La inmensa piedad del divino Redentor del mundo no se contentó con ofrecer á los hombres una doctrina, la más segura para su bienestar y para que alcanzaran la eterna bienaventuranza, sino que les enseñó con el ejemplo la práctica de aquellos mismos principios que les inculcaba.

Pero queriendo aun robustecer la fe de los pueblos, y ayudarles en el camino de su conversion, les dió á conocer por medio de infinitos milagros cuán grande era el poder del Enviado del cielo, y cuán cierta y evidente era su divinidad.

Solamente aquellos hombres poseidos del espíritu del soberbio Luzbel, y que se obstinaron en cerrar sus ojos ante la vivificante luz de la verdad, sólo aquellos fueron los que desconocieron á Jesus, dando así una muestra de su impiedad y de su ceguedad y torpeza.

Entre las numerosas turbas de gentes que, ya en las ciudades, ya en las aldeas y despoblados, acudian á ver al Señor y á escuchar sus elocuentes palabras, habia hombres que teniendo rectos corazones y claras inteligencias, vivian

corrompidos en medio de una sociedad viciada, y que se habian entregado á toda clase de desórdenes y liviandades. Muchos de estos hombres no conocian á Jesus, y vivian en la oscuridad y en el embrutecimiento de los vicios; pero tan luégo como llegaban á la divina presencia del Señor, tan luégo como escuchaban su potente voz y estudiaban en la escuela de su santo ejemplo, bien pronto sentian brillar en sus inteligencias la vivificante luz de la verdad, bien pronto la fe venia á aposentarse en sus corazones, haciendo que aquellos hombres fuesen los primeros que abrazaran con el mayor fervor y espíritu de penitencia la nueva doctrina del Mesías.

Pero, desgraciadamente, no en todos los hombres se encontraban las mismas felices disposiciones para su conversion. Habia muchos entre aquellos que vivian en las tinieblas de su propia incredulidad. Eran estos hombres que no querian oir, y que cuando oian no querian creer, porque quizas presumiendo de más discretos preferian más bien servir á su orgullo y á su soberbia que á los impulsos de sus corazones y á las inspiraciones de sus limitadas inteligencias.

Pero Jesus, que predicaba para todos, que á todos nos queria regenerar, y que venia á sacrificarse no sólo por la salvacion de su pueblo escogido, sino tambien por la de aquellos hombres que habian nacido en otros pueblos donde estaba entronado el gentilismo;

Jesucristo añadió á su predicacion y á su ejemplo sus milagros, que fueron otras tantas pruebas palpables de su divinidad.

Con aquellos admirables prodigios que obraba cada dia y á cada paso, ofreció á aquellos que se resistian á seguirle,

nuevos auxilios, para que sin necesidad de gran esfuerzo de la inteligencia, ni violencia del corazon, se sintiesen movidos á reconocerle y á adorarle.

¿Qué más podia esperar el mundo de la misericordia del Señor?

Pero aun en medio de estos milagros que prodigó con tanta liberalidad para atraer á Sí á los incrédulos é impíos, aun se halla un nuevo motivo de admiracion y de alabanza.

Si el Salvador del mundo, sólo hubiese hecho milagros con este objeto, hubiese podido muy bien desquiciar el mundo, allanar montañas ó trastornar el órden de la naturaleza, pues tambien de esta manera hubiera hecho evidente su poder sobrenatural y la majestad de un Dios airado que venia á imponer sus leyes infundiendo el terror en todos los ánimos y atrayendo las almas, más bien que por amor, respeto y confianza, por temor á los castigos que un Sér extraordinario les pusiera delante de los ojos.

Mas Jesucristo no podia empequeñecerse hasta ese punto. El Señor, que es infinitamente bueno y misericordioso, debia presentarse ante los hombres con su bondad y su misericordia.

Jesucristo no queria enseñar su ley ni imponerla con el apoyo de sus amenazas, sino que venia á enseñarla y á grabarla en nuestros corazones, para que en ellos se grabara tambien la dulzura, la humildad y mansedumbre que resplandecia en el divino Señor que nos la predicaba.

Por eso las palabras de Jesus eran siempre amorosas, tiernas, y llenas de la más profunda sabiduría.

Por eso los edificantes ejemplos que El nos ofreciera, fueron siempre las obras que se revelaran en sus palabras.

Por eso los milagros de Jesus armonizaron con sus pala-

bras y con sus obras, y fueron nuevos testimonios de amor y de misericordia, y magníficos ejemplos de caridad cristiana.

Léanse cuidadosamente las páginas de la historia de Jesucristo; examínense todos sus milagros, y hallaránse en ellos, no sólo un tesoro de beneficios en favor de las gentes desgraciadas y llenas de dolores y mortales padecimientos, sino tambien el tesoro infinito de amor que ofrecia el Hijo de Dios á toda la humanidad.

Ciegos, cojos, paralíticos y endemoniados... mil y mil séres desdichados, llenos de fe, se acercaban á Jesus y le suplicaban delante de las turbas, que les curase sus horribles llagas, que les devolviese la vista, que les librara de los espíritus infernales, en una palabra, que les restituyese la paz y la salud. Y entónces el Señor con su divina voluntad, les favorecia instantáneamente, y les permitia que volvieran sanos y salvos al seno de sus familias.

Y estos prodigios los presenciaban los pueblos, y sin embargo, habia hombres que al presenciar tales maravillas, y al recibir del Señor estos nuevos auxilios para que se convirtiesen, todavía insistian en su incredulidad, y en su ingratitud y torpeza.

La envidia y la soberbia de los escribas y fariseos, siempre buscaba en su ignorancia y en la perversidad de sus corazones, medios de convencerse á sí mismos de que aquello que veian con sus propios ojos, eran efectos de otras causas que sólo unos hombres tan impíos como ellos pudieran admitir.

— Este, decian hablando de Jesus con insultante desprecio, Este no arroja los demonios porque tenga el poderío de un Dios, sino por fuerza de Beelcebub, príncipe de los demonios.

Esta horrible blasfemia fué escuchada por el humilde Cordero de Dios, el cual dijo á los que así le ofendian:

—«Todo reino dividido contra sí mismo, será arruinado, y toda ciudad y toda casa dividida contra sí misma, no subsistirá. Si Satanás, pues, arroja á Satanás, ¿cómo subsistirá su reino? Y si Yo arrojo los demonios en nombre de Beelcebub, ¿en nombre de quién los arrojan vuestros hijos? Por tanto ellos serán vuestros jueces. Pero si Yo arrojo los demonios en nombre de Dios, sin duda ha llegado á vosotros el reino de Dios.»

En estas palabras explicaba Jesus, que cuando Él arrojaba los demonios y obraba aquellos milagros tan prodigiosos, no sólo lo hacia por hacer bien á los hombres, sino tambien muy principalmente para probarles que era Hijo de Dios, y que sin duda habia llegado ya el reino prometido del Salvador de los hombres.

—«¿Ni quién puede entrar, les decia, en la casa del fuerte y quitarle sus alhajas, si ántes no le ata y le sujeta?»

Y pues el Señor sujetaba á Satanás y le quitaba sus alhajas, no podia, en virtud del príncipe de los demonios, arrojar á los demonios, sino que ántes obraba contra el poderío de éstos y de su soberbio príncipe.

Estas respuestas que el Señor diera á los escribas y fariseos, no podian ménos de llevar la conviccion á sus entendimientos, y destruir las armas con que aquellos le ofendian y calumniaban.

Mas á pesar de todo, como veian que Jesus no era rico ni poderoso, no consintieron en reconocerle por Mesías, y se contentaban con mirarle con indiferencia, y aparentar desde la cumbre de su soberbia que no querian descender á considerar al Mesías como tal Hijo de Dios.

Su incredulidad movia al Señor á darles con mucha frecuencia elocuentes lecciones, que aquellos siempre desdeñaban, sin apartarse de su loca y temeraria obcecacion.

Por eso les dijo el Señor:

— «Quien no es conmigo, contra Mí es.»

El que no me sigue para congregar las ovejas del reino de Israel, consiente en que éstas se dispersen y mueran eternamente.

Y como si los escribas y fariseos tuviesen autoridad para disponer de la voluntad divina, y como si la justicia de Dios necesitara para su gloria la conversion de aquellos, se atrevieron á pedirle un milagro, diciéndole:

— «Maestro, queremos ver una señal de Tí.»

Estos hombres pedian al Salvador un milagro que atestiguase su divinidad, despues de haber presenciado tantos, y de haber tenido atrevimiento de calumniarlos tan impía é injustamente.

Pero Jesus no queria entregar sus milagros á la soberbia de aquellos hombres.

La dignidad del Dios del cielo y de la tierra no podia arrastrarse á los piés de unas gentes que nada querian poner de su parte para alcanzar su propia salvacion.

No acudian los escribas y fariseos á implorar la piedad del Señor llenos de humildad y confianza, como lo hicieran tantos y tantos séres desgraciados, que creyeron desde luégo que la palabra del Salvador, y aun sólo su voluntad, eran bastante para cicatrizar sus llagas y para vencer los mayores imposibles.

Por eso éstos hallaron la recompensa de su fe y de la humildad de sus ruegos, y aquellos fueron indignos de que se les otorgara su arrogante peticion.

Los escribas y fariseos tuvieron despues mil nuevas ocasiones de creer en el Mesías viendo la multitud de sus milagros; mas nunca quisieron doblegar su necia altivez, por más que les faltaron ya argumentos con que poder rechazar (ante los hombres y aun ante sus propias conciencias) la verdad de aquellos hechos tan prodigiosos y evidentemente sobrenaturales.

Acaso no hizo Jesus un milagro que fuese examinado con mayor rigor que el que obró en Jerusalen, curando á un ciego de nacimiento, á quien mandó que se lavara en la piscina de Siloe.

Era éste un ciego de nacimiento, hombre humilde y virtuoso, á quien hallaron Jesus y sus discípulos un dia que salian del templo. Se hallaba privado de la luz, y padeciendo por consiguiente el rigor de su ceguera y de su miseria, no en castigo de sus pecados, ni de los pecados de sus padres, segun así lo manifestó el mismo Jesus, sino que el Todopoderoso habia querido que viviera muchos años en tan mísero estado para probar sus virtudes.

Pero llegó el tiempo en que el Eterno Padre, que nunca olvida á sus criaturas, quiso recompensarle otorgándole la vista por mano y virtud de su querido Hijo.

Jesucristo, que en aquel entónces se hallaba en los últimos dias de su vida, y no escaseaba sus milagros, acercóse al lugar en que se hallaba el ciego, y tomando tierra en sus manos, escupió en ella, hizo lodo con la saliva, untó con él los ojos del ciego, y le dijo:

— «Anda, lávate en la piscina de Siloe.»

El ciego, que tuvo fe en el poder del Salvador al tiempo que estuvo en su presencia, y que en virtud de esta misma fe corrió á lavarse conforme se le habia mandado, recobró

la vista. Este milagro, tan cierto y evidente, no causó á los incrédulos mayor efecto que los anteriores; y sin embargo, se habia obrado en favor de un hombre muy conocido en Jerusalen, y que hacia muchos años mendigaba el sustento recorriendo las calles de la ciudad.

Por eso sus conciudadanos se preguntaban unos á otros:

—¿No es éste el ciego que se sentaba en las plazas y pedia limosna?

Y miéntras algunos contestaban afirmativamente, otros, por el contrario, repetian:

—No; es uno muy semejante á él.

Pero el ciego que habia recobrado la vista les decia á todos:

—Yo soy ese hombre de quien hablais.

—Pues ¿cómo has recobrado la vista?

—Aquel Hombre, que se llama Jesus, hizo lodo, untó mis ojos y me dijo: «Anda á la piscina de Siloe, y lávate». Yo fuí, me lavé, y veo.

—¿Y dónde está Jesus? Le preguntaban.

—No lo sé.

Este milagro llegó bien pronto á noticia de los escribas y fariseos, los cuales no se descuidaron en hacer al mendigo las mismas preguntas que las gentes le hacian á cada paso.

Pero él daba á todos la misma respuesta, refiriéndoles la verdad de lo que habia sucedido.

Mas como este milagro fué hecho en un sábado, de esta circunstancia tomaron aquellos impíos un pretesto para desconocer la divinidad de Jesucristo.

—Este Hombre que le ha curado, decian unos, no es Dios, puesto que no guarda el sábado.

— ¿Cómo puede un Hombre pecador hacer estos milagros? Añadian otros.

Y volviendo otra vez á preguntar al mendigo, sólo por ver si vacilaba, ó si en sus palabras podian encontrar un argumento para desvirtuar el hecho;

— Tú ¿qué dices de Aquel que abrió tus ojos?

— Que es un Profeta, les respondia el mendigo lleno de conviccion.

Y como los escribas y fariseos no estuviesen aun satisfechos, buscaron á los padres del ciego y les dijeron:

— ¿Es éste tu hijo, el que dices que nació ciego? ¿Cómo es, pues, que ahora ve?

A cuyas preguntas respondian éstos:

— Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; mas no sabemos cómo ahora ve, ni quién le ha abierto los ojos. Preguntádselo á él. Edad tiene. Hable por sí mismo.

Los que así hablaban no se atrevian á decir más, porque temian á los judíos, que habian acordado ya que aquel que confesase á Jesucristo seria arrójado de la sinagoga.

Y como los escribas y fariseos aun quisieran averiguar las más pequeñas circunstancias que mediaron en este milagro, y hallar el pretesto que anhelaban para calumniar á Jesus, todavía buscaron al mendigo y le preguntaron con autoridad y en tono de amenaza, diciéndole que ellos sabian que Jesus era un pecador. Pero el ciego que habia cobrado la vista, les volvió á contestar:

— Si es pecador, yo no lo sé. Una cosa sé, y es, que habiendo nacido yo ciego, ahora veo.

— ¿Qué te hizo?... ¿Cómo te abrió los ojos?

— Ya os lo he dicho y lo habeis oido. ¿Por ventura, quereis vosotros haceros tambien sus discípulos?

Esta pregunta llenó de cólera á los fariseos y escribas, quienes maldijeron al mendigo, y exclamaron en el colmo de su despecho:

— Seas tú su discípulo. Nosotros lo somos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló á Moisés; pero no á Este, ni aun sabemos de dónde es.

— Es para maravillar, respondió el mendigo, que no sepais de dónde es el Hombre que abrió mis ojos. Sabemos que Dios no oye á los pecadores; mas si alguno es temeroso de Dios y hace su voluntad, á éste oye. Nunca se vió que abriese alguno los ojos del que nació ciego. Este Hombre, si no fuese Dios, no hubiera podido curarme.

Irritados con estas palabras los fariseos, arrojaron al mendigo de su presencia. Pero Jesus se presentó bien pronto ante el mendigo, y le dijo:

— ¿Crees tú en el Hijo de Dios?

— ¿Quién es, Señor? Decidme quién es, para que yo crea en El.

— Tú le has visto, le dijo Jesus. El que está hablando contigo, ese es.

Y el agradecido ciego, arrojándose á las plantas del Salvador, exclamó lleno de alegría:

— Creo, Señor, que sois el Hijo de Dios.

¡Bendito sea mil veces aquel Hombre humilde y compasivo, que restituyó la salud á los enfermos, la vida á los muertos, la tranquilidad á los pecadores, la paz á los justos, y la felicidad y la gracia á la desdichada descendencia de Adan!

¡Adoremos mil veces su bendita misericordia, la elocuencia de sus palabras, la ejemplaridad de sus acciones, y la gloria de sus prodigiosos milagros!

LIBRO NOVENO.

LA PROXIMIDAD DE LA PASCUA.

CAPÍTULO PRIMERO.

MARÍA MAGDALENA.

Á quince estadios de Jerusalen, sobre la cumbre del monte Oliveto, se hallaba situada en los primeros años de nuestra era una pequeña aldea perteneciente á la tribu de Benjamin, la cual, no obstante su poca importancia, ocupa un lugar notable en la historia de Jesucristo, porque allí se verificaron algunos milagros, y acontecieron episodios que nunca olvidarán los habitantes de aquellos lugares, convertidos hoy en ruinas y en campos tristes y despoblados.

Esta aldea se llamaba Bethania, la cual no debe confundirse con otra aldea situada á las márgenes del Jordan, á la que dieron el mismo nombre, por más que en los libros sagrados se la llame Bethabara, que es su verdadero nombre.

Por lo demas, la aldea de Bethania nada tenia de notable, como no fuese su risueño aspecto, debido á su situacion entre gallardas palmeras, verdes olivares y frondosas higueras que, circundando sus modestas casas, parecia que la poblacion descansaba en un pintoresco lecho de follaje.

En una de las principales casas de esta aldea, vivia una familia muy conocida entre los judíos por la nobleza que la distinguia, y tambien por los bienes de fortuna que el Señor la habia concedido.

Componíase aquella familia de los esposos Syr y Eucaria, y de sus tres hijos, Lázaro, Marta y María, añadiéndose ademas los criados, siervos y colonos ó arrendadores de las haciendas que poseia una casa tan rica y principal.

Syr no era muy anciano, pero se hallaba aquejado de una aguda enfermedad que sobrellevaba con paciencia. Este noble y honrado padre de familias habia educado á sus tres hijos con el mayor esmero, inculcándoles los saludables principios de la religion que profesaba, y haciéndoles cumplir exactamente los preceptos de la sagrada ley mosáica.

Pero la condicion de sus tres hijos, Lázaro, Marta y María, fué bien distinta, pues miéntras los dos primeros se mostraban dóciles á las lecciones del virtuoso Syr, María revelaba un carácter violento y altivo.

Esta jóven era hermosísima; su gentileza, la expresion de sus ojos, el donaire de sus palabras, y la riqueza y distincion con que sabia llevar lucidos trajes y ricas joyas, habia llamado la atencion y cautivado las voluntades de las gentes.

Todos la colmaban de lisonjas y prodigaban sin cesar alabanzas á su belleza, y la rendian un tributo de admiracion, que ciertamente merecian la perfeccion de su rostro y la singular gracia y atractivo de sus modales.

Tantos elogios y tantas pruebas de entusiasmo, naturalmente produjeron fatales resultados.

Aficionóse María á estos pequeños triunfos, y concluyó ella misma por rendir el mismo tributo á su propia hermosura.

Y ya todo su afan se redujo á ostentar ante las gentes su hermosura y sus riquezas, y á dar rienda suelta á los impulsos de su imaginacion viva y caprichosa.

La costumbre de ser recibida con agrado en todas partes, la hizo ser altiva y orgullosa.

El afan de ser la primera entre las mujeres más hermosas de la provincia, despertó su vanidad en el más alto grado; y por último, la solicitud de sus propios adoradores la hizo desarrollar su inclinacion á los placeres, y á la satisfaccion de sus pasiones.

Bien conocia esto Syr, y en vano procuraba atraer á su hija al buen camino, enseñándola siempre á ser humilde y modesta, y á no olvidar nunca las santas máximas que desde su niñez no habia cesado de repetirla, con todo el interes y solicitud de un padre cariñoso.

Pero llegó un dia de luto y desolacion para aquella familia.

Eucaria habia muerto, y Syr bajaba al sepulcro poco tiempo despues.

Los tres hermanos, Lázaro, Marta y María, quedaron en la orfandad, perdiendo á sus queridos padres cuando aun no habian llegado á la ancianidad.

Por algun tiempo permanecieron juntos, viviendo en la ciudad de Nain, entregados al dolor que naturalmente les produjera la pérdida de aquellos séres, á quienes debian tantos cuidados y tan tierna solicitud.

Pero el tiempo, ese bálsamo consolador que lentamente cae sobre las heridas del cuerpo, lo mismo que sobre las heridas del alma, empezó á producir sus reparadores efectos en el ánimo de los tres hermanos.

Es verdad que nunca olvidaron á sus queridos padres;

pero su recuerdo fué poco á poco ménos desgarrador, concluyendo por ser dulce y tranquilo.

Llegó el dia en que Lázaro exclamara:

—¡Padre mio! Yo sé que tus virtudes no quedarán sin recompensa, y no dudo de que algun dia podrás velar por nosotros al lado del Omnipotente, con el mismo cariño que empleaste para ampararnos en la tierra.

Repartióse la herencia de Syr entre sus tres hijos, correspondiendo á Lázaro y á Marta los bienes que aquel poseia en Bethania, y á María un castillo situado en la provincia de Galilea, y que era conocido por el castillo de Magdalo.

La vida arreglada que María observaba al lado de sus hermanos, se acomodaba mal á la vivacidad de su carácter.

Tenia esta hermosa jóven un corazon mundano que la impedia escuchar con fervorosa atencion los consejos que aquellos querian inculcarla, para que viviera en el santo temor de Dios, y que no hiciera, produciendo frecuentes escándalos, que la deshonra manchara el nombre de una familia respetada siempre por la rectitud y religiosidad de sus procederes.

Pero léjos de conseguir estos consejos el efecto que Lázaro y Marta se prometian, fueron causa de que se excitasen más y más las pasiones de María, y que ésta, para librarse de las amonestaciones de sus hermanos, que eran para ella un pesado yugo, determinara retirarse á su castillo de Magdalo, donde podria gozar de una libertad que anhelaba con vehemencia.

En sus sueños de felicidad, hacia ya tiempo que se consideraba habitando en aquel castillo suntuoso. Tenia bienes suficientes para alhajarle y decorarle con magnificencia, y

se sentia fascinada cada vez que se consideraba en él, siendo una reina, no sólo por su hermosura, sino por su lujo y esplendidez.

No habria en Galilea dama principal que osara competir con ella; su vida debia ser una sucesion no interrumpida de triunfos, una dulce cadena de voluptuosos goces, una vida dichosa de fiestas y de placeres.

Este halagüeño cuadro, siempre representado en su imaginacion, confirmó más y más su resolucion, la cual llevó á cabo con gran disgusto de sus virtuosos hermanos, que no podian ver sin dolor el extravío de la jóven señora del castillo de Magdalo.

Desde esta época comenzó María á ser llamada Magdalena, y entónces fué cuando viéndose en libertad y dueña de sus acciones, puso por obra el fantástico programa que desde su niñez fuera el bello ideal de sus más halagüeñas esperanzas.

Fácilmente olvidó las lecciones de sus padres y hermanos, y sus saludables ejemplos: dió entrada en su palacio á los jóvenes más alegres y desenvueltos, celebró su despejo y desembarazo, y empezó á consumir en brillantes banquetes y repetidas fiestas el pingüe caudal que habia heredado de sus virtuosos padres.

En verdad, María Magdalena era una reina, y su hermosura, y sus galas, y su sonrisa, y su desenvoltura, tenian encantos indefinibles. Su castillo era un palacio suntuoso: allí se respiraban los más suaves perfumes, y no se escuchaban sino los ecos del placer; allí sentia la embriaguez del amor, y los deleites de una mentida felicidad.

Esta vida licenciosa de Magdalena, este desenfreno y disipacion, al paso que era objeto de aplauso por parte de los

favorecidos, producia tambien envidias y gravísimo escándalo en la generalidad de los galileos.

Aquella profusion de placeres, aquel lujo y ostentacion, heria vivamente á los infinitos desdichados que, miéntras veian que se arrojaban á los perros los abundantes restos de los frecuentes banquetes que se celebraban en el castillo de Magdalo, acaso no tenian un pedazo de pan con que satisfacer el hambre de sus inocentes hijos.

El recuerdo de los pobres y menesterosos, no acudia nunca á turbar las horas de placer que disfrutara aquella gente cortesana que llenaba los salones magníficos del castillo de Magdalo.

No afirman las historias que María fuese una pecadora torpe; pero desgraciadamente acontece siempre, que los vicios guardan entre sí un enlace constante, siendo unos el camino más expedito de los otros; y por esto bien puede sospecharse que en aquella atmósfera en que reinaba la libertad y el desenfreno, no es probable se guardara la virtud continencia con demasiada escrupulosidad.

El espíritu de las pasiones no podia ménos de agitarse con violencia en medio de aquella juventud hermosa y deslumbrante; y una vez roto el freno que nos detiene en el camino del pecado, una vez desatendida la voz de la conciencia y perdido el pudor y la vergüenza, poco debia afectarles el mayor ó menor escándalo, toda vez que el insulto á la severidad de la virtud, y el escarnio hecho á la miseria del pueblo galileo, se repetia en cada fiesta con la más cínica imprevision.

Tanto desenfreno no pudo ménos de llegar á la noticia de los virtuosos hermanos Lázaro y Marta, los cuales sintieron caer sobre sus corazones todo el peso y el dolor de

los pecados de Magdalena, y sobre sus frentes toda la vergüenza de su escandaloso proceder.

Ellos habian hecho vanos esfuerzos para iluminar el claro pero ofuscado talento de su hermana, y ya desesperaban de que tuviese remedio en lo humano la perversion de Magdalena.

Consideraban con hondo pesar cuán funestos habian sido para ésta los dones de hermosura, talento y discrecion con que la habia adornado la naturaleza; y cuando en sus modestas habitaciones de Nain ó de Bethania acudia á sus imaginaciones el recuerdo de su hermana, ó recibian noticias de nuevas fiestas y escándalos, lloraban amargamente y se entregaban sin consuelo á los desgarradores impulsos de su desesperacion. Empero aplacábanse bien pronto estos pesares cuando elevaban sus ojos al cielo.

El Señor Todopoderoso, era el único que podia inflamar de amor santo el corazon de Magdalena, y entónces se postraban en tierra y le pedian fervorosamente que no desamparara á la ciega pecadora.

Por este tiempo la fama de los prodigios y de las virtudes de Jesucristo comenzaba á llenar las provincias de Galilea, Samaria y Judea.

Lázaro y Marta acudieron llenos de fe á oir la predicacion de Aquel que se anunciaba con el título de Mesías; y luégo que tuvieron ocasion de verle, de escuchar su poderosa voz y de presenciar sus milagros, no dudaron en que era el Hijo de Dios, y creyeron en Él y le siguieron con el mayor fervor y la más íntima conviccion de su divino Sér.

Ambos hermanos consideraron la inmensa dicha que habian tenido despues de haber contemplado el hermosísimo

rostro de Jesus. Habian encontrado un inestimable tesoro, y no dudaban un solo instante de que el camino que el Señor mostraba á las gentes, era el camino seguro de la eterna bienaventuranza.

¡Ay! Pero tenian una hermana que yacia perdida en el inmundo cieno de los deleites y de la soberbia. Tenian una hermana de quien no podian olvidarse, y ella no seria partícipe del inmenso bien que su fe les prometia.

Este pesar les asaltaba con frecuencia, y su espíritu de amor fraternal y su ardiente caridad les hacia buscar el medio más cierto que debiera emplearse en la conversion de aquella...

. . . . . .

Un dia Lázaro tuvo ocasion de llegar á la presencia de Jesus, y arrojándose humildemente á sus plantas,

— Señor, le dijo, ten misericordia de mi hermana. Yo sé que no hay mal, por grande que fuere, á quien tu poder no pueda ofrecer el remedio. Ten piedad, Señor, de ella y de nosotros.

Jesucristo oyó la súplica de Lázaro, y no pudo ménos de acogerla, como acogia siempre, con su infinita bondad, á todo aquel que se le acercaba adornado con los auxilios de la fe y las galas de la humildad.

Pero en aquel entónces nada respondió; habia venido al mundo principalmente para la conversion de los pecadores, y la conversion de María Magdalena era una de las más famosas, que habia de servir de un nuevo testimonio á la virtud y eficacia de su predicacion.

La hermosísima dueña del castillo de Magdalo, bien pronto supo la aparicion de Jesus y tuvo noticia de sus milagros. Movida entónces de la curiosidad acudió á la ciudad

de Nain, donde el Señor predicaba, y no se descuidó en buscarle para satisfacer su deseo.

Pero María Magdalena estaba entónces muy ajena de presentir el cambio que se iba á verificar en los sentimientos de su corazon.

El orgullo, la vanidad y el deseo inmoderado de los placeres habian ofuscado su claro entendimiento, y ésta fué la principal causa de su extravío; pero el dia en que acudió á la presencia de Jesucristo, cedieron un tanto sus dominantes pasiones, y pudo al escucharle hacer uso de su claro talento y de la nobleza de su corazon.

La palabra de Dios no podia desmentir en ninguna ocasion el alto orígen de que procedia, y por eso María Magdalena, al escucharla, se sentia poseida de un nuevo espíritu, y daba entrada en su pecho al más sincero y sublime arrepentimiento.

Luégo que aquel dia hubo terminado Jesus su predicacion, y que la multitud se hubo retirado, una mujer hermosa se alejaba de aquel sitio anegada en llanto, procurando seguir su camino sin que nadie viniera á interrumpir sus meditaciones. Queria huir de las gentes para ocultar su vergüenza, y al mismo tiempo se sentia con fuerzas para presentarse á ellas, arrostrar el general desprecio, y sufrirle en satisfaccion de sus pecados.

El rostro de aquella jóven tenia la expresion del más íntimo y verdadero dolor, y en algunos momentos la desesperacion parece que se pintaba en él con los más negros colores.

En su corazon habia una lucha violenta; pero no era la lucha de la virtud con el vicio, ni del espíritu y la materia, no: la lucha que aumentaba tanto la hermosura de aquella

mujer, fluctuaba entre el temor y la esperanza, entre la amargura del pecado y la dulzura de la palabra de Dios, entre la enormidad del agravio y la certeza del perdon.

Estas ideas no podian conciliarse en el ánimo de la jóven, porque consideraba que debia temer, que debia llorar, que debia aborrecer sus delitos; y no obstante la maldad de éstos, sentia dentro de su pecho con la mayor sorpresa las palabras gracia, perdon y esperanza.

Llegó por fin esta jóven al castillo de Magdalo, donde la vieron penetrar sus criados con la mayor admiracion, y sin atreverse á preguntarla la causa de su amarguísimo llanto.

Esta era María Magdalena, la pecadora arrepentida en virtud de la santa palabra de Jesucristo.

Y habiendo llegado á su aposento, se desprendió de sus joyas, arrojó sus galas con desprecio, y abandonando despues los magníficos salones de su palacio, salió al punto del castillo y buscó un rincon donde pudiera renovar sus lágrimas y pedir al cielo misericordia.

Jesucristo habia concedido á Lázaro y á Marta la gracia que le pidieran con humildad y entera confianza.

CAPÍTULO II.

LOS DOCE APÓSTOLES.

El nombre augusto de Jesucristo era ya repetido en todas las provincias del pueblo de Israel.

Es verdad que no en todas las ciudades y aldeas se pronunciaba con respeto y profunda admiracion. Es verdad que no todos los que tuvieron ocasion de verle y escucharle creyeron en su divinidad; pero á pesar de las infames calumnias y groseros comentarios de los descreidos y soberbios, la sublime doctrina del Salvador tenia ya un eco poderoso, y se habia infiltrado en el corazon de los humildes.

La semilla de la gracia habia empezado ya á derramarse por la tierra; y la que cayó en buena tierra (que fué, segun se explica en la parábola del Sembrador, la palabra de Dios escuchada con buen deseo y retenida en los corazones sanos) comenzaba ya á dar los copiosos frutos que habian de propagarse por todos los pueblos del mundo.

Es cierto que entre estos frutos crecia la cizaña sembrada por el enemigo de las almas; pero la voluntad divina no quiso, por entónces, que esta cizaña se arrancara, hasta la siega, pues ya entónces dispondria el Señor que sus sega-

dores recogieran primero la cizaña, y despues de atada en hazecillos fuera arrojada al fuego, y que el trigo se recogiera en sus trojes.

La predicacion de Jesus iba á terminar; acercábase la hora del sacrificio, y era necesario que otros hombres continuaran propagando la palabra divina, no sólo en los pueblos de Israel, sino en las poderosas naciones donde estaba entronizado el gentilismo.

Jesucristo hacia ya tiempo que habia escogido estos obreros evangélicos, que aleccionados con su palabra y ejemplo se hallasen en disposicion de imitarle y de propagar despues de su ascension á los cielos la misma santa doctrina que aprendieran en los dias en que acompañaran á su Maestro.

Estos discípulos fueron elegidos por Jesus en la ciudad de Cafarnaum; les dió el nombre de Apóstoles, que quiere decir *enviados*, y desde el dia de su eleccion le siguieron constantemente.

Permítanos el lector que consignemos en esta página, no sólo los nombres de estos Apóstoles, sino tambien las noticias que hallamos en los libros sagrados acerca de sus antecedentes.

El primero, llamado Simon, recibió del Señor el nombre de Pedro, y fué el elegido para ser el príncipe de la Iglesia católica. Este y su hermano Andres eran de humilde nacimiento, hijos ambos de Joná, y ejercian el oficio de pescadores.

Santiago (el Mayor) y Juan su hermano, eran hijos del Zebedeo.

Felipe (ó Natanael) y Bartolomé, fueron tambien pescadores, siendo estos seis discípulos del Señor los que le siguieron desde el principio de su predicacion.

Tambien le habia seguido Mateo, llamado Leví, el cual era publicano; pero convertido por la palabra divina, abandonó este empleo, que en aquel tiempo no era ejercido por gentes honradas, y desde luégo se afilió en el número de los discípulos de Jesus.

Los cinco restantes fueron Tomás, llamado tambien Didimo, que era galileo; Santiago el Menor, hijo de Alfeo; Júdas Tadeo, hijo de Jacobo; Simon Cananeo, el celoso, y Júdas Iscariote, á quien la historia le llama el Traidor.

De estos doce Apóstoles, como hemos dicho, Pedro era el que ocupaba el primer lugar.

Santiago y Juan, despues de Pedro, fueron los más fervorosos defensores del Señor, quien les dió el nombre de Boanerjes, ó hijos del trueno.

Santiago el Menor, Júdas Tadeo y Simon Cananeo, eran tenidos por parientes de Jesucristo, y se les llamaba hermanos del Señor.

Y Júdas, que por ser natural de una aldea de la tribu de Efraim llamada Iscariot, fué llamado Júdas Iscariote.

Estos Apóstoles, no sólo fueron elegidos para que acompañasen al Señor, sino tambien para que despues fuesen á explicar por los pueblos el reino de Dios, para que predicasen tambien y obraran milagros á imitacion de su Maestro.

— «Id, les dijo el Señor, predicad por todas partes que se acerca el reino de Dios; pero no ireis todavía á los gentiles, ni entrareis en las ciudades de Samaria, sino que ireis á las ovejas que han perecido de la casa de Israel.»

«Usad allí del poder que os he dado; curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos, y limpiad los demonios. De gracia habeis recibido (este poder): usadle de gracia. Nada lleveis en el camino: ni oro, ni plata, ni dinero

en vuestras alforjas, ni dos túnicas, ni calzado (más que el puesto), porque digno es el obrero de su salario. Ni lleveis palo para defenderos, sino báculo para sosteneros.»

«En cualquiera ciudad ó aldea en que entráreis, preguntad quién hay en ella digno,» enseñándoles con estas palabras á que tuviesen especial cuidado de hospedarse en aquellas casas cuyos moradores fuesen los más virtuosos y humildes, cualquiera que fuera su gerarquía, porque los enviados y ministros de Dios honraban la casa que elegian, y esta honra debia concederse á aquellos que la merecieran.

«Estad en ella, les añadió, hasta que salgais (de la poblacion). Cuando entráreis, la saludareis diciendo: La paz sea en esta casa; y si ella fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz; pero si no fuere digna, vuestra paz se volverá á vosotros; y todo aquel que no os recibiere ni oyere vuestras palabras, al salir de su casa ó de la ciudad, sacudid el polvo de vuestros piés en testimonio sobre ellos.»

«En verdad os digo, que será más tolerable (habla del castigo) á la tierra de Sodoma y Gomorra en el dia del juicio, que aquella casa ó ciudad.»

Y como Jesucristo no aleccionaba á sus discípulos sólo para que aprendieran la conducta que debian observar durante el tiempo que le acompañaran, sino tambien para despues de su muerte, puesto que les iba á encomendar una mision penosa y difícil, continuaba instruyéndoles y dándoles reglas que en lo sucesivo debian guardar con la más religiosa escrupulosidad.

«Os envio como ovejas entre lobos,» les decia, para recomendarles la humildad y prepararles á sufrir los riesgos y penalidades que habian de rodearles por todas partes.

«Sed prudentes como las serpientes,» manifestándoles, que así como las serpientes exponen con prudencia su cuerpo para resguardar su cabeza, así ellos debian exponer sus vidas sin ningun género de temor, para guardar su fe y la verdad de su doctrina.

«Pero sereis tambien sencillos como las palomas, porque los que aborrecen el Evangelio os harán comparecer en sus concilios y os azotarán en sus sinagogas, y sereis llevados ante los presidentes y los reyes por causa de Mí, en testimonio contra los judíos y contra los gentiles.»

Verdaderamente que esta sencillez que tan sábiamente les recomendaba Jesucristo, era el arma más poderosa para destruir las argucias é intrigas que fraguaran los enemigos del Evangelio.

Y no en vano les profetizaba de este modo los peligros que habian de presentárseles en sus caminos al ejercer su divino magisterio, puesto que los tiempos vinieron á comprobar la verdad de estas profecías, al paso que los Apóstoles alcanzaban la inmarcesible corona del martirio.

«Cuando os entregaren á los reyes ó presidentes, no os detengais á pensar cómo ó qué habeis de hablar, porque se os dará en aquella hora lo que habeis de hablar; pues no sereis vosotros los que hableis, sino el Espíritu Santo que habla en vosotros.»

«El hermano entregará á la muerte al hermano y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les harán morir, y vosotros sereis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.»

«Cuando fuéreis perseguidos en una ciudad, huid á otra. En verdad os digo, que no acabareis (de convertir) las ciu-

dades de Israel, hasta que venga el Hijo del hombre» (al fin del mundo á juzgar á los vivos y á los muertos).

«No es el discípulo más que su Maestro, ni el siervo más que su Señor. Bástale al discípulo ser como su Maestro, y al siervo como su Señor. Si al padre de familias llamaron Beelcebub, ¿cuánto más á sus domésticos? Pero no les temais, porque nada hay escondido que no se haya de revelar, ni oculto que no se haya de saber.»

Manifestábales que llegaria un tiempo en que se sabria cuál fué la conducta del justo y cuál la del pecador, y que sabiendo esto, por ninguna consideracion ni miramiento humano debian separarse de las prescripciones que les dictaba su Dios y Señor.

«Lo que Yo os digo en secreto, decidlo vosotros en público; y lo que se os ha dicho á vuestro oido, predicadlo desde los techos» (ó azoteas).

«No temais á los que matan al cuerpo, porque no pueden matar el alma. Temed sí á Aquel que puede arrojar al infierno el alma y el cuerpo. La justicia de Dios es la que debeis temer.»

«Los hombres nada pueden, ni aun contra la vida del cuerpo. Todos estamos en las manos de Dios, y vivimos bajo de su providencia singularmente amorosa para con los que le aman y temen, y nada puede suceder sin órden ni permiso suyo.»

«Todo aquel, pues, que me confesare, le confesaré Yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos; mas el que me negare delante de los hombres, Yo tambien le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.»

«No penseis que he venido á la tierra á traer la paz (se refiere á la paz terrena que se procura el egoista y que el

mundo ama). No he venido á traer esa paz, sino la espada.»

En estas palabras llama la espada á su palabra, que divide la paz celestial de la falsa paz, y demuestra tambien los sacrificios que debe hacer todo cristiano en defensa de su sacrosanta doctrina; por eso añade:

«He venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra (siempre que entre estas personas no se conserve una y pura la doctrina del Evangelio, y sea la union de aquellas contraria á las prescripciones de la conciencia). Porque los enemigos del hombre fiel, serán los de su misma casa.»

«El que ama á su padre ó á su madre más que á Mí, no es digno de Mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de Mí.»

«El que halla su alma (esto es, el que ama su vida más que á Mí), la perderá; y el que perdiere su alma por allí, la hallará.»

«El que á vosotros recibe, á Mí me recibe; y el que á Mí me recibe, recibe á Aquel que me envió» (que es el Eterno Padre).

«El que recibe á un profeta, en nombre de profeta, recibirá el galardon de profeta; y el que recibe á un justo en nombre de Justo, recibirá el galardon de justo; y el que diere de beber tan solamente un vaso de agua fria al más pequeño de mis discípulos, no perderá el galardon de discípulo.»

Todas estas sublimes máximas y preceptos, y otros igualmente sabios y admirables, escuchaban los Apóstoles con mucha frecuencia de los labios de su Maestro.

Esta doctrina era nueva para ellos, y algunas veces superior á sus capacidades, porque el Señor no les habia esco-

gido por razon de sus talentos, sino por su humildad y por la sencillez de sus corazones.

Sin embargo, la autoridad divina que siempre acompañaba á las palabras de Jesus, y la fe de los discípulos, suplia la ignorancia de éstos; y tiempo habia de llegar en que tuviesen ocasiones de poner en práctica la enseñanza recibida, y entónces comprenderian toda la profundidad y sabiduría que encerraban los preceptos de su divino Maestro.

Pero Jesus, en tanto, no pedia á sus discípulos sino fe y docilidad, puesto que ésta les allanaria todas las dificultades que hallaran á su paso, y aquella, manteniéndose inalterable en sus corazones, bien pronto derramaria su luz celestial sobre sus inteligencias. La fe es el principio de la sabiduría; y quien tiene fe y en ella persevera, llega á alcanzar los preciosos é inestimables dones del Espíritu Santo.

CAPÍTULO III.

EL CONVITE DE SIMON.

Hallábase Jesucristo predicando en la ciudad de Nain, donde era admirado por palabra y ejemplo, y muy particularmente por el milagro que obró, resucitando á un jóven, hijo de una viuda, en el momento en que le sacaban de la ciudad para darle sepultura.

Los discursos que dirigia á las gentes de la ciudad, causaban en ellas gran sensacion, haciendo que personas de todas clases y condiciones creyeran en El.

Vivia entónces en Nain un fariseo llamado Simon, conocido vulgarmente por Simon el Leproso, á causa de que él ó sus antepasados habian sido víctimas de la lepra, penosa enfermedad que aquejaba con frecuencia al pueblo judío, ya fuera por el clima en que vivian, ó porque siendo contagiosa, no habian podido aislar á los enfermos suficientemente, para evitar su propagacion.

Simon el Fariseo escuchó la palabra divina, y á pesar de que el Señor condenaba lleno de indignacion la hipocresía de los de la secta farisáica, no se dió por ofendido, y permaneció hasta el fin del discurso de Jesus, en el que ensalzaba á los humildes, y les prometia la recompensa.

La mayor parte de los fariseos sentian el resentimiento, que no les permitia oir sin pasion una doctrina tan elevada y justa; pero Simon el Leproso, aun quedó con deseo de averiguar cumplidamente quién fuese aquel Hombre que hablaba como profeta, y en su figura y majestad sin duda hallaba algo extraordinario.

Por esto un dia, luégo que Jesucristo habia terminado uno de sus sermones, se acercó á El, y con palabras corteses le rogó encarecidamente que fuese á comer á su casa.

El divino Señor, que no desperdiciaba las ocasiones que se le presentaban de acudir á enseñar á los pecadores, y que sabia bien lo que habia de suceder en aquel convite, no se desdeñó en aceptar el ofrecimiento, y en su consecuencia fué acompañado de sus discípulos á la casa de Simon á la hora señalada, y se sentó á la mesa entre los principales fariseos de la ciudad.

El convite empezó sin que en su principio ocurriera acontecimiento notable. Jesus se conducia con humildad y agrado, y no se desdeñaba de dirigir la palabra, contestando á los obsequios que se le tributaban; pero en aquellos momentos, obraba como un Hombre virtuoso y perfecto, sin hacer alarde alguno de su divinidad.

Los fariseos le observaban con gran cuidado, espiando sus movimientos y buscando siempre ocasion de criticar cualquier acto, por insignificante que fuese, y que á su juicio diese lugar á sus censuras.

Pero su cuidado era vano. El Hombre Dios sabia demasiado cuáles eran sus intentos.

Hallábanse todos sentados á la mesa participando del convite de Simon, cuando abriéndose una de las puertas del salon, vieron penetrar á una hermosísima mujer que

traia en la mano un vaso de alabastro lleno de un preciosísimo ungüento.

Jesucristo estaba vuelto de espaldas, de modo que no vió ó aparentó no ver á la mujer que entraba en la sala, ni tampoco mostró que se apercibia del efecto que produjo en el ánimo de los fariseos aquella inesperada aparicion.

Conocian éstos á la mujer que llegaba; pero se quedaron admirados al verla, porque notaban en sus vestiduras y en la expresion de su rostro un cambio que no acertaban á explicarse.

—¿No es ésta, dijo un fariseo á otro que estaba á su lado, no es ésta María la hermana de Lázaro?

—Sí, contestó el interrogado. Pero advierto que sus ojos hermosísimos están enrojecidos por el llanto. ¿Cómo se presentará en público en tan humilde traje? ¿Qué habrá hecho de sus joyas, de sus galas y de sus perfumes?

—Calla, dijo un tercero, ahora tendremos ocasion de ver si este Profeta la conoce y nos saca de estas dudas.

Miéntras tanto, María Magdalena, que tal era la que entró en casa de Simon, se adelantó lentamente hácia el lugar en que se hallaba Jesucristo, recostado en su almohadon ó camilla que usaban los judíos en sus convites.

Aquella desconsolada jóven venia cubierta con un vestido humildísimo; no era ya la orgullosa señora del castillo de Magdalo; no era la mujer distinguida entre las más nobles mujeres de Bethania y de Judea, sino una sierva fervorosa que acudia á arrojarse á los piés del Señor; era una pecadora que reconocia su pecado y le lloraba amargamente, y en fin, María, impulsada por un rayo de esperanza y de fe, buscaba á Jesus para pedirle perdon, y no se cuidaba de

considerar que se presentaba en un convite donde no habia sido invitada, y que en aquella sala habia muchísimos convidados, cuyas murmuraciones, sin duda, vendrian á herir su propia delicadeza.

Pero ante el dolor de sus pecados, ¿qué murmuracion ni qué agravios podian ofenderla? Y ante la esperanza del perdon, ¿qué consideraciones mundanas podian detener su paso?

Llena de temor, no se atrevió María á presentarse delante de Jesus, y deteniéndose detras del asiento que Este ocupaba, cayó de hinojos anegada en llanto, y empezó á regar con sus lágrimas los divinos piés del Salvador, besándolos, enjugándolos despues con sus negros y blondos cabellos.

Derramó despues sobre aquellos sagrados piés el precioso ungüento que traia, y quedóse muda é inmóvil sin atreverse á levantar sus rasgados ojos, ni á turbar con un suspiro la dulce paz que parece se respiraba en torno del divino Señor.

María llegaba á implorar el perdon de su pecado; pero acordábase de su enormidad, y su voz espiraba en sus labios, porque se consideraba indigna de pedirle, y muy culpable para merecerle.

Simon, que presenciaba esta escena, decia para sí:

— Si Este fuese profeta, sabria quién es la mujer que le toca los piés, porque es una pecadora.

Mas Jesucristo, que leia los pensamientos de Simon y de los demas fariseos, se dirigió á aquel y le dijo:

— «Tengo una cosa que preguntarte.»

— Dí, contestó el fariseo.

— «Habia, dijo entónces Jesucristo, dos deudores á un mismo acreedor; el primero le debia unos quinientos dena-

rios[1], y el otro cincuenta; pero como no tuviesen con qué pagarle, les perdonó al uno y al otro. ¿Cuál, pues, de los dos le debe amar más?»

—Pienso que aquel á quien perdonó más, contestó Simon.

—«Rectamente has juzgado, continuó Jesus. Y dirigiéndose hácia donde estaba María Magdalena: ¿Ves esta mujer? Le dijo. Entré en tu casa y no me diste agua para mis piés; mas ésta los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tampoco me diste beso; mas ésta desde que entró no ha dejado de besar mis piés. No ungiste mi cabeza con óleo; mas ésta con ungüento ha ungido mis piés. Por lo cual te digo: que la son perdonados sus muchos pecados; porque amó mucho, porque al que ménos se le perdona ménos ama.»

Los judíos tenian la costumbre de lavar los piés al que recibian á su mesa, darles el beso de paz, y ungir su cabeza con óleo y perfumes.

Simon habia faltado á esta costumbre.

María Magdalena no se habia atrevido durante el diálogo anterior á pronunciar una palabra. Agobiada por el peso de su dolor y por la vergüenza de su pecado, permanecia postrada á los piés del Salvador, esperando humildemente á que Este pronunciara su sentencia.

La misericordia de Dios no tardó en acudir al remedio de tanta afliccion, y á premiar la sinceridad del arrepentimiento de la hermosísima judía, y volviéndose el Salvador la dijo:

---

[1] Quinientos *denarios* son cerca de seiscientos reales, y cincuenta *denarios* eran unos sesenta reales.

— «Perdonados te son tus pecados.»

Estas sublimes y piadosas palabras renovaron las lágrimas de María Magdalena; pero aquel llanto ya no era sólo de dolor: era tambien de amor santo y de gratitud hácia un Señor que olvidaba las ofensas recibidas, y de cuyos labios brotaban siempre dulces palabras de gracia y de perdon.

Los escribas y fariseos que asistian al convite se miraron unos á otros llenos de admiracion, y algunos se atrevian á murmurar:

— ¿Quién es este Hombre que hasta los pecados perdona?

— ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios?

Hasta aquel entónces, los judíos, que habian presenciado los milagros de Jesus, no habian tenido ocasion de verle perdonar los pecados.

María Magdalena fué la primera que acudió á la presencia del Salvador para pedirle que la curara la mortal enfermedad del alma.

Este suceso maravilló al fariseo Simon, porque sabia que sólo Dios puede perdonar los pecados, y confesando que Jesus lo habia hecho así, tenia que confesar que Jesus era Dios, puesto que los perdonaba, y demostraba su poder con infinitos milagros.

Y como el Salvador hubiese ya hecho repetidos prodigios, y con su predicacion, ejemplo y remision de los pecados de María, hubiese dado á los escribas y fariseos muy suficientes motivos para que creyeran en El, no quiso añadir nuevos prodigios, y les dejó, á fin de que pusiesen ellos de su parte lo poco que faltaba para que cesaran sus vacilaciones.

Dirigióse entónces á la penitenta, que aun permanecia postrada á sus piés, y la dijo:

— «Tu fe te ha salvado, ve en paz,» que fué decirla: tus culpas quedan perdonadas, ve en la paz de tu conciencia.

Magdalena salió mostrándose consolada y agradecida: su conversion habia sido perfecta. El amor mundano que se aposentaba en su pecho, se extinguió en él, para dar lugar á otro amor purísimo y santo; amor generoso, amor santo que hace la felicidad de las almas, al paso que las inunda de una paz y dulzura celestial.

Terminado el convite de Simon, sin otro acontecimiento notable que el referido en este capítulo, el fariseo despidió al Señor cortesmente; pero no convencido de que el que se habia sentado á su mesa fuese el Cristo prometido, que venia al mundo á cumplir las antiguas profecías.

Lázaro y Marta supieron muy pronto que Jesucristo habia sido para su hermana María Magdalena, un Dios misericordioso, puesto que la perdonara sus escándalos y gravísimos pecados; con este nuevo motivo de gratitud le amaron con mayor fervor, siendo desde entónces los tres hermanos los más fieles discípulos del Señor, á quien siguieron en muchas ocasiones, deseando escuchar sus lecciones sublimes, y llenas del santo espíritu que resplandece en las brillantes páginas del Evangelio.

CAPÍTULO IV.

RESURRECCION DE LÁZARO.

La casa de Lázaro era una de las principales de Bethania. Era éste muy querido y respetado en la ciudad, no sólo por su nobleza, sino por sus virtudes y por su carácter franco y modesto.

Los pobres le amaban, porque era para con ellos dadivoso, empleando sus riquezas en el socorro de sus necesidades.

Marta y Magdalena vivian en su compañía, habiendo ya desaparecido entre ellos la antigua discordancia de inclinaciones, que en otro tiempo separaran á Magdalena del hogar paterno.

La paz que reinaba en aquella casa era la más envidiable. Los tres hermanos eran felices, porque gozaban del santo amor de Dios, y la satisfaccion de haber sido objeto de las bondades de Jesucristo, les hacia esperar confiadamente en la eterna bienaventuranza.

Sin embargo, esta felicidad fué turbada á causa de una violenta enfermedad de que se sintió acometido Lázaro, la cual se agravó en muy pocos dias.

El enfermo yacia en su lecho padeciendo agudísimos do-

lores, pero sin exhalar una sola queja. Marta y María Magdalena estaban á su lado fijando sus miradas en el semblante de un anciano judío que examinaba los caractéres de la enfermedad, y colocando su mano en el pecho de Lázaro, contaba las palpitaciones de su corazon.

—¿Qué esperanzas nos das? Le preguntó Marta con ansiedad.

El anciano no tuvo valor para contestar.

Los síntomas que presentaba el mal, la violencia de la calentura, y el decaimiento que hallaba en el enfermo, le daban á entender que Lázaro moriria tal vez aquella misma tarde.

—¿Nada me contestas? Volvió á decir Marta suspirando.

El sabio hizo un movimiento de cabeza, que daba á entender los tristes augurios que su ciencia le obligaba á hacer.

Magdalena entónces exclamó con desconsolado acento:

—¡Ah si estuviera en Bethania Jesucristo! El podria curar á nuestro hermano. Su divina voluntad bastaria para conseguirlo. El es quien todo lo puede.

—¿Y no podríamos ir á buscarle? Dijo Marta como si hubiese acudido á su mente un pensamiento salvador.

—Sí, hermana mia... Es preciso que no perdamos el tiempo; aun puede que no sea tarde.

—¿Y dónde está ese Hombre... lo sabeis por ventura? Dijo el anciano.

—Sí, sí, dijo Magdalena. Yo sé que Jesus fué á Jericó, donde podremos hallarle. Yo misma iré, me arrojaré á sus plantas, y El, que nunca se cansa de ser misericordioso, se apiadará de mis lágrimas y vendrá á Bethania sin deter

se un solo instante... Dime, ¿cuántos dias podrás conservar la vida de mi hermano? ¿No tienes algun bálsamo que alargue su existencia?

—Es imposible, exclamó con tristeza el anciano. Si tu hermano no muere esta tarde, mañana á la misma hora ya habrá exhalado su último aliento.

Al oir estas palabras, la indecision más triste y angustiosa se reflejó en todos los semblantes.

Pero Magdalena, cuya fe y confianza en el poder de Dios era más grande,

—Nada importa, dijo con resolucion; yo misma iré á Jericó.

—No hagas tal, María. Nosotras no debemos separarnos del lado de nuestro hermano; no podemos abandonarle un solo instante; mandemos á uno de nuestros criados, que caminará con más rapidez, y de este modo, miéntras cuidamos á Lázaro y pedimos al Señor que le conceda un dia más de vida, tendrá tiempo de venir Jesucristo.

Magdalena comprendió que ella quizas no tendria fuerzas para caminar con tanta precipitacion como podria hacerlo un criado, y aceptó el parecer de su hermana.

—Pues bien, exclamó, no perdamos un momento; y llamando á sus criados, dió las disposiciones convenientes á fin de que partiera precipitadamente el mensajero.

Una hora despues ya habia salido de la casa de Lázaro uno de sus más fieles criados, y se dirigia con gran ligereza hácia los confines de Jericó.

Pero el enfermo no daba señales de alivio: su postracion era la misma, habia perdido el conocimiento, y su mirada era más vaga y vidriosa.

El anciano médico desconfiaba más y más, no atrevién-

dose á decir á sus hermanas que al fin toda su diligencia seria vana.

Marta y Magdalena habian cobrado su esperanza desde que despidieron al criado, y no conocian que la vida de su hermano iba extinguiéndose por instantes.

Pasó aquella tarde en medio de la mayor ansiedad; mas cuando la luz del sol habia desaparecido en el ocaso, Lázaro habia recobrado su conocimiento, y dirigiendo al cielo su mirada, parecia que oraba fervorosamente. Sin duda miraba á la muerte á la cabecera de su lecho, y presentia que aquella seria su última oracion.

Miéntras el enfermo fluctuaba entre la vida y la muerte, sufriendo mil alternativas, el mensajero llegó á Jericó y se presentó á Jesucristo.

— Señor, le dijo, hé aquí que aquel á quien amais ha enfermado; la muerte ha entrado en su casa, y quizas ya esté muy cerca de mi amo.

— «Esta enfermedad, contestó Jesus, no es para muerte, sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.»

El criado se regocijó al oir esta noticia; sin embargo, insistió rogando al Señor que no tardase en acudir al auxilio de su amo, añadiendo que así se lo suplicaban muy humildemente sus siervas Marta y María Magdalena.

Jesucristo despidió al criado, mandándole que dijera á sus amas que El iria á Bethania.

Pero el enfermo, en aquellos momentos espiraba.

El Señor, que todo lo sabe, no ignoró la desgracia que llenaba de afliccion á las hermanas de Lázaro y á todos sus parientes y amigos. Sin embargo, aun permaneció en Jericó dos dias más. Queria dilatar el consuelo que habia pro-

metido á las hermanas de Lázaro, porque quiso probar la fe de sus siervas, y que fuese muy grande é intenso su dolor, para que el favor fuese más señalado.

Cuando el criado llegó á Bethania y se acercó á la casa de su señor, vió con gran sorpresa ocupadas las cercanías de aquella por gran número de pobres, que lamentaban la muerte de su más querido bienhechor.

Las personas más principales de la ciudad llegaban á la casa, y se detenian á la puerta, donde descansaba en su ataud el cuerpo exánime de su amo.

Marta y María Magdalena, rodeadas de sus amigas y de otras mujeres piadosas, lloraban amargamente, y todos se disponian á conducir aquel cadáver á su última morada.

— ¡Oh, qué inútil jornada ha sido la mia! Exclamó tristemente el fiel criado. ¡Y yo que traia tan buenas nuevas!...

Mudo y reflexivo, y considerando que su presencia habia de aumentar el intenso dolor que embargaba los ánimos de sus amas, acercóse á una pared, y aguardó á que el fúnebre cortejo se pusiera en marcha.

En aquel entierro, las mujeres asalariadas que acompañaban á los muertos dando desconsoladores alaridos, eran acompañadas por los lamentos de la multitud.

Lázaro era muy querido en la ciudad, y su muerte causaba un verdadero sentimiento.

La comitiva se alejó lentamente de la casa, y el fiel criado, sin atreverse á hablar con nadie, embargado por el dolor que le ocasionara una desgracia que no sospechaba, inclinó su frente, y fué tambien á rendir el último tributo de su cariño y de su respeto, á aquel amo que habia sido para él un amigo y un protector.

Cuatro dias despues, llegaba Jesucristo á Bethania, en

ocasion que el mismo criado se hallaba en una de las calles situadas á la entrada de la ciudad; y como éste viera venir al Salvador, llegóse á El respetuosamente.

— ¡Ah! Señor, habeis venido tarde; cuatro dias hace que mi amo está enterrado.

Nada le contestó Jesus; pero acaso el fiel criado de Lázaro vió en el semblante divino algun movimiento que le inspiraba una secreta confianza. Tal vez alguna dulce sonrisa le inspiró la idea de acudir precipitadamente á su casa y anunciar la venida del Salvador.

Hízolo así, y habiendo sido Marta la que primero supo esta nueva, corrió al encuentro de Jesus, y llorando amargamente le dijo:

— «Señor, si Vos hubiérais estado aquí, no habria muerto mi hermano; pero bien sé que todo lo que pidiéreis á Dios, os lo concederá Dios.»

— «Resucitará tu hermano,» la dijo el Señor.

— «Bien sé, repuso Marta, que resucitará mi hermano en el último dia, cuando resuciten todos los muertos.»

— «¡Yo soy la resurreccion y la vida, la dijo Jesucristo; y el que cree en Mí, aunque haya muerto vivirá! Todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá jamas. ¿Crees esto?»

— Sí Señor, dijo Marta. Yo he creido, y creo firmemente que Vos sois Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habeis venido á este mundo á salvar á los que creen en Vos.

Y sin detenerse un momento corrió á su casa á decir á su hermana Magdalena que el Señor habia llegado á Bethania.

La sala principal de la casa de Lázaro estaba llena de gente; los parientes y amigos de aquella familia habian acudido á llorar la pérdida de aquel á quien tanto amaran, y

al mismo tiempo á consolar la intensa pena que embargaba los ánimos de las dos hermanas. Marta no quiso manifestar á nadie, más que á su hermana, la viva esperanza que la habian infundido las dulces palabras de Jesus; por esto hizo llamar secretamente á María Magdalena, y luégo que ésta llegó la dijo:

— El Señor ha venido, y te llama.

Al oirlo María exclamó anegada en llanto:

— ¡Ah, hermana mia! Dime dónde ha quedado Jesus; quiero arrojarme á sus plantas.

Y saliendo de la casa precipitadamente, corrió hácia el sitio que su hermana la indicó, y bien pronto halló al divino Señor.

Postróse ante El de hinojos, y bañó con lágrimas sus divinos piés, diciéndole con melancólica y doliente voz:

— ¡Ah! Señor, si Vos hubiérais estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.

La salida de Magdalena del aposento en que se hallaba, llamó la atencion de los judíos, los cuales se dijeron unos á otros:

— Sin duda va á llorar sobre su sepulcro.

— Debemos seguirla y mitigar tanto desconsuelo.

Con este propósito siguieron los pasos de Magdalena, y cuando la alcanzaron, ya estaba postrada á los piés de Jesucristo.

El llanto de Magdalena era tan sentido, su dolor era tan profundo, que todos no pudieron contener sus lágrimas; y en verdad, los que tan cuidadosamente acudian á consolarla, bien habian menester los consuelos que iban á prestarla.

El mismo Jesucristo, como Hombre, sintió una inmensa

compasion, y gimió en su espíritu al contemplar aquella escena tan tierna como desgarradora.

— ¿Dónde le pusísteis? Dijo entónces el Señor.

— Ven con nosotros, le contestaron los judíos; y guiaron á Jesus hácia el lugar en que dias ántes verificaran el enterramiento de Lázaro.

Luégo que hubieron llegado, lloró Jesucristo delante de aquella tumba, dando lugar á que los judíos piadosos que se hallaban presentes, exclamaran conmovidos:

— ¡Cuánto le amaba!

Mas como no todos los circunstantes fuesen tan sencillos y de tan recto corazon, como los que así interpretaban el llanto del Señor, no faltó quien dijera:

— ¿No podia Este, que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, hacer que no muriese su amigo?

Estos ponian en duda la omnipotencia de Jesus al verle llorar, no comprendiendo la espontaneidad de un sentimiento delicado: no le concedian la facultad de haber podido evitar aquella desgracia, así como de esto deducian la falsedad de sus milagros.

Pero estos blasfemos bien pronto quedaron confundidos y avergonzados.

Era el sepulcro un monumento sencillo, formado en su base por cuatro paredes cubiertas con mármoles, sin labores ni adornos de ninguna clase.

Una gran puerta de piedra habia sido colocada para cerrar el espacio abovedado, donde fueran depositados los restos mortales de Lázaro.

— Quitad esa piedra, dijo Jesus.

Los judíos se apresuraron á obedecerle, aunque ninguno sospechaba el objeto que el Señor se proponia, ni mucho

ménos esperara el prodigioso milagro que iba á obrar Jesus á su presencia.

Luégo que hubieron quitado la piedra que daba entrada al sepulcro, salió de él un hedor insoportable.

—«Ya apesta, dijo Marta. Hace cuatro dias que está muerto y sepultado, y el cadáver ha empezado á corromperse y podrirse.»

—«Marta, respondió el Señor, ¿por ventura no te he dicho, que si creyeres, verás la gloria de Dios?»

Púsose entónces en oracion, elevando sus ojos al cielo, y así permeneció un corto espacio de tiempo.

Los circunstantes no podian soportar el hedor que emponzoñaba el ambiente; por fin oyeron á Jesus que dijo:

—«Padre mio: gracias os doy porque me habeis oido. Bien sabia Yo que siempre me oís; mas lo he dicho para que el pueblo que me rodea, crea que Vos me habeis enviado.»

La majestad de Jesus se reflejaba en su divino semblante. La entonacion majestuosa de sus palabras, y la situacion solemne en que todos se hallaban, les hizo enmudecer y esperar ya algun acontecimiento extraordinario.

Jesus se acercó hácia la entrada del sepulcro, y todos le siguieron.

Veíase el cadáver tendido bajo la oscura bóveda, y á la luz que penetraba por su entrada, veíanse tambien los asquerosos gusanos que se habian apoderado del cuerpo inerte de aquel amigo á quien profesaron en vida tanto respeto y tanto amor.

Ante aquel terrible espectáculo, todos se estremecieron; la espantosa imágen de la muerte llenó de espanto sus corazones, y ya no se oyeron ni los suspiros del dolor, ni los

ayes incesantes de aquellas personas que manifestaran mayor sentimiento.

Hay situaciones en la vida, en las cuales se siente acobardado el corazon de mayores brios; en las que el blasfemo y el desenfrenado pecador no osa desplegar sus labios, porque se le representa ante sus ojos la ira divina acompañada de terribles y pavorosas reconvenciones.

Los discípulos de Jesus, que estaban acostumbrados á presenciar sus frecuentes milagros, se preparaban á ver uno más, pero el más prodigioso y digno de admiracion.

Marta y María presentian lo que iba á suceder; creian en Jesucristo, esperaban en El, y estaban persuadidas de que no habria imposible que no pudiera vencer fácilmente la suprema voluntad del Hijo de Dios.

Aquí el Señor levantó su voz omnipotente, y mandó á Lázaro con estas palabras:

—«Lázaro, ven afuera.»

Lázaro entónces hizo un movimiento y trató de inclinarse; pero volvió á caer sobre su ataud.

La sangre de aquel cuerpo inerte volvia á circular, su corazon palpitaba, su pecho volvia á alentar, y sus ojos tornaban á abrirse; pero estaba cubierto con un sudario y atado de piés y manos, y no podia levantarse.

—Quitadle esas cuerdas, dijo Jesus.

Y entónces, al acercarse más al cadáver los que iban á cumplir el mandato del divino Maestro, notaron con admiracion que ya el sepulcro no exhalaba olor alguno, y que el cuerpo de Lázaro se movia.

Luégo que éste se halló libre de las cuerdas que le sujetaban, salió del sepulcro envuelto en el sudario, manifestando hallarse lleno de vida y de salud.

El gozo que sintieron todos los circunstantes, no pudo expresarse en aquellos momentos. La emocion que llenaba todos los ánimos les tenia mudos y absortos, y en verdad, aunque su júbilo era grandísimo, era aun menor que la admiracion que todos sentian.

No es posible describir el cuadro que representaba aquella escena tan sorprendente y conmovedora. Marta y María acudieron á abrazar á su hermano, y todos tres caian á los piés de Jesucristo, renovando sus lágrimas y confesando que creian en El, y que le amaban con toda la efusion de sus agradecidos corazones.

No ménos gozosas y admiradas las gentes que habian presenciado el milagro, no sabian cómo demostrar su respeto y su gratitud hácia aquel Hombre que indudablemente era el Enviado, y el Hijo del Eterno Padre.

Y en el colmo de su entusiasmo, no sólo procuraban tributarle los mayores honores y consideraciones, sino que muchos se disponian á seguirle, considerándose muy dichosos por haber hallado la ocasion de conocerle y de confesarle; y luégo que habian visto la resurreccion de Lázaro, aun los más impíos no pudieron seguir en su culpable incredulidad, y corrieron á divulgar por toda la ciudad la portentosa maravilla de que habian sido testigos.

Nada dicen las historias acerca de los sucesos que siguieron á la interesante escena que hemos reproducido, aunque no con los brillantes colores, ni con la descripcion de interesantísimos detalles y episodios á que indudablemente daria lugar.

Sólo podremos añadir á lo expuesto, que la gracia divina impresionó á la multitud, que todos los que allí se hallaron creyeron firmemente en que Jesus era el Mesías anunciado

por los profetas, y que muchos pensaron que despues de este milagro, que ninguno osaria desmentir, quedaria vencida la incredulidad de los escribas y fariseos.

Pero en verdad, en esta parte se engañaron. La popularidad de Jesucristo, que les quitaba su autoridad y su poder, les causó celos, en vez de vencer su incredulidad. Por eso rechazaron el testimonio de la multitud, y encendido más y más su odio implacable contra el Señor, determinaron desde luégo reunirse, para tratar de qué modo podrian acusarle ante los jueces de la ciudad, porque no les quedaban ya argumentos para impugnar su divinidad, y era preciso que muriera afrentosamente.

CAPÍTULO V.

EL MAL APÓSTOL.

Ántes de que Jesucristo saliera de Bethania, determinaron Lázaro y sus hermanas mostrar de alguna manera su gratitud hácia aquel divino Señor, á quien debian tantos y tan señalados beneficios.

Con este motivo le invitaron á que asistiese con sus Apóstoles á un suntuoso banquete, al que asímismo invitaron á los principales personajes de la ciudad, y á los parientes de aquella virtuosa familia.

Aceptó Jesus el convite; y luégo que llegó á la casa de Lázaro, fué recibido por éste y por toda su familia, con todas las demostraciones de sumision y de respeto que podian tributarle.

Desde el momento en que llegó Jesus, Lázaro dejó su asiento, y mandó á sus criados que obedeciesen y sirviesen á su augusto Huésped, no sólo como si El fuese el señor de aquella casa, sino que como á Señor que era de los cielos y de la tierra.

El banquete era magnífico y suntuoso; ningun otro se habia verificado más solemne.

Presidia Jesus, rodeado de sus Apóstoles y discípulos; ha-

llábase á un lado Lázaro, y ocupaban los demas asientos todos los concurrentes, que no se habian sentado á la mesa sin haber demostrado ántes al Señor la veneracion que les inspiraba.

Marta y María le servian, y ésta, al presentarse ante los convidados, lo hizo trayendo un vaso de alabastro lleno de preciosísimo nardo, y llegando al lugar en que se hallaba su santo Protector, se postró humildemente á sus piés, y derramó sobre ellos el bálsamo, enjugándolos despues con sus sedosos cabellos.

La fragancia de aquel bálsamo, no sólo se esparció por la sala del convite, sino por toda la casa.

—¡Bendito seas, Señor! Exclamó llena de alegría. Tú eres el que ha borrado la huella de mis pecados. Tú eres el que me has devuelto á mi querido hermano, despues de cuatro dias que yacia en la tumba. Tú eres el que honras hoy nuestra casa, siendo el Hijo del Eterno Padre. Yo no sé cómo pueda mostrarte esta humilde sierva los sentimientos de gratitud que abriga en su corazon. ¡Bendito seas, Señor, porque tu misericordia y tu bondad son infinitas!

Estas palabras, llenas de sinceridad y fervor, fueron escuchadas con el mayor respeto por la concurrencia, alabando todos y cada uno de los presentes á aquel humilde Maestro cuyas virtudes reconocian.

La familia de Lázaro tenia grandes bienes de fortuna, y en aquel convite, no por ostentacion, sino movidos de los impulsos de su gratitud, procuraron que nada faltase, y que el Señor fuese agasajado con todos los obsequios que acudieron á su imaginacion, pareciéndoles que todo cuanto hicieran seria poco para expresar su amor á un Dios, á quien debian tan inapreciables beneficios.

María Magdalena, movida de este deseo, no creyó excesivo el gasto que la ocasionara la adquisicion del preciosísimo bálsamo con que ungiera los piés de Jesus. No podia emplear mejor sus bienes de fortuna, que dedicándoselos al Señor, cuya generosidad nunca podria igualar.

Mas no faltó en aquel entónces quien se atreviera á murmurar de las acciones de María Magdalena.

Uno de los convidados fué el que, dirigiéndose al que estaba á su lado, exclamó en voz baja:

— ¡Cuánto mejor hubiera sido que ese bálsamo se hubiese vendido! Con su importe, que bien valdrá trescientos denarios, podria haberse socorrido á muchos pobres.

Nadie contestó á esta inoportuna exclamacion, porque todos se hallaban poseidos de la gracia divina, y en todos habian hallado eco las palabras que pronunciara María Magdalena, al arrojarse á los piés de su generoso Bienhechor.

Lo más sensible fué, que aquel que tuvo el atrevimiento de reprobar la accion laudable y justa de María Magdalena, era uno de los Apóstoles de Jesucristo, era Júdas Iscariote.

Y en verdad que no habló movido de un espíritu de ardiente caridad; si así lo hubiese hecho, aun fuera poco oportuno, puesto que no hay tesoros en el mundo que no se deban á Dios, ántes que á las humildes criaturas; pero Júdas mostró interes por el alivio de los pobres, para disfrazar su torpe avaricia y sus cálculos egoistas.

Júdas era el depositario de los cortos caudales que llevaban los Apóstoles, y el encargado de comprar en las ciudades y aldeas los precisos alimentos. Hallábase dominado del espíritu de la avaricia, y era á la par egoista é hipócrita. Habia seguido al Señor con la esperanza de algun medro personal, y con este aliciente aparentó aceptar con viva fe

la doctrina de su divino Maestro, y continuó en su compañía, ocultando bajo una apariencia de virtud sus miras interesadas.

Pero llegó un dia en que el Señor indicó á sus Apóstoles que se acercaba ya la hora del sacrificio. Jesucristo les anunciaba su próxima muerte, y Júdas advertia que despues del tiempo que era llamado Apóstol, no habia conseguido grandes ventajas, y estaba por esto descontento.

Resolvió al fin, puesto que su Maestro iba á morir pronto, no desperdiciar ocasion de lucrarse en todo lo que pudiera; y cuando María Magdalena arrojó el bálsamo á los piés de Jesus, pensó que si ese bálsamo se hubiese vendido para alivio de los necesitados, el importe de esta venta hubiese ingresado en la bolsa donde él llevaba el dinero, y en tal caso se lo hubiera apropiado.

Estos fueron sus pensamientos, y por eso vió con disgusto lo que se atrevió á censurar inconsideradamente.

En esta ocasion, como tal vez en alguna otra, se halló Júdas defraudado en sus mezquinas esperanzas, lo cual produjo en él una infame aversion hácia su Maestro, aversion que en vano hubiera querido ocultar á la penetrante mirada del Señor.

La torpe conducta del mal Apóstol, le hacia vivir inquieto y receloso, hasta el extremo de encontrar una severa reconvencion en las más dulces miradas que le dirigiera el Redentor.

Júdas oia frecuentemente las murmuraciones de los escribas y fariseos, y se inclinaba á dar crédito á estos hombres infames. Con facilidad admitia sus argumentos calumniosos, y á cada momento se veia asaltado por mil dudas y vacilaciones, que nacian de su falta de fe y de su egoismo.

En el convite de Lázaro tomó al fin la determinacion de entregar á su Maestro; pero entónces ocultó su intento, y cuando terminado el banquete todos se despedian muy cortesmente, Júdas caminaba al lado de los Apóstoles, muy preocupado con sus codiciosos pensamientos. Escogitaba los medios de que habia de valerse para llevar á efecto su traicion, y principalmente en decidirse por aquel que más utilidades le ofreciese.

Tales son los principales sucesos que tuvieron lugar en este famoso convite, en que Jesus fué servido con tanto esmero y acatamiento.

No encontramos en los libros santos noticia alguna que nos dé á entender que asistiera á este banquete la Santísima Vírgen. Pero sí es indudable que, en el viaje que hizo Jesus desde Jericó á Bethania, debió acompañarle, puesto que en la última Pascua que celebró el Señor en Jerusalen, estuvo la Vírgen María en la ciudad.

Es de presumir que esta Señora, tan modesta como humilde y santa, no asistiera á las fiestas á que fué invitado su Hijo, bastándola para colmar su alegría los obsequios que á El le tributaran.

Por otra parte, la Estrella preciosa de Nazareth, en este tiempo se hallaba triste y afligida. Sabia que se acercaba la muerte del Redentor, y pensaba ya con horror en los tormentos que iba á sufrir aquel Hijo tan querido. María entónces empezaba á hallarse inquieta, esperando de un momento á otro una nueva fatal que habria de desgarrar su amantísimo corazon.

Esta incertidumbre, esta inquietud de la Madre, era ya el principio de sus crueles dolores.

La inocente María emprendia ya su camino hácia el Cal-

vario, porque tambien para Ella se acercaban los dias del sacrificio.

La traicion que fraguaba el pérfido Júdas, aun ántes de que la pusiera en ejecucion, heria ya en el corazon de la Vírgen, y empezaba á llenarle del más amargo desconsuelo.

Todas las madres presienten muchas veces las desgracias que amenazan á sus queridos hijos.

María, la más cariñosa Madre que ha conocido la humanidad, abrigaba ya esos crueles presentimientos; y como su sensibilidad era tanta, y su amor tan inmenso, por eso era mayor su incertidumbre, y más cruel y angustiosa su melancolía.

CAPÍTULO VI.

EL TRIUNFO DE JESUS.

Betfaje es un arrabal de Jerusalen, que estaba situado al pié del monte llamado de las Olivas. En tiempo de Jesucristo se componia este arrabal de algunas casas bajas y de muchas cercas, donde los judíos tenian huertos muy bien cuidados. Las olivas, higueras y altas y gallardas palmeras, alternaban principalmente entre otros muchos árboles frutales y pequeños arbustos de que el monte estaba poblado.

En aquella parte de la ciudad no habia palacios ni casas de suntuosa apariencia: habitaban el arrabal, labradores, pastores y algunas otras gentes que ejercian oficios muy modestos que se consideraban propios de los siervos y gentes pobres y de baja esfera. En la parte más elevada del monte, veíase el camino de Bethania, el cual siempre estaba frecuentado por los judíos, no sólo de Judea, sino tambien de los pueblos de la Galilea, por ser éste el camino mejor construido, que más ramificaciones tenia, y al que generalmente venian á parar la mayor parte de los que se dirigian á la gran ciudad, que merecia ser llamada la Hija de Sion.

En una mañana muy templada y apacible de la feria segunda, que corresponde al mes de Marzo, veíase mayor concurrencia en el camino de Bethania que la que ordinariamente solia verse. Los vecinos de Betfaje fijaron su atencion, y vieron acercarse en direccion al arrabal á un grupo muy numeroso de judíos.

— ¿Qué gente será aquella? Se preguntaban unos á otros.

— Yo lo sé, contestó un pastor. ¿No sabeis que hace dos dias que estuve en Bethania?

— Sí, ya nos lo has contado; pero nada tiene que ver lo que tú presenciaste, con la gente que viene á Jerusalen.

— Es que yo creo que allí viene Jesucristo, Aquel que resucitó á Lázaro.

— Debemos salir á su encuentro.

— Sí, sí, vamos. ¡Es el Hijo de Dios! Ya nos han dicho que habla como un profeta, y que hace milagros...

. . . . . .

— Madre, dijo una muchacha del arrabal entrando llena de alegría en una casa miserable, ya viene Jesus á nuestra ciudad; vamos á recibirle; llevémosle á nuestro hermanito, porque viene el Hijo de Dios, y El solo es el que puede devolverle la salud.

— Mira, añadió luégo que hubieron salido de la casa, allí por el camino de Bethania viene...

— Corramos á recibirle.

En muy pocos momentos cundió en todo el arrabal la alegre nueva de que Jesucristo llegaba á Jerusalen, y bien pronto supo toda la ciudad con gran regocijo que el Cristo prometido, reconocido ya por sus infinitos milagros, iba á entrar muy pronto en la ciudad.

Pero miéntras estas buenas nuevas se esparcian por los

principales barrios de Jerusalen, Jesucristo llegaba á Betfaje, donde era recibido con las mayores muestras de respeto y de entusiasmo.

Jesus llegaba acompañado de todos sus Apóstoles y de sus discípulos. Venian tambien la Santísima Vírgen María, Marta, María Magdalena, María Cleofé y otras mujeres piadosas, que ordinariamente acompañaban al divino Salvador.

Uniéronse á esta comitiva los aldeanos y labradores de los campos cercanos, y los vecinos del arrabal que salieron á su encuentro.

Jesucristo detúvose al pié del monte de las Olivas, y allí, despues de dirigir la palabra al pueblo, llamó á dos de sus discípulos, y les dijo:

— «Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luégo hallareis atados una asna y un pollino, sobre el que aun no se ha sentado hombre. Desatadles y traédmelos; y si alguno os dijere alguna cosa, le direis que el Señor los ha menester, y al instante los dejará.»

Obedecieron los discípulos á su divino Maestro, é hicieron puntualmente cuanto les habia mandado. Hallaron en el sitio indicado la asna y el pollino, y cuando se acercaron á desatarles, sus dueños, que se hallaban muy cerca, les dijeron:

— ¿Por qué los desatais?

— Porque el Señor los ha menester, respondieron ellos.

Y los dueños entónces no se opusieron, ántes por el contrario, se dieron por muy satisfechos con esta sencilla respuesta, y dejaron á los dos discípulos que se llevaran las dos caballerías.

Aunque en las sagradas escrituras no hallamos comenta-

do este hecho, bien puede presumirse que Jesucristo en aquella ocasion hizo un nuevo milagro, y que aquellos que se presentaron como dueños de la asna y del pollino, fueran ángeles que acudian obedientes á servir á su Dios.

Luégo que los dos discípulos regresaron al sitio donde habia quedado Jesus, cumplido exactamente su mandato, colocaron los Apóstoles sus vestidos sobre la asna y el pollino, é hicieron sentar á su Maestro sucesivamente en la asna y el pollino.

Este misterioso cambio de cabalgaduras no dejaba de tener una significacion que han explicado los expositores.

La asna figuraba la sinagoga de los judíos, que ya de largo tiempo sufria el yugo penoso de la ley de Moisés, y el pollino representaba el pueblo de los gentiles, que habia vivido hasta entónces sin yugo.

San Jerónimo y San Agustin dicen, que el Señor se sentó sobre la asna y sobre el pollino, para significar que los que habian de componer el pueblo de Dios, serian tomados de los judíos y de los gentiles.

Despues que Jesucristo se hubo sentado como hemos dicho, empezaron á caminar nuevamente en direccion al templo santo de Jerusalen.

El pueblo de Israel salió entónces en masa, y lleno del mayor regocijo, á saludar al Hijo de Dios, que tantos portentos habia obrado, y que en aquel entónces le dispensaba la honra de visitarle.

Pocas entradas triunfales, ó mejor dicho, ninguna de las que hicieron los heroes y valerosos caudillos en las ciudades vencidas, fué tan magnífica como la que hizo el Señor en Jerusalen.

Los habitantes de las aldeas circunvecinas se despoblaron

aquel dia, acudiendo todos á rendir tributo al divino Salvador.

Y no sólo los judíos de Jerusalen acudieron llenos de entusiasmo á recibirle, sino que tambien lo hicieron muchos galileos que habian acudido á la ciudad á la celebracion de la Pascua; y hasta los muchos gentiles que habia en ella á la sazon, tomaron parte en las aclamaciones y muestras de regocijo.

«Hosanna,» exclamaba el pueblo en el colmo de su alegría.»

«Bendito el que viene en el nombre del Señor.»

«Bendito el reino de nuestro padre David, el cual viene.»

«Bendito el reino de David que vemos cumplirse en su Hijo y Descendiente que viene en nombre del Señor.»

«Hosanna en las alturas.»

Todos rendian adoracion á Jesucristo. Muchos tendian sus capas en el camino para que sirviesen de alfombras. Otros cortaban ramos de los árboles para adornar con ellos la carrera, y la generalidad de los que salian al encuentro de Jesus, traian en sus manos palmas y ramos de oliva, con los que querian hacer más suntuoso aquel triunfo singularísimo.

Entre la multitud llegaban tambien muchos de los que habian recibido particulares beneficios de la mano de Jesucristo, y éstos repetian mil veces y publicaban aquellos milagros.

El fariseo Nicodemo, que amaba á Jesus y creia en El, acudió tambien con el mayor ardor, y saludaba lleno de gozo á aquel Hombre cuya doctrina sublime habia aceptado con toda la fe y la conviccion de un alma iluminada por los destellos de la divina gracia.

Los Apóstoles, que rodeaban á su Maestro, y tambien sus discípulos, le colmaban de bendiciones, y su entusiasmo excedia al de la multitud.

La Vírgen María, en esta ocasion, sintió una de las mayores alegrías que experimentara en toda su vida. Aquellos honores que un pueblo unánime tributaba á su adorado Hijo, la hacian olvidar sus temores, y entregarse á la inmensa satisfaccion que inundaba de júbilo su alma inocente y generosa.

Caminando entre los víctores y entusiastas aplausos de la multitud; saludado cariñosamente por hombres, mujeres y niños, y gentes de todos estados y condiciones, se acercaba Jesus al templo de Jerusalen.

Pero en medio de tantos aplausos, aun los escribas y fariseos se resistian á dar cabida en sus pechos á los nobles sentimientos que tan sinceramente revelaba la multitud.

Mirábanse unos á otros asombrados, exclamando:

— ¿No veis esto?... Nada adelantamos.

— Hé aquí que todo el mundo se va tras El.

Y alguno que no podia ver en silencio aquel magnífico triunfo, acercándose al Señor le dijo:

— Maestro, reprende á tus discípulos para que callen.

— «Si ellos callaren, les respondió el Señor, clamarán por ellos las piedras.»

La envidia y el despecho de los fariseos, en nada entibiaron la alegría general; ántes por el contrario, las aclamaciones eran mayores, porque cuantos le veian pasar le seguian con el mismo regocijo y expansion, y el ejemplo de los unos movia más y más á los que nuevamente se acercaban á adorar al Hijo de Dios.

¡Oh, cuán grande hubiera sido la alegría de Jesus en

aquel dia, si no hubiera mirado en aquella multitud al mismo pueblo que habia de pedir su muerte muy pronto, y de conducirle bárbaramente á la cumbre del Gólgota!

Las impresiones que como Hombre sintiera el Señor en aquel fausto dia, más que su satisfaccion y su gozo inefable, le hicieron sentir tristeza y compasion hácia el pueblo judío.

El amor á los hombres vivia siempre en su corazon, y se revelaba siempre en sus obras.

Por eso cuando se acercaba á Jerusalen y miraba los dorados adornos del suntuoso templo, las lágrimas se agolparon á sus ojos y corrieron por sus mejillas.

Aquella ciudad desdichada, y aquel pueblo ingrato cuya suerte estaba ya escrita en el misterioso libro del porvenir, inundó de tristura su divino corazon, y le hizo exclamar con desconsolado acento:

—«¡Ah Jerusalen! ¡Si tú reconocieses en este dia las cosas que pueden atraerte la paz!»

«Pero están ocultas ahora á tus ojos, porque dias vendrán sobre tí, en que tus enemigos te rodearán y te estrecharán por todas partes, echarán por tierra tus muros, perecerán á tus manos sus hijos, te convertirán en ruinas, y no dejarán piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visitacion.»

Esta prediccion lastimosa, esta amenaza terrible que hacia derramar tiernas lágrimas de compasion al Hijo del Eterno, no podia ménos de cumplirse, y no pasaron muchos años sin que fuese cumplida tal como la habia profetizado el divino Señor.

Entre aquella muchedumbre que acompañaba á Jesus con tanto gozo, se hallaba el gérmen del mal que se escondia

entre los grupos, como se esconden los venenosos reptiles entre las flores más sencillas y fragantes.

Aquellos hombres impíos y orgullosos que se negaban á reconocerle y que jamas quisieran confesarle, iban apareciendo á medida que el Salvador adelantaba en direccion al templo.

— ¿Quién es Ese? Preguntaban á los que venian al lado de Jesucristo.

— ¿Por qué le haceis un acompañamiento tan majestuoso?

— Este es, decian aquellos, Este es el Jesus de Nazareth (de donde vosotros decís que no puede salir cosa buena).

Llegó Jesus al atrio exterior del templo, y allí dejó su humilde cabalgadura, y allí se dispuso á dirigir la palabra al pueblo, y á exhortarles, como siempre, á que se apartaran del pecado y se moviesen al arrepentimiento y á la penitencia.

En aquel dia la enseñanza divina fué acompañada con infinitos milagros.

Los ciegos, los cojos, los tullidos y enfermos de todas clases, se le acercaban llenos de fe, y á todos les curaba.

Tambien los niños rodearon al Señor, clamando:

— «Hosanna al Hijo de David.»

Y como oyeran los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que hasta los niños le bendecian, llenos de indignacion exclamaron:

— ¿No oyes lo que claman éstos?

— «¿Y no habeis leido nunca vosotros lo que dice el profeta? Les respondió Jesus. *De la boca de los niños y de los que maman, sacaste tu alabanza.*»

Nada pudieron responder los que interpelaran en esta

ocasion al Salvador, y se alejaron avergonzados, dejando lugar á varios gentiles griegos que deseaban ver á Jesus, porque la fama de sus virtudes y de sus milagros les habia movido á seguirle.

Con este afan dirigiéronse al Apóstol Felipe, que era tambien griego, y le dijeron:

— Queremos ver á Jesus.

Lo cual consiguieron por mediacion del Santo Apóstol, quien desde luégo conoció que el fervor de aquellos hombres bien merecia el favor que solicitaban.

La predicacion de Jesucristo duró todo aquel dia. En él hallaron muchos la recompensa de su fe y santo fervor, cuyos frutos saludables sirvieron más tarde para la propagacion de la palabra divina por todas las naciones de la tierra.

CAPÍTULO VII.

LA CASA DE CAIPHÁS.

En una de las principales calles de Jerusalen se ostentaba un magnífico edificio, al que todo el pueblo miraba con respeto, pues era la casa del sumo pontífice Caiphás.

Dos dias ántes de la Pascua (última que celebró Jesucristo), despues que los sacerdotes y levitas habian celebrado en el templo las ceremonias acostumbradas, se dirigian por distintos caminos hácia aquella casa, en la que entraban uno á uno misteriosamente, como si temieran que las gentes se apercibieran de su reunion.

No debia extrañar á nadie que los sacerdotes se reunieran en la casa del sumo pontífice, porque esto solian hacerlo con frecuencia; pero aquella tarde todos temian que el pueblo llegara á sospechar el objeto de la reunion.

Y no sólo eran los sacerdotes y levitas los que entraban en la casa de Caiphás, sino tambien los fariseos y escribas, los cuales, sin duda, habian sido convocados préviamente.

Bien pronto se reunieron los llamados en un salon espacioso que habia en el atrio de aquella casa, y luégo que fueron recibidos por el sumo pontífice y ocuparon sus asientos,

comenzaron á discutir acerca del proyecto que motivaba la celebracion de aquel consejo.

— Ya no podemos dilatar por más tiempo nuestro propósito, decia un fariseo de luenga barba y voz opaca y grave. La multitud sigue á ese Hombre y le victorea por las calles.

— No podemos continuar mano sobre mano, añadió otro personaje de la misma secta, que no tenia paciencia para aguardar á que su amigo concluyera; los milagros de Jesus seducen á las gentes, y sin otra razon ya todos creen en El.

Estas afirmaciones eran tan inexactas como impías, pues ni era cierto que sólo por sus milagros adquiriera prosélitos el divino Maestro, ni tampoco podia decir con verdad que los que se convertian, no tenian más razon que aquellos prodigios que presenciaban.

Y en verdad que, aunque así hubiera sucedido, tampoco habia razon para juzgarlos insuficientes, pues lo más natural era, que aquel ciego que recobrara la vista, y los que se vieran libres de tantas y tan penosas enfermedades, creyeran sin más razones en Aquel que tan señalados beneficios les dispensara.

Pero la envidia y la mentira perturbaba los sentidos de aquellos hombres, y se hallaban predispuestos á admitir y consagrar los mayores absurdos, con tal de satisfacer las infames pasiones de que se hallaban poseidos.

Levantóse un doctor de la ley, y despues de manifestar con afectado comedimiento que él sólo dirigia la palabra á aquella concurrencia porque deseaba el mayor bien para su patria, añadió estas reflexiones:

— Si dejamos que Jesus siga predicando y haciendo milagros, todos creerán en El, y nadie ya hará caso de nosotros. La ley que expliquemos al pueblo será menosprecia-

da, y la perturbacion será grande. Ademas de esto, segun el favor que le otorga el pueblo, no será difícil que muy pronto le veamos en Jerusalen ceñido con la corona real; y si esto sucede ¿qué harán los romanos al saber que nos hemos rebelado? Sin duda alguna volverán contra nosotros sus armas, y nuestra ciudad y nuestra nacion será vencida y arruinada.

Todos los concurrentes, al oir el discurso de aquel doctor hipócrita y envidioso, hicieron demostraciones de asentimiento, produciendo un murmullo general.

Parece imposible que aquellos hombres que esperaban la venida al mundo de un Mesías que habia de restituirles su antigua libertad, se olvidaran en aquella ocasion de las profecías, y sólo pensaran en su prestigio y autoridad.

Y por cierto que en vez de procurar el bien del pueblo, conspiraban para prevenir su ruina y completa desolacion.

— Es preciso que ese Hombre muera, dijo uno de los congregados con insensata energía.

Caiphás, que por su edad y madurez parecia hombre juicioso y recto, añadió entónces:

— Pudiera suceder que Jesus fuese un Hombre justo: yo concedo que esto sea así (la concesion era sacrílega por más que en ella se afirme lo que era cierto); pero aunque así sea, prosiguió, mejor es que muera un Hombre inocente por el pueblo, y no que toda la nacion perezca.

Caiphás debia saber que no es lícito hacer un mal, para que de él se siga algun bien. A la justicia humana sólo la corresponde obrar conforme á la ley suprema, dejando al cielo las consecuencias que puedan resultar.

Pero todas las razones que unos y otros aducian, no eran sino pretestos para justificar y disfrazar el odio que tenian

al Señor, y la avaricia y el egoismo que les irritaba, hasta el extremo de conspirar para que se cometiera un infame atentado.

Aceptaron todos sin escrúpulo, los que componian el consejo, las razones de Caiphás, y desde luégo decretaron la muerte de Jesucristo; pero les faltaba hallar los medios de prenderle, y no estaban conformes en el dia en que habia de verificarse la prision de Jesus, ni hallaban un buen pretesto para condenarle á muerte y hacer que la sentencia fuese confirmada por el magistrado romano.

— Yo creo, dijo el escriba que habia hablado anteriormente, que no debemos perder tiempo, y que le hagamos morir ántes de la Pascua.

— Esto no será posible, dijo Caiphás; el plazo es demasiado corto, porque hoy es mártes, y hasta el primer dia de la Pascua sólo nos quedan dos dias para apoderarnos de El, condenarle y hacer que se ejecute la sentencia. Ademas, en tiempo de Pascua no permitirá el magistrado que se conduzca á un reo al suplicio.

— No es posible tan pronto, añadió uno de los concurrentes; debemos considerar que el pueblo ama á Jesus, que en esta época está la ciudad llena de forasteros que se sublevarian y nos le arrebatarian de las manos. Esperemos á que pase la Pascua.

— No, no, gritaron todos; busquémosle, y procuremos su muerte con la mayor diligencia.

Calló el que habia procurado dilatar la ejecucion de aquel proyecto infame, y desde entónces sólo se ocupó el consejo en buscar los medios de vencer muchas dificultades que se oponian á sus deseos.

La discusion continuaba sin interrumpirse, á pesar de que

la noche habia ya llegado. Por el pronto la primera dificultad que se les presentaba, era la que tenian para prender á Jesus. Despues de su entrada en Jerusalen no se le veia en la ciudad, y esta circunstancia les ponia en la necesidad de buscarle sin dilacion alguna.

Mas sucedió, que cuando más embebidos estaban los enemigos del Señor en sus reflexiones y razonamientos, un esclavo de Caiphás vino á decirle, que un hombre encubierto y desconocido queria hablar á los que se hallaban en el consejo.

Esta noticia al pronto le causó algun sobresalto; mas luégo que se repuso, dió permiso para que aquel hombre entrase en la sala.

Partió el siervo á cumplir el mandato del sumo pontífice, y pocos momentos despues vió entrar á un hombre de mediana estatura, torba mirada, y barba y cabellos rubios.

Dirigió Caiphás una mirada investigadora al recien venido, y lo mismo hicieron los que con él estaban; pero cuál seria el asombro de todos al ver aparecer entre los congregados á uno de los discípulos de Jesus.

Guardaron silencio hasta conocer el objeto de su venida, y Caiphás, entónces, le preguntó con severidad:

—¿Qué es lo que quieres?

El Apóstol, que no era otro que Júdas Iscariote, se adelantó resueltamente y dijo con descaro:

—Sé que aborreceis á mi Maestro, y que deseais su muerte.

Estas palabras hicieron palidecer á los que allí estaban. ¿Por ventura, aquel hombre vendria á deshacer sus planes? Alguno temió ya la ira del pueblo y se consideró en un gran peligro.

Y como entre todos no hubiese uno solo que se atreviese á confirmar las palabras de Júdas, éste continuó:

—Vengo á favorecer vuestros proyectos, si me ofreceis una recompensa.

El miedo que habian experimentado los cobardes é infames conspiradores, trocóse en alegría y en admiracion.

La llegada de Júdas no podia haber sido para ellos más oportuna.

Pero era Satanás el que les ayudaba á consumar el más horrendo crímen, apoderándose del espíritu del pérfido Apóstol.

Caiphás, entónces, tomó la palabra, y dirigiéndose á Júdas le dijo:

—Dinos de qué modo favorecerás nuestros proyectos.

—Entregándoos á mi Maestro.

—¿Y cuál es la recompensa que nos pides?

—Decidme vosotros cuánto me ofreceis por este servicio.

Caiphás no meditó bien la cantidad que debia ofrecerle, y desde luégo dijo:

—Te daremos treinta siclos de plata[1].

Júdas, cuya avaricia ponia alas á su traicion, tampoco se detuvo á meditar que aun le hubieran entregado mayor cantidad, si él no se hubiese apresurado á aceptar los treinta siclos.

—Dadme esas treinta monedas, y yo os le entregaré.

—Pero es preciso que sea pronto.

—Sí, respondió Júdas; yo os avisaré cuando llegue la ocasion.

Pocas palabras mediaron despues de este concierto, con

[1] Esta suma, segun unos, valdria sesenta reales, y segun otros, doscientos treinta y seis y medio.

el cual se disolvió por entónces el consejo, quedando todos convenidos en no dilatar la muerte del Salvador.

Envolvióse Júdas en su manto, salió de la casa de Caiphás sin ser visto de nadie, y se dirigió á su posada, reflexionando que hubiera podido exigir á los escribas y fariseos mayor cantidad que la que habia aceptado.

Verdaderamente, el precio convenido era bien despreciable, puesto que treinta siclos era lo que solia pagarse para la compra de un esclavo.

Satanás iba en compañía del mal Apóstol, y por eso en vez de considerar la maldad infame que iba á cometer, sólo pensaba en consumarla. Para esto debia buscar una ocasion en que su Maestro estuviese solo, y si fuera posible, en un lugar cercano á la ciudad.

Todavía no le asaltaron remordimientos, ni escrúpulos de ninguna clase; ántes por el contrario, olvidándose de la sabiduría del Señor y de su poder, pensó en la impunidad y el placer que le habia de proporcionar la cobranza de aquellas maldecidas monedas en que habia apreciado al Hijo de Dios.

¡Ah desdichado Judas, con cuánta rapidez te dejas arrebatar por los interesados consejos de tu codicia! ¡Satanás que ahora te lisonjea, bien pronto te abandonará en brazos de tus crueles remordimientos, y entónces la maldicion del cielo habrá caido sobre tu cabeza!

Al dia siguiente volvió el traidor al lado de Jesucristo, sin manifestarse turbado ni pesaroso. Como los Apóstoles habian pasado cada uno la noche en su hospedaje, no advirtieron la ausencia de Júdas.

Jesucristo tampoco manifestó la menor sospecha, por lo cual Júdas no tuvo ocasion de inmutarse ante la presencia de su Maestro.

LIBRO DÉCIMO.

LA PASCUA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA SAGRADA CENA.

Llegó el dia de la celebracion de la Pascua: ésta empezaba para los galileos el juéves á las tres de la tarde, y para los judíos el viérnes á la misma hora.

Como Jesus se habia criado en Nazareth y habia residido mucho tiempo en Cafarnaum, solia celebrar la fiesta entre los galileos, por cuya razon, habiéndole preguntado sus discípulos que dónde queria que celebraran la Pascua,

—«Id á la ciudad, dijo á dos de sus discípulos, y encontrareis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y donde quiera que entrare decid al dueño de la casa: Esto dice el Maestro: —¿Dónde he de tomar mi alimento? ¿Dónde comeré la Pascua con mis discípulos? Mi tiempo está cerca. En tu casa voy á celebrar la Pascua con mis discípulos.— Entónces os mostrará un cenáculo grande y adornado. Preparad allí para celebrar nosotros la Pascua.»

Cumplieron los discípulos del Señor las órdenes que Este les habia dado, sin que dejara de suceder ninguno de los

detalles que les anunciara; y teniendo ya cenáculo, fueron al templo á preparar la celebracion de la Pascua, hicieron sacrificar las víctimas ordinarias, compraron las lechugas agrestes, los panes ázimos y el vino; trajeron despues el cordero pascual, le hicieron asar, y volvieron á decir á su Maestro que todo quedaba ya dispuesto.

La ley sagrada disponia que se comenzasen las ceremonias de la celebracion de la Pascua, una hora despues de puesto el sol; y cuando así sucedió en la tarde del juéves, entraron en el cenáculo Jesus y sus doce Apóstoles.

En aquellos tiempos no era ya costumbre la observancia del rito que mandaba que los israelitas comieran de pié, ceñidos sus cíngulos, en traje de caminantes y con los báculos en las manos; por esto se sentaron todos á la sagrada mesa, rodeando á Jesus, á quien consideraban como Padre de aquella familia.

Comenzó la cena, sin que en su principio hicieran otras ceremonias que las que se acostumbraban en aquel dia. Pero era aquella la última Pascua que celebraba el Salvador, era tambien el último alimento que tomaba en su vida mortal, y por esto aquella noche habian de tener lugar en el cenáculo muy prodigiosos sucesos, cuyo recuerdo dura y durará eternamente, no sólo para consuelo de los hombres, sino para admiracion del cielo y gloria de Jesus.

Estando ya comiendo, el divino Señor dijo á sus discípulos, con el acento de dulzura y de bondad que era el sello característico de todas sus palabras:

—«He deseado comer con vosotros esta Pascua, porque os aseguro que no comeré más de ella hasta que la coma en el reino de Dios.»

Y llenando un cáliz de vino, despues de haber dado gra-

cias al Eterno Padre, le presentó á sus discípulos, diciendo:

— «Tomad este cáliz y bebed entre vosotros, porque tambien os aseguro que no beberé más del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios.»

Escuchaban los Apóstoles respetuosamente las cariñosas palabras de su Maestro; pero cuando más satisfechos se hallaban considerando cuánta era la bondad de Jesus y cuán grande el afecto que les profesaba, oyeron con sorpresa que les dijo:

— «Os aseguro que uno de vosotros que come conmigo me ha de entregar.»

Miráronse entónces los Apóstoles unos á otros llenos de consternacion, y preguntaron cada uno:

— Señor, ¿soy yo?

Y Jesus respondió:

— «El que mete conmigo la mano en el plato, ese es el que me va á entregar, y el Hijo del hombre va (á morir) segun está definido y escrito; pero ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre! ¡Bueno le fuera á aquel hombre si nunca hubiera nacido!»

Los Apóstoles se preguntaban unos á otros, quién de ellos podria ser el que cometiese un delito tan atroz, pues aunque su divino Maestro les habia dicho que Apóstol traidor era «el que mete conmigo la mano en el plato,» no por esto comprendieron á quién pudiera referirse, porque todos ellos en aquel entónces comian al mismo tiempo que el Señor, tomando el alimento del mismo plato.

La misericordia del Salvador quiso manifestar á Júdas que conocia su traicion, y moverle al arrepentimiento, y por esto no delató al que habia de entregarle.

Pero Júdas, á quien no aprovechaban advertencias ni

amonestaciones, imitó con descaro á sus hermanos, y con la mayor osadía preguntó á su Maestro:

— Señor, ¿acaso soy yo?

Quiso averiguar si su traicion le era ó no conocida; mas bien pronto recibió esta terrible respuesta:

— Tú lo has dicho.

Pero es indudable que esta declaracion de Jesus no fué oida por los demas Apóstoles.

Despues que pronunció aquellas palabras, quedóse el divino Salvador profundamente abstraido, y sus discípulos guardaron silencio, no atreviéndose á distraer la meditacion á que le veian entregado. Jesus consideraba entónces que llegaba la hora de su muerte, que iba á separarse de la Iglesia, su esposa, y que no queria abandonarla. Era necesario hallar un medio sublime que nos dejara para siempre entre nosotros la presencia divina de nuestro Redentor.

Con este fin pensó entónces en la institucion del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, sagrado testimonio del amor que Jesus profesaba y profesa á los hombres, pues no bastando á su infinita bondad el cruel sacrificio de que iba á ser la inocente Víctima, aun quiso dejarnos el alimento espiritual que perpetuaba su sacrificio.

Mas ántes de proceder á la institucion del siempre venerable Sacramento de la Eucaristía, quiso dar á sus discípulos nuevas lecciones de la más admirable humildad.

Y levantándose de la mesa, dejó su manto, tomó una tohalla, que se ciñó á la cintura, y echando despues agua en una vacía, se dispuso á lavar los piés á sus discípulos y á limpiarlos con el lienzo que se habia ceñido.

Admirado Pedro de la inesperada resolucion de su que-

rido Maestro, y como observase que él iba á ser el primero á quien se dirigia para lavarle los piés,

— «¡Qué, Señor, exclamó, quereis Vos lavarme á mí los piés!»

— «Lo que yo hago, respondió Jesus, tú no lo sabes ahora; ya lo sabrás despues.»

— «No, Señor, replicó Pedro, yo jamas permitiré que Vos me laveis los piés.»

— «Pues si no te lavare, le dijo Jesucristo, no tendrás parte conmigo.»

— «Entónces, respondió Pedro temeroso de perder los bienes espirituales que le prometia su calidad de Apóstol, y mucho más asustado ante la idea de perder el cariño de su Maestro, entónces lavadme, Señor, no solamente los piés, sino tambien las manos y la cabeza.»

— «El que está lavado, no necesita sino que le laven los piés, pues está todo limpio, y vosotros estais limpios, aunque no todos.»

Júdas se estremeció al oir aquellas palabras de su Maestro; pero á pesar de esto no le aprovechó el aviso. Satanás no le habia abandonado.

Y fué tanta la osadía del mal Apóstol, que miró á Jesus tranquilamente; y cuando le llegó su vez, se dejó lavar los piés, sin manifestar turbacion, ni dar señal alguna de pesar ni de arrepentimiento.

Luégo que se terminó el lavatorio, dejó el Señor el lienzo, volvió á tomar su manto y se sentó otra vez á la mesa, indicando á sus discípulos que ocuparan de nuevo sus asientos.

— «Bien veis, les dijo, lo que he hecho Yo con vosotros. Vosotros me llamais Señor y Maestro, y decis bien, porque

lo soy; pues si yo siendo vuestro Señor y Maestro os he lavado los piés, tambien vosotros debeis lavaros los piés los unos á los otros; porque ejemplo os he dado, para que como Yo he hecho con vosotros, así tambien lo hagais vosotros. En verdad, en verdad os digo: el Siervo no es mayor que su Señor, ni el Enviado mayor que el que le envia. Si entendiéreis bien esto y lo hiciéreis, sereis bienaventurados. No lo digo por vosotros, Yo sé los que he elegido, sino para que se cumpla la Escritura, que dice: El que come pan conmigo, levantará contra Mí su talon. Desde ahora os lo digo ántes que suceda, para que cuando sucediere, creais que Yo soy (el Mesías prometido). En verdad, en verdad os digo: el que recibe al que Yo enviare, á Mí me recibe; y el que á Mí me recibe, recibe á Aquel que me ha enviado.»

Con estas sublimes lecciones preparó el ánimo de los Apóstoles, al divino banquete que despues de la cena les iba á dar. Pero al mismo tiempo que el Salvador se gozaba en el inmenso bien que iba á conceder á su Iglesia, dejándola su cuerpo y sangre para que fuese alimento de las almas, no podia ménos de considerar con inmenso dolor que iba á entregar este celestial alimento á muchos hombres sacrílegos, que habian de acudir á su sagrada mesa para ultrajarle con la más negra y odiosa ingratitud.

En aquel mismo instante veia á Júdas sentado á ella, dispuesto á recibir su sagrado cuerpo, no sólo sin hallarse purificado con las aguas de la penitencia, y limpio de toda mancha, sino cuando estaba dispuesto á cometer la más enorme maldad que cometieran los nacidos; por eso se detuvo y exclamó:

—«En verdad os digo, Apóstoles mios, que uno de vosotros me ha de entregar.»

Pedro, que oyó por tercera vez esta amarga queja que brotaba de los divinos labios del Señor, no pudo contener su enojo, y hubiera deseado saber quién era aquel hombre infame para arrojarle de allí, si no se le permitia castigarle.

Por el carácter de superioridad que tenia entre los Apóstoles, se creyó con la obligacion de averiguar quién fuese aquel perverso á quien aludia el Señor; pero como comprendiera que Este no queria revelar su nombre, hizo una seña á Juan que estaba sentado á la izquierda de Jesus, confiando en que si éste le hacia la pregunta, no le seria negada la respuesta, considerando que Juan era el discípulo muy amado del Salvador.

Determinóse Juan á preguntarle, quien era el Apóstol que habia de entregarle, y no fueron sus esperanzas defraudadas, pues el Señor entónces le dijo:

— Aquel á quien yo alargare un poco de pan mojado, ese es.

Y habiendo mojado el pan, se le presentó á Júdas Iscariote.

Creian los Apóstoles que terminadas las ceremonias de la cena, Jesus se levantaria de la mesa, y les conduciria donde su divina voluntad quisiera; pero ignoraban que tenian que recibir un inapreciable beneficio de las manos sacratísimas de su Maestro.

Entónces fué cuando tomó Jesus un pan ácimo de los que se comian en los dias de la Pascua, lo bendijo despues de haber dado las gracias al Eterno Padre, y partiéndole se lo dió á sus discípulos, y les dijo:

— «Tomad y comed. Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de Mí.»

Tomó despues un cáliz, dió tambien gracias, y ofreciéndosele á sus discípulos, les dijo:

— «Bebed todos de él, porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por muchos, en remision de los pecados. Cuantas veces hiciéreis esto, hacedlo en memoria de Mí.»

De esta manera llevó á efecto Jesus la institucion del Santísimo Sacramento del Altar, y no sólo hizo con su divina palabra que aquel pan y aquel vino quedaran convertidos en su santísimo cuerpo, y en su preciosísima sangre, sino que concedió á sus Apóstoles el poder para que en la misma forma y en su memoria, consagrasen cuantas veces quisieran su cuerpo y sangre preciosísima. Este Santo Sacramento habia de ser alimento espiritual, fuente de la gracia, y el más precioso tesoro que Jesus legaba á su Iglesia, obligándose voluntariamente, por sólo su amor hácia los hombres, á vivir entre nosotros, honrándonos con su divina presencia hasta la consumacion de los siglos; porque es de fe que se acabará el mundo, cuando falte esta Hostia inmaculada, y cese este divino sacrificio.

Con la institucion celestial del Santísimo Sacramento, y otras exhortaciones que hizo Jesus á sus discípulos, terminó esta memorable cena, en la que la humanidad empezó á gozar del más inmenso de los beneficios que la otorgó el Cordero de Dios, que descendió al mundo á traernos la ley de gracia, y morir en una cruz para redimir nuestros pecados.

CAPÍTULO II.

EL HUERTO DE GETHSEMANÍ.

Al pié del monte Olivete, y en un hermoso valle que le separa de la ciudad de Jerusalen, todavía contemplan los viajeros de la Tierra Santa el lugar donde existió el tristemente famoso huerto de Gethsemaní, donde empezaron los amargos y crueles sufrimientos del Salvador.

Aun existen en aquel sitio ocho olivos, venerables por su corpulencia y antigüedad: algunos historiadores atribuyen la plantacion de estos árboles á la época en que Jesucristo acudia á orar á aquel huerto, aunque segun Josefo, la plantacion debió hacerse mucho tiempo despues, puesto que Tito, en el desastroso cerco de Jerusalen, hizo cortar todos los árboles que existian á los alrededores de la ciudad.

Pero sean ó no de tiempos más ó ménos remotos, parece indudable que en la época de Jesucristo, el huerto de Gethsemaní estaba muy poblado de olivas, palmas y otros árboles frutales, lo mismo que otros contiguos á él que embellecian aquel valle, siempre verde y florido.

A este valle se dirigió Jesucristo acabada que fué la sa-

grada cena, con el objeto de orar y prepararse para padecer los tormentos que le aguardaban.

Seguíanle sus Apóstoles, aunque no todos, pues siendo doce los elegidos, en aquella ocasion sólo iban once con el Señor.

El pérfido Júdas, favorecido por la oscuridad de la noche, acudió á cumplir su infame propósito. De nada le sirvieron las advertencias de su Maestro, advertencias que á otro hombre ménos perverso, le hubieran detenido en el camino de un crímen tan enorme.

Pero Júdas, por el contrario, sintiendo en el alma las palabras que con tanto dolor le dirigiera su Maestro, pensó que era necesario librarse de aquel Hombre, cuyas advertencias le causarian á cada paso el más cruel remordimiento; y ciego por su codicia, y obstinado en seguir por la senda que le presentaba el espíritu maligno, acudió á avisar á los enemigos de Jesus, para que su traicion se consumara pronto.

Miéntras tanto, el Salvador adelantaba lentamente el camino que conducia al huerto de Gethsemaní, poseido de la mayor tristeza.

Nunca su naturaleza humana se sintió más agobiada por la flaqueza y por la amargura, y por lo tanto nunca tuvo Jesucristo que emplear mayor valor y fuerza para vencerla y cumplir la voluntad del Eterno Padre.

Pero esta flaqueza humana la veia tambien en sus amados discípulos, y consideraba que, aunque éstos le amaban muy sinceramente, no tendrian valor para seguirle en los momentos supremos. El buen Pastor veia ya disperso su rebaño.

—«Todos vosotros, dijo á sus Apóstoles, padecereis es-

cándalo en Mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas. Mas despues que resucitare iré delante de vosotros á la Galilea.»

Pedro amaba tanto á su Maestro, que le parecia imposible que llegara á suceder lo que se le anunciaba, y por eso contestó resueltamente:

— «Aunque todos se escandalizaran en Tí, yo nunca me escandalizaré.»

Mas no era tan perfecto el espíritu de caridad que animaba á Pedro, ni era tanto que bastara á quitarle el temor de los peligros; el generoso discípulo creia tener el valor que deseaba. Por esto Jesus, que nada ignoraba, le dijo:

— «En verdad te digo, que esta noche ántes que cante el gallo me negarás tres veces.»

Todavía insistió Pedro, movido por los impulsos de su amor y de su fidelidad.

— «Aunque sea menester morir yo contigo, no te negaré.»

Y todos los demas Apóstoles dijeron lo mismo.

Seguia Jesucristo recibiendo muestras de cariño de sus discípulos, cuando llegaron al torrente Cedron, que era necesario pasar para entrar en el huerto de Gethsemaní. Y luégo que hubieron pasado el torrente, el Señor les preguntó:

— «Cuando os envié sin bolsa y sin alforja, y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?»

— «Nada,» respondieron aquellos.

— «Pues ahora quien tiene bolsa, tómela, y tambien alforja; y el que no la tiene, venda su túnica y compre espada.»

Quiso decirles Jesus que iban á entrar en un tiempo de prueba, en que serian aborrecidos y objeto de enconosas

persecuciones, y que para prevenirse contra los trabajos y peligros que les aguardaban, debian, como en tiempo de guerra, proveerse de dinero y víveres, y que vendieran sus vestidos para comprar armas para la defensa.

Mas los Apóstoles, que no comprendieron el lenguaje figurado en que les hablaba su Maestro, y que le interpretaron literalmente, le respondieron:

— «Señor, hé aquí dos espadas.»

Y Jesucristo, que vió cuán mal le habian comprendido, no quiso detenerse en más largas explicaciones, y sólo les dijo:

— «Basta.»

Como si dijera: dejemos esto, la experiencia os mostrará lo que ahora no entendeis.

Llegaron al huerto, y dirigiéndose entónces á sus discípulos,

— «Orad, les dijo, para que no caigais en tentacion, y quedaos aquí hasta que Yo vaya allí y ore.»

Y llevando consigo á Pedro, Santiago y Juan, se internó con ellos en el huerto y se puso en oracion.

Pero Jesus empezaba á sentirse dominado de una profunda tristeza.

— «Mi alma está sumergida en una tristeza de muerte. Estaos aquí y velad conmigo.»

Y apartándose de ellos como un tiro de piedra, volvió á ponerse en oracion, postrándose en tierra y en actitud humilde y suplicante.

En aquellos momentos presentábanse á la consideracion de Jesus los horribles tormentos que iba á padecer; acordábase de su Santísima Madre, de sus discípulos y de su pueblo. El temor y la congoja embargaban su espíritu y le

infundian una inquietud que El, obediente siempre á la voluntad del Eterno Padre, debia vencer y dominar.

— «Padre mio, exclamó, todas las cosas os son posibles: haced que pase de Mí este cáliz; mas no se haga como Yo quiero, sino como Vos querais.»

Poseido de aquella inquietud, volvió á donde habia dejado á sus discípulos, y hallándolos dormidos, dijo á Pedro:

— «¿Así no habeis podido velar una hora conmigo?» «Velad y orad, porque no entreis en tentacion.» «El espíritu, en verdad, está pronto; pero la carne está enferma.»

Volvió entónces Jesus á retirarse, y oró segunda vez diciendo:

— «¡Padre mio! Si no puede pasar este cáliz sin que Yo le beba, hágase vuestra voluntad.»

Otra vez volvió al sitio en que dejara á sus discípulos; pero tambien les halló durmiendo, porque sus ojos estaban poseidos de la tristeza.

No les reprendió entónces, limitándose á despertarles, y otra vez se apartó de ellos para volverse á orar, pidiendo á su Padre que le consolara en aquellos angustiosos instantes.

Tan fervorosa súplica hecha por la Inocencia suma, no podia ser desatendida por el Eterno. Por esto cuando el Señor yacia postrado humildemente y oraba con el mayor fervor, teniendo su divino rostro pegado á la tierra y bañado en un copioso sudor de sangre, presentóse á su vista un ángel hermoso, emisario celestial de consuelo que venia á confortar su atribulado espíritu.

Mas no le consoló con la esperanza de ser dispensado de los suplicios horrorosos que sus enemigos le preparaban, sino inspirándole la conformidad que pedia y el heróico va-

lor que necesitaba para obedecer los designios del Altísimo.

Jesucristo en aquella noche, al paso que nos demostró las flaquezas á que se hallaba sujeta la naturaleza humana, nos dió un ejemplo sublime para vencerlas por medio de la oracion fervorosa que hizo, enseñándonos á pedir y esperar la proteccion del cielo, no para evitarnos las tentaciones que nos asaltan, sino para combatirlas con valor y vencerlas con el divino auxilio.

Por eso decia: «Hágase, Señor, vuestra santísima voluntad, y no como quiero Yo, sino como Vos querais».

En sus palabras y en sus ruegos nos enseña que, si bien el hombre debe evitar los peligros y aflicciones que puedan entibiar su fe, cuando estas aflicciones son enviadas para probar su fervor y perseverancia, no debe pedir que les releve de ellas, sino que le dé fortaleza para sobrellevarlas, porque siempre resulta mayor gloria en favor del que las vence, y sobre todo, porque en todas las oraciones debe de decir el hombre imitando á Jesucristo:

«Señor, hágase tu voluntad.»

CAPÍTULO III.

«DIOS TE GUARDE, MAESTRO.»

Era la noche oscura.

Jerusalen yacia entregada al descanso; sus habitantes duermen, y nadie turba el sepulcral silencio que reina dentro de sus muros y en los valles y aldeas circunvecinas.

Sin embargo, un sordo rumor se percibe, como si por alguna de las estrechas calles de la ciudad cruzara un grupo numeroso de gentes. En algunos edificios se advierte un rojizo resplandor que va pasando de unos en otros y acercándose á el arrabal más próximo al valle famoso de Josafat.

Por último, las puertas de la ciudad se abren misteriosamente. El resplandor de algunas antorchas esparce su luz por aquel contorno, y dejan ver á una multitud de gentes armadas con espadas y varas.

Una cohorte ó legion de soldados les sigue, y todos se adelantan silenciosamente guiados por un judío, cuya siniestra fisonomía apénas puede verse á la vaga luz de las chispeantes antorchas.

—¿Dónde dices que le hemos de hallar? Le preguntó uno de los hombres que marchaban entre los primeros.

—Sin duda le hallaremos en el huerto de Gethsemaní,

donde otras noches suele venir á orar. Seguidme vosotros, pero no vengais muy cerca de mí, porque seria posible que se nos escapara. Conviene, añadió, que al verme no crea que vengo con vosotros.

— ¿Y cómo le hemos de conocer? Preguntaron algunos.

— Aquel á quien yo diere un ósculo de paz, Aquel es el que buscais.

— Pues sigamos adelante y no hagamos ruido.

El malvado Júdas acudia ciegamente á cometer la mayor iniquidad que han conocido y conocerán las generaciones. Iba á entregar á su Maestro, y para este fin marchaba acompañado de aquella multitud, y sirviendo tambien de guia á algunos de los príncipes de los sacerdotes, magistrados del templo y ancianos del pueblo. Eran éstos los que habian declamado con más encono contra Jesus en el consejo que celebraran en la casa de Caiphás.

¿Mas para qué acudia tanta gente para prender á Jesus? ¿Por ventura no sabia el Apóstol traidor que toda aquella fuerza armada seria inútil si Jesus quisiera defenderse y huir? ¿No habia visto Júdas á su Señor en mayores peligros? ¿No sabia que el furor de las tempestades se aplacaba obediente á su divina palabra? ¿No le habia visto evadirse del furor de los nazarenos cuando quisieron despeñarle? ¿No sabia, en fin, cuán inmenso era el poder de su Maestro?

Pero su avaricia y su maldad le desviaban de todo buen juicio, haciéndole olvidar los prodigios que en tantas ocasiones habia presenciado.

Por el órden que queda dicho, cruzó la turba el valle de Josafat, y cruzaron el torrente Cedron, empezando á subir cautelosamente la pendiente que conducia al huerto donde oraba Jesucristo.

Miéntras tanto, el divino Señor se sintió confortado con la presencia del ángel, y habiendo cesado ya el copioso sudor de sangre que brotara de su sacratísimo cuerpo, se levantó del sitio donde oraba, y volvió á buscar á sus discípulos, que á la sazon ya estaban todos reunidos.

— «Levantaos y orad, les dijo, para que no entreis en tentacion. Se acercó la hora en que el Hijo del Hombre será entregado en las manos de los pecadores.» «Ya llega el que me ha de entregar.»

Aun no habia terminado el Señor estas palabras, cuando apareció Júdas Iscariote delante de la turba que habia guiado, y llegando al encuentro de Jesus, imprimió en su frente sus inmundos labios, diciéndole:

— «Dios te guarde, Maestro.»

— «¿A qué has venido?» Le preguntó el Señor.

Y con acento cariñoso y compasivo añadió:

— «¡Con un beso entregas al Hijo del Hombre!»

Esta reprension dulce y amorosa, en aquel instante crítico en que Júdas consumaba su crímen, hubiera conmovido á cualquier pecador ménos perverso; pero el mal Apóstol, una vez lanzado en la pendiente del pecado, no quiso retroceder, y se precipitó rápidamente al abismo.

— «¿A quién buscais?» Preguntó el Señor á la multitud.

— «A Jesus Nazareno,» le respondieron.

— «Pues Yo soy.»

Al pronunciar Jesus estas palabras, como si la ira divina hubiese querido enviarles una terrible amenaza, todos retrocedieron instintivamente, y cayeron en tierra unos sobre otros.

Despues de un acontecimiento tan extraño, todos debieron humillarse ante el poder de Jesus, reconocerle como

Hijo del Eterno Padre, y pedirle el perdon de sus horribles pecados.

Mas éstos se hallaban poseidos del mismo espíritu que conducia á Júdas á la presencia de Jesus, y si bien sintieron en el primer momento la sorpresa que era natural, en vista de un suceso tan singular, bien pronto volvieron á levantarse, decididos con más encono á llevar á cabo su intento.

— «¿A quién buscais?» Volvió á preguntarles Jesus, como si les quisiera dar tiempo para que reflexionaran su maldad y se movieran al arrepentimiento; pero ellos respondieron con grandes voces:

— «A Jesus Nazareno.»

— «Pues ya os he dicho que Yo soy. Y puesto que es á Mí á quien buscais, dejad á éstos (y señaló á sus discípulos) que se vayan libres.»

Los Apóstoles entónces, como vieran que se trataba de prender á su querido Maestro, se interpusieron con ademan hostil, resueltos á defenderle, cumpliendo las protestas de fidelidad y amor que le habian hecho aquella misma noche.

— ¿Qué hacemos? Le preguntaron. ¿Herimos con la espada?

Y Pedro, con aquella vivacidad y celo que le distinguia, sin esperar la respuesta, blandió su espada, y la dejó caer sobre la cabeza de uno de aquellos hombres, que se adelantaba á asir con sus sacrílegas manos al Salvador.

Era éste un criado de Caiphás, llamado Malco, hombre desalmado y cruel, que gozaba en todas aquellas ocasiones en que encontraba una víctima á quien maltratar.

La espada de Pedro al descender ladeóse un poco, y cortó una oreja al infame criado.

Pero Jesus, que nunca quiso que padeciesen sus enemigos, y no sancionó el celo indiscreto de su Apóstol, otorgó al herido un beneficio bien inesperado y maravilloso, tomando su oreja y colocándosela á Malco en el lugar que la tenia, curándole instantáneamente sin que le quedara el menor dolor.

En esta ocasion nos enseñó cómo debemos portarnos con los que nos ofenden, sancionando con tan admirable ejemplo, lo que ántes nos habia enseñado con su palabra.

—«Pedro, dijo á su discípulo, vuelve la espada á su vaina; porque todo el que matare á espada, á espada morirá. ¿Piensas acaso que no puedo Yo rogar á mi Padre, y me enviará más de doce legiones de ángeles que me defiendan?»

—No trateis de impedir su intento, añadió. Porque «entónces, ¡cómo se cumplirán las Escrituras, que dicen: que conviene que así se haga! Esto es: que Yo padezca... ¡Qué!... ¡El cáliz que me presentó mi Padre, no le beberé!... Dejad, dejad que se acerque esa gente.»

Separáronse entónces á un lado los Apóstoles, y las tropas que venian á prenderle, sin atender á las dulces palabras del Señor, y sin mostrarse admirados ante los prodigios que habia obrado durante aquella escena, se le acercaron para apoderarse de El.

Malco, en quien se representaba la perversidad y la ingratitud, se adelantó tambien para sujetar y maniatar á su generoso Bienhechor.

Y cuando estuvieron cerca el tribuno que mandaba la cohorte, los príncipes, los magistrados y los ancianos, les dijo Jesus:

—«¡Con espadas y varas habeis salido á prenderme como

si fuera un ladron; y estando Yo todos los dias con vosotros en el templo no me detuvísteis!»

Conocieron los Apóstoles que su Señor queria dejarse prender, y desde aquel momento les abandonó aquel valor y aquella abnegacion de que habian hecho vano alarde.

La ferocidad de los semblantes de aquella tropa de malvados les llenó de espanto, y vencidos por su flaqueza, huyeron, abandonando á su querido Maestro en tan duro trance.

Entónces los soldados y los ministros de los judíos prendieron al Señor, le ataron las manos y le llevaron á Jerusalen, cruzando el torrente Cedron y el valle de Josafat.

Mas no eran aquellos hombres los que sujetaban al Hijo de Dios. La obediencia á los altos decretos del Eterno Padre eran los verdaderos cordeles que le impedian romper aquellos lazos. El amor inmenso que profesaba y profesa á los pecadores, le movian á sufrir aquella afrenta; siendo entónces la mayor angustia que embargaba su santísimo corazon, no los dolores y malos tratamientos que iba á experimentar, sino la perfidia é ingratitud de sus verdugos por quienes iba á padecer. Entregado por un discípulo traidor en brazos de sus tenaces enemigos, empezaba ya á beber el cáliz de amargura que le presentara el Eterno. Pero la grande obra de la Redencion iba á consumarse; llegaba ya el reino de Dios, y animado con la esperanza del bien que iba á otorgar á las naciones, caminaba con paso firme y majestuoso, y entraba en la ciudad santa, donde muy pronto habia de consumarse el sacrificio.

Desde que saliera del huerto de Gethsemaní, dos hombres le habian seguido á lo léjos.

El uno era un jóven que iba cubierto con una sábana puesta sobre la túnica.

El otro le seguia desde más léjos.

Los soldados vieron al primero, y quisieron prenderle asiéndole de la sábana; pero éste la soltó, y quedándose sólo con la túnica pudo huir. Se cree que este jóven fuera alguno de los muchos discípulos de Jesus, y no faltan intérpretes que afirman que era San Juan Evangelista.

El segundo que seguia al Salvador era Pedro, quien á pesar de su miedo, no quiso perderle de vista, y no sabiendo qué partido tomar, á lo ménos se propuso ver á dónde era conducido su Maestro.

Tambien entre las sombras de la noche se deslizaba un hombre por entre los árboles del valle de Josafat, en direccion á una de las aldeas cercanas. Este hombre tambien caminaba con paso incierto, volviendo la cara para ver si le seguian, y murmurando algunas palabras incoherentes, que revelaban su inquietud y turbacion.

— Maldito seas, le decian los ecos.

— Maldito seas, le decia una voz secreta que salia de su mismo pecho.

Algunas veces se detenia, abstraido y como sujeto por una mano invisible; otras pasaba la mano por su frente como si quisiera borrar un cruel pensamiento.

Los árboles, las laderas y las cabañas que hallaba á su paso, le parecia que se agitaban furiosamente, y le enviaban la misma terrible maldicion.

Aquel hombre era el malvado Júdas, que tan luégo como ejecutó su traicion se retiraba á una aldea, ocultando entre sus vestiduras las treinta monedas que habia recibido en pago de su maldad.

Ya empezaban á atormentarle sus propios remordimientos. El ángel soberbio, que no le habia abandonado hasta la consumacion de su delito, le saludaba entónces con una carcajada infernal, que le causaba horror y le desgarraba el corazon.

Sin embargo, aun hizo un esfuerzo, aun oprimió entre sus manos la bolsa en que llevaba las monedas recibidas, y lanzando tambien una terrible carcajada, que significaba el más sacrílego reto hecho al poder del cielo, siguió su comenzado camino, y bien pronto desapareció entre las sombras de la noche.

CAPÍTULO IV.

EL TRIBUNAL DE CAIPHÁS.

El consejo del sumo pontífice que habia decretado la prision de Jesucristo, dando por conseguido este propósito, merced á las seguridades que le diera el pérfido Júdas, tomó de antemano todas las medidas que creyó oportunas para abreviar el proceso que meditaban, instruyendo á algunos de sus criados y parciales para que sirvieran de testigos, y que de sus falsas declaraciones resultara algun delito que atribuir á su inocente Víctima.

Caiphás estaba casado con una hija de Anás, sumo pontífice que habia sido el año anterior, y que habia asistido al consejo celebrado por los enemigos del Señor.

Y como aquel guardara muchas consideraciones á su suegro, y quisiera que éste tomara una parte principal en la formacion del proceso de Jesus y en su sentencia, dispuso que tan luégo como fuese aprehendido el Señor, se le condujese á casa de Anás, para que éste dictase las medidas que juzgara más oportunas.

En vista de tal determinacion, la tropa que conducia á Jesus, instruida de antemano en lo que debia hacer, le lle-

varon á la casa de Anás y esperaron las órdenes de éste.

Pero Anás, que indudablemente era un hombre tan perverso y envidioso como sus asociados, pero inepto é incapaz de resolver por sí solo lo que deseaba, para satisfacer su odio injustificado y sacrílego, mandó desde luégo que Jesus fuese llevado á la casa de Caiphás, donde estaba éste reunido con los sacerdotes, príncipes de la sinagoga y ancianos del pueblo.

Conducido Jesus á la presencia de aquel concilio que presidia el sumo pontífice, éste fué quien principió el interrogatorio, haciendo al Señor algunas preguntas acerca de su doctrina y de sus discípulos, á las cuales respondió Jesus:

— « Yo manifiestamente he hablado al mundo; Yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo á donde concurren todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á aquellos que han oido lo que Yo les hablé: hé aquí, éstos saben lo que yo he dicho.»

No supo Caiphás qué decir al escuchar la sencilla respuesta del Señor: se sintió contrariado, y debió manifestar su disgusto.

Y como nunca faltan al lado de los poderosos gentes miserables que por adular á sus señores y lisonjear sus pasiones, no tienen reparo en cometer las mayores tropelías, no faltó tampoco un criado, el cual, viendo el disgusto del sumo pontífice, dió al Señor una cruel bofetada, diciéndole:

— « ¿Así respondes al pontífice?»

A una accion tan brutal y tan inicua, le respondió Jesus con la mayor mansedumbre:

— « Si he hablado mal, da testimonio del mal, y si bien, ¿por qué me hieres?»

No salia nunca una palabra de los divinos labios del Re-

dentor que no fuera un ejemplo de sus virtudes, y que al mismo tiempo no fuera digna de nuestras lágrimas.

Búsquense ejemplos en la historia de la humanidad, y entre los hechos de los hombres más generosos y magnánimos, ¿dónde se encontrarán otros que puedan compararse á los que Jesucristo ofrecia á cada instante á los hombres para que le imitaran?

Y como los príncipes de los sacerdotes y todos aquellos que formaban el concilio, necesitasen un falso testimonio para fundar en él aparentemente una sentencia de muerte, pasaron al exámen de los testigos, que ya tenian instruidos en los cargos que habian de hacer al divino Señor.

Declararon éstos bien torpemente, puesto que, por más que procuraban corresponder al encargo que se les diera, se contradecian unos á otros, y no acertaban ni podian acertar á producir una prueba de la que se desprendiera la más pequeña culpabilidad.

Ya estaba el concilio impaciente y contrariado, cuando se presentaron dos testigos falsos á declarar que habian oido decir á Jesus que «El podia destruir el templo de Dios y reedificarle en tres dias,» y que tambien habia dicho el divino Señor: «Yo destruiré ese templo hecho de mano, y en tres dias edificaré otro no hecho de mano».

Estos dos testigos no declaraban la verdad, puesto que lo que Jesus habia dicho era: «Destruid este Templo, y en tres dias Yo le reedificaré».

Pero el Señor no hablaba del templo de Jerusalen, como ellos pretendian, sino de su cuerpo, como dice el sagrado Evangelista.

Conoció Caiphás que, á pesar de tantas declaraciones, no habia resultado un motivo, ni siquiera aparente, para fun-

dar una sentencia de muerte. Temia que la injusticia hubiera sido demasiado conocida, y no se atrevió á consumarla: y no era esto solo lo que podria suceder si continuaba examinando más testigos, puesto que muy fácilmente pudieran presentarse muchos judíos que, en vez de hacer cargos á Jesus, declarasen sinceramente haciendo elogios de sus virtudes, de su poder y de la santidad de su doctrina. Por esto, levantándose de su tribunal y dirigiéndose al Señor con severo acento de autoridad, le dijo:

— ¿Nada respondes á las cosas de que te acusan?

Y como Jesus nada contestase, añadió:

— Te conjuro por Dios vivo, que nos digas si eres Tú Cristo, Hijo de Dios.

— «Yo soy, respondió el Señor. Tú lo has dicho: y os aseguro, que vereis de aquí á poco al Hijo del hombre estar sentado á la diestra de Dios y venir en las nubes del cielo.»

Estas palabras, que convienen expresamente al juicio final, se aplican tambien al castigo que habia de hacer el Señor en el pueblo judío; pero el concilio no debió comprender el sentido de esta terrible amenaza, y si así fué no la creyeron.

El príncipe de los sacerdotes, que sólo pretendia hallar un motivo en que fundar una acusacion, creyó, ó aparentó creer, que ya la habia hallado en la confesion de Jesucristo; y mostrándose lleno de horror al oir sus palabras, y rasgando sus vestiduras, exclamó:

— «Ha blasfemado: ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Hé aquí, ahora acabais de oir la blasfemia.» ¿Qué os parece?

Y los asistentes al concilio exclamaron:

— «Reo es de muerte.»

Caiphás, al escuchar esta exclamacion unánime de la sinagoga, y considerando que ya se habia pronunciado la sentencia que con tanto afan deseaba, apénas pudo disimular su alegría; y sediento de la sangre del inocente Jesus, desde luégo hubiera procedido á publicar el fallo de la sinagoga, y á disponer su ejecucion.

Pero aun para esto era necesario contar con la aprobacion del magistrado romano, requisito indispensable para la ejecucion de la pena de muerte. Por otra parte, no ignorando que el pueblo amaba mucho á Jesus, le pareció que no debia apresurar tanto la realizacion de su deso, porque acaso pudieran surgir graves inconvenientes, si acusaban al Señor de blasfemo delante del pueblo, sin una conveniente dilacion.

Pero de todos modos no desistió de su primer pensamiento, respecto á que la Víctima fuese sacrificada ántes de la Pascua; por esto la sinagoga determinó que no se interrumpiera la continuacion del proceso sino para descansar.

Y tomado este acuerdo se disolvió el concilio, quedando citados sus individuos para volver á reunirse al dia siguiente.

El divino Jesus, que habia escuchado su sentencia sin inmutarse, y que sólo pensaba en consumar el sacrificio para que los méritos de su sagrada Pasion y Muerte pudieran aplicarse en satisfaccion de los pecados del mundo, mostróse resignado y dispuesto á sobrellevar con humildad y paciencia los indignos ultrajes de que iba á ser objeto.

Terminada la audiencia, fué entregado el Señor á la guardia de los soldados, y no fué reducido á prision, pues esto no se acostumbraba á hacer con los reos cuyas causas querian sus jueces abreviar.

Mas ántes de continuar la triste y dolorosa historia de los crueles padecimientos á que Jesus fué sometido por su divina voluntad y ardiente amor hácia las criaturas, debe conocer el lector lo que sucedió en el atrio de la casa de Caiphás, miéntras duró la reunion de la sinagoga.

En el capítulo anterior hemos dejado de ocuparnos de Pedro, el Apóstol querido de Jesus, el cual, despues de la dispersion de los discípulos de Este, siguió al Señor á lo léjos, y pudo verle entrar en la casa de Anás, y despues en la del sumo pontífice.

Tambien el Apóstol Juan hizo lo mismo, y reunidos ambos trataron de introducirse en la casa de Caiphás, á fin de saber lo que aquellas gentes desalmadas harian con su querido Maestro.

Juan era conocido del Pontífice y de su familia, y no dudó en entrar en la casa, donde le recibieron los criados, que tambien le conocian. Mas no hallándose Pedro en iguales circunstancias, no se atrevió á seguir á su amigo, y se quedó á la puerta, hasta que por mediacion de éste consiguió tambien que se le permitiera la entrada en la casa de Caiphás.

Del mismo modo que logró Juan que Pedro entrara en el atrio, hubiera querido que le siguiera su amigo hasta el salon donde se celebraba el concilio; pero esto no le fué posible, y por lo tanto, se vió en la precision de dejarle entre la multitud de criados y soldados que llenaban la parte baja del edificio, miéntras él fué á informarse de cuanto sucedia.

A la hora en que se verificaba la audiencia (que era por la noche) hacia frio, y por esto los servidores del pontífice encendieron hogueras en el atrio, para que los soldados pu-

dieran calentarse. Pedro acercóse tambien á una de las hogueras, donde ademas de la inquieiud y el temor, que le tenian triste y medroso, tuvo que escuchar conversaciones odiosas que le contrariaban cruelmente.

Los criados y secuaces del pontífice y de los sacerdotes, movidos del ejemplo de sus amos y por espíritu de imitacion más que por otra causa, comenzaron á hablar de Jesucristo, atribuyéndole las más groseras calumnias, y permitiéndose sacrílegas chanzas, que hubieran llenado de indignacion al ménos fervoroso de sus discípulos.

Pedro, que tenia entónces una ocasion de salir á la defensa de su Maestro, sufria aquellos denuestos y padecia interiormente, sin atreverse á declarar la repugnancia y enojo que experimentaba. Y resuelto á no manifestar interes por el Preso, permaneció mudo, mostrando ya cuánta era su flaqueza y su temor.

Sin duda alguna no hubiera sido tanta su desdicha, si no acertara á mezclarse entre las gentes que allí se hallaban una mujer que era criada ó portera de la casa, la cual, tan luégo como vió á Pedro, fijó en él una mirada investigadora y le preguntó:

— «¿Acaso eres tú de los discípulos de este Preso?»

Pedro, entónces, se sintió sobrecogido por el temor. La respuesta afirmativa que debia dar, le exponia á los insultos y ofensas de aquellos soldados á quienes temia. Pedro se veia obligado á contestar inmediatamente, y no teniendo abnegacion para despreciar el peligro, incurrió en el delito de negar á su Señor, contestando:

— «No soy.»

No bien habia contestado Pedro á la pregunta que se le hiciera, el canto de un gallo hirió su oido.

Aun volvió Pedro á tener ocasion de enmendar su culpa, en lo posible, pues otra criada que allí llegó despues le hizo una pregunta semejante á la anterior. El Apóstol tampoco se atrevió á confesar que habia seguido á Jesus Nazareno, y volvió á negar con juramento, diciendo:

—«Ni le conozco, ni sé lo que dices.»

En esta ocasion incurria Pedro en un gravísimo pecado, faltando á la verdad y negando á su Señor, á quien conocia y amaba en el fondo de su corazon.

Pero si alguna vez puede disculparse (aunque no justificarse) un pecado, seguramente el que el Apóstol cometia era digno de la compasion y misericordia divina.

El continuaba siendo fiel á su Maestro, estaba condolido de sus padecimientos, y bien hubiera querido salvarle; pero era débil y tenia miedo de confesarse su discípulo. Pedro mentia bien á su pesar, porque el peligro le habia arrebatado aquel brio y generosidad que sintiera cuando aquella misma noche dijo á Jesus: «Yo os seguiré».

En aquellos momentos, terminado el concilio, fué llevado el divino Señor al mismo atrio en que estaba Pedro, donde luégo se halló rodeado por la soldadesca y gente soez y brutal, los que se disponian á vengar en la inocente Víctima el trabajo de custodiarle aquella noche.

Acercóse poco despues al corro en que se hallaba Pedro otro de los criados del Pontífice, que era pariente de Malco, y habia acudido con éste al huerto de Gethsemaní cuando se verificó la escena del prendimiento de Jesus. Y como reconociese á Pedro, por ser uno de los que le acompañaban como discípulo, se dirigió á él y le preguntó en los mismos términos que lo hicieran poco ántes las dos criadas de Caiphás, añadiendo:

— «Verdaderamente que tú eres de ellos, porque tambien eres galileo. ¿Acaso no te ví yo al lado de tu Maestro?»

Volvió entónces Pedro á jurar que no conocia á tal Hombre.

Cantó el gallo por segunda vez, y alzando el Apóstol sus ojos, vió á Jesucristo que le miraba tambien de una manera significativa.

Aquella mirada del Salvador era un destello de su inmensa caridad, en la cual halló Pedro un saludable aviso que le dió á conocer su pecado, y le movió á llorarle con la mayor amargura.

Efectivamente, habíase cumplido á la letra la profecía que le anunciara Jesucristo, cuando le dijo: «Antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres».

Angustiado el corazon del Apóstol al comprender su caida, salió inmediatamente de la casa en que habia negado tres veces á su querido Maestro, y se entregó anegado en llanto á los impulsos de su dolor. Su arrepentimiento era sincero, y por eso sus lágrimas eran acompañadas de una profunda humildad y de una santa esperanza en la misericordia de Dios, esperanza que no le faltó, á pesar de que se consideraba indigno del favor del cielo.

Miéntras tanto Jesus, el Rey de Israel, el Redentor del mundo, el Hijo querido del Eterno Padre, permanecia en medio del atrio de la casa del pontífice, cruelmente atado, y sirviendo de mofa y entretenimiento á aquella perversa multitud. La grandeza de su alma se retrataba en su semblante, humilde y majestuoso. Ni una palabra de amenaza, ni una queja arrancada por el dolor de los insultos que se le prodigaban, viene á castigar á sus verdugos ni á demostrar flaqueza ni temor.

Y en tanto que unos le escupen en su hermosísimo rostro, y otros le maltratan dándole golpes, y otros le cubren los ojos y hieren diciéndole: — «Cristo, profetízanos quién es el que te hirió;» en tanto el Señor ruega á su Eterno Padre, y en el fondo de su sacratísimo corazon pide gracia para aquellos hombres inhumanos y cobardes.

Pasó la noche. ¡Noche de duelo y de agonía, no sólo para los hombres, sino para los ángeles y querubines, que contemplaban con dolor las escenas de barbarie y crueldad en que padecia resignadamente el Cordero de Dios, el Enviado á redimir los pecados de los hombres!

A la mañana siguiente volvió á reunirse el concilio con la mayor diligencia. Caiphás ocupaba su puesto, y le rodeaban los príncipes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo, los escribas, y toda la corte de malvados que ansiaban con tan enconoso afan la muerte del Justo.

Jesus fué presentado otra vez ante aquel odioso tribunal. Los que iban á juzgarle, eran aun más perversos que aquellos que le ultrajaran en el atrio, pues éstos anhelaban su muerte con ánsia desenfrenada, y revestidos de su infame hipocresía, no perdonaban medio de mostrarse ante las gentes como jueces imparciales, que sólo obraban movidos de un sentimiento de justicia.

A fin de dar alguna apariencia de órden, comenzaron la audiencia revisando el proceso y la sentencia que habian pronunciado el dia anterior. Y como quisieran que el Señor se ratificara en la confesion que hiciera en su primera comparecencia ante el concilio, sin detenerse en preámbulos, le dijeron:

— «Si Tú eres el Cristo, dínoslo.»

Jesus les contestó entónces:

—«Si os lo dijere, no me creereis;» y tambien: «si os preguntare, no me respondereis ni me dejareis. Mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado á la diestra de la virtud de Dios.»

Si tantos prodigios como he obrado á vuestra presencia no han bastado para que me creais, ¿cómo he de convenceros aunque os diga que soy Cristo?

Yo os podria probar mi divinidad; pero vosotros no quereis averiguar la verdad, sino hacerme morir, y por esto mi respuesta seria inútil para vosotros y para Mí.

El Hijo del hombre, á quien vosotros despreciais, estará sentado á la diestra del poder de Dios, porque es el verdadero Hijo de Dios.

Y llenos de cólera le preguntaron entónces:

—¿Luego Tú eres el Hijo de Dios?

—«Yo soy,» contestó Jesus.

Y los jueces exclamaron:

—«¿Para qué necesitamos más testimonios? Nosotros mismos hemos oido de su boca» (la confirmacion de sus blasfemias).

Decidiéronse á decretar la muerte de Jesucristo, y dieron por terminada la audiencia.

CAPÍTULO V.

PONCIO PILATO.

Sometido el pueblo judío á la dominacion de los romanos, era regido en la época de Tiberio por presidentes y gobernadores, ya hebreos, ya romanos, á cuyo cargo estaba el gobierno de determinadas localidades, y la obligacion de velar por la fidelidad del pueblo vencido y la obediencia á su dominador.

Habíase encomendado la Judea, como capital del pueblo de Israel, á uno de los más adictos servidores del emperador, llamado Poncio Pilato, hombre influyente en Roma, y que habia sabido captarse la voluntad del mismo pueblo á quien gobernaba.

Su carácter afable y la templanza con que habia procedido en sus sentencias y disposiciones, le conservaba tranquilamente en su pretorio, donde supo servir al César, al mismo tiempo que contentaba á sus subordinados.

Sin embargo, aunque sus inclinaciones no manifestasen perversidad en su corazon, no era Pilato el más á propósito para desempeñar el cargo de juez con la severidad que debe adornar al hombre destinado á empuñar la espada de la

ley, y á equilibrar los derechos de un pueblo en la balanza de la justicia.

El presidente de la Judea era débil, y muchas veces, guiado del afan de contemporizar con unos y con otros, atendia más á las razones que le dictara su propia conveniencia, que á la inflexibilidad de los derechos que se sometieran á su apreciacion.

Consecuente con su política de tolerancia, á pesar de que era gentil, dejó á los judíos que guardaran su religion y sus costumbres, y no quiso mezclarse nunca en los asuntos religiosos, cuyas decisiones estaban reservadas al sinedrin ó concilio de los sacerdotes y doctores de la ley, los cuales obraban con entera libertad é independencia, y tenian su jurisdiccion especial, pudiendo imponer penas á los infractores de la santa ley, exceptuándose la pena de muerte.

Los judíos que componian el sinedrin, ya hemos visto en el capítulo anterior que acordaron la muerte de Jesus; y deseando que se cumpliera la fatal sentencia, no quisieron proceder sin que Pilato la confirmara, y con este objeto enviaron á Jesus al palacio del presidente, y fueron con su inocente Víctima para exponer su acusacion.

Una multitud de judíos que se habian reunido en Jerusalen para celebrar la Pascua, aumentaron aquella comitiva amenazadora, en cuyo seno caminaba Jesus, sufriendo con la más heróica resignacion los groseros insultos y bárbaras amenazas que á cada instante se le dirigian.

Aquel tropel que le rodeaba, iba respirando la saña más impía y el desenfreno más brutal. Más parecia un grupo de gente amotinada y frenética, que un pueblo sensato al acudir á la presencia de un magistrado, para demandar con respeto el triunfo de los santos fueros de la justicia.

Y en medio de tantas gentes como salian á su paso, no hallaba Jesus un amigo, ni una mirada que le indicara un sentimiento generoso.

¿Dónde estaban aquellos á quienes colmó de beneficios? ¿Qué habia sido de sus ovejas? ¿Era por ventura aquel pueblo el mismo que dias ántes le habia saludado con tanto amor en el camino de Bethania, y le colmara de bendiciones en el valle de Josafat?

¡Ah! Sus amigos, sus discípulos y sus fervorosos oyentes le habian abandonado; ninguno tenia valor para arrostrar las iras de la plebe.

Bien pronto llegaron los conductores del divino Señor á una gran plaza, donde se ostentaba el palacio del presidente. Detuviéronse allí, y llamaron á Pilato con desaforados gritos.

Bien hubieran podido los judíos entrar en el palacio, puesto que nadie se lo impedia; pero tenian la creencia de que, entrando en la casa de un gentil, cometian una impureza legal, y no quisieron contaminarse, porque tenian que celebrar aquel mismo dia las ceremonias de la religion.

Este escrúpulo tenian aquellos hipócritas, miéntras seguian sin detenerse en el sacrílego camino que habian adoptado.

El Señor fué conducido por los soldados á la sala del pretorio, que estaba situada en el mismo palacio, á fin de que Pilato pudiera interrogarle, si tal era su voluntad.

El presidente de la Judea no ignoraba los sucesos que habian tenido lugar en la ciudad desde la entrada en ella del divino Señor; conocia demasiado el odio que le profesaban los doctores de la ley, los sacerdotes, ancianos, escribas y fariseos, y no encontraba la justa razon de estos rencores,

ni mucho ménos de los actos que habian empezado á poner en práctica desde el momento en que se apoderaron de Jesus; pero respetó la independencia de la sinagoga, y confió en que llegaria un tiempo en que las acusaciones y defensas se someterian á su justicia.

Sin embargo, tan luégo como oyó las voces del pueblo, salió á un balcon largo que habia en la fachada de su palacio, y preguntó cuál era la acusacion que hacian contra Jesucristo.

—«Si Este no fuera malhechor, contestaron orgullosamente los sacerdotes, no te lo hubiéramos entregado.»

—Pues bien, les dijo Pilato, «tomadle allá vosotros, y juzgadle segun vuestra ley».

Pero, como segun ellos, el delito era de muerte, dijeron:

—«No nos es lícito á nosotros matar á alguno.»

Estaba profetizado que Jesus habia de morir en una cruz, y el oráculo empezaba á cumplirse, puesto que los judíos acudian á Pilato para que mandase dar al Señor la afrentosa muerte á que en aquel tiempo eran condenados los más famosos ladrones y desalmados criminales.

Y como vieron que el magistrado se desentendia de juzgar al Hombre que le presentaban, comenzaron á gritar tumultuosamente, formulando cargos y diversas acusaciones, de tal manera, que Pilato sólo podia comprender que todos pedian la muerte de Jesucristo, pero que ninguno le mostraba una acusacion digna de un castigo tan cruel y tan odioso.

No obstante, en medio de tantos gritos y confusion, pudo escuchar que le decian:

—«A Este hemos hallado pervirtiendo á nuestra nacion,

y vedando dar tributo á César, y diciendo que El es el Cristo Rey.»

Las dos primeras acusaciones eran falsas; la tercera no podia servir para motivar una sentencia condenatoria.

Comprendió entónces que se trataba de la autoridad del César, á quien representaba, y aunque no se dejó engañar por las voces del pueblo, se retiró del balcon, y fué á la sala del pretorio dispuesto á interrogar á Jesucristo.

— «¿Tú eres, le preguntó luégo que hubo llegado á su presencia, Tú eres el Rey de los judíos?»

— «Tú lo dices,» le respondió Jesus; pero «¿dices tú esto de tí mismo, ó te lo han dicho otros de Mí?»

— «¿Pues qué, soy yo judío?» Respondió Pilato. «Tu nacion y los pontífices te han puesto en mis manos: ¿qué has hecho?»

El magistrado queria desentenderse alegando que él no era judío, y que el conocimiento del delito que le imputaban no era de su jurisdiccion.

— «Mi reino no es de este mundo,» le dijo el Señor. «Mi reino no debe causar sobresaltos á otros reyes de la tierra. Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros sin duda pelearian para que Yo no fuera entregado á los judíos.»

— «¿Luego Tú eres Rey?» Exclamó Pilato.

— «Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio á la verdad: todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz.»

— ¿Qué verdad es ésta de que me hablas? Preguntó Pilato.

Si esta conversacion hubiera continuado, acaso el presidente de la Judea hubiese llegado al conocimiento de la verdad; pero los incesantes gritos y muestras de impacien-

cia del pueblo llamaron su atencion, y le hicieron salir nuevamente al balcon para decir á los judíos:

— « Yo ningun delito hallo en este Hombre. »

Exasperados los ánimos con esta sincera declaracion de Pilato, se promovió un escandaloso alboroto, en el que el pueblo manifestaba su descontento. Todos gritaban desaforadamente, todos añadian nuevas acusaciones, y tal era la confusion, que no habia medio de entenderse los unos á los otros.

Pilato entónces hizo callar al tumulto, y volviendo despues á donde estaba Jesucristo, le dijo:

— « ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra Tí? »

Nada le contestó el Señor, y Pilato quedó indeciso, buscando en su imaginacion algun recurso para absolver á Jesus.

En aquellos momentos de vacilacion, tan pronto se dirigia al balcon para aplacar al pueblo, como acudia á la sala del pretorio, sin saber qué resolucion debia tomar.

Una voz que salia del grupo de los acusadores decia:

— « Tiene alborotado el pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judea, comenzando desde la Galilea hasta aquí. »

Oyendo esto Pilato, creyó hallar el recurso que le sacaria de su perplejidad, y que por lo ménos habia hallado el medio de no tomar sobre sí el sacrificio de un Inocente.

Preguntó al pueblo si Jesus era galileo, y habiéndosele contestado que era de Nazareth, consideró con placer que en este caso no le correspondia á él la confirmacion de la sentencia que se le pedia, sino á Herodes Antipas, que á la sazon estaba en la ciudad.

Y dando al pueblo la excusa de que no tenia jurisdiccion

sobre aquel Hombre que le presentaban, por ser galileo, le remitió al palacio de Herodes atado como estaba, y con la misma guarda, á la que siguió la multitud.

Pilato respiró como si se hubiese quitado un grave peso que le abrumaba, y cuando vió la plaza despoblada, entró en el aposento, donde halló á su esposa, que le dijo:

—Tú no sabes los sueños que esta noche pasada han embargado mi espíritu. Ese Hombre que los judíos acusan con tanto encono, sin duda es inocente.

—Bien hice, respondió Pilato, en excusarme; por fortuna ya me he librado del conflicto en que me hallaba. Dejemos á la justicia de Herodes la resolucion de este juicio.

Y recostándose en un almohadon forrado de rica tela de seda de Persia, respiró libremente, y no volvió á ocuparse de los sueños de que aun le hablaba su mujer.

CAPÍTULO VI.

NUEVAS VACILACIONES DE PILATO.

Herodes Antipas, cuyo carácter ya es conocido de nuestros lectores, cuando oyó los gritos de la multitud, y supo que traian á su palacio á Jesucristo, de quien tantas veces habia oido hablar, se llenó de gozo, considerando que se le ofrecia un bello pasatiempo.

Tenia vivos deseos de presenciar alguno de los milagros que tanto habia prodigado el Señor en la época de su predicacion, y desde luégo pensó que el Hombre que en tan difícil situacion iba á presentársele, no dejaria de complacerle, sobre todo teniendo en cuenta que, de lo contrario, tenia poder para castigar su desobediencia.

Llegó la multitud á la presencia de Herodes, y comenzaron nuevamente los gritos y las acusaciones.

El gobernador de la Galilea, poco celoso del triunfo de la justicia, no hizo mucho caso de lo que le decian, y fijó toda su atencion en Jesucristo, esperando hiciera algun prodigio; hízole algunas preguntas, á las que el Señor nada contestó, á pesar de que Herodes insistia con la mayor curiosidad.

Bien pronto se convenció de que nada lograria. Sintióse ofendido, y dirigió al Señor mil denuestos é injurias, concluyendo por despreciarle y mandar que le vistieran una túnica blanca, para que todos le escarneciesen, y que le volvieran á llevar al tribunal de Poncio Pilato.

Este magistrado, que no esperaba verse en la precision de ocuparse nuevamente de la inicua pretension de los judíos, fué otra vez inquietado por la multitud, y tuvo que volver á ocupar la sala del pretorio, para oir los nuevos descargos del Acusado.

La situacion en que se habia hallado aquella misma mañana volvia á reproducirse, y en esta ocasion el tumulto del pueblo era mayor y más apremiante. Salió por lo tanto al balcon de su palacio, y presentó á Jesus á los príncipes de los sacerdotes y sus secuaces, diciéndoles:

— «Vosotros me entregásteis á este Hombre como pervertidor del pueblo, y ved que, habiéndole yo examinado delante de vosotros, ninguna causa he hallado en El de las que le acusais; y lo que es más, que ni Herodes, que como judío sabe mejor vuestras leyes y á quien os remití con El, ha hallado cosa alguna digna de muerte.»

El pueblo no se satisfizo con esta respuesta, y hasta entónces Pilato no habia hallado el recurso para terminar aquella contienda, ni tampoco tenia valor para absolver desde luégo á Jesucristo, pues esto era lo que le aconsejaba su conciencia.

Deseando complacer al pueblo, todavía intentó la práctica de un nuevo recurso, que en cierto modo era ya el principio de su delito, puesto que dió por supuesto el delito de Jesus, y le colocó al lado de un infame malhechor, por más que su intento pudiera ser plausible.

Desde los primeros años de la sujecion de los judíos al imperio romano, habian conseguido aquellos que, en memoria de su libertad de la esclavitud de Egipto, les concediesen los gobernadores de la Judea en tiempo de Pascua, la libertad de uno de los presos que estuviese condenado á muerte, á eleccion del pueblo.

No ignoraba Pilato que dirigirse á los miembros del sinedrin para moverles á que perdonaran á Jesucristo seria diligencia inútil; pero fió en el pueblo, y á él se dirigió para que escogiesen, entre el Señor y un asesino llamado Barrabás, el que habia de ser puesto en libertad, segun era costumbre en aquellos dias.

Tenia esperanza el magistrado en que el pueblo se decidiria en favor de Jesucristo, y no se detuvo en proponer á los que en la plaza pedian la libertad de un reo de muerte, el indulto para Jesus ó para Barrabás.

Pero el pueblo, que estaba corrompido y ganado por los émulos de Caiphás, así que escuchó la proposicion de Pilato, exclamó:

— «Haz morir á Este, y suéltanos á Barrabás.»

¡Cuánto debia padecer en aquellos momentos el espíritu del Señor ante la ingratitud y perversidad de los judíos!

¡El, que era el Hijo querido del Eterno Padre, puesto al lado de un hombre tan aborrecido y criminal como Barrabás!

¡El, á quien adoran los ángeles y los serafines y le tributan homenage y obediencia, siendo Víctima inocente de miserables criaturas de la tierra!

¡El, que habia sembrado beneficios á los que con tanto encono le perseguian, que padecia tantas afrentas, y que iba á morir en una cruz por la salvacion de los pecados del

mundo, pospuesto ante la repugnante figura de un hombre manchado con la sangre de uno de sus hermanos!

¡Cuánta es la perversidad é ingratitud del hombre, que así abandona á su Dios misericordioso, para rendir culto á la inmunda figura del pecado!

En esta ocasion fué cuando se acercó á Pilato un criado de su casa, enviado de su mujer, con el objeto de recordarle los sueños de que ésta le habia hablado, y decirle: «Nada tengas tú con ese Justo, porque he padecido hoy muchas cosas en vision por causa de El».

No puso gran atencion Pilato al aviso que se le dirigia, porque aun pensaba en tomar nuevas medidas á fin de absolver á nuestro Señor. Volvió á dirigirse al pueblo, y dijo:

— «¿Qué haré de Jesus que se llama Cristo?»

— «¡Crucifícale!... ¡Crucifícale! Gritaba la multitud.»

Por segunda y tercera vez habló Pilato, asegurando que ninguna causa hallaba para condenar á Jesus, y preguntaba á todos cuál era el mal que Este habia hecho.

Mas sólo oia por todos los ángulos de la plaza las descompuestas voces de los judíos, que no cesaban de decir:

— «¡Crucifícale!... ¡Crucifícale!...»

Viendo entónces Pilato que nada adelantaria en favor de la inocente Víctima que le habian entregado, y no atreviéndose á contrariar á aquel pueblo frenético, quiso hacer una protesta, y tomando agua se lavó las manos delante del pueblo, diciendo:

— «Inocente soy yo de la sangre de este Justo. Allá os lo vereis vosotros.»

Y respondió el pueblo:

— «Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre.»

¡Terrible imprecacion! Los mismos judíos aceptaban el castigo de su enorme delito, porque no creian que este castigo habia de llegar para destruir á aquella desdichada nacion y para dispersar á sus hijos, haciéndoles aborrecibles ante las generaciones futuras.

El magistrado condescendió al fin con el deseo del pueblo: dió libertad á Barrabás, y dejó en su palacio á Jesus para que despues fuese crucificado, si no podia aun salvarle.

Ordenaban las leyes romanas, que todos los reos que eran condenados á morir crucificados fuesen ántes azotados; y en cumplimiento de las leyes, Jesus debia ser objeto de una nueva crueldad.

Pilato, que á pesar de la debilidad de su carácter no dejaba de tener el valor suficiente para condenar á los delincuentes con la mayor dureza, sin que en tales ocasiones demostrara la compasion natural, no se horrorizó ante la nueva idea que surgió á su imaginacion, como una medida salvadora; y para llevarla á efecto, mandó á su guardia que llevase al Señor al atrio del palacio para que le azotaran. Encargó á los verdugos que no azotasen á Jesus como á los demas reos de muerte, sino con tanto vigor y crueldad, que luégo que terminara su martirio, le dejaran tan lastimado y cubierto de heridas que pudiera bastar su presencia para mover á compasion á los corazones más duros.

El recurso era tan bárbaro como inhumano y cruel. Aun esperaba Pilato que con su ejecucion se veria libre de sentenciar á Jesus.

Entónces los soldados de la guardia, conduciendo al Señor al atrio del palacio, le arrancaron sus vestiduras, dejando descubiertas sus hermosísimas y delicadas carnes, y

atándole á una columna comenzaron á golpearle furiosamente, despedazando su cuerpo, y haciendo brotar de mil heridas la preciosísima sangre del Salvador.

Miéntras tanto la inocente Víctima, sin murmurar una queja, sin exhalar un suspiro, sin dirigir á sus verdugos una mirada que pudiera demostrarles odio ni resentimiento, sufria humildemente los agudísimos dolores que le ocasionaban aquellos multiplicados golpes, apuraba la amarga copa del dolor, y se resignaba á dar cumplimiento á las profecías, redimiendo nuestro pecado con su sangre bendita.

La crueldad de este suplicio que experimentaba Jesus, no puede describirse. No hay dolores que puedan herir con más intensidad, que aquellos que experimentaba el Hijo de Dios en todos y en cada uno de los instantes de su santísima Pasion.

Y como si no bastaran tantos sufrimientos para aplacar la ira divina, aun tenia que sufrir nuevas injurias y recibir nuevos insultos é irreverencias.

Sabian los soldados, aunque eran gentiles, que el Señor habia dicho que era Rey de los judíos, y quisieron burlarse de El y revestirle de unos atributos que sólo irónicamente podian llamarse atributos reales. La mofa de aquellos cobardes era impía y perversa.

Con este intento cubrieron el ensangrentado cuerpo de Jesus con un manto viejo de púrpura; ciñeron á sus delicadas sienes una corona de espinas, apretándole despiadadamente hasta que penetraran bien las punzantes espinas en su soberana cabeza; le pusieron una caña en la mano derecha para que le sirviera de cetro, y haciéndole fingidos acatamientos, y saludándole como á Rey de los judíos, comen-

zaron nuevamente á herirle, á abofetearle, á arrojar sobre aquel divino rostro inmundas salivas, y finalmente, á hacerle objeto de los más groseros y dolorosos insultos. Tanta maldad apénas se concibe, sino en corazones dominados por el espíritu de Satanás.

Y Jesus á quien contemplaban los ángeles como á su Dios y Señor, y Jesus que tenia en sus manos las más horribles venganzas y los más implacables castigos, mostraba en tanto, con su admirable mansedumbre, que tenia un alma privilegiada, que en El no hallaban cabida el odio ni las malas pasiones, que era el Cordero sin mancilla que se prestaba humildemente al sacrificio, que era un Dios cuya magnanimidad y misericordia no podia descender al nivel de las miserias y rencores que avasallan y dominan contínuamente á los corazones de la triste descendencia de Adan.

Harto de oprobios el Señor, segun la expresion del profeta, acongojado por terribles dolores, y cubierto de sangre, fué conducido á la presencia de Pilato, el cual, tan luégo como le halló en tan deplorable estado, sintió una gran alegría, porque ya no dudó que, tan luégo como los judíos le vieran, tendrian compasion de El y se aplacaria su furor.

En esta confianza salió al balcon de su palacio, y hablando al pueblo que esperaba con impaciencia dijo:

— Ya he mandado azotar á Jesus, y se ha cumplido este castigo; ahora «os le saco fuera para que sepais que no hallo en El causa alguna».

Y presentando á Jesus con la corona de espinas, y en el lastimoso estado en que le habian puesto sus soldados, dijo al pueblo amotinado:

— «Ved aquí el Hombre.»

Este es el que vosotros decís que quiere hacerse Rey.

Juzgad si en el lastimoso estado en que se halla, puede dar que temer ni á los judíos ni á los romanos.

Y cuando el magistrado esperaba que su propósito se cumpliria,

— «Crucifícale,» gritaron los pontífices y ministros.

— «Crucifícale,» exclamó la obstinada multitud.

— «Tomadle allá vosotros,» dijo Pilato contrariado por la insistencia de los judíos, y crucificadle, porque yo no hallo causa en El.

— «Nosotros tenemos ley, respondieron aquellos, y segun la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.»

La rencorosa muchedumbre insistia en acusar al Señor de blasfemo, porque á todo trance queria su muerte, y por esto le querian atribuir el intento de rebelarse contra el César.

Cuando Pilato comprendió la acusacion, volvió á sus vacilaciones. Por una parte el Preso le infundia un grandísimo respeto, y todo le parecia en El sublime y admirable; al mismo tiempo oia los clamores de aquel pueblo que con amenazadores ecos le pedia sin cesar la muerte de Jesus. Luchaba con su propia conciencia, que repugnaba la condenacion de un Hombre inocente, y con la fuerza que le hacia el pueblo, y el temor de incurrir en el desagrado del César.

En este estado de perplejidad volvió á la presencia del Señor, y le preguntó en secreto:

— «¿De dónde eres Tú?»

Pero Jesus nada le respondió, y resentido el magistrado exclamó con altanería:

— «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte y para soltarte?»

— «No tendrias poder alguno sobre Mí, contestó el Salvador, si no te hubiese sido dado de arriba. Por eso, quien á tí me ha entregado, mayor pecado tiene que tú.»

Estas palabras fueron bien comprendidas por el magistrado, el cual se sintió más inclinado á dar libertad á Jesucristo.

Pero el pueblo no cesaba de gritar:

— «Si sueltas á Este no eres amigo del César, porque todo aquel que se hace Rey contradice al César.»

Estas exclamaciones le impresionaron profundamente, pues Pilato no queria de ninguna manera la enemistad del emperador.

Y como se veia obligado á dictar sentencia, y no le quedase recurso que utilizar, salió á la parte exterior del palacio, se sentó en su tribunal, que estaba colocado en alto en un lugar que en griego se llamaba *Litostrotos*, y en hebreo *Gábata*, y presentando por última vez á Jesus para hacer en su favor la última demanda, dijo á los judíos:

— «Hé aquí á vuestro Rey.»

Mas ellos gritaban enfurecidos:

— «Quita, quita, crucifícale.»

— ¿Crucificaré á vuestro Rey? Preguntó Pilato.

— «Nosotros, respondieron los pontífices, no tenemos otro rey sino el César.»

Poncio Pilato no era perverso, pero era cobarde, y esto le bastó para cometer un delito enorme, un horrible sacrilegio. Creia que Jesus era calumniado, y sin embargo se rindió á la voluntad de los judíos, dictando sentencia de muerte contra el inocente Cordero de Dios.

Pocos momentos despues el Señor era entregado á sus enemigos, para que éstos hiciesen con El lo que quisieran.

El tiempo caminaba harto veloz para los crueles verdugos del Justo. Eran las nueve de la mañana cuando se apoderaron nuevamente de su Víctima, y el cordero pascual debia sacrificarse á las tres de la tarde, hora en que comenzaba la Pascua.

En estas seis horas era necesario que el Señor fuese crucificado, que espirase en la cruz, y que se hicieran desaparecer todas las huellas del suplicio para la celebracion de la festividad.

Todo esto se verificaba así en cumplimiento de las profecías, segun las que: el Cordero de Dios habia de juntar su último suspiro con el último aliento del cordero pascual; la voluntad del Padre habia de cumplirse enteramente, y la obediencia del Hijo habia de ser probada hasta la muerte, que debia verificarse en una cruz. Finalmente, estaba escrito que la religion cristiana anunciada hacia tantos siglos, naceria de la sangre de su divino Autor.

CAPÍTULO VII.

EL FONDO DEL ABISMO.

Pocas horas habian trascurrido despues que Jesus fué preso y separado de sus discípulos en el huerto de Gethsemaní.

Los campos quedaron solitarios y envueltos en las misteriosas sombras de la noche, y ya no se advertian en los arrabales de Jerusalen ni en las aldeas próximas, aquellos siniestros resplandores que poco ántes iluminaran las fachadas de algunos edificios de la ciudad santa.

Habíase llevado el viento los apagados ecos de aquella turba que saliera en busca de Jesucristo: ya no se oia el ruido de sus pasos, ni el choque de las armas de los soldados.

El inspirado Maestro que pocos dias ántes fuera objeto de los aplausos y homenages de la multitud, habia sido entregado á sus enemigos y llevado á la ciudad.

Las puertas de Jerusalen, que se abrieran para dar entrada á los verdugos y á la Víctima, habian vuelto á cerrarse, y el silencio no era interrumpido en los campos, ni siquiera por el canto de los insectos, ni por el leve rumor que producen las hojas de los árboles agitadas levemente por la brisa.

La naturaleza parece que estaba de duelo, y presentia ya, en medio de aquella calma y de aquel majestuoso silencio, la desolacion y ruina á que estaba condenada aquella tierra ingrata y desdichada.

Pero en aquellos campos, no todos los moradores de sus cabañas, ni los habitantes de sus aldeas, estaban entregados al descanso.

Quizas algunos, poseidos de la mayor consternacion, vagaban por los valles, llorando amargamente bajo el peso de una gran desdicha, y sintiéndose avergonzados de su cobardía.

Otros más animosos, acaso hacian propósitos y se creian con fuerzas para arrostrar los peligros, aguardando á que rayara el nuevo dia para vengar el ultraje que recibieran en la persona de un Sér querido y respetado.

Estos hombres, que afligidos vagaban sin rumbo cierto por las cercanías de Jerusalen, eran los amados discípulos de Jesucristo, que aturdidos aun por la sorpresa que habian experimentado, y llenos de dolor por la prision de su Maestro, no pensaban ya en el reposo, ni les acudia el pesado sueño que les habia dominado desde que entraran en el huerto de Gethsemaní.

Otro hombre se hallaba á la sazon albergado en una miserable casa de una aldea inmediata, y en vano queria invocar al sueño para librarse de las espantosas imágenes que en medio de la oscuridad se presentaban á sus ojos.

—He cometido una infame, una enormísima maldad, murmuraba tapándose el rostro con sus impías manos. Por todas partes escucho maldiciones y terribles amenazas. He entregado á mi Señor y Maestro á esos lobos hambrientos, y por mi causa, tal vez en estos momentos, se verterá la

sangre del Autor de tantos beneficios... de un Hombre que conocia mi pensamiento, sin que nadie se le hubiese revelado... ¡Ah, no me perdonará jamas!

El que así meditaba en medio del mayor desasosiego, era el pérfido Júdas, quien no contento con la infame accion que habia cometido, añadia á su gravísimo pecado otro nuevo, cual era el de la blasfemia.

El mal Apóstol pensaba torpemente; y en vez de llorar su culpa é implorar la infinita misericordia de Dios, desconfiaba de ella y la negaba en el hecho de considerarse en el fondo del abismo.

Y verdaderamente, habia caido en ese profundo abismo, para no salir de él. El espíritu de Satanás, que le guió al precipicio y le indujo á cometer su crímen, le abandonaba ya á sus remordimientos, y contemplaba su obra con infernal sonrisa.

Júdas, en medio de su inquietud, empezaba á conocer su error al recordar las palabras que Jesus le habia dirigido en el cenáculo; empezaba ya á considerar la enormidad de su delito, y le maldecia, y se maldecia á sí mismo, y buscando consuelo en su impiedad, acudia á una lógica que no era bastante para excusar su traicion.

—Nada he hecho sino cumplir mi destino... Siendo Jesucristo tan poderoso, sin duda alguna habrá procurado ponerse en salvo, y seguramente habrá burlado la vigilancia y el odio de sus enemigos.

Como este argumento no tenia fuerza para justificar una traicion, Júdas volvia otra vez á su desesperada inquietud, y aguardaba con impaciencia á que amaneciera para remediar, si fuera posible, el mal que habia causado.

Pero la figura de Satanás se le representaba por todas

partes, creia escuchar incesantemente sus sarcásticas y ruidosas carcajadas, y poseido de un terror espantoso, buscaba en vano un medio de alejar de su vista aquel horrible fantasma, que le hacia estremecer, agitando bruscamente sus miembros, como si le hiriera una chispa eléctrica á cada instante.

Larga es la noche para el que gime en el lecho del dolor; muy despacio se deslizan las horas para el triste á quien agobian las persecuciones de los hombres ó las desgracias de la vida:

Pero para el criminal que siente sus remordimientos, que respira en una atmósfera de sangre, y escucha con terror los ayes de sus víctimas, el tiempo parece que es más cruel que sus mayores enemigos, y se detiene para prolongar la agonía de aquel miserable.

Por eso Júdas no tuvo paciencia para esperar la llegada de la aurora, y abandonando el lecho en que se hallaba, tomó con temblorosa mano la bolsa donde guardaba las treinta monedas que le entregaron los ministros de la sinagoga, y salió precipitadamente al campo como si huyera de sí mismo, como si deseara encontrar nuevas impresiones que le hicieran apartar su vista de los espectros que le acosaban por todas partes.

Algunas horas vagó por el campo sin acertar á elegir un camino, que tal vez aun le pudiera haber devuelto la gracia divina que habia rehusado, porque nadie puede desconfiar de la misericordia del Señor. Pero Júdas no creyó en la posibilidad de su perdon.

Era ya de dia cuando, entrando en la ciudad, llegó á la puerta del templo, donde encontró á los príncipes de los sacerdotes y á algunos ancianos. Acercóse á ellos y les dijo:

—He pecado entregando la sangre de un Justo. Tomad esas treinta monedas: no quiero disfrutar el fruto de mi traicion.

Pero los sacerdotes y ancianos, que estaban muy satisfechos por tener ya á Jesus en su poder, respondieron á Júdas:

—¿Y qué nos importa á nosotros que tú hayas pecado ó nó? Allá tú te entiendas.

Y sin más razones le volvieron la espalda.

Júdas, sin saber qué partido tomar, olvidado de las doctrinas que Jesus habia enseñado á sus discípulos, bien ajeno á los propósitos de penitencia y arrepentimiento que debieran haberle desviado de su fatal camino, comenzó á desesperarse y á blasfemar, y arrojando en el atrio del templo los treinta siclos que fueran causa de su perdicion, volvióse á salir de la ciudad, buscando algun medio de poner fin á su mísera existencia.

—Ven, Satanás, exclamaba arrancándose los cabellos, soy tuyo, te pertenezco en cuerpo y alma; ven á ser testigo de mi desesperacion, y dueño de todas mis acciones.

Y adelantaba hácia un valle frondoso y solitario.

La invocacion de Júdas no fué desatendida: oscurecióse á su vista el cielo, sintió el furor de los elementos, oyó la pavorosa voz del trueno, y bien pronto la formidable imágen del espíritu maligno se acercó á él, y le tomó de la mano.

El mal Apóstol sentia al contacto de Satanás, que se abrasaban sus entrañas.

—Yo soy el rey del abismo, le dijo, y puesto que has caido en él, vengo á lanzarte en su fondo, porque tú mismo le has elegido para tu morada eterna. En verdad, continuó, que en el curso de tu vida no te faltaron ocasiones para sal-

varte; en verdad que perteneciste á una familia muy dichosa, y fuiste honrado con el título de *enviado*... Con mucha frecuencia has escuchado una voz que te llamaba por otro camino, pero sus ecos no han durado mucho en tu corazon. Tu avaricia y tu envidia te gritaban en él con mayor imperio...

Júdas miraba lleno de horror la espantosa figura del espíritu del mal, y escuchaba su estentórea voz, y sentia que cada palabra era un dardo emponzoñado que se sepultaba en su pecho.

Satanás continuó:

—Cuando meditabas tu traicion, fuiste avisado muchas veces, para que conocieses tu maldad y trocases el camino. Tú, entónces, cerraste los ojos ante la luz, escogiste las tinieblas, y fuiste ciego y ofuscado á casa del pontífice Caiphás, y consumaste tu atroz delito... Pero todavía, aun despues de entregado á tu Maestro, pudiste arrepentirte y pedir misericordia...

El desdichado Júdas sentia todo el peso de sus remordimientos, que Satanás se complacia en alimentar.

—En fin, exclamó el mal Apóstol, si ya hice todo lo que has dicho, si te he creido en vez de haberte hecho objeto de mi aborrecimiento, dime qué es lo que resta en esta vida, muéstrame las puertas de ese profundo abismo donde me he de sepultar, y concluyan de una vez mis sufrimientos.

—¿Concluir has dicho?... Satanás prorumpió en ruidosas carcajadas, porque Júdas habia dicho el más estupendo desatino.

—Ven, añadió sin dejar de reir. Y arrastrando al desdichado Júdas le llevó á pocos pasos del lugar en que se hallaban, donde tomando un cordel que habia en el suelo se le entregó, y mostrándole un árbol le dijo:

— No puedes quejarte de mí: en ese árbol y en esta cuerda, está el término de tus males en esta vida; no tardes y concluye, puesto que concluir es lo que deseas.

Júdas asió la cuerda, y obedeciendo á Satanás, subióse al árbol despues de haberse colocado al cuello la cuerda fatal.

— Arrójate ahora, le dijo el espíritu, y nada temas, porque caerás en mis brazos.

Un instante despues espiraba el traidor Júdas, siendo recogida su alma por Satanás, y arrojada en el profundo abismo del fuego eterno, donde jamas hay alivio, ni tregua, ni esperanza.

Los vecinos de las aldeas inmediatas tuvieron bien pronto ocasion de ver el cuerpo de Júdas suspendido de las ramas de un árbol, y conocedores de su traicion, exclamaron unánimes:

— « Maldito seas. »

CAPÍTULO VIII.

LOS DOS CAMARADAS.

El mismo dia en que tenian lugar en el pretorio los acontecimientos que hemos reseñado, y al mismo tiempo que Poncio Pilato decretaba la muerte de Jesucristo, dos pequeños grupos de soldados salian por una de las puertas situadas á la parte occidental de Jerusalen, y se dirigian lentamente hácia el Calvario ó Gólgota, que era un monte muy cercano á la ciudad.

El primero de estos grupos era de soldados, los cuales venian custodiando á un hombre que traia una grande y pesada cruz. Era un reo de muerte.

La presencia hermosa y varonil de este desdichado, conservaba el sello del valor y de la energía que le habia distinguido en los combates y peligros de su azarosa vida. No era viejo; pero sus cabellos empezaban á encanecer, y aunque caminaba maniatado, lo hacia con una altivez y una dignidad, que no hubiera parecido mal en un poderoso monarca.

Si los soldados que le custodiaban hubiesen podido encadenar sus miradas, lo hubieran hecho; porque las que les

dirigia el reo aun les causaba temor, y les obligaba á tratarle con algun miramiento.

Finalmente, el que caminaba al suplicio con tan seguro paso era Dimas, el famaso caudillo de una partida de malhechores que por espacio de algunos años habia sido el terror de las caravanas que tenian necesidad de cruzar por las ásperas montañas de la Judea, y el perpétuo cuidado de los gobernadores y soldados romanos, que no cesaban en su persecucion.

Dimas habia sido vendido por uno de sus cómplices, y entregado á la justicia de Poncio Pilato.

En el otro grupo, que á corta distancia del anterior caminaba tambien hácia el monte Calvario, venia otro reo condenado al mismo suplicio, cargado con otra cruz de grandes dimensiones, y con igual acompañamiento de soldados.

No era éste de tan arrogante figura como el que le precedia, pues así como aquel tenia en su semblante cierto atractivo y majestad que le hacia ser temido, éste, por el contrario, era un hombre deforme, de pequeña estatura, cabeza grande y mal configurada, y semblante más propio para inspirar repugnancia que para mover á compasion.

El primero amenazaba con sus miradas.

El segundo insultaba á sus verdugos.

Dimas inspiraba compasion; Gestas, desprecio. No habíamos dicho que el segundo reo era Gestas; pero el lector debió conocerle, si recuerda aun las escenas en que han figurado estos dos malhechores, donde están sus retratos, tales como nos los ha trasmitido la historia.

Al fin, estos dos compañeros y cómplices de infinitos atentados, habian caido en poder de sus perseguidores; pero el

lector no sabe cuál fué la causa de su desgracia, y vamos á indicarla, siquiera sea muy ligeramente.

Gestas, hombre de crueles sentimientos, vengativo, sanguinario y envidioso, ocupaba el segundo lugar en la partida de ladrones que capitaneaba Dimas, con gran inteligencia y sagacidad.

Las inclinaciones de ambos eran muy opuestas, pues miéntras el jefe de la partida era casi siempre generoso, y muchas veces humanitario, Gestas, por el contrario, era ruin, cobarde, y falso en sus palabras y en sus acciones.

Dimas habia reprendido en algunas ocasiones á su segundo, y tambien le habia castigado.

Gestas aborrecia por esto á su jefe, y estaba descontento de él hacia ya muchos años. Las empresas á que los ladrones se lanzaban por órden de Dimas, eran siempre las más peligrosas, y Gestas preferia las más lucrativas; de modo que ambos vivian en contínua oposicion, y desconfiando siempre el uno del otro.

Más de treinta y cuatro años hacia que la cabeza de Dimas se venia pregonando con mucha frecuencia, ofreciéndose al que la entregara crecidas recompensas; pero ni Herodes, rey de la Judea, ni los gobernadores que le sucedieran pudieron realizar sus ofertas, porque Gestas no tuvo ocasion de vender á su jefe, ni valor para revelarse contra él.

Pero en la época en que terminaba la predicacion de Jesucristo, habiendo ofrecido Poncio Pilato una crecidísima suma al que le entregara á Dimas, tuvo Gestas entónces muy buena ocasion de asociarse con otro de los ladrones, llamado Caleb, que era enemigo de su caudillo, á consecuencia de una reyerta que tuvo con él, y de la cual salió muy mal librado.

Mucha sagácidad tuvieron que usar ambos traidores para lograr su intento; pero como los dos eran avaros y perversos, no dejaron de meditar un plan seguro que les facilitara el cumplimiento de su maldad.

Dimas nunca vivia descuidado; rara vez se separaba de sus secuaces; su sueño era ligero, y todo intento de sorpresa hubiera sido vano.

Sin embargo, un engaño hábilmente trazado aun podria conducirles al fin apetecido.

Bien pronto se decidieron, y valiéndose ambos ladrones de un labrador, llamado Estéban, á quien intimidaron arrebatándole en rehenes á un hijo suyo de corta edad, le hicieron ir á Jerusalen, llevando á Pilato las instrucciones de que habia de valerse para la prision de Dimas.

Estéban habia de quedar detenido entre tanto en poder de Pilato, y era tambien el encargado de recaudar la suma ofrecida al traidor, con la cual Estéban rescataria á su hijo de la detencion en que le tenian los ladrones.

El labrador, cuando llegó á la presencia de Pilato, refirió al magistrado cuanto le habia sucedido, y que era instrumento de la maldad de unos ladrones más perversos que el mismo Dimas; resultando de aquí, que tuvo ocasion de vengarse de los sobresaltos que éstos le causaran.

Por el pronto Pilato, muy contento de la nueva que le traia el labrador, aceptó las instrucciones trazadas por Gestas y por Caleb, y al efecto escogió una docena de soldados, á quienes vistió de mercaderes, y les hizo acudir á un camino solitario donde sabia que habian de acometerles Dimas y su gente. Aquellos soldados iban, sin embargo, bien armados, y dispuestos á arrojarse sobre el caudillo de los ladrones, cuyas señas habian aprendido perfectamente.

Una mañana cruzaban por un estrecho desfiladero de las ásperas montañas de la Judea cinco hombres, que por su porte, y la seguridad con que caminaban por las desiguales peñas, daban á conocer que conocian muy bien el terreno.

Era Dimas uno de los cinco personajes, que noticioso de que por un camino cercano habia de atravesar una caravana de mercaderes egipcios, pensaba en apoderarse de sus mercancías, y vigilaba las cercanías del camino acompañado tan sólo de cuatro de sus camaradas; porque tratándose de acometer á gente medrosa y desarmada, no le intimidaba su número, ni habia querido acudir con mucha gente para cometer un robo tan poco arriesgado.

No acudia Dimas á esta empresa de buena voluntad, y sí por entregar un buen despojo á sus subordinados, que empezaban á mostrarse descontentos, á causa de las pocas ocasiones que se les presentaban de ejercer su profesion.

El valeroso caudillo iba lleno de alegría á los combates y golpes de mano que ofrecian peligros, y por el contrario, cuando se trataba de ejercer cobardes violencias y vergonzosos latrocinios, sólo se ponia al frente de los malhechores, como aquel que acude á desempeñar una penosa obligacion.

Bien pronto divisaron éstos, desde una elevada peña que dominaba el valle cercano, la llegada de los caminantes. Dimas mandó entónces á dos de sus servidores, que eran Gestas y Caleb, que se adelantaran, quedándose él con los otros dos esperando á que los que creia mercaderes egipcios se acercaran al desfiladero.

El caudillo de aquella exigua tropa debia interceptar el

camino á los viajeros, secundado por los que le seguian, miéntras los otros dos les cortaban la retirada.

Llegó el momento de que los fingidos mercaderes fueron intimados por Dimas á que le entregaran las alhajas y mercancías que llevaban en los camellos. Entónces fué cuando los soldados, sacando sus armas, que traian cuidadosamente ocultas, se lanzaron briosamente sobre Dimas y sus dos fieles compañeros.

La lucha fué desesperada, porque los ladrones se batian heróicamente, causando algun destrozo en sus numerosos enemigos.

Mas los tres individuos de la partida no podian resistir el empuje de tantos soldados. Dimas fué herido y cayó en poder de sus enemigos; sus dos acompañantes murieron en la refriega, y Gestas y Caleb desde un principio huyeron de la montaña, y fueron por las veredas más solitarias hasta la casa del labrador Estéban, donde habian de esperar á que éste volviera, siendo portador del precio de su traicion.

Dos dias despues volvió á su cabaña el anciano labrador, y hallando á los dos bandoleros, les entregó, lleno de sobresalto por la suerte de su hijo, la cantidad que Pilato le habia entregado.

—Tomad, les dijo; ya veis que os he servido fielmente; ahora tened compasion de mí, y decidme qué habeis hecho de mi hijo.

—Para nada necesitamos la vida de tu hijo, contestó Gestas despidiéndose.

—Pues bien, ¿por qué no me le devolveis?

—Ve tú á buscarle; en el valle le hemos dejado atado á una higuera; creemos que le hallarás vivo.

Esta es la cuenta que daban aquellos infames de un

tierno niño que habian arrebatado de los brazos de su padre.

Salieron ambos de la choza, y empezaron á caminar en direccion á la montaña, miéntras el anciano corria lleno de zozobra en busca de su hijo.

Ya se olvidaba de que á su regreso de Jerusalen no habia venido solo; pero unos hombres que á alguna distancia estaban vigilando la entrada de su vivienda, se le acercaron, interrogándole con sus miradas.

— Sí, dijo el labrador, vedlos allí, aquellos son; detenedlos, tal vez habrán muerto á mi hijo.

Y sin esperar respuesta siguió precipitadamente al sitio donde le dijeron los ladrones que habian dejado al tierno infante.

Miéntras tanto, el que capitaneaba á aquellos desconocidos que vinieran de Jerusalen con órdenes del gobernador de la Judea, dió sus disposiciones para impedir la fuga de los dos criminales, y tomándolos los caminos, bien pronto les dieron alcance logrando apresar á Gestas, quien no hizo apénas resistencia porque conoció que moriria en aquel sitio. Caleb huyó con gran ligereza; pero no le valió ésta, porque uno de sus perseguidores le arrojó una piedra con tanto acierto, que le derribó sin sentido, y por no apresarle en aquel estado le degollaron. Volviéronse á la capital los enviados de Pilato, conduciendo á Gestas, á quien arrebataron el dinero que llevaba, y llegaron muy satisfechos al ver la desesperacion del malhechor que se halló cogido en sus propias redes.

El anciano Estéban halló á su hijo, á quien sus guardadores apénas le habian dado el preciso alimento.

Hecha la narracion de los acontecimientos que dieron por

resultado la prision de Dimas y de Gestas, volveremos á contemplarlos en el camino del Calvario, añadiendo sólo, para complemento de su historia, que Dimas, desde el momento que advirtió la desercion de Gestas y de Caleb, conoció que el engaño de que fué víctima, sin duda alguna era obra de estos malvados, y hubiera caminado al suplicio más contento si le hubiesen anunciado que Caleb habia muerto y que Gestas le seguia para morir á su lado.

Pero el caudillo de los malhechores y su vil camarada llegaron á la cumbre del Gólgota, y allí tuvieron ocasion de mirarse frente á frente.

— ¡Gestas! Exclamó Dimas, lleno de admiracion y de cólera. Veo que no has querido abandonarme, añadió con marcada ironía. Sin duda no pensaste mucho tu traicion, cuando tan mal librado sales de ella.

El reo á quien se dirigia, le contestó con una horrible carcajada, que era un insulto hecho á su caudillo, á los soldados que le guardaban y á la justicia del magistrado. Gestas iba á morir, y se reia de la muerte, como si su risa estúpida fuese una venganza que arrojaba á la cara de sus verdugos.

— Mucho me alegro, dijo, de acabar mi vida al lado de mi valeroso capitan, y sólo siento que nuestra patria pierda con su muerte uno de sus más ardientes defensores.

Demasiado entendió Dimas que Gestas, en tono de burla, le echaba en cara sus elevados sentimientos; pero en vez de irritarse se contentó con dirigir una mirada despreciativa á su cómplice, y replicarle con una calma glacial, y como si por última vez hablara familiarmente con él:

— Amigo, yo me he fiado de tí, porque te creí ménos perverso; mas te perdono desde luégo, porque yo he tenido la

culpa de mi desgracia. Hace algunos años que he debido matarte, porque no merecias otra recompensa por tus servicios; y pues no lo hice así, no me parece mal la leccion que me has dado. Si algunas cosas pudieran hacerse dos veces, yo te daria un consejo, pues tambien los traidores necesitan ser sagaces y avisados... mas el remedio es ya tardío, y creo debemos ocuparnos en morir pidiendo perdon al que ha de juzgar nuestros crímenes y pedirnos cuenta de la sangre inocente que hemos derramado.

Los soldados se habian detenido un momento á escuchar el diálogo de los dos ladrones, el cual hubieran querido durase más tiempo; pero Dimas volvió la espalda á su cómplice, y éste comenzó á insultar á todo el que se le acercaba.

—Hagamos nuestro oficio, dijo uno de aquellos desalmados sayones.

Y entónces comenzaron la terrible operacion de clavar á los dos reos en sus respectivas cruces.

Dimas se resignó con su suerte; confesó que desde el gobernador que le condenaba hasta los sayones que iban á quitarle la vida, todos cumplian perfectamente sus deberes; y con la mayor tranquilidad y presencia de ánimo, vió hacer los preparativos de su suplicio, obedeciendo despues con docilidad admirable á cuanto se le mandaba; y cuando fué levantada la cruz en que se le habia clavado, reprimió sus dolores y no volvió á dirigirse á su cómplice, ni á sus verdugos.

La conducta de Gestas no fué tan digna de elogio, pues á pesar de sus baladronadas y desvergüenza, cuando vió que iban á crucificarle hizo resistencia y luchó con los soldados, como si por esto pudiera evitar su muerte. Lloró, blasfemó

y mezcló sus espantosos quejidos con sus insultos y maldiciones, y se desesperó más y más al ver que cuanto más gritaba era mayor la burla que le hacian los soldados, recordándole á cada paso sus crueldades y rapiñas.

Luégo que los dos ladrones quedaron colocados en sus suplicios, los sayones que se habian ocupado en su crucifixion, sentáronse á descansar en la misma cumbre del Gólgota, diciéndose unos á otros:

—Hoy es gran dia: descansemos ahora, pues aun nos queda otro Reo que trae alborotada la ciudad.

LIBRO UNDÉCIMO.

EL SACRIFICIO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA CALLE DE LA AMARGURA.

El curso de la sagrada historia de Jesucristo nos va llevando insensiblemente á la narracion de escenas tan patéticas y conmovedoras, que no pueden escribirse sin que las lágrimas se mezclen con la tinta de nuestra pluma, y sin que el doloroso recuerdo de la muerte del Justo embargue nuestra mente y conmueva nuestro corazon.

Hay situaciones, en que la voz más elocuente y la pluma más inspirada y correcta, se detienen con temor ante la narracion de escenas sublimes que se sienten profundamente en el alma; pero que no se pueden expresar ni describirlas con algun colorido, sin miedo de empequeñecerlas y de profanarlas.

Las escenas que acompañaron á la muerte de Jesus no tienen ejemplo, ni le tendrán. En ellas aparecen la virtud más sublime, la resignacion más heróica, el sacrificio más fecundo, el dolor más amargo, la maldad más enorme y el espanto más universal.

Todo fué grande en aquella ocasion: grande y santa la Víctima, grande la culpa, grande la misericordia y grande el desconsuelo.

Perdónenos el lector esta digresion que nos ha dictado el profundo respeto del cuadro que vamos á ofrecerle, copiando casi literalmente de los libros sagrados la historia del sacrificio del Señor, y los interesantísimos episodios que acontecieron en el dia de su muerte.

Sentenciado Jesus á muerte por el débil ministro, fué entregado á la multitud, que con tanta impaciencia habia esperado el instante en que pudieran apoderarse de El.

Los sacerdotes, los escribas, los fariseos, el pueblo ciego y desagradecido, todos corrieron al pretorio y se lanzaron sobre su Víctima como hienas feroces, sedientas de sangre y de venganza.

Aun venia el Señor cubierto con aquella capa vieja y rota con que le habian adornado para escarnecerle. Los soldados entónces le despojaron bruscamente esta burlesca insignia, arrancándole al mismo tiempo los pedazos de sus delicadas carnes, pues la púrpura se habia pegado á su cuerpo, con la sangre que brotaba de sus innumerables heridas.

Pusiéronle sus propios vestidos, y como si Jesus tuviera aliento para soportar nuevas fatigas, colocaron sobre sus hombros una pesadísima cruz (cuyo árbol, segun la tradicion de nuestros mayores, era de cinco varas, y de tres los brazos), y con tan enorme peso mandáronle que caminara en direccion al monte Calvario, cruzando ántes por toda la ciudad, en cuyas calles se agitaba la multitud, ansiosa de presenciar el sacrílego espectáculo que les ofreciera el suplicio de su más decidido Bienhechor.

Parece increible que, al verle pasar ensangrentado, escarnecido, y llevando sobre sus hombros la pesada cruz en que habia de morir, parece increible, que mil y mil voces no protestáran por todas partes contra tan inaudita crueldad.

¿Dónde estaban sus Apóstoles y sus discípulos? ¿Dónde aquellos enfermos á quienes Jesus habia devuelto la salud, aquellos fieles que le reconocieran, y aquel pueblo que le victoreara con tanto entusiasmo el dia de su entrada en Jerusalen?

¿No habia entre tanta muchedumbre gentes piadosas y humanitarias que condenaran enérgicamente la traicion de Júdas, la envidia y soberbia de los sacerdotes, la maldad de los calumniadores y hasta la injusticia vergonzosa del magistrado?

¡Ah, sí!... Tambien entre aquel pueblo desbordado le seguian llenos de dolor algunos de sus fervorosos discípulos. Acaso los mismos Apóstoles se hallarian diseminados entre las turbas, y muchos corazones sentirian profundamente aquellos oprobios y aquellas crueldades de que era objeto su divino Maestro.

Pero ¿qué hubieran podido hacer éstos, contra la multitud que desaforadamente se asociaba al sacrilegio, promovido por las personas más autorizadas y respetables de la ciudad?

Aquellas protestas aisladas, sin apoyo, ni fuerza, ni autoridad, hubieran sido inútiles. La violencia de las pasiones habian exacerbado los ánimos, y el pueblo en aquella ocasion no meditaba, ni atendia á otra ley que á la de furor. No hay razones, no hay protestas en lo humano, para detener el ímpetu del furioso huracan; no hay voz poderosa que pueda dominar á las tempestades, y resonar más que el trueno, para imponer silencio á los elementos.

Jesucristo cumplia obediente los designios de su Eterno Padre, y léjos de mostrar resistencia á sus verdugos, se mostraba con ellos humilde y compasivo. Los que le amaban y le conocian como Dios, tampoco ósaban por lo tanto contrariar la voluntad suprema que su Maestro les enseñaba con su ejemplo.

Cumplia sólo á su piedad y á los sentimientos de sus generosos corazones, el condolerse ante aquel cuadro de desolacion, y el admirar entre congojas y lamentos la heróica abnegacion de un Dios que se sometia voluntariamente á las temerarias iras de miserables gusanos de la tierra.

Por eso le miraban contristados y le seguian al Calvario, deseando participar si fuera posible de sus agudísimos dolores, y compartir con El sus tormentos, y aliviar con sus desconsoladas lágrimas los sufrimientos que con mayor fiereza llenaban de congoja su divino Espíritu.

Pero aun no era tiempo. La sangre del Redentor habia de inaugurar las brillantes páginas del precioso libro, donde al lado de los déspotas y de los tiranos, debia presentarse la historia sublime de los mártires.

Pedro, Pablo, Andres y todos los discípulos de Jesus, ya que habian aprendido la doctrina del Hijo de Dios, tenian entónces que aprender á sufrir con resignacion los más horrorosos tormentos, y á espirar en un bárbaro suplicio.

En una de las calles por donde cruzaba Jesucristo, agobiado bajo el peso del madero de la cruz, aparecian unas santas mujeres entregadas al más acerbo desconsuelo.

Una de ellas, hermosa como los ángeles, demostraba en su rostro una afliccion que no puede describirse, ni compararse.

Era María, la más cariñosa de las madres, y en aquel

momento la Mujer más dolorosa, y la más contristada de las mujeres.

En su semblante, espejo purísimo de la inocencia, se pintaba toda la angustia, toda la ansiedad que sintiera su traspasado corazon.

Y acaso en aquel encuentro doloroso, no empezaban los padecimientos de la amorosa Madre.

Nada nos dicen los sagrados libros que tenemos á la vista, acerca de lo que acaeciera á María durante las escenas que tuvieron lugar en la casa de Caiphás, en el palacio de Herodes, y en la ancha plaza del pretorio.

Alborotada la ciudad con los sucesos á que dió lugar la prision de Jesucristo, bien puede presumirse que llegaran al hospedaje de María las tristes nuevas que la anunciaran los preparativos del sacrificio de su Hijo adorado.

Posible es, que alguno de los Apóstoles buscara á la Madre del Redentor, y la revelara en medio del mayor desconsuelo la traicion del pérfido Júdas, y los acontecimientos que en aquellos instantes eran objeto de todas las conversaciones.

¿Quién podrá comprender cuán terrible serian los efectos de unas nuevas tan tristes y desconsoladoras?

¿Quién sabe si la inquietud de una Madre tan tierna y cariñosa la conduciria á la plaza del pretorio, y la haria presenciar aquellas abominables escenas en que se injuriaba cobardemente al divino Señor y se pedia su muerte?

¿Acaso la amantísima Madre del Salvador vió aparecer á su Hijo en el balcon del pretorio, cuando le mostraran al pueblo, coronado de espinas y horriblemente ensangrentado?

Nada nos es permitido suponer en este punto, ya que no

hallamos consignada en la historia de la Madre de Dios la amargura que debió inundar su sensible corazon, al saber la nueva de la prision y tormentos del Hijo en quien tenia puesta su alegría y su felicidad.

Pero sí es indudable, que María se apresuró á buscarle, dispuesta, ya que no á librarle del furor de sus enemigos, á compartir con El todos sus dolores, á animarle con la dulzura de sus lágrimas, y á escuchar las últimas palabras que brotaran de sus divinos lábios.

Jesucristo, caminando al Calvario, habia caido en tierra, no pudiendo apénas soportar los malos tratamientos de sus verdugos, y el peso de la cruz, que era muy excesivo para un cuerpo delicado y falto de fuerzas y de sangre.

Poco despues se verificó el encuentro de Jesus y de María. ¡Oh, qué situacion tan lastimosa para aquellos dos Séres angelicales, que se hallaban enlazados por los vínculos del cariño más santo y celestial! ¡Quién podrá imaginar un encuentro más angustioso y conmovedor!

Aun no habia salido Jesus de las calles de Jerusalen, cuando una mujer, movida á compasion y sin temer á la turba que rodeaba al Señor, se acercó á El, y sacando un lienzo le limpió el sudor y la sangre que corria por su hermosísimo rostro. La piedad de esta mujer tuvo una prodigiosa recompensa, pues cuando despues miró el lienzo, halló, con gran sorpresa, que habia quedado impresa en él la imágen de aquel divino semblante de Jesucristo.

Esta mujer es conocida bajo el nombre de la Verónica.

A la salida de la ciudad cayó el Señor segunda vez sobre el duro suelo, rendido por la fatiga y sintiendo que se le agotaban sus fuerzas.

Viendo los judíos que su Víctima desfallecia, y temiendo

Lit. de N. Gonzalez, Madrid

EL CAMINO DEL CALVARIO.

que ántes de llegar al lugar del suplicio exhalara su último aliento, detuvieron á un hombre llamado Simon Cireneo, que á la sazon pasaba en direccion á la ciudad, y le obligaron á que llevara la cruz hasta el Calvario, caminando detras del Señor, ó, segun el testimonio de otros escritores sagrados, llevándola juntamente con Jesus.

¡Bien dichoso fué aquel hombre á quien le cupo la honra de ayudar al Señor á llevar la cruz! El Evangelista San Márcos consideró tan preciosa la mision del Cireneo, que no sólo hizo mencion de su nombre y patria (era natural de Cirene, ciudad de la Libia), sino que tambien escribió el nombre de sus hijos, para que se perpetuara la memoria de esta venturosa familia.

Mas á pesar de que Simon ayudara vigorosamente á la inocente Víctima á conducir aquel leño expiatorio, abrumado por el cansancio, cayó tercera vez el Señor, y tercera vez fué levantado entre furiosas amenazas y crueles golpes que le daban sin piedad sus acompañantes.

Los enemigos de Jesus le seguian gozándose en sus padecimientos, y su inhumana complacencia contrastaba con la compasion y tristeza de que daban ostensibles pruebas algunas almas fieles, que á alguna distancia seguian al Salvador llorando su muerte, y doliéndose de los insultos y malos tratamientos que se le prodigaban sin piedad. Aquel grupo de gentes sensibles y compasivas, se componia en su mayor parte de hijas de Israel que, como mujeres, temian ménos las venganzas de la sinagoga.

El Señor, que habia escaseado sus palabras para los magnates y potestades de la tierra, no se desdeñó de dirigirse á aquellas mujeres, y las dijo:

— «Hijas de Jerusalen, no lloreis sobre Mí; ántes llorad

sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, porque vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar; entónces comenzarán á decir á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados: cubridnos, porque si en el árbol verde hace esto, en el seco ¿qué hará?»

Anunciaba el Señor la ruina de Jerusalen y el castigo que habia de sufrir el pueblo deicida. Si la justicia de Dios permitió que los hombres tratasen así á su propio Hijo, porque puso sobre Sí los pecados que no eran suyos, ¿qué deben esperar esos mismos hombres que, siendo árboles secos, estériles é inútiles para el reino de los cielos, están destinados para el fuego eterno del infierno[1]?

Empero aquella comitiva, sin presentir los castigos que habian de caer sobre el pueblo ingrato, seguia caminando hácia el Calvario rodeando á su divina Majestad. Gentes de todas clases iban en pos de la Víctima, distinguiéndose entre ellas por su mayor encono, los escribas, fariseos, ancianos y príncipes de los sacerdotes y del pueblo. Iban éstos á la cabeza de la turba, y no querian perder de vista al Señor hasta que se consumara su feroz intento.

En este órden subieron lentamente la cuesta del monte Calvario, donde por fin llegó Jesus exánime y lleno de congojas.

Ya el pueblo se preparaba á asistir al espectáculo más cruel, y al mismo tiempo más conmovedor que han conocido las generaciones. El Cordero de Dios habia soportado ya con la mayor humildad los rigores sacrílegos que le ofreciera la ingratitud de los hombres.

---

[1] P. Scio, notas del Evangelio.

Pero aun no habia apurado el cáliz de la amargura; aun no habian terminado los ultrajes ni los tormentos.

El gran dia de la redencion llegó por fin, y el Dios misericordioso iba á ofrecerse como Víctima expiatoria de los horribles delitos de la humanidad.

¡Oh, qué sublime abnegacion! ¡Oh, qué infinita misericordia la de aquel Dios tan maltratado y escarnecido por aquellos mismos á quienes libertó en Egipto, amparó en el desierto, acompañó en la cautividad, y llamó siempre su pueblo escogido!

¡Bendito sea eternamente el que tantos ejemplos dió á los hombres de su humildad y de su inmensa sabiduría!

¡Bendito sea por siempre aquel Hombre que nos dió su celestial amor, que nos enseñó los sublimes ejemplos de caridad, y nos dejó hasta la consumacion de los siglos su sacratísimo cuerpo, su preciosísima sangre, y los méritos de su pasion y muerte, en satisfaccion de nuestras ingratitudes, y para aplacar la justa ira del Eterno Padre.

CAPÍTULO II.

LA CUMBRE DEL GÓLGOTA.

Era la hora de tercia; el cielo habia perdido su trasparencia y su esplendor, como si el sol y las estrellas del firmamento se entristecieran ante el lastimoso cuadro que se ostentaba en la cumbre del Gólgota.

El Hijo de Dios habia sido despojado de sus sagradas vestiduras, y se hallaba ya suspendido del santo árbol de la cruz.

Allí estaba Jesus cubierto de heridas, atormentado por agudísimos dolores, taladradas sus manos y sus delicados piés, coronado de espinas, desconocido de los hombres y hecho la Víctima de toda la humanidad.

El pueblo le mira y le escarnece gozándose en sus padecimientos, y entre aquella muchedumbre se destacan las odiosas figuras de los príncipes de los sacerdotes, de los ancianos, escribas y fariseos. El rencor de éstos no se ha satisfecho aun con los insultos y rigurosos tratamientos que han empleado para con el inocente Cordero de Dios, y aun esperan nuevos deleites al contemplar la dolorosa agonía de su Víctima.

Un poco más distante, y colocadas en una pequeña altura, se hallan algunas gentes afligidas, entre las cuales se ve á los Apóstoles y fieles discípulos del Señor, que ahogados de pena y derramando tristes lágrimas, contemplan aquel espectáculo, sin saber qué determinacion tomar, para remediar tanto infortunio.

Al pié de la cruz está María, recibiendo sobre su hermosísima frente la sangre que gota á gota va derramando el sagrado cuerpo de su amado Hijo.

María ya no llora, porque el exceso del dolor no da lugar al llanto, segun expresa San Agustin, ó acaso porque ya no tiene lágrimas que verter. Con el alma transida y destrozada contempla los sufrimientos del inocente Jesus, y busca en el mismo santo madero de la cruz un apoyo para sostenerse, y besa mil y mil veces aquel leño manchado de sangre, y cruza sus manos, y las eleva al cielo, y suspira profundamente, y vacila, y cae al pié del suplicio, no pudiendo ya soportar el rigor de tantas amarguras.

A su lado está el discípulo amado de Jesus, que en vano quiere ofrecer algun consuelo á la acongojada Madre. Y no tardan en acercarse con igual pena María, mujer de Cleofás, y María Magdalena, la más fiel y la más fervorosa de las discípulas de Jesus.

No muy léjos del lugar en que está levantada la sacrosanta cruz en que yace espirante el Redentor del mundo, se hallan unos soldados que reparten sus vestidos, y se ocupan en sortear la posesion de aquella túnica sangrienta que en tiempos más tranquilos habia tejido la Santísima Vírgen con la más tierna solicitud.

Por último, á los dos lados del suplicio del Redentor, se levantan las cruces de los ladrones Dimas y Gestas, siendo

á la vez víctimas y espectadores en aquel extraño y doloroso cuadro.

Sobre la cabeza de Jesucristo se habia fijado en el madero de la cruz, por órden de Pilato, un título ó letrero escrito en lenguas hebrea, griega y latina, para que las gentes de todas estas naciones pudieran leerle, y decia: *Jesus Nazareno, Rey de los judíos.*

Los enemigos del Crucificado habian leido este letrero, y tuvieron la audacia de presentarse ante Pilato para decirle:

—No escribas «Rey de los judíos,» sino que «El dijo ser Rey de los judíos».

Más Pilato se negó á que se hiciera tal modificacion, y les contestó:

—Lo escrito, escrito.

Pilato, sin pensarlo, confirmó una gran verdad, á saber: que Jesus era Rey de los judíos; así como Caiphás dijo en otra ocasion, sin conocer cuán cierta era su afirmacion, «que convenia que muriese Jesucristo, para que no se condenase á todo el género humano».

Obligados los verdugos del Señor á respetar el letrero mandado poner y puesto en la cruz, segun lo dictara el magistrado, hallaron en él nuevos pretextos para escarnecer á Jesus y multiplicar sus sacrílegas burlas, y con brutal alegría le decian:

—«Dios te guarde, Rey de los judíos.»

Y luégo añadian blasfemando y moviendo sus cabezas:

—«Tú que destruyes el templo de Dios y le reedificas en tres dias, sálvate á Tí mismo.»

Y los príncipes de los sacerdotes le denostaban diciendo:

—«A otros hizo salvos, sálvese á Sí mismo, si Este es el Cristo, el escogido de Dios.»

Gestas, que escuchaba las voces del pueblo, miró á Jesus, y queriendo tomar parte en las burlas que le hacian los soldados, le dijo:

—«Si Tú eres el Cristo, sálvate á Tí mismo y sálvanos á nosotros.»

Dimas, en quien la divina gracia empezaba á mover su corazon al arrepentimiento, se sintió indignado al ver que Gestas tomaba parte en aquellos infames denuestos del pueblo, y dirigiéndose á él le reprendió diciendo:

—Tú no temes á Dios hallándote en el mismo suplicio; y en verdad que nosotros padecemos justamente, porque recibimos lo que merecen nuestros hechos; pero Este ningun mal hizo.

Continuaban en tanto las atroces blasfemias y enconosas injurias de los judíos, saludando unos á Jesus con grotescas contorsiones, como si se dirigieran á un soberano á quien no temian, y ofreciéndole otros vinagre, con las ceremonias y demostraciones de respeto que usan los criados y servidores al ofrecer á los reyes las copas de los vinos y licores más exquisitos.

Jesucristo contemplaba en silencio todas las escenas que pasaban á su alrededor, sufria humildemente los agravios y denuestos de los judíos, y no exhalaba una queja ni lés devolvia una reconvencion.

Ya hacia algun tiempo que estaba en la cruz sin que hubiese hablado una sola palabra; mas cuando más ensañados estaban sus verdugos en su miserable entretenimiento, alzó los ojos, y dirigiéndolos al cielo exclamó:

—«Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que hacen.»

¡Oracion admirable y llena de amor hácia sus propios

enemigos! ¡Oracion sublime, y que sólo podia emanar de los labios de un Sér tan extraordinario y santo!

De esta manera respondia el Señor á sus implacables verdugos; y con este ruego, que no pudo ménos de ser escuchado por el Eterno, aun les ofrecia gracias saludables que pudieran aprovechar para su arrepentimiento.

Estas palabras tiernísimas de Jesus fueron oidas por los que se empleaban en su martirio; y causa admiracion el considerar cuánta seria la dureza y perversidad de los corazones de aquellos hombres, cuando ni siquiera supieron estimar una oracion que por sí sola era capaz de abrir los ojos á los más ofuscados, y de mover á penitencia á los más impíos.

El divino Señor, en medio de tantas amarguras, no tenia sino palabras de perdon para los pecadores, y no esperaba de ellos sino una súplica ó una sola palabra de amor, para contestar otorgando gracias y derramando consuelos sobre los corazones movidos por el pesar de haberle ofendido.

Uno de los que en aquella ocasion supieron aprovechar el tesoro que la misericordia del Señor mostraba á los hombres incrédulos y criminales, fué Dimas, aquel ladron famoso que por espacio de tantos años habia sido el terror de las aldeas y poblaciones situadas en las cercanías de las montañas de Judá.

Dimas, que clavado en la cruz al lado del Señor, tuvo ocasion de contemplar la perversidad de los judíos, y al mismo tiempo la mansedumbre y generosidad del Salvador, se sintió atraido por tanta grandeza como acertaba á contemplar en sus palabras y en sus obras. Entónces el ladron sintió el peso de sus pecados, y los aborreció; entónces fué cuando volvió sus ojos hácia la cruz en que yacia Jesus, y

conoció en El al Rey de los judíos, al Mesías, que sabia muy bien era esperado por aquel pueblo tan ciego y cruel, como ingrato y torpe.

—Señor, dijo á Jesus lleno de fe y poseido del mayor respeto, Señor, acordaos de mí cuando entrareis en vuestro reino.

—Hoy, le contestó el Señor, serás conmigo en el Paraíso.

Así recompensó la conversion de Dimas, absolviéndole de sus pecados y prometiéndole la vida eterna. Ante un sincero arrepentimiento, el Señor olvida todos los ultrajes recibidos, y acoge siempre al hombre bajo el rico manto de su misericordia infinita.

Pero en medio de tantos dolores, y á la presencia de un pueblo sumido en los antros tenebrosos de la impiedad y de la depravacion, el Señor tiene sed, y así lo dice con doliente voz.

Como el sediento desea humedecer sus labios en las aguas cristalinas de una fuente, así Jesus tiene sed y desea ardientemente que los hombres todos mitiguen su amargura, y le pidan contritos y humildes el perdon de tantos y tan horribles pecados como les dominan.

Pero los hombres no quieren comprender la sublimidad de su deseo.

Y como fuese costumbre dar á los ajusticiados vino mezclado con mirra para adormecer algun tanto sus padecimientos, los soldados ofrecieron á Jesus, vinagre mezclado no sólo con mirra, sino tambien con hiel.

Jesus lo gustó sólo para sentir el amargor de la hiel y de la mirra; pero no quiso beberlo para no experimentar el alivio que podia recibir con el adormecimiento que causa,

porque destinaba sus dolores para pagar por el pecador, y no queria atenuarlos, sino, por el contrario, apurar hasta las heces la copa de la amargura.

Cuando ya estaba para consumarse el sacrificio, miró el Señor á su desconsolada Madre que se hallaba al pié de la cruz al lado de su amado discípulo, y dirigiéndose primero á María y despues á Juan, les dijo:

—«¡Mujer, hé ahí tu Hijo!» «¡Hé ahí tu Madre!»

Esta era la preciosísima herencia que nos legaba. Una Madre protectora, una Criatura angelical, que desde entónces habia de ser la esperanza nuestra y la perpétua intercesora y medianera entre sus hijos (los pecadores) y el Eterno Padre.

No dijo Jesus, «Madre mia,» porque estas tiernísimas palabras hubiesen aumentado más y más su cruelísimo dolor, y por esto la llamó Mujer; y al designarla como Madre de Juan, la llamó tambien Madre de todos los mortales, y consuelo y refugio de todos los pecadores.

Bien podemos gloriarnos todos los hijos de la Iglesia católica de haber sido representados en San Juan, y quedado bajo el amparo y proteccion de la purísima y cariñosísima Madre, á quien no puede haber un verdadero cristiano que deje de amarla con toda la efusion y ternura de su alma.

Ya habian trascurrido más de dos horas y media despues de la crucifixion del Señor, y se acercaba ya el momento de su dichoso tránsito; entónces, lleno de desconsuelo, elevó Jesus sus hermosísimos ojos al trono del Eterno, exclamando:

—«¡Dios mio, Dios mio! ¿Por qué me has desamparado?»

Cesad ya en el desamparo en que me habeis tenido en mi

Lit. de N. Gonzalez, Madrid

MUERTE DE JESUS.

penosísima pasion; fortalecedme para que entregue mi espíritu en tus manos.

La agonía de la inocente Víctima era tristísima. El Hombre Dios padecia la mayor angustia, y á la par su alma santa y su sacratísimo cuerpo eran objeto de la tribulacion más aflictiva y de los más acerbos dolores.

Tan rigorosos padecimientos iban aumentando á medida que se acercaba el término del sacrificio.

Llegó, al fin, un momento en que, dirigiendo Jesus su mirada por la tierra, y teniendo representada en su imaginacion toda la historia de su vida, las ingratitudes de los hombres y todos los tormentos que habia sufrido durante su admirable peregrinacion, consideró que el sacrificio estaba terminado, y exclamó entre las convulsiones de su dolorosa agonía:

— «Todo se ha consumado.» Cumplí la mision sagrada que me encomendó mi Padre.

La doctrina de la nueva ley de gracia, quedaba ya en la tierra apoyada por el ejemplo del Redentor del mundo. Necesitaban los hijos de Adan la pasion y muerte de su Salvador, que se inmolara en satisfaccion de sus culpas, y ya la sangre de Jesus se habia derramado, para que con ella pudiera lavarse la indeleble mancha del pecado. El santo sacrificio se habia cumplido.

Y conociendo que habia ya llegado el instante de su muerte, exclamó dirigiéndose al trono del Todopoderoso:

— «Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.»

Y entónces, inclinando su divina cabeza, entregó su alma al Criador.

. . . . . .

La gran obra de la redencion habia terminado. Jesus habia sido ya el objeto de los vituperios, de las burlas, de los tormentos, de las crueldades é ingratitudes de los hombres; su sangre se habia vertido gota á gota. El hombre habia triunfado de la carne. El mundo quedaba redimido.

Pero la muerte de un Dios debia señalarse en la tierra con nuevos prodigios, y hasta la naturaleza no podia dejar de conmoverse y vestirse de luto, ante la sangrienta escena que habia tenido lugar en la cumbre del Gólgota.

Por eso el sol se habia oscurecido, y la tierra se estremecia violentamente, arrojando fuera de sus sepulcros á los muertos, que resucitaron conmovidos y llenos de consternacion.

Las piedras chocando unas con otras se partian en mil pedazos, el velo del templo se rasgaba, el trueno dejaba oir su pavorosa voz, y el orbe entero gimió, manifestando el sentimiento que le causara la muerte del Hijo del Eterno.

Entónces fué cuando el pueblo deicida se sintió sobrecogido.

Aquellos mismos que en la plaza del pretorio pedian con furiosas voces la muerte de Jesus, temblaban llenos de espanto, y sentian el implacable remordimiento de su espantoso delito, y algunos, cayendo en tierra, pedian á Jesus que les perdonara tanta ceguedad y cobarde alevosía.

La ira del cielo, manifestada tan evidentemente, les habia llenado de confusion, y ya la multitud avergonzada huia del Calvario, confesando la divinidad de Jesus, y adorando los impenetrables juicios del Sér Supremo.

María Santísima permaneció al pié de la cruz con el corazon traspasado, inmóvil, silenciosa, y rendida ante el peso de un dolor irresistible y muy superior á las fuerzas de una

débil Mujer, y de una Madre tan cariñosa. Juan no se apartó de su lado, ni tampoco las piadosas discípulas de Jesus, María Cleofás y María Magdalena, que tambien, llenas de amargura, lloraban con la mayor desolacion la muerte de su querido Maestro.

CAPÍTULO III.

EL PALACIO DE PILATO.

Luégo que los príncipes de los sacerdotes, los ancianos, escribas, fariseos, y el pueblo judío en general, consiguieron que Pilato sentenciase á muerte á Jesucristo, y miéntras le conducian al monte Calvario, el presidente de la Judea abandonó su tribunal y entró en su palacio, abrumado por el disgusto, ó más bien por el remordimiento de su injusticia.

Quiso descansar algunos momentos, ó distraerse ocupándose de los negocios de su gobierno; pero por más que no queria pensar en las tumultuosas escenas que habian tenido lugar aquel dia en la plaza del pretorio, y dentro de su mismo palacio, á cada paso encontraba recuerdos que empezaban á inquietarle. El atrio, la sala del pretorio, el balcon ó galería donde se habia asomado, y otros aposentos por donde habia hecho pasar á su Víctima, le parecia que estaban teñidos de sangre inocente, y que en medio del silencio que en ellos reinaba, se oian ayes lastimeros y terribles imprecaciones.

Poseido de estos recuerdos, y de una zozobra que nunca

habia sentido, llamó á uno de sus criados favoritos y le dijo:

— Ven, Servio; quiero que me acompañes á uno de los torreones del palacio; necesito ver lo que sucede en el Gólgota. Si ese Hombre es Rey de los judíos, sin duda hemos de presenciar algo extraordinario. He querido olvidar los sucesos en que hoy hemos tomado parte, y ya que esto no me sea posible, veamos lo que pasa hasta la muerte de Jesus.

Y seguido del criado atravesó algunos espaciosos salones, deteniéndose delante de una pequeña puerta de madera de cedro primorosamente tallada.

Sacó entónces una llave de boj, con la que abrió la puerta, y penetró en una escalera estrecha y tortuosa, aunque tapizada y alfombrada con lujo, por la que llegaron á una torre cuadrangular, que más propiamente pudiera llamarse un mirador construido para recreo de los dueños del palacio.

Las ventanas que tenia en los cuatro lienzos de pared estaban cerradas y cubiertas por ricos tapices de Persia, de modo que tan luégo como los dos personajes llegaron al torreon, se dirigieron á separar los tapices y dejar paso á la luz; pero luégo que así lo hicieron, se quedaron absortos y sin saber lo que en aquel entónces sucedia en el universo.

El cielo estaba oscurecido; una inmensa nube se extendia bajo el firmamento, como si la noche hubiera adelantado sus tinieblas, ó como si el sol negara aquel dia sus rayos á la tierra.

Este fenómeno era extraordinario. Verdad es que ántes de que Pilato hubiera subido al torreon ya habia notado la oscuridad del cielo; pero tan sólo creyó que el dia estaba nublado por un efecto natural, y nada llamó su atencion hasta que se detuvo á mirar el color pardo y lúgubre que presentaba el cielo.

—Paréceme, dijo Pilato, que esta oscuridad no es natural.

—Señor, dijo su confidente, veo que estás preocupado y que tienes miedo. Yo no niego, ni puedo negar, que el dia está oscurísimo; pero en esto no hallo nada maravilloso.

No escuchó Pilato á su servidor, y colocándose en la ventana que dejaba ver la parte occidental de la ciudad, buscó en el horizonte las avenidas y la cumbre del Gólgota, y bien pronto fijó su vista en tres cruces que se destacaban sobre las cabezas de la muchedumbre.

Fija su vista en aquel cuadro, permaneció absorto, y sin atreverse á hablar una palabra, para percibir mejor un sordo murmullo que, como el eco de una tempestad lejana, llegaba á sus oidos.

Pilato no podia distinguir claramente los objetos, pero se estremecia cada vez que los gritos de la multitud venian á recordarle las escenas que habia presenciado aquella mañana en la plaza del pretorio.

—Señor, volvió á decir el criado, nunca te he visto subir á esta torre cuando se ha crucificado á otros reos. Tú has cumplido siempre fielmente con la ley, y has sentenciado con justicia.

—¡Calla! Le contestó Pilato con imperio, y frunciendo las cejas, como si las serviles lisonjas de su acompañante le hiriesen en el fondo del alma.

Pilato no ignoraba su injusticia, y por eso era para él un horrible sarcasmo el atributo de justo con que queria adularle su criado.

Calló éste, desistiendo de volver á interrumpir las reflexiones de su señor, al ver que sus palabras eran recibidas con enfado.

Largo rato permaneció el presidente de la Judea con la vista fija en el horizonte, como si esperara la paz de su conciencia del desenlace del terrible drama que tenia lugar en el monte Calvario.

Pero esperaba en vano: Pilato, á pesar de que habia lavado sus manos públicamente, y de que el pueblo habia tomado sobre sí y sobre sus hijos el castigo de su injusta sentencia, no podia tranquilizarse.

De repente la tierra se estremeció; la torre en que se hallaba el presidente de la Judea, como todos los demas edificios de la ciudad, se agitaron violentamente; las peñas, que chocaban unas con otras, produjeron unos sonidos estridentes y desapacibles; parecia que se desquiciaba la máquina del universo.

Pilato palideció; sus piernas no pudieron sostenerle, y cayó sin sentido como si hubiera sido herido por el rayo.

Servio, entónces, no ménos atemorizado que su señor, tuvo sin embargo aliento para apartarle de aquel fatal mirador, desde donde tan bien habian podido observarse los extraordinarios sucesos que tuvieron lugar, cuando Jesus enviaba al Eterno Padre su último suspiro.

Trasladado Pilato á su aposento, y rodeado por sus caballeros, criados y esclavos, volvió en sí y recobró tambien su tranquilidad al saber que aquel estremecimiento de la tierra habia sido de corta duracion, y al confiar tambien en que aquellas tinieblas presto se disiparian para dejar paso á los luminosos rayos del sol.

Un esclavo entró en la estancia del presidente de la Judea, y le anunció la llegada de algunos de los príncipes de la sinagoga que querian hablarle. Apresuróse Pilato á darles audiencia, y luégo que les tuvo presentes les dijo:

—¿Y bien, decidme, quién es ese Hombre á quien habeis crucificado? ¿Qué decís de esta oscuridad y de el estremecimiento de la tierra? ¿Por ventura me habeis arrastrado á cometer una maldad? ¡Ay de vosotros, porque mi venganza será cruel!

Pilato queria declinar la responsabilidad de su delito, haciendo responsable de él á los miembros de la sinagoga, como si su torpe sentencia pudiera admitir excusa ni justificacion alguna.

Los nuevos interlocutores se encargaron de tranquilizarle.

—Nada temas, le dijeron; nosotros somos doctores de la ley que profesamos, y procedemos bajo una inspiracion. (Y en este punto decian verdad, porque les inspiraba su soberbia y su orgullo desmedido.) Nosotros, continuaron, no hemos reconocido, ni reconocemos á Jesus por Rey de los judíos, á pesar de que tú has mandado que se le titule así; porque ese Hombre que hemos crucificado ya has visto que no ha podido librarse de nuestro poder.

Esta era una blasfemia horrible que les sugeria su incredulidad; aquellos hombres tenian el corazon endurecido, y ciegos por la ira y las pasiones bastardas que les dominaban, no tenian la humildad de alma, ni la bondad de entendimiento para convertirse y confesar lo que habian negado con insistencia.

—¿Y nada me decís de los prodigios que todos vemos?

Los príncipes de la sinagoga no supieron qué contestar; pero en sus ademanes y palabras poco razonadas, manifestaron que todo aquello seria efecto de la casualidad, y algunos lo atribuyeron á los malos espíritus.

Nunca les faltarian excusas con que ocultar su soberbia y

justificar su conducta, por más que sus razonamientos no tuviesen fundamento ni apoyo juicioso.

Sin embargo, con ellos convencieron á Pilato, quien por otra parte necesitaba razones buenas ó malas para acallar los remordimientos de su conciencia.

— En fin, les dijo, ¿á qué habeis venido á mi palacio?

— Bien sabes, le contestaron, que hoy empieza la Pascua, y necesitamos preparar lo necesario para su celebracion, y retirar todo aquello que pueda profanarla; por lo tanto, quisiéramos que mandases quebrar las piernas de los crucificados, para que mueran pronto y quede tiempo de quitar sus cuerpos de las cruces, á fin de que no permanezcan colgados en ellas en un dia dos veces solemne, pues en este año ya sabes que concurren en el mismo dia las fiestas de Pascua y la del sábado.

Pilato, despues de haber sido tan complaciente otorgando á los judíos la muerte de su Dios, no quiso oponerse á una nueva peticion que le pareció muy justa, y sin vacilar despidió á los príncipes, concediéndoles la gracia que le demandaban.

Y por cierto que en esta ocasion quedó más tranquilo, porque aunque Pilato era gentil, los sucesos de aquel dia le habian hecho temer al Dios de los judíos, á quien sin embargo no conocia, y le pareció bien coadyuvar con algun celo á que el pueblo celebrara sus sagradas ceremonias.

Los enemigos del Señor entónces, sin sentir el horror que debia inspirarles el deicidio que acababan de cometer, acudieron muy solícitos á celebrar la Pascua.

Pero como sin duda estaba escrito que aquel dia estuviese el presidente de la Judea destinado á prestar su sancion á todos aquellos actos que su pueblo verificaba, aun tuvo

necesidad de volver á ocuparse del terrible asesinato que habia consentido, con escándalo de su justicia y de su régia autoridad.

Apénas los miembros de la sinagoga habian abandonado el palacio de Pilato, llegó un criado á la presencia de éste para anunciarle que unos senadores del sanedrin deseaban ser recibidos para hacerle una súplica.

Todos los acontecimientos impresionaban ya al temeroso ministro, y falto de energía para desechar sus interminables vacilaciones, se prestaba fácilmente á dar audiencia á todos cuantos se le presentaban; porque al paso que no conocia la divinidad de Jesucristo, temia el castigo del cielo, y ansiaba hallar personas que se le acercaran para tranquilizar de cualquier modo la inquietud de su espíritu.

Mandó entrar á los senadores, y uno de éstos llegó á su presencia, seguido de otro hombre de semblante franco y generoso, el cual, sin embargo, dejaba observar en él las huellas de una profunda tristeza. El senador del sanedrin era muy conocido en la ciudad por sus virtudes, y se llamaba José Arimatea; el que venia con él era Nicodemo, aquel fariseo que visitó á Jesucristo, y que concluyó por amarle como á su querido Maestro.

José Arimatea era un anciano venerable, el cual, á pesar de ser uno de los miembros del sanedrin, como queda dicho, nunca habia consentido en las persecuciones que se hicieran á Jesucristo, ni tampoco en su consejo permitió que se le ofendiera. José amaba á Jesus, y se llamaba su discípulo, sin temer las persecuciones de la sinagoga.

— ¿Qué quieres? Le preguntó Pilato con severidad.

— Señor, contestó José, yo no he tenido parte en el delito que hoy ha cometido nuestro pueblo.

Pilato hizo un gesto de disgusto, y reprimió la cólera que empezaba á sentir en su corazon.

Mas el anciano no se turbó ante el adusto semblante de Pilato, y continuó diciendo:

—Compadezco á los hijos de esta ciudad, que no han abierto los ojos para mirar á la luz.

—¿Vienes á hacerme cargos por la parte que me ha tocado en la muerte de Jesucristo?

—No es tal mi intento.

—Dí entónces á qué vienes, y excusa vanas palabras.

—Vengo á suplicarte que me concedas una gracia.

—Tu acento no es propio del que llega á suplicar.

—No te ofendan mis palabras, ni te parezcan poco respetuosas. Sabe, Pilato, que el amor que profesaba á Jesucristo me hace buscar una ocasion de verter toda mi sangre en defensa de su doctrina. Bien me conoces, y sabes que tengo valor para publicar los sentimientos de mi alma; y si al hablarte empecé declarándome discípulo de Jesucristo, lo hice tan sólo para que comprendieras la causa de mi peticion.

—No me has dicho aun lo que quieres.

—Que me concedas el cuerpo de mi Maestro para darle sepultura.

—¡Pues ha muerto ya Jesus!

Pilato, que no esperaba tan pronto esta noticia, hizo despues un gesto de indiferencia, porque creyó que la peticion de José seria otra de mayor trascendencia, y por cuya razon le dijo:

—Haz lo que pretendes, pues en nada me interesa la peticion que traes.

—Es que necesito el apoyo de tu autoridad, repuso José,

y no vengo á hacerte esta súplica con altivez, como sin duda has creido; ántes por el contrario, vengo á rogarte humildemente que des órden á tus soldados, para que me permitan dar sepultura al cuerpo sagrado de Jesus, y que impidan que el pueblo se oponga.

Pilato meditó un momento, y dirigiéndose á uno de sus cortesanos, le mandó que llamase al centurion de su guardia, el cual no tardó en presentarse.

— Ve, le dijo, y haz que el cuerpo de Jesus sea entregado á José Arimatea, para que le dé sepultura.

El centurion, que habia asistido á la muerte de Jesus, al presenciar los portentos que ocurrieron al tiempo de su muerte, se sintió sobrecogido de un horror santo, y la dureza de su corazon habia cedido ante el vivísimo resplandor de una luz celestial. Aquel hombre adoró entónces los altos juicios de Dios, y habia exclamado sintiéndose iluminado por la fe:

— «¡Verdaderamente Este era el Hijo de Dios!»

Y como al recibir de Pilato la órden para sepultar á Jesus, creyera que tambien su señor le reconocia y adoraba, exclamó con alegría:

— ¡Es posible, tambien tú reconoces su divinidad! ¡Tambien has abierto los ojos á la luz, y te arrepientes de lo que hemos hecho!

Estas palabras irritaron á Pilato, el cual estuvo á punto de revocar la órden dada, y de castigar al centurion.

— Calla, le dijo, sintiendo una violenta agitacion que en vano queria dominar. Obedece mis órdenes, y quitaos todos de mi presencia.

Hiciéronlo así José, Nicodemo y el centurion; y Pilato, sometido á un padecimiento moral que le llenaba de espan-

to y no cesaba de inquietarle, retiróse de aquella sala, y buscó á otras personas que le suscitaran otras conversaciones.

Pero esto no era posible. La muerte de Jesus habia causado una inquietud general, y todos se ocupaban de los prodigios que Jerusalen habia presenciado.

Pilato tuvo que sentir el peso de su remordimiento, por más que mil veces se dijo á sí mismo, como sintiéndose avergonzado de su debilidad, y abandonándose á su soberbia:

—Yo sentencié: ya no es tiempo de retroceder; he servido al César, y no debo dejarme llevar por vanos escrúpulos, y por temores indignos de un hombre que se sienta en el trono de Herodes el Grande.

CAPÍTULO IV.

ENTERRAMIENTO DE JESUS.

Volvemos á trasladar nuestra consideracion á la cumbre del monte Calvario, donde yacia pendiente de la cruz el cuerpo sacratísimo del Redentor, al lado de Dimas y de Gestas, que aun vivian y presenciaban la multitud de episodios que sucedian á su alrededor.

Pero tambien habia llegado la hora de la muerte de los dos ladrones.

Un grupo de soldados se acercaron á las cruces en donde padecian una lenta agonía, y descargando furiosos golpes sobre las piernas de los dos ladrones, bien pronto se las hicieron pedazos, y el acerbo dolor que les causara este nuevo martirio apresuró su muerte, y bien pronto exhalaron el último aliento.

Aquellos soldados traian órden de quebrar tambien las piernas á Jesucristo; mas como ya le hallaron muerto, no quisieron, ni juzgaron necesario el cumplimiento de su cometido.

Como todo cuanto sucedia estaba sujeto á una predisposicion divina, acaeció esta omision por parte de los soldados de Pilato, porque era preciso que se cumpliese lo que habia

dicho Moisés hablando del cordero pascual: *No quebrantareis alguno de sus huesos.* Dios lo habia mandado así, y habia querido que esto se observase siempre en aquel cordero pascual, para que se cumpliese ahora en Jesucristo, Cordero de Dios, representado en aquel.

Mas sucedió que uno de los soldados que Pilato enviara para quebrar las piernas á los crucificados, no se manifestó muy satisfecho con la conducta de sus compañeros, á quienes dijo:

— Romped tambien las piernas del Rey de los judíos.

— No, Longinos, dijo otro soldado. Ya está muerto, dejémosle, y aun le debemos dar las gracias porque nos ha quitado trabajo.

— Pues bien, dijo el que primero habia hablado, conviene que quede bien muerto. Y retrocediendo algunos pasos, enristró su lanza y partió á la carrera hácia Jesus. La lanza de Longinos penetró en el costado izquierdo del Señor, abriendo una ancha herida, de la que comenzó á brotar sangre y agua.

— Veremos si ahora resucitas, dijo el impío soldado.

Y satisfechos con este último acto de crueldad, se retiraron á la ciudad.

Este hecho se verificó así, para que se cumpliese otro texto de la Sagrada Escritura, que decia hablando de los judíos: *Miraron al que traspasaron.*

Dios permitia que se abriera una profunda herida en el corazon de su divino Hijo, porque siendo éste la parte más vital del cuerpo humano, no quedara á los judíos la más pequeña duda de la muerte de Jesus, y para que de su corazon saliese la sangre y el agua con que habia de redimir y lavar las almas de la mancha inmunda del pecado.

Segun las palabras de San Agustin y de muchos Santos Padres, del costado abierto del Señor manaron dos Sacramentos muy principales para la salvacion del hombre: el de la Eucaristía, en la sangre, y el del Bautismo, en el agua.

. . . . . .

Los verdugos de Jesus se fueron retirando del Calvario, quedando el santísimo cuerpo entregado á las almas piadosas, que acudian con los corazones llenos de dolor á llorar al pié de la cruz la muerte del Justo.

María, la dulce Madre de Jesus, no se habia separado un momento del santo madero en que su Hijo sufriera tantas afrentas, tantos dolores y tan triste agonía. El corazon de aquella Mujer inocente se hallaba desgarrado; la intensidad de sus sufrimientos habian embargado sus sentidos, dejándola en un estado que inspiraba la más profunda compasion, porque jamas se ha visto mayor angustia, ni tribulacion más dolorosa.

Poco á poco fueron acercándose al suplicio aquellas gentes que protestaran en el fondo de sus corazones contra la ferocidad del pueblo judío. Allí estaban aun María Magdalena, María Cleofé, y Juan, el discípulo amado del Señor, y otras muchas personas que contemplaban aquel sacratísimo cuerpo, sin atreverse á tocarle para ejercer en él los actos de piedad que se deben á los muertos.

Todos recordaban las lecciones del Salvador, especialmente aquellas que se referian á las obras de misericordia. La piedad de aquellas gentes era ya la piedad cristiana, que comenzaba á brotar en sus corazones, porque nuestra dichosa era habia comenzado ya, y un nuevo espíritu les inspiraba. Mas cuando los que rodeaban el cuerpo del Señor

yacian en la mayor indecision, luchando entre sus piadosos deseos y el temor de las crueldades del pueblo, vieron venir á José Arimatea y al fariseo Nicodemo seguido de algunos criados que traian escaleras y algunos otros objetos, cuidadosamente envueltos en unos pequeños canastillos.

La presencia de estos dos personajes reanimó un poco á los discípulos del Señor, pues desde luégo conocieron que aquellos que llegaban eran amigos fieles del Crucificado, y que sin duda venian á llevar á efecto los caritativos deseos que todos sentian.

—Ea, amigos, dijo José, es preciso que nos ayudeis, pues es nuestro el sagrado cuerpo de Jesus, y nadie nos impedirá el que le demos sepultura.

Con el mayor celo se prestaron todos á ayudar á José y á Nicodemo, é inmediatamente acercaron las escaleras á la cruz y comenzaron su bendita obra, desclavando á Jesus con el mayor cuidado y veneracion, y haciendo descender aquel cadáver yerto y ensangrentado.

El repugnante cuadro que poco ántes ofreciera la cumbre del Gólgota, cuando los blasfemos injuriaban al Señor, se habia cambiado, ofreciendo despues otro nuevo cuadro, tambien sublime y conmovedor.

El cuerpo de Jesus era quitado del suplicio y adorado de aquel grupo de hombres y mujeres que tanto habian amado al Señor, y que tantas lágrimas derramaran al ser testigos de sus afrentas y horribles padecimientos.

Cuando le bajaron de la cruz se le entregaron á su Santísima Madre, que le esperaba con los brazos abiertos, y entónces comenzó Esta á abrazarle estrechamente contra su seno virginal, y á expresar con tiernísimos suspiros el nuevo dolor que se renovaba á cada instante dentro de su pe-

cho, con nueva intensidad y amargura. No es posible describir la tristísima escena que tuvo lugar en aquel entónces y en aquel célebre monte donde se verificó la gran obra de la redencion del género humano. No hay palabras para dar á conocer tanto sentimiento; sólo el corazon de María podria explicarle; sólo su acongojada presencia bastaria para hacernos sentir lo que no cabe en nuestra mente, porque acaso la espada que anunció Simeon á María, nunca penetró más hondamente en su corazon maternal.

Los que presenciaban aquella tiernísima escena, no se atrevieron á impedir á la contristada Madre que se entregara por algunos momentos á los accesos de su angustia y desolacion.

Mas era preciso arrancar de sus brazos aquel tesoro, y hacer que María apurase de una vez la amarga copa del dolor.

Tomaron el cadáver y comenzaron los preparativos para su enterramiento.

No faltaron en aquella ocasion algunas mujeres compasivas que, rodeando á María y dirigiéndola afectuosas y consoladoras palabras, la separaron de aquel sitio donde habia sufrido tan fieros martirios, y la condujeron á la ciudad.

María era angelical, y no se opuso á la voluntad de aquellas santas mujeres; conocia que era necesario hacer aquel sacrificio, y dejó á su Hijo en poder de aquellas personas que la inspiraban confianza, y fué á buscar en un rincon de su aposento un lugar donde entregarse libremente á sus dolorosos recuerdos.

Mientras tanto José y Nicodemo, acompañados de los demas fieles que quedaban en el Calvario, comenzaron el embalsamamiento del cuerpo de Jesus.

Nicodemo habia traido como cien libras de una mistura de mirra y de acíbar, cantidad que á muchos ha parecido excesiva para el embalsamamiento de un cadáver; pero debe advertirse, que esta mistura no sólo debia servir para conservar el cuerpo de Jesus, sino tambien para sahumarle y sahumar tambien la bóveda y monumento en que debia ser sepultado.

Luégo que quedó embalsamado el sagrado cadáver, le envolvieron en una sábana nueva que el piadoso José habia comprado, cubrieron el divino rostro con un lienzo que llamaban sudario, y envuelto ya el cuerpo en la sábana, le fajaron con un ancho vendaje, siendo todos los lienzos y la sábana empapados ántes en el mismo bálsamo que habia servido para el embalsamamiento, segun se acostumbraba á hacer entónces con los cadáveres de los judíos.

Terminada esta piadosa operacion, tomaron respetuosamente el cadáver de Jesus, y le condujeron á un huerto situado á ciento y ocho piés, ó treinta varas de distancia del monte Calvario, donde José habia mandado abrir un sepulcro en una peña para su enterramiento y el de su familia. José, inspirado por su misericordia (y más bien por la voluntad del Eterno Padre, que habia destinado aquel sepulcro para el enterramiento de su Santísimo Hijo), le pareció más digno dedicar aquella bóveda á que guardase el cuerpo santo de su Maestro.

Debe advertirse que en aquel sitio no se habia verificado enterramiento de persona alguna; estaba cavado en peña viva, y tenia todas las condiciones necesarias para que no pudiera decirse despues, que no era el Señor, sino otro, el que salia vivo de su sepulcro.

Bien pronto llegaron al huerto y depositaron á Jesus en

esta sepultura, colocando su divina cabeza al Occidente para que quedase mirando al Oriente, que era la parte del mundo que los israelitas miraban con predileccion, porque, segun su antigua creencia, del Oriente habia de venir la misteriosa estrella de Jacob.

La entrada del sepulcro no estaba abierta al costado, segun solian tenerla así muchos monumentos de esta clase, sino que se cerraba por una ancha y pesada losa, que fué colocada en la parte superior por los piadosos varones José de Arimatea y Nicodemo.

Con esta última operacion terminaron su obra bendita y misericordiosa, digna de los ángeles del cielo; y despues de derramar abundantes lágrimas sobre aquella funeraria losa, se retiraron á la ciudad, seguidos de los que les habian ayudado en tan laudable y meritorio ejercicio.

María Magdalena, y María madre de Santiago el Menor, quedaron solas en el lugar donde se habia verificado el enterramiento. El amor y la veneracion que profesaban hácia su divino Maestro las retenia en aquel sitio, del que no quisieran separarse jamas, y empezaron á pensar de qué medio habian de valerse, para tributar á aquel santo cadáver nuevos homenages de adoracion y de respeto.

Ya hacia rato que permanecian allí silenciosas y abstraidas, cuando Magdalena dijo á su amiga, la madre de Santiago:

—¿No te parece bien que por nuestra parte ofrezcamos al Señor nuevos aromas y bálsamos, y con ellos vengamos á ungir este sagrado cuerpo?

—Sí, contestó María; pero no debemos escoger las misturas más abundantes, sino las más preciosas.

—Sí, dices bien, la interrumpió Magdalena; volvamos á

la ciudad; aun tendremos tiempo de comprar los más exquisitos ungüentos; toda mi fortuna será bien empleada, si se la ofrezco al Señor, que tantas pruebas nos ha dado de su santidad y de su misericordia.

Aquellas dos mujeres, animadas por un mismo espíritu, se apartaron del sepulcro por un breve espacio de tiempo, y bien pronto se perdieron en las estrechas calles de la ciudad.

. . . . . .

Durante los acontecimientos que hemos referido en este capítulo, pasó la tarde y llegó la noche.

Noche sombría y amenazadora para muchos; noche de duelo y de lágrimas para otros.

Los miembros de la sinagoga tuvieron sin duda ocasion de recordar la obra impía que habian terminado; pero léjos de sentir un grandísimo pesar y de conocer su injusta saña, aun persistieron en ella, y temieron á Jesus despues de muerto.

¿Qué Hombre era aquel, que de tal modo les causaba celos, y les tenia tan inquietos y temerosos de su poder?

Si Jesucristo hubiera sido un hombre vulgar, es posible que, despues de su muerte, le hubieran olvidado sus enemigos; pero no sucedió así.

Los príncipes de los sacerdotes temieron aun que volviera á resucitar aquel Impostor (segun ellos llamaban al que era la Verdad por esencia), y se fundaban para sospechar tan extraño acontecimiento, en que Jesus habia profetizado su resurreccion.

Lo singular es que, despreciando como despreciaban torpemente las palabras de Jesus, no estaban seguros de que su profecía dejara de cumplirse.

Pusiéronse de acuerdo unos y otros, y con el objeto de

observar lo que pudiera suceder en el sepulcro santo de aquel Hombre á quien no podian olvidar, se dirigieron nuevamente, en la mañana del sábado, al palacio de Pilato, á quien no cesaban de molestar con repetidas peticiones.

— ¿Qué quereis? Les dijo secamente el magistrado, luégo que los miembros del sanedrin llegaron á su presencia.

— Señor, dijo uno de ellos, nos hemos acordado de que ese Hombre que ayer murió en la cruz, dijo durante su vida, que habia de resucitar despues de tres dias. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta que pase el dia tercero, no sea que vayan sus discípulos de noche, le roben, y digan á la plebe: «Resucitó entre los muertos;» porque este nuevo error seria peor que el primero.

Pilato, que ya estaba abrumado por tantas peticiones, que desde el dia anterior vivia intranquilo y desvelado, y que, por último, habia hecho propósito de olvidar todo lo ocurrido, despidió bruscamente á los que le venian con nuevas peticiones, diciéndoles:

— Guardia teneis; guardad vosotros el sepulcro de Jesucristo.

Tenian los judíos una compañía de soldados para guardar el templo, y á esta guardia se refirió Poncio Pilato.

Esta respuesta del magistrado fué providencial, segun la oportuna reflexion de San Juan Crisóstomo, pues Dios permitió que Pilato no quisiese dar sus soldados para la guardia del santo sepulcro, porque si así lo hubiese hecho, cuando se verificó la resurreccion, habrian dicho los judíos que los soldados gentiles se habian concertado con los discípulos de Jesucristo, para entregarles el sagrado cuerpo de su Maestro.

Aceptaron los enemigos del Señor la respuesta de Pilato,

y sin detenerse ordenaron que los soldados del templo guardaran el santo sepulcro; y para asegurarse más de la verdad de los hechos que pudieran ocurrir, luégo que llegaron al huerto y se acercaron al monumento que guardaba el sacratísimo cuerpo del Redentor del mundo, alzaron la losa y se persuadieron de que el cadáver estaba allí, y despues, volviendo á colocar la piedra que cerraba el sepulcro la sellaron con el sello público, y dejaron guardias de su nacion para que vigilasen constantemente, no sólo el lugar del enterramiento, sino tambien sus cercanías.

Todas estas inútiles medidas, dictadas por su incredulidad grosera, sirvieron despues más y más para comprobar la divinidad de Jesucristo y la certeza de su resurreccion.

CAPÍTULO V.

SOLEDAD DE MARÍA.

La noche que sucedió al gran dia de la redencion de los hombres, Jerusalen estaba contristada; las sombras habian cubierto con su negro manto aquellas calles estrechas y tortuosas, y el silencio reinaba en todas las casas y en todos los palacios.

La ciudad de Dios presentaba el aspecto de una gran poblacion, en la que ha tenido lugar durante el dia un combate reñido y sangriento, y llegada la noche los guerreros han vuelto á sus tiendas, dejando sus calles y sus plazas cubiertas de luto y desolacion.

Aquel dia se habia cometido un gran crímen que habia hecho eco en todos los corazones, y la noche llegó infundiendo espanto en todos los ángulos de la ciudad, y vergüenza en los rostros de aquellos verdugos, que no se sentian con valor para confesar su perversidad impía.

En medio de tan profundo silencio, hubiérase creido que los moradores de aquellas casas y suntuosos palacios se hallaban entregados al descanso; y sin embargo, cuán erróneo hubiera sido este juicio.

No, no dormian los ciudadanos de Jerusalen: las conciencias de los unos estaban atormentando cruelmente á los culpables, miéntras el llanto y la melancolía ahuyentaba el sueño de las almas piadosas y compasivas.

En aquellos momentos, casi todos los habitantes de la ciudad se hallaban aislados y sometidos á sus inexorables recuerdos, y sin hallar el dulce sueño que pudiera interrumpir los remordimientos de los unos, y las lágrimas de los otros.

Pero abandonando á los primeros al rigor de sus intranquilas meditaciones, penetremos en una humilde estancia, en cuyo interior apénas se hallan los objetos precisos para las necesidades domésticas. Aquel aposento sencillo nos da la más perfecta idea de la modestia de la Criatura angelical que en él tiene su morada.

Un lecho humilde y limpio, como todo el escaso mueblaje que forma el ajuar de la casa, se halla á un lado; pero en aquel casto lecho nadie reposa, ni en él se advierte huella alguna que dé á entender que alguien haya buscado en él descanso de sus fatigas, ni el alivio de sus pesares.

¡Ay! La inocente Criatura que en alguna ocasion se reclinara en aquel lecho virginal, no ansía el descanso, ni se queja de sus dolores, ni piensa en buscar un sueño reparador que la devuelva sus perdidas fuerzas.

María, la tristísima Madre de Jesus, que se habia hospedado en aquel aposento durante su estancia en Jerusalen, despues que volviera aquella tarde del Calvario con el corazon traspasado y el alma atribulada, habia caido exánime en un rincon de su vivienda, y allí permanece muda, absorta, inclinada su hermosísima cabeza, y cruzadas sus blanquísimas manos.

Ya no se ven lágrimas en sus pálidas mejillas. Su llanto se ha agotado. Aquellos hermosísimos ojos, que prodigaran ántes dulcísimas y candorosas miradas, han perdido su movilidad, y sólo se fijan en la tierra, que recibiera en su seno la sangre preciosa de Jesucristo.

María ha apurado ya el cáliz de la amargura, ha llegado al último grado del desconsuelo y del dolor, y abandonada á sus meditaciones, ha quedado inmóvil como una hermosísima estatua; cuya sublimidad no hay artista que la pueda reproducir.

María ha quedado sola en la tierra. Es la Huérfana que ha perdido el amor de sus queridos padres. Es la Esposa que ya no tiene á su lado al cariñoso amigo que compartió con ella sus alegrías y sus penas. Es la Madre desolada á quien han arrancado á su único Hijo para conducirle al más bárbaro de los suplicios.

Pero aun María en su soledad es más combatida por el infortunio que todas las huérfanas, las viudas y las madres desdichadas que apuran todos los dolores y tormentos de este valle de lágrimas.

El amor de la Santísima Vírgen es un amor inmenso, es un tesoro de ternura y del más entrañable cariño; no hay sentimiento grande que jamas haya llegado al colmo de la perfeccion y de la sublimidad, como el que se encierra en su corazon acrisolado y puro.

¡Ay! Por eso el duelo de María es inmenso é incomparable, como es inmenso el misterioso velo con que la noche oscurece los resplandores del luminoso dia. Por eso las amarguras que inundan su pecho no pueden ser comparables con las que han arrancado raudales de lágrimas á todas las huérfanas, á todas las viudas y á todas las madres.

María ha visto padecer en una cruz al divino Señor que era objeto de sus santas contemplaciones; ha presenciado el crímen más atroz é inaudito; ha sentido los tormentos á que se ha condenado á un Hombre inocente; María, en fin, ha perdido al mejor de los hijos, que se dignara hollar con su divina planta una tierra cenagosa, donde se aspiraban los corrompidos miasmas del pecado de Adan.

¡Justo es su sentimiento, y triste su desamparo!

Pero en medio de aquella soledad, y al mismo tiempo que guarda en su regazo una ensangrentada corona de espinas, que la recuerda á cada instante la barbarie de los verdugos que han crucificado á su amantísimo Hijo, María, siempre humilde y heróica, se somete con admirable humildad á los inescrutables designios del Sér Supremo, y le ofrece todos sus padecimientos, y le demanda piedad para aquellos que fueron causa de su desolacion.

La Santísima Vírgen ha quedado sola en la tierra, porque ha perdido á su Jesus, que era la luz de sus ojos, la alegría de su alma, el consuelo de sus penas, el objeto de sus cuidados, la vida de su vida y el alma de su alma.

Ha quedado sola en la tierra, porque aquel sapientísimo Maestro á quien escuchara con tanto fervor, ha roto ya los vínculos que le ligaban á su vida mortal; porque ha muerto en una cruz aquel Hijo cariñoso que la prodigaba tantos cuidados; porque sus corporales sentidos ya no ven á aquel Dios de bondad á quien mirara con tan profundo respeto.

Y sin embargo, la Santísima Vírgen aun cree escuchar la voz de su Maestro, aun siente las caricias de su Hijo, aun admira y venera á su Dios y se dispone á cumplir ciegamente su divina voluntad.

—¡Ah, Jesus mio! Exclama en su soledad. Yo hubiera

querido compartir contigo todos los martirios de que has sido inocente Víctima. Yo hubiera querido morir á tu lado, y acompañarte en la obra sublime que el Eterno te habia confiado, como te acompañé en tu infancia y en tu juventud; pero acepto este desamparo en que me hallo, y bendigo los mortales padecimientos que han agotado mis lágrimas y tienen oprimido mi corazon.

María no puede contener los suspiros que se exhalan de su traspasado pecho, y llena su mente de sublimes pensamientos continúa su humilde meditacion.

Tú que cuidas de las florecillas de los campos, Tú que das alimento á las sencillas aves y no te niegas ni á las fieras, ni á los venenosos reptiles, velarás por Mí, no para aliviar estas penas que desde hoy serán mi mejor alimento, sino para ayudarme á cumplir tus mandatos.

Sí, sí, Hijo mio; Yo acepto la herencia que me has legado; Madre seré de todos los hombres, á quienes miro llena de conmiseracion, porque están dominados por el error, y no conocen tu divina misericordia. Yo tambien, Hijo mio, gemiré á su lado, y así como Tú has consentido en morir por amor á los hombres ingratos, Yo tambien acepto el sacrificio, consintiendo gustosa en vivir, para ser la Madre de los pecadores[1].

Y en aquellas largas horas en que la Madre del Redentor yacia olvidada de las gentes y sumida en la más santa contemplacion, apuraba la inmensidad de su amargura, y

[1] Esta meditacion que ponemos en boca de la Santísima Vírgen, no es auténtica como lo son otros diálogos que hemos tomado de las Sagradas Escrituras; sin embargo, es verosímil que María pensara de este modo, interpretando fielmente la voluntad del Altísimo, á quien siempre obedeció con humildad y santa resignacion.

no pudiendo olvidar un solo momento el sacrificio que se habia consumado en la cumbre del monte Calvario, pensaba en aquel bautismo de sangre preciosa que habia de regenerar á la triste humanidad.

Entónces consideraba tambien con honda pena la maldad de los judíos y la ceguedad de los idólatras.

Su corazon tiernísimo se sentia nuevamente contristado, y en seguida humildemente rogaba al Todopoderoso por sus hijos, á quienes ofrecia su dulcísimo amor y eterno patrocinio.

María oraba, para que nuestros deseos fueran puros, nuestros pensamientos rectos y nuestra voluntad sincera.

Oraba, para que nos aprovecharan nuestras penas, y porque los enfermos ofreciesen á Dios sus sufrimientos, y para que los dichosos hicieran participar á sus hermanos de su gozo.

Contemplando ante su vista aquel cuerpo desgarrado, marchito y helado por el soplo de la muerte, renueva sus fervientes oraciones, y con ellas alcanza la misericordia de Dios en favor de muchos de aquellos mismos que en el Gólgota injuriaran torpemente al adorable Hijo de sus entrañas.

¡Oh, cuán fecundos y provechosos para los hombres, fueron y han sido los ruegos de María desde los tristes dias de su soledad!

La inmaculada Vírgen, al paso que alentaba bajo el pesado yugo de su inmenso dolor, se unia al triunfo de la ley de gracia, con sublime abnegacion, y admitia su sacrificio y se le ofrecia al Todopoderoso en satisfaccion de los pecados de los que eran sus hijos.

Pero ¡ay! aunque la mente de María hallaba un grandí-

simo consuelo ante la vision de gloria que la ofreciera la regeneracion de la humanidad; aunque la obediencia, á que se sometia sin murmurar una queja, la alentara para caminar con paso firme por el áspero camino que la señalara el dedo del Omnipotente; la Madre no cesaba de sentir, cual si hirieran su sensible corazon las agudas espinas que taladraron las sienes de su amantísimo Hijo, los golpes furiosos con que maltrataron su cuerpo, los agudos clavos con que clavaran sus piés y sus manos, y todos y cada uno de los tormentos que prodigaran á Jesus aquellos despiadados verdugos, nunca satisfechos de sangre, ni movidos á compasion.

¡Oh Madre llena de amor y de dulzura! Tú que ofreces tu inocencia y tu martirio, para que unida á la sangre del Cordero de Dios, nos sirva de remedio y de satisfaccion de nuestros pecados;

Tú que tanta parte has tenido en la obra inestimable de nuestra regeneracion;

Tú que has merecido llamarte Reina de los Angeles, y Señora de los cielos,

¡Haz, dulce Madre, que nuestras lágrimas puedan mezclarse con las que derramaste en dias tenebrosos, al presenciar tantas iniquidades, y al padecer tan profundos dolores!

LIBRO DUODÉCIMO.

RESURRECCION DEL SEÑOR.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL SANTO SEPULCRO.

La noche del sábado en que los judíos celebraban la Pascua de los Acimos, habia terminado.

El santo sepulcro habia sido abandonado por los fieles discípulos de Jesus, y por las piadosas mujeres que le habian acompañado en sus predicaciones.

Sólo permanecian custodiándole algunos soldados de la guarda del templo de Jerusalen, que como queda dicho, habian sido colocados allí por los príncipes de los sacerdotes y miembros del sanedrin, para observar los sucesos que pudieran ocurrir en aquel pequeño espacio que guardaba el sacratísimo cuerpo del Crucificado.

Aquellos guerreros, que quizas habian formado parte de los que acompañaron al Señor al Calvario, estaban cansados de las fatigas de los dias anteriores, y muy descontentos con la consigna que habian recibido.

—¿Es posible, decian, que los miembros del consejo nos obliguen á permanecer aquí para custodiar á un Muerto?

—Bien podemos descansar con tranquilidad, dijo uno que apénas podia vencer el sueño de que se sentia acometido.

El silencio de la noche, la soledad de el huerto en que estaba el sepulcro, y por último el cansancio de aquellos vigilantes, pudo más que la severidad del mandato que les hicieran sus jefes y señores; y con su voluntad ó sin ella se rindieron al sueño, y cayeron dormidos al pié de la roca en que se elevaba no á mucha altura el templo que en aquellos instantes encerraba en sus entrañas el cadáver santísimo del Salvador.

Dos dias habian trascurrido ya desde la muerte de Jesus, y se acercaba el momento de su gloriosa resurreccion.

Durante este tiempo el alma santísima de Jesucristo habia bajado al seno de Abrahan, donde aguardaban las almas de los Santos Padres que estaban esperando su santo advenimiento. Aquí comenzaron á recogerse los ópimos frutos de la redencion tan esperada. Los Santos vieron llegado este dichoso dia, en que la inmensa luz que acompañaba á la Divinidad, inundaba de gloria y de resplandores los oscuros lugares que por tantos años les habian servido de mansion lúgubre, triste, y sólo embellecida por el dulce aliento de la esperanza, y por la constante fe de las promesas del Todopoderoso.

Desde aquel dichoso momento abriéronse las puertas del cielo para albergar allí á los justos, y éstos comenzaron á gozar del sumo bien de que se habian hecho dignos, y que principalmente debian á la infinita misericordia.

Volviendo ahora á hablar de los guardadores del santo sepulcro, nada podremos decir despues de lo que dejamos consignado. Permanecian dormidos profundamente, y muy

ajenos á soñar que un acontecimiento extraño y sobrenatural viniera á despertarles.

Pero cuando la tenue luz de la aurora del domingo apénas prestaba su rosado color á los horizontes, el alma bienaventurada de Jesucristo, unida á su cuerpo, y llenándole de su gloria inmortal, salió del sepulcro sin mover siquiera la losa.

Jesucristo resucitaba, porque habia llegado el feliz momento de su glorioso triunfo, y ya aquel cuerpo, en el que aun se conservaban las llagas producidas por los clavos y la lanzada con que le hiriera Longinos, era inmortal y poseedor de la eterna bienaventuranza.

Nada habian sentido los soldados que dormian al pié del sepulcro; pero llegó un momento en que la tierra se estremeció violentamente al tiempo que un ángel hermosísimo y rodeado de una luz celestial descendia desde el Empíreo, y volviendo la piedra del sepulcro se posaba sobre ella, inundando de divinos resplandores, más brillantes y hermosos que los del mismo sol, aquel sagrado huerto que habia sido consagrado para guardar por tres dias el cuerpo santo de Jesucristo.

Estos maravillosos sucesos hicieron despertar á los soldados, los cuales, atemorizados por el estruendo del terremoto que les anunciara la resurreccion del Señor, y ofuscados por la brillante luz que rodeaba al hermosísimo enviado del cielo, apénas pudieron mirarle, y volviendo de su sorpresa huyeron llenos de espanto, persuadidos de que Jesucristo habia resucitado, y de que aquel Hombre á quien trataran con tanto desprecio era un Sér poderoso, en cuyas manos sin duda alguna descansaba la máquina del universo.

Poco despues quedó el huerto abandonado, y el ángel desapareció, ó por lo ménos ocultó sus resplandores.

Todavía el alba no permitia ver claramente los objetos, cuando llegó al sepulcro de Jesus una hermosísima mujer que traia un cestillo colmado de yerbas olorosas y preciosísimos bálsamos.

Aquella mujer, que era María Magdalena, la discípula fiel de Jesucristo, habia caminado precipitadamente llena de celo y de entrepidez por aquellos oscuros y solitarios campos, y venia á embalsamar nuevamente el cuerpo santo de su adorado Maestro.

Bien hubiera querido su diligencia rendir este último homenage de respeto hácia el Señor en el dia que habia terminado hacia muy pocas horas; pero aquel dia por su desgracia fué sábado, y no pudo adquirir los preciosos objetos que traia en el cestillo.

Mas el domingo, mucho ántes de que amaneciera, como hubiese ya conseguido su objeto, no quiso detenerse un momento, y corrió á derramar sobre el cuerpo de Jesus los olorosos bálsamos que llevaba.

Pero cuál seria su sorpresa al llegar ante la losa sepulcral, y al verla removida y fuera de su sitio; no vaciló entónces en descender al sepulcro con una decision varonil, llegándose á convencer de que el cuerpo que buscaba, sin duda habia sido sustraido durante la noche. La ausencia de los soldados la afirmó más y más en esta sospecha, y poseida del más profundo desconsuelo, corrió á la ciudad precipitadamente, y no tardó en volver otra vez al lugar sagrado donde se verificara el enterramiento del Señor.

Pero aquella segunda vez, María Magdalena no venia sola. Acompañábanla Pedro y Juan, los dos discípulos de Jesus que habian merecido ser distinguidos entre los varones santos que componian el colegio apostólico.

Los tres corrian hácia el sepulcro llenos de una emocion que apénas podian explicarse. Juan, por ser más jóven y más ágil, llegó ántes que sus acompañantes, y habiéndose inclinado para mirar al fondo de la sepultura, pudo ver en el suelo la sábana santa y las fajas con que habia sido ceñido el divino cuerpo de Jesus.

Pedro llegó entónces y entró el primero en el sepulcro, hallando en el suelo los mismos despojos que viera Juan, y tambien encontró á un lado el sudario con que se cubriera el rostro del Señor.

El santo Apóstol al mirar aquellos objetos, al persuadirse de que ya no estaba allí el cuerpo de su amado Maestro, y al observar que ya la guardia habia abandonado el campo, sintió grandísima alegría, y se persuadió de que Jesus habia resucitado. Juan, que habia seguido á su amigo y compañero en el apostolado, sintió tambien el mismo consuelo al ver realizada la promesa que tantas veces les anunciara Jesucristo.

Poseidos del mayor gozo que habian experimentado en toda su vida, volvieron á Jerusalen, deseando encontrar á sus amigos y á los parientes del divino Maestro, para anunciarles tan fausta nueva. Miéntras tanto María Magdalena contemplaba el sepulcro y lloraba con el mayor desconsuelo, como si una mano invisible la hubiese arrebatado el precioso Tesoro en quien cifraba toda su felicidad.

Y así era: María Magdalena habia amado en vida á su divino Maestro, habia amado despues con igual celo y piedad el ensangrentado cadáver, y en aquellos instantes ya no tenia más que sus recuerdos, y la contemplacion de un sepulcro, en el que ya no podia adorar ni la sombra del Dios crucificado.

Miraba despues al fondo del sepulcro, y sólo veia entre las sombras los blancos lienzos que allí habian quedado, exclamando entónces con profunda amargura:

—¡Ya no está!

Pero una de estas veces en que permanecia en su contemplacion, vió dentro del sepulcro dos hermosísimos ángeles, vestidos de blanco, y sentados uno á la cabecera y otro á los piés, donde habia estado puesto el cuerpo del Señor.

—¿Por qué lloras? La preguntaron.

—Lloro, respondió María, porque me han quitado al Señor y no sé dónde le han puesto.

Una dulcísima voz, más grata aun que la de los ángeles, sonó entónces al ladó de la desconsolada Magdalena.

—¿Mujer, por qué lloras?... ¿A quién buscas?

Volvióse entónces la afligida hija de Bethania hácia la persona que la dirigia la palabra, y vió á un Hombre de hermosa presencia á quien á su vez le preguntó sin detenerse á contemplarle y creyendo que fuese el hortelano:

—¡Si tú le has llevado, dime dónde le has puesto y yo me lo llevaré!

Jesus, que era el que hablaba á su sierva, comprendiendo su ansiedad, y deseando recompensar su santo amor,

—«María,» la dijo con aquel acento cariñoso y humilde con que tantas veces habia llamado á los pecadores.

Sólo esta palabra tan dulce y melodiosa, sólo este nombre pronunciado por los sacratísimos labios de Jesus, bastó para que Magdalena conociera á su Maestro, y llena de gozo y de admiracion se arrojara á sus piés, quisiera bañarlos con sus lágrimas de alegría, y enjugarlos con sus cabellos, como lo habia hecho en la casa de Simon el Fariseo,

cuando se acercara al Salvador inundada en preciosas lágrimas de dolor y de arrepentimiento.

Mas Jesus la dijo:

— «No me toques, porque aun no he subido á mi Padre: mas ve á mis hermanos, y diles: Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.»

Dichas estas palabras, desapareció el Señor, y Magdalena corrió otra vez á Jerusalen á cumplir el mandato que habia recibido.

Pero aun no habian terminado las gloriosas escenas que sucedieron en el florido jardin á donde se habia levantado el santo sepulcro.

Todavía se acercaban á él aquellas piadosas mujeres que siempre acompañaran al Salvador en su memorable predicacion.

Entre estas mujeres, segun la tradicion afirma, llegaba tambien María Santísima. Su semblante abatido se asemejaba á una hermosa flor ajada por el viento tempestuoso de la adversidad; pero sus miradas no expresaban solamente el dolor, sino tambien la esperanza.

Aquellas santas discípulas que acudian llenas de amor y de respeto, llevando goma de cedro, mirra, cinamomo y otras sustancias aromáticas para embalsamar nuevamente á Jesus á la manera de los reyes de Judá, no habian podido anticiparse á María Magdalena, ya por la edad de algunas de ellas, ya por otras causas desconocidas, pero que fueron ajenas á sus deseos.

Sin embargo, las tradiciones, y San Ambrosio que vivia en el cuarto siglo de la Iglesia, afirman que la Santa Vírgen fué la primera que tuvo la dicha de ver resucitado á su adorado Hijo, y esto parece lo natural atendido el inmenso

amor que Este la profesaba. Por eso ántes de que Magdalena llegara al santo sepulcro, y miéntras las piadosas galileas se dirigian á visitar el sagrado cuerpo de Jesus, es de creer que María se separara algun instante de las mujeres que la acompañaran, para contemplar, llena del gozo más inmenso é infinito, á aquel Hijo adorado que habia vencido al infierno y era el *Primogénito de los muertos*. Se cree que Jesus se la apareció bajo la forma de un jóven vestido á la usanza del pueblo, y que conversó con Ella en voz baja, sin que nadie haya sabido lo que sucediera en una entrevista tan solemne y dichosa.

Por fin las santas mujeres llegaron al sepulcro, pensando en los medios que habian de emplear para alzar la pesada losa que se colocara para cubrir el sagrado cuerpo de Jesus.

Pero tan luégo como vieron que estaba volcada la piedra, fué grande su asombro y alegría, y ya no dudaron de que podrian sin dificultad embalsamar de nuevo el cuerpo de su Maestro.

Estando abierto el sepulcro, se adelantaron con ánimo de bajar á su fondo; pero no lo hicieron porque un ángel que allí estaba, bajo la forma de un hermoso jóven vestido de un ropaje blanco más que la nieve, las hizo retroceder asustadas.

— «No temais, las dijo con voz apacible; yo sé que buscais á Jesus Nazareno que ha sido crucificado: no está aquí; ha resucitado como lo habia dicho; venid y ved el lugar en que colocaron al Señor.»

Bajaron entónces al sepulcro las temerosas galileas, y quedaron maravilladas á la vista del sudario y de la sábana y fajas perfumadas de mirra que allí yacian esparcidas.

— «Id luégo, continuó el ángel, y decid á sus discípulos

y á Pedro que ha resucitado el Señor, y que va delante de ellos á Galilea, y que allí le verán como se lo ha prometido.»

Mas aquellas mujeres, á pesar de lo que se les decia y de lo que estaban viendo, no se persuadieron de que Jesus hubiese resucitado; ántes por el contrario imaginaron que habia sido hurtado aquel venerable cadáver.

Llenas de sentimiento y derramando tristes lágrimas, volvieron á tomar el camino de Jerusalen, lamentándose de la desgracia que las habia sucedido, pues no creyendo en la resurreccion del Señor, era para ellas una gran desgracia la pérdida de aquel objeto, al que, como Magdalena, consideraban como un inestimable tesoro.

El Señor quiso consolarlas y perdonarlas su incredulidad, en gracia de su sencillez, y se presentó delante de ellas en el camino de Jerusalen, trayendo las vestiduras que habia llevado ordinariamente, y hablándolas en el mismo acento dulce y cariñoso.

Reconociéronle entónces llenas de júbilo, y corrieron á postrarse ante su divina presencia en medio de mil exclamaciones de admiracion y de regocijo.

Las dichosas galileas pudieron en aquel momento ver las llagas que se ostentaban en las manos y en los piés del sacratísimo cuerpo de su Maestro, y las besaron con religioso fervor, y adoraron á Aquel que con tanta humildad no se desdeñaba de recibir los sinceros obsequios y muestras de amor de sus oscuras y fieles discípulas. Entónces, las que le habian acompañado hasta la cumbre del Calvario, y que en aquella ocasion volvian al lugar de su enterramiento á añadir una prueba más de su santo amor, alcanzaron una recompensa de sus virtudes y de su fidelidad.

—«No temais, las dijo. Id y anunciad á mis hermanos que vayan á la Galilea. Allí me verán.»

Y despues que pronunció estas palabras desapareció el Señor, dejando impresionadas y conmovidas á aquellas mujeres que, como María Magdalena, corrieron á cumplir el divino mandato del Salvador del mundo.

Y no habia pasado una hora, cuando ya dentro de la ciudad anunciaban á los Apóstoles la resurreccion del Señor y las maravillas que habian presenciado.

CAPÍTULO II.

EL VENCEDOR DEL INFIERNO.

Ya brillaba el sol con todo su esplendor y magnificencia, enviando su hermosa luz sobre los campos y ciudades de la Palestina, cuando algunos de los soldados que fueran guardadores del santo sepulcro, entraban en Jerusalen llenos de sobresalto, y sin acertar á darse cuenta de todos los sucesos de que habian sido testigos.

Sin embargo, en medio de su turbacion y azoramiento, conservaban ideas clarísimas é indudables respecto á algunos de los prodigios que acompañaran á la resurreccion del Señor.

Caminaban presurosos, y no tardaron en llegar á la casa del sumo pontífice, á quien pidieron audiencia con la mayor premura.

Sorprendido Caiphás con la llegada de los soldados, y temiendo alguna nueva maravilla, los hizo llegar á su presencia, preguntándoles con la mayor curiosidad:

— ¿Qué noticias me traeis? ¿Ha resucitado ese Impostor?

De esta manera solian nombrar á Jesucristo aquellos incansables enemigos de su Rey y de su Dios.

— Señor, dijo uno de los soldados, nosotros no le hemos visto salir de su sepulcro; pero estamos seguros de que ha resucitado, y de que su cuerpo ya no está en el sepulcro.

— ¿Cómo puede ser eso? Exclamó el pontífice lleno de cólera.

— Todo lo que podemos decirte es que la tierra se ha estremecido bajo nuestros piés; que la losa que cubria el cuerpo de Jesus Nazareno fué levantada por un ángel más resplandeciente que ese sol hermoso que nos alumbra... Esto es cierto, porque nosotros le hemos visto y hemos caido en tierra ofuscados y como muertos ante su centelleante y terrible mirada. Ignoramos el tiempo que hemos estado sin sentido; pero al fin volvimos poco á poco de nuestro espanto, y hemos huido de aquel huerto.

Caiphás hizo un gesto de disgusto, y quedóse pensativo sin saber á qué atribuir aquellos prodigios que le contaban, con tal de no deducir de ellos la gloriosa resurreccion del divino Vencedor del infierno.

Miéntras tanto aquel soldado, con el apoyo del testimonio de sus compañeros, continuó diciendo:

— A nosotros sólo nos correspondia hacerte una relacion fiel y verdadera de lo que hemos visto; ahora á vosotros os toca averiguar lo demas que haya sobre este asombroso suceso.

En vano trató Caiphás de tranquilizar á los soldados y de persuadirles, que lo que le contaban podia ser un sueño ó efecto de alguna alucinacion de sus sentidos. Mas aquellos protestaban que era cierto é indudable todo cuanto decian, y convencido el sumo pontífice de que no les haria decir nada en contrario, los despidió y mandó que inmediatamente se reuniera el concilio, compuesto de los príncipes de

los sacerdotes, los ancianos del pueblo, escribas y fariseos.

No tardaron éstos en oir de los labios de Caiphás y de los mismos guardadores del santo sepulcro, las mismas palabras que atestiguaban los prodigios que habian presenciado.

Pero en vez de averiguar los hechos y buscar la confirmacion de lo que se les decia, sólo pensaron en asegurar su triunfo, y en borrar, si les fuera posible, todos los milagros de Jesus, y hasta su memoria.

No pudiendo negar los repetidos prodigios que un pueblo inmenso habia visto con sus propios ojos, y que aun atestiguaban las montañas hendidas, las tumbas apénas cerradas, y las huellas del terremoto que aterró á los judíos el dia de la muerte del Salvador, insistieron en atribuir estos sucesos á la magia, y sosteniendo que Jesus, que aplacaba los vientos y las tempestades sólo con su voluntad, no era más que un hijo de Belsal, que habia fascinado al pueblo y mandado á los elementos, gracias al nombre de Dios de Israel, que por sorpresa habia arrebatado del santuario.

Acordaron entónces ofrecer dinero á los soldados que habian guardado el sepulcro, para que éstos, ocultando los verdaderos hechos, dijeran que estando ellos dormidos llegaron de noche los discípulos de Jesus y robaron su cuerpo.

Este miserable recurso no dejó de producir algun eco en el ánimo del pueblo judío, pues los soldados, halagados por el dinero que se les dió en remuneracion de sus falsedades, no tuvieron escrúpulo en propalar el embuste fraguado por el concilio.

El pueblo se dejó engañar por las ridículas mentiras que propalaron los enemigos del Crucificado, porque no hay absurdo calumnioso que no encuentre oidos crédulos para acogerlo, y lenguas dóciles para referirlo.

Pero si los temerarios miembros del sanedrin trabajaban con incansable afan por borrar todas las huellas que habia dejado á su paso el Hijo de Dios, su empresa era un imposible, porque la voluntad de aquel concilio y de aquel pueblo, y del mundo entero, no podia sobreponerse ni contrariar la suprema voluntad del Eterno Padre.

No, no podia ser infructuoso ni quedar oscurecido aquel sangriento sacrificio, que habia hecho estremecerse el Calvario y las ciudades de la Palestina.

Jesucristo habia consumado ya su preciosa obra, y con su muerte no se habia olvidado su doctrina sublime y regeneradora.

La gloriosa resurreccion de Jesucristo, le volvia de nuevo al lado de sus discípulos; pero ya desatado de los mortales vínculos que le unieran á la tierra, y libre de todo género de persecuciones.

Habia ya enseñado con su palabra, con su ejemplo no ménos admirable, y confirmado con sus prodigios, la verdad del Evangelio; habia ya elegido sus sucesores; la Iglesia nacia, y su discípulo Pedro era ya la piedra fundamental del edificio santo, que dura y durará hasta la consumacion de los siglos, á despecho de los falsarios y calumniadores que, vencidos por su orgullo é impiedad, quisieron en vano despojar de su prestigio y oscurecer la divinidad de Jesucristo.

Nuestro Señor, durante los cuarenta dias que siguieron á su resurreccion, permaneció aun entre los hombres para disponer los medios de que éstos recogieran el fruto de su victoria; pero aun su reaparicion pareció increible en un principio á los mismos Apóstoles, que llenos de temor á las persecuciones de los enemigos de Jesus, vivian ocultos y se-

parados, como el rebaño que ha perdido su pastor, y como los caminantes que desmayan en la mitad de su jornada.

Por eso cuando llegaron á la presencia del colegio apostólico aquellas santas mujeres, que habian tenido la dicha de adorar á Jesus despues de su resurreccion, aquellos hombres virtuosos, pero acobardados ante los sucesos que les llenaron de tristeza, no se mostraron convencidos. Sentian una inmensa alegría al considerar el triunfo de su querido Maestro; pero deseaban verle resucitado, y esto les mantenia en cierta perplejidad, puesto que las apariciones de que les hablaban no tenian á Pedro por testigo, y en aquella ocasion no hacian justicia á la veracidad de las afirmaciones de las mujeres de Galilea, que con tanto empeño referian lo que era cierto.

Pedro fué el que más pronto se convenció de la resurreccion del Señor, y en su consecuencia se dispuso á obedecer á sus mandatos, disponiendo su partida para Galilea.

Los demas Apóstoles no vacilaron un solo momento en seguir la misma determinacion, y sin detenerse en Jerusalen emprendieron su viaje, poseidos de la dulce esperanza de ver resucitado á aquel divino Señor, á quien amaban con toda la sinceridad de sus corazones.

María tambien abandonó á Jerusalen, y aunque en las Sagradas Escrituras no hallamos detalles de este viaje, puede suponerse con fundamento que iria acompañada de Juan, el discípulo amado de Jesus, el cual, desde la muerte de Este, adoptó por Madre á la Santísima Vírgen, y fué para Ella un hijo obediente y cariñoso.

Antes de que el Señor se presentara al Apostolado, se apareció á dos de sus discípulos en la aldea de Emaus, y tambien al Apóstol San Pedro; pero no se mostró á sus

Apóstoles hasta un domingo de Pascua, dia en que se hallaban éstos reunidos en una casa de la Galilea.

Como tenian bien cerradas las puertas por miedo á los judíos, y como sabian que nadie las habia abierto, al ver aparecer á Jesus quedáronse turbados, juzgando que veian algun espíritu ó fantasma.

Jesucristo, en virtud de sus dotes de agilidad, impasibilidad y sutileza, penetró en la sala, no viniendo revestido del dote de claridad, porque así convenia á sus altos fines; y tan luégo como llegó á la presencia de sus amados discípulos, les saludó diciéndoles:

— «La paz sea con vosotros.»

Y como les hallase confusos y azorados,

— «¿Por qué estais turbados? Añadió. ¿Por qué aflijen vuestros corazones pensamientos inquietos? No temais: Yo soy; ved mis manos y mis piés. Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que Yo tengo.»

Y habiendo dicho esto, les mostró las manos, los piés y el costado.

Conociéronle al fin los Apóstoles, y llenos de júbilo le adoraron con el mayor respeto, escuchando sus mandatos con el más religioso celo y laudable fervor.

Entónces el Señor conversó con ellos, mostrándoles el sentido de las Sagradas Escrituras y diciéndoles:

— «Vosotros sois testigos de todas estas cosas.» Vosotros que lo habeis presenciado todo, lo predicareis todo, y dareis á las naciones noticia y testimonio de mi vida, de mi doctrina, de mi pasion, muerte y resurreccion.

En esta y las demas conversaciones que tuvo el Señor con sus discípulos durante cuarenta dias, les hizo ver con indudable claridad muchas verdades evangélicas y cosas con-

cernientes al reino de Dios, y de la regeneracion que iba á obrarse entre los hombres por medio del Bautismo. Con este objeto les autorizó para enseñar y bautizar á todas las gentes, prometió á la Iglesia su asistencia hasta que se acabe el mundo, hizo á Pedro su vicario, y les dió facultad para perdonar los pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Jesus continuaba prodigándonos inmensos beneficios y ordenando instituciones que nunca sabremos agradecer cumplidamente, ni es dado hacerlo á la mezquina criatura, cuya capacidad es pequeña para saber apreciar la misericordia infinita de aquel divino Señor.

Autores piadosos han pretendido que la Vírgen María fué la más favorecida en aquellas apariciones consoladoras, y que en ellas participó de antemano de la felicidad de los escogidos; las aguas amargas de su afliccion cambiáronse en manantiales de gracia, y el Salvador *la alimentó con el maná oculto que reserva á los que guardan la paciencia ordenada por su palabra.*

Llegó por fin el dia en que Jesucristo debia volver al seno de su Eterno Padre.

Habia vencido la soberbia del infierno; habia dado ya á los Apóstoles todas las instrucciones necesarias para la predicacion de su admirable Evangelio, y para la conversion de las naciones.

Llegó el juéves, dia cuadragésimo de su resurreccion, en el cual se apareció Jesus á su Santísima Madre y á sus discípulos en el cenáculo, y despues de darles sus últimas instrucciones, salió con ellos de Jerusalen y se dirigió por Bethania al monte Olivete, *monte santo* y memorable que despues de haber sido testigo de la amargura de Jesus y de

su prendimiento, la noche en que dió principio su sagrada pasion, estaba destinado tambien á presenciar su ascension gloriosa á las mansiones celestiales.

En este santo lugar se detuvo Jesucristo y su adorada Madre, y lo mismo hicieron todos sus discípulos que le acompañaban, cuyo número llegaba á ciento veinte personas.

Eran las doce del dia, y en aquel momento supremo levantó el Señor sus benditas manos para bendecir á María, á los once príncipes de la Iglesia y á todos sus discípulos, y comenzó á elevarse lentamente, y fué arrebatado por una blanca nube.

Este último acto del Salvador selló dignamente su mision divina. Completando la historia de los beneficios que habia dispensado á los hombres durante su preciosa vida, se despedia entónces de ellos enviándoles su santa bendicion.

No tuvo la ascension del Señor aquel carácter terrible y sombrío que helaba de espanto á los pueblos de la antigua ley. Elías fué arrebatado hasta el cielo en un carro de fuego; pero el Salvador del mundo lo fué suavemente en medio de una ligera nube, y con la majestad serena y apacible que convenia á aquel Señor humilde y misericordioso, que tan sensible carácter mostró en la tierra, y en quien resplandecia siempre la mansedumbre y la dulzura.

Los ángeles y querubines celebraban su triunfo con sus armoniosos cantos, del mismo modo que habian celebrado su resurreccion, y aplaudido con víctores inmortales al que habia luchado con las flaquezas de la humana carne y las habia vencido, humillando la soberbia del ángel rebelde, derribando sus ídolos, y ofreciendo al mundo los tesoros del reino celestial.

Cuando los discípulos contemplaban con la mayor atencion á su Maestro, y le veian ocultarse en las etéreas regiones de la bienaventuranza, dos jóvenes vestidos de blanco se les presentaron diciéndoles:

— «Varones de Galilea, ¿por qué os entreteneis en mirar al cielo? Ese Jesus que al separarse de vosotros se ha elevado por los aires, volverá del mismo modo que le habeis visto subir.»

«Los apóstoles y discípulos bajaron sus ojos, deslumbrados á la voz de los ángeles; ¿pero la Vírgen los bajó? ¿Fuéle rehusado el ver á su divino Hijo tomar majestuosamente asiento á la derecha de Jehová, en la luz inmarcesible de los santos? ¿Fué realmente ménos favorecida que San Estéban y el discípulo amado? Esto no es presumible. Aquella que moralmente se habia crucificado con Jesus en el Calvario, merecia ser glorificada con El; este era su derecho, y ¡cuán caro lo habia adquirido! Sí, María debió dirigir su mirada mortal á esa region pacífica y bienaventurada, cuyo ingreso acababa Jesus de abrirnos con su sangre, y en que enjuga El mismo las lágrimas de los justos»[1].

La hermosa y radiante imágen del Salvador desapareció de los ojos de sus discípulos.

María entónces despidió á su Hijo con una sonrisa celestial, y posó despues su mirada en los pecadores, como una Madre tierna y compasiva, como un nuevo Angel de redencion, que quedaba en la tierra para pedir por ellos nuevas gracias, y favorecerles con nuevos beneficios.

---

[1] Orsini, *Historia de María.*

CAPÍTULO III.

EL CRISTIANISMO.

Terminada ya la mision regeneradora que tan cumplidamente habia llenado en la tierra el divino Salvador; fijadas ya las bases de su santa Iglesia, y designado el pastor que habia de sucederle en el cuidado de su rebaño, sólo faltaba una nueva inspiracion que prestara aliento y diera impulso á sus Apóstoles y fieles discípulos para la propagacion del Evangelio.

La venida del Espíritu Santo completó la obra, y fué el golpe de gracia que vino á derribar la soberbia de la sinagoga; su aliento divino dió energía á los heroes que se agrupaban á la sombra benéfica de la cruz, santo recuerdo y preciosa enseña que simboliza el venerando misterio de nuestra redencion.

Apénas regeneró á los Apóstoles el espíritu de consuelo, cuando éstos sintieron la celestial inspiracion, y poseyeron los dones sobrenaturales de aquel Dios que les señalara su triunfante camino, perdieron el miedo que ántes les obligara á vivir ocultos y recelosos, y desde entónces la palabra de Dios fué llevada á todas las naciones, y acatada, no ya

Lit. N. Gonzalez. Madrid

MARIA Y LOS APÓSTOLES.

por el pueblo escogido, que habia morado por tantos años en un rincon del Asia, sino por todos los pueblos, que por espacio de tantos años, habian vivido en las tinieblas de la idolatría.

Entónces, aquellos humildes pescadores que huyeran despavoridos del huerto de Getsemaní la noche en que fué vendido su Maestro, libres ya de aquella cobardía que embargara sus ánimos, se lanzaron valerosamente por las calles de Jerusalen y por los pueblos sometidos al imperio romano, y hablaron á las turbas, infundiéndoles el nuevo espíritu de la ley de gracia.

Los sembradores de Jesucristo esparcian el grano de la palabra santa en las aldeas y en las ciudades, y la cosecha evangélica producia abundantes y sazonados frutos. Millares de personas acogian con júbilo y entusiasmo la nueva doctrina, y se afiliaban gustosos en aquella milicia sagrada que habia de glorificar y ensalzar más y más el nombre de su divino Fundador.

La Iglesia naciente empezaba á echar profundas raices, y aumentándose prodigiosamente los obreros del Padre de familias, que trabajaban con ardor en el campo sagrado, le hicieron florecer y propagarse á despecho de los tiranos y de los enemigos del Crucificado.

En un principio, los cristianos y los hebreos no se separaron, porque la religion de aquellos no destruia la mosáica, ántes, por el contrario, la completaba; mas como empezaran á cumplirse las amenazas de Dios, de trasladar su viña á otros cultivadores, los mismos hebreos, poseidos de aquel odio implacable que habian desplegado en las persecuciones contra Jesucristo, se armaron con nuevo encono, proponiéndose destruir la obra de Dios. Obra inmortal é

invulnerable, como emanacion de la Omnipotencia. Obra ante la cual habian de humillarse todas las gerarquías y poderes de la tierra.

Nada puede lograrse sin el favor divino; pero creemos que despues de la muerte de Jesucristo, si hubiera sido posible que la Omnipotencia hubiese confiado solamente el triunfo de la Iglesia á la bondad de la doctrina santa que propagaran los Apóstoles, aun creemos que la victoria de éstos hubiera quedado asegurada.

¿Quién podrá negar la influencia de los principios regeneradores atesorados en el Evangelio?

El espíritu de caridad y de misericordia que embellecia y prestaba tantos atractivos á la nueva ley se infiltraba en todos los corazones, y los nuevos creyentes encontraban en él la santa paz y dulce satisfaccion que enriquece á aquellas almas piadosas y elevadas.

Por eso los émulos del cristianismo vendian sus bienes con el mayor desinteres, y entregaban sus riquezas á los Apóstoles para atender al alimento de los pobres y al socorro de los desgraciados.

El humilde, el enfermo, el moribundo, y todos aquellos que en la sociedad vivian sometidos á las penalidades de la vida y á la esclavitud de los poderosos, todos hallaban en los nuevos cristianos otros tantos mensajeros de la Providencia divina, que no se desdeñaban de ofrecerles todo género de consuelos en nombre de Aquel que les infundiera un dia el espíritu de las bienaventuranzas.

Los beneficios de la nueva ley á nadie excluia: hombres, mujeres, niños, pobres y ricos, señores y esclavos, todos eran acogidos en ella como hijos de un mismo Padre y ramas de un mismo tronco.

Por eso la voz de los Apóstoles y el testimonio de los Evangelistas hallaba siempre acogida en todos los pueblos y en todas las clases de la sociedad.

Y para que fuese más grande el triunfo del cristianismo, vinieron á acrisolar más y más la santidad de su doctrina, las constantes persecuciones que sufrió en los primeros años de su existencia.

Los mismos Apóstoles fueron los primeros que arrostraron con admirable valor y constancia el furor de aquellas persecuciones.

Pedro, el discípulo que un dia lleno de temor negara tres veces á su Maestro en casa de Caiphás, olvidado de sí mismo, y atendiendo solamente al fiel cumplimiento de su sagrada mision, ya no temió las iras de la sinagoga, ni se sintió sobrecogido ante los rigores de una prision, ni los preparativos de su martirio.

De la misma manera, Juan y los demas discípulos del Crucificado, arrostran la muerte, y sellan con su sangre la obra santa que les ha sido encomendada.

La doctrina de Jesus llegó muy pronto á presentarse ante el trono imperial de Roma, y allí difundió su luz y manifestó mil y mil veces el poder invencible que la acompaña.

Niños inocentes, débiles mujeres, ancianos indefensos y gentes pobres y desvalidas, no vacilan en confesar á Jesucristo ante los tiranos, implacables defensores del culto de los falsos dioses.

Soldados, príncipes, caballeros, vírgenes y matronas, tienen la dicha de conocer á Jesucristo, y de rendir culto á su Evangelio.

Y un dia y otro dia se les ve marchar con segura planta á los anfiteatros, y sufrir con fervorosa alegría los crueles

tormentos y bárbaros castigos que pudieron inventar los implacables enemigos del verdadero Dios.

Tal fué el orígen del cristianismo: orígen cuya historia es un magnífico poema, un tesoro no interrumpido de magníficos ejemplos, donde la piedad y la misericordia inspirada por Jesucristo, resplandece con los más admirables colores de santidad y de virtud; donde los rasgos de valor y de heroismo, demuestran á las generaciones, cuán grande es la abnegacion y el poder de aquellas almas que, inspiradas por la fe, esperan en el Dios que espiró en la cruz para enseñarnos el camino de la bienaventuranza.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

LA ESTRELLA DE NAZARETH.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA MADRE DE JUAN.

Despues de la muerte del Salvador, y de su gloriosa resurreccion y ascension al trono del Eterno Padre, María quedó sola sobre la tierra, humilde y resignada hasta que llegase la hora de ceñir la inmortal corona que los ángeles del cielo preparaban ya á su inmaculada Reina.

Los libros santos poco ó nada nos dicen acerca de los sucesos que pudieran formar la historia de la Santísima Vírgen, desde esta época hasta la de su muerte.

Hallamos, sin embargo, piadosas tradiciones que nos dan algunas noticias muy verosímiles acerca de los últimos años de María, en los que vivió oscurecida y velada por aquella modestia y humildad que la embelleció desde su infancia.

Aquellos últimos años de su vida los empleó sin descanso en socorrer á los pobres, consolar á los tristes, amparar á los pecadores é interceder por ellos para que les inspirara la divina gracia, y se sintiesen movidos del espíritu de penitencia que les franqueara las puertas del paraíso.

La grandiosa figura que habia representado María en la historia de la redencion, y sus ejemplarísimas y singulares virtudes, la conquistaron la veneracion de los fieles cristianos. Entónces recibieron de Ella inmensos beneficios, y los pecadores la llamaron con el dulce nombre de Madre.

La enconosa persecucion que estalló contra los cristianos el año 44 de nuestra era, la obligó á salir de Jerusalen, donde habia vivido por espacio de once años.

Juan, su hijo adoptivo, la condujo entónces á Efeso, á donde tambien la siguió María Magdalena.

Nada sabemos acerca de la permanencia de la Santísima Vírgen en la tierra extraña en que estableció su nueva morada.

Aquella inocente Criatura que durante su larga vida tantas y tantas pruebas diera de sus virtudes; la que siempre se mostró obediente ante los decretos de la divina Providencia; la que amó con sin igual ternura, sufrió con valerosa resignacion, y fué siempre digna de las bendiciones del cielo y de la tierra, no podia detenerse un solo instante en el camino del bien, del que jamas se habia desviado.

Por esto es verosímil que María en Efeso fuera un Angel purísimo enviado por Dios á aquella region, para bien de sus moradores y de su Iglesia, cuyo estado floreciente era debido sin duda alguna á los solícitos cuidados de su piadoso corazon.

Jesucristo, que con su infinita bondad y sabiduría habia dado á los pecadores su preciosísima sangre, legando á sus discípulos la mision de predicar su doctrina y propagarla por todo el mundo, no contento con este bien, aun les dió á María para que fuese su Madre, su Patrocinio, y el Ancora y la Estrella de su salvacion.

María Magdalena, unida á la Santísima Vírgen por los eternos vínculos de un encendido amor hácia Jesus, debió ser su más constante amiga y respetuosa sierva. Aquellos dos inflamados corazones se habian comprendido y enlazado al pié de la cruz, y los lazos que estrechara un mismo dolor, sólo podian romperse en la tierra con el helado soplo de la muerte, para volverse á anudar en el cielo.

El dia de esta separacion llegó al fin.

María Magdalena, desde la época de su conversion, habia observado una vida ejemplarísima; las lágrimas de su arrepentimiento brillaban siempre en sus rosadas mejillas, y con sus actos de penitencia y de contricion movia á los corazones y les inspiraba el mismo santo amor, que puede decirse que era la segunda vida de la austera sierva del Señor.

Tantas virtudes merecian una recompensa, y el divino Jesus llamó á su gloria á María Magdalena, que vió acercarse la hora de su muerte con la mayor alegría.

Es posible que la Santísima Vírgen la acompañara en aquellos instantes sublimes, y que María llorara la pérdida de tan fiel amiga, como Jesus habia llorado la de su discípulo Lázaro.

De todos sus lazos de afeccion y de parentesco, ya nada más quedaba en la tierra á la Santísima Madre del Redentor que el amable y cariñoso discípulo del Señor, á quien Este la habia encomendado. Juan, cumpliendo gustoso la honrosa mision que se le confiara, tuvo sin duda frecuentes conversaciones con María, donde se debió perfeccionar en la ciencia maravillosa que se revela en su Evangelio.

Pero María deseaba ya dejar esta vida perecedera, y volar al seno del Eterno Padre; sin embargo, ántes de la par-

tida queria volver á pisar aquella tierra donde habia dejado sus recuerdos, donde gozó de las más inefables alegrías, donde derramó tan abundantes y amargas lágrimas.

No podia olvidar la inmaculada Vírgen las aldeas y ciudades de la Galilea, donde habia acompañado á Jesus en la época de su admirable y fecunda predicacion. Acordábase de Nazareth, donde aun existiria la humilde casa del laborioso carpintero. Belen, Caná, Cafarnaum, Tiberiades, Bethania; todos estos nombres y otros muchos acudian á la imaginacion de María, y la hacian suspirar tristemente recordando los triunfos de Jesus.

Manifestó la Vírgen al Apóstol San Juan el deseo que tenia de volver á su país natal, y aquel hijo, para quien eran órdenes los menores deseos de María, hizo inmediatamente los preparativos de marcha.

María, entónces, visitó algunas ciudades y aldeas, y llegó á Jerusalen, donde habia de terminar su jornada. La mision de esta Mujer angelical habia concluido ya, y era llegado el tiempo de su descanso y de su gloria.

Retiróse María á la montaña de Sion, á una corta distancia del arruinado palacio de los príncipes de su linaje, y en la casa que habia sido santificada por el descenso del Espíritu Santo, y allí esperó su próxima muerte frecuentando el monte de las Olivas, donde, á imitacion de su divino Hijo, iba á orar y á prepararse para abandonar esta vida mortal, donde por tantos años habia morado, siendo el espejo de todas las virtudes, y el ejemplo vivo de todas las perfecciones.

Segun el libro antiquísimo de la *Muerte de María Vírgen*, y las tradiciones orientales que hemos tenido á la vista, se refiere que el año 22 despues de la resurreccion

de Jesucristo, hallándose María retirada en lo más recóndito de su casa esperando llegara el dichoso momento que habia de reunirla con su Hijo, se la apareció un ángel hermosísimo, vestido de una túnica de luz, el cual con dulce y melodiosa voz la dijo:

—«¡Salve, oh Vírgen bendita del cielo: recibid el saludo del que ha venido á traer la salud á los patriarcas y profetas. Ved que os traigo del cielo una palma. La hareis llevar delante de vuestro féretro, cuando vuestra alma dentro de tres dias haya abandonado este mundo. Porque vuestro Hijo os espera con los tronos, con los ángeles y con las virtudes del cielo!»

—«Yo os ruego, dijo entónces María, que en tal momento puedan reunirse conmigo todos los Apóstoles.»

Y el ángel respondió:

—«Hoy mismo, por poder del Señor, todos los Apóstoles vendrán á Vos sobre las nubes.»

—«Bendecidme, repuso humildemente María, á fin de que las potencias del infierno no se me opongan cuando mi alma salga de mi cuerpo, y que Yo no vea al príncipe de las tinieblas.»

—«Las potencias del infierno no os causarán mal, replicó el ángel.»

Y diciendo esto desapareció en medio de un torrente de luz divina, que poco á poco fué extinguiéndose.

Entónces María, despojándose de los vestidos que traia, se puso otros más hermosos, y tomando la palma luminosa que el ángel la habia dejado, salió de su casa y se trasladó al monte de las Olivas, donde se postró humildemente, y dirigió al cielo su fervorosa mirada.

—«¡Dios mio, exclamó, nunca hubiese sido digna de re-

cibiros en mi seno, si no hubiéseis tenido piedad de Mí. Sin embargo, Yo velé fielmente sobre el Tesoro que me habíais confiado. Por eso os ruego, ¡oh Rey de la gloria! que me protejais contra las potencias de las tinieblas. Si los cielos y los ángeles tiemblan en vuestra presencia, ¿cuánto más débil es la criatura, que no tiene de bueno más que lo que habeis puesto en ella?»

Terminada esta oracion, se levantó María y se volvió á su casa.

Era cerca de la hora de tercia.

Y habiendo hallado al Apóstol San Juan, le dijo:

—«Hijo mio, acuérdate de las palabras que te fueron dichas desde la cruz, cuando El me recomendó á tí. Pronto moriré; he oido decir á los hebreos: Esperemos el dia en que muera la Madre del Seductor, y quemaremos su cuerpo en las llamas.»

CAPÍTULO II.

MUERTE DE MARÍA.

Era llegado el dia de la muerte de la Santísima Vírgen.

Su rostro, á pesar de los años y los dolores, no habia perdido sus atractivos.

María era una flor que, semejante á la siempreviva, prevalecia en el jardin de las escogidas del Señor, conservando su matiz y su frescura.

En aquel dichoso dia, segun la tradicion, habian acudido los demas Apóstoles desde las regiones más lejanas, conducidos en blancas nubes á la morada de la Vírgen, y allí se reunieron con ellos los cristianos de Jerusalen, y las vírgenes que la acompañaran en los años de su orfandad.

Ya el sol se habia ocultado en el horizonte; sus últimos rayos habíanse retirado dejando que brillaran con toda su majestad las mil estrellas y luceros que esmaltaban el azulado tul del firmamento.

La estancia de María se hallaba iluminada por unas lámparas con varios mecheros, suspendidas del techo con cadenas de bronce.

La Madre del Redentor estaba reclinada en su lecho,

aguardando el ya próximo instante de su muerte. No padecia su divino cuerpo enfermedad alguna; tampoco se hallaba postrado á consecuencia de su vejez. No puede decirse que dolencia alguna aquejara en aquel entónces á la Mujer privilegiada que debia espirar aquella misma noche.

Pero María, que desde su fúnebre y casto lecho contemplaba la afliccion de los Apóstoles y el llanto de cuantas personas la rodeaban, les dirigió algunas palabras despidiéndose de ellos, y llenando sus corazones de celestial consuelo.

Las pruebas de filial cariño que recibia era la única razon que pudiera hacerla grata esta vida mortal y perecedera; mas la Santísima Vírgen, con dulce y melodiosa voz, hizo comprender á todos que aquel sentimiento que les embargaba, debia trocarse por el dulce aliento de la esperanza, puesto que perseverando todos en el santo amor de Jesucristo, alcanzarian dentro de un breve plazo la gloria eterna, y con ella la presencia de Dios y de su Madre, y de todos aquellos justos que guardaron sus mandamientos; que esta promesa tan halagüeña debia sólo alentar sus corazones y fortalecerles en los cortos dias de la vida.

«No se olvidó entónces de manifestar á los fieles que, en medio de los goces celestiales, Ella jamas se olvidaria de que habia sido Hija de los hombres; les mostró la tierra vista desde las alturas del cielo, y se elevó gradualmente á tan elevadas consideraciones y á reflexiones tan sublimes, que cada uno olvidaba en medio de su asombro que el cisne cantaba para morir.

»Pero aproximábase la hora fatal.

»María extendió sus manos protectoras sobre los hijos que iban á quedar huérfanos, y alzando sus bellos ojos há-

cia los astros que brillaban en el firmamento con una majestad serena, vió el cielo abierto, y al Hijo del hombre que bajaba sobre una nube luminosa, para recibirla en los confines de la eternidad» [1].

Entónces, dice la tradicion, descendió el sueño sobre todos los que estaban en la casa, y ninguno pudo quedar despierto, excepto los Apóstoles y las tres vírgenes compañeras fieles de la Madre de Jesus.

Una luz celestial empezó suavemente á iluminar la sagrada estancia donde se hallaba María; ángeles y serafines descendieron entonando himnos á la gloria del Salvador.

La voz de Jesucristo resonó entónces llena de majestad y de ternura diciendo:

— Ven, amada mia, mi perla preciosa, entra en el tabernáculo de la vida eterna.

María, al escuchar tan dulcísimas palabras, exclamó con edificante fervor:

— «¡Bendito sea vuestro nombre, oh Rey de la gloria, oh Dios mio, porque os dignásteis elegir vuestra Sierva entre todas las mujeres, para verificar la redencion del género humano!

»Yo tierra y sangre, no era digna de este honor; pero habeis llegado á Mí, y Yo dije: Hágase vuestra voluntad» [2].

Dichas estas palabras, un color sonrosado se esparció por las mejillas de María; en sus ojos brilló un destello del infinito amor maternal que atesoraba su corazon; un éxtasis divino hizo que el alma inocente se desprendiera de su cuerpo mortal, para ascender dulcemente al seno de Dios.

---

[1] Orsini, *Historia de la Madre de Dios.*

[2] *Historia de la muerte de la Santísima Vírgen.*

María no existia ya; su semblante hermosísimo habia quedado sonriente, y expresando la más dulce felicidad.

Los que miraban el sagrado cuerpo de la Madre de Jesus, creian aun que el alma no le habia abandonado, y que María gozaba un tranquilo y delicioso sueño; porque la helada mano de la muerte no tenia poder para triunfar de aquel Sér predilecto del Señor, á quien habia colmado de bendiciones desde el momento de su concepcion.

Encendieron la lámpara de los difuntos, abrieron todas las ventanas, y el llanto de los que se hallaban en la casa se mezcló con sus oraciones y cantos fúnebres. En medio del silencio de la noche, oyéronse tambien los armoniosos y dulcísimos himnos de gloria con que los ángeles y querubines solemnizaban el triunfo de María.

Dícese que una luz maravillosa, cuyo brillo era superior al de los más bruñidos metales, y cuya blancura excedia á la de la nieve, llenó la casa mortuoria desde el momento en que María exhaló el último suspiro.

Los fieles no se descuidaron al dia siguiente, y acudieron á la casa de María, trayendo profusion de aromas, los más preciosos, y de las más finas y preciadas telas para cubrir y sepultar á la Reina de las vírgenes.

Segun las costumbres que hemos visto se practicaban entre los hebreos, el cuerpo de María fué embalsamado, advirtiendo los que se ocupaban en esta piadosa obra, que el sagrado cadáver exhalaba un olor más suavísimo que aquel en que se hallaban empapadas las fajas y cintas con que le habian perfumado.

Colocóse á María en un labrado ataud, lleno de flores y sustancias aromáticas; cubriósele despues con un velo suntuoso, y los Apóstoles, que habian desplegado el mayor celo

Lit. N. Gonzalez, Madrid.

MUERTE DE MARIA.

en llevar á cabo el enterramiento de la manera más solemne y respetuosa, reclamaron el honor de conducirla ellos mismos al lugar de su sepultura, que se habia dispuesto en el huerto de Getsemaní.

Luégo que llegaron al lugar donde estaba abierto el sepulcro, detúvose el lúgubre acompañamiento, y todos allí rindieron el último tributo de su amor hácia la sagrada Madre de su querido Maestro.

Las santas mujeres, con el mismo celo que los Apóstoles, habian contribuido por su parte á que el enterramiento de María se verificase con la mayor solemnidad, y al efecto habian llevado flores, con las que adornaron la cueva funeraria, y prepararon un lecho de rosas al cadáver santo que en él habia de descansar.

Depositaron allí los Apóstoles el ataud con el mayor cuidado, y derramando abundantes lágrimas, y con la elocuencia que inspira el más profundo amor y sentimiento, todos alabaron las virtudes de María, y la colmaron de bendiciones.

Cubrieron por fin la sepultura con una pesada losa, y terminado este acto religioso y solemne, se retiró á la ciudad la fúnebre comitiva, quedando sólo los Apóstoles al lado de aquel sepulcro, donde el cristianismo guardaba uno de sus más envidiables tesoros.

Juvenal, patriarca de Jerusalen, afirma en sus escritos que los discípulos de Jesus, relevándose unos á otros, pasaban el dia y la noche con los fieles junto al sepulcro de María, mezclando sus voces y sus cánticos con los de los ángeles, que durante tres dias no cesaron de entonar himnos armoniosos y cánticos de gloria.

Pero tantas maravillas no terminaron con el enterramien-

to de María. Aun debia patentizarse la milagrosa Asuncion de su sagrado cuerpo, y por disposicion divina, despues de verificada misteriosamente, se reveló á los fieles de una manera indudable.

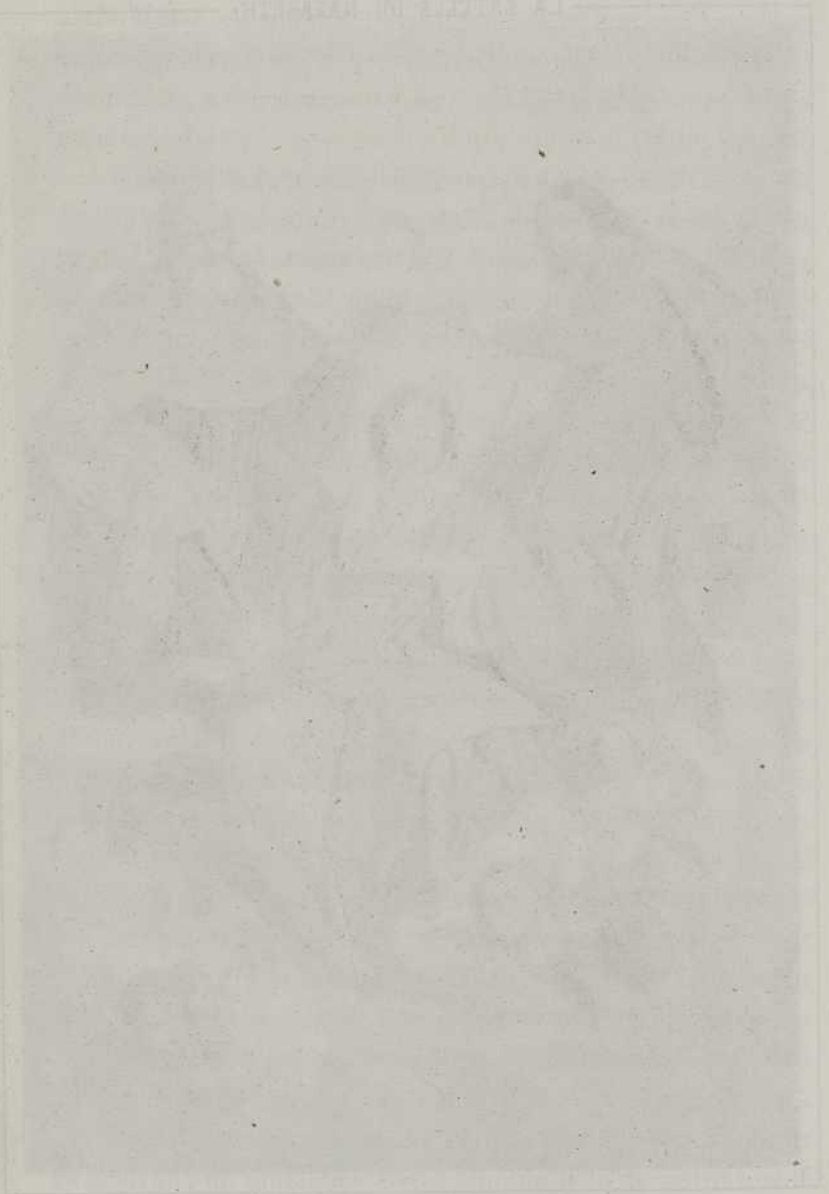
Al tiempo de la muerte de María, no habia llegado aun á Jerusalen el Apóstol Tomás, aquel que puso su mano en las llagas de Jesucristo resucitado. Este varon santo, que á la sazon se hallaba predicando el Evangelio en un país lejano, tan luégo como supo (acaso por inspiracion divina) la muerte de la Madre del Redentor, corrió á visitar los últimos restos de la Mujer á quien tanto reverenciaba; mas cuando llegó al huerto de Getsemaní, ya hacia dias que el cuerpo de María reposaba en el sepulcro.

Tomás, entónces, rogó con las más tiernas instancias á los Apóstoles, que no se habian separado de aquel sitio, que le permitieran dirigir una última mirada sobre aquel sagrado cuerpo, que yacia bajo la bóveda sepulcral. Y fueron tantos los ruegos y las súplicas con que Tomás manifestó su deseo, que los demas Apóstoles consintieron en quitar la piedra que cerraba el sepulcro, y penetraron en su estrecho recinto con las lágrimas en los ojos y los corazones palpitantes; ¡mas cuál seria su admiracion al encontrar el ataud desocupado, y al persuadirse de que el cuerpo de María habia ascendido al cielo para reunirse con su alma purísima!

El blanco sudario de blanco lino de Egipto, que habia cubierto el cuerpo de la Santísima Vírgen, habia quedado allí y exhalaba un aroma celestial; las flores con que se adornara la bóveda permanecian frescas y sin perder sus perfumes, y aquel sepulcro parecia un templo, donde sólo se aspiraba un ambiente divino, donde sólo se sentian dulces y consoladoras inspiraciones.

Lit. N Gonzalez. Madrid

CORONACION DE MARIA.



El cadáver santísimo de la inmaculada Hija de David, de la inocente Vírgen Madre de Dios, de la resplandeciente Estrella de Nazareth, de la Víctima heróica del Calvario, y finalmente, de la Madre de los pecadores y Reina de los Angeles, no debia ser entregado á los asquerosos gusanos de las tumbas.

María Santísima habia volado al cielo, donde el Eterno la preparara un excelso trono, digna y justa recompensa de tantas virtudes, de tan admirables perfecciones.

EPÍLOGO.

Para terminar este trabajo, tan superior á nuestras fuerzas, comenzado con miedo, á la par que con respeto y veneracion, y que terminamos con la natural desconfianza que nos infunde la grandeza del objeto sobre que hemos dejado correr nuestra inexperta pluma, sólo nos resta reseñar ligeramente el fin que tuvieron algunos de los personajes que han figurado en esta historia: noticias que nos revelarán una vez más cuán inescrutables son los designios de la infinita Sabiduría.

Prometimos al lector que le hablaríamos del fin que tuvieron en la tierra el orgulloso tetrarca Herodes Antipas, su sobrina y concubina Herodías, y aquella hija de ésta, que tanta parte tuvo en la degollacion del santo profeta, Juan Bautista.

El orgulloso Herodes, que soñaba con la posesion del trono de su padre, y que no cesaba de intrigar para realizar sus dorados sueños, sólo consiguió disgustar al emperador Calígula, el cual le privó de la tetrarquía de Galilea, y le desterró á Leon de Francia. Herodías, á pesar de que no estaba comprendida en la órden de destierro, siguió á su amante, y ambos vivieron y murieron allí.

La hija de Herodías, la hermosa bailarina que embelesaba con sus gracias á los cortesanos de Tiberiades, huyó del palacio de su madre en brazos de uno de sus amantes favoritos, y añade Nicéforo que ésta, habiendo caido en un rio helado, y quedando la cabeza fuera del hielo, se degolló á sí misma con los esfuerzos que hacia para librarse. ¡Terrible pena del talion ejecutada por la Justicia divina!

Marta y Lázaro, los piadosos discípulos de Jesucristo que tanto le amaron durante su vida, confesaron tambien su divinidad y su resurreccion.

Ambos, movidos del fervor más santo y edificante, predicaron el Evangelio á los gentiles, haciendo muchas conversiones, especialmente en Marsella, á cuyo puerto arribaron milagrosamente en un barco sin timon, ni remos, ni aparejo alguno. La muerte de ambos fué santa y ejemplar, como habian sido sus costumbres.

Longinos, aquel soldado que hirió con su lanza el cuerpo sacratísimo de Jesucristo, lloró amargamente sus pecados, y pidió perdon de ellos reconociendo á Dios, y dando público testimonio de su resurreccion.

Una órden de Pilato le persiguió como desertor; pero él, inflamado del espíritu del naciente cristianismo, buscó á sus perseguidores, y les pidió con alegría que no le privaran del honor de morir por su Dios, y que le otorgaran la palma del martirio.

José Arimatea abandonó su país natal, y fué á extender la doctrina del Crucificado á las costas occidentales; pasó despues á Inglaterra, donde hizo infinitas conversiones, y fundó iglesias y obispados, arrostrando con su natural intrepidez todos cuantos peligros y dificultades se presentaron á su paso.

El presidente de la Judea, Poncio Pilato, fué llamado á Roma y desterrado á Viena, en el Delfinado. Algunos historiadores afirman que Prócula, su mujer, le convirtió, y fué causa de que se arrepintiera de las crueldades que habia cometido, y que nunca podrán borrarse del inmortal poema de la muerte del Redentor del mundo.

Finalmente, la piadosa mujer que en el camino del Calvario limpió el divino rostro de Jesus, á quien la historia llama la Verónica, hizo tambien muchas conversiones, y se desveló incesantemente con el fin de atraer al seno de la Iglesia á los secuaces de la idolatría. Esta mujer mostraba á las gentes el lienzo en que quedó señalado el rostro divino, y con él apartaba de su ceguedad y de su ignorancia á muchos gentiles y judíos que vivian sometidos ante la servil esclavitud del espíritu rebelde.

APÉNDICE.

VIAJE Á TIERRA SANTA,

AUMENTADO CON INFINITOS DATOS

REFERENTES

AL LÍBANO Y AL MAR MUERTO.

ADVERTENCIA.

Esta interesante y verídica descripcion del Viaje á Tierra Santa que presentamos á nuestros favorecedores, está hecha en presencia de los últimos itinerarios que se han publicado, confrontados por un concienzudo escritor, que tuvo la felicidad de visitar y adorar los venerandos sitios regados con la preciosa sangre de Nuestro Divino Redentor.

APÉNDICE.

VIAJE Á TIERRA SANTA.

El lector ha recorrido con nosotros la Palestina bíblica, la tierra de Promision donde tuvieron cumplimiento las profecías del Dios de Israel, donde se obraron las maravillas de nuestra sacrosanta redencion.

Aquella Palestina, aquella tierra de los palestinos ó extranjeros, aquella antigua Canaan, aquel hermoso y fértil país dado por Jehová á su pueblo escogido, aquella comarca rica, poblada y floreciente, es hoy dia patrimonio de los turcos, es imágen de desolacion y de miseria.

El pueblo deicida, por su pecado, vive disperso por la faz de la tierra, desposeido del suelo de sus ascendientes, para no volver jamas á ser su dueño; pero Dios, en sus inescrutables secretos, no ha decidido todavía la hora en que aquellas comarcas regadas con la sangre de su Hijo divino, en que aquellos lugares testigos de tantos prodigiosos misterios, en que aquella cuna del cristianismo venga á poder del pueblo redimido, del pueblo católico. Miéntras tanto, el misionero, el peregrino, el creyente, para morar ó visitar

aquella region de tan piadosos recuerdos, se ve obligado á sufrir todas las vejaciones de los actuales dominadores.

Como ejemplo de la suerte de los cristianos en Palestina, hé aquí algunos pormenores acerca del Santo Sepulcro.

Miéntras que los mahometanos rodean la tumba de su pretendido profeta con una veneracion que obliga á todo individuo de otro rito á permanecer alejado del territorio seudo-sagrado, ejercen en Jerusalen, respecto á los cristianos, un poder tiránico increible.

Ellos tienen las llaves de la iglesia del Santo Sepulcro, no permitiendo la entrada á los fieles sino mediante retribucion, exigida con inaudita arrogancia. Todas las comuniones cristianas tienen que pagar á los turcos un tributo para poder cumplir sus devociones en el sitio en que fué redimido en la Cruz el género humano.

Al propio tiempo, esos soberbios mahometanos, muellemente extendidos en sus divanes en el recinto mismo del templo, acostumbran á fumar sus pipas y saborear su café durante los piadosos ejercicios de los cristianos.

Cuando les parece bien dar por concluido el acto, suenan las palmas de sus manos para despedir á los cristianos, y cierran despues la iglesia con doble llave.

¿Qué hombre sensible puede mirar con indiferencia semejante profanacion? Tal es, sin embargo, el estado actual de los Santos Lugares. ¿Pasará todavía mucho tiempo sin que la cristiandad ponga remedio á tanta impiedad?

Cuando describamos las circunstancias presentes del Santo Sepulcro, diremos lo que han hecho las potencias cristianas.

Si nos hemos anticipado á citar ese hecho, es para que el peregrino que se proponga recorrer la Palestina, llena

su mente de los recuerdos bíblicos, de las escenas evangélicas, sepa de antemano hasta qué punto es profanadora la accion impía de los dominadores actuales.

Despues de la venida de Jesucristo, el nombre con que se designa á la Palestina es propiamente el de *Tierra Santa*, y así la apellidan todos los viajeros qne la han recorrido desde 1583 hasta nuestros dias.

La ruta más comunmente seguida ha sido desembarcar en Jafa y continuar hasta Jerusalen; però como la rada es muy peligrosa, y no ha sido posible establecer vapores que hagan una travesía regular desde los otros puertos del Mediterráneo, en estos últimos años son muchos los peregrinos que han desembarcado más al Norte, esto es, en la costa de Siria, en el puerto de Beyrut. De esta suerte puede hacerse ántes una breve excursion al Líbano.

Siguiendo, pues, este itinerario, y tomando cualquiera de los vapores que allí llevan, contémplese el lector en la rada de Beyrut.

BEYRUT.

Lo que ante todo llama la atencion desde la bahía de Beyrut, es el Líbano (del griego *laban*, que significa *blanco*). Sus altas cumbres blancas y peladas tocan el cielo con su corona de nubes; una vegetacion magnífica rodea su zona inferior entre las montañas y las espumosas olas del mar.

Beyrut está edificada en el sitio de la antigua Beryte, la cual ocuparia mayor espacio que los límites actuales, pues no léjos se encuentran vestigios del teatro de Herodes Agri-

pa, un acueducto, baños, pozos abiertos en la peña, un pavimento de mosáico, y muchos trozos de columnas antiguas.

La poblacion actual ha absorbido el comercio de todo el litoral, y su puerto, el único de Siria, se prolonga en línea recta hácia los desiertos del Egipto. Ni en la costa ni en el interior hay otra poblacion grande donde abastecerse, ni en las llanuras y valles se encuentran productos de que surtirse. Las únicas ciudades algo importantes del interior son Naplusa, Jerusalen y Hebron, las cuales apénas contienen juntas cuarenta mil almas.

No sucede lo mismo con Beyrut, que cuenta con los moradores del Líbano y de Damasco, acrecentándose cada vez más su poblacion, que asciende hoy dia á treinta y seis mil almas, y calculándose su tráfico en veinticuatro millones de reales por año.

Esa poblacion se divide así: doce mil mahometanos, doce mil griegos cismáticos, y el resto católicos latinos. Los judíos son contados.

Los jesuitas, maronitas, griegos, franciscanos y capuchinos, tienen una iglesia particular para cada órden; la administracion de la parroquia católica de la ciudad corre á cargo de los capuchinos.

Las calles de Beyrut son sucias, tortuosas y oscuras. Gentes de diverso color y traje, y que hablan varios idiomas, se atropellan en los estrechos muelles, á las puertas de la ciudad, en los bazares y en las casas de los cónsules, sobre las cuales ondean las banderas de las principales naciones europeas. Una caterva de hombres negros y casi en cueros, riñen por encargarse del equipaje de los viajeros, y llévanlo á cuestas desde el muelle hasta los botes, que las olas del

mar agitan contínuamente amenazando estrellarlos unos contra otros.

En todas partes se encuentran árabes, que sentados á la sombra ó en los pórticos, ó detras de los puestos de venta, ó debajo de los toldos de las calles, fuman con el mayor sosiego.

Por otro lado, el habitante del Líbano, con su turbante chato, su traje lucido de damasco recamado de adornos, á modo de jeroglíficos, sus mangas perdidas, guia lentamente sus acémilas, voceando sin cesar; en tanto que el beduino del desierto, con su traje severo, conduce una larga recua de camellos, montado sobre el mayor de ellos, el cual va engalanado con mariscos del mar Rojo.

Por lo general, el vestido de los orientales es holgado y embarazoso al mismo tiempo, de color muy subido, y á veces hasta majestuoso. Anchos pantalones, chupas, alquiceles, turbantes y fajas; todas estas prendas sobrepuestas flotan á merced del viento, ó llegan al suelo en menudos ó grandes pliegues que sientan muy mal. Este traje parece adaptarse á un pueblo que acostumbra andar despacio, pasando el tiempo tendido en los divanes; que más que caminar se arrastra, y que ni aun viajando abandona sus alfombras, almohadones, cojines é incómodas pipas.

Los drusos llevan una especie de blusa sin mangas, con listas blancas y negras, túnica de lienzo, faja con fleco, que sujeta el puñal y las pistolas, calzones de tela, turbante ahuecado como el de los turcos, y calzado de tafilete rojo en punta, dejando rara vez la espingarda que llevan á la espalda.

Las mujeres, para salir, se visten de un modo original: ademas de cubrirse de piés á cabeza con un anchuroso cen-

dal blanco, se tapan enteramente el rostro con una tira de gasa negra ó parda, prendida encima de la frente. Andan muy despacio y embarazosamente, por su doble calzado de borceguíes y babuchas.

La costumbre ha establecido que las mujeres de los cristianos salgan á la calle con ese mismo traje, y sólo las europeas van descubiertas á todas partes.

Pero bajo ese ridículo vestido, llevan las mujeres de Beyrut un rico y elegantísimo traje. Un gracioso turbante ó un gorro de tisú de oro; gruesas trenzas de cabellos, ataviados con sartas de moneditas; una túnica bordada, abierta de pecho; anchos pantalones de seda; faja de ricos colores, y botinas encarnadas ó amarillas; hé ahí la vestidura especial de las mujeres de la clase acomodada, encubierta por el ropaje tosco exterior, general á todas las clases.

Por lo demas, así en Beyrut, como en el Líbano, Damasco y Palestina, ora se pintan las uñas de amarillo, las cejas y las pestañas de negro, las mejillas de encarnado y blanco, y los labios de azul, ora dibujan figuras y otros adornos en la frente y alrededor de la boca, no habiendo color que no apliquen, ni ridiculez de que no echen mano.

Otra ridiculez hay que parece increible por lo exagerada, y son los cuernos de las mujeres drusas. Acostumbran éstas llevar en la cabeza un tubo de cobre ó plata, á veces dorado y labrado, de un pié y medio de largo por dos pulgadas de diámetro en la base, y una en la punta, algo inclinado adelante, sujeto por dos correas, y equilibrado por dos bolas del mismo metal que, suspendidas del cuerno con cadenillas, caen á la espalda hasta la cintura.

Del remate superior de ese cuerno cuelga un blanco y ligero velo, cayendo en dos mitades á manera de cortinaje

á uno y otro lado del rostro, para taparlo cuando se quiera.

Entre los drusos, casi todas las casadas llevan ese ridículo adorno; y entre los maronitas, es el signo distintivo de las princesas, sin que unas ni otras se lo quiten de dia ni de noche, cuando han comenzado á usarlo. Las mujeres de edad llevan el cuerno ladeado.

Las doncellas de las familias acomodadas de la montaña, se engalanan con un gorrito bordado de oro, ó con una especie de diadema, de la que penden sartas de monedas de oro que cubren sus hombros: este gorro suele ser la parte más importante de su dote.

Junto á las puertas de Beyrut, en las plazas, en los altos cubiertos de palmeras, higueras, olivos, morales, sicomoros y algarrobos, en los espacios por donde se extienden floridas quintas, acampa parte de la guarnicion, la cual prefiere el aire libre y hermoso, y el ambiente de los naranjos, á la atmósfera corrompida de los cuarteles.

Aunque sea Beyrut la ciudad más bella de la costa de Siria, no corresponde á la idea que en Europa nos formamos de una ciudad; y sin embargo, al contemplarla del lado del mar, recostada sobre una amenísima colina, y coronada de bóvedas, chapiteles, ojivas, azoteas, ruinas moriscas, murallas almenadas, alminares, y grupos de copados pinos, suspende la vista y embarga el sentido.

Divísanse más allá los gigantescos montes del Líbano, que por un lado se extienden hácia Trípoli, coronando cada una de sus cumbres un pueblo, una iglesia ó un convento, y por otro hácia Saida, poblados de morales y casas de campo, precedidos de un desierto de roja y brillante arena.

Este desierto se presenta amenazador: avanza cada dia, y aunque lentamente, jamas pierde un palmo del terreno

que gana. Sólo mide tres leguas de extension de Norte á Sur, con una latitud mucho menor; pero en ese reducido espacio es un verdadero desierto, con sus montes de arena que el viento arremolina, sus oasis, sus plantas salinas, su calor sofocante, y hasta sus beduinos y caravanas de camellos.

En las nebulosas regiones del Norte, las montañas más vistosas desaparecen á cierta distancia, entre una atmósfera blanquecina y vaporosa que, cubriendo sus contornos, destruye el buen efecto de la luz, desvanece el colorido, y confunde los objetos; pero en Siria, el espectador cree distinguir el Líbano al traves de un cristal ligeramente pintado de rosa y morado, que lo aproxima, realza y embellece.

Este color celestial no reviste, sin embargo, de igual modo todos los objetos, siendo más vivo en las cumbres de los peñascos, más oscuro en la profundidad de los barrancos, y más suave en el declive de las colinas. No parece sino que con la mano pueden alcanzarse los campanarios de los monasterios maronitas que coronan los aéreos picos: todos los más primorosos lineamentos se ofrecen á la vista, ricos de armonía, pureza y esplendor.

Por eso en la Sagrada Escritura se cita con tanta frecuencia el Líbano; por eso toman de él los profetas sus bellísimas imágenes, y por eso se compara siempre á la Santa Vírgen con estos montes de eterna majestad y blancura.

Las sociedades bíblicas inglesas y americanas pretenden *evangelizar* á los católicos de Siria, y han establecido sus *misiones* en las primeras mesetas del Líbano; pero ¿dónde estaba el protestantismo cuando los maronitas combatian por su fe en las profundas cuevas contra la irrupcion del islamismo? En el valle del Kadischa (valle de los Santos)

hay una gruta donde yacen todavía los restos mortales de aquellos mártires de la fe cristiana.

Hoy dia, allí como en otras partes, los esfuerzos de esos misioneros políticos son ménos de temer en el concepto religioso, que en el del órden y la paz; ántes se desarraigarán los montes del Líbano, que se conmoverá la fe católica en los corazones de los maronitas.

¡Ojalá pudiera decirse con la misma certeza, que esos misioneros no han ejercido mayor influjo en los deplorables acontecimientos que tan hondamente han roto la antigua union que existia entre los diferentes pueblos de la montaña! Los drusos idólatras son los protegidos del protestantismo y de la Inglaterra, porque los maronitas son los protegidos de la Francia.

Se compone Siria de los cuatro bajalatos de Trípoli, Acre, Alepo y Damasco, que cuentan hasta dos millones y medio de almas, ninguna propiamente natural de Siria. Esta dilatada comarca hállase actualmente convertida en un asilo de proscritos, siendo á todas horas asequible á la ambicion de un cualquiera. Encuéntranse mezclados judíos y persas, griegos y latinos, francos y árabes, y otros, como los maronitas y metualis, que perseguidos por los cristianos y los musulmanes, se refugiaron en este país; encuéntranse ademas samaritanos y kedemaces, turcomanos y beduinos, drusos y kurdos. No hay antiguo invasor ó merodeador, que no haya dejado descendientes.

De Norte á Sur extiéndense las cordilleras del Líbano y del Ante-Líbano, que en tan extenso espacio no dejan otras llanuras que la del mar, los cauces de los rios, y algunas mesetas en las cumbres de los montes.

La vegetacion en los terrenos bajos y las laderas es dila-

tada, y los productos serian más abundantes, á cultivar la tierra un pueblo laborioso y entendido. En los más altos montes del Líbano, el Sanin y el Makmel, lo mismo que en los del Ante-Líbano y del Hermon, no se nota el menor vestigio de vegetacion, y levantan sobre las nubes sus áridas cimas casi siempre blancas.

Entre los animales, distínguense particularmente los camellos, que por todas partes llevan su enorme carga. Despues sigue el mulo, única cabalgadura posible en las breñas del Líbano; el caballo es ménos comun y ménos estimado; el asno sirve por lo regular de acémila; la vaca y el buey abundan poco; la cabra es tan comun que se la encuentra en todas partes. En las ciudades pululan muchos y muy sucios perros, que entre los beduinos son mayores y más inquietos.

En las quiebras inaccesibles del Líbano, y en los pantanos del lago Houleh, existen algunos jabalíes, hienas y panteras. En cambio no hay cueva donde no se guarezcan algunos chacales, cuyos lúgubres aullidos oyen al anochecer los viajeros. La liebre y el ciervo corren en gran número por las llanuras.

Cuando se llega á Beyrut de paso para Palestina ó para visitar el Líbano, es menester proveerse para continuar el viaje, en cuya poblacion se encuentra lo necesario á precios equitativos.

EXCURSION AL LÍBANO.

La excursion al Líbano puede hacerse siguiendo el camino por tierra, ó embarcándose en un falucho árabe, que en ménos de tres horas conduce á la bahía de Djuni.

De la relacion de uno de los más modernos viajeros, extractamos los siguientes pormenores:

«En la playa donde desembarcamos, Djuni, habia un espacioso muelle, en que el apiñado gentío movia extraña batahola. Una vez nuestros equipajes en tierra, tuvimos que despejar un espacio suficiente para levantar tres tiendas.

»Estaba ya al pié del Líbano, y pisaba una tierra querida por los recuerdos bíblicos que me excitaba, y por el afecto que me merecian sus habitantes. Cuanto veia era nuevo para mí. Las colinas estaban coronadas de pueblos, iglesias y monasterios: hallábame ya entre los maronitas.

»Uno de éstos, que vivia cerca de donde habíamos dispuesto nuestro pequeño campamento, cuando se hubo cerciorado que no padecíamos del cólera reinante á la sazon en la costa asiática, consintió en asarnos un pedazo de carne que llevábamos, y así comimos muy bien á la luz de algunos candiles, en tanto que el mar bramaba á nuestros piés, y que las casas se iluminaban paulatinamente en los primeros collados del Líbano. A poco oí en todas partes el toque de ánimas, cuyos religiosos y solemnes ecos descendian de los montes cual célicas voces que convidan á la oracion. El viajero que en bárbaro suelo encuentra su creencia y culto, halla objeto y destino para sus afecciones, y se imagina estar entre los suyos.

»Poco pude dormir en la tienda: los incómodos mosquitos (más aun que la dureza del lecho) priváronme casi de pegar los ojos.

»Por la mañana desayunamos con mala leche, fiambres, huevos pasados por agua, higos muy buenos, y excelentes uvas.

»En la ciudad de Djuni y en sus cercanías se fabrican las

brillantes telas de oro y seda, teñidas de vivísimos colores, las cuales se despachan en los bazares de Beyrut. Presentáronnos tejidos de esta clase para gorros, zapatos, etc., y nos los vendieron muy baratos.

»Entre tanto habíamos encargado algunos mulos para nosotros y los equipajes, y á las diez comenzamos á subir el Líbano. Aquí conocí por primera vez el modo de cabalgar de esta tierra. En vez de silla ponen á los mulos una albarda rellena, á la que los arrieros atan costales de avena y otras provisiones, que hacen abultar considerablemente la enjalma; cúbrenla con las mantas que les sirven de lecho, y encima colocan al viajero. La carga está bien ó mal sujeta con nudosas cuerdas, de modo que cuando se monta, vese una meseta desigual é inaccesible.

»Dejé que arreasen el mulo; pero fuéme imposible sostenerme en la silla y sus accesorios. No puedo ponderar las molestias á que hube de resignarme, y mis conatos para hallar una posicion cómoda ántes de llegar á comprender la manera más adecuada de guardar el equilibrio sobre la cabalgadura, tanto en las subidas como en las bajadas.

»El paisaje que me rodeaba era admirable. Desde el fondo de los llanos hasta la cima de las colinas, todos son tejados de unos seis piés de largo, sostenidos por pilastras. Do quiera se ven morales, olivos é higueras; á cada paso causan admiracion la laboriosidad é inteligencia de un pueblo que ha fertilizado montes tan escarpados y pedregosos. El principal producto de la comarca consiste en los gusanos de seda.

»De cuando en cuando encontrábamos corpulentos algarrobos de oscuro follaje, y espinosos nopales, cuyos frutos robaban nuestros arrieros.

»El camino, cada vez más áspero, consistia en un horroroso sendero resbaladizo que subia escarpadas cuestas, siguiendo la línea más recta por donde se desprenden los témpanos de nieve de las altas cumbres.

»Seria la una cuando llegamos á Ghosta, acampando á la sombra de algunos árboles, no léjos de una iglesia antigua y á la vista del mar.

»Los árabes, en general, califican á los europeos más por sus ideas poéticas que por sus pasaportes, de los que ni siquiera se cuidan. Lo mismo sucede en el Líbano; y aun á pesar de todas mis protestas, me tomaron por un obispo. Pronto una multitud de curiosos invadió el espacio que no ocupaban nuestras tiendas.

»No tardaron en visitarnos el jeque y los principales habitantes, y aquella misma noche devolvimos nuestras visitas.

»Una de las primeras que hicimos fué á la familia Bitar, cuya cabeza Abu Fares, secretario que fué del emir Bechir, y despues general de los maronitas en la guerra contra los drusos, nos recibió con la mayor cordialidad, aunque sin prescindir del ceremonial acostumbrado.

»Hé aquí las incomodidades que ha de sufrir el que hace una visita.

»Salieron los hombres á recibirnos en el patio, é introducidos que fuimos en un salon que ocupa todo el piso bajo, hiciéronnos sentar sobre alfombras y almohadones, colocados junto al muro. Una de las nietas de Abu Fares me puso en la cabeza un velo ricamente bordado, que me cubria hasta la cintura, en tanto que una hermana suya me incensaba con un braserillo de plata, que despedia espeso cuanto fragante humo.

»Yo guardaba cuanto podia la gravedad que, segun observé, guardaban tambien los demas presentes á esta ceremonia, mas no pude ménos de apartar el velo, porque me ahogaba. Quitáronmele para dejarme respirar, pero volviendo en seguida á la carga con un vaso agujereado á modo de hisopo, rociándome cara y manos con agua olorosa.

»Y no terminó con esto: las dos hermanas trajeron en bandejitas de plata un vaso lleno de licor preparado con azahar, ofreciéndonosle con la mano izquierda, miéntras se ponian la diestra sobre el corazon. Un doméstico nos presentó un paño recamado de oro y plata para enjugarnos los labios.

»En seguida nos sirvieron el café, y finalmente la pipa.

»En todas las visitas hubimos de resignarnos á los perfumes, á tomar café y fumar.

»De regreso á las tiendas, aderezamos una suculenta comida de lo que nos habia regalado aquella buena gente.

»Desde la cima del gigantesco pedestal en que nos hallábamos, pude admirar á primera vista el genio de un pueblo que, á fuerza de trabajos y paciencia, ha llegado á convertir un desierto en vergel, que produce todos los frutos del Oriente. Sólo una sociedad cristiana podia vencer tantas dificultades como allí se presentan.

»A la una del dia siguiente fuimos á casa de Abu Fares, que nos habia convidado á comer, cuya familia es una de las más pudientes de la comarca, y que como he dicho lleva el nombre de Bitar.

»Antes de servirnos la comida, nos ofrecieron una copita de cierto licor, café y pipas. Despues los criados nos dieron aguamanos en una jofaina de azófar, igual á las que se usan en Oriente, con doble fondo agujereado, de suerte que pa-

sando sucesivamente á muchas personas, las últimas no ven el agua que ha servido á las primeras.

»Sentámonos á la mesa, ó sea sobre alfombrillas en el suelo, y puestos los manteles en él, colocáronse encima, delante de cada comensal, galletas muy delgadas en vez de pan, y en el centro un taburete pequeño de un pié de alto, y sobre él una tabla redonda. Los manjares no se hicieron esperar.

»A la mesa sólo estábamos los forasteros y los principales varones de la familia; las mujeres se habian retirado. Rogamos á Abu Fares que las permitiese comer en nuestra compañía, y vinieron á sentarse entre nosotros, pero sólo para servirnos.

»Como no habia cucharas, tenedores, ni cuchillos, era preciso partir y comer con los dedos. Yo tenia un apetito voraz, y me decidí á alargar la mano al primer plato que pude alcanzar. Era un guisado de carne trinchada, con arroz, cebolla y tomate, condimentado con ajos y pimienta; con un pedazo de galleta tomé un poco de todo con los dos primeros dedos y el pulgar de la mano derecha, y llevélo á la boca.

»Mis compañeros se reian, mas luégo poco á poco, comenzaron á imitarme; y nuestros huéspedes, que por respeto ó con intencion no habian querido servirse, siguieron el ejemplo.

»Estaba la mesa abundantísimamente provista de volatería deshuesada, y cuajada de toda clase de frutas; uvas con migas de pan, pepinos sazonados con arroz y cebolla, tomates rellenos de lo mismo, chuletas asadas, legumbres varias más ó ménos mezcladas de arroz, y finalmente arroz con carne, último plato de todas las comidas.

»Una de las nietas, sentada á mi lado, ofrecíame lo que le parecia mejor; partia los pedazos de carne que juzgaba más exquisitos, sobajábalos dándoles la forma de cuerno, los empapaba en la salsa y el relleno, y presentábamelos respetuosamente con la una mano, aplicando al corazon la otra pringada en salsa.

»El vino que nos sirvieron era excelente. El primer brindis se dedicó al Padre Santo, y siguieron luégo otros brindis acompañados de cantos improvisados. Al final de cada estrofa se bebe. Tal es la costumbre.

»Todo era agradable, ménos la postura incómoda de permanecer sentado en cuclillas.

»Toda la comarca estaba ya informada de nuestro arribo; en estas montañas divididas por largas cañadas, cunden las noticias con la mayor rapidez; la gente se habla de un pueblo á otro, sin embargo de que se necesitarian algunas horas para atravesar los barrancos que los separan.

»Era ya tarde cuando nos despedimos de los amigos de Ghosta. Los vecinos se agolpaban á nuestro paso, ó se asomaban á las ventanas y terrados para desearnos buen viaje. Sólo hacia veinticuatro horas que nos hallábamos entre aquella buena gente, y nos trataba ya como á deudos antiguos: tan cierto es que no hay como la comunidad de creencias para inspirar simpatías.

Para ir de Ghosta á Raifun, es preciso subir siempre. En una altura á nuestra derecha, descubrimos uno de los monasterios más hermosos del Líbano, el de Bzommar, donde reside el patriarca armenio, y el cual se nos aparecia situado en la meseta de una escarpada colina, con sus arcos, torrecillas, azoteas y brillantes paredes iluminadas por los últimos rayos del sol, destacándose sobre el pardo fondo de

los montes que le circundan, como una fortaleza edificada en un eminente promontorio.

»Por las azoteas paseábanse algunos padres dominando los abismos, como sobre las humanas miserias se ciernen sus pensamientos para aliviarlas con sus preces. Entre ellos y nosotros mediaba una honda quebrada, y como lo avanzado de la tarde no nos permitiese ya visitar el monasterio, alejéme con pesar.

»El camino iba haciéndose intransitable; el dia declinaba rápidamente; los guias se cuidaban poco de nosotros, y abandonándonos al instinto de las caballerías, habian tomado la delantera, despertando los ecos de las montañas con sus guturales cantos; llegamos por fin sin novedad, y fuimos afablemente recibidos por los buenos religiosos, que ya nos aguardaban.

»Son éstos los padres lazaristas, que tienen en Raifun un establecimiento donde pasan el verano, y las demas estaciones en Antura. Habia cinco religiosos, bajo cuya direccion se instruian cincuenta alumnos. Aquellos humildes misioneros y doctores á la par, arraigan la fe desarrollando la inteligencia, al paso que con la mansedumbre de la religion inspiran aficion á la ciencia.

»Á la mañana siguiente nos encaminamos á Miruba.

»Serian las doce del dia cuando, encontrando un magnífico roble, resolvimos detenernos un rato á su sombra; y apénas nos apeamos, de una casa inmediata nos trajeron esteras, alfombras, cojines y despues pipas, café y frutas. El dueño era un noble maronita que nos colmó de obsequios. Pronto bajaron de las colinas muchas personas, que acudian á felicitarnos por nuestra llegada.

»Hablóse desde luégo de religion, de Pio IX, y aquellos

sencillos maronitas besaron con las mayores muestras de respeto una medalla que les mostré, en la que estaba grabada la efigie del Padre Santo. Alzáronse de pronto, descubriéronse, y uno entonó la oracion que por el Sumo Pontífice acostumbran cantar en la iglesia, respondiendo los demas en coro.

»Aunque muy á pesar suyo, fué por fin menester despedirnos de ellos.

»A poco alcanzamos las más altas cimas de los montes, pelados riscos, trabajados por el tiempo y las tempestades, y al salir de un puerto vimos de improviso nuestras tiendas levantadas cerca de Miruba, al pié de algunos pinos, y junto á una deliciosa fuente.

»En tanto que departíamos con los buenos maronitas, á la sombra del roble, algunos de los de nuestra comitiva eligieron aquel sitio para sentar nuestros reales.

»Al llegar encontramos un individuo que nos esperaba para saludarnos en nombre del arzobispo de Balbek, y habiéndonos rogado que fuésemos á visitarle en su quinta, distante media legua, nos dirigimos allá.

»Mandó que dos de sus familiares nos saliesen al encuentro, y recibiónos con repique de campanas, cuyos festivos ecos resonaban en las colinas, miéntras los montañeses acudian á nuestro paso.

»El arzobispo de Heliópolis, hoy Balbek, anciano venerable, que llevaba ya cuarenta y cuatro años de pastor de esta diócesi, nos recibió como un patriarca, pues tal parece por su aspecto, por su sencillez y virtudes. Monseñor Antonio Gazen habia residido en Roma en tiempo de Pio VI, y se expresaba muy bien en italiano. Accediendo á su convite, fuimos á comer al siguiente dia á casa del arzobispo.

»La mesa estaba servida con manjares sencillos, y la vajilla en el suelo; no habia cuchillos ni tenedores, y por lo tanto nos era preciso emplear los dedos; para la sopa nos dieron cucharas de madera. Sólo nos sirvieron vino de una clase, y excelente, como casi todos los del Líbano.

»El arzobispo intercalaba en su frugal comida algunas sentencias tan agudas como edificantes, de suerte que más cuidábamos de escucharle que de apagar el apetito.

»A las nueve de la mañana siguiente proseguimos nuestro camino. Siempre tuvimos que subir y bajar por montes tan escarpados y áridos como los que habíamos atravesado dias ántes. Nunca se llega á una planicie; cuando á fuerza de trabajos se ha logrado trepar á una elevada cima, que horas ántes se habia divisado, encuéntrase en la parte opuesta una áspera cuesta, por donde es indispensable bajar arrostrando mil peligros. Angostas sendas culebrean entre precipicios.

»Hemos entrado ya en la provincia de Djurd trasponiendo los límites del Kesroan, y la colina que recorremos en derechura al Norte, queda súbitamente cortada al pié del Mersaebe, para formar uno de los recodos ó senos tan frecuentes y notables en el Líbano. Al pié de un alto muro de grandísimas breñas semicirculares, existe una honda cueva, y más abajo, entre peñascos desgajados por los siglos, brota en todas partes fresca y abundosa agua, la cual se precipita de una eminente breña, serpentea y corre á regar un umbroso valle: hé ahí de dónde nace el Nahr Ibrahim.

»En un collado frontero, vénse las ruinas de un antiguo templo de Vénus que Constantino destruyó.

»A corta distancia se encuentra el pueblo de Afeca.

»El país comienza á estar habitado por metualis, quienes

no salen á recibirnos como los maronitas: las mujeres al vernos se tapan ó nos vuelven las espaldas, y los hombres nos miran recelosos.

»Los metualis ó metarvelis son mahometanos disidentes de la secta de Alí, que moran al Norte del Líbano y en las cercanías de Balbek; no son numerosos, y andan mal avenidos, así con los turcos como con los cristianos, ménos por espíritu de intolerancia religiosa que por su índole, pues son rudos, avaros y hasta crueles.

»El Nahr Ibrahim, con su caudaloso raudal y las aguas que recibe al entrar en el valle de Akura, forma un rio bastante considerable, aunque su curso recorre diez leguas escasas. Desagua en el mar, cruzando parajes muy agrestes. En este rio, segun la mitología, murió Adónis.

»Al caer el dia llegamos al convento de San Jorge de Kartba, bajando por una colina muy escabrosa al llano, junto á un rio que desemboca en el Adónis, y separa la provincia de Djurd del bajalato de Trípoli.

»Acampamos á breve distancia del monasterio, cuyos religiosos salieron á recibirnos y nos obsequiaron luégo con una comida bastante buena. Estos religiosos observan la regla de San Antonio; guardan perpétua abstinencia de carne, y se contentaron con servirnos á la mesa.

»El monasterio está en una colina fértil, cultivada con esmero. En el Líbano acontece lo que en otros puntos: los monjes comenzaron á desmontar el terreno, é introduciendo los mejores sistemas de cultivo, dieron ejemplo de paciencia y actividad.

»A la mañana siguiente asistimos al oficio divino, dicho en siriaco y acompañado de himnos, más notables por su extravagancia que por su armonía.

»Distribuí algunos rosarios y medallas que traia de Roma, y aquellos padres nos lo agradecieron con grande efusion. Todo católico que se proponga visitar el Líbano, debe ir provisto de esos objetos religiosos, pues con frecuencia no se sabe cómo recompensar los favores de aquellos habitantes, y esos son los recuerdos que más estiman, particularmente si están bendecidos por el Padre Santo.

»En seguida partimos para Dimar. Atravesamos lugares sobremanera áridos, encontrando rebaños de ovejas y caballos, vacas y camellos que trepaban por las breñas, donde sólo crece alguno que otro arbusto; de cuando en cuando se cruzan valles feraces, donde se cultiva maiz, trigo, patatas, y especialmente morales y uvas; éstas últimas en racimos prodigiosamente grandes. Luégo se atraviesan vastos eriales.

»Hácia el Sur topamos por primera vez una tribu de beduinos, con sus tiendas cubiertas de camelote, y cercadas de un seto de juncos. Al vernos los perros ladraban, los muchachos atezados y medio desnudos nos salian al encuentro, las mujeres nos miraban de léjos, y los hombres eran bastante complacientes para indicarnos el camino que debíamos seguir. Cerca de las tiendas, pacian algunos caballos atados á una estaca clavada en tierra. En los puntos más elevados del Líbano, encontramos hasta cinco tribus semejantes á ésta.

»El traje de los hombres es casi igual al de los árabes que viven á orillas del mar Muerto, y en otros lugares: en la cabeza llevan el keffié, pañuelo amarillo y encarnado, sujeto con un cordon de pelo de camello, cayendo las puntas á ambos lados de la cabeza, para resguardarla del sol; usan túnica, calzas pardas, y alquicel de lana listado de

blanco y negro. Las mujeres sólo llevan túnica ó camisa azul, ceñida con un cinturon de cuero; cúbrense la cabeza con un pañuelo, y adórnanse la cabellera con monedas de plata. Llevan el labio inferior pintado de azul, y siempre andan descalzas.

»El árabe del desierto, aunque se precia de musulman, no tiene sacerdotes, no ora en comun como los turcos, y es fama que no observa el precepto del ayuno, ni va en peregrinacion á la Meca. Su única ocupacion es cuidar de los rebaños.

»El árabe es soldado y pastor á un tiempo, pues sabe que en las soledades del desierto ha de defender la vida contra sus perseguidores, y sus hatos contra las fieras. Es sóbrio: sólo come por la mañana al salir de la tienda, y por la noche al regresar á ella, alternando en sus manjares la manteca, el arroz, harina y cebollas; no come carne sino en contadas ocasiones.

»Segun la costumbre generalizada en Oriente, las mujeres no comen con los hombres, sino que les sirven, y luégo toman las sobras, con las que se retiran á un rincon de la tienda. Sus quehaceres consisten en levantar las tiendas, preparar la comida, guardar los hijos, ordeñar las ovejas y tejer las telas. Esa vida aventurera é independiente presta á los beduinos un continente marcial y animado. El robo es para ellos un arte, una necesidad, una pasion; de suerte que indistintamente se entregan á ese vicio, robándose unos á otros del mismo modo que á los extraños.

»El beduino nómada no ha cambiado, siendo ahora como era en los tiempos de Abraham: eternamente inaccesible en su vagabunda existencia, la civilizacion nunca podrá alcanzarle.

»Prosiguiendo el viaje, traspuestos aquellos yermos, encontramos terrenos de cultivo, y varios aldeanos que regresaban á sus hogares; las yuntas precedian al labrador cargado con el arado de una sencillez primitiva.

»En breve llegamos á una montaña, prolongacion del Djebel Makmel, desde la cual divisamos el mar y la ciudad de Trípoli (Tarábolos). Los caminos iban siendo á cada paso más intransitables. Habia sendas que apénas tenian dos piés de ancho, sembradas de guijarros resbaladizos, con hondos barrancos á un lado, y al otro grandes peñascales. Las cabalgaduras, acostumbradas á aquellos parajes, tienen el instinto de poner siempre el pié en los mismos hoyos formados por el tránsito, y así pueden caminar sin despeñarse.

»Los maronitas no quieren mejorar esos caminos, porque siendo el único pueblo cristiano de Siria, están seguros de poderse defender entre aquellos riscos impracticables contra el yugo del islamismo.

»Pasamos á corta distancia de la quinta del patriarca maronita de Diman, el cual antiguamente veraneaba en Kanobin, dos leguas más léjos. Pronto llegamos á nuestro punto de parada, sentando los reales á tiro de fusil de la casa del patriarca, quien sabedor de nuestro arribo nos mandó á ofrecer cuanto necesitásemos.

»Pasamos á visitarle. La casa del patriarca no se distingue de las demas de la montaña sino en que es algo mayor: en los bajos está el comedor y la habitacion de dos obispos y algunos clérigos seculares que residen cerca de su persona; el piso alto consta de un terrado y un pabellon con dos aposentos, donde habita el patriarca.

»Nos recibió en la azotea bajo un entoldado, á la sombra de algunas ramas de árboles.

»El traje del patriarca es una especie de jubon con largas y ajustadas mangas, y encima una holgada túnica con mangas cortas, cuya falda es más ancha por delante que por detras; en la cabeza un turbante antiguo, alto, abollonado á la mitad de su altura, y de una sola pieza. Igual es el traje de los clérigos, diferenciándose únicamente en el color, siendo azul turquí el de éstos, morado el de los obispos, y encarnado el del patriarca.

»Así á los obispos como al patriarca, se les da el tratamiento de santidad, *saidna*, y todos llevan el báculo y el anillo como los obispos de Occidente.

»El hábito de los religiosos es negro, y en lugar de turbante llevan cogulla.

»El clero maronita se compone del patriarca, titulado patriarca de Antioquía, de nueve arzobispos y obispos diocesanos, seis obispos *in partibus*, afectos al patriarcado, ó á establecimientos de educacion, y mil doscientos clérigos seculares, que ejercen su ministerio en trescientas cincuenta y seis iglesias.

»Cuéntanse tambien sesenta y siete conventos con mil cuatrocientos religiosos, y quince conventos de monjas, cuyo número asciende casi á trescientas.

»Los obispos y los monjes deben observar el celibato; los padres seculares pueden ser casados, con tal que ya lo fuesen ántes de ordenarse.

»No existen sino cuatro colegios: los jesuitas tienen uno en Ghazir, y los lazaristas otro en Antura. El principal es el de Ain Araca.

»Los alumnos sobresalientes pasan á Roma á proseguir sus estudios en la Propaganda, donde sólo pueden disponer de seis plazas.

»Desde la azotea de la casa patriarcal se disfruta de un bellísimo panorama. Los cedros cautivan con preferencia la atencion; aunque distan tres horas, en el valle de los Santos, en el Kadischa, se los distingue claramente, pareciendo un ramillete de árboles colocados en un grandioso altar, cuyo fondo le forman las más elevadas montañas del Líbano; con frecuencia se levantan de los valles nubes de diáfana blancura, como suben al cielo las nubes de incienso.

»Los piadosos anacoretas de quienes toma el valle su nombre, moraban antiguamente en unas cuevas de la llanura, y léese en documentos de la época que celebraban á un tiempo el santo sacrificio, siendo tan crecido su número, que cada mañana subia á las alturas una nube del incienso que quemaban. Todavía se conserva la costumbre entre los maronitas de quemar profusion de incienso aun en las misas rezadas.

»Sabido es que en Oriente habia muchos *Laures*, cada uno de los cuales albergaba mil anacoretas.

»Al emprender de nuevo nuestro camino, cruzamos la hermosa aldea de Hasrun, casi oculta entre los más lozanos árboles que en el Líbano se encuentran, llegamos á Kafra, último pueblo sito en un collado, cuyas casas escalonadas semejan una fortaleza, y al cabo de una hora nos encontramos al pié de los cedros.

»Los más de los peregrinos que visitan los cedros, quedan chasqueados cuando, tras tan cansado viaje, llegan á ellos y no hallan sino árboles. Olvidan las palabras de los profetas: «El Líbano está humillado; los más altos cedros han sido cortados (Isaías)». «Sus ramas están caidas y diseminadas por los valles (Ezequiel).» «Abre, Líbano, tus puertas, y devore el fuego tus cedros (Zacarías).»

»Entramos en la reducida capilla edificada en el interior del bosque, la cual consiste en cuatro paredes coronadas de una azotea; sus columnas y bóvedas tienen el mérito de ser de cedro, como las del templo de Salomon. Sirven la capilla, construida pocos años hace, un sacerdote maronita y un monje latino, que permanecen en tan elevada region hasta la época de las nieves.

»No existe paraje alguno en que los cedros puedan ostentar mejor su magnificencia. En los alrededores no se descubre la menor señal de vegetacion, y el llano en que se alzan está rodeado al Este por el semicírculo que describen las últimas montañas del Makmel; al Oeste limitan el llano agudos peñascos que se extienden hasta el valle de los Santos. Mucho más abajo está el orígen del Kadischa, que empezando por arroyuelo se convierte por las nieves derretidas en impetuoso torrente á traves de los riscos.

»Los cedros están á seis mil piés sobre el nivel del mar, y á ocho mil ochocientos la cima del Makmel que los domina.

»Abandonamos el bosque de los cedros para tomar el camino que conduce á la otra parte del llano.

»El que no quiera recorrer el Líbano, sino solamente visitar los cedros, debe seguir el litoral por mar ó por tierra desde Beyrut hasta Trípoli, y dirigirse al bosque por Eden, viaje que puede verificarse en pocos dias.

»En nuestro itinerario de regreso, dejamos á la izquierda la hermosa aldea de Bescharri, sita á la altitud de cuatro mil trescientos veintidos piés, con sus frescas sombras, conventos, campanas y derrumbaderos.

»A las tres horas se encuentra Eden, villa cuya poblacion en verano asciende á tres mil almas, y que durante el in-

vierno sólo cuenta veinte moradores, encargados de quitar la nieve que perjudicaria las casas. Posee Eden unas doce iglesias ó capillas, pero mal cuidadas; es silla episcopal de una diócesi que apénas tiene cinco mil almas.

»Por lo general en el Líbano son muy pobres las iglesias; en ninguna parte se ven campanarios, á no ser que se dé tal nombre á un arco de piedra ó ladrillo sobre el tejado, del cual pende un esquilon ó dos.

»A dos leguas de Eden se halla el convento de Keshaja; el camino es peligrosísimo. Este convento es la casa principal de la órden de San Antonio, la cual cuenta en el Líbano hasta ochenta monasterios.

»En el de Keshaja hay una imprenta, donde los monjes imprimen libros arábigos y siriacos. Este último idioma es entre los maronitas el sabio, y el árabe el vulgar.

»Cerca del monasterio hay una cueva, donde se dice habitó San Antonio cuando de Egipto pasó á aquellos desiertos para dar una regla ó constitucion á sus discípulos.

»No muy léjos de Keshaja, y siguiendo un espantoso vericueto, se halla Kanobin, que no es más que un gran convento, y no villa como algunos mapas indican.

»Varias aldeas esparcidas en las colinas y cobijadas por frescas arboledas, embellecen esta comarca, cuna de la nacion maronita.

»Por el centro del valle se atraviesa, por un sólido puente, el rio Kadischa, y trepando á la otra parte por un terreno pedregoso se llega á Diman.

»Volvimos á visitar al patriarca, y tomando la direccion de Balbek, tuvimos que trepar á las más elevadas cimas del Makmel, á la derecha de los cedros, y luégo pasamos largas horas en las estériles crestas de la parte oriental del Líbano.

» El contraste entre ambas vertientes es ciertamente pasmoso. Al Oeste se encuentra una poblacion numerosa, benévola y activa: todo son casas; do quiera florece la agricultura; todo respira vida; árboles, aguas y ganados desde las cumbres, y á los piés, tendido el mar de Siria; miéntras que por el Este todo es blanquecino, árido, desierto; en ninguna parte se ve agua, sombra ni cultivo.

» Por fin descubrimos ya el Ante-Líbano, Djebel-el-Sharke (montaña del Este), y despues la llanura de Balbek, que es la antigua Cæle-Siria; y no muy distante, entre verdes prados, las gigantescas ruinas de Balbek.

» Esta poblacion muerta, sus grandiosos templos sin dioses ni adoradores, sus vestigios de mármol, sus escombros de granito, producen en el ánimo sensacion inexplicable.

» Antes de llegar, pasamos por una meseta entre las cimas del Makmel y el monte Hermel, cuya elevacion es poco considerable; la parte baja del llano está casi ocupada por el lago de Jammuneh (Birket-el-Jemun), formado por las lluvias y el deshielo de las nieves, y con un suelo esponjoso, que le hace quedar en seco en verano.

» Al pié del monte, y entre las aguas, yace un edificio arruinado, cuyos restos indican que era un templo gentil de grande importancia.

» Despues de Balbek, y retrocediendo cinco leguas en línea un poco oblícua hácia el Sur, seguimos en busca del camino que habíamos llevado á la ida. Durante el dia anduvimos sin encontrar una sola vivienda, y al anochecer llegamos á Mnaitreh, pueblo de metualis. A la tarde del siguiente dia, entrábamos de nuevo en Miruba.

» Al salir de esta poblacion, nos desviamos algun tanto de la senda que habíamos seguido la primera vez, y pasando

por Ashcoun, pueblo bastante grande y muy pintoresco, llegamos á Bzommar, sede del patriarca armenio católico, quien habita en un convento magníficamente situado.

»Desde su azotea se descubre á Beyrut, y en lontananza se dibujan las montañas de Chipre.

»El patriarca armenio del Líbano tiene á sus órdenes dos obispos diocesanos, cuatro obispos *in partibus*, unos sesenta religiosos y misioneros, y cerca de doce mil fieles derramados en Cilicia, Siria y Mesopotamia.

»A media legua de Bzommar está un monasterio de monjas, en Mar-Sciallita (San Artemio).

»Continuando nuestro viaje, pasamos por Bekerke, residencia de verano del patriarca maronita, grandioso palacio de los mejores del Líbano.

»El camino por donde se avanza luégo hácia Antura, es una senda trillada entre mil derrumbaderos, debida á la mano del hombre. Antura está situada á una legua de Bekerke, y es donde reside el delegado de la Santa Sede, en un edificio fuera de poblado, al que dan los árabes el nombre de *Casa del Viento*, y no sin razon, por los furiosos aires que siempre la rodean.

»Pasamos cerca de Zouz-Mikayl, pueblo el más grande y mercantil del Kesroan, en cuyo término se cosechan los mejores vinos del Líbano.

»Pronto alcanzamos la orilla del mar, atravesando una espléndida plantacion de morales, patatas y cañas dulces, y siguiendo hasta la embocadura del Nahr-el-Kelb (rio del Perro), que es el antiguo Lyco.

»La orilla del mar es el camino que conduce á Siria; por obstruirlo en algunas partes grandes peñascos, fué preciso abrir una via en las peñas, y allanar las asperezas de la

montaña, obra debida á Pio Antonino, conforme se colige de la inscripcion grabada en la roca.

» En las mismas peñas se notan varias esculturas muy antiguas, de diferentes épocas y pueblos, jeroglíficos y caractéres cuneiformes bastante distinguibles.

» Tiene el rio Lyco pocas leguas de largo, saliendo de una cueva parecida á una bóveda, y notable por sus infinitas estalactitas.

» La via Antonina en el promontorio del Nahr-el-Kelb, que sólo tiene un cuarto de legua de largo, se llamaba en tiempo de las cruzadas el *desfiladero de Beryte*.

» Para continuar hasta Beyrut, hay que tomar la playa pisando una menudísima arena, en que se reflejan los rayos del sol.

» Media legua ántes de la ciudad se pasa por los arcos del puente del Nahr-Beyrut, el *Magoras* de los antiguos, de anchuroso lecho, pero muchas veces casi enjuto; en su embocadura se abrigan los buques anclados delante de Beyrut.

» El puente, de seis ojos, parece de fábrica romana; las avenidas han arrastrado casi todos los construidos bajo la dominacion actual.

» El aspecto que ofrecen los alrededores de Beyrut es triste, tanto más triste, despues de las risueñas perspectivas que nos habian rodeado en nuestra excursion al Líbano.»

DE BEYRUT Á JERUSALEN.

El peregrino que una vez llegado á Beyrut, ántes de proceder por tierra hasta Jerusalen, haga una excursion por el Líbano, debe esperarse á un terrible contraste.

En el Líbano vense montañas áridas convertidas en terrenos fértiles, fuentes á cada paso, una poblacion activa, amiga, hospitalaria y cristiana, aldeas en todas las cimas: en una palabra, vida, prosperidad y fe.

En Palestina, por el contrario, las montañas que se encuentran son áridas é incultas; con frecuencia se atraviesan dilatadas llanuras despobladas, rios sin agua, aldeas desiertas, ruinas en las riberas, restos de sepulcros en las colinas, algunos paredones, reliquias de las ciudades más opulentas del universo, cuyos moradores rechazan ó roban á los caminantes: es cuanto contemplan los ojos desde Sidon hasta Gaza, y desde las orillas del Mediterráneo hasta el mar Muerto.

Al salir de Beyrut, éntrase pronto en el arenal que se extiende hasta la parte opuesta de la península hácia el Sudeste; á la izquierda se encuentra el magnífico olivar del pueblo Sciuffat, que abastece de aceitunas á todo el Líbano, y á la derecha, en la montaña, está Marhanna, importantísimo monasterio griego.

A tres leguas y media de Beyrut existe un pequeño khan druso, donde se acostumbra á hacer alto. Hay tambien algunos otros en el litoral, pero diferentes entre sí.

El khan es una especie de ventorrillo, que consiste en cuatro paredes techadas, con alero de ramaje á un lado, bajo el cual se sientan los caminantes sobre esteras ó alfombras. En el interior es imposible casi penetrar en él, pues los mulos y camellos se colocan al rededor y obstruyen el paso.

En tanto que los mozos van por agua, tibia y cenagosa las más veces, ó encienden lumbre y preparan las pipas, sácanse algunas provisiones, esto es, un poco de fiambre y huevos

duros. Generalmente puede el viajero procurarse galletas y café, y uvas en su estacion.

Todos fuman y toman ese café espeso y aromático, único refresco que se encuentra en todo el Oriente.

Prosiguiendo por la orilla del mar, existen en la ladera de la montaña varias aldeas drusas, y á poco se ve el Deir-el-Kamar (el Convento de la Luna), capital de los drusos: pueblo grande en que se encuentran palacios deshabitados, una mezquita, una iglesia, un haren, galerías y jardines, todo sumido en el más profundo silencio.

En otra colina se halla Dptedin, otro pueblo tambien abandonado.

A mitad del camino de Beyrut á Sidon está el rio Tamur ó Nahr-el-Kadi, ó sea el Tamyras de los antiguos, el cual se atraviesa por un puente, al que falta un trozo que se llevaron las aguas.

Más léjos en una ensenada se halla un monumento ó pilastra, en el sitio que se llama *Ras Nebbi Jones*, ó cabo del profeta Jonas, donde se supone fué vomitado el profeta por la ballena.

Al pié de las colinas que siguen, y cerca del mar, encontrábase Misrephoth-maim (coccion de las aguas), donde se beneficiaban unas salinas. Aquí principia la Palestina.

Despues se encuentra el rio Aula, y se llega á la ciudad de Saida, la antigua Sidon, capital de los fenicios.

Saida cuenta hoy dia sólo seis ó siete mil habitantes. Tiene una ciudadela edificada sobre un altillo, á orillas del mar, la cual domina la ciudad; es un mal castillo defendido por seis cañones inservibles.

En este punto empiezan á abundar las palmeras, y los mejores plátanos de Siria se crian en Saida.

La poblacion es un conjunto de casas blancas, cuyos tejados casi puede decirse que se tocan, tan angostas son las calles, muchas de ellas abovedadas, y otras cubiertas con juncos y cañas.

En las calles principales vense abiertas porcion de tiendas pequeñas, y esto les da alguna animacion; las demas se hallan desiertas. Como los aleros son tan bajos, cuando se transita por ellas á caballo es menester bajar la cabeza, y como las paredes carecen de ventanas, siempre parece que se está dentro de un patio sucio y oscuro.

Tanto las aguas como las acémilas han de pasar por un espacio de dos piés de ancho, entre dos altas aceras empedradas, de suerte que los que siguen una direccion opuesta, deben aguardar al extremo de la calle, so pena de mover una baraunda infernal.

A corta distancia de la puerta baja, y en el barrio más ruidoso, se encuentra el khan frances, vastísimo edificio cuadrado, con varios pisos, que era el centro mercantil frances en Siria, y en el dia contiene un convento, una iglesia, una escuela, galerías, caballerizas y una fuente; de suerte que este edificio es fortaleza, khan, bazar y ciudad en una pieza, hallándose gentes en él de todos colores, que hablan todos los idiomas.

Los franciscanos de Tierra Santa ocupan parte del mismo, y hospedan á los peregrinos.

En parte alguna se nota el menor vestigio de antigüedades, como no sean fustes de columnas derruídas que se encuentran en los caminos, en el campo y á orillas del mar.

El puerto está lleno de arena, y á corta distancia existe una isla pedregosa, junto á la cual fondean los buques con poquísima seguridad.

De Saida á Sur se cuentan siete lugares; propiamente no existe camino; el viajero va andando por la orilla y tan cerca del mar como puede. La playa es sumamente baja y cubierta en su extension de menudísima arena, que cuando la bañan las olas se endurece. A no ser á mucha distancia del mar, los caballos se hunden.

Las gruesas patas de los camellos se adaptan sobremanera á estos caminos, y con frecuencia se encuentran largas recuas que trasportan fardos de una ciudad á otra. En el desierto es indispensable el camello ó el dromedario.

A dos leguas de Saida, despues de vadear un arroyo llamado Nahr-Nosey, arríbase á la deliciosa fuente de El-Borok, no muy léjos de un khan rodeado de naranjos.

Siguiendo el camino se advierten unos escombros de ladrillo y mármol, un pozo, y excavaciones en las rocas á orillas del mar. Es lo que queda de la antigua Sarepta.

La costa por ese lado es aridísima; pero á corta distancia, entre dos colinas, se encuentra el pueblo de Sarfand, en medio de un olivar.

La llanura que á continuacion se extiende está cultivada; pero sólo se descubre alguna que otra casa en la vasta soledad que los ojos abarcan.

Desciéndese luégo á un reducido valle regado por el Nahr-Kasmich, rio algo caudaloso, que se pasa por un puente de un solo ojo, á un cuarto de legua de su embocadura. Al salir del valle se pisa otra vez la orilla del mar.

A dos leguas del rio es donde se hallan los vestigios de la soberbia Tiro: un gran monton de arena, una puerta hendida y rota, y algunas columnas en medio de oscuras calles llenas de escombros, es cuanto queda de la reina de las ciudades.

Hoy dia lleva el nombre de Sur, y cuenta una poblacion de unos mil turcos y metualis, ochocientos griegos unidos, doscientos maronitas y veinte griegos cismáticos.

A legua y media de Sur están situados los *pozos de Salomon*, conocidos con el nombre de Ras-el-Ain. Consisten en cuatro grandes depósitos de agua, que en lo antiguo surtian á Tiro por medio de un acueducto, hoy dia completamente arruinado. Ahora esa agua sólo sirve para hacer andar unos molinos.

El campo de Tiro ó Sur termina en el cabo Blanco (Ras-el-Abiad), el cual se atraviesa por un angosto y escarpado camino, que serpentea en las sinuosidades de las peñas inclinadas al mar, á muchos cientos de piés de elevacion.

Sigue el monte de Saron que corre en derechura al Este, en cuya cima hay una torrecilla habitada por dos árabes para prestar auxilio á los viajeros y para hacer señales. Por el mismo lado se encuentran varios puestos de guardias, denominados *caphars*.

Desde lo alto se divisa en lontananza el monte Carmelo, y se domina la llanura de San Juan de Acre, cuya ciudad se adelanta como un cabo de mármol entre las azuladas aguas del Mediterráneo.

En poco ménos de media hora se desciende al pié de la montaña.

A una legua de la montaña y á orillas del mar, se encuentra un collado con algunas casas, una mezquita y palmeras; junto á este lugar, llamado Zib, se notan los escasos restos de la antigua ciudad fenicia Achzib. Hoy dia apénas tiene seiscientos habitantes.

Más allá se encuentra y se pasa junto á un bello acueducto en parte descubierto, que conduce á San Juan de Acre

un agua calentada por los rayos del sol y enturbiada por lo que arrojan en su lecho los hombres y las brisas del mar.

La vista exterior de la ciudad á media legua de distancia parece hermosa, brillando á la luz del sol con su doble cortina de murallas, baluartes, torres, alminares, palmeras y templos; pero la poblacion sólo ofrece miseria é inmundicia.

En San Juan de Acre existen ruinas de todas épocas: de iglesias, mezquitas, palacios, claustros y hospitales; pero en tal estado por la incuria y abandono de los hombres, que apénas se distinguen unas de otras. La famosa mezquita de Djezzar, para cuya construccion se acabaron de destruir tantos monumentos, pronto será un monton de escombros. Las calles son estrechas, las casas toscas, las tiendas sucias y poco concurridas; y el puerto, ántes tan anchuroso y profundo, está casi enteramente cegado. La poblacion actual se calcula en diez ó doce mil almas.

El antiguo nombre de San Juan de Acre es Acco, y los árabes todavía la denominan Acca. Despues de sometida á Egipto se la llamó Tolemaida.

El llano de San Juan de Acre, que se extiende de Norte á Sur entre el monte Carmelo y la montaña de Saron, cuenta siete leguas de longitud, y entre el mar y los montes de Galilea varía su latitud de una á dos leguas; regado como es por las aguas que descienden de las montañas, podria ser feracísimo. Sólo algunas aldeas situadas de trecho en trecho á la entrada de los valles alcanzan el beneficio de estas aguas, y las sobrantes que los apáticos vecinos no detienen ni dirigen por medio de acequias, se pierden en la arena ó desaguan en el mar.

Al pié de las colinas se encuentran árboles frutales, y por

la parte del mar, tras los montecillos de arena, palmeras muy hermosas que forman un delicioso bosquecillo. Antiguamente la palmera era muy comun en Palestina; pero en el dia es rarísima.

El Belo ó Nahr-Naman pasa junto á San Juan de Acre, con dos leguas de curso; lleva poca agua, y forma la laguna *Cendevia*, mencionada por Plinio.

Por la llanura, en siete horas, se puede llegar á Nazareth, y desde aquí por Naplusa, en dos dias á Jerusalen; pero es preferible seguir esta ruta al regreso.

Siguiendo por la orilla del mar junto á la anchurosa bahía, á cuyos extremos están San Juan de Acre y el convento del monte Carmelo, distantes cuatro horas, se llega á Caifa, triste poblacion situada al pié del monte, soledad murada, con algunas casuchas miserables en medio de ruinas.

Tomando hácia el Oeste, se dejan á la derecha algunos áridos huertos regados con el agua de una noria movida por un asno; crúzase en seguida la desnuda y arenosa campiña, un añoso olivar, y en pocos minutos se sube por un sendero de traves al convento del monte Carmelo, torreon del cristianismo, como le llama un viajero, cuyos centinelas tienden contínuamente la vista por la llanura ó por los mares al Occidente, para descubrir la llegada de algunos caballeros que vengan á libertar la tierra donde tan arraigado está el imperio del islamismo.

Mide el monte Carmelo, el antiguo *Carmelo del mar*, de Sudeste á Noroeste, cinco leguas de longitud, terminando en el mar con un alto promontorio, en cuya cima se alza el famoso convento de carmelitas á quinientos ochenta y dos piés de elevacion.

En el Carmelo hay dos mil cuevas, habitaciones con que

la naturaleza convidaba á la oracion y al recogimiento. En las peñas brotan arroyos, do quiera crecen olorosas yerbas, respírase un aire puro, ostentando su inmensidad el azul del mar y el del cielo.

Desde época muy remota habia en el monte Carmelo ermitaños que tenian por modelo al profeta Elías; cuando uno de ellos, llamado Bestold, los reunió en comunidad. En 1209, el patriarca de Jerusalen San Alberto les dió una regla conocida por la de los *Hermanos de la Santa Vírgen del monte Carmelo.*

El actual monasterio del Carmelo es de construccion muy reciente; apénas cuenta un cuarto de siglo, siendo iglesia, convento, hospedería, fortaleza y lazareto, con órgano, farmacia y biblioteca. Es, sin disputa, el edificio mayor y más hermoso de Siria y Palestina.

La iglesia, sencilla cuanto bella, contiene la cueva del profeta Elías en el fondo de la nave. Bájase á la cueva por algunos escalones, y es tan venerada de los turcos y los drusos como de los griegos y los católicos.

Sólo se ve de fuera la cúpula de la iglesia, por ocupar ésta el centro del convento. En el altar mayor está la célebre imágen de la Santa Vírgen, de que todo el orbe tiene noticia; y la imágen del profeta Elías se halla sobre la cueva.

Prosiguiendo el camino se baja el monte Carmelo por el lado opuesto á Caifa, y se avanza por el pié de las montañas.

A unas tres leguas se encuentra el sitio denominado los *Caminos estrechos*, porque allí se angosta la via entre dos peñascos. El suelo va elevándose, y el camino tuerce de pronto en la angostura á la derecha.

Más allá subsisten las ruinas de una ciudad antigua, que despues de varias vicisitudes es sólo hoy dia un monton de magníficos escombros, llamado Athlit, en el que se alberga una tribu de árabes.

Durante una legua se tiene constantemente á la izquierda las montañas, cuya altura va menguando poco á poco, mostrando sus laderas desnudas de vejetacion por la parte que mira á la llanura.

Los únicos séres animados que se encuentran en estos asolados campos, son unas grandes langostas amarillas con pintas pardas, que saltan entre las piernas de las cabalgaduras. Los árabes las comen con mucho gusto cocidas en agua.

Otros insectos se encuentran tambien, los moscardones, especie de mosquitos negros muy pequeños que en todas partes penetran, hasta en las narices y oidos. Esta plaga se desarrolla particularmente algunas veces en San Juan de Acre, en los estanques del Carmelo y Jaffa, en el Jordan y en Hebron, en cuyos puntos mortifican más desde el anochecer hasta la madrugada.

Despues de esas soledades se encuentra á Tantura, en el lugar donde tuvo asiento la poderosa ciudad de Dor, de la que sólo queda la memoria y algunas ruinas. La miserable poblacion actual no llega á quinientos moradores.

Caminando en direccion al Sur, se arriba en una hora á un riachuelo llamado Koradje, y poco despues al rio Zerka.

A corta distancia de este último se alzan las imponentes ruinas de Cesárea. Actualmente no hay allí un solo habitante.

Dos leguas más adelante el terreno empieza á elevarse,

las peñas avanzan hácia el mar, y no pudiendo el camino seguir en línea paralela con la orilla, penetra en una region montuosa de alto bosque, poblado de matorrales, robles y algarrobos, cuya altura no excede de diez ó doce piés, bajo cuyas frondosas ramas se guarecen los salteadores y las fieras.

Las crónicas de la edad media citan este lugar con el nombre de bosque de Arsur.

Al salir de este bosque se entra en una espaciosa y fértil llanura que se extiende hasta el centro de la Judea: es la de Saron tan celebrada. Por la parte opuesta al mar cércanla las montañas, coronadas de aldeas despobladas. Hatos de cabras, algunos olivos diseminados, tiendas de beduinos, tales son los únicos habitadores de un campo que podria sustentar á trescientos mil hombres.

En un collado, y al lado de un arroyuelo, hay un lugar de beduinos que se denomina Galgal, y una legua más léjos otro pueblecillo llamado El-Mukhalid.

Despues de atravesar terrenos arenosos, cuajados de matorrales, se llega á la ribera del rio El-Haddar, que se vadea fácilmente, como casi todos los rios de la Palestina.

Luégo corre el camino al pié de un monte que le separa del mar. Cortan el terreno multitud de ruinas, que parecen ser las de Apolonia, y se llega al pueblo de Ali-ben-Harami (Alí, hijo de salteador), el cual consiste en una tribu de árabes agrupados en tiendas y chozas en torno de la mezquita de Alí, donde está su sepulcro en el centro de un anchuroso patio, al cual acuden los árabes á orar, y una escuela de niños por el sistema de enseñanza mutua.

Bajando por un valle, en breve se vuelve á encontrar la orilla del mar, y se emprende de nuevo el acostumbrado

camino por la dorada arena, entre la costa y las peñas, que distan de las aguas unos cien pasos.

Tropiézase con el Nahr-Ugeh (el torrente Gaas de la Escritura), difícil de vadear, y que, despues del Nahr-Kasmich, es el mayor rio de aquella costa; y á una legua hállase la ciudad de Jaffa, asentada sobre un peñasco á orillas del mar.

Es Jaffa la ciudad de los peregrinos: cuando de Egipto, Grecia ó Constantinopla, del Norte ó del Sur, se llega á Palestina, es preciso tocar en Jaffa, donde encuentran puerto los buques y albergue las caravanas. Es una de las ciudades más antiguas del mundo, y dista de Jerusalen quince leguas. Su primitivo nombre fué Joppe.

La ciudad actual está edificada en una colina en forma de anfiteatro, y sus murallas, en algunos puntos, almenadas, son de escasa importancia. Cada casa tiene su cupulita, esto es, su tejado redondo y convexo.

La puerta de entrada y algunas calles inmediatas ofrecen grande animacion; pero lo restante es un desierto. En las murallas se ven algunos cañones de escaso calibre.

Las mujeres con sus blancos mantos parecen espectros; las del pueblo llevan vestido azul y antifaz negro, con algunas monedas en derredor del rostro, cuyo conjunto es bastante desagradable. Ademas, los ojos, única parte descubierta, son feísimos; la costumbre de dormir al raso les ocasiona oftalmias purulentas. Muchas porsonas, y particularmente los niños, padecen de esta enfermedad, de modo que en la comarca se encuentran muchos ciegos.

Los padres españoles de la Tierra Santa, de la observancia de San Francisco, tienen una hospedería para los peregrinos sobre el sitio en que estuvo la casa de aquel Simon,

curtidor, que hospedó á San Pedro. Los materiales para su edificacion se trajeron de Cesárea; por manera que, como observa el P. Geramb, las piedras que empleara Herodes para erigir palacios en honor de Augusto, han servido ahora para construir un templo consagrado al Niño á quien intentó degollar.

Existen ademas otros dos conventos, uno para los griegos y otro para los armenios, cuyos religiosos hace años ya que construyeron dos lazaretos.

Jaffa cuenta cerca de seis mil habitantes, no excediendo nunca de quinientos los cristianos.

El puerto es reducido, lleno en parte de arena, é inaccesible á todo buque, aun los menores, que tienen que anclar en la rada, muy peligrosa por su fondo de rocas.

Los huertos de Jaffa con sus limoneros y naranjos, indudablemente los más hermosos de la Palestina, son lo más notable de la ciudad.

El viaje de Jaffa á Jerusalen se hace en dos jornadas muy desiguales: comunmente se pernocta en Ramla, que sólo dista tres leguas, y partiendo muy de madrugada puédese llegar con otra jornada á la ciudad santa.

Se sigue el umbrío camino de los huertos, pasando junto á multitud de norias movidas por asnos; pero súbitamente desaparece la frondosidad, y ya no se halla más que soledad hasta Jerusalen y el Jordan.

Ni una aldea se levanta en aquellos extensos campos; las casas blancas que al pié de las montañas se divisan, están abandonadas; y las ruinas que coronan las peñas á la entrada del valle, sirven de guarida á bandoleros.

Antes de llegar á Ramla se encuentra la torre de los Cuarenta Mártires, que se va desmoronando, y pronto será

una ruina como el monasterio á que pertenecia, y del que se ven todavía restos de algunos claustros.

Confinando casi con la llanura de Saron, se halla Ramla, que algunos creen ser la antigua Arimatea, en una posicion deliciosa. Las casas están formadas de pedruscos pardos sin simetría. La habitacion más regular es la hospedería de los Padres de la Tierra Santa, quienes tienen una pequeña aunque bonita iglesia, un buen número de celdas, una cisterna debida á la munificencia de Santa Elena. Desde la azotea se domina la poblacion y la campiña.

Las calles son intransitables, sobre todo cuando llueve, por el mucho barro que se forma.

Los armenios tienen una capilla pública dedicada á San Jorge.

Media legua más léjos está el pueblo de Lydda, casi en el centro de Judea, entre el mar Muerto y el mar Grande.

Despues de trasponer el pozo llamado de Job, se baja por las ásperas laderas de tristes montañas, y se llega á un paraje donde se encuentran las ruinas de un antiguo templo dedicado al profeta Jeremías, y de un convento de franciscanos. Estas ruinas están destinadas hoy dia á caballerizas, y los cristianos dan á este sitio el nombre de San Jeremías.

En una montaña próxima sita al Nordeste, está el pueblo de San Samuel, Rama ó Ramathain-Sofim de la Biblia, que fué patria del profeta Samuel.

La aldea de Emmaús se halla á la mitad del camino, entre San Samuel y Jerusalen: no es más que un monton de ruinas con algunas casas miserables.

Se baja al valle por un áspero camino cubierto de agudos guijarros que se deslizan por la pendiente cuando los pisan los caballos. El valle es el de Terebinto, y en su fondo hay

un torrente: ambos célebres en la Sagrada Escritura por el combate de David con Goliat.

Se atraviesa el torrente, y subiendo y bajando varias eminencias que por la base se tocan, se alcanza, por fin, una llanura pedregosa, desde donde se descubre el monte de los Olivos, y algo más allá Jerusalen.

Llegando á Jerusalen por Jaffa, no se encuentra en las cercanías ningun huerto, ni una casa: nada separa la ciudad de Sion del desierto que la circunda. Preséntase de súbito á la vista del peregrino, diez minutos ántes de llegar á sus puertas, con sus almenas, cúpulas, murallas y torres, de color pardo como los valles, los montes, la comarca entera.

Despues de haber recorrido las quince leguas de Jaffa á Jerusalen, se acaba de comprender la suspicacia del gobierno otomano, que con mil fútiles pretextos se ha negado siempre á otorgar, sin cautelosas y dilatorias reservas, permiso para construir un ferro-carril desde Jaffa á Jerusalen con un ramal á Belen.

Para los demas puntos del imperio turco la Sublime Puerta ha concedido ámplias autorizaciones, pero para la Palestina jamas ha querido otorgarla. Uno de los ministros del sultan ha declarado recientemente que, si se mejoraran los caminos en la Palestina, pronto quedaria trasformado Jerusalen en una *gran casa de locos cristianos*.

JERUSALEN.

No se parece Jerusalen á ninguna otra ciudad: no es una plaza fuerte como las de Europa, ni un monton de antiguas ruinas ennegrecidas ó cubiertas de maleza; ni es tampoco

una ciudad moderna en que reine el movimiento y bullicio, sino una espaciosa y lúgubre mansion cercada de monumentos funerarios. Ningun rumor sale de sus murallas, ningun sér viviente recorre los ásperos senderos que la circundan; las aves cruzan silenciosas el espacio; el torrente Cedron está enjuto, y las piscinas igualmente; y las piedras que las embellecen yacen desmoronadas; las colinas son montones de arena; la tierra parece calcinada y cubierta de ceniza; los rebaños no encuentran pasto en los campos...

En esa soledad profunda sólo la muerte y la tristeza imperan.

Como se necesita lo ménos un dia para obtener de la autoridad turca el permiso de visitar el Santo Sepulcro, lo primero que visita el peregrino á su llegada á Jerusalen es la *Via Dolorosa*. Así se llama el camino del Calvario, el que Jesus siguió llevando á cuestas el instrumento de su suplicio, y que millones de cristianos han regado con sus lágrimas.

Imposible es describir la emocion que se experimenta, siguiendo esta carrera de la pasion, cuando el guia dice:

«Aquí cayó Jesus por primera vez... Aquí le encontró su Madre...»

El cristiano piadoso toma el Evangelio en la mano, y conforme va recorriendo los lugares en que se verificó la Pasion, va comparando la exactitud de la relacion del divino libro.

Así, pues, saliendo de Jerusalen por la puerta Oriental, ó de San Estéban, como en el dia la llaman los cristianos, bájase al valle de Josafat, y despues de cruzar el torrente de Cedron, se encuentra el monte de los Olivos, y á corto trecho el huerto y la gruta de Getsemaní.

El huerto de los Olivos pertenece hoy á los Padres de la Tierra Santa, el cual tiene una cerca de ocho piés de alto, recien construida, para conservar los árboles, que por sí solos ocupan un espacio de ciento sesenta piés de largo por ciento cincuenta de ancho. Este huerto, el más santo que existe, y sus árbolés, los más veñerables despues del de la Cruz, pues Jesucristo oró en sus frondosidades, son honrados por los peregrinos de todas las religiones. Actualmente subsisten ocho de ellos.

La prueba de la antigüedad de estos olivos, que remonta cuando ménos á los tiempos del Bajo Imperio, es que, en Turquía, los olivos que encontraron los musulmanes al invadir el Asia, pagan al fisco una cantidad insignificante, miéntras los que se plantaron despues de la conquista pagan la mitad de sus frutos: ahora bien, esos ocho olivos mencionados sólo pagan la exigua cuota señalada á los anteriores á la época de la conquista.

Cerca de dichos árboles se observa una piedra llana, en la cual pueden sentarse ocho personas, y hasta dormir cómodamente. La tradicion afirma que en esa peña fué donde durmieron los Apóstoles miéntras Jesus se retiró á orar dentro del huerto *como á un tiro de piedra* de donde permanecieron los Apóstoles. Y en efecto, á tiro de piedra de dicha peña hácia el Norte, se encuentra una cueva bastante espaciosa, á la cual naturalmente se cree que se retiró Jesus deseando estar solo.

Esta cueva, llamada de la *Agonía*, se halla en un estado en que muchos desearian se conservasen los demas santuarios, ó sea tal como se encontraba en tiempo del Salvador, con la única diferencia de que en la parte oriental se levantó un altar con un retablo que representa la agonía de

nuestro Señor y la aparicion del ángel, con esta inscripcion:

Hic factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram (Lúcas, XXII, 44).

«Y fué su sudor como gotas de sangre que corria hasta la tierra.»

Asegura la tradicion que la junta ó concilio en que se acordó prender á Jesus, se celebró en la casa de campo de Caifás sita en frente del monte Sion, en la parte opuesta del valle, y por lo tanto fuera de la ciudad, en un sitio conocido desde entónces con el nombre de Monte del mal Consejo, *Mons mali Consilii;* empero en el dia sólo quedan ruinas.

El lugar en que Júdás consumó la traicion á nuestro Señor dista siete ú ocho varas de la piedra en que á la sazon se hallaban los apóstoles. Aquí es, pues, donde comienza la *Via del Cautiverio*, que hasta la casa del sumo pontífice en el monte Sion tiene una milla de largo.

Esta via cruza el valle de Josafat y el camino que dias ántes siguiera nuestro Señor cuando entró triunfante en Jerusalen; atraviesa luégo el Cedron en frente de los sepulcros de Josafat y Absalon, sube por la colina del templo, penetra en la ciudad por la puerta *Esterquilina*, y termina en la casa del sumo pontífice Anás, sita en el monte Sion, dentro de la ciudad actual: casa que ahora es iglesia perteneciente á los armenios.

Conforme á cierta tradicion, atravesando el Redentor el torrente de Cedron cayó sobre una piedra, en que quedó impresa la huella de sus rodillas y manos. Las huellas subsisten todavía, si bien no muy perceptibles.

La casa de Caifás distaba poco de la de su suegro Anás,

y al presente, convertida en convento armenio, se encuentra en las afueras de la puerta de Sion. Junto al altar mayor vese ahora el sitio en que Jesus permaneció atado durante la cruel noche que pasó en casa del pontífice Caifás, á cuyo sitio se da el nombre de *cárcel de Cristo*. Santa Elena mandó edificar aquí un templo dedicado á San Pedro, que despues se tituló iglesia de *San Salvador*.

En este patio fué donde San Pedro negó á su Maestro.

Los fieles edificaron una capilla en el lugar donde San Pedro fué á llorar su pecado, á corta distancia de la casa de Caifás, al extremo oriental del monte Sion, donde todavía se ve una cueva.

Tambien Júdas se habia arrepentido de su traicion y devolvió las treinta monedas de plata. El campo que se compró con ese *precio de la sangre*, y que se nombró *Haceldama* (campo de sangre), está al Sur de Jerusalen en un cerro, punto de union de tres valles.

Residia Poncio Pilato en el palacio sito al extremo Noroeste del gran recinto exterior del templo, parte del cual está destinado á cuartel y caballerizas en el dia; el lugar donde administraba justicia, el pretorio, estaba en la parte oriental del edificio: esta es la primera estacion del *Camino de la Cruz* ó *Via Dolorosa*.

La morada de Herodes distaba poco del pretorio, sito como estaba en la colina de Acra. El lugar donde revistieron la túnica al Salvador fué convertido en iglesia, ya hoy arruinada como lo restante del edificio.

El lugar de la flagelacion está al otro lado de la calle, y la capilla que lo indicaba yacia en deplorable estado, ya por el estrago del tiempo, ya por el de las manos infieles, hasta 1838, en que el duque Maximiliano de Baviera lo

mandó reparar con el mayor cuidado, teniendo ahora los peregrinos el consuelo de encontrar en decente estado el santuario donde crueles verdugos derramaron la sangre más pura.

Hay dos columnas de la flagelacion, una en Jerusalen en la iglesia del Santo Sepulcro, y otra en Roma en la basílica de Santa Práxedes: créese comunmente que la primera es la del pretorio, y la segunda la de la casa de Caifás.

A setenta varas del pretorio, siguiendo la *Via Dolorosa*, se encuentra un arco cubierto, con dos ventanas, que pasa por cima de la calle, contiguo al palacio del gobernador turco. Es el pórtico desde donde Pilato mostró á Jesus, diciendo á los judíos: *Ecce Homo*.

Dicha galería está al presente habitada por un sacerdote musulman. Los cristianos no pueden visitarla, pero bien se concibe la devocion con que desde fuera la contemplan.

Como hemos dicho, el palacio de Pilato es hoy dia cuartel musulman una parte; ántes fué convertido en iglesia por la piedad de los fieles; mas de todo lo principal sólo quedan ruinas.

Desde la casa de Pilato hasta la cima del Calvario, se cuentan mil trescientos veinte pasos; esta es la *Via Dolorosa*. Hé aquí sus estaciones:

Despues de la flagelacion, pasó Jesus por el arco en que habia sido presentado al pueblo; la calle, de doscientos piés de largo, forma declive y sigue hasta encontrarse con la que viene de la puerta de Damasco, antiguamente de Efraim. A la izquierda, bajando, está el sitio donde la Santa Vírgen, que durante aquella cruel mañana permaneciera en las inmediaciones del pretorio y anhelaba ver á su Hijo por última vez, se colocó en paraje donde El debia pasar

y cayó desmayada. En este sitio existia antiguamente una iglesia dedicada á nuestra Señora de los Dolores.

Al extremo de la calle, sucumbiendo al peso de la cruz, el Salvador cayó por vez primera. Una columna de mármol encarnado, medio caida y fijada en el suelo, señala este sitio á la devocion de los fieles.

Créese que aquí es tambien donde los judíos obligaron á Simon Cireneo á llevar la cruz de Jesus.

Algo más allá se deja á la izquierda la casa del mal rico, de que habla San Lúcas (XVI).

A la derecha se sube por una calle, cuyo ascenso es bastante áspero.

Los cristianos han hecho en otro punto una señal para indicar el sitio en que Jesus cayó por segunda vez, y en el que encontró las mujeres de Jerusalen que lloraban.

Hácia el comedio de la calle, á la izquierda, se ve el lugar en que estaba la casa de la Santa Vérónica.

A lo alto de la calle habia una puerta llamada *Judiciaria*, donde terminaba la ciudad; y aun en la actualidad es fácil conocer que en efecto existia allí una puerta.

En este punto propiamente empieza el Gólgota ó *Lugar de Cráneos* (*Calvariæ Locus*), donde se cumplian las sentencias. Este espacio, hoy comprendido en el casco de la ciudad, está cubierto de casas, por cuya razon no puede seguirse el resto de la Via Dolorosa. El punto más alto del Calvario y los lugares adyacentes, están comprendidos en la iglesia del Santo Sepulcro.

En tiempo de Jesucristo, la muralla de Jerusalen no se dirigia desde la torre de David hácia el Oeste, como las actuales tapias, sino desde el ángulo oriental de la torre hácia el Noroeste, luégo por la parte del Norte, y finalmente há-

cia la actual puerta de Damasco. Segun esta demarcacion del recinto antiguo de la ciudad, todo el ángulo occidental que á la simple vista parece una adicion que choca con la simetría, y en el que se encuentran ahora el convento latino, la mayor parte del convento griego y la iglesia del Santo Sepulcro, estaba fuera de las murallas antiguas, cuyos restos incontestables se echan de ver en la puerta Judiciaria.

Esta parte de la ciudad actual en la que, ya en tiempo de Jesucristo, habia casas aisladas de la nueva ciudad (Bezetha), que estaban circuidas de jardines, algun tiempo despues, en el reinado de Claudio, fué cercada de una muralla (que era ya el tercer muro): esa alteracion del antiguo contorno no se efectuó, empero, hasta diez años despues de la crucifixion de Jesus.

El emperador Adriano mandó construir, á los sesenta años de la destruccion de Jerusalen por Tito, un templo de Vénus en el sitio donde Jesus habia sido crucificado. Sobre la peña en que se abrió el Santo Sepulcro alzábase una estatua de Júpiter.

Habian trascurrido apénas dos siglos, esto es, en el año 326 despues de Jesucristo, cuando la emperatriz Elena, haciendo su peregrinacion y encontrándose en Jerusalen con plenos poderes para ejecutar la voluntad de su hijo el emperador Constantino, procuró indagar la situacion de los Santos Lugares para consagrarles algunos templos; entónces fué cuando los restos de los templos paganos dieron indicios ciertos para la direccion en que debian hacerse las excavaciones.

Despues de levantar los escombros, se encontró junto al Gólgota la cruz, los clavos, y ademas la gruta del Santo

Sepulcro con tanta exactitud como la habian descrito las crónicas antiguas; y allí despues de tantos años de humillaciones paganas se levantó un templo hermoso dedicado al verdadero Dios, en el mismo monte donde Jesus espiró entre las ignominias de la cruz. Mármol, piedras preciosas, oro y columnatas, nada se escatimó para embellecer estos sitios tan venerados.

La fiesta de la dedicacion del templo duró ocho dias, resonando bajo sus sagradas bóvedas inefables cánticos.

En el año 614 el ejército persa de Cosróes, auxiliado por veintiseis mil judíos respirando venganza, se apoderó de Jerusalen. La iglesia del Santo Sepulcro fué asolada, y robada la verdadera cruz.

Cosróes murió á manos de su hijo Siróes, quien se vió precisado á ajustar la paz con los cristianos y á devolverles el sagrado leño. La iglesia del Santo Sepulcro fué restablecida á su antigua magnificencia.

El califa Omar sojuzgó á Jerusalen en el año 636, y permitió á los cristianos las prácticas de su culto, pero únicamente dentro de los templos; de cuya facultad disfrutaron casi por espacio de cuatro siglos, sin creer pagarla cara con las vejaciones á que estaban expuestos.

Pero el cruel califa Hakem devastó el Calvario hácia el año 1008, y la iglesia del Santo Sepulcro no fué reedificada hasta treinta y siete años despues, en el reinado del emperador griego Constantino, apellidado *Monómaco*.

Este mismo templo existia aun en Julio de 1099 cuando se apoderaron de Jerusalen los cruzados, quienes engrandecieron su recinto y edificaron nuevos santuarios.

Todavía no habia trascurrido un siglo cuando la ciudad santa estaba otra vez en poder de los infieles. Saladino en-

ESTERIOR DEL SANTO SEPULCRO

tró triunfante en Octubre de 1187, arrojando de Jerusalen á más de cien mil cristianos. Las cruces fueron arrancadas, las campanas rotas, las iglesias convertidas en mezquitas, excepto la del Santo Sepulcro: sólo cuatro sacerdotes latinos obtuvieron permiso para cuidar de esta iglesia rescatada por los sirios.

Hácia la mitad del siglo XIII, aprovechándose los cristianos de las discordias de los musulmanes, volvieron á Jerusalen, y rehabilitaron las murallas, y repararon las iglesias; mas una horda de bárbaros, arrojados de su tierra por los mogoles, sumieron la ciudad santa en la mayor desolacion. Los karismianos cometieron en la iglesia del Santo Sepulcro más profanaciones que las que hasta entónces se habian presenciado.

Sin embargo, el templo se conservó por espacio de siglos enteros hasta el año 1808, en que gran parte fué pasto de las llamas. Hé aquí lo que se salvó: casi toda la fachada tal como actualmente se encuentra, la piedra de la Uncion, el Santo Sepulcro, la capilla del Angel, la de Santa María Magdalena, la sacristía y el convento de los franciscanos.

El incendio alcanzó hasta la mitad del Calvario, salvándose el sitio de la Crucifixion, y el reducido oratorio de nuestra Señora de los Dolores, así como las dos capillas subterráneas de Santa Elena, la de la Invencion de la Santa Cruz, las del Improperio, y la del Reparto de las Vestiduras.

Este deplorable suceso se atribuyó á la malevolencia ó bien de los griegos, ó bien de los armenios, quizá porque á ellos les reportó en su reparacion una influencia que ántes no tenian.

Los católicos no tuvieron recursos para rehabilitar la

iglesia del Santo Sepulcro. La Puerta concedió á los griegos el permiso de restaurar la antigua iglesia de Santa Elena, á la que nunca habian tenido el menor derecho, y el nuevo templo dista mucho, en verdad, de la belleza del anterior. El arquitecto griego acabó de destruir lo que las llamas habian respetado (el monumento del Santo Sepulcro), para grabar inscripciones griegas que pareciesen acreditar un derecho de propiedad.

Lo que respetó el incendio pertenece al órden bizantino, y en especial las dos puertas de entrada; la de la derecha está actualmente tapiada.

En la parte septentrional del edificio se halla la capilla católica. Cada dia, despues de completas, los padres de Tierra Santa hacen una solemne procesion á los santuarios, siguiendo este órden:

La capilla de la Santa Vírgen, llamada de la *Aparicion*, es la iglesia de los franciscanos, en la que celebran los oficios divinos: el altar mayor se llama de la Aparicion, porque se cree que allí fué donde nuestro Señor se apareció á la Santísima Vírgen despues de la resurreccion.

El altarito colateral de la derecha se llama de la *Santa Cruz*, porque en él se conservaba un considerable trozo de la cruz del Salvador, el cual se perdió cuando la persecucion.

En el altarito que está á la izquierda se venera la *columna de la flagelacion*, de que ya se ha hablado.

Desde aquí, la procesion se dirige á la *cárcel de nuestro Señor:* Jesus permaneció en este sitio en tanto que se disponian los preparativos de su suplicio.

Cerca existe la capillita llamada de *San Longinos*, y tambien del *Rótulo de la Cruz*, por haberse guardado allí

durante algun tiempo el rótulo ó inscripcion de la cruz. Despues, más allá, está la capilla del *Reparto de las Vestiduras*.

Más allá se encuentra la escalera de veinte y ocho gradas, por la que se baja á la *capilla de Santa Elena*.

Esta capilla, que pertenece á los armenios, presenta el carácter de la primitiva arquitectura cristiana. Bajando otras trece gradas más hácia la derecha, se encuentra una gruta en que por espacio de tres siglos estuvo oculta la santa Cruz, y donde fué hallada, á cuya gruta se da el nombre de la *Invencion de la Santa Cruz*.

Saliendo de estas dos capillas subterráneas, encuéntrase á la izquierda la de la *Columna del Improperio*. Sobre el altar está un pedazo de la columna de mármol que habia en el pretorio, y en la cual nuestro Señor estaba sentado cuando le escupieron é injuriaron los soldados de Pilato.

Esta columna pertenece á los griegos, si bien en otro tiempo fué propiedad de los abisinios.

Al Calvario se sube por una escalinata de diez y ocho gradas. Se encuentra un estrado de cuarenta y seis piés cuadrados, dividido en dos partes. La capilla meridional, construida en el sitio en que nuestro Señor fué clavado en la cruz, lleva el nombre de *Capilla de la Crucifixion;* la otra se llama del *Levantamiento de la Cruz*.

La altura actual del Calvario, despues de las trasformaciones que ha sufrido el suelo que lo rodea, es de diez y seis piés sobre el nivel del sepulcro de nuestro Salvador. Todavía puede verse que la iglesia del Santo Sepulcro descansa sobre una peña que probablemente estaba descubierta por la parte del Este y la del Norte; por la del Sur la elevacion se halla truncada por las ruinas del hospital de

San Juan, que llenan de escombros hasta la primera estancia, donde se encuentra un jardin, desde el cual se ve la calle como si fuese un foso.

Junto á la iglesia del Calvario hay una capilla llamada de *Nuestra Señora de los Dolores*, á la que se sube por una escalerilla que se encuentra á la derecha de la puerta de entrada. Allí permaneció la Santísima Vírgen con San Juan y las santas mujeres miéntras crucificaban al Salvador, y desde allí se dirigió á la cruz así que se alejaron los soldados.

Esta capilla y la contigua de la *Crucifixion* pertenecen á los católicos: el sitio en que fué clavada la cruz es propiedad de los griegos.

Junto al hoyo en que fué levantada la cruz empieza una profunda y ancha hendidura, que se introduce en la peña hasta el pié del Calvario. Segun la tradicion, esta fué otra de las peñas que se quebraron al morir Jesucristo.

A excepcion del lugar en que estaba la cruz y los dos puntos de la hendidura de la peña, el Calvario está enlosado de mármol: fué preciso sustraerlo á la devocion para que no lo devastasen los peregrinos.

La cavidad que hay en la cima del Calvario no es la primitiva, esto es, aquella en que fué levantada la cruz del Salvador. Despues del incendio de 1808 los griegos hicieron importantes alteraciones en el Calvario, quitaron la piedra en que habia sido fijada la verdadera cruz para llevársela á Constantinopla, y en su lugar colocaron otra. La verdadera se perdió por haber naufragado el buque que la llevaba.

Al bajar del Calvario se encuentra luégo la *piedra de la Uncion*.

La losa en que se ungió el cuerpo de Jesus está cubierta

INTERIOR DEL SANTO SEPULCRO.

de una madera rojiza, que tiene algunas pulgadas de espesor y ocho piés de largo por dos de ancho. En los cuatro ángulos hay un pomo de cobre dorado, y grandes candelabros, con diez lámparas de plata en derredor.

Este santuario es comun á los griegos, á los armenios y á los católicos.

La procesion se dirige finalmente al Santo Sepulcro. La capilla que se encuentra en el centro de la gran cúpula es un monumento separado del resto de la iglesia; es de mármol blanco y rojizo. Por una puertecita se entra primero en la *capilla del Angel*, en cuyo centro una lápida indica el lugar do estaba el ángel cuando las santas mujeres fueron á ver el Sepulcro.

La capilla del Angel es cuadrada y tiene unos diez piés en todas direcciones. El monumento en que está el Santo Sepulcro cuenta en el exterior veintinueve piés de largo por diez y ocho y medio de ancho: el Santo Sepulcro se encuentra á sesenta y tres piés de distancia de la piedra de la Uncion.

Avanzando algo más, éntrase en una capilla de dos metros de ancho: la parte derecha está ocupada por el Santo Sepulcro, cabiendo en ella cuatro personas arrodilladas. La bóveda y las paredes están cubiertas de mármol, lo propio que el Sepulcro. Gran número de lámparas de oro y plata arden contínuamente en este santuario, donde esparcen su fragancia multitud de flores que se renuevan con frecuencia.

En dos cuadros están representados los misterios que en este sitio se obraron; el cual era, en vida del Salvador, un huerto donde habia un sepulcro nuevo abierto en la peña. Actualmente en Palestina aun se encuentran sepulcros del mismo estilo, cuya entrada está cubierta por una losa.

A mediados del siglo XVI, amenazando ruina el monumento levantado por Santa Elena en que se custodiaba el Santo Sepulcro, Julio III mandó al P. Bonifacio, guardian de los Santos Lugares, que procediese á su reconstruccion, lo cual se verificó á expensas del emperador Cárlos V y de su hijo Felipe II.

Al salir del Santo Sepulcro se encuentra el lugar en que á María Magdalena se le apareció al Señor despues de la resurreccion. Este lugar lo enriquece el mármol, de que está enlosado el pavimento de la capilla, y enfrente hay un altar dedicado á Santa María Magdalena.

Tales son los santuarios que encierra la iglesia del Santo Sepulcro.

Está ésta servida por religiosos católicos, griegos y armenios, que celebran diariamente los oficios divinos, y en ella tambien tienen los coftos una capillita erigida en la parte occidental del Santo Sepulcro, donde celebran sus ritos.

Los franciscanos tienen diez padres de su religion en esta iglesia para custodiar los santuarios de los católicos, para la asistencia al coro, y para confesar á los peregrinos; estos religiosos, que reemplazaron á los veinte canónigos instituidos por Godofredo de Bullon, permanecen en la iglesia tres meses seguidos, sin que durante este periodo puedan salir, para lo cual se les lleva el correspondiente alimento. En el reducido local que ocupan, situado detras de su capilla, tienen algunas celdas oscuras y húmedas.

En la parte superior del convento y de la iglesia están las caballerizas de algunos musulmanes, de modo que durante los divinos oficios se oye á veces el patear de los caballos.

En una estancia próxima á la capilla los padres de Tierra Santa conservan la espada de Godofredo y sus doradas espuelas.

Esa espada, en otro tiempo tan terrible, sirve ahora para la recepcion de los pacíficos caballeros de la órden del Santo Sepulcro.

Cuando se quiere practicar algunas devociones en la capilla del Santo Sepulcro ó asistir á las misas que se celebran todos los dias, es preciso velar en la iglesia, pues los divinos oficios principian á media noche, y van siguiendo segun los diferentes ritos, no abriéndose las puertas hasta las cinco ó las seis de la mañana. Las peregrinas se sitúan en las galerías, donde encuentran mujeres para servirlas.

Enfrente del Santo Sepulcro está el coro de los griegos, á algunos piés sobre el nivel de la iglesia; es espacioso y rico; el altar, titulado *Sancta Sanctorum*, se halla en la parte oriental; dicen los griegos que en el centro del coro está el centro de la tierra.

Al extremo occidental de la iglesia hay un sepulcro llamado *Sepulcro de José de Arimatea*, no porque en él haya los restos de ese discípulo afectuoso, sino porque se supone que habia mandado abrir un hueco en la peña para que le sirviese de sepultura.

Al entrar en la iglesia del Santo Sepulcro se encuentran, á izquierda de la puerta principal, tres ó cuatro guardias musulmanes. Están medio ocultos en un divan, hablando, fumando y tomando café, y tienen la llave de esta santa basílica, la cual abren cuando lo reclama una de las tres naciones griega, armenia y latina, únicas que disfrutan de este privilegio, pagando, empero, cien paras (diez reales) de entrada, y ademas un poco de café.

Los peregrinos pobres esperan á que los ricos se hagan abrir la iglesia para entrar con ellos. Todas las veces que se obtiene una *apertura*, lo anuncia una campana.

En la actualidad ha disminuido considerablemente el número de peregrinos en Jerusalen, sobre todo el de los católicos, sea porque se ha hecho moda hablar contra las peregrinaciones, sea por la indiferencia con que los gobiernos católicos siguen mirando la conservacion de los Santos Lugares.

Cuando los peregrinos llegan á las puertas de Jerusalen, piden permiso para entrar y pagan el tributo señalado, cuatro paras por cabeza; los francos, empero, están exentos de pagarlo. De allí se dirigen al convento de su nacion. Antes se recibia con solemnidad á los que venian de Occidente; ahora se ha suprimido esta ceremonia, porque apénas se presenta nadie en quien ejercerla.

Los conventos griego y armenio cuentan cada uno de dos mil á tres mil peregrinos al año, miéntras en el convento católico no llegan á ciento.

Estas cifras son desconsoladoras; y para colmo de desconsuelo, resultado de la indiferencia de los gobiernos católicos, la cúpula del Santo Sepulcro llegó á tal extremo de ruina por la falta de reparaciones debidas, que cuando llovia penetraba el agua hasta el pavimento mismo de la iglesia, teniendo que abrigarse bajo paraguas durante la celebracion de los oficios divinos.

El gobierno cismático ruso es quien se ha aprovechado de esa coyuntura para figurar como parte principal en la reparacion de la cúpula del Santo Sepulcro; y lo que es más doloroso, al gobierno musulman se le ha dejado encargarse de otra parte de los gastos de restauracion, con lo que ha

venido á confirmarse á la Sublime Puerta un nuevo derecho independiente del de la conquista y de la violencia sobre los lugares de la redencion del género humano.

¡Las potencias católicas que hoy dia podrian imponer su voluntad al gobierno musulman, le otorgan derechos!

Hé aquí algunos datos sobre el estado actual en Oriente de la mision de los padres franciscanos de Tierra Santa.

La primera autoridad de la órden es la del padre reverendísimo, que tiene el título de paternidad reverendísima. Es director de las misiones de Siria, Chipre y Egipto; guardian del monte Sion, del Santo Sepulcro, y el custodio de Tierra Santa. Depende del general que reside en Roma, y de la Propaganda.

La segunda es la del vicario del reverendísimo. Segun los estatutos, esta dignidad debia conferirse á un frances; ahora se provee en un italiano.

La tercera es la del procurador general, cajero y administrador temporal; éste debe ser siempre un español.

El jefe de los religiosos encerrados en la iglesia del Santo Sepulcro lleva el título de presidente.

Para los confesonarios debe haber diez penitenciarios, y se pueden oir confesiones en latin, italiano, frances, español, aleman, húngaro, bohemio, polaco, árabe y griego.

Segun los estatutos de la órden, los padres podian regresar á su patria á los tres años de estancia en Palestina; desde 1841 se ha prolongado este término hasta seis años, y para los misioneros hasta doce. Desde dicho año tambien las dignidades son nombradas por seis años.

Estos pobres religiosos son los que tenian que luchar contra todas las dificultades que persiguen á los católicos en Palestina. Años atras la Santa Sede envió á los Santos Lu-

gares un auxiliar nombrando un patriarca. Convenía que hubiese un obispo junto al Santo Sepulcro, junto á la gruta de Belen.

Este obispo está ahora al frente del reducido gremio de fieles en Palestina, viviendo en medio de toda la pobreza apostólica. En tanto que los patriarcas cismáticos están ricamente dotados, el patriarca de una religion que cuenta doscientos millones de fieles se encuentra en precario estado, recibiendo una escasísima subvencion de Roma: no tiene casa, clero, seminario ni iglesia. Los griegos y los armenios poseen buenos templos; los musulmanes, la mezquita de Omar y otras muchas; los judíos, varias sinagogas; los protestantes establecidos en Jerusalen de pocos años á esta parte poseen ya un elegante templo con hospital y escuela, frente á la torre de David; y los católicos, al cabo de dos mil años, sólo poseen en propiedad la capilla de la Flagelacion, algunos santuarios en la iglesia del Santo Sepulcro, y la iglesita de San Salvador, situada en el primer piso, la cual cuenta diez y nueve pasos de ancho por otros tantos de largo: es la única iglesia absolutamente católica.

Los padres de Tierra Santa y los pobres cristianos que la Providencia les ha confiado, viéndose olvidados de sus hermanos de Europa, apelan á una pequeña industria para atender á las necesidades del Santo Sepulcro. Bajo la direccion de los religiosos se labran gran número de rosarios, ya en Jerusalen, ya en Belen; bendecidos estos rosarios y otras varias reliquias en el Santo Sepulcro, remítense á los puertos de San Juan de Acre, Jaffa y Alejandría, de donde se expiden cuando se ofrece proporcion segura, y casi siempre sin gastos, para la isla de Malta, Italia, España y Portugal; dos ó tres hermanos del convento de San Salvador

acompañan las piadosas remesas, despachan los rosarios de que van encargados, remitiendo el producto á Jerusalen; tal es el maná que cae cada dia sobre los Santos Lugares, sustentando á sus pobres moradores. Si estos recursos llegasen á faltar, quizá aquellos religiosos no tendrian siquiera aceite para las lámparas del Santo Sepulcro.

Despues que el viajero cristiano ha satisfecho su primera impaciencia visitando los lugares santificados por la pasion del Salvador, comienza su estudio de la ciudad, donde tantos monumentos sagrados y profanos excitan curioso interes.

Jerusalen, situada en terreno muy desigual, cuyo mayor declive corre de Noroeste á Sudeste, y circuida de tres hondos torrentes que la constituyen en una especie de península unida á la tierra por el Noroeste, está edificada sobre las tres colinas de *Sion* (la más alta), que era la parte superior de la ciudad; *Acra*, que era la baja, y *Moria*, ó la colina del templo.

De 1534 data la actual muralla de la ciudad. Está bien conservada, y mide treinta y seis piés de alto por cuatro de ancho. Sus almenas y las numerosas torres que la flanquean dan á Jerusalen el aspecto de una plaza fuerte de la edad media.

Las dimensiones del circuito de la ciudad dividido en cuatro costados son: el del Norte cuenta mil cuatrocientos treinta y cinco pasos; el del Este mil cinco; el del Mediodía mil doscientos noventa, y el del Oeste novecientos: total cuatro mil seiscientos treinta pasos. Para dar la vuelta se necesita casi hora y media.

Estas murallas sólo tienen cinco puertas, á saber:

1. Al Poniente, la de Jaffa ó Bab el-Chalil (puerta del Amigo de Dios).

2. Al Norte, la de Damasco ó Bab el-Amond (puerta de la Columna).

3. Al Este, la de San Estéban ó Bab Sitti-Marjam (puerta de Nuestra Señora María).

4. Al Mediodía, la Pequeña ó Bab el-Mugharibeh (puerta de los Berberiscos).

5. Al Mediodía tambien, la de Sion ó Bab Isahioun (puerta de Daniel).

Otras puertas antiguas están tapiadas ó destruidas.

La ciudad está actualmente dividida en cuatro barrios: 1.° El *barrio cristiano*, alrededor de la iglesia del Santo Sepulcro; 2.° el *armenio*, en el monte Sion; 3.° el *judío*, en la pendiente del monte Sion, hácia el monte Moria; 4.° el *mahometano*, mayor que los otros, el cual ocupa toda la parte Noroeste de la ciudad.

La estadística de la poblacion es la siguiente:

Mahometanos.			5000
Cristianos.	Griegos.	2000	3490
	Católicos.	900	
	Armenios.	350	
	Coftos.	100	
	Protestantes.	100	
	Sirios.	20	
	Abisinios.	20	
Judíos.			7120
HABITANTES.			15510

Añadiendo la guarnicion turca, la cifra no pasa de diez y siete mil almas, poblacion total.

Penetrando en la ciudad por la puerta de Jaffa y recorriendo el monte Sion, se encuentra primero á la derecha la ciudadela, el *Kalah*. Es el punto más fuerte de la ciudad,

con fosos y altas murallas, donde se acuartela una parte de la guarnicion turca, y la restante, como ya se ha dicho, está en el antiguo pretorio.

Enfrente de la ciudadela se encuentra un recinto muy vasto perteneciente al consulado de Inglaterra. En este recinto se ostenta el magnífico templo anglo-prusiano, perteneciente á los protestantes.

Un poco más allá se encuentra el convento de los sirios, edificado en el sitio de la casa de María, madre de Juan apellidado Márcos.

Lo restante hasta la puerta de Sion está ocupado por los armenios, cuyo barrio lleva el nombre de *Hareth-el-Arman;* son cismáticos, lo mismo que los sirios.

A excepcion de la mezquita de Omar, los armenios poseen los más hermosos edificios de Jerusalen; su convento es grandioso y su templo riquísimo. Los religiosos son numerosos, siendo la única nacion que tiene convento de monjas en la ciudad santa. La iglesia de estos padres ocupa el sitio de la casa del pontífice Anás.

En la iglesia de los armenios se enseña el lugar en que Herodes Agripa, por contentar á los judíos, mandó decapitar á Santiago el Mayor, cuyo cuerpo fué llevado despues á Compostela.

La imprenta de los religiosos armenios y la de los padres latinos son los dos únicos establecimientos de esta clase que existen en Jerusalen.

Fuera de la actual muralla de la ciudad sólo existe en el monte Sion otro monasterio de armenios, edificado en el terreno de la casa de Caifás, y más al Sur el antiguo convento de franciscanos ó el cenáculo.

Alrededor de este convento están los cementerios de ca-

tólicos, armenios, griegos y anglicanos; los dos últimos tienen tapias.

Los edificios situados al extremo meridional de Sion construidos por los cristianos en solares comprados á los musulmanes, ocupan lugares consagrados por los más sagrados misterios: la institucion de la Eucaristía, el lavatorio de piés, el descenso del Espíritu Santo.

En el cenáculo, convertido en mezquita, hay tambien muchas habitaciones. La casa donde vivió la Santa Vírgen despues de la venida del Espíritu Santo, y donde es probable que muriese, estaba contigua al cenáculo.

En el monte Sion hay ruinas muy estimadas de los cristianos; entre ellas están los sepulcros de David y Salomon.

Entrando en la ciudad por la puerta de Sion, y enfrente del barrio de los judíos, al pié de las murallas, se encuentran algunas miserables cabañas, las *chozas de los leprosos*, ocupadas siempre por veinte ó treinta infelices, hombres, mujeres ó niños, todos musulmanes que viven de la caridad pública.

En seguida se llega al populoso barrio de los judíos, *Hareth-el-Jahud.*

En Palestina no existen ahora más que ocho mil ó diez mil judíos, residentes casi todos en Jerusalen. Tienen sus habitaciones entre el monte Sion y el lugar donde estaba el templo, en muy reducido espacio para su número, y viviendo pobremente.

La sinagoga de Jerusalen se halla en un asqueroso estado de suciedad y ruina. Los judíos han establecido en ella á un gran rabino.

Al llegar al pié del monte Sion, se encuentra el viajero

junto al monte Moria, otra colina célebre entre los lugares que consagró la presencia de Jesucristo.

Dicho monte está situado en la parte oriental de la ciudad contigua al valle de Josafat. Créese que en esta montaña fué donde Abrahan intentó sacrificar á su hijo.

Salomon hizo allanar toda la parte irregular de la cima y construir un muro para sostener la tierra y ensanchar la superficie del terreno, con lo cual se obtuvo una planicie de seiscientos codos de longitud, sobre la cual se edificó el templo mil ocho años ántes de Jesucristo.

Despues de varias vicisitudes de destruccion y reparacion, el templo fué definitivamente destruido por el ejército de Tito, y durante los siglos V y VI, la mayor parte del espacio que habia ocupado fué abandonada por los cristianos, quienes únicamente edificaron una magnífica iglesia en la parte meridional del atrio, en donde la Santísima Vírgen fué presentada al templo.

Hácia el año 636, habiéndose apoderado Omar de Jerusalen, construyó una mezquita en el sitio donde estaba la piedra en que reclinara Jacob la cabeza cuando su milagrosa vision. Esta mezquita todavía existe, y lleva el nombre de *el-Sehrah* (la piedra); en gran veneracion entre los musulmanes.

La mezquita *el-Aksa*, situada al Sur de la anterior, aun conserva la forma de templo cristiano; habíase edificado en honor de la Santísima Vírgen, dándole el título de iglesia de la *Presentacion*, porque en este sitio los padres de María la ofrecieron al Señor cuando apénas contaba tres años. Créese que dicho templo fué edificado por Justiniano I.

Contigua se halla la mezquita *el-Mugharibeh*, ó de los magrobinos ó berberiscos, cuyo barrio lindante con el gran-

dioso atrio de la mezquita de Omar, ocupa una parte del valle de Tyropeon; es uno de los más miserables de Jerusalen, y como lo expresa su nombre, es habitado por africanos.

Dirigiéndose de aquí al Norte se encuentran sucesivamente: el *Menhemeh* ó palacio de la justicia, los baños *Hammam el-Schefa*, un bazar cubierto, un convento de monjes turcos, y otro de monjes turcos ciegos.

Más allá, hácia el Este y entre las ruinas de un vasto edificio, existe la piscina Probática ó *Bethsaida*, donde Jesus sanó al paralítico. Sus cinco pórticos ya no existen, y hasta las dos charcas que quedaron despues, hoy dia están secas é inutilizadas.

En la parte oriental junto á la mencionada piscina, está la puerta *Dorada*, por la cual nuestro Salvador entró en el templo el domingo de Ramos.

El monte Moria, á causa de las destrucciones que ha presenciado, está cubierto de escombros, hasta el punto de que es preciso cavar hasta cuarenta y cinco piés de profundidad para dar con la antigua superficie de la montaña.

El grandísimo barrio de los musulmanes *Hareth el-Muslimin*, ademas de las dependencias de la mezquita de Omar, comprende el monte Acra, y la parte central de la ciudad que termina casi junto á las antiguas murallas. El espacio casi inhabitado que se extiende al Nordeste de la ciudad, lleva el nombre de *Hareth Bab el-Hitta*.

Allí, junto á la puerta de San Estéban y enfrente de la piscina Probática, álzanse los restos de la iglesia de *Santa Ana*. Los padres de Tierra Santa obtienen cada año, á peso de oro, permiso para celebrar misa en estas ruinas el dia de Santa Ana. A poca distancia está la casita donde muchos afirman que nació la Santísima Vírgen.

San Joaquin y Santa Ana murieron en ella, y yacen enterrados á algunos centenares de varas en el valle de Josafat.

Al extremo septentrional de este barrio, se conocen todavía los restos de otra iglesia dedicada á Santa María Magdalena, y convento anejo de monjas, donde se hospedaba á las peregrinas que iban á Jerusalen.

La Via Dolorosa atraviesa por el centro del barrio de los musulmanes, el cual nada encierra que merezca la atencion, excepto el gran bazar, algunos baños, notables fábricas de jabon y el hospital de Santa Elena, al que los árabes dan el nombre de *el-Tekijjeh*, y está casi enteramente arruinado; sin embargo, todavía se reparte allí comida á los pobres y á los peregrinos musulmanes.

Exceptuando la gente del bazar y de algunos otros establecimientos públicos, atendida su extension, este barrio está desierto.

Existen en Jerusalen tres razas de musulmanes: los mograbinos, los árabes y los osmanlís; cuéntanse entre ellos varias sectas religiosas, cada una de las cuales tiene su mezquita.

Atravesando la calle que conduce de la puerta Judiciaria al gran bazar, se entra en el *barrio de los cristianos* (Hareth el-Nussarah, ó barrio de los nazarenos).

Junto á la iglesia del Santo Sepulcro se encuentra la *cárcel de San Pedro*. En el sitio que ocupó erigieron los fieles una iglesia, de la que todavía se observan vestigios; pero ahora es uno de los lugares más inmundos de Jerusalen.

Más allá, en el sitio donde estaba la casa de María madre de Márcos, en que se refugió San Pedro, se halla ahora la iglesia episcopal de los sirios.

Volviendo al Norte, casi á igual distancia del convento sirio y de la iglesia del Santo Sepulcro, se encuentra la iglesia de San Juan, donde existia la casa de este Evangelista y de Zebedeo su padre; ahora pertenece al patriarca griego.

El espacio contiguo está ocupado por un vasto jardin y por las ruinas del palacio de los caballeros de San Juan, que despues lo fueron de Rodas y luégo de Malta, cuya gloriosa historia es de todo el mundo conocida. Aquí fué donde tuvieron orígen.

La calle que va de Norte á Sur cruzándose con la que comienza en la puerta de Jaffa, ó sea calle de *David*, llamábase en los tiempos del imperio cristiano calle del *Patriarca*, y tambien de los *Baños del Patriarca*, por razon de la gran piscina que en ella existe, la de Ezequías, antiguamente llamada *estanque de las Almendras*, y hoy *Birket Hammam el-Batrak* (estanque de los baños del Patriarca).

Se encuentra luégo el convento de los coftos, pobre aunque muy espacioso; y enfrente el de los griegos, dedicado á San Constantino.

Pasado el callejon que conduce á la iglesia del Santo Sepulcro, detras de ésta y sobre la capilla subterránea de Santa Elena, se encuentra el convento de los abisinios.

Si despues de recorrer este barrio se vuelve hácia la puerta de Jaffa, frente á la ciudadela, se halla la casa del obispo anglicano; en la esquina occidental de la misma calle, la del patriarca latino, y al Norte de ésta, en un callejon adyacente, la del patriarca melquita.

Tales son los monumentos que existen dentro de la ciudad.

Las calles de Jerusalen son angostas, muchas aboveda-

das y oscuras, todas sucias y gran parte desiertas: en los barrios concurridos, debajo de los soportales, vense miserables tiendas donde apénas se encuentra lo más preciso para la vida.

¿Qué comercio pudiera haber en un territorio donde no existen agricultura, caminos, canales, industria, seguridad ni estabilidad, donde todo depende de la arbitrariedad?

Los pesos, las medidas y las monedas varían de una ciudad á otra. Las relaciones son escasas y los trasportes costosos. Todo se trasporta á lomo de camellos y mulos, y por poco que valga la carga, es preciso aguardar á que parta una caravana: nadie se atreve á viajar solo en un país cuya única industria es el robo.

Las casas, los muebles, el traje, la mesa, todo es pobrísimo. El atavío de las mujeres, léjos de fomentar el comercio, lo estorba, retirando de la circulacion las numerosas monedas de oro de que van cargadas, creyendo así engalanarse; cuando todas estas monedas, que han sido agujereadas, entran nuevamente en circulacion, hay que pesarlas para reconocer su demérito.

Las transacciones son ademas muy difíciles por la diversidad de cultos, pues en Jerusalen no hay más que cuatro dias de labor; el viérnes, el sábado y el domingo lo celebran sucesivamente los mahometanos, los judíos y los cristianos.

Las casas son bajas, cuadradas, casi absolutamente faltas de ventanas y aberturas, y si algunas tienen, están enrejadas como en los tiempos antiguos. Los tejados son azoteas, no del todo niveladas como en el Norte de Siria, sino algo elevadas en el centro, de modo que cada casa está coronada por un pequeño cimborrio de cuatro ó cinco piés de alto. En este sitio se toma el fresco; aquí se retira el que quiere estar

solo algunos ratos; aquí se duerme en verano; aquí suelen orar los musulmanes; aquí levantan los judíos sus *tabernáculos* en la fiesta de este nombre, y por fin, aquí se sube para observar cualquier acontecimiento que ocurre.

El piso de las calles es sumamente resbaladizo, de modo que hay verdadero peligro en andar por ellas á caballo.

Vagan por la ciudad muchísimos perros. Numerosos mendigos colocados particularmente en las inmediaciones de la iglesia del Santo Sepulcro imploran la caridad de los transeuntes.

Los restos de veinte pueblos distintos en religion y raza que forman la poblacion de Jerusalen viven separados unos de otros, hostiles, desconfiados, envidiosos. El temor es el que mantiene el órden que reina, único lazo posible en una poblacion nómada é incesantemente renovada. Al cabo de algunos años de permanencia el europeo muere ó regresa á Europa, los bajaes y sus guardias se van á Damasco ó á Constantinopla, y el árabe al desierto. Jerusalen no es más que un lugar á donde todos vienen á levantar su tienda; la ciudad de David ha dejado de ser un pueblo.

El terreno donde está edificada pertenece en su mayor parte á mezquitas é iglesias; otra parte sólo puede ser propiedad de esos establecimientos públicos en el caso de extinguirse las familias que lo poseen. Cualquier trozo de terreno pertenece casi siempre á muchos dueños.

No se concibe cómo una ciudad tan populosa ha podido subsistir sin contar en su casco un caño de agua viva. Sólo en el valle de Josafat se encuentra la fuente de la Santísima Vírgen. Para alimentar los estanques ó piscinas en el recinto de la ciudad fueron menester en lo antiguo trabajos considerables.

Sobre las ruinas de Jerusalen descuellan infinitos alminares, pero ningun campanario; la hermosa torre del Santo Sepulcro ha quedado destruida en sus dos terceras partes, y sus campanas fundidas. Ahora sólo se oye en la silenciosa soledad de la ciudad santa la voz del almuédano que llama á los discípulos de Mahoma. ¡Cuán dolorosa es para el alma cristiana esa voz que pregona la humillacion del cristianismo en el mismo sitio donde tuvo orígen!

El viajero curioso que quiera evocar recuerdos antiguos, puede hacer una excursion alrededor de las murallas de Jerusalen.

Saliendo por la puerta de Jaffa, á algunos cientos de varas, se encuentra junto á un cementerio turco la piscina superior ó estanque de las Serpientes, llamada por los árabes *Birket-el-Mamillah*.

Junto á esta piscina está el sepulcro de Herodes Agripa, que mandó matar á Santiago y encarcelar á San Pedro.

Al Noroeste de la ciudad subsisten todavía los grandiosos restos de una torre llamada Castillo de Goliat (*Kasr Dschalud*).

Avanzando hácia el Nordeste se encuentran los restos innegables de la tercera muralla de Agripa y los cimientos de la torre Psefina y de la de las Mujeres.

En las inmediaciones y hasta media legua de distancia existen numerosas urnas sepulcrales. De estilo más monumental se ve al extremo septentrional de Bethseda, junto al valle de Josafat, el sepulcro de los Reyes, llamado *Cuevas Reales* por Josefo, y *Kabur-el-Muluk* por los árabes.

A corto trecho está el que los judíos designan por sepultura de *Simon el Justo*.

Atravesando la ciudad nueva, en la que no hay más que

un cementerio y algunos olivos, casi frente á la puerta de Damasco, se encuentra una colinita que contiene la *cueva de Jeremías* y el *sepulcro del rey Alejandro*.

La cueva de Jeremías tiene setenta piés de ancho por cuarenta de alto, y en ella se cree compuso el profeta sus lamentaciones.

Continuando la excursion desde la puerta de Damasco hácia el Este, despues de pasar por frente de la antigua puerta de Herodes, actualmente tapiada, se encuentra en el ángulo Nordeste el estanque nominado *Birket-el-Hidscheh*, que comunica con el depósito exterior de la puerta de San Estéban, llamado *Birket Hammam Sitti Mariam*.

En seguida se llega al *valle de Josafat*, que está en direccion de Norte á Sur entre el monte de los Olivos y la ciudad santa; estréchase junto á Getsemaní, y acaba por ser tan ancho como el torrente Cedron.

El torrente Cedron, que casi nunca lleva agua y en cuyo cauce pedregoso no mana ninguna fuente, en invierno recoge las aguas de las lluvias y las arrastra hácia el mar Muerto, atravesando los valles más ásperos que la imaginacion puede concebir.

Saliendo de la ciudad con direccion al valle, se pasa por la *puerta de San Estéban*, donde todavía se enseña la piedra sobre la cual cayó el santo mártir.

Descendiendo de aquí al valle se pasa por un puente de piedra de un solo arco, construido sobre el torrente al pié del monte de los Olivos. A corta distancia y á la izquierda está la entrada de la iglesia subterránea en que se halla el *sepulcro de la Santísima Vírgen:* bájase á ella por una magnífica escalera. La iglesia está edificada en forma de cruz, y en el fondo á la derecha está el monumento que en-

cierra el sepulcro donde fué sepultada la Santísima Vírgen. El sepulcro está abierto en la peña, como todos los de las inmediaciones de Jerusalen.

Subiendo la escalera se encuentra á la derecha el sepulcro de San José, y enfrente los de San Joaquin y Santa Ana. Hase dicho con fundamento que parece un panteon de familia, pues efectivamente las tumbas antiguas que abundan en Palestina eran panteones de familia.

El camino que conduce al monte de los Olivos, pasa entre esta iglesia y Getsemaní.

Hasta la cumbre el viajero se encuentra en medio de numerosas ruinas. Todos los viajeros han hablado de las huellas del Salvador, que todavía se conservan impresas en la peña. Actualmente no hay más que la del pié izquierdo.

Adjunto hay un miserable villorrio llamado Zeitum, situado en la meseta que corona el monte de los Olivos, *Djebel-Tur*.

Doscientos pasos más allá, en las inmediaciones de la ladera oriental de la montaña, gózase de una de las perspectivas más interesantes.

Al Oriente, tras peladas y desiertas montañas, divísanse el valle del Jordan y las aguas del mar Muerto. Allende el mar descúbrense los montes de Arabia. Destácase el monte Nebo entre las eminencias achatadas y desnudas que lo cercan. El Jordan, merced á los árboles que dan sombra á sus márgenes, traza una línea verde en medio de la árida comarca donde tuvieron lugar las primeras escenas de la historia del mundo. Al Norte los montes de Efraim coronados por las ruinas y mezquitas de San Samuel, júntanse con los montes Hebal y Garizim en el centro de Samaria. Al Poniente contémplase á los piés el valle de Josafat, los mo-

numentos y el plano de la ciudad, cuyas casas podrian contarse. El cristiano tiende con avidez la vista desde el monte Sion hasta el Gólgota, y contempla las cenizas de la historia de cien pueblos.

Toda la vegetacion que se divisa se reduce á algunos nopales, insignificantes palmeras y mustios olivos. Ni una ave se oye trinar entre las ruinas; sólo las cornejas que há dos mil años divagan alrededor del templo de Herodes, permanecen en la cumbre del monte Moria y exhalan sus lúgubres cantos junto á los cipreses y á las cúpulas de la mezquita de Omar.

Por la parte del Sur la perspectiva es, si cabe, todavía más triste, pues nada iguala en desolacion á los montes inmediatos á Belen: esta comarca es un desierto con toda su espantosa aridez.

La vista puede contemplar el tortuoso cauce del Cedron hasta los escabrosos desfiladeros de San Sábas, el convento de San Elías, el monte de los francos, el desierto de Tecna, la llanura de Rafaim: ruinas y más ruinas, hé ahí lo que á Judá le ha quedado por herencia.

El monte de los Olivos tiene tres cumbres, y la del centro es la más elevada.

Bajando un trecho de media milla por una cuesta áspera, encuéntrase detras de una colina el pueblo de *Bethania* (casa de mi afliccion ó de obediencia). Está distante una hora de Jerusalen, y consta de unas veinte casas: sus habitantes son árabes. Actualmente lleva el nombre de *El-Ariríjeh*.

Aquí se halla el sepulcro de Lázaro, que, tal como se conserva actualmente, no es más que una cavidad abierta en la peña y en parte cubierta de obra de mano; bájase por seis gradas.

En la parte culminante de Bethania obsérvanse todavía los restos de una iglesia y de una fortaleza.

Se puede regresar á Jerusalen por el camino del Sur, que conduce al fondo del valle de Josafat, junto al pilar de Absalon. En la pendiente de la montaña se encuentra considerable número de sepulcros modernos cubiertos con una láude ó con desechos de la montaña; tal es el cementerio de los judíos. Los mahometanos ocupan la parte opuesta.

Orillas del Cedron se encuentran los cuatro monumentos de Josafat, Absalon, Santiago y Zacarías.

Se llega ya frente á la parte Sudeste de la explanada del templo donde existia la *puerta de los Caballos.*

Antes de entrar en la aldea de Siloan, encuéntrase á la izquierda del valle el sitio donde Júdas se ahorcó. Siloan (Kefr Silwan), habitado por árabes tan temibles como los del desierto, está pegado á las peñas.

La colina que se prolonga al Sur de Moria entre los dos valles de Josafat y Tiropeon, se llamaba Ofel, *lugar elevado.* A su pié se encuentra la boca de un subterráneo que termina en la parte occidental de la explanada del templo.

Algo más abajo existe la fuente de la Santísima Vírgen, que los árabes denominan *Ain Um el-Derai*, venerada por los turcos que junto á ella tienen una casa de oracion.

Bajando por el valle, se sale á la antigua puerta de la ciudad llamada de *las Basuras* ó *Esterquilina;* luégo en el valle de Tiropeon se encuentra la fuente de la piscina de Siloé.

Tanto esta fuente como la de la Vírgen Santísima, son fuentes intermitentes muy notables, y ambas se comunican por un canal subterráneo.

En el fondo del valle, donde existia antiguamente el

huerto del Rey, se hallan hoy dia los únicos huertos de Jerusalen extramuros; riéganlos las abundantes aguas de Siloé.

La fuente de *Rogel*, de *Nehemías* ó de *Job*, y tambien *pozo de Fuego*, se halla más abajo en el punto de union de los dos valles. Servia de límite entre las tribus de Judá y Benjamin. Cuenta más de cien piés de profundidad, y segun sus apariencias, largos siglos de fecha.

Aquí termina el valle de Josafat.

Se sube despues al *valle de Hennon*, llamado tambien *Gehenna*, y por los árabes *Wadi el-Rubah*. El fondo de este valle se llama *Tofel*. Su nombre recuerda mil desastres en la historia del pueblo judío.

Hácia el Sur de Tofel toda la colina no es más que un vasto cementerio. Casi todos los sepulcros han sido profanados, y sobre ellos se halla el campo de sangre conocido por *Haceldama*.

En la cima del monte llamado del *Mal Consejo*, existen las ruinas del pueblecito *Deir Kaddis Mondistus*.

El valle de Hennon marcaba el límite entre la tribu de Judá y la tierra de los jebusitas. Extiéndese alrededor del monte Sion hasta junto la piscina llamada actualmente *Birket el-Sultan*.

Inmediatamente se encuentra el acueducto construido por Poncio Pilato, el cual conducia hasta el templo el agua de los estanques de Salomon, situados á tres leguas de Jerusalen. En seguida vuelve á encontrarse más allá de Belen.

En la colina situada á espaldas de la ciudad se hallan la reducida iglesia griega de San Jorge y las ruinas de dos villorrios árabes.

La parte de murallas que dominan este valle, desde la ciudadela hasta el ángulo del Sudoeste, lleva el nombre de Torres de Gaza (*Abradsch Ghzzeh*).

Con lo cual se completa la excursion en derredor de los muros de Jerusalen.

BELEN Y HEBRON.

De Jerusalen á Belen no hay más que dos leguas de camino, el cual es muy bueno comparado con los demas de Palestina. Dirigiéndose al Sur desde la puerta de Jaffa ó Belen, se llega al valle de Rafaim ó los Gigantes, tan célebre en la Escritura. Este es el único paraje donde se encuentran algunos sembrados en las inmediaciones de Jerusalen.

A dos millas de la ciudad, á la derecha, se ven las ruinas de un aljibe y de la *torre de San Simeon*.

Al pié de una colina se encuentra el *Pozo de los Tres Reyes*. En la cima osténtase el monasterio griego de *San Elías*, el cual, como todos los de Tierra Santa, es una verdadera fortaleza.

Algo más léjos está el *sepulcro de Raquel*.

No se tarda en llegar á la pequeña ciudad de Belen, cuya poblacion es generalmente cristiana. El peregrino puede albergarse en el convento franciscano de Belen, edificado sobre el sitio donde nació el Niño Jesus.

Los religiosos salen diariamente en procesion á los diferentes santuarios, como se practica en todos los conventos de Tierra Santa. Se dirigen primero á la iglesia de Santa Catalina, que es la capilla del convento donde se celebran

los divinos oficios, y la parroquia de la comunidad católica de Belen.

Desde allí la procesion baja á la *cueva del Nacimiento*, gruta natural de cinco pasos de ancho por quince de largo y diez piés de alto, que va estrechándose gradualmente hasta el fondo. Hanse abierto tambien entradas y corredores para facilitar el servicio religioso. En tiempo del Salvador la cueva tenia la entrada por la parte de Belen: para proteger la gruta y el convento contra los enemigos fué preciso tapar esta entrada.

Bájase á la gruta por la iglesia de Santa Catalina y por el coro de los griegos; la escalera tiene quince gradas. En la parte oriental se halla el santuario del Nacimiento. La peña, algo pulida, está revestida de mármol blanco, así como el pavimento que adornan incrustaciones de jaspe y pórfido. Destacábase en medio una estrella de plata con estas palabras grabadas:

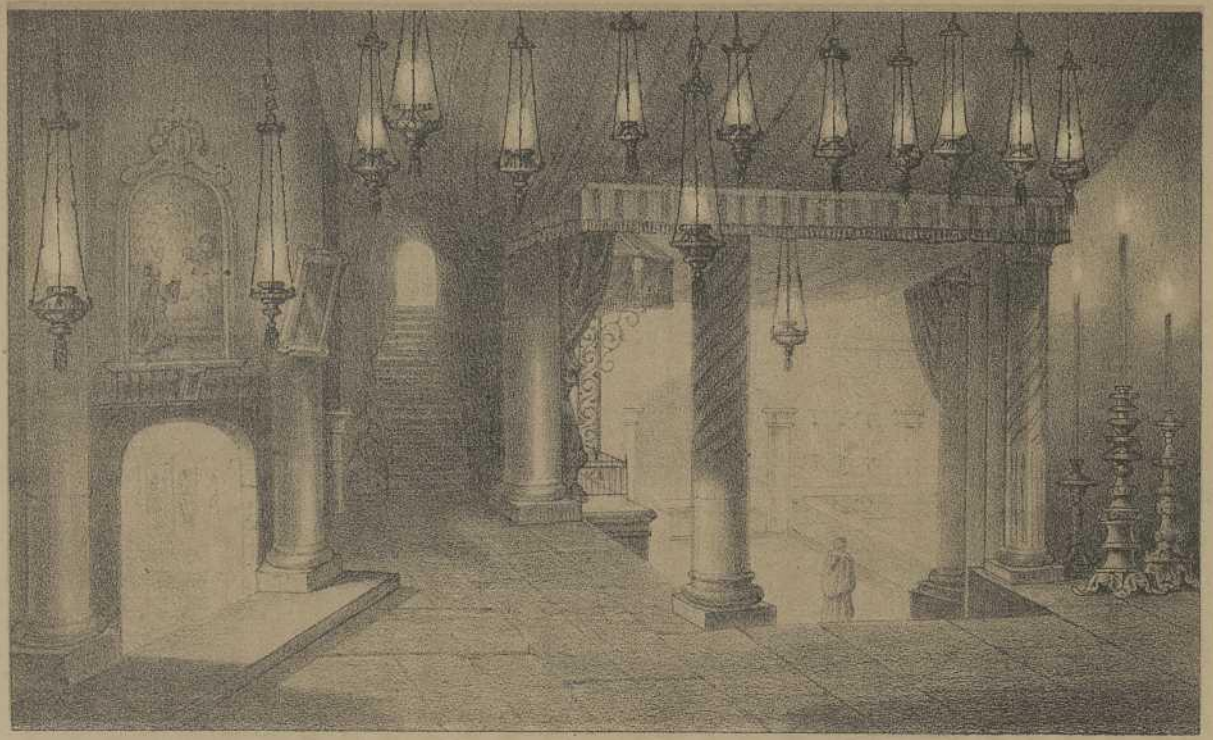
HIC DE VIRGINE MARIA JESUS
CHRISTUS NATUS EST.

Esta estrella fué robada por los griegos y llevada á su convento de San Sábas, distante cuatro leguas.

A siete pasos del lugar del Nacimiento se halla la cueva en que estaba el pesebre donde la Santísima Vírgen puso al Niño Jesus entre un asno y un buey. Esta gruta pertenece á los católicos; harto reducida para celebrar en ella el sacrificio de la Misa, erigióse un altar enfrente, en el mismo sitio donde se postraron los Magos.

Treinta y dos lámparas arden contínuamente en la capilla del Nacimiento, que está colgada de damasco.

Siguiendo los corredores subterráneos se encuentra á la



IGLESIA DE LA NATIVIDAD.

derecha una capilla dedicada á San José, la cual fué erigida en el año 1621 por el religioso Francisco de Novara.

Al lado hay una capilla denominada de los *Santos Inocentes*, cuyos cadáveres, segun las tradiciones, fueron arrojados á una cueva contigua.

Desde aquí se pasa por estrechos corredores al *oratorio de San Jerónimo*, capilla subterránea á la cual venia el santo doctor á inspirarse cerca de la cuna del Redentor, y á escribir la version latina de la Sagrada Escritura, conocida con el nombre de *Vulgata*.

Junto á dicho oratorio vese una capilla que encierra los sepulcros de San Jerónimo, San Eusebio, Santa Paula y Santa Eustoquia.

Subiendo á la iglesia, fija la atencion la entrada de este magnífico edificio. En su atrio espacioso se construyeron aljibes que todavía subsisten, y á la derecha de la puerta se encuentran los conventos de los griegos y de los armenios.

Los pocos mahometanos de Belen se sirven de la nave de la iglesia como de un bazar, en la cual se ostentan en cuatro hileras cuarenta y ocho esbeltas columnas corintias de mármol, de diez y ocho piés de alto por dos y medio de diámetro. El templo, en forma de cruz, no tiene bóveda, viéndose por dentro las vigas del techo, y en las paredes restos de hermosas pinturas, inscripciones y mosáicos.

A la izquierda hay una puertecita, por la que se entra en el convento de los franciscanos, y en el fondo una pared que divide la nave del coro, el cual sirve de iglesia á los griegos y armenios.

A cinco minutos del convento, al Sur, existe la *cueva de la Leche*, donde, segun una tradicion local, amamantó con frecuencia la Santísima Vírgen á su divino Hijo.

Belen es una poblacion sita á la altura de dos mil quinientos treinta y ocho piés, estando por lo tanto cincuenta y nueve piés más elevada que Jerusalen. Belen significa *casa de pan;* tambien se llamaba Efrata, *fertilidad.* Por un fenómeno asaz raro, Belen continúa siendo ciudad cristiana entre tantas comarcas musulmanas: cuenta cerca de tres mil habitantes, entre ellos mil quinientos católicos, mil griegos y cien armenios; los demas son árabes.

Entre los moradores se cuentan algunos que poseen y labran tierras; los demas fabrican cuentas de rosario, crucifijos y medallas, las cuales generalmente representan escenas religiosas, particularmente las que tuvieron lugar en Belen.

Los habitantes por su alta estatura se distinguen de los demas palestinos. Visten bien, y las mujeres llevan túnica azul y velo blanco hasta la cintura, cuya modesta sencillez es notable.

Descendiendo al valle situado al Norte del convento vese un altillo donde existen ruinas y aljibes: créese que es uno de los monasterios de Santa Paula, y en el que vivia esta fundadora.

En el valle al Este de Belen, que tiene una legua de largo, circuido de montes en direccion del mar Muerto, estaba la *torre del Rebaño* (*Mighdal Heder*) que menciona la Biblia.

Aquí edificó Santa Elena un templo á los *Santos Angeles*, que en parte aun subsiste; es subterráneo y bájase á él por diez ó doce gradas.

A corta distancia de Belen existe un mísero lugarejo llamado *Aldea de los Pastores.*

Desde Belen á Hebron, en direccion al Sur, suelen em-

plearse cinco ó seis horas. Encuéntranse desde luégo montes aislados, donde en otro tiempo existia el bosque de Belen.

Despues de andar una hora por un camino pedregoso, hállase un grande edificio cuadrangular, en el cual se acuartelan las tropas necesarias para la vigilancia de los caminos que van á Jerusalen. A corto trecho están los vastos receptáculos titulados *estanques de Salomon*.

De Belen á Hebron no existe ningun pueblo ni casa. A uno y otro lado encuéntranse ruinas sin cuento. Imposible es definir hoy dia entre esos vestigios los sitios donde florecieron Eglon, Adullam, Betsur, Lachis, Maceda, Bezek y Azeca.

Aparte del camino existen ruinas considerables que se las designa con el nombre de *Beit-Djibrin* (casa de Gabriel), que pudieran ser las de la antigua Eleuterópolis.

Como en Hebron no hay mucho que ver, pocos viajeros le visitan. Es sólo sitio de recuerdos bíblicos. Hebron es una de las ciudades más antiguas del mundo. En sus inmediaciones muéstrase la comarca donde, segun algunos autores, se refugiaron Adan y Eva despues de su prevaricacion en el paraíso.

Los árabes denominan á Hebron *el-Chalil*, ciudad del *Amigo* (de Dios). La poblacion actual está dividida en tres partes. Alzase en forma de anfiteatro sobre la colina, carece de murallas y cuenta cuatrocientas casas con cinco mil habitantes, musulmanes todos, excepto cuatrocientos israelitas residentes en la parte baja.

La iglesia de Abraham está convertida en mezquita con el título de *Mesdjed-el-Chalil*. En este templo, cuyo interior es de forma gótica, se encuentran los sepulcros de

Abraham y Sara, y los de Isaac y Jacob con sus mujeres. Al extremo del pórtico está el sepulcro de José.

Todo el monumento mide ciento cincuenta piés de largo por ochenta de ancho.

Existen todavía en Hebron algunos restos de la más remota antigüedad. En la parte baja vese la gran piscina cuyo orígen data de la época de David, y más arriba se encuentran muros del castillo de David y sepulcros de la época de los reyes de Israel.

En Hebron se fabrican esos objetos de cristal que con tanta frecuencia se encuentran en Oriente, como son los anillos, brazaletes y pendientes de varios colores que llevan las drusas y las maronitas del Líbano, las mujeres de Samaria y Judea.

Saliendo de la ciudad hácia el Sur encuéntranse en el valle tres pozos conocidos con los nombres de Abraham, Isaac y Jacob, y en una altura inmediata las ruinas de una antigua iglesia que se titulaba de los *Cuarenta Mártires*.

Al Nordeste está el valle de Mambré, que todavía prueba la fertilidad de esta parte de la tierra prometida. Allí se ven los mayores alfónsigos conocidos, y tambien abundan los olivos y las vides; racimos hay de uvas de dos piés de largo y hasta de doce libras de peso. Estos frutos se crian sin cultivo.

El fondo del valle parece ser el torrente mencionado en el libro de Judit. Contiguo se alza el fuerte de *Debir*.

En la falda de la colina que al Norte domina el valle de Mambré encuéntrase la aldea de *Kerbet-el-Nassara*, donde moraba en otro tiempo una colonia cristiana, como lo atestigua su nombre.

El viajero que sea algo intrépido puede, una vez de regre-

so en Belen, emprender una excursion al desierto de San Juan para volver por allí á Jerusalen.

Se pasa por el pueblo de Beit-Djalla, y se entra en un angosto desfiladero que conduce al camino que va derechamente de Jerusalen á Gaza, en el cual, al cabo de una hora de marcha, se llega á la *fuente de San Felipe*.

Se trepa en seguida por un monte sumamente escarpado, y continuando por un terreno árido, á las tres horas de haber salido de Belen se llega á la cueva de *San Juan Bautista*.

Está situada en lo alto de una colina, mirando al Noroeste y dominando el valle de Terebinto. Es una celda natural, de diez á doce piés de largo por seis de ancho. En el fondo hay una peña que parece cortada á propósito para servir de sitial y cama; se le da el nombre de lecho de San Juan. De una hendidura mana agua clara y fresca, que al pié de la gruta forma un hoyo, y se extiende por el valle fertilizándolo en su derredor.

Aquí pasó su vida el santo Precursor, manteniéndose de miel silvestre, langostas y algarroba.

Sobre la peña en que se halla la cueva de San Juan existia antiguamente un convento y una iglesia, cuyas ruinas son todavía bastante notables.

Enfrente de la cueva se halla una aldea llamada Szataf.

A una legua de distancia se encuentra la casa de Zacarías y de Isabel, hoy dia convento de San Juan. La iglesia es una de las más hermosas de Tierra Santa. A la izquierda del altar mayor una cómoda escalera conduce á la capilla del nacimiento de San Juan, siendo éste por consiguiente el lugar donde Dios manifestó su misericordia con Santa Isabel. Seis lámparas arden contínuamente en el santuario.

Los franciscanos de San Juan que habitan este convento, son todos ó casi todos españoles.

Ya desde aquí sólo queda legua y media hasta Jerusalen, y en el camino se encuentra el convento de Santa Cruz, propiedad de los griegos y ocupado por monjas, cuyo monasterio puede asegurarse que es una verdadera fortaleza.

JERICÓ, EL JORDAN.

Una vez al año, el lúnes de Pascua, los peregrinos griegos que se dirigen á Jerusalen para las funciones de Semana Santa, efectúan juntos una correría al Jordan y paran en Jericó en número de muchos millares, con una escolta de tres ó cuatrocientos hombres que el bajá de Jerusalen les proporciona, formando lo que se llama la gran caravana.

Los viajeros pueden tomar en cualquiera otra ocasion una escolta, esto es, contratar algunos beduinos para que los protejan contra otros beduinos salteadores que encuentren en el camino. Cada uno de los contratados gana ordinariamente cien piastras ó reales, y el convenio se otorga ante el bajá; de esta suerte el jefe árabe queda responsable de la vida de los viajeros.

Sálese de Jerusalen, y tomando la direccion de Bethania, bájase una escarpada colina en cuyo fondo corre una fuente llamada *de los Apóstoles*.

Entrase en una comarca tristísima: numerosas quebradas cortan las peñas, donde no puede tenderse la vista sin espeluznarse. De cuando en cuando, desde las eminencias se descubre el mar Muerto entre las cañadas, el cual, ilumi-

nado por el vivo resplandor del sol naciente, brilla como un inmenso horno.

A la mitad poco más ó ménos del camino entre Jerusalen y Jericó, se encuentran en una eminencia ruinas que parecen serlo de un cuartel turco con varios aljibes en torno.

Toda esta comarca pertenece á la serie de desiertos que principia á las puertas de Jerusalen, se extiende al Poniente del mar Muerto, y se tocan al Sur con los de Arabia.

San Juan Bautista vivió mucho tiempo en este paraje, y aquí fué tambien donde el Salvador ayunó por espacio de cuarenta dias; por esto se le da el nombre de *desierto de la Cuarentena*. Entre este último punto y el camino hay una hondonada en la ladera del monte, la más escabrosa y agreste que imaginarse cabe, en cuyo fondo corre el Wadi-Kett, torrente impetuoso en invierno, seco en verano.

Se llega despues á la última colina de las que forman el confin de la llanura. El hermoso campo del Jordan, que podria ser tan fértil, no es sino una vasta soledad de cinco ó seis leguas de largo, cruzada por dicho rio.

Rieha, la antigua Jericó, dista una legua de las montañas; los torrentes están obstruidos por los restos de los acueductos, únicos recuerdos de una época de grandeza. A dos leguas á la derecha comienza el mar Muerto.

Bájase á la llanura por una cuesta muy escabrosa, á las ocho horas de haber salido de Jerusalen. Al pié de la colina encuéntrase la fuente del profeta Eliseo, llamada por los árabes *Ain Sultan*, que forma un arroyo delicioso de siete ú ocho piés de ancho por seis ó nueve pulgadas de hondo. Se divide en muchos ramales, uno de los cuales se dirige á Jericó, situado á una legua escasa de la fuente. El arroyo desagua en el torrente de Kett.

La antigua Jericó, la actual aldea de Rieha, situada á setecientos diez y siete piés bajo el nivel del Mediterráneo, consta de unas cuarenta cabañas fabricadas de tierra y ramaje, donde moran árabes que segun voz pública viven del latrocinio, pero que sin embargo cultivan algunos campos situados al Norte de sus viviendas.

Al Sur y separado de la poblacion, álzase un grande edificio cuadrado que se llama *Torre ó Castillo de Jericó*, y que es un puesto de fuerza armada, único que tienen los turcos para proteger la comarca contra las invasiones de los árabes que viven allende el Jordan.

De Jericó al Jordan hay dos horas. La llanura es pobre; apénas se ven algunos plantíos de algodon; el resto todo es maleza. Hasta la orilla del rio, en el sitio de la inmersion de los peregrinos, el terreno desciende gradualmente hasta quinientos setenta y cuatro piés. Las inundaciones han abierto hondas cavidades, formando precipicios de quince á veinte piés de elevacion.

Vase avanzando por esa soledad sin que nada anuncie la proximidad del Jordan. Por último aparecen árboles de toda especie, sauces, tamariscos y acacias, cuyas copas se alzan sobre un vallecillo; óyese el susurro de las aguas, y se ve correr entre juncos un rio hasta sesenta pasos de ancho.

El Jordan es el único rio propiamente dicho de Palestina. Los hebreos le daban el nombre de Yarden, y actualmente los árabes le llaman *El-Urdun ó Scheriat-el-Kebir*. En el Ante-Líbano tiene tres orígenes: el *Banios*, el *Dan* y el *Narh Harbani*, cuyos tres manantiales forman el Jordan, que pasa por el lago Houlé ó *aguas de Merom* (segun la Escritura), lago casi seco en verano, pero que en invierno lleva agua en una extension de tres leguas y media. A me-

dia legua de este lago subsiste todavía el puente de Jacob, de mármol negro, desde el cual comienza la depresion del valle del Jordan, la más notable del globo, tanto por su longitud como por su increible profundidad, extendiéndose hasta el punto en que las aguas se dividen entre el mar Muerto y el Rojo, en un espacio de tres grados de latitud.

Desde el puente de Jacob el Jordan se dirige al lago de Tiberiades, del cual sale muy anchuroso, aunque poco profundo; luégo se angosta y serpentea hasta desaguar en el mar Muerto. La anchura máxima del Jordan en verano no excede de ciento cincuenta piés; el curso de sus aguas alcanza á cuarenta y dos leguas. Sus manantiales están á más de ochocientos piés sobre el nivel del Mediterráneo, y su desagüe está á mil trescientos cuarenta y un piés más bajo, lo cual produce un declive total de dos mil ciento cuarenta y un piés.

Dejando la orilla del rio, y atravesando la llanura de Jericó, que guarda diferentes niveles, alzándose y descendiendo sucesivamente, se llega al mar Muerto, que está todavía cincuenta piés más bajo que el Jordan en el sitio descrito ántes. La distancia que se recorre es de dos horas, y muy fatigosa.

A esto se reduce la excursion de los viajeros al mar Muerto, regresando en seguida á Jerusalen por el mismo camino, esto es, por la fuente de Eliseo. Recientemente se han hecho viajes por *caravanas científicas*, con escoltas de beduinos generosamente retribuidos, y vamos á extractar los datos más principales que han dado á conocer.

EL MAR MUERTO.

Saliendo de Jerusalen por la puerta de Belen, se baja al hondo valle de Gihon, y se entra en el valle de Cedron. Pronto se empieza á caminar por la única carretera que en Palestina ha trazado la mano del hombre; da vuelta á un escarpado monte que se eleva sobre el Cedron, y está como pegada á una grandísima peña á la derecha del torrente. En seguida se descubre el monasterio de San Sábas (Mar-Saba), situado á dos leguas de Jerusalen y á cinco del mar Muerto, que se divisa desde las alturas.

Los religiosos que le habitan profesan la órden de San Basilio, y son griegos cismáticos. No dan hospitalidad sin una carta de recomendacion de su patriarca de Jerusalen.

En los alrededores del convento, situado en un terreno espantoso, no se encuentra provision alguna, ni yerba siquiera; sólo dentro de los mismos muros hay una fuente de agua muy buena.

Desde Mar-Saba se entra en una serie de montañas de creta blanquizca, y despues de tres horas de subir y bajar se llega á la última altura, desde donde se alcanza á ver la península que se interna al Sudeste del mar Muerto, las montañas de Moab, situadas enfrente, y la llanura de Jericó al Norte.

Aparecen las aguas del mar de un color azul admirable, ligeramente movidas por una brisa imperceptible y terminando sobre la orilla en una franja blanquecina, que no es otra cosa que salmuera.

Se desciende á la playa por un sendero horroroso, y en

ella se encuentran bandadas de patos silvestres que corren á sumergirse en el agua.

Se camina hasta llegar á un cañaveral que atraviesa un manantial de agua muy pura llamado *Ayn-el-Rhoueir*, habiendo andado por la playa durante tres horas, con las montañas que se acaban de bajar casi á pico por la derecha y matorrales de verdura sobre la ribera. Allí se levantan las tiendas para pasar la noche.

A la mañana siguiente se continúa por la playa, pero el oasis de Ayn-el-Rhoueir desaparece pronto, y la orilla se presenta árida, dejando ver claramente la península que avanza dentro del mar de modo que forma un verdadero pasaje á su extremidad occidental, la cual parece tan cercana que podria llegarse á ella durante el dia. Este es un efecto de óptica debido á la trasparencia de la atmósfera. Se necesitan dos dias de marcha.

A las dos horas de camino del manantial, la montaña avanza á pico sobre las aguas, y el paso por consiguiente es imposible por el pié; hay que entrar en las tierras á fin de dar la vuelta á las rocas para poder continuar por la orilla del mar.

El sendero que se toma es en direccion todavía más al Oeste, y el viajante se encuentra en el desierto, sobre un terreno uniformemente arcilloso y sin vegetacion, formando colinas redondas que en nada se parecen á las rocas del borde del mar.

A una hora de marcha se encuentran sepulturas de beduinos, esto es, pequeños montones de piedras que cubren el cuerpo. Allí donde ha habido un combate entre dos tribus enemigas, los árabes abandonan sus muertos, enterrándolos en el mismo campo de batalla.

Hállase de repente un barranco, cuyas paredes son casi verticales y que hay que salvar para proseguir adelante: llámase *Ouad-el-Dahradjeh*. Las cabalgaduras tienen que hacer esfuerzos inauditos para bajar, pero mayores aun para subir la pendiente opuesta, verdadera escalera con gradas de dos piés y medio de alto. Despues de salvado este mal paso, todavía hay que marchar por cima de una peña á modo de cornisa de tres piés de ancho y á una altura de cuarenta piés por cima del barranco.

Vuelven de nuevo las montañas abrasadas de creta, y despues de ocho horas de jornada todavía no se ha encontrado una gota de agua. Se pasa por una garganta estrecha llamada *Ouad-el-Hazaza*, y al salir á un paraje aislado cercado de rocas, se encuentran algunos charcos de un líquido blanquizco y de sabor yesoso, que en aquellos momentos bebe el viajero sediento cual néctar divino. Allí se acampa durante la noche.

Al dia siguiente, durante cuatro horas de marcha, el camino es de la misma condicion que el seguido la víspera. Sin embargo, empiezan á notarse en las laderas que miran al Norte algunos arrastres ó deposiciones volcánicas, ó sean piedras calcinadas de un color oscurísimo, bastante gruesas en general, que cubren exclusivamente los mismos flancos de un lado de las colinas, y cuya direccion convergente indica haber sido lanzados del lado Sur.

Llégase á la cresta, y vuélvese á divisar el mar Muerto á mil piés más abajo, teniendo que bajar por cuestas escarpadas durante una hora hasta alcanzar Ain-Djedy, el *Engaddi* de la Biblia, sitio cubierto de árboles gomosos, el mismo á donde Abraham llevaba á apacentar sus ganados, pero desnudo hoy dia de yerba. En cambio se encuentra la na-

ranja de Sodoma (*asclepias procera*), descrita por Josefo y otros historiadores.

Esta fruta representa una calabacita, de color verdoso y bastante dura. Apénas se la abre, se disipa en polvillo blanco muy fino que parece humo, y queda una semilla que se parece mucho al vello de los pajarillos.

En Ain-Djedy hay un manantial abundante de agua purísima abrigado por inmensos juncos de veinte piés de altura, y á cien pasos de distancia se ven las ruinas de un molino y de dos torres.

No basta haber salido de Jerusalen con la escolta de un jeque de beduinos. Al llegar á Ain-Djedy hay que contratarse con el jeque de la tribu inmediata, quien suministra nueva escolta y se compromete á acompañar á los viajeros hasta la ribera oriental.

Comiénzase la jornada siguiente bajando suavemente la cuesta de Ain-Djedy en direccion del Sur hasta la playa, donde se encuentran algunas ruinas informes, ó más bien materiales de edificios que debieron existir en alguna época, pero que hoy dia son del todo inexplicables despues de las convulsiones por que ha pasado el terreno.

Siguiendo la orilla del mar, el suelo arcilloso y salado refleja de tal modo sus rayos que la vista padece de un modo horrible y se sienten fuertes ganas de dormir. Antes de avanzar por la playa se atraviesa Ouady-el-Areidjeh, barranco cavado por los torrentes que se precipitan en el mar Muerto durante la estacion de las lluvias; pasado el cual se extiende el espacio llano que separa las aguas de las montañas.

Sigue luégo un paraje completamente árido é impregnado de cristalizaciones salinas, llamado por los árabes Bir-

ket-el-Khalil, y en el que, segun la tradicion, habia en tiempo de Abraham una salina en explotacion.

Desde Birket-el-Khalil en adelante cambia la naturaleza del terreno; las colinas semejan las olas de una mar agitada, con ese aspecto singular que presentan todas las creaciones nacidas de convulsiones geológicas. Así continúa hasta que se pasa por delante de la abertura de *Ouad-es-Seyal*, y vuelve á cambiar la fisonomía de los lugares como por encantamiento.

Es el sitio frente á frente de la península que el viajero ha estado viendo por tanto tiempo sin poder alcanzarla. Dominan á la derecha rocas inmensas y en pico, con ruinas encima, y entre éstas se distingue un paredon con una ventana á cuyo traves se percibe el cielo. Enfrente está el mar, y á la izquierda un grupo de eminencias tetudas, de creta y arcilla, socavadas por las aguas de los torrentes invernales, y cuyas formas fantásticas las hacen parecer palacios, cúpulas y alminares.

En este sitio hay que hacer noche sin otra agua que la que se haya llevado de provision.

Prosiguiendo el viaje se sube á las rocas de que se ha hecho mencion, que llevan el nombre de Sebbeh; las ruinas son las de la famosa fortaleza de Massada, donde los que la ocupaban, novecientos sesenta judíos entre hombres, niños y mujeres, despues de una defensa obstinada contra las tropas romanas mandadas por Silva, prendieron fuego á los edificios y se degollaron unos á otros por instigacion de su jefe Eleazar. Sólo se salvó una mujer y sus cinco hijos que se escondieron en los conductos de las cisternas, la cual refirió á los romanos sorprendidos aquel acto de desesperada resistencia.

El historiador Josefo ha descrito con toda minuciosidad las circunstancias de esta accion, y hoy dia puede comprobarse su exactitud. El camino de la Culebra que cita es el mismo que sube ahora el viajero; la torre de entrada, el palacio de Herodes y sus mosáicos se reconocen todavía; los conductos del agua y las cisternas, la gran bodega de las provisiones, los cimientos de los muros al Norte, la puerta ojival de entrada, se distinguen perfectamente. La muralla de sitio construida por los romanos se reconoce igualmente, y se extiende como una cinta por toda la montaña al Sur y Norte de Massada.

El descenso del camino de la Culebra es más penoso que la subida, y hácia su mitad se ven en un paraje inaccesible urnas sepulcrales por el estilo de las de Siria. Conforme se sigue andando en direccion al mar, y costeando el estrecho de unos mil metros de ancho que forma la península, se encuentran fragmentos numerosos de lava esparcidos hasta el borde del agua. En efecto, son trozos desprendidos de una roca negruzca que no es otra cosa que una corriente de lava semejante á las que se ven tan á menudo en los alrededores de Pompeya y del Vesubio. Siguiendo la direccion ascensional de esa corriente, se llega á una especie de anfiteatro inmenso, formado de rocas calcinadas de una gran altura y cortadas en todos sentidos, que constituyen un cráter enorme, igual á otros muchos que se van sucediendo, pues el viajero se acerca ya al teatro de la catástrofe que designó la cólera divina para castigar á las ciudades maldecidas. Los árabes recogen esos trozos de betun y azufre sobre la misma playa del mar, que por dicha causa es llamado tambien lago Asfaltite.

Despues de dos horas de marcha se entra por una gar-

ganta ó cortadura, sobre cuyos bordes se elevan las ruinas de un edificio cuadrado de la misma construccion que Massada. Esa garganta llamada *Maiet-Embarrheg*, da paso á una especie de sala gigantesca formada de rocas calizas amarillas, y cuyo techo es el cielo de un azul purísimo; en el fondo de ese espacio casi rectangular, y que se interna al Oeste en las montañas, hay un arroyuelo trasparente que se pierde entre finísima arena por entre grupos de cañaverales enormes, y á la sombra que producen las rocas laterales de ochocientos piés de altura. En este sitio encantador, despues del camino abrasado del dia, es donde los viajeros tienden su campamento de noche.

Volviendo á tomar la costa del mar en la direccion Sur, se traspasa del todo la península llamada por los árabes *El-Lizan* (la Lengua); en efecto, es ciertamente una verdadera lengua que avanza en las aguas, formando así una segunda cuenca de cerca de tres leguas de largo por tres de ancho. Dicen los árabes que, durante los calores fuertes del estío, se puede pasar á vado desde la península á la orilla occidental del mar. Esta segunda cuenca es infinitamente ménos profunda que el resto del lago, y su forma es casi circular.

La costa por este paraje muestra algunos signos de vegetacion escasa. Pronto se cruza un arroyo que apénas riega el terreno, pero cuyas aguas esparcen un olor de azufre extremadamente fuerte. Ademas el sabor del agua del mar es más acre y salado, y las exhalaciones sulfurosas que se desprenden indican claramente la naturaleza volcánica del terreno.

Despues de atravesar durante casi una hora por en medio de matorrales, se entra en el desierto y la aridez; aridez

que se explica perfectamente, puesto que se pisa ya el territorio de Sodoma, y que se llega ya á la extremidad del mar Muerto. A la derecha está un cráter de volcan velado por una colina, pero que se reconoce por sus flancos perpendiculares y cortados en anfiteatro: es el *Ouad-ez-Zouera*. A la izquierda queda el mar estrechándose, y limitado al Este por rocas inmensas casi negras. Enfrente se ve una montaña aislada de casi cinco kilómetros de ancho, y por cuyo lado tiene que pasar el viajero para alcanzar el Sur y poder atravesar luégo la llanura inmensa que separa el Oeste del Este: es la montaña de sal, célebre en la historia, de un color amarillento y de figura casi redonda.

El camino que se tiene á los piés no es un suelo ordinario, sino una costra de sal mezclada de un poco de tierra, sobre la cual los piés de los caballos dejan una huella profunda. Dos kilómetros ántes de llegar á la base de la montaña, hay que dar un pequeño rodeo para evitar un paraje donde, cuando se suceden las lluvias, prodúcese un abismo que traga en su profundidad camellos y viajantes, por la disolucion de la sal.

Una vez en el ángulo Norte de la montaña se encuentra una ruina bastante considerable, compuesta de un monton de piedras informes: es *Redjoum-el-Mezorrhel* (monton trastornado); á la derecha y en un espacio de unos tres kilómetros, hay otras ruinas á flor de tierra, y tales como serian las de una casa que se hubiese arrasado, y de la cual no quedasen visibles más que los cimientos, conservando ciertos ángulos que indican la presencia de antiguas construcciones. El número de estos ángulos es considerable, y marcan distintamente el sitio de la antigua Sodoma, y no en el fondo del mar, como dicen los que quieren contradecir las

narraciones históricas. Este sitio es llamado por los árabes *Sdoum*, y la montaña la llaman *Djebel-Sdoum* ó *Djebel-el-Melehh* (montaña de Sodoma ó de sal).

El viajero pasa al pié de *Djebel-Sdoum*, que es realmente una roca de excelente sal que mide trescientos piés de alto y doce kilómetros de largo. Tres matices diferentes dividen casi igualmente la montaña: verdoso hácia la cumbre, rosa en medio y amarillo y gris hácia la base. De las laderas penden estalactitas por entre las grietas que producen las lluvias de invierno. Otros trozos de sal se desprenden de las alturas y cubren el terreno en una extension de cien metros que media desde la montaña por el lado Norte hasta el mar.

Se sigue costeando la montaña durante dos horas, y se salva la extremidad del mar Muerto, que como ya se ha dicho forma un semicírculo de aguas poco profundas, y tomando la direccion Sur, comienza á extenderse á la izquierda, no ya el mar como al principio de la jornada, sino una llanura inmensa de casi tres leguas de ancho, completamente desnuda, y compuesta de la misma costra de sal y arcilla del otro lado de *Djebel-Sdoum*. Encuéntranse detritus de árboles muertos, arrastrados por las corrientes del Jordan, y son los únicos que rompen la monotonía de aquel terreno desolado. Esta llanura, que llaman los árabes *Sabkhah* (la Fangosa), termina al Este con matas de verdura que se distinguen apénas, y al Sur con una hilera de colinas que cierran el horizonte, y detras de las cuales se alarga el desierto donde se halla Petra.

Como á dos leguas de la montaña de sal, se cambia de direccion hácia el Este para atravesar la *Sabkhah*, cuyo suelo arcilloso y salado, y siempre algo húmedo, cede bajo

los piés de los caballos, y se llega al verde visto de léjos, y que lo forman altos y espesos juncales. Despues de cruzar por medio de ellos durante una hora, se sale á una comarca enteramente diferente de las que le han precedido. Es un oasis en que abundan árboles espinosos de flores rojas y blancas, y en sus ramas se anidan mil pájaros diversos, entre otros la tórtola y el buho, sin que falte el gavilan. En el suelo se nota la huella del jabalí, que por la proporcion indica ser de un animal enorme. Es toda una coleccion de séres organizados que viven á orillas del mar Muerto.

En medio de este oasis, que los árabes llaman *Rhor-Safieh* (pantano de Safieh), corre un manantial que procede del Sur y se arroja en el mar Muerto por bajo de la península, y en sus límites acampan las hordas de beduinos, alguna de ellas tan considerable que cuenta las cabras y los camellos por centenares, y que no dejan pasar al viajero sin exigirle un *presente* en moneda y en efectos.

Vuelve á encontrarse la llanura, cuyo suelo movedizo se compone de arena y sal en una extension de dos kilómetros hasta la orilla del mar, y despues de algunas horas de seguir costeando por la ribera se llega al paraje opuesto á *Djebel-Sdoum*. Ya entónces se entra de nuevo en sitios de vegetacion y arboleda, despues de haber ido dejando á la derecha rocas bituminosas y negras, pero ménos considerables que las de la orilla occidental, y demostrando igualmente dos volcanes, aunque más encerrados en la montaña.

Continuando á otro dia en direccion Norte, el paisaje varía poco en cuanto á vegetacion, y se llega á un arroyuelo, desde donde inclinándose al Noroeste se pasa por delante de la península, y la línea de árboles termina á la izquierda para ceder su lugar á la misma especie de terreno blanco

de creta que se ve en la orilla opuesta, frente á Sebbeh.

Encuéntrase una ruina de veintiocho metros en cuadro, que la forman piedras gruesas y pequeñas reunidas entre sí como las de la piscina de Salomon en Jerusalen, y más allá, á una hora de distancia, se extienden otras ruinas inmensas, sólo distinguibles por los fragmentos esparcidos por el suelo. Los árabes las llaman *Kharbet-en-Nemaireh*, y son á no dudarlo las de Nimrin de la Biblia en las profecías de Isaías y Jeremías contra Moab. Estas ruinas no son sino el comienzo de otras más considerables, situadas mas allá en un paraje llamado *Taala-Sebaan*, y que presentan todas las trazas de la Seboim de la Pentápolis, destruida al mismo tiempo que Gomorra y Sodoma.

En el sitio frente al *Lizan* (la Lengua) se halla el único villorrio que existe á orillas del mar Muerto, *El-Mezraa*, y único tambien que no esté habitado por beduinos errantes. En efecto, algunas chozas de barro y ramaje prueban que sus moradores guardan un domicilio fijo, y que las numerosas tiendas que hay en su derredor son para la parte nómada de la poblacion. Dichos moradores son casi todos negros y de figuras horribles é impudentes. Tambien hay que transigir con ellos para pasar adelante.

Desde *El-Mezraa* las rocas salen á pico sobre el mar, y hay que tomar hácia la montaña ó desfiladero llamado *Ouad-Beni-Hammid*, en la direccion del Este, á fin de entrar en el interior de las tierras. Se pasa por unos cañaverales y un manantial de agua pura, y el camino sigue el flanco de la montaña ascendiendo en espiral, al lado de gargantas terribles por entre las paredes de las rocas negras, ya señaladas desde que empieza la ribera oriental. Casi á mitad de la altura se distinguen vestigios de una via roma-

na, y á medida que se avanza hasta la cima se encuentran ruinas, ya cuadradas, ya circulares, que debieron servir de puestos ó estaciones militares, y cuya disposicion indica que aquel desfiladero debia ser inexpugnable. Las rocas no cambian su color gris ó casi negro, y adviértense tambien varios depósitos volcánicos.

Despues de salvar el último repecho escarpado, se abre un valle cubierto de alguna verdura y cuyo fondo va derecho al Este en una longitud de cinco kilómetros. Al extremo el camino se divide en dos, y tomando el de la derecha hácia el Sur se encuentra un paraje cubierto de yerba, que llaman *Fougoua*, á una altura inferior solamente de cien metros á la cumbre de las montañas de Moab. Toda la jornada, pues, se emplea en subir á una eminencia á nivel del Mediterráneo, y desde ella se ve toda la extremidad Sur del mar Muerto, la península que se destaca blanquecina sobre el azul de las aguas, El-Rhor y El-Mezraa; más abajo la playa de arena, Rhor-Safieh, la llanura fangosa; y al lado opuesto la montaña de sal, los volcanes en las cercanías de Sodoma y la roca aislada de Sebbeh. A causa de la elevacion del sitio, la temperatura es muy fria, tanto más sensible comparada con los calores de los dias precedentes.

Siguiendo la ascension se entra por fin en el país de los moabitas, inmensa llanura que se presenta á la vista limitada al Este por un horizonte brumoso, y cerrada al Sur y al Norte por colinas á distancia de cuatro ó cinco leguas. En breve se encuentra enfrente una ruina cuadrada, enteramente construida de piedras de lava, trozos enormes colocados unos al lado de otros sin simetría, ni más órden que la posicion que les dió su forma respectiva; un doble muro, de lava tambien, la rodea; y la puerta, primitiva como el

resto, se compone de dos trozos informes de lava colocados verticalmente, y de otro sobrepuesto en sentido horizontal. El interior está lleno de arcadas de construccion de una época posterior, probablemente del tiempo de los romanos. A veinte pasos hay dos cisternas cavadas en la roca viva. Al lado del Norte se extienden muros de lava que se cruzan en todas direcciones, y que indican ser restos de una ciudad importante. Los beduinos llaman *Sarefa* á todo este conjunto.

Hácia el Norte, y formando espacios de quince metros de ancho entre las hileras de esas ruinas, se reconocen las carreteras ó vias principales de que habla la Biblia, y por su extension se comprende cómo en aquellos tiempos se podia ser rey de una ciudad solamente, puesto que una ciudad era un país entero. Por una de esas vias, siempre al Norte, se anda sin cesar durante dos horas. Encuéntrase un cerrillo en forma de túmulo, al que los árabes llaman *Redjom-el-Aabed* (cerro del Esclavo), á cuyo pié se ve un trozo roto de basalto esculpido que representa un rey moabita hiriendo con una javelina probablemente á un cautivo que estaria en la parte rota; detras se ve el arco y al lado un leon de pié; la figura es mayor que el natural, pero la rotura pasa por las piernas. El género de escultura, la materia de la piedra, su volúmen, todo indica que en efecto es de una antigüedad que remonta á la época de los moabitas.

Legua y media al Este se halla una colina aislada coronada por las ruinas de un edificio de cien metros de largo, que lleva el nombre de *Schihan*, que no es otro sino el del rey de los amoritas, que ántes de los hebreos habia invadido el país de Moab. Esta localidad se halla mencionada en las profecías de Isaías y Jeremías.

Se continúa torciendo hácia el Sudeste, y atravesando siempre el mismo país, cubierto todo de calles de piedras y de ruinas que se pierden de vista. Todas estas ruinas tienen su nombre diferente dado por los árabes: *Tedoum*, *Beit-el-Kerm*, *Er-Rabba*. Distínguese la parte construida por los romanos de la de los moabitas en que esta última es casi siempre de piedras duras de lava negra, y la otra de trozos calcáreos más fáciles de tallar.

Los restos de *Er-Rabba* son magníficos; pertenecen primero á la antigua capital de los moabitas, *Rabbat-Moab* de la Escritura, y luégo á Areópolis, ciudad romana, que en los primeros siglos del cristianismo fué silla de un obispado, hasta que un temblor de tierra la destruyó, sin que desde el siglo duodécimo se vuelva á hacer mencion de ella en la historia.

Al salir de Areópolis se marcha por la llanura en direccion al Sur; las ruinas que se encuentran son poco interesantes y no tienen nombre. El país comienza á ser más accidentado; se atraviesan colinas y más colinas, y al cabo de una larguísima jornada desde el punto mencionado de Fougoua, se llega á un precipicio, frente al cual está situada la villa de Karak sobre una roca escarpada.

Esta roca tiene una circunferencia de casi dos kilómetros, perfectamente aislada en medio de tres valles que la rodean, reuniéndose en uno solo, el *Ouad-Karak*, que desciende al mar Muerto. La roca está á una altura de ochocientos piés y parece completamente inaccesible; sobre su cima vese una torre de arquitectura de la edad media, y fragmentos de murallas medio destruidas: tal es Karak, la residencia del señor de Krab en tiempo de las cruzadas. Para llegar á ella hay que bajar al fondo del valle, y subir

despues por una cuesta vertical y muy peligrosa: las cabezas de los que van detras tocan con los vientres de los caballos de los que van delante.

La poblacion se compone de unas tres mil almas que habitan en casuchas arruinadas y medio subterráneas. El convento griego es una construccion ménos irregular. Algo más vale la mezquita, pero está medio arruinada. La torre que se ve de fuera conserva aun tres de sus muros, y el edificio á que pertenece sólo es ya una galería á cuarenta piés del suelo, que contiene algunas ventanas ojivales tapiadas.

El castillo es el edificio más importante, construccion de la edad media, rodeado de una explanada de cincuenta metros á lo largo de la roca, y con patios y galerías interiores cubiertas de troneras que dan sobre el precipicio. En el centro hay una capilla que estuvo dedicada al culto católico.

El jeque musulman, aunque dependiente del bajá de Jerusalen, es casi un tirano, que no paga su tributo, pero que sin embargo no deja pasar á los viajeros sin que le hagan su *regalo*, lo mismo igualmente que el que exigen los beduinos nómadas del mar Muerto.

Se sale de Karak por un arco abovedado de una altura de veinticinco piés y quince de ancho, y se baja la roca hasta el borde de un arroyo magnífico que da movimiento á dos molinos árabes, únicos que existen en el país, y corre por entre árboles frondosos y palmeras de verde follaje. El camino sigue contorneando la ladera izquierda del Ouad-Karak, ya por sendas de yerba, ya por rocas cubiertas de matas y flores. Todo el aspecto de la montaña desde este punto es bien extraordinario: las aguas, los temblores de tierra, han producido mil cavidades de formas arquitecturales que parecen talladas por la mano de un artista. Llégase

por fin á la última cresta que precede la playa, y se descubre de nuevo desde allí el mar Muerto. La naturaleza del terreno en este paraje es completamente bituminosa; se pasa al lado de un cráter de volcan muy extenso, pero de otra composicion que los vistos anteriormente. Aquí se encuentran fragmentos de betun cubiertos de ceniza, y muchos regueros de ceniza negra que habian ido ensanchando en su descenso. La lava abunda formando en algunos sitios tetas redondas que parecen como si las hubiesen soplado por su interior. No se ve vegetacion ninguna.

Siempre en direccion del Sudoeste se va costeando á lo largo de las montañas y bajando oblícuamente por cima de colinas de arcilla y ceniza. Encuéntranse de trecho en trecho depósitos volcánicos, y aparecen cerca ruinas inmensas de tres kilómetros de extension, colocadas exactamente delante del cráter de un volcan. Llámanse estas ruinas *Sebaan*, que ocupan, á no dudarlo, el lugar de *Seboim*, otra de las ciudades malditas castigadas por el fuego del cielo.

Desde Seboim se desciende todavía hácia el Sudoeste, y se llega otra vez al Rhor, cuyo paraje se reconoce por la vegetacion que tanto habia admirado al viajero ántes de internarse en las tierras hácia Karak. Vuelve á encontrarse la llanura arenisca y más allá la llanura fangosa, la Sabkhah.

Si desgraciadamente ha llovido, la Sabkhah es en verdad un campo de fango, donde el viajero puede hundirse y desaparecer. Su paso es peligrosísimo.

Una vez atravesada la llanura, y en las ruinas de Sodoma, en lugar de marchar hácia el Norte, se oblicua al Oeste en direccion á Ouad-ez-Zouera y al cráter oculto por una eminencia. Para llegar allí hay que subir por una co-

lina, en cuya ladera se encuentran nuevas ruinas bastante extensas, pero no tanto como las de Sodoma. Los árabes las llaman Zouera, que es positivamente Zoar, donde Loth encontró un refugio despues de la catástrofe de Sodoma.

El texto bíblico no deja duda ninguna sobre esto. Loth salió de Sodoma con sus dos hijas al despuntar el dia, y llegó á Zoar en el momento que aparecia el sol en el horizonte, esto es, el tiempo de andar una legua escasa, que es lo que hay entre el flanco de la montaña donde está Kharbet-Sdoum (ruinas de Sodoma) y el pié de la misma donde está Kharbet-Zouera et-Tahtah (ruinas de la Baja Zouera); porque en la meseta superior á la otra extremidad se encuentran las ruinas de un fortin del tiempo de las cruzadas, que los árabes llaman Zouera-el-Fouqah (Zouera la Alta).

Subiendo aun más arriba de este fortin destruido, se entra en un valle completamente desnudo, limitado por ambos lados por rocas calcinadas; á la izquierda se ve una gruta, que la tradicion designa ser donde Loth se retiró con sus hijas.

Torciendo á la derecha del fondo de este valle, se pasa por unas gargantas estrechas que llevan el nombre de *Ouad-et-Thaemeh*. Un poco más allá hay un desfiladero, abierto evidentemente por erupciones volcánicas, que llaman Souq-et-Thaemeh (mercado de Adamah). La tradicion árabe asigna ese sitio al de una ciudad criminal que Alá destruyó en su cólera; con lo que aparece otra de las ciudades de la Pentápolis maldita mencionada por la Biblia.

Siguiendo el camino hácia el Oeste, y salvando colina tras colina, que van perdiendo el carácter de las que acaban de atravesarse, se llega á Djembeh, paraje montuoso, y desde allí, tomando la direccion del Norte, en medio de

ruinas sin nombre, se entra en el país de Judea, y muy pronto se llega á Hebron, y de Hebron por Belen á Jerusalen.

En esta excursion al mar Muerto, que abraza la gran parte de la circunferencia que muy pocos han explorado, se encuentran los lugares de cuatro de las cinco ciudades de la Pentápolis bíblica, á saber: Seboim, Sodoma, Zoar y Adama. En la excursion más frecuente que se hace á Jericó, y sólo abraza una pequeñísima parte de la circunferencia del mar Muerto, se encuentra á Gomorra, la quinta ciudad, que el viajero deja pasar desapercibida cuando pisa el suelo de Goumram, donde estuvo cuando fué destruida.

Llámasele tambien *mar de Sal*, *mar del Desierto*, *mar Oriental*, comparado con el Mediterráneo; *lago Asfaltite*, por los griegos y romanos, á causa del asfalto que contiene; *mar Maldito* y *mar del Diablo*, en la edad media, y por último *lago de Lot* (Bahr Lout) por los árabes.

El mar Muerto tiene diez y nueve ó veinte leguas de largo por cinco ó seis de ancho. Por mucho tiempo se ha supuesto, al notar las muchas aguas que á él afluyen, que existen comunicaciones subterráneas entre los mares Muerto y Rojo, ó el Mediterráneo; pero el desnivel del mar Muerto ha manifestado la imposibilidad de semejante suposicion: siendo su nivel mucho más bajo que el de los otros dos, si tal comunicacion existiera, las aguas del Mediterráneo ó del mar Rojo deberian necesariamente invadir el mar Muerto. Calculando la superficie y la temperatura de la atmósfera, se ha obtenido por resultado que la evaporacion y la cantidad de las aguas afluyentes están en equilibrio.

NAPLUSA Y NAZARETH.

Saliendo de Jerusalen por la puerta de Jaffa se toma al Norte para seguir el camino de Samaria y Galilea, que ha sido en todos tiempos uno de los más frecuentados de toda la Palestina. Pasa por El-Bir, Jebrud, Naplusa, Sanur, Djennin, donde corta la carretera de Gaza á Damasco, y en seguida á Nazareth atravesando la llanura de Esdrelon; en todo veinte y cuatro leguas. Desde Nazareth uno de sus ramales va á San Juan de Acre por Safuré, y el otro por Tiberiades al puente de Jacob.

Al Sur de Jerusalen puede considerarse como su prolongacion el camino de Egipto, el cual se divide tambien en dos ramales que van á Gaza, uno por Eleuterópolis, y otro por Hebron. De Gaza se dirige á Egipto. Otro camino conduce de Hebron por Petra á Arabia.

En la actualidad el que siguen las caravanas al regreso de Egipto pasa por Gaza y Ramla, donde corta al que va de Jaffa á Jerusalen, y continuando por Lydda, Djennin y Bisan, en la márgen izquierda del Jordan, empalma con el del Hauran para dirigirse á Damasco por el puente de Jacob.

A una legua de Jerusalen en direccion al Norte, vese una columna truncada y algunos escalones practicados en la peña: es todo lo que queda de la ciudad de Gabaa, patria de Saul.

Una legua más allá, descúbrese en una eminencia el pueblecito de El-Ram, que se cree ser *Rama* (altura), antigua fortaleza hebrea. Esta aldea da frente á San Samuel, que

algunos consideran tambien ser la ciudad de Rama. Algunas piedras pulidas y trozos de columnas son los únicos restos de antigüedades que se observan al presente.

Se llega en breve á la fuente de El-Bir (Beerot), sita á corta distancia del pueblo, cuyo nombre significa pozo ó fuente; dista tres leguas escasas de Jerusalen, y está habitado por algunas familias turcas. Beerot era una ciudad de los antiguos gabaonitas.

Segun se cree, en este sitio repararon la Santísima Vírgen y San José, que el Niño Jesus á quien llevaron á Jerusalen para la fiesta de Pascua no estaba en su compañía. En El-Bir existen los restos de un antiguo templo que se edificó en memoria de ese suceso.

Más allá de El-Bir empieza una comarca cada vez más montuosa. Las cimas son peñascales; sólo algunos arbustos vegetan en las grietas de la montaña, al paso que en los valles sobreabundan los olivos é higueras. Encuéntranse á menudo ruinas, especialmente junto al pueblo de Jebruel, donde existen tambien sepulcros abiertos en la peña.

En sus contornos, á cuatro leguas de Jerusalen y junto al camino de Siquem, estuvo situada la antiquísima ciudad de Betel, cuando Jacob, huyendo á Mesopotamia, vió en sueños una escala que alcanzaba al cielo.

Llégase á Djafna. Este pueblo, de algunos centenares de habitantes, está edificado en una eminencia en el sitio de la antigua Gofna. A su lado se extiende un risueño valle cuajado de olivos, higueras y viñedos.

Traspuesto el valle, quedan á la izquierda las montañas de Efraim, todas de bellas formas, aunque de yermas cimas; la campiña está desolada, las poblaciones convertidas en ruinas.

Sigue un anchuroso valle, en cuyo centro está situada Lebna, donde las caravanas toman agua de una abundosa fuente. En la eminencia del opuesto confin de este valle existia una de las ciudades más célebres de Palestina, Silo, de la cual apénas se encuentran hoy dia más que informes restos.

A lo largo del mismo valle, pero fuera de la ruta de los viajeros, siguiendo hácia el Nordeste, y á cosa de dos leguas de Silo, se hallan las ruinas de Corea y Alejandrion.

Desde Lebna, y despues de caminar más de tres horas, atravesando montes se llega á otro espacioso valle, donde vierten varias corrientes de agua. Al Oeste álzanse dos montañas que dominan á las otras, intermediadas de un vallecillo que sigue la direccion de Este á Oeste y desemboca en la llanura por donde pasa el camino; esas dos cimas son los montes Hebal y Garizim, y por consiguiente el viajero se encuentra en el campo de Jacob junto á donde estaba la ciudad de Siquem. Sólo subsisten el pozo de Jacob, y un cuarto de legua más léjos el sepulcro de José.

Dicho pozo, al cual los cristianos dan comunmente el nombre de pozo de la Samaritana, se halla á la derecha del camino á veinte minutos de Naplusa. A alguna distancia no podria vérsele, porque la boca está á flor de tierra, y rodeada de ruinas. Hoy dia está seco.

La sepultura de José está entre árboles. Como los turcos la tienen en gran respeto, hanla adornado con un monumento de su gusto, levantando sobre ella una cupulita.

Éntrase luégo en el angosto valle que conduce á Naplusa, y ántes de llegar á la poblacion se cruza por un añoso olivar, notable por lo grueso de sus troncos.

En Naplusa hay un convento griego, en el cual se acoge

á los peregrinos. Esta ciudad ha sufrido varias devastaciones, tanto por los terremotos como por las guerras. Despues de haberla asolado Ibrahim Bajá en 1834, un temblor de tierra vino á afligirla tres años despues. La actual poblacion no excede de ocho mil almas: todos los vecinos son musulmanes, excepto quinientos griegos cismáticos, doscientos judíos y ciento cincuenta samaritanos.

Estos últimos son los únicos que existen todavía, á pesar de la creencia en que están de que en Europa hay una numerosa colonia de sus correligionarios, error de que nunca ha podido disuadírseles. Son muy pobres; residen en un miserable barrio de Naplusa, y como los judíos en Europa, dedícanse al comercio y á préstamos. Su jefe lleva el título de sacerdote-levita.

La ciudad se halla rodeada de huertos y pomposos árboles regados por dos abundantes fuentes que nacen en los montes Hebal y Garizim.

En dos horas se va de Naplusa á Sebaste. Cerca del lugar de Beit-Ajaba se encuentra un acueducto que todavía se utiliza, y siguiendo hácia el Norte, atraviésase una comarca montuosa que al pié de sus colinas ofrece hermosos olivares. A corta distancia de Sebaste se halla otro acueducto que proporciona aguas á un molino. Este lo dominan las ruinas de Sebaste, situadas en el llano de Someron (Samaria).

Allí fué enterrado San Juan Bautista, y en la falda de la montaña admíranse todavía los imponentes restos de la hermosa iglesia que los caballeros de San Juan erigieron sobre el sepulcro del protector de su órden. La iglesia tiene ciento cincuenta piés de largo por setenta y cinco de ancho; las paredes son altísimas, y demuestran la antigua magnificencia del edificio.

Las ruinas de este templo y del palacio de Herodes ocupan grande espacio; y numerosas columnas, muchas de ellas todavía en pié, indican el lugar en que se alzaban los soberbios edificios de Samaria que competian con los de Roma.

Desde estas ruinas y la cima del monte de Someron se goza de una admirable perspectiva alcanzando la vista hasta las colinas y fértiles valles de Samaria. Este plano está á novecientos veinte y seis piés sobre el nivel del mar. El pueblo conocido ahora con el nombre de Sebustié y Sebaste, ya no es más que un grupo de cabañas de barro y escombros.

A una hora de camino se encuentra un grande y hermoso pueblo sito en la falda de una colina, al que llaman Birket. La poblacion es enteramente musulmana, y no es fácil encontrar cómodo hospedaje para cristianos.

Se atraviesan despues elevadas montañas por senderos casi intransitables á causa de su aspereza, y se baja luégo á la llanura, desde donde se ve un monte cónico en cuyo pico se alza una fortaleza en muy mal estado: es el pueblo de Sanur (Santorri), que hoy se considera comunmente estar situado en el lugar que ocupó la antigua Betulia.

Entre las ruinas de Sanur se albergan mil quinientos ó dos mil habitantes.

Siguiendo adelante se encuentra el pueblo de Djennin, habitado por dos mil mahometanos; vistosas palmeras y una mezquita bastante notable dominan las casas y las copas de los numerosos árboles que lo rodean. Un riachuelo atraviesa los huertos hasta el cauce del Cison. La ruta de las caravanas cuando van de Egipto á Damasco pasa por Djennin cortando oblícuamente el camino que va de Norte á Sur.

Éntrase en seguida en la magnífica llanura de Esdrelon, la más vasta y célebre de Palestina despues de la del Jordan. Su longitud de Este á Oeste comprende el espacio de ocho á diez leguas entre el monte Carmelo hasta la llanura del Jordan, y su latitud unas cinco entre los montes de Gelboé y los de Nazareth. Álzase en el centro el monte Hermon, y el monte Tabor al Norte, dominando ambos la dilatada llanura que guarda preciosos recuerdos.

La llanura de Esdrelon, llano de Jezrael ó de Mageddo, no es del todo igual; hay en ella considerables hondonadas, sobre todo hácia el Este, y está cortada por varios rios, siendo el principal el Cison (Nahr-el-Mekatta), pero que sólo llevan agua en invierno. Esta llanura se llama hoy dia *Merdjibn Amer* (pastos de los hijos de Amer).

Con dificultad se atraviesan los altos abrójos y maleza, entre los cuales pasa la senda del viajero. A uno y otro lado las quebradas ofrecen asilo á serpientes, jabalíes y leopardos que bajan de las montañas.

En la pendiente del monte Hermon y entre sus pedregosos flancos, dos pueblos como dos oásis se presentan rodeados de un agradable grupo de higueras y naranjos.

Se vadea el Cison, y se trepa por una cuesta escabrosa y resbaladiza hasta llegar á una fuente de mármol, cuya escasa agua se disputan las mujeres y los camellos, y á breve distancia está la cima, desde donde se columbra á Nazareth, la *ciudad blanca* (Medina Abiat).

Nazareth está edificada con bastante regularidad, y escalonada en la elevada meseta de una colina, entre montañas, á mil ciento sesenta y un piés sobre el nivel del mar. Su poblacion asciende á tres mil almas, de las cuales mil son católicas de los ritos latino y maronita; las demas del grie-

go y musulman. El edificio más antiguo (1730) es el convento de franciscanos, casi todos ellos italianos, y despues el de los griegos; posee ademas una mezquita, y en la parte baja de la ciudad un gran pabellon para las caravanas. Esta ciudad sufrió mucho á consecuencia del terremoto de 1.° de Enero de 1837. Los árabes le dan el nombre de *En Nazara*, y como antiguamente llaman todavía nazarenos á los cristianos. Vides, granados, olivos y especialmente gran número de higueras cercan la ciudad, templando la brillante blancura del suelo y de las casas.

En el interior del convento de franciscanos se halla la iglesia llamada de la Anunciacion, que dista mucho de tener la longitud necesaria para corresponder á las demas dimensiones. El coro es más alto que la nave, y súbese á él por una escalera de doble tramo. A la izquierda, por una escalera de mármol de diez y siete gradas, se baja á la capilla subterránea en que estaba edificada la casa de la Santísima Vírgen. En el fondo, en el mismo sitio donde se obró el misterio de la Encarnacion, hay un altar, y al pié se leen estas palabras en el blanco mármol del pavimento: VERBUM CARO HIC FACTUM EST (Aquí el Verbo se hizo carne).

En torno arden varias lámparas.

A corto trecho se alzan dos columnas de granito, que señalan el sitio en que estaba el ángel; una de ellas está cortada por medio, y los dos trozos están separados, pero la parte superior, que continúa colgada, se halla sostenida por barras de hierro.

La iglesia está muy bien conservada y contiene cuadros que representan escenas de la vida de Jesus en Nazareth. Detras del altar existé una reducida estancia abierta en la peña, que al principio sin duda seria una gruta natural, y

GRUTA DE LA ANUNCIACION.

servia de dependencia á la habitacion de la Sacra Familia. El presbítero Focas refiere que éste era el aposento del Salvador, á su regreso de Egipto.

A corta distancia de la casa de María estaba el taller de San José: en ese taller, donde antiguamente se edificó una hermosísima iglesia, existe ahora una capilla.

Algo más allá se encuentra la fuente de María, donde la humilde Vírgen y luégo tierna Madre iba como todas las mujeres de Nazareth á buscar agua para los usos domésticos. En Nazareth no hay más que dos fuentes, esa y la que se encuentra ántes de llegar.

Ademas de los templos mencionados existe la iglesia de los armenios, edificada en el sitio donde estuvo la sinagoga de Nazareth en tiempo de Nuestro Señor.

Al Sur de la ciudad sobre una colina se descubren las ruinas de una iglesia dedicada á la Santísima Vírgen con la advocacion de Nuestra Señora del Temor. Créese que la Santísima Vírgen corrió allí cuando supo que los habitantes de Nazareth proyectaron arrojar á Jesus desde la cumbre de la peña.

En una capilla perteneciente á los franciscanos se enseña un trozo de piedra denominado *Mesa de Jesucristo*, porque segun las tradiciones el Salvador comió en ella muchas veces en compañía de sus discípulos ántes y despues de su resurreccion.

Digamos ahora algo de la casa de María en Nazareth y de su traslacion á Dalmacia y á Loreto.

Esta morada fué uno de los primeros lugares honrados por los cristianos, y despues de las persecuciones la piadosa madre de Constantino la encerró en un magnífico templo que llevaba esta inscripcion: *Este es el santuario en que se*

echó el primer fundamento de la salvacion de los hombres.

Cuando la expulsion de los cristianos de Palestina, ese templo fué destruido por los musulmanes, y la casita de la Santísima Vírgen que estaba dentro sufrió sin duda igual suerte.

En 10 de Mayo de 1201 los habitantes de Dalmacia encontraron á orillas del mar entre Tersatz y Fiume, en un lugar llamado Rauniza, una casa construida con piedra roja desconocida en la comarca: era de forma oriental y carecia de cimientos. No tenia más que una puerta y una ventana; en el interior las paredes estaban pintadas y representaban en diferentes cuadrós los misterios de Nazareth; á uno de los extremos alzábase un altar de piedra sobre el cual estaba la imágen del Crucificado pintada en lienzo sobre madera: en una capillita habia una imájen de cedro representando á la Santísima Vírgen con el Niño Jesus en brazos, y junto al altar un armario en que se guardaban algunos vasos.

Suspenso y admirado estaba el pueblo, cuando el obispo Alejandro, á quien todos suponian gravemente enfermo, presentándose entre la muchedumbre lleno de salud y alborozo, refirió que una revelacion le habia dado á conocer que aquella habitacion era la misma en la cual *se habia encarnado el Verbo*, que aquel altar era el que construyó San Pedro para celebrar el augusto sacrificio, y que la estátua de cedro era la imágen labrada por San Lúcas.

El gobernador de la provincia, Nicolás Frangipane, que hacia entónces la guerra á las órdenes del emperador Rodolfo I, obtuvo de este príncipe el permiso de ir á cerciorarse de la exactitud del suceso. Cuatro personas fueron enviadas á Nazareth, y hallaron que la casa de la Santísima

Vírgen habia sido removida de sus cimientos que todavía se conservaban; que no existia diferencia en calidad entre las piedras de los cimientos y las de la casa encontrada en Dalmacia, ni en las dimensiones del edificio.

Sin embargo, al cabo de cuatro años, á 10 de Diciembre de 1204, la casa desapareció de nuevo y fué trasladada á un bosque de Italia inmediato á Recanati; luégo á un monte vecino, y por último á Loreto, á donde há seiscientos años que de todas partes acude la gente para adorar el santuario.

Mil testimonios posteriores han venido á corroborar el hecho de esa traslacion, á los cuales hacen referencia las letras apostólicas de Paulo II, Julio II, Leon X, Paulo III, Paulo IV, Sixto V y Benedicto XIV.

TIBERIADES, REGRESO Á BEYRUT.

Estando en Nazareth puede hacerse una excursion al Tabor y Tiberiades.

A las dos horas de salir de Nazareth se llega al pié del monte Tabor, junto al pueblo de Deburié, despues de haber atravesado muchos ribazos poblados de altas yerbas, arbustos y encinas.

Poco ménos de una hora se necesita para llegar á la cumbre, la cual forma una meseta de media legua de circunferencia, poblada de monte y antiguas ruinas.

Segun la tradicion, en el sitio del Sudeste fué donde Jesucristo se trasfiguró; y allí debajo de unas reducidas bóvedas existen tres altares, donde van en peregrinacion los

católicos de Nazareth el dia de la Trasfiguracion del Señor, y celebran los padres franciscanos los divinos oficios.

El Tabor es conocido tambien con los nombres de *Itabyrion* y *Atabyrion* que le dieron los griegos, de *Djebel Nour* (nombre de luz) y *Djebel Tor* que le dan actualmente los árabes.

Del Tabor á Tiberiades sólo hay cinco leguas de distancia. Se pasa por Wumm el-Tuggar y El-Sabt, desde donde comienzan las piedras volcánicas hasta el mar de Tiberiades.

Llégase á la tristemente célebre llanura de Hittin, donde los cristianos perdieron en 1187 con la verdadera cruz la ciudad santa, y despues la mayor parte de Palestina.

Desde las alturas de Hittin hasta el lago se baja una cuesta de hasta mil piés; se necesita una hora para llegar al pueblo de Tiberiades, que yace sepultado todavía entre escombros de los terremotos de 1759 y 1837.

El peregrino encuentra albergue en el hospicio de Tierra Santa, fundado por los franciscanos de Nazareth.

La ciudad antigua se extendia entre el lago y las montañas, al Sur de la moderna, casi hasta los baños sulfurosos que distan media legua, situados en el lugar que ocupa el pueblo de Emat ó Emmaus de los antiguos.

Acude á dichos baños gente de todas las provincias de Siria, y su temperatura llega hasta sesenta grados centígrados.

El mar de Tiberiades, ántes llamado lago de Ceneret, de Genezaret, y mar de Galilea, tiene cinco leguas de largo y dos en su mayor anchura; su nivel está á seiscientos veinticinco piés más bajo que las aguas del Mediterráneo, y á corta distancia de su ribera septentrional comienza la de-

presion del valle del Jordan. Por todos lados aparecen las pruebas de la formacion volcánica de este mar; la configuracion de cráter que tiene su cuenca, la proximidad de las aguas termales y de las peñas de lava que las rodean, la frecuencia de fuertes terremotos, indican no sólo la accion volcánica primitiva, sino su continuidad todavía.

El agua del lago de Tiberiades es muy clara, dulce y agradable al paladar como la del Jordan, y muy templada.

A poco más de una hora de Tiberiades se encuentra el desierto en que Jesus obró el milagro de la multiplicacion de los panes. Desde allí á la montaña de las Bienaventuranzas sólo media una distancia de tres cuartos de legua, á cuya cumbre se puede subir fácilmente á caballo.

Los padres del convento de Nazareth van todos los años en peregrinacion á este monte, al de la Multiplicacion de los panes, y el dia de San Pedro á Tiberiades.

Despues de pasar al pié del monte Hittin, dejando el pueblo de Lubi á la izquierda, y siguiendo el valle se llega á Caná, escalonado en una colina. La fuente, cuya agua convirtió nuestro Salvador en vino, dista del pueblo dos ó trescientas varas; es la única que existe en la comarca.

De Caná á Nazareth no hay más que legua y media, y el camino que, dando muchas revueltas, atraviesa ásperas y desnudas montañas, está siempre muy concurrido de gente.

En Nazareth se toma el camino de regreso á Beyrut, en el cual se emplean cuatro dias.

A una hora de distancia está la antigua Séforis, que los árabes llaman Sefurié, patria presunta de San Joaquin y Santa Ana.

Se entra luégo en los hondos valles de las montañas de Zabulon, y al salir de los montes se extiende la llanura de

San Juan de Acre. El viajero descubre desde aquí el mar y el Carmelo, y llega al pueblo de Damun.

Se pasa el Belo, y andando por la falda de las montañas hácia el Norte, á una legua de la playa, se encuentra pronto el cabo Nakora, desde donde siguiendo como en el viaje de ida por la orilla del mar, vese de nuevo á Tiro y Sidon, y se llega á Beyrut.

El peregrino ha recorrido toda la Palestina, y en ella se han presentado á su vista llanuras y valles de asombrosa fertilidad, pero casi en todas partes faltan brazos para cultivar la antigua Tierra Prometida. Las dos llanuras del litoral y del Jordan, separadas por los montes de Judea y Samaria, son propias para toda clase de cultivo. Esas dos llanuras, desde Gaza hasta más allá de Beyrut, y desde el mar Muerto hasta el lago de Tiberiades, como tambien los valles intermedios, están cubiertas de una gruesa capa de tierra vegetal, que parece pedir únicamente brazos industriosos, un buen sistema de regadío y una administracion inteligente para dar los productos más ricos y alimentar á un numeroso pueblo; pero Dios castigó á los antiguos israelitas, y sigue castigando á la poblacion actual. De siglo en siglo se renuevan las maldiciones del Altísimo, y *la desolacion durará hasta el fin.*

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

INDICE.

PARTE CUARTA. — MARÍA VIUDA.

LIBRO PRIMERO.

CORRUPCION DEL PUEBLO.

PÁGS.

CAPÍTULO PRIMERO. — Los romanos y los judíos 3
CAP. II. — Tiberio 14
CAP. III. — La partida 22
CAP. IV. — Angustia de María 29
CAP. V. — Las bodas de Filipo 34
CAP. VI. — Herodías. 43
CAP. VII. — La perfidia de Herodes. 52

LIBRO SEGUNDO.

EL PRECURSOR DEL MESÍAS.

CAP. I. — Predicacion de San Juan 63
CAP. II. — Bautismos en el Jordan 72
CAP. III. — El palacio de Bethmaunte 80
CAP. IV. — Los fariseos. 87
CAP. V. — El Bautista, no era el Mesías 94

LIBRO TERCERO.

JESUS EN EL DESIERTO.

CAP. I. — La soledad de la montaña 103
CAP. II. — Los cuarenta dias 110
CAP. III. — La vuelta del desierto 119

LIBRO CUARTO.

EL MESÍAS.

CAP. I. — Los discípulos de Jesus 127
CAP. II. — Cafarnaum y sus sinagogas. 138

Cap. III. — Celebracion del sábado 143
Cap. IV. — Primeros milagros de Jesus 150
Cap. V. — Ninguno es profeta en su patria 158
Cap. VI. — Las bodas de Caná 170

LIBRO QUINTO.

JESUS EN LA JUDEA.

Cap. I. — La ciudad santa y su templo. 181
Cap. II. — El atrio del templo 193
Cap. III. — La fiesta de los Ácimos 201
Cap. IV. — La fe de los judíos 209
Cap. V. — La visita del fariseo 217

LIBRO SEXTO.

EL BAUTISMO DE LA GRACIA.

Cap. I. — La Madre del Salvador 225
Cap. II. — El Sacramento del Bautismo 233
Cap. III. — El remordimiento. 241
Cap. IV. — La túnica de púrpura 249
Cap. V. — El castillo de Maquerontta 260
Cap. VI. — La venganza de una mujer. 270
Cap. VII. — La muerte del Bautista. 281
Cap. VIII. — Enterramiento de San Juan 290

LIBRO SÉTIMO.

LA SAMARITANA.

Cap. I. — El cisma de Samaria 297
Cap. II. — La hija del curtidor 305
Cap. III. — El amor de la viuda. 315
Cap. IV. — Ruben 326
Cap. V. — El encuentro 336
Cap. VI. — El espíritu del mal 345
Cap. VII. — La fuente de Jacob 351
Cap. VIII. — Dos dias en Shicar. 360
Cap. IX. — La última entrevista. 369
Cap. X. — Las promesas del Señor 378

LIBRO OCTAVO.

LA MORAL DE JESUS.

Cap. I. — Las Bienaventuranzas. 183
Cap. II. — La enseñanza divina 391

Cap. III. — El ejemplo 403
Cap. IV. — Los milagros de Jesus 411

LIBRO NOVENO.

LA PROXIMIDAD DE LA PASCUA.

Cap. I. — María Magdalena 425
Cap. II. — Los doce Apóstoles 435
Cap. III. — El convite de Simon 443
Cap. IV. — Resurreccion de Lázaro 450
Cap. V. — El mal Apóstol 462
Cap. VI. — El triunfo de Jesus 468
Cap. VII. — La casa de Caiphás 477

LIBRO DÉCIMO.

LA PASCUA.

Cap. I. — La sagrada cena 485
Cap. II. — El huerto de Gethsemani 493
Cap. III. — «Dios te guarde, Maestro». 499
Cap. IV. — El tribunal de Caiphás 507
Cap. V. — Poncio Pilato. 518
Cap. VI. — Nuevas vacilaciones de Pilato. 525
Cap. VII. — El fondo del abismo. 535
Cap. VIII. — Los dos camaradas. 542

LIBRO UNDÉCIMO.

EL SACRIFICIO.

Cap. I. — La calle de la Amargura. 553
Cap. II. — La cumbre del Gólgota 562
Cap. III. — El palacio de Pilato 572
Cap. IV. — Enterramiento de Jesus. 582
Cap. V. — Soledad de María 592

LIBRO DUODÉCIMO.

LA RESURRECCION.

Cap. I. — El Santo Sepulcro 599
Cap. II. — El Vencedor del infierno. 609
Cap. III. — El cristianismo 618

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

LA ESTRELLA DE NAZARETH.

Cap. I. — La Madre de San Juan 623
Cap. II. — Muerte de María 629
Epílogo 637

APÉNDICE.

Viaje á Tierra Santa 641
Beyrut 645
Excursion al Líbano 652
De Beyrut á Jerusalen. 672
Jerusalen 686
Belen y Hebron. 721
Jericó, el Jordan 728
El mar Muerto 732
Naplusa y Nazareth. 750
Tiberiades, regreso á Beyrut. 759

PAUTA.

TOMO PRIMERO.

Portada de oro y colores, dando espalda á la portada impresa.
Pio IX, dando frente á la dedicatoria.
Nazareth, id. á la página 5
Nacimiento de María, id., id. 32
Infancia de María, id., id. 52
Purísima Concepcion, id., id. 181
El portal de Bethleem, id., id. 601
Sacra Familia, id., id. 742

TOMO SEGUNDO.

El Jordan, dando frente á la página 72
Bautismo de Jesus, id., id. 78
Vista de Jerusalen, id., id. 181
Camino del Calvario, id., id. 558
Muerte de Jesus, id., id. 569
María y los Apóstoles, id., id. 618
Muerte de María, id., id. 632
Coronacion de María, id., id. 634
Exterior del Santo Sepulcro, id., id. 695
Interior del Santo Sepulcro, id., id. 699
Iglesia de la Natividad, id., id. 723
Gruta de la Anunciacion, id., id. 756
Iglesia de la Anunciacion, id., id. 756

NOS EL DR. D. JOSÉ DE LORENZO Y ARAGONÉS,
PRESBÍTERO, VICARIO ECLESIÁSTICO DE ESTA HERÓICA VILLA DE MADRID Y SU PARTIDO.

Por la presente, y por lo que á nós toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada La Estrella de Nazareth, leyendas y tradiciones de Tierra Santa sobre la Santísima Vírgen María, por Don Luis García Luna: mediante que de nuestra órden ha sido examinada, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al Dogma Católico y sana moral.

Madrid y Agosto veinte y nueve de mil ochocientos sesenta y ocho.

Dr. Lorenzo.

Por mandado de Su Señoría,
Ldo. Juan Moreno Gonzalez.

Garcia

LA ESTRELLA

DE NAZARET

2

15.354